TIEMPO DE HISTORIA

BEN MACINTYRE

LA HISTORIA SECRETA DEL DÍA D

LA VERDAD SOBRE LOS SUPERESPÍAS QUE ENGAÑARON A HITLER

La historia de los agentes dobles que engañaron a la Alemania nazi y contribuyeron al éxito del desembarco en Normandía es bien conocida. O así lo creíamos. Porque esta es la primera vez que estos personajes y sus actos se han investigado a fondo con la documentación de los archivos del Servicio Secreto británico, y lo que Ben MacIntyre —uno de los más prestigiosos investigadores del mundo del espionaje, autor de «El agente Zigzag» y de «El hombre que nunca existió»— ha descubierto es

que lo que los propios protagonistas contaron en sus memorias no era toda la verdad. MacIntyre profundiza en la realidad humana de estos espías —Juan Pujol «Garbo», Roman Czerniowski «Brutus», Dusan Dusko «Popov», Elvira de la Fuente, Lily Sergeyev— y de los numerosos personajes de los servicios de información alemanes y británicos entre los que se movían para descubrirnos la verdadera historia de unos seres «valientes, traicioneros, inseguros, codiciosos e inspirados» que llevaron a cabo una obra maestra de engaño, nunca

plenamente revelada hasta ahora, que salvó incontables vidas.



Ben Macintyre

La historia secreta del Día D

La verdad sobre los superespías que engañaron a Hitler

ePub r1.0

Slashhh 05.12.13

Título original: *Double Cross. The True Story of The D-Day Spies*
Ben Macintyre, 2012
Traducción: Ricardo Artola

Editor digital: Slashhh
ePub base r1.0

Para Callum, Pablo, Minnie y Wilf.

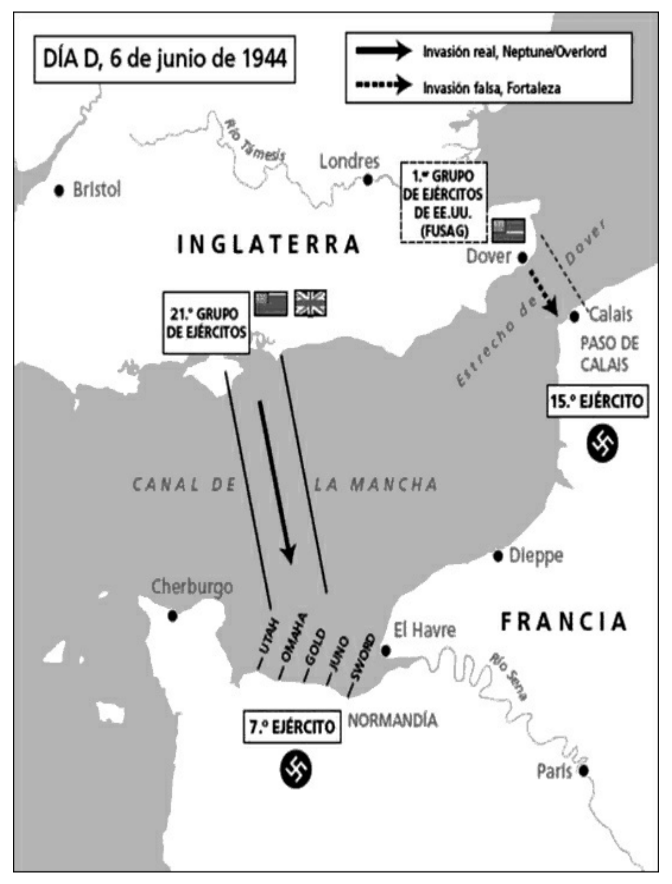
Enredos dentro de enredos, complots y contracomplots, tretas y engaños, cruces y traiciones, agentes auténticos, agentes falsos y agentes dobles, oro y acero, la bomba, la daga y el pelotón de fusilamiento, estaban entretejidos en muchos, formando una textura tan intrincada como para ser increíble y sin embargo era verdadera.

WINSTON CHURCHILL[1]

El enemigo no debe saber dónde pretendo dar batalla. Ya que si no

sabe dónde pretendo dar batalla debe prepararse en muchos sitios. Y cuando se prepara en muchos sitios, aquellos a los que tengo que combatir en cada uno de los lugares serán pocos. Y cuando se prepara en todas partes será débil en todas partes.

SUN TZU[2]


DÍA D, 6 de junio de 1944
Invasión real, Neptune/Overlord
Invasión falsa, Fortaleza
Río Támesis
Londres
Bristol
1.er GRUPO DE EJÉRCITOS DE EE.UU. (FUSAG)
INGLATERRA
Dover
Estrecho de Dover
Calais
PASO DE CALAIS
21.º GRUPO DE EJÉRCITOS
15.º EJÉRCITO
CANAL DE LA MANCHA
Dieppe
Cherburgo
FRANCIA
UTAH
OMAHA
GOLD
JUNO
SWORD
El Havre
Río Sena
7.º EJÉRCITO
NORMANDÍA
París

Los agentes y sus preparadores

Dusan «Dusko» Popov

Nombre en clave del MI5: Triciclo, Skoot.

Oficial de caso del MI5: Billy Luke, Ian Wilson.

Nombre en clave de la Abwehr: Ivan.

Oficial de caso de la Abwehr: Ludovico von Karsthoff, Johnny Jebsen.

Roman Czerniawski

Nombre en clave del MI5: Bruto.

Oficial de caso del MI5: Christopher Harmer, Hugh Astor.
Nombre en clave de la Abwehr: Hubert.
Oficial de caso de la Abwehr: Oscar Reile.

Lily Sergeyev
Nombre en clave del MI5: Tesoro.
Oficial de caso del MI5: Mary Sherer.
Nombre en clave de la Abwehr: Solange, Vagabundo.
Oficial de caso de la Abwehr: Emile Kliemann.

Juan Pujol García
Nombre en clave del MI5: Garbo,

Bovril.
Oficial de caso del MI5: Tomás Harris.
Nombre en clave de la Abwehr: Arabel.
Oficial de caso de la Abwehr: Karl-Erich Kühlenthal.

Elvira de la Fuente Chaudoir

Nombre en clave del MI5: Bronx, Cyril.
Oficial de caso del MI5: Christopher Hamer, Hugh Astor.
Nombre en clave de la Abwehr: Dorette.
Oficial de caso de la Abwehr: Helmut

«Bibi» Bleil, Berndt Schluetter.

Prólogo

En el verano de 1943, un oficial de inteligencia refinado y de voz suave, con pantalones de tartán y que fumaba en pipa, dio los últimos toques a un arma secreta en la que había estado trabajando durante más de tres años. Esta arma —única en su potencia e ilimitada en su alcance— era muy distinta de cualquier otra fabricada antes o después. Estaba tan envuelta en un velo de silencio que sus inventores, durante algún tiempo, no fueron conscientes de que la tenían y no estaban seguros de cómo utilizarla. Esta arma no

mataba o mutilaba. No dependía de la ciencia, la ingeniería o la fuerza. No destruía ciudades, hundía submarinos alemanes o atravesaba la armadura de los Panzer. Hacía algo mucho más sutil. En lugar de matar al enemigo, podía entrar en sus cabezas. Podía hacer que los nazis pensaran lo que los británicos querían que pensaran, y así hacer lo que los británicos querían que hicieran.

Tar Robertson, del MI5, había creado un arma que podía mentir a Hitler, y, en el momento más crítico de la segunda guerra mundial, apremió a Winston Churchill para que la utilizara.

Los planificadores militares aliados

ya estaban trabajando en los planes para el gran asalto a la Europa ocupada por los nazis. La invasión del Día D, esperada durante tanto tiempo, iba a decidir el resultado de la guerra y ambos bandos lo sabían. Si los Aliados podían cruzar el canal de la Mancha y abrirse paso a través de las defensas costeras alemanas conocidas como el «Muro Atlántico», entonces los nazis podían ser expulsados de París, Bruselas y después, atravesando el Rin, todo el camino hasta Berlín. Sin embargo, Hitler estaba convencido de que si se podía resistir de manera eficaz ante los invasores en los primeros

compases de un ataque, incluso durante un día, entonces el ataque fracasaría; la moral de los Aliados se derrumbaría, y transcurrirían muchos meses antes de que se pudiera intentar otra invasión. En ese plazo de tiempo, Hitler podía concentrarse en destruir al Ejército Rojo en el frente oriental. Las primeras veinticuatro horas serían, en las famosas palabras de Erwin Rommel, «el día más largo»: cómo acabara ese día no era nada seguro.

En la actualidad el Día D se erige como una victoria monumental y, en retrospectiva, como históricamente inevitable. En aquel momento no parecía

que fuera así. Los ataques anfibios están entre las operaciones más difíciles de la guerra. Los alemanes habían construido una «zona de la muerte» a lo largo de la costa francesa, con una profundidad de más de ocho kilómetros, una pista de obstáculos letal compuesta de alambre de espino, cemento y más de seis millones de minas, detrás de la cual había emplazamientos de artillería pesada, puestos de ametralladoras y búnkeres. Como observó en una lúgubre entrada de su diario justo antes del Día D el mariscal de campo sir Alan Brooke, jefe del estado mayor imperial: «Puede ser perfectamente el más terrible

desastre de toda la guerra».[3]

En la guerra no hay una variable más importante, y más difícil de controlar, que el elemento sorpresa. Si los alemanes podían ser confundidos o, aún mejor, engañados activamente respecto al lugar y el momento en el que iban a tener lugar los desembarcos, entonces las posibilidades de éxito mejoraban de forma drástica. Las fuerzas alemanas en la Francia ocupada superaban con amplitud a los invasores, pero si podían ser mantenidos en el lugar equivocado en el momento adecuado, entonces la ecuación numérica parecía menos sobrecogedora. En 1944 la guerra se

estaba cobrando las vidas de diez millones de personas al año. No podía haber más en juego y el margen de error no podía ser menor.

En la conferencia de Teherán, en noviembre de 1943, el primero de los encuentros de los «Tres Grandes» que juntaron a Churchill, Roosevelt y Stalin, los Aliados establecieron planes para la invasión de Europa, con el nombre en clave de «Operación Overlord», que tendría lugar en mayo de 1944 (posteriormente se retrasó un mes), con el general Dwight Eisenhower como comandante supremo aliado, y el general Bernard Montgomery como comandante

de las fuerzas terrestres aliadas, para el ataque a través del canal de la Mancha. Durante la conferencia, Winston Churchill se volvió hacia Josef Stalin y profirió el típico comentario churchilliano que, desde entonces, se ha convertido en una especie de mito: «En tiempos de guerra, la verdad es tan preciosa que siempre debería estar protegida por una sarta de mentiras».[4] Stalin, que tenía poca paciencia para las metáforas literarias, contestó: «Esto es lo que llamamos astucia militar».[5] La invasión del Día D iba a estar protegida y apoyada por una campaña integral y mundial de engaño, un conjunto de

mentiras para ocultar la verdad: en reconocimiento por la observación de Churchill se le puso el nombre en clave de «Bodyguard». [6]

El objetivo principal de la Operación Bodyguard era engañar a los alemanes para que creyeran que la invasión llegaría a un punto que no era, y que no llegaría al lugar que era. Y aún más, para asegurarse de que esas tropas que se estaban preparando para rechazar la falsa invasión no eran desplegadas para repeler la auténtica, el engaño debía mantenerse *después* del Día D. Solo se podía poner en su sitio a Goliat si no sabía de dónde le venía la honda

de David, y si se quedaba intentando averiguarlo. La horquilla para lograr el objetivo de una invasión a través del Canal era extremadamente estrecha. Los alemanes estaban seguros de localizar la acumulación de tropas en Gran Bretaña, y dado que el ataque debía tener lugar a una distancia de alcance de los cazas, solo había un puñado de lugares adecuados para un desembarco masivo. En palabras de uno de los planificadores, era «completamente imposible ocultar el hecho de que el ataque principal tendría lugar en algún punto entre la península de Cherburgo y Dunquerque».[7]

El objetivo más obvio era el paso de Calais, en el noreste, la región más cercana a la costa británica. Los puertos de aguas profundas de Calais y Boulogne podían ser fácilmente abastecidos y reforzados una vez que cayeran en manos de los Aliados, y la cabeza de puente en Calais ofrecería la ruta más directa para una marcha hacia París y el corazón industrial alemán en el Ruhr. La lógica de atacar Calais no pasó desapercibida para los estrategas alemanes. El propio Hitler identificó Calais como el objetivo más probable: «Es ahí donde el enemigo debe atacar y atacará, y es ahí —a menos que todos

los indicios sean engañosos— donde tendrá lugar la batalla decisiva contra las fuerzas de desembarco».[8] Hitler estaba completamente alerta respecto a la posibilidad de ser engañado: le habían pillado por sorpresa las invasiones del norte de África y de Sicilia. Iba a ser mucho más difícil de engañar en esta ocasión.

En julio de 1943 los planificadores militares aliados habían llegado a la conclusión de que, «en lugar de las ventajas evidentes que proporciona el paso de Calais por su proximidad a nuestras costas», la costa de Normandía al norte de Caen representaba un mejor

objetivo. Las playas de Normandía eran largas, anchas y con pendientes suaves, con brechas adecuadas en las dunas a través de las cuales una fuerza invasora podría desplegarse rápidamente tierra adentro. La ausencia de un fondeadero de aguas profundas se resolvería de manera ingeniosa mediante la construcción de enormes puertos artificiales, llamados en clave «Puertos Mulberry».

El exitoso engaño que había rodeado los desembarcos en Sicilia de 1943 había convencido a los alemanes de que el objetivo más probable *no* era el objetivo real. Ahora el propósito se

invirtió: había que hacer creer a Hitler que el objetivo más verosímil *era* el objetivo. A lo largo del poderoso Muro Atlántico, su espesor era menor en Normandía. Es ahí donde golpearía la bola de demolición. Pero para golpear con el máximo efecto, la verdad necesitaría ser protegida por una sarta de mentiras, que es precisamente lo que Tar Robertson había creado.

Robertson y el pequeño equipo de oficiales de inteligencia bajo su mando estaban especializados en convertir a los espías alemanes en agentes dobles. Este era el «Sistema de la Doble Cruz», coordinado por el intensamente secreto

Comité Veinte, llamado así porque el número veinte en romanos, XX, forma una doble cruz. Hasta entonces esos agentes dobles —varias docenas— habían sido utilizados de manera defensiva: para captar a más espías, obtener información sobre la inteligencia militar alemana, y tranquilizar al enemigo para que creyera que estaba dirigiendo una amplia y eficaz red de espionaje en Gran Bretaña, cuando en realidad no estaba haciendo nada de eso. En junio de 1943, Robertson llegó a la sorprendente conclusión de que todos y cada unos de los agentes alemanes en Gran Bretaña

estaban realmente bajo su control. No algunos, no la mayoría, sino *todos* ellos, lo que quería decir que el equipo de agentes dobles de Robertson ahora podía comenzar a alimentar a los alemanes no solo con fragmentos de falsedad, sino con una mentira gigantesca capaz de cambiar el curso de la guerra.

El complot para el engaño del Día D implicaba a cada división de la maquinaria de la guerra secreta: los científicos dejaban pistas falsas, los ingenieros fabricaban tanques falsos, los operadores de radio creaban un aluvión de señales falsas, y los falsos generales

dirigían ejércitos inexistentes hacia objetivos que nunca estuvieron en peligro. Mientras que la campaña conjunta y global de engaño fue bautizada con el nombre en clave de «Guardaespaldas», el plan que cubría específicamente la invasión a través del Canal, el elemento fundamental del engaño, fue llamado «Fortitude» (Fortaleza), la cualidad más esencial para su éxito. Operación Fortaleza, el engaño para encajonar a las tropas alemanas en el paso de Calais y mantenerlas allí, era un esfuerzo colectivo extraordinario, pero en su núcleo dependía de los espías de

Robertson, y de una red de engaño tan intrincada y fuerte que atraparía a los ejércitos de Hitler y ayudaría a llevar a miles de soldados sanos y salvos a través del canal de la Mancha.

La historia militar del Día D se ha descrito muchas veces, y el papel de la Operación Fortaleza en esa victoria, aunque mantenido durante mucho tiempo en secreto, ha ido surgiendo lentamente desde la guerra. Pero la historia de los cinco espías que formaron el núcleo del sistema de la Doble Cruz, las armas secretas de Robertson, nunca se había contado en toda su extensión hasta ahora. Los propios espías esperaban que

su historia permaneciese oculta, como así hubiera sido si el Servicio de Seguridad (mejor conocido como MI5) no hubiese decidido, en los últimos años, desclasificar sus archivos de espionaje en tiempos de guerra. En efecto, si sus historias se hubieran contado en aquel momento, nadie las hubiera creído.

Porque los espías del Día D eran, sin duda alguna, una de las unidades militares más extrañas que se hayan reunido nunca. Incluían a una mujer de mundo, bisexual y peruana, un pequeño piloto de caza polaco, una francesa voluble, un serbio seductor y un español

profundamente excéntrico con un título de criador de pollos. Todos juntos, bajo la guía de Robertson, proporcionaron todas las pequeñas mentiras que, juntas, crearon la gran mentira. Su éxito dependía de la delicada y dudosa relación entre los espías y sus jefes, tanto alemanes como británicos.

Esta es una historia de guerra, pero también trata de las cualidades matizadas de la psicología, el carácter y la personalidad, de la delgada línea entre fidelidad y traición, verdad y falsedad, y el extraño impulso del espía. Los espías de la Doble Cruz fueron diversos, valerosos, traicioneros,

caprichosos, avariciosos y geniales. No eran héroes evidentes, y su organización fue traicionada desde dentro por un espía soviético. Uno de ellos estaba tan obsesionado con su perro que estuvo a punto de hacer fracasar toda la invasión. Todos eran, en alguna medida, fanáticos, ya que esta es la verdadera esencia del espionaje. Dos de ellos eran de dudosa moral. Uno era agente triple, y probablemente cuádruple. Para otro el juego terminó con la tortura, la cárcel y la muerte.

Todas las armas, incluyendo las secretas, son susceptibles de que les salga el tiro por la culata. Robertson y

sus espías sabían claramente que si su engaño era descubierto, entonces en lugar de desviar la atención de Normandía y encadenar a las fuerzas alemanas en el paso de Calais, conducirían a los alemanes hacia la verdad, con consecuencias catastróficas.

Los espías del Día D no eran guerreros tradicionales. Ninguno llevaba armas, y sin embargo los soldados que sí las llevaban tenían con los espías una enorme e inconsciente deuda cuando asaltaron las playas de Normandía en junio de 1944. Estos agentes secretos lucharon exclusivamente con palabras e invenciones. Sus relatos comienzan

antes del estallido de la guerra, pero después coinciden en parte, están interrelacionados y finalmente se entrelazan en el Día D, en la mayor operación de engaño jamás intentada. Sus nombres reales son un trabalenguas, una especie de batiburrillo europeo que podría haber salido de una novela de época: Elvira Concepción Josefina de la Fuente Chaudoir, Roman Czerniawski, Lily Sergeyev, Dusko Popov y Juan Pujol García. Sus nombres en clave son más directos y, en cada caso, elegidos deliberadamente: Bronx, Bruto, Tesoro, Triciclo y Garbo.

Esta es su historia.

1
Reclutas novatos

Dusko y Johnny eran amigos. Su amistad estaba basada en un aprecio compartido por el dinero, los coches, las fiestas y las mujeres, sin un orden especial y preferiblemente todos al mismo tiempo. Su relación, fundada casi por completo en la frivolidad, tendría un profundo impacto en la historia del mundo.

Dusan «Dusko» Popov y Johann «Johnny» Jebsen se conocieron en 1936 en la Universidad de Friburgo, al sur de Alemania. Popov, hijo de un rico

industrial de Dubrovnik, tenía veinticinco años. Jebsen, heredero de una gran compañía naviera, tenía dos años más. Ambos estaban mimados, eran encantadores e irresponsables. Popov conducía un BMW; Jebsen un Mercedes 540K descapotable y sobrealimentado. Esta inseparable pareja de *playboys* internacionales estaban de jarana por Friburgo, y se portaban mal. Popov era estudiante de derecho, mientras que Jebsen se estaba sacando un título de económicas, lo mejor para dirigir la empresa familiar. Ninguno de los dos estudiaba nada. «Ambos teníamos ciertas pretensiones intelectuales»,

escribió Popov, pero éramos «adictos a los coches deportivos y a las chicas atléticas y teníamos suficiente dinero para mantener a unos y a otras funcionando».[9]



Dusko Popov

Popov tenía una cara redonda y despejada, con el pelo peinado hacia atrás y con una frente amplia. Había división de opiniones sobre su aspecto: «Sonríe ampliamente mostrando todos los dientes y en reposo su cara no es desagradable, aunque desde luego no es guapo»,[10] escribió un contemporáneo suyo. «Una nariz típicamente eslava, bien aplastada, de tez cetrina, hombros anchos, porte atlético, pero más bien regordete, con manos blancas y bien cuidadas»,[11] que movía con gesticulaciones desenfrenadas. Las mujeres solían encontrarle irresistible, con sus buenos modales, su «boca

grande y sensual»[12] y sus ojos verdes detrás de unos párpados caídos. Tenía lo que se conocía por entonces como «ojos de dormitorio»; en efecto, el dormitorio era su principal foco de interés. Popov era un mujeriego irrefrenable. Jebsen tenía un aspecto muy diferente. Era menudo y delgado, con el pelo rubio oscuro, los pómulos altos y la nariz respingona. Donde Popov era ruidosamente gregario, Jebsen era vigilante. «Su frialdad y actitud distante podían ser intimidatorias, y sin embargo todo el mundo caía bajo su encanto»,[13] escribió Popov. «También era muy cordial, y su inteligencia se reflejaba en

su cara, en el estado de alerta de sus ojos azul acerado. Hablaba de manera abrupta, con frases cortas, casi nunca utilizaba adjetivos y era, por encima de todo, irónico». [14] Jebsen mostraba una cojera al caminar, e insinuaba que era resultado de una herida recibida en alguna correría salvaje: en realidad estaba provocada por el dolor de las venas varicosas que tenía, que le martirizaban en secreto. Le encantaba inventar historias, «provocar deliberadamente situaciones para ver qué pasaba».[15] Pero también le gustaba llegar a acuerdos. Cuando a Popov le retaron a un duelo a espada por causa de

una chica, fue Jebsen, en tanto que su segundo, el que llegó a una solución pacífica de forma discreta, para alivio de Popov, que «no pensaba que mi aspecto mejorara gracias a una cicatriz roja brillante».[16]

Los padres de Jebsen —ambos habían muerto para cuando llegó a Friburgo— habían nacido en Dinamarca, pero se nacionalizaron alemanes cuando la naviera Jebsen & Jebsen se trasladó a Hamburgo. Jebsen nació en esa ciudad en 1917, pero le gustaba bromear diciendo que realmente era danés, y que su ciudadanía alemana era una «bandera de conveniencia» por cuestiones de

negocios: «Parte de mi amor por mi país tiene que ver con que gran parte de él en realidad me pertenece».[17] Huérfano rico y sin raíces, Jebsen había visitado Gran Bretaña cuando era adolescente, y regresó siendo un anglófilo comprometido: adoptaba las costumbres inglesas, hablaba inglés antes que alemán y pensaba que vestía «como un joven Anthony Eden, un conservador elegante».[18] Popov señaló: «No dejaría de llevar un paraguas menos que sus pantalones».



Johnny Jebsen

Preocupados como estaban con divertirse, los dos amigos estudiantes no podían ignorar completamente los amenazantes cambios políticos que estaban teniendo lugar a su alrededor en la Alemania de los años treinta. Se esforzaban en tomar el pelo a «la *intelligentsia* estudiantil pro nazi».[19] Sin embargo las burlas tenían una parte cortante. «Bajo esa máscara de esnob y cínico, y bajo sus modales de *playboy*»,[20] Jebsen estaba desarrollando un profundo desagrado hacia el nazismo. Popov consideraba las poses de los camisas pardas nazis ridículas y repulsivas.

Después de licenciarse Popov regresó a Yugoslavia y se estableció en el negocio de las importaciones y exportaciones, viajando mucho. Jebsen se marchó a Inglaterra y anunció que pretendía estudiar en Oxford y escribir libros de filosofía. No hizo ninguna de las dos cosas (aunque posteriormente afirmó que había hecho ambas). No volvieron a coincidir hasta tres años más tarde, momento en el que el mundo estaba en guerra.

A principios de 1940, Popov estaba viviendo en Dubrovnik, donde había abierto su propio bufete de abogados y tenía relaciones con al menos cuatro

mujeres, cuando recibió un telegrama de su viejo amigo, citándole en Belgrado: «Necesito verte urgentemente».[21] Su encuentro fue alegre y espectacularmente regado en alcohol. Salieron de juerga por los garitos nocturnos de Belgrado, habiendo reclutado «dos chicas del coro de unos de los clubes».[22] Al amanecer, los cuatro desayunaron un filete y champán. Jebsen le dijo a Popov que en los años en que no se habían visto había conocido al gran escritor inglés P. G. Wodehouse. Con su monóculo y su pañuelo de seda al cuello, Jebsen parecía ahora una extraña versión germánica de Bertie Wooster. [23] Popov

estudió a su viejo amigo. Jebsen tenía la misma expresión de «inteligencia afilada, cinismo y humor negro»,[24] pero también parecía tenso, como si hubiera algo que le atormentara. Fumaba un cigarrillo tras otro y «pedía los *whiskies* dobles, sin añadidos y con frecuencia. Con estilo, su ropa seguía rivalizando con la de Eden, pero su pelo rubio ya no estaba tan bien cortado y había abandonado su bigote, teñido de rojo por el tabaco».[25]

Unos días después los amigos estaban solos, en el bar de un hotel de Belgrado, cuando Jebsen bajó la voz, miró a su alrededor de manera

ridículamente conspirativa, y le confió que se había unido a la Abwehr, el servicio de inteligencia militar alemán, «porque eso le evitaba alistarse, cosa que le atemorizaba mucho ya que sufría profundamente de las venas varicosas».[26] El captador de Jebsen era un amigo de la familia, el coronel Hans Oster, segundo del almirante Wilhelm Canaris, jefe de la Abwehr. Ahora tenía el cargo formal pero impreciso de *Foscher*, que quiere decir investigador, o cazatalentos, con el rango técnico de soldado, adscrito a un destacamento especial de cuatrocientos hombres del Regimiento Brandeburgo. En realidad

esta unidad era «una manera, por parte de Canaris, de agenciarse a una serie de jóvenes librándoles de las garras del servicio militar obligatorio».[27] Jebsen era un espía por libre, de baja permanente en el ejército, y con una promesa personal de Canaris de que nunca llevaría uniforme, nunca realizaría entrenamiento militar y nunca sería enviado a la guerra. Era libre de pasar «su tiempo viajando por Europa para su negocio privado y sus asuntos financieros, siempre que estuviera disponible para ayudar a la Abwehr cuando le llamaran para hacerlo».[28]

«Hitler es el amo indiscutido de

Europa», afirmó Jebsen. «En unos cuantos meses probablemente acabe con Inglaterra, y entonces Estados Unidos y Rusia estarán encantados de ponerse de acuerdo con él». [29] Esto era pura propaganda nazi, pero la expresión de Jebsen, como de costumbre, era centelleantemente irónica. «¿Cenarías con un amigo mío», preguntó de pronto Jebsen, «un miembro de la embajada alemana?»[30] El amigo resultó ser el comandante Müntzinger, un corpulento bávaro y el oficial de mayor rango de la Abwehr en los Balcanes. Cuando estaban con el *brandy* y los puros, Müntzinger le lanzó la pelota a Popov,

tan sutil como un mazo. «Ningún país puede resistirse al ejército alemán. En un par de meses Inglaterra será invadida. Para facilitar la tarea alemana y hacer que la consiguiente invasión sea menos sangrienta, podrías ayudar»,[31] Müntzinger pasó a la adulación. Popov tenía buenos contactos. Sus negocios eran la tapadera ideal para viajar a Gran Bretaña, donde debe de conocer a gente muy importante e influyente. Porque ¿acaso no conocía al propio duque de Kent? Popov negó con la cabeza. (No reconoció que solo había estado en Gran Bretaña una vez en su vida, y que había estado con el duque durante unos

minutos en el Club Náutico Argosy de Dubrovnik). Müntzinger continuó: «Tenemos muchos agentes en Inglaterra, bastantes de ellos excelentes. Pero tus conexiones abrirían muchas puertas. Nos puedes prestar una gran ayuda. Y nosotros también a ti. El Reich sabe cómo mostrar su agradecimiento».[32] Jebsen se bebió su *whisky* y no dijo nada. Müntzinger era algo impreciso sobre el tipo de información que Popov debía reunir: «General. Política».[33] Y entonces, después de una pausa: «Militar. Johnny te presentará a la gente adecuada cuando y si aceptas». Popov pidió tiempo para pensarse la oferta y a

la mañana siguiente aceptó. Jebsen había captado a su primer espía para la inteligencia alemana. Nunca más reclutaría a otro.

Mientras tanto Popov había comenzado a desarrollar lo que llamaba «una pequeña idea de mí mismo».[34]

En 1941, la Interallié era la red de espías más importante en la Francia ocupada por los nazis. En efecto, como señaló un oficial de inteligencia británico, virtualmente era la única, «nuestra sola fuente de información procedente de Francia»[35] durante la primera parte de la guerra. La red consistía en decenas de informantes,

agentes y subagentes, pero en última instancia la Interallié era la creación de un espía, un hombre para el que la conspiración y los subterfugios eran su segunda naturaleza, que veía el espionaje como una vocación. Sus colaboradores franceses le conocían como Armand Borni; también utilizaba el nombre en clave «Walenty» o «Valentine». Su nombre real era Roman Czerniawski, y en muy poco tiempo, mediante una vitalidad absoluta, gran convicción y un sentido desorbitado de su propia valía se había convertido en el más eficaz espía británico en Francia.[36]

Czerniawski era un patriota polaco,

pero esa expresión no hace justicia a su «polaquismo» esencial, y a las honduras de su amor por su tierra natal. Vivía por Polonia y estaba perfectamente preparado (a veces casi ansioso) para morir por ella. «Su lealtad era total hacia su propio país, y todos los problemas que veía estaban unidos con el destino de los polacos», escribió uno de sus compañeros de espionaje. Odiaba a alemanes y rusos con igual intensidad por repartirse su país, y solo soñaba con restablecer la nación polaca. Cualquier otra lealtad, cualquier otra consideración, eran secundarias. Solo medía 1,67 metros, tenía una cara

delgada e intensa y los ojos juntos. Sonreía de buena gana y hablaba a la velocidad de una ametralladora.



Roman Czerniawski

Hijo de un acomodado financiero de Varsovia, Czerniawski se había entrenado como piloto de combate antes de la guerra, pero un grave accidente le había hecho perder visión y le había convertido en sedentario. La invasión alemana de Polonia en septiembre de 1939 pilló al capitán Czerniawski en el cuartel general de la fuerza aérea de Varsovia, como especialista en inteligencia militar y autor de un tratado de contrainteligencia que había sido bien recibido. Czerniawski era un profesional, «un hombre que vive y piensa espiando»,[37] como expresó un colega. Consideraba el negocio del

espionaje como una vocación honorable «basada en los más altos ideales del empeño humano».[38] Mientras el ejército polaco se desmoronaba ante el ataque alemán, Czerniawski huyó a Rumanía y desde allí, utilizando documentos falsos, consiguió llegar a Francia, donde las fuerzas polacas se estaban reagrupando. Cuando cayó Francia en 1940 su división fue licenciada, pero en lugar de unirse a sus compatriotas en Gran Bretaña para continuar la lucha desde allí, Czerniawski pasó a la clandestinidad. Convenció a una joven viuda francesa, Renée Borni, de que le cediera la

identidad de su difunto marido. Cuando comenzó la ocupación alemana, un campesino cuya documentación le identificaba como Armand Borni se bamboleaba a su lado con una bicicleta prestada, tomando notas mentalmente y felicitándose a sí mismo. «Cada indicador, cada letrero en un camión, cada marca distintiva de cualquier tipo, significaba para mí mucho más que para cualquier otra persona».[39] Aquí estaban las semillas de lo que él mismo llamaba de manera presuntuosa su «visión».[40] Mientras el gobierno polaco en el exilio, en Londres, combatía un tipo de guerra, él montaría

otra. Imaginaba «pequeñas células de resistencia, multiplicándose a gran velocidad, juntándose y formando una pantalla de ojos».[41]

Czerniawski logró llegar a la parte no ocupada del sur de Francia, donde entró en contacto con el servicio secreto polaco y consiguió la aprobación formal para su plan de establecer una red en la zona ocupada. Unas cuantas noches después estaba cenando solo en La Frégate, un restaurante de Toulouse, cuando una joven le preguntó si podía sentarse en la silla libre de su mesa. «Era menuda, de treinta y tantos años. Su cara pálida y delgada, con labios

finos, estaba animada por unos ojos muy vivos».[42] De manera simultánea Mathilde Carré se formó una opinión de su diminuto y accidental compañero de cena: «Delgado y musculoso, con una cara afilada y estrecha, una nariz más bien larga y ojos verdes que originalmente habían sido claros y atractivos pero que ahora estaban salpicados de contusiones como consecuencia de un accidente de aviación».[43] Czerniawski se presentó «con un acento francés atroz».[44] Comenzaron a conversar. Después de cenar él se marchó a casa de ella.

Mathilde Carré era muy inteligente,

estaba ansiosa y, en el momento de conocer a Czerniawski, al borde de un ataque de nervios. Hija de padres burgueses de París, había estudiado en la Sorbona, trabajó brevemente en una aseguradora, se formó como profesora y después se casó con un amigo de la infancia, antes de descubrir, rápidamente, que no podía soportarle. La guerra era la excusa que necesitaba para abandonarle. Con el ejército francés en retirada, encontró trabajo en un centro sanitario de campaña, donde se ocupaba de los heridos. Allí conoció a un teniente de la Legión Extranjera francesa e hizo el amor con él «bajo los

ojos de un enorme crucifijo»[45] en la celda de un obispo en un seminario de Cazères sur Garonne. Él se marchó por la mañana y ella se quedó embarazada. Decidió tener al niño, y después lo perdió. Una noche estaba en la parte alta de un puente, a punto de suicidarse, pero cambió de opinión: «En lugar de arrojarme al Garona me echaré a la guerra. Si realmente pretendía suicidarme sería más inteligente cometer un suicidio útil».[46] Para celebrar su decisión salió a cenar sola a La Frégate.

La patente seguridad en sí mismo de Czerniawski hizo que Mathilde se sintiera segura de inmediato. «Cada vez

que hablaba de la guerra sus ojos brillaban. No aceptaba que Polonia hubiese sido derrotada. Irradiaba una especie de confianza y de entusiasmo propios de la juventud, una inteligencia y una fuerza de voluntad que alternativamente daba lugar a los aires de un niño malcriado y cariñoso».[47] Se volvieron a encontrar la noche siguiente, y la siguiente. «Rápidamente se creó un gran vínculo de amistad».[48] Con posterioridad ambos negarían con tal vehemencia que habían sido amantes que los desmentidos eran, por supuesto, falsos.

Tres semanas después de su primer

encuentro, Czerniawski confesó que era un espía y pidió a Mathilde que le ayudara a llevar a cabo su «visión» de una red de inteligencia con múltiples células. Mathilde le dijo que podía «contar con ella»;[49] juntos harían «grandes cosas». La teatralidad del momento se completó con el anuncio de Czerniawski de que ya había elegido un nombre en clave para su nueva cómplice: sería «La Chatte», la gata, «porque caminas tan silenciosamente, con tus zapatos blandos, como una gata».[50] Ella levantó los delgados dedos de una mano como si fueran una garra: «Y también puedo arañar si quiero».[51]

Quizá era una advertencia.

Roman Czerniawski y Mathilde Carré formaron una asociación de espionaje altamente efectiva. En París, alquilaron una habitación en Montmartre y se pusieron a crear toda una red de espionaje. «Será interaliada»,[52] anunció Czerniawski. «El jefe será un polaco, los agentes fundamentalmente franceses y todos ellos trabajarán para los Aliados». La red Interallié había nacido.

Mathilde actuaba como reclutadora en jefe (ya que algunos franceses rechazaban trabajar para un polaco), mientras que Roman reunía, ordenaba,

redactaba y enviaba material de inteligencia a Londres. Los primeros reclutas fueron Monique Deschamps, con el nombre en clave de «Moustique» (Mosquito), una mujer menuda, fumadora empedernida y agitadora, y René Aubertin, un antiguo comandante de tanques del ejército francés. Gradualmente la red se expandió hasta incluir trabajadores del ferrocarril, policías, pescadores, criminales y amas de casa. Mandaban cualquier información que consiguieran a alguno de los numerosos «buzones» a lo largo y ancho de París: la encargada de los baños en La Palette, la escuela de

idiomas Berlitz de Opéra, y un conserje en la calle Lamarck «que había recibido un golpe de bayoneta en el culo cuando los alemanes entraron en París, por lo que era natural que les odiase».[53] Mathilde reunía la información. «Con su abrigo de piel negra, sombrero y zapatos rojos, pequeños y sin tacón, se movía rápidamente de una cita a otra»,[54] escribió Czerniawski, «trayendo nuevos contactos, nuevas posibilidades, liberándome para que me concentrara en estudiar las noticias de nuestros agentes y condensándolo en nuestros informes».

El objetivo de Czerniawski era establecer un panorama completo de las

fuerzas alemanas en la Francia ocupada, el orden de batalla: posiciones de las tropas y movimientos, depósitos de armas, aeródromos, instalaciones navales y de radar. «Para derrotar al enemigo tienes que saber dónde está; cuanto más exactamente sepas dónde está, más fácil puede ser»,[55] escribió. Mecanografiaba los informes resumidos en papel de seda. Cada cuatro semanas, un correo con el nombre de «Rápido», «un polaco alto y delgado de edad indeterminada, de tez oscura y un pequeño bigote negro»,[56] cogía el tren de Marsella de las 11 de la mañana para Burdeos en la estación de Lyon. Diez

minutos antes de la partida se encerraba en el baño de primera. Encima del lavabo había un cartel metálico que decía: «Remplacez le couvercle après l'usage». [57] [58] Introduciendo un pañuelo entre el destornillador y el tornillo para evitar el delatador ruido chirriante, Rapide aflojaba cuidadosamente la placa con el texto, metía el informe en papel de seda y lo volvía a atornillar. Después de que el tren cruzase la frontera de la Francia no ocupada, un agente de la inteligencia polaca repetiría el proceso a la inversa, recogiendo el informe e insertando una respuesta para ser recogida cuando el

tren llegara de vuelta a París. Desde la Francia no ocupada, la inteligencia polaca transmitía el comunicado con un mensajero a través de la península Ibérica neutral hasta el gobierno polaco en el exilio en Londres, que se lo pasaba a los servicios secretos británicos. Todos los informes de Czerniawski terminaban en manos del MI6, la organización de inteligencia exterior británica, conocida de manera más formal como el Servicio de Inteligencia Secreto, o SIS.

La red, o La Famille, como la llamaban, se expandió rápidamente. Una radio del tamaño de una máquina de

escribir portátil se pasó de contrabando a través de la frontera de la Francia de Vichy, se instaló en un apartamento de un piso alto cerca del Trocadero y se utilizó para enviar información codificada. Renée Borni, la viuda que había proporcionado a Czerniawski su falsa identidad, se mudó a París para trabajar en la codificación y descodificación de los mensajes inalámbricos. Czerniawski le puso su nombre en clave: «Violette». Se convirtió en su amante. A mediados de 1941, Czerniawski podía presumir de que su «Gran Red compuesta por patriotas franceses, dirigida por un

polaco y que trabajaba para Inglaterra, era ahora el último bastión de la resistencia aliada contra Alemania».[59] Se establecieron otras tres estaciones inalámbricas clandestinas. Algunos informes tenían cuatrocientas páginas, incluyendo mapas y diagramas. Era imposible enviarlos por radio, por lo que se fotografiaban y la película sin revelar se pasaba clandestinamente a través de la frontera española, «empaquetada de tal forma que, si era abierta por alguien no autorizado, se vería expuesta a la luz y por tanto sería inútil».[60]

La información de Interallié llegaba

a Londres en un torrente creciente, cada vez más detallada y precisa, y a veces tan rápido que sus receptores no podían mantener el ritmo. Cuando un espía descubría la ruta prevista del tren personal de Hermann Goering, jefe de la Luftwaffe, Czerniawski transmitía inmediatamente la información por radio a Londres, y se quedaba consternado cuando el tren no era atacado. Al día siguiente llegó un mensaje: «RE: SENTIMOS TREN GOERING NOS LLEGÓ LA INFORMACIÓN DEMASIADO TARDE PARA USARLA POR LA RAF STOP».[61]

Inevitablemente había tensiones

dentro del grupo. Mathilde odiaba a Renée, considerándola «la típica mujer de provincias, mal vestida».[62] Czerniawski insistía en que «no se trataba de celos»,[63] pero reflejaba que Mathilde era «una mujer extraña, idealista pero implacable, ambiciosa, muy nerviosa y tensa».[64]

En otoño de 1941 a Czerniawski le dijeron que acudiera a un aeródromo cerca de Compiègne, donde un avión le recogería para llevarle a Londres para una sesión informativa. El 1 de octubre, un Lysander de la RAF planeó por el cielo, pilotado por un hombre con bigote, el jefe de escuadrón J. «Whippy»

Nesbitt-Dufort, que solo sabía en francés, a modo de recibimiento, «C'est la vie».[65] A su llegada a Inglaterra, Czerniawski fue recibido por el coronel Stanislaw Gano, el jefe de la inteligencia polaca. «Nos has tenido muy ocupados aquí»,[66] dijo Gano, que parecía, según pensaba Czerniawski, «el jefe de alguna empresa privada».[67] Durante veinticuatro horas fue interrogado sobre todos los aspectos de su red. Gano parecía estar especialmente interesado en Mathilde Carré. «Somos compañeros perfectos»,[68] le aseguró Czerniawski. Finalmente, para su sorpresa, fue llevado hasta la

presencia del general Wladislaw Sikorski, el primer ministro polaco. Sikorski declaró con solemnidad que habían concedido a Czerniawski la *Virtuti Militari*, la mayor condecoración militar polaca. «Estaba petrificado por lo imprevisto, lo inesperado y la solemnidad del momento»,[69] escribiría más tarde. Pronto sería lanzado en paracaídas de regreso a Francia para continuar con su trabajo. El pequeño espía polaco estaba orgulloso, pero con la gratificación llegó también la duda exasperante, una pequeña y premonitoria punzada de ansiedad: «Inconscientemente sentía un inquietante

desasosiego».[70]

Elvira de la Fuente Chaudoir pasaba noche tras noche en las mesas de juego del Club Hamilton o el Casino de Crockford en Mayfair, y aunque a veces ganaba, siempre acababa perdiendo. Era de lo más frustrante. Pero cuando Elvira no estaba jugando, se aburría a morir; razón por la cual había aceptado comer con un hombre que, según le habían dicho, le podía ofrecer un trabajo de lo más interesante y bien pagado.

El aburrimiento acechaba a Elvira Chaudoir como una maldición. Su padre, un diplomático peruano, había hecho una fortuna con el guano, el excremento de

las aves marinas, los murciélagos y las focas, recogido a poca distancia de las costas de Perú y exportado como fertilizante. Elvira se había criado en París, donde había recibido una educación sin reparar en gastos, y tremendamente malcriada. En 1934, a la edad de veintitrés años, para huir del tedio, se echó en brazos de Jean Chaudoir, un belga, representante de bolsa de una empresa minera de oro. Resultó que Jean era un aburrido redomado, y la vida en Bruselas era «extremadamente tediosa».[71] Después de cuatro años de matrimonio, y una serie de aventuras amorosas

insatisfactorias, tanto con hombres como con mujeres, llegó a la conclusión de que «no tenía nada en común con su marido»[72] y se marchó a Cannes con su mejor amiga, Romy Gilbey, que estaba casada con el vástago de la dinastía de la ginebra Gilbey, y era muy rico. Elvira y la Sra. Gilbey perdían alegremente dinero procedente de la ginebra en un casino de Cannes cuando los alemanes invadieron Francia; huyeron en un Renault descapotable a St. Malo, antes de embarcarse para Inglaterra.



Elvira de la Fuente Chaudoir

En Londres, Elvira se mudó a un apartamento en Sloane Street, pero el

tedio de la vida le volvió a invadir rápidamente una vez más. Pasaba las noches yendo del bar del Ritz a las mesas de *bridge*, perdiendo un dinero que no tenía. Podía habérselo pedido a sus padres, pero estaban atrapados en Francia. Trató de unirse a las fuerzas de la Francia Libre reuniéndose con el exiliado Charles de Gaulle, pero le dijeron que no era adecuada. Hizo algunas traducciones para la BBC, pero le resultó monótono. Se quejaba, a cualquiera que la escuchara, de que no podía conseguir un trabajo interesante porque era peruana. Uno de los que resultó que escuchaban, una noche en el

Hamilton, era un oficial de la RAF que se lo dijo a un amigo de la inteligencia militar, que le pasó su nombre a alguien del MI6. Y así fue cómo Elvira Chaudoir se encontró a sí misma, a la edad de veintinueve años, en el asador del hotel Connaught, sentada frente a un hombre de mediana edad con un traje arrugado, un bigote blanco erizado y los ojos de un hurón hiperactivo. Se había presentado a sí mismo como el «Sr. Masefield». Su nombre real era teniente coronel Claude Edward Marjoribanks Dansey, también conocido como «Haywood», «Tío Claude» y «Coronel Z». Era el director adjunto del MI6.

Claude Dansey era ingenioso, rencoroso y caía muy antipático a sus compañeros de espionaje. Hugh Trevor-Roper, el sardónico historiador que trabajó en inteligencia durante la guerra, le consideraba «una mierda total, corrupto, incompetente, pero con una cierta astucia rastrera».[73] Dansey era un hombre muy desagradable, y un espía muy experimentado. Formaban una extraña pareja: Elvira, alta y vestida con demasiada elegancia, de rostro dulce y muy inocente, su pelo castaño rojizo peinado en forma de signo de interrogación sobre su frente; Dansey, pequeño, calvo, con gafas e intenso. A

Elvira más bien le gustaba este hombre pequeño y chispeante, y conforme se desarrolló la conversación quedó claro que sabía mucho de ella. Estaba al tanto de la Sra. Gilbey y las noches infructuosas en las mesas de *bridge*; sabía que a su padre le habían nombrado encargado de negocios con el gobierno colaboracionista de Vichy, en Francia; conocía lo que había, o más bien lo que no había, en su cuenta corriente. «Me di cuenta de que debía haber pinchado mi teléfono. No había otra manera de que supiera tanto sobre mí y mis amigos»,[74] reflexionaría más adelante.

Dansey le ofreció un trabajo. Le

explicó que su pasaporte peruano suponía que podía viajar con relativa facilidad en la Europa ocupada, y que el estatus diplomático de su padre le daría cobertura para una visita prolongada a la Francia de Vichy. Podría informar de asuntos políticos, pero era más importante que consiguiera que los alemanes la reclutaran como agente. Esta es la técnica de los servicios de inteligencia conocida como «comportamiento provocativo», utilizando como cebo a un recluta potencial ante el adversario con la esperanza de que, si era reclutado, pueda empezar a trabajar como agente

doble. Le iban a pagar bien por sus esfuerzos. Elvira no lo dudó.

La valoración del MI6 de su nuevo recluta fue tajante: «De aspecto atractivo. Habla con fluidez francés, inglés y español. Es inteligente y rápida de cabeza, pero probablemente sea bastante perezosa para usarla. Miembro del grupo de jugadores inteligentes internacionales, se puede encontrar a sus amigos en cualquiera de los clubes de *bridge* de Londres».[75] El seguimiento reveló que sus «gustos parecen estar entre los "lugares de alto nivel"».[76] La policía informó de «fiestas muy divertidas»[77] en el piso de Sloane

Street, con «comportamientos bulliciosos, cantando y gritando hasta tarde, y la llegada de hombres y mujeres borrachos a altas horas de la madrugada».[78] El subcomisario Joseph Goulder observó, con desaprobación y algo de sutileza, que la Sra. Chaudoir «busca la compañía de mujeres que pueden no ser cuidadosas con su virginidad».[79] Aunque Elvira podía parecer una especie de mujer de mundo casquivana, en realidad era brillante y habilidosa, y tenía una tapadera inmejorable: una chica a la que le gusta pasarlo bien, sin intereses más allá de la siguiente fiesta, el siguiente amante y la

siguiente apuesta. También era atractiva para ambos sexos y estaba ávida de dinero, cualidades que podían ser útiles. Como sabía Dansey gracias a una vida de espionaje, hasta la persona más inteligente y discreta tendía a la indiscreción si pensaba que estaba hablando a una mujer estúpida y atractiva sexualmente.

En un piso de Knightsbridge, enseñaron a Elvira a usar tinta secreta con la cabeza de una cerilla impregnada de sustancias químicas. Cuando estuviera en Francia, escribiría «cartas aparentemente inocuas»[80] a una dirección encubierta en Lisboa. «Entre

las líneas de esas cartas tenía que insertar mis informes de inteligencia escritos con un líquido indetectable que podía ser revelado por los técnicos de Dansey».[81] Elvira aprendía rápido. «Es muy inteligente y rápida para captar lo esencial»,[82] informó su instructor.

Su incipiente carrera de espía estuvo a punto de llegar a un abrupto final cuando un tal subteniente Burnett de la Reserva Voluntaria de la Marina Real, informó de que, una noche en Crockford, había escuchado por casualidad a Elvira Chaudoir presumiendo de que «le estaban enseñando un código del servicio secreto en la zona de St James y

que pronto la iban a mandar a Vichy».[83] A Elvira le dieron una severa reprimenda, y le dijeron que «se debería abstener de divulgar información que hubiera llegado a su conocimiento».[84] Escarmentada, prometió ser más discreta, pero el incidente había demostrado uno de sus rasgos más irritantes (y entrañables): como a muchos espías, le resultaba difícil guardar un secreto.

A Elvira le dieron el extraño nombre en clave masculino de «Cyril» y le dijeron que estuviera preparada para marchar a Francia. Su guerra estaba a punto de volverse muy interesante.

Juan Pujol García había sido muchas cosas en su corta vida: dueño de un cine, empresario, oficial de caballería (aunque le daban miedo los caballos) y soldado renuente. Se había pasado gran parte de la guerra civil española ocultándose de las fuerzas franquistas. Graduado en la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar, el centro de enseñanza para criadores de pollos más prestigioso de España, dirigía una granja avícola en las afueras de Barcelona, aunque odiaba los pollos. Pujol no tenía cabeza para los números, y el negocio quebró. Bajo, fornido y vivaz, con una frente amplia y «ojos

marrones cálidos con un tono ligeramente pícaro», parecía un gallo de pelea. Cuando estalló la segunda guerra mundial, Pujol decidió que quería espiar para los británicos. «Debo hacer algo», se dijo a sí mismo. «Algo práctico; debo contribuir por el bien de la humanidad».[85]Pujol llegó a la conclusión de que Hitler era «un psicópata»,[86] por lo que debía apoyar a los Aliados. «Quería trabajar para ellos, suministrarles información confidencial que pudiera ser interesante para la causa aliada, política o militarmente».[87]

Todavía tenía que resolver dónde y cómo obtener tales informaciones. «Mis

planes eran bastante confusos»,[88] admitió más tarde. Sus memorias, escritas muchos años después, sugerían que su determinación quijotesca y profunda de combatir a Hitler surgió de una forma agresiva de pacifismo y de una pertinaz desconfianza hacia todo tipo de extremismo político. Era un alma sumamente suave, orgullosa de no haber tenido que disparar un arma; planeó combatir el nazismo de otra manera. «Estaba fascinado por el origen de las palabras»,[89] escribió muchos años después. «La pluma es más poderosa que la espada. Lo creía de manera sincera y absoluta. Había dedicado la

mayor parte de mi vida a ese ideal, utilizando todas mis dotes, toda mi convicción, todos los ardides, maquinaciones y estratagemas posibles».[90] Pujol lucharía en un tipo de guerra única, con palabras como única arma.

En enero de 1941, el catalán de veintinueve años se dirigió a la embajada británica en Madrid, con una oferta para espiar a los alemanes. Le dijeron de manera educada pero firme que se marchara. En una variante de la frase de Groucho Marx, los británicos no querían a nadie en el club que quisiera ser miembro. A continuación

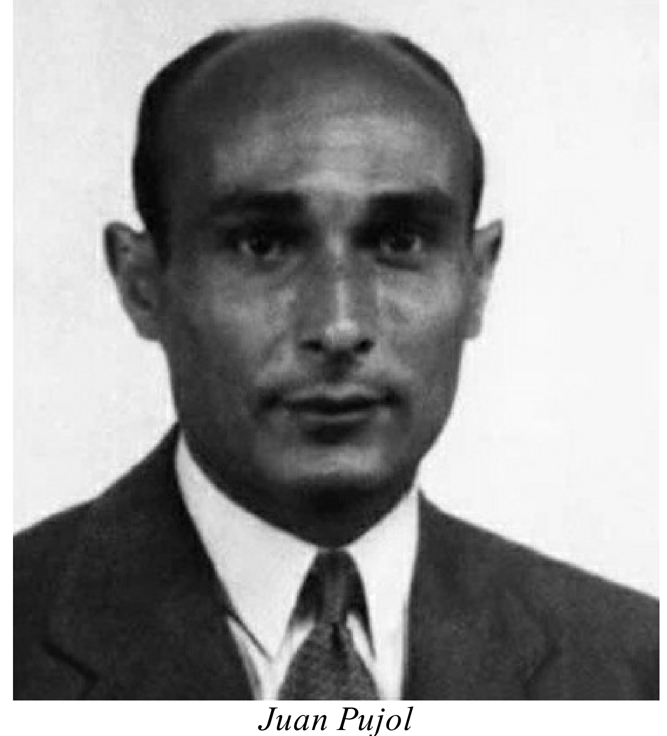
Pujol lo intentó con los alemanes, aparentando ser un ferviente fascista dispuesto a espiar a los británicos —en la esperanza de que, una vez captado, podría traicionarles—. Los alemanes le dijeron que estaban «sumamente ocupados».[91] Pero el pequeño catalán, con sus extraños e intensos ojos, continuó dando la lata a los alemanes en España, instruyéndose en el nacionalsocialismo hasta que pudo «perorar como si fuera un acérrimo nazi».[92] Finalmente (sobre todo para que se callara), los alemanes le dijeron que si podía llegar a Gran Bretaña a través de Lisboa, entonces se le tendría

en cuenta para el trabajo de espionaje. Esto era suficiente para Pujol. A partir de ese momento comenzó a ganarse la confianza de los alemanes con astucia, y especialmente la del comandante Karl-Erich Kühlenthal de la sede madrileña de la Abwehr.

Kühlenthal sería engañado de manera exhaustiva en el curso de la Operación Carne Picada, el engaño en el que se abandonó un cadáver en aguas españolas, llevando encima documentos falsos que señalaban que se producirían desembarcos aliados en Grecia en lugar de en Sicilia. El oficial alemán era eficiente, paranoico y tremendamente

crédulo. Desde el punto de vista de Pujol era el perfecto oficial de inteligencia. Kühlenthal equipó debidamente a Pujol con tinta secreta, dinero en efectivo, el nombre en clave «Agente Arabel», y un consejo: «No debía subestimar a los británicos, puesto que eran un enemigo temible».[93] A su llegada a Lisboa, una vez más Pujol se puso en contacto con los británicos, y una vez más le rechazaron. Esto le planteó un cierto dilema, ya que necesitaba empezar a suministrar información a los alemanes lo antes posible. El 19 de julio de 1941 mandó un telegrama a Kühlenthal anunciándole

su llegada a Gran Bretaña sano y salvo.



Juan Pujol

Pero no estaba allí. Pujol seguía en Portugal. Sin tener ocasión de conseguir información real para ninguna de las dos partes, decidió inventársela, con ayuda de la biblioteca pública de Lisboa, libros de segunda mano y todo aquello que podía recopilar de los noticieros cinematográficos. Descubrió los nombres y direcciones de auténticas empresas de armamento británicas, consultó una *Guía Azul de Inglaterra* en busca de nombres de lugares relevantes, y una publicación portuguesa titulada *La armada británica* como manual de temas navales. Pujol nunca había estado en Gran Bretaña. Simplemente se la

imaginaba, mandando detallados y prolijos informes sobre cosas que pensaba que habría visto si hubiera estado allí. El estilo de Pujol era agotadoramente ampuloso, un impenetrable conjunto de cláusulas y subcláusulas, anegadas en adjetivos y frases recargadas que se extendían hasta un distante horizonte gramatical. Posteriormente alegaría que este extraordinario estilo de escritura era una manera de rellenar las páginas sin decir mucho. Aunque le gustaba jugar con las palabras, sus informes estaban llenos de errores mayúsculos. Nunca fue capaz de entender la nomenclatura o la cultura

militar británica. Pensaba que las costumbres etílicas de Glasgow debían ser similares a las de España; escribió: «Aquí hay hombres que harían lo que fuera por un litro de vino».[94] Sus controladores alemanes no solo fueron incapaces de detectar estos errores sino que encomiaron al «Agente Arabel», especialmente cuando afirmó que había reclutado a dos subagentes en Gran Bretaña que eran, por supuesto, totalmente ficticios. Durante nueve meses, Pujol permaneció en Lisboa, haciendo lo que los espías han hecho siempre cuando carecen de información real: se inventó lo que pensaba que sus

jefes querían escuchar. Continuaría haciéndolo, magníficamente, durante el resto de la guerra.

El comandante Emile Kliemann de la Abwehr alemana estaba pasando una guerra de lo más agradable. El París ocupado era un lugar excepcionalmente grato para estar si resultaba que eras uno de los ocupantes. Tenía una oficina en los Campos Elíseos, un confortable apartamento cerca del Bois de Boulogne, con mucho dinero disponible y muy poco que hacer. Y lo más importante, tenía una nueva amante llamada Yvonne Delidaise. Francesa de madre alemana, Yvonne era exigente,

resultaba cara y tenía veinte años menos que él. Su rechoncha mujer austríaca seguía en Viena, y estaba segura de permanecer allí. Esto también era una fuente de satisfacción. El trabajo de Kliemann consistía en reclutar informantes y conseguir descubrir espías franceses, pero su infatigable colega Hugo Bleicher parecía encantado de hacer el trabajo duro, lo que le venía bien a Kliemann. Hombre de negocios vienés, destinado a París en junio de 1940, Kliemann tenía poco tiempo para el nazismo. En efecto, «no le gustaban particularmente los alemanes»,[95] y más bien esperaba que Alemania no ganara

la guerra demasiado pronto ya que lo único que quería era seguir con su recién descubierta vida parisina, hacer el amor con Yvonne y reunirse con el extraño y nada fiable personaje de su café favorito, Chez Valerie. Corpulento y ancho de hombros, Kliemann tenía un bigote recortado pulcramente, y un anillo de oro en el dedo medio de la mano izquierda, grabado con las iniciales «EK». Vestía de un modo que él consideraba elegancia sobria, con las patillas teñidas, y el pelo parcialmente peinado con raya en medio y engominado. Tocaba el violín y coleccionaba porcelana antigua. Con

cuarenta y tres años, el comandante Emile Kliemann era vanidoso, romántico, inteligente, asombrosamente perezoso y sistemáticamente impuntual. Como corresponde a un jefe de espías, había reunido un impresionante conjunto de alias —«Killberg», «Von Carstaedt», «Polo», «Octave» y «Monsieur Jean»— aunque ni un solo espía que sirviera.

El 13 de octubre de 1941, Kliemann fijó, a regañadientes, un encuentro con un recluta potencial, una francesa de veintinueve años de origen ruso, recomendada por uno de sus colegas. Su nombre era Lily Sergeyev.



Lily Sergeyev

Kliemann llegó dos horas tarde a su cita en el Café du Rond-Point. La joven que esperaba en la mesa de la esquina era apuesta, sin ser guapa. Tenía el pelo marrón rizado, los ojos azules brillantes y una barbilla cuadrada. En alemán fluido, Lily Sergeyev le explicó que era periodista y pintora. Su padre había sido funcionario zarista, pero después de la revolución, cuando Lily tenía cinco años, la familia había emigrado a París. Su abuelo, como anunció con orgullo, había sido el último embajador imperial ruso en Serbia. Su tío, el general Yevgeni Miller, había dirigido el Quinto Ejército ruso durante la primera guerra

mundial y desapareció en 1937. Fue ejecutado en Moscú dos años más tarde. Ahora su padre vendía coches. Su madre era modista. Se consideraba a sí misma francesa y quería espiar para Alemania.

Kliemann estaba intrigado. Lily parecía vivaz, inteligente y, lo que es más importante, interesada en Kliemann. La invitó a cenar en el restaurante Cascade, cerca del Bois de Boulogne, diciéndole que Yvonne, su «secretaria», se reuniría con ellos allí. La joven insistió en llevar a su perro, un cruce de terrier y caniche, un macho pequeño y blanco llamado *Babs*, por el cual, obviamente, sentía devoción.

Una vez sentados en el restaurante, Lily les contó su historia. Como espíritu inquieto, había realizado una serie de viajes épicos a través de Europa, en bicicleta o a pie, incluyendo uno que le había llevado a través de la Alemania de Hitler. Allí le había impresionado la eficiencia del régimen nazi, y había escrito una serie de artículos elogiosos para la prensa francesa. Incluso había entrevistado a Goering, quien le había «prometido conseguirle una entrevista personal con Hitler».[96] Esto no llegó a materializarse. En 1937, un periodista alemán llamado Felix Dassel, con el que se había encontrado durante sus viajes,

le dijo que estaba trabajando para la inteligencia alemana y preguntó a Lily si buscaba trabajo. Lo había rechazado, pero cuando los alemanes llegaron a París, Dassel reapareció. Durante una cena en Maxim's, ella le dijo que «los británicos habían decepcionado gravemente a los franceses y que no les tenía ningún cariño».[97] Dassel le volvió a preguntar si estaba preparada para trabajar para los alemanes; esta vez aceptó. Había sido Dassel el que había recomendado que Kliemann arreglase este encuentro.

En este punto de la historia de Lily, Yvonne estaba bostezando, pero

Kliemann tenía curiosidad. Parecía lo suficientemente auténtica y entusiasta, aunque era nerviosa. «Para mí podría ser bastante fácil llegar a Portugal, Australia o Inglaterra», dijo. «Tengo familiares en todos esos lugares y a nadie le sorprendería si quisiera salir de Francia».[98]

Kliemann sopesó. «Me interesa tu proyecto»,[99] acabó diciendo. «Creo que te enviaremos a Portugal. Dudo mucho que te permitan ir a Inglaterra».

De pronto Kliemann cogió de la muñeca a Lily y la miró fijamente con lo que creía, sin duda, que era una mirada penetrante y de espía magistral: «*¿Por*

qué quieres trabajar para nosotros?».[100]

Hubo una larga e incómoda pausa. Su respuesta, cuando llegó, fue extraña.

«Comandante, usted es un hombre inteligente: ¿qué valor puede tener para usted mi respuesta? Puedo decirle que es por convicción, una cuestión de principios o porque amo Alemania, o porque odio a los británicos. Pero si fuera el enemigo, si yo fuera a espiarle a usted, a traicionarle, ¿cree que mi respuesta sería distinta? Así que ¿me permitirá no contestarle?»[101]

Él sonrió y le contestó que «por supuesto, ella tenía razón».

Kliemann dejó a Lily y a su perrito en el piso de sus padres, cerca del Trocadero. «Pronto me volveré a poner en contacto contigo»,[102] dijo el comandante. Después, como de costumbre, no hizo nada en absoluto.

En su diario Lily escribió: «*Babs* levanta su hocico peludo, como si fuera una trufa, y me mira inquisitivo».[103] (Todo el diario está escrito en presente, y gran parte está dedicado a su perro). «Coloco a *Babs* en mis rodillas, en el sofá del salón, y le digo en su oreja rosa: "es un buen juego, es un gran juego, pero, sabes, si perdemos, perderemos nuestras vidas… o en

cualquier caso la mía"».[104] *Babs* sería el primero en perecer en el juego.

2
Un pequeño enigma

Dusko Popov, el *playboy* serbio, no era tan inútil y apolítico como podía parecer. La invitación de su viejo amigo Johnny Jebsen para trabajar para la inteligencia alemana era atractiva. 1940 era un momento de gran ansiedad con el ejército alemán arrasando Europa. Polonia llevaba bajo la ocupación alemana desde el mes de septiembre del año anterior; Dinamarca había sido invadida en abril, seguida por Noruega; Bélgica y Holanda se rindieron en mayo,

y Francia había caído en junio. Yugoslavia podía ser la siguiente. Un empresario serbio con intereses en toda Europa necesitaría amigos alemanes y, como le dijo Popov a Jebsen, estaba muy interesado «en tener una vida fácil».[105]

Pero a los pocos días de aceptar la oferta del comandante Müntzinger, Popov comenzó a elaborar su propio plan. Una pequeña semilla de valor había arraigado en su alma hasta entonces inmadura y superficial. Unos días después de la cena con Müntzinger, se las ingenió para cruzarse con John Dew, primer secretario de la embajada

británica en Belgrado, en una fiesta de la legación. En un momento de calma en la terraza, le dijo a Dew que un antiguo compañero de la universidad, que ahora era oficial de la Abwehr, se le había acercado para reclutarle. «Interesante», dijo Dew (que en privado sospechaba que Popov era «un terrible sinvergüenza»). [106] «Sería bueno que te mantuvieras en contacto con ese tipo». [107] Dew puso a Popov en contacto con el jefe de la oficina del MI6 en la capital yugoslava. «Continúa con tus conversaciones con los alemanes»,[108] le aconsejaron a Popov. «Sé amistoso pero no exageres. Pide tiempo para

preparar tu viaje».

Johnny Jebsen preparó la misión de Popov en nombre de la inteligencia alemana: viajaría a Londres a través de la Portugal neutral, haciéndose pasar por un hombre de negocios que exporta materias primas desde Yugoslavia a Gran Bretaña. Una vez allí, debía comenzar a enviar información escribiendo cartas con tinta invisible. Este era el método principal de comunicación secreta entre espías, una manera de pasar información que se estaba convirtiendo en una especie de arte del espionaje en 1940. Jebsen enseñó a Popov cómo fabricar la tinta

utilizando una tableta de Pyramidon, un tratamiento común para el dolor de cabeza, disuelto en ginebra. Cuando Popov tenía que informar de algo, debía escribir una «carta insignificante en mayúsculas»[109] en una cara del trozo de papel, y utilizar la tinta y un palillo afilado para escribir de manera invisible en la otra cara. Entonces había que enviar la carta a «Maria Elera», a una dirección de Lisboa, donde sería recogida por la Abwehr. Cuando se aplicaba al papel un producto químico de revelado, aparecía la escritura invisible.

Maria Elera era descrita por Jebsen

como «una joven, de unos veintidós años, periodista, mulata, que se haría pasar por su novia».[110] Pronto se convertiría exactamente en eso. Popov informaría a la oficina de la Abwehr de Lisboa. «Tu jefe de espías será el comandante Ludovico von Karsthoff», explicó Johnny. «Puede que te guste». [111]Finalmente a Popov le dieron una lista de preguntas, que cubrían temas tan diversos como las defensas costeras británicas, el despliegue de tropas, la moral de los civiles y la política: «¿Quiénes son los enemigos de Churchill? ¿Quién está a favor de comenzar a negociar la paz con

Alemania?». Inmediatamente Popov pasó el cuestionario al MI6. En noviembre Popov, con el nombre en clave de «Ivan» por sus supervisores alemanes, estaba listo para partir.[112]

Popov y Jebsen se reunieron para una copa de despedida en el hotel Serbian King de Belgrado. «Ahora estamos en el mismo bando»,[113] señaló Jebsen. Había algo en su sonrisa que dio que pensar a Popov. He aquí un espía alemán, devoto de P. G. Wodehouse; un portavoz de la propaganda nazi que decía que le aterrorizaba luchar, pero que disfrutaba con los riesgos del mundo del espionaje, sabía cómo fabricar tinta

invisible y se declaraba «totalmente probritánico».[114] Jebsen incluso tenía una secretaria británica, Mabel Harbottle, una inglesa soltera y ceremoniosa que podría haber salido de las páginas de una novela de Wodehouse. *Miss* Harbottle había trabajado anteriormente para Joachim von Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, y aunque era ciudadana alemana seguía siendo «británica de corazón».[115] Rechazó rotundamente escribir sus cartas a menos que le asegurara que fuera lo que fuera que Jebsen estuviese haciendo para los alemanes «no dañaría los intereses

británicos». Jebsen se lo garantizó —un extraño compromiso procedente de un hombre captado específicamente por el Reich alemán para dañar el máximo posible los intereses británicos—. Como dijo Popov, Johnny era «un pequeño enigma».[116]

Lo mismo era cierto para el nuevo jefe de Jebsen, el almirante Canaris, una de las figuras más enigmáticas de la segunda guerra mundial. Flexible y sinuoso, y un maestro del juego del espionaje, Canaris era objeto de admiración por parte de los otros líderes del Tercer Reich, incluyendo a Hitler. Himmler le odiaba y desconfiaba

de él. Lo mismo ocurría con Ribbentrop. Canaris estaba decidido a ganar la batalla del espionaje para Alemania, sin embargo su lealtad era cambiante y sus convicciones personales opacas. Era abiertamente amistoso con los judíos, y ayudó a salvar a muchos de ellos de las cámaras de gas. No ocultaba su desdén por la violencia histérica de los nazis. Y dirigía la Abwehr, la muy creciente máquina de espionaje alemán, como un feudo personal, con pocas relaciones con el alto mando. Pero, además, la propia Abwehr era una anomalía dentro de la estructura militar nazi. Sus oficiales tendían a proceder de las

clases altas alemanas, tipos militares anticuados con pocas simpatías por la zafia ideología del nazismo: algunos eran profesionales, pero muchos eran vagos y corruptos, y unos cuantos oficiales superiores se oponían activamente al régimen de Hitler.

«¿Cómo es Canaris?»,[117] preguntó Popov a su viejo amigo. «Un hombre sensible, discreto», fue la calculada respuesta, «con mucha curiosidad, vasta inteligencia y un gran sentido del humor. Da la impresión de preferir escuchar antes que hablar».[118] Johnny Jebsen podría estar describiéndose a sí mismo.

Posteriormente Popov insistiría en

que Jebsen sabía, desde el principio, que iba a contactar con los británicos, y quería que lo hiciera. Secretamente antinazi y anglófilo devoto, Jebsen ya estaba jugando a un doble juego sutil y peligroso. Popov solo aparentaba trabajar para los alemanes y parece que Jebsen solo aparentaba creer que lo hacía. Ambos mentían, ambos lo sabían y ninguno lo reconocía. «Había una curiosa ambigüedad sobre la amistad para la gente de nuestra posición», escribió Popov. «Tratabas de autoconvencerte de que un amigo estaría en el lugar adecuado, sin embargo no te podías atrever a confiar lo suficiente en

esa amistad como para ponerte al descubierto».[119]

Popov llegó a Lisboa una semana después; allí se le unió un conductor que le llevó con un Opel sedán a una gran casa de campo de estuco y de estilo morisco en el centro turístico de Estoril. En la puerta de la Villa Toki-Ana fue recibido por una figura caballerosa con una sonrisa cálida y una masa de «vello negruzco en sus manos».[120] Popov se estaba entrenando para descubrir rasgos distintivos.

«Me han ordenado que te ayude en todo lo posible»,[121] dijo su anfitrión. «Has infundido muchas esperanzas en el

Tirpitzufer [la sede central de la Abwehr en Berlín], y están haciendo planes ambiciosos para ti». Johnny tenía razón: Popov se sintió atraído de inmediato por Ludovico von Karsthoff: «Era alto y moreno y sus movimientos eran los de un gran felino».[122] Von Karsthoff dio a Popov el nombre de otro agente alemán en Londres, un checoslovaco llamado Georges Graf, con el que podía ponerse en contacto en caso de emergencia. Por la noche bebieron champán y cenaron suntuosamente. Aunque Popov nunca llegaría a saberlo, el nombre real de Von Karsthoff era Kremer von Auenrode, un

aristócrata culto y mundano procedente de Trieste cuyo principal objetivo era pasar por la guerra con el máximo placer y el mínimo riesgo.

Al amanecer del 20 de diciembre de 1940, Dusko Popov, un empresario yugoslavo, tomó tierra en el aeropuerto de Whitchurch cerca de Bristol. Allí se le unió Jock Horsfall, un piloto de carreras antes de la guerra que era el chófer de más confianza del MI5. Conforme se aproximaban a la capital, Popov podía ver el amenazador resplandor rosado sobre Londres: los bombarderos de la Luftwaffe se habían marchado, pero los incendios seguían

ardiendo.


Registration Certificate No. 10226302

Name (Surname first in Roman Capitals)
POPOV

Nationality Jugo Slavian
Born on 10/7/12
Previous Nationality (if any) Serbian
Profession or Occupation Representative
Single or Married Single
Address of Residence Cumberland Hotel W. 1.
Arrival in United Kingdom on
Address of last Residence outside U.K.
Government Service
Passport or other papers as to Nationality and Identity.

Tarjeta de residencia de Popov.

En la recepción del hotel Savoy, un oficial alto y con llamativos pantalones de tartán de un oficial de los Seaforth

Highlanders dio un paso adelante extendiendo la mano. «Hola, Popov. Soy Robertson».[123] Tenía el aspecto, pensó Popov, «del concepto hollywoodiense de un militar británico gallardo». Popov sintió una inmediata simpatía por otro jefe de espías, en esta ocasión en el otro bando. «Vamos a conocernos», dijo el inglés, llevándole hacia el bar. «Hablaremos de negocios mañana».[124]

Este inglés, urbano y de clase alta, con pantalones particulares, podía haber estado recibiendo a un nuevo miembro en uno de los más exclusivos clubes de Londres… lo que, de algún modo, estaba haciendo.

La fanfarronada del comandante Müntzinger de que Alemania tenía «muchos agentes en Inglaterra»[125] era completamente cierta. Pero muy lejos de ser «excelentes»,[126] la mayoría eran inútiles, muchos activamente desleales y una cierta cantidad ya estaban trabajando contra Alemania como agentes dobles.

La sección de contraespionaje del MI5, conocida como Sección B, estaba presidida por Guy Liddell, un cazador de espías tímido que tocaba el chelo y cuyos voluminosos diarios nos ofrecen una extraordinaria visión desde dentro del trabajo durante la guerra de esta

notable organización secreta. Al combatir el espionaje alemán, Liddell se enfrentaba a dos problemas primordiales e interconectados: una enorme cantidad de espías que no existían, y un pequeño cuerpo de agentes secretos que por supuesto sí existían.

Con el estallido de la guerra Gran Bretaña estaba atrapada por lo que Liddell llamó una «neurosis de la quinta columna»,[127] la creencia firme y casi universal de que el país estaba plagado de espías enemigos preparados para levantarse si Hitler lanzaba la invasión. Este temor se veía agudizado por las novelas de espías, una prensa excitable

y un impulso particularmente británico por jugar a los detectives aficionados. «Hay un tipo de persona bien definida que es propensa a la obsesión por el espionaje», escribió Winston Churchill, que precisamente padecía esa obsesión. Estos espías imaginarios aparecían disfrazados de monjas, ayudantes de carnicero, capilleros y viajantes. Parecían perfectamente respetables. El jefe de las Home Forces [128] insistía en que «los caballeros más educados y los más pulcros son los canallas que están haciendo el trabajo y no podemos estar seguros de nadie».[129] Un espía puede tener el aspecto del director de tu banco.

En efecto, puede ser el director de tu banco. Robert Baden-Powell, el fundador del movimiento Scout, insistía en que podía identificar a un espía alemán por la forma de caminar, pero solo desde detrás. Los informes inundaban el MI5, detallando las perversas actividades de ese ejército de espías oculto: estaban envenenando los helados, dejando marcas en los postes telegráficos para guiar a las fuerzas invasoras, introduciendo drogas en los cigarrillos y entrenando a los internos de los manicomios como escuadrones suicidas. Cuando seis vacas salieron en estampida en la minúscula isla de Eilean

Mor, en las Hébridas escocesas, se adujo de inmediato que esto se debía a la actividad del enemigo. Que los espías fueran invisibles era simplemente la prueba de lo diabólicamente inteligentes que eran ocultándose. Hasta las palomas eran sospechosas, ya que estaba muy extendida la creencia de que los agentes enemigos tenían lugares para ocultar palomas mensajeras a lo largo y ancho del país, que utilizaban para enviar comunicados a Alemania. El miedo de Gran Bretaña a las palomas espía llevaría a pagar las consecuencias de una manera insospechada.

Estos avistamientos de espías eran,

como expresó Liddell, «basura»,[130] pero la sospecha de que Alemania había lanzado una campaña de espionaje contra Gran Bretaña era completamente exacta. En julio de 1940 la Abwehr celebró un encuentro en Kiel, al que acudieron los agentes de inteligencia de más alto rango, y en el que se elaboró un plan (con el nombre en clave de «Operación Lena», por el nombre de la mujer de un alto cargo de la Abwehr) para reclutar y entrenar a docenas de espías y enviarlos a Gran Bretaña para llevar a cabo operaciones de sabotaje, infiltrarlos en la sociedad británica y reunir información sobre tropas,

aeródromos, la moral de la población civil y cualquier otra cosa que pudiera ayudar a la invasión alemana. Los espías alemanes comenzaron a deslizarse en el país: llegaron por barco, submarino y paracaídas; algunos, como Popov, entraban de manera legal, o como si fueran refugiados. De las aproximadamente dos docenas desplegadas en Gran Bretaña, entre septiembre y noviembre de 1940, cinco eran alemanes, mientras que el resto eran holandeses, escandinavos, cubanos, suizos, belgas, españoles y checoslovacos. Estos eran muy ajenos a los superespías que imaginaban los

nerviosos británicos. La mayoría estaban mal entrenados y muertos de miedo; algunos no hablaban inglés en absoluto, y solo tenían una noción esquemática del país en el que se suponía que debían confundirse. No tenían el aspecto de tu vecino de la puerta de al lado, parecían espías. Solo unos cuantos eran nazis genuinos. El resto estaba motivado por una variedad de razones: avaricia, aventura, miedo, estupidez y chantaje. Entre ellos había varios delincuentes, degenerados y alcohólicos. Según un informe del MI5, «una alta proporción tenían enfermedades venéreas».[131] Algunos se

habían presentado, de manera oportunista, como voluntarios para espiar a Gran Bretaña, con intención de desertar. Algunos eran antinazis desde el principio. Esta variopinta colección de espías de la invasión solo tenía esto en común: ni uno solo evitó ser detenido.

La tarea de interceptar a los espías enemigos se volvió inconmensurablemente más sencilla después de que los criptógrafos de Bletchley Park, el centro de descifrado de códigos en Buckinghamshire, descubrieran el código inalámbrico de la Abwehr y comenzaran a poder leer los secretos mejor guardados de

Alemania. El descifrado de «Enigma», la máquina de cifrado alemana, fue el éxito más importante de la inteligencia de esta o de cualquiera otra guerra: allí había una mina de oro de información, llamada de maneras diversas como «Ultra» o las «Fuentes Más Secretas» (o «MSS» en sus siglas inglesas), y se mantuvo oculto más celosamente que ningún otro secreto de la guerra. Con acceso al tráfico inalámbrico entre Berlín y las oficinas de la Abwehr, desde finales de 1940 los británicos podían seguir las operaciones de la inteligencia alemana desde el principio hasta el final, y prepararse en

consecuencia. Con el aviso por anticipado por los descifradores de Bletchley Park, estos espías incompetentes y muy visibles eran «presa fácil». Cuando estaban detenidos se les llevaba al centro secreto de interrogatorios en tiempo de guerra, situado en Latchmere House, en Richmond, Campo 020, bajo el mando del capitán (posteriormente coronel) Robin Stephens.

Conocido como «Ojo de lata» por el monóculo que llevaba enroscado permanentemente en su ojo derecho, Stephens era xenófobo, grosero, manipulador, despiadado y brillante.

Los espías eran sometidos a intensos interrogatorios, utilizando cualquier método para sonsacarles la verdad excepto la violencia física. Aquellos que no se consideraban adecuados como agentes dobles eran encarcelados o procesados y ejecutados. A los demás, una pequeña minoría, se les daba a elegir: trabajar para Gran Bretaña contra Alemania, o enfrentarse a la horca del verdugo. «Has perdido el derecho sobre tu vida, pero hay un modo de que la salves»,[132] era como «Ojo de lata» encuadraba la cuestión. No es sorprendente que este razonamiento fuera persuasivo. De los veinticinco

espías alemanes enviados a Gran Bretaña entre el 3 de septiembre y el 12 de noviembre de 1940, todos menos uno fueron atrapados (el único que escapó se pegó un tiro); cinco fueron ejecutados, quince encarcelados y cuatro se convirtieron en agentes dobles, los primeros reclutas de lo que crecería hasta convertirse en un importante ejército de embaucadores.



Tar Robertson

El oficial al mando de esta fuerza en ciernes era Thomas Argyll Robertson, conocido como Tommy, pero con más frecuencia como Tar, por sus iniciales. Se supone que los jefes de espías son tipos intensos, ferozmente inteligentes y ligeramente siniestros. En apariencia Tar Robertson no parecía ser uno de ellos. Hijo de un banquero escocés, era alegre, amable, divertido y se burlaba de sí mismo. Si alguna vez abrió un libro, no queda constancia de ello. Siendo joven tuvo, según un pariente, «un apetito casi suicida, del amanecer al anochecer, por

las fiestas, las mujeres guapas y los coches veloces»,[133] gustos caros que comprometieron su carrera militar en los Seaforth Highlanders cuando se quedó sin fondos. Después de una etapa mediocre en la City, en 1933 fue reclutado para el MI5 a través de la red de ex alumnos. Conservaba un aire militar, y los pantalones de tartán del ejército le proporcionaron el apodo de «Panta Pasión». Respecto a su comportamiento era «un tipo de oficial perfecto, que podía haber sido encarnado por Ronald Colman»,[134] el actor inglés, con «ojos amigables y una actitud asertiva sobre sí mismo».[135] Su

familia le consideraba «menos que prometedor».[136] Pero una vez instalado en el MI5, Tar mostró un talento natural para frecuentar los *pubs* y captar cotilleos. Era «inmensamente agradable y enormemente bien parecido»,[137] según un colega, «con un encanto que podía derretir un iceberg»[138] y un «inconfundible brillo de los ojos»[139] que animaba a compartir confidencias. Bajo la afabilidad y «la risa encantadora»[140] había una personalidad con una determinación férrea y una veta implacable. Hugh Trevor-Roper consideraba a sus colegas del servicio secreto «en líneas generales

bastante estúpidos, algunos de ellos muy estúpidos».[141] Pero consideraba a Tar como «un verdadero genio»,[142] con una asombrosa habilidad para ver el carácter de una persona y saber, de manera instintiva, cuándo le estaban engañando. Robertson sabía mejor que ningún otro en la inteligencia británica cómo detectar una mentira, y por tanto cómo decirla.

Tradicionalmente los servicios secretos británicos tenían un enfoque muy exigente hacia los agentes dobles, contemplando la práctica de «dar la vuelta» a los espías interceptados y su uso para engañar al enemigo como algo

vergonzoso. Tales criaturas eran clasificadas como «agents doubles», en francés, como para querer destacar que este era el típico comportamiento tramposo, propio del continente. Pero antes de la guerra, el MI5 reclutó solo un agente doble realmente importante, un experimento que casi acaba siendo un desastre. Arthur Owens era un ingeniero eléctrico de «aspecto sospechoso»,[143] nacido en Gales y que comenzó su carrera de espía suministrando información al MI6 después de su visita a los astilleros alemanes. Owens también entró en contacto con la Abwehr, que le encargó la tarea de

reclutar a nacionalistas galeses radicales para realizar tareas de sabotaje. (Esta fue una pista temprana de la creencia extraña, pero firme, de la Abwehr de que los valles galeses estaban llenos de violentos secesionistas esperando la oportunidad, con el estímulo nazi, de levantarse contra sus opresores ingleses). Después se volvió agente doble, y aceptó trabajar contra los alemanes. A Tar le nombraron oficial de caso de Owens (con el nombre en clave de «Snow», un anagrama parcial de su apellido) y acabó llegando a la conclusión de que este «pequeño y estúpido hombre dado a hacer cosas

estúpidas en momentos extraños» [144] estaba engañando a cada bando contra el otro, pero de manera ineficaz. El caso se acabó cerrando, en gran medida porque Owens era un fantasioso, cuya cabeza no «funcionaba siguiendo normas lógicas». [145] Sin embargo, el caso Snow había ayudado a Bletchley Park a descifrar el código de la Abwehr, proporcionó pistas útiles para localizar a otros espías alemanes, y «nos salvó de la oscuridad absoluta en el tema del espionaje alemán»,[146] según Dick White, el segundo de Liddell. También proporcionó a Robertson un avance de lo voluble, problemático, y sin embargo

valioso, que puede llegar a ser un agente doble.

Fue Tar el que señaló que, simplemente, capturar, ejecutar o internar espías enemigos, por muy satisfactorio que sea en tanto que acto de guerra, no proporcionaba ningún beneficio a largo plazo. No había nada de bondadoso en el deseo de Tar de preservar a los espías alemanes de la horca: era un cálculo frío. Las preguntas que los jefes alemanes hacían a sus espías proporcionaban claves útiles sobre lo que no sabía la Abwehr; si los alemanes creían que tenían una red de espías activa en Gran Bretaña, entonces

no sentirían la necesidad de mandar a más; si la Abwehr pensaba que sus espías estaban vivos, en libertad y funcionando bien, abriría posibilidades de diálogo y engaño. Un espía vivo era más útil que uno muerto, aunque daba muchos más problemas. Se puso en marcha la Sección B1A, una nueva subsección de la B de Liddell, con Tar y Robertson al mando.

Los primeros espías elegidos como agentes dobles demostraron ser inútiles. Georges Graf (con el nombre en clave, en un juego de palabras, [147] «Giraffe») era un ciudadano checoslovaco que había servido en el ejército francés

antes de ser enviado a Gran Bretaña por la Abwehr. A Popov le había puesto el nombre Von Karsthoff, así que, obviamente los alemanes confiaban en él, y la disposición de Popov de comunicar su nombre a los británicos, que no eran conscientes de que Graf había cambiado de bando, demostraba que él jugaba limpio. Kurt Goose (nombre en clave: «Gander», naturalmente) [148] fue lanzado en paracaídas en octubre, después de tan solo una transmisión inalámbrica; incapaz de recibir mensajes de sus controladores, el uso que se podía hacer de él era limitado, y se dio carpetazo

rápidamente al caso Gander, como había ocurrido con Giraffe. Más interesantes eran dos escandinavos, que habían recibido entrenamiento juntos en la oficina de la Abwehr en Hamburgo: Gøsta Caroli, un periodista sueco que había perdido una fortuna en una granja de zorros plateados de Uppsala, y Wulf Schmidt, un fascista danés. Caroli saltó en paracaídas sobre la campiña de Northamptonshire la noche del 6 de septiembre de 1940, aterrizó mal y fue dando tumbos hasta una acequia para tratar de descansar por la conmoción cerebral que tenía. Allí un jornalero descubrió su pie sobresaliendo de un

seto. Llevaba un transmisor de radio, doscientas libras y una pistola cargada. Schmidt aterrizó dos semanas después, se hizo un esguince en un tobillo y alcanzó cojeando el pueblo de Willingham, del Cambridgeshire, con un elegante vestido azul, pero con un inconfundible acento extranjero, y fue arrestado rápidamente.

Aunque para «Ojo de lata» Stephens era una «nazi fanático»,[149] Caroli aceptó trabajar como agente doble si le perdonaban la vida a Schmidt. Mediante una cruel pero efectiva manipulación psicológica, a Schmidt le dijeron que su amigo le había traicionado; enfurecido,

se fue de la lengua y aceptó cambiar de bando. A Caroli le dieron el nombre en clave de «Verano» pero parece que el sueco se lo había replanteado. Una noche, en su refugio de Hinxton, cerca de Cambridge, Caroli se acercó sigilosamente a su escolta mientras este hacía un solitario y trató de estrangularle con un trozo de cuerda. Cuando no lo consiguió, se disculpó, ató al hombre a una silla y se escapó corriendo con una lata de sardinas, una pila y una gran canoa de tela. Después robó una moto y condujo, muy despacio, hacia la costa, con la canoa balanceándose en su cabeza. Pretendía remar hasta Holanda.

Un caminante informó a la policía de que un hombre con una canoa se había caído de su moto en Pampisford Road, y que «había ayudado al hombre a lanzar la canoa por encima de un seto». [150] Caroli fue arrestado a las afueras de Ely. Claramente no confiable, al sueco lo declararon incapacitado para el trabajo de agente doble y fue encarcelado durante el resto de la guerra. Después de una resistencia inicial, Schmidt demostró ser mucho más cooperador, y se le dio el nombre en clave de «Tate» porque Robertson pensaba que se parecía al cómico de *music-hall*, Harry Tate. De todos los agentes dobles este

demostraría ser el que más tiempo sirvió.

Tar llegó a la conclusión de que el trato con los agentes dobles iba a requerir una sutileza considerable. «El agente doble es un cliente astuto y requiere la vigilancia más cuidadosa. Hay que controlar todos sus cambios de humor». [151] Estos personajes erráticos tenían una alarmante propensión a cambiar de bando. Si cualquiera de ellos conseguía escaparse y entrar en contacto con los alemanes, reflexionaba Robertson, esto podría «desvelar todo nuestro espectáculo». [152] Si se producía la invasión alemana, y había

peligro de que los agentes dobles cayeran en manos enemigas, «serían liquidados por la fuerza».[153] Robertson estaba empezando a apreciar a su camada de agentes dobles. Pero no dudaría en matarlos si tenía que hacerlo.

Este era, pues, el recién creado club en el que Dusko Popov fue recibido por un sonriente Tar Robertson en la recepción del hotel Savoy. El nuevo agente doble ya había recibido el nombre en clave de «Skoot», [154] un juego basado en su nombre, que incluía la insinuación de que Popov podría «pop off», o largarse, en cualquier momento. (Bajo las reglas de la guerra,

el nombre en clave de un espía, o *nom de guerre*, no debía dar ninguna pista de su identidad. De manera alegre y sistemática, Robertson ignoraba esta directriz, y estableció sus propias reglas: el nombre de cada espía debía incluir una broma, un juego de palabras, una pista o un guiño). Tar ya conocía lo suficiente sobre el tipo de vida de sus nuevos reclutas como para saber que una celda en el Campo 020 y un tercer grado por parte de «Ojo de lata» Stephens no eran ni necesarios ni aconsejables. En lugar de ellos, Popov fue alojado en una habitación confortable del Savoy, donde Robertson y sus colegas le interrogaron

en torno a su historia: su reclutamiento por parte de Johnny Jebsen, el encuentro con Müntzinger, su reunión con el afable y de manos velludas Von Karsthoff en Lisboa; su cuestionario y sus instrucciones para hacer tinta secreta.

Popov causó muy buena impresión en sus interrogadores por su actitud abierta y honesta, y su historia fue corroborada por Fuentes Muy Secretas. No realizó peticiones de dinero, y parecía querer trabajar como agente doble para los británicos por una mezcla de convicción antinazi y de deseo de aventura. Tar estaba impresionado. «Tengo una fuerte sensación de que

tenemos algo bueno entre manos». [155] Como empresario de un país neutral, Popov podía viajar libremente entre Londres y Lisboa, y mantener contactos directos y personales con su responsable alemán. Los alemanes parecían «absolutamente obsesionados con la idea de que tenía un círculo amplio de amistades y contactos de negocios en Inglaterra»,[156] aunque prácticamente no conocía a nadie en el país. «Será necesario suministrarle nombres de una cierta cantidad de supuestos amigos». [157]

Después de cuatro días acompañándole, Tar estaba convencido

de que el joven serbio con una actitud despreocupada estaba jugando limpio y estaba listo para arriesgar su vida. «Skoot produjo una primera impresión sumamente favorable en todos nosotros. Su actitud era absolutamente franca y todos consideramos sin dudarlo que nos estaba diciendo la verdad». [158] Se imponía una muestra de reconocimiento, y Tar sabía exactamente de qué tipo de recompensa disfrutaría Skoot: la Nochebuena de 1940, el MI6 montó la fiesta más extravagante que el Londres maltratado por las bombas podía proporcionar.

Courtnay Young, un oficial

subalterno de la Sección B, fue nombrado compañero de juerga de Popov. Empezaron comiendo copiosamente con Robertson en el restaurante Quaglino. El resto de la tarde lo pasaron jugando al billar y bebiendo mucha cerveza en el Lansdowne Club. A última hora de la tarde bebieron jerez en el Universities Club, antes de dirigirse de vuelta al Savoy para cenar. Entonces Young propuso que fueran a bailar al Suivi Club, donde se reunieron con dos jóvenes atractivas que estuvieron bailando con ellos toda la noche. También ellas habían sido

proporcionadas por el MI5. «Obviamente [Skoot] estaba encantado por el interés que mostraron las dos chicas»,[159] informó Young, que tuvo cierta dificultad para mantener el ritmo de la juerga de Popov. «Lo disfrutó muchísimo [y] participó en los habituales alborotos simpáticos de Navidad, bien lubricado con champán».[160] De madrugada, Popov y su escolta volvieron tambaleándose al Savoy, «ambos viendo las cosas ligeramente de color de rosa». [161]

Para conservar la confianza alemana, el agente Skoot iba a necesitar suministrar a sus controladores alguna

información auténtica, aunque inofensiva —conocida en el argot de los espías como «pienso para pollos», que llena y es sustancioso, pero realmente no alimenta—. También necesitaría una historia convincente que le sirviera de tapadera. Para esto Tar se dirigió a Ewen Montagu, un oficial de la inteligencia naval que posteriormente concebiría la Operación Carne Picada. Montagu era rico, tenía buenos contactos y era un buen regatista —justo el tipo de persona del que los alemanes podían esperar que Dusko Popov fuera amigo —. Se reunieron en el bar del Savoy, donde Montagu le entregó un montón de

informaciones auténticas pero de bajo nivel sobre cuestiones navales que podía pasar a los alemanes sin peligro, y algunas pequeñas falsedades, incluyendo la sugerencia de que, en un futuro, los convoyes de mercantes británicos irían acompañados por al menos un submarino. En cierto modo esto podría proporcionar a las manadas de submarinos alemanes tiempo para pensárselo. Antes de marcharse Montagu le pasó a Popov una nota escrita a mano, para que se la mostrara a los alemanes como prueba de que, en efecto, se había reunido con su amistoso e indiscreto oficial naval. «Me ha encantado

reunirme contigo», escribió Montagu. «Es tan agradable en estos tiempos problemáticos encontrarse con otra persona tan loca por navegar como yo mismo». [162] En respuesta a la pregunta de qué figuras británicas se oponían a Churchill, le dijeron que mencionara a los lores Brocket, Lymington y Londonderry como «miembros indudables del grupo que estaría dispuesto a aceptar las condiciones de paz de Alemania». [163] Los tres pares eran muy sospechosos de simpatías alemanas, y no hacía ningún daño confirmar lo que los alemanes ya debían de saber.

Montagu se sintió cautivado por Popov: «Lo encontré una persona muy encantadora y me sorprendería si no estuviera jugando limpio con nosotros», le dijo a Tar. «Espero que el haberse reunido conmigo y establecido las bases para posteriores informaciones satisfará a sus empleadores. Debería haber pensado que debe ser suficiente información para una primera visita a este país». [164]

El 2 de enero de 1941, se formó el Comité Veinte o XX para supervisar el sistema de la Doble Cruz, el primero y único organismo gubernamental que recibía su nombre de un juego de

palabras con números romanos. El comité se había formado para coordinar el trabajo de los agentes dobles y suministrarles un flujo de «pienso para pollos» con el fin de forjar la credibilidad de los espías. John Masterman, profesor de historia en Oxford, novelista de historias de detectives y deportista a tiempo parcial, fue nombrado jefe del Comité Veinte, que incluía a los directores de inteligencia del ejército, la Marina, la RAF, y representantes del MI5, MI6, las Home Forces y la Home Defence. Mientras que Robertson y los oficiales de caso de la B1A serían responsables

del funcionamiento diario de los agentes dobles, el Comité Veinte dirigiría la estrategia conjunta y cocinaría una dieta de verdades inofensivas, medias verdades y mentiras incomprobables para alimentar al enemigo. El comité se reuniría en la sede del MI5, en St James Street n.º 58, cada jueves por la tarde durante el resto de la guerra. «El caso de Giraffe se murió fundamentalmente por falta de alimentación», [165] en opinión de Masterman. Ningún agente doble volvería a pasar hambre nunca más.

El Comité Veinte era mencionado por sus miembros como «El Club», [166]

y Masterman lo organizó teniendo en mente una especie de club especial: un club de *cricket*. «Dirigir un equipo de agentes dobles se parece mucho a dirigir al equipo de un club de *cricket*», [167] escribió, y siendo él mismo un jugador de *cricket* de primera, abordó la tarea exactamente como si estuviera reuniendo «un equipo completamente bien entrenado y fiable» [168] de jugadores de *cricket*. Masterman era un tipo antipático, en apariencia sin sentimientos románticos hacia ninguno de los sexos. Pero el *cricket* era diferente. «El *cricket* era mi primera y más duradera pasión», escribió. Pensaba

en el espionaje en términos de *stumpings, no balls, innings* y *over rates*, y en los espías como «jugadores», algunos de los cuales «necesitaban una buena dosis de práctica en la red antes de que estuvieran realmente preparados para jugar un partido». [169] La relación entre el *cricket* (el más inglés de los deportes) y el espionaje (en el que los británicos siempre han destacado) está muy arraigada y es única. Algo de ese juego atrae al tipo de mente que también se siente atraída por los mundos secretos de la inteligencia y la contrainteligencia —una compleja prueba de mente y fuerza física, un juego

de honor entrelazado de artimañas, que se juega con implacables buenos modales y dependiente de diferencias físicas y psicológicas insignificantes, con pausas para tomar el té—. Algunos de los más destacados espías británicos han sido jugadores o aficionados al *cricket*. Hitler jugó al *cricket*, pero solo una vez. En 1930 se afirmó que, habiendo visto a prisioneros de guerra británicos jugar en el sur de Alemania durante la primera guerra mundial, el líder del partido nazi pidió ser «iniciado en los misterios de nuestro deporte nacional». [170] Se jugó un partido contra la unidad de Hitler, después de lo cual

este declaró que había que cambiar las normas para «eliminar el uso de palos» [171] y que había que utilizar «una pelota más grande y dura». [172] Hitler no podía entender las sutilezas de un juego como el *cricket*; solo pensaba en términos de velocidad, espectáculo y violencia. El *cricket* era el deporte ideal sobre el que modelar una organización orientada a engañar al *Führer*.

El propio Tar Robertson no era mal jugador de *cricket* —centrado en girar la bola con el brazo izquierdo, cuya especialidad era una «bola aparentemente lenta, con un efecto sutil»—. Mientras Tar reunía a su

equipo, Masterman ya se imaginaba un momento en que estarían «listos para saltar al campo para lo que sería un partido decisivo» [173] contra la inteligencia alemana. «La principal dificultad era que nunca supimos la fecha en que ese partido tendría lugar». [174] Podría ser muchos meses antes de que los jugadores de la Doble Cruz estuvieran listos para competir, pero Masterman sabía que en Dusko Popov ya había encontrado un bateador inicial especialmente talentoso.

El día en que nació el Comité Veinte, Tar llevó a comer a su nuevo protegido y ensayaron, detalladamente, la historia

que iba a contarles a los alemanes. Veinticuatro horas después, Skoot estaba en un avión de regreso a Lisboa. «Tenemos con él un nuevo agente de alta calidad», [175] informó Tar, confiado en que la mera fuerza de la personalidad de Popov le protegería. Si Tar tenía razón, entonces el agente Skoot podría ayudar a ganar la guerra; si no, entonces Dusko Popov estaba prácticamente muerto.

3
Roman y La Gata

Roman Czerniawski, el diminuto espía polaco, saltó en paracaídas sobre la Francia ocupada al amanecer del 8 de noviembre de 1941. Aterrizó en un campo de melones, bajo la lluvia, no lejos de Tours. Mientras se dirigía a París en un autobús abarrotado, con una boina y un impermeable, reflexionaba: «Me pregunto si alguno de los que están aquí podría imaginarse que he cenado en Inglaterra». [176]

De regreso sano y salvo entre su

familia de espías, Czerniawski anunció que había organizado una fiesta. El 16 de noviembre marcaría el primer aniversario de la red Interallié, y había mucho de lo que estar orgullosos: unos cincuenta agentes, cada uno de ellos con dos o tres subagentes, habían producido hasta entonces no menos de noventa y siete informes, proporcionando a los británicos «una imagen completa del orden de batalla alemán». [177]

Los líderes de la red se reunieron en el piso de Montmartre —Roman, Mathilde Carré, Renée Borni y Maurice Wlodarczyk, un antiguo operador de radio naval que trabajaba con el

transmisor—. Comieron sándwiches y bebieron el champán del mercado negro que Czerniawski había conseguido gorronear. A las 20.00 se reunieron en torno a la radio para escuchar la BBC. Cada jefe de sección de la Interallié tenía instrucciones para sintonizar. A las 20.15 el locutor puso un fragmento de música patriótica francesa y después dijo: «Muchas felicidades para nuestra familia en Francia con motivo de su aniversario». [178] Chocaron las copas. Maurice mandó un mensaje radiado a Londres: «CONTRA LOS ALEMANES SIEMPRE Y DE CUALQUIER MANERA. ¡*VIVE LA LIBERTÉ*!». [179]

El grupo se estaba distanciando. Czerniawski, un poco achispado, meditaba sobre que su trabajo clandestino se estaba cobrando su peaje: en especial Mathilde estaba «muy ocupada y, obviamente, estaba cansada». [180] Como cofundadora de la red parecía irritada por el hecho de que a Czerniawski le hubieran concedido una medalla, la *Virtuti Militari*, mientras que apenas se reconocía su trabajo. La siguiente noche Roman y Renée Borni cenaron en su restaurante favorito. Pidió a la banda que tocara «Gloomy Sunday», [181] también conocida como «La canción húngara del suicidio», un éxito

de Billie Holiday ese año. «¿Por qué has pedido que toquen eso?», preguntó Renée. «Es tan triste». [182] En las calles mojadas, mientras regresaban a casa, Roman se fijó en un hombre con gabardina y con la cara oculta por un paraguas. Trató de evocar el rostro que medio recordaba. «Debo estar cansado», [183] pensó.

Czerniawski estaba profundamente dormido cuando sonó un disparo y la Gestapo entro de sopetón en su dormitorio. Renée gritó. «Se encendió la luz y enfrente vi al hombre de la gabardina y la boina con un revólver en la mano». [184] Ahora le reconocí: Hugo

Bleicher, el oficial de contrainteligencia alemán más temido de París. Era un «rostro inteligente», [185] pensó Roman, con unos ojos «agudos, pero no violentos». Lo metieron a empujones en un coche que estaba esperando, y fue conducido directamente al hotel Edouard 7, sede central de la policía militar secreta. «Si alguien pudiera avisar a Mathilde», [186] pensó Roman.

Cuando Mathilde Carré llegó a casa de regreso de su paseo de primera hora de la mañana vio, sin comprenderlo inmediatamente, que la puerta estaba astillada, colgando de los goznes. En ese mismo momento un fornido oficial de la

Gestapo apareció por detrás de su codo. Se sentía extrañamente calmada mientras se la llevaba. «Era un gran juego y hoy había perdido. Pero soy una buena jugadora», [187] pensó Mathilde.

La red Interallié, montada tan laboriosamente, había sido destrozada en cuestión de días, destruida desde dentro debido a «una denuncia corriente dictada por resentimiento personal». [188]

Hugo Keiffer, un antiguo aviador con fama de «vivales», [189] había sido responsable de pasar de contrabando mensajes de Gran Bretaña a Francia, en los pesqueros de Normandía. Una de sus

propios informantes le denunció, una tal *Madame* Denbié, porque, según se dice, había rechazado acostarse con ella. Al ser torturado Keiffer desveló el nombre de su contacto en la red, un polaco llamado Krotki, que a su vez encaminó a la Gestapo hacia el piso de Montmartre. Cuando Bleicher entró de sopetón en el dormitorio de Roman Czerniawski, ni siquiera sabía el nombre de la persona a la que estaba deteniendo.

A Mathilde Carré también la llevaron al hotel Edouard 7, y de inmediato la golpearon. «Era como un animal atrapado ante los faros de un coche», [190] recordaría. Hugo Bleicher

le ofreció un trato. Otros miembros de más rango de la red ya habían confesado, le mintió, y la implicaban a ella. «Has cometido suficientes crímenes como para que te ejecuten varias veces». [191] Le dio a elegir entre la colaboración y la muerte, advirtiéndole: «Si me engañas te ejecutaremos inmediatamente sin juicio». [192] Empujó una taza de sucedáneo de café a través del escritorio. Si cooperaba él le pagaría seis mil francos al mes. «Gran Bretaña hace que otros trabajen para ella, y ni siquiera les paga decentemente», [193] añadió agriamente. Durante la primera

guerra mundial, Bleicher había sido enviado a una misión de espionaje a través de las líneas enemigas, vestido con un uniforme británico y fue capturado. Estuvo prisionero dos años, y alegó que había sido tratado «de manera inhumana» [194] por sus captores británicos, «no solo con esposas en las muñecas sino también con grilletes en los tobillos». [195] Bleicher «odiaba Gran Bretaña».

A Mathilde solo le costó diez minutos aceptar a Hugo Bleicher como su nuevo amo. Recordaría su decisión como «el mayor acto de cobardía de mi vida». [196] Sin embargo había sido una

reacción «puramente animal», [197] provocada por el instinto de supervivencia: «ganarme la confianza de Bleicher parecía el medio más seguro para llegar a poder escapar algún día». [198] Esa mañana Mathilde había fijado un encuentro con un agente en el restaurante Pam Pam. Bleicher le dijo que mantuviera su cita: «Debes comportarte con normalidad. Tu vida y tu libertad dependen de ello». [199] El agente fue arrestado conforme entraba en el café.

Después Bleicher se llevó a Mathilde a comer. «Ya ves lo fácil que es», [200] le dijo. Incapaz de comer, se

atisbó a sí misma en el espejo, con «una angustiada mirada en mis ojos». [201] Comenzó a darle nombres a Bleicher, y «uno a uno» [202] sus antiguos camaradas fueron detenidos e interrogados: *Madame* Gaby en la Palette, Maurice, el operador de radio, «Rapide», el correo. Algunos se vinieron abajo e implicaron a otros. «Unos pocos demostraron su temple, pero en comparación las mujeres demostraron más valor», [203] escribiría después Czerniawski. Una semana después de las primeras detenciones, más de sesenta agentes y subagentes de la Interallié habían sido capturados. Mathilde reveló cada

aspecto de la red que había ayudado a crear, pruebas suficientes para asegurarse muchas veces de la muerte de Roman Czerniawski.

Bleicher estaba encantado. Otro hombre simplemente podría haber hecho pedazos la red y matado a todos sus miembros, pero Bleicher era más inteligente que todo eso. En apariencia para su propia seguridad, Mathilde fue llevada a casa de Bleicher, una gran mansión en el periférico barrio parisino de Saint Germain en Laye. «Hemos decidido continuar mandando mensajes desde la Interallié», le dijo Bleicher. «Vamos a engañarles con inteligencia a

los británicos. Debemos informarles de que Armand [Roman Czerniawski] y Violette [Renée Borni] han sido arrestados, pero tú debes insistir en un mensaje a Londres que conseguiste salvar al tercer [inalámbrico] conjunto y que continuarás con tus agentes principales. Nadie en la red sabe que estás en nuestras manos». [204] Esta era la versión alemana de la traición.

Mathilde alegaría que durante esas semanas Bleicher la trató con exquisita cortesía. Refinado y abstemio, por las noches tocaba el piano para ella. Pronto se convirtieron en amantes. Posteriormente, en una prosa recargada,

Mathilde luchó para explicar por qué: «Había sentido el aliento helado de la muerte y de pronto volví a encontrar calor en un par de brazos. Me odiaba a mí misma por mi debilidad, y como resultado de mi humillación odiaba a los alemanes aún más». [205]

En el hotel Edouard 7, Roman Czerniawski fue sometido a un interrogatorio agotador, pero sin violencia. No le dijo nada a Hugo Bleicher. Lo que más le molestó era el pequeño y gordo oficial de la Gestapo que se frotaba las manos con regocijo mientras hacían entrar a Roman, y «comenzó a reírse con satisfacción».

[206] El polaco se esperaba que le torturaran y después le mataran. En lugar de eso le transfirieron a la cárcel de Fresnes, al sur de París, y le dejaron en una celda fría y húmeda.

Czerniawski llevaba en prisión seis semanas y estaba bastante sorprendido de seguir con vida, cuando se enteró de la traición de Mathilde Carré. Le habían «tratado con severidad pero sin brutalidad», [207] interrogado repetidamente, le habían negado hacer ejercicio y alimentado con sobras, sin embargo nadie le había puesto un dedo encima. Le dejaron en la celda los periódicos alemanes y de Vichy, que

preveían la inminente victoria nazi. Bleicher aparecía de tanto en tanto, pero en lugar de amenazarle todo eran halagos, destacando que estaba muy impresionado por la organización Interallié, y «lo completo de los informes que habían encontrado en su cuartel general». [208]

Roman no sabía qué hacer con este hombre de rostro enrojecido con gafas de culo de vaso que, aunque era «inteligente e ingenioso», [209] «siempre estaba fanfarroneando». [210] Le irritaba ver que el alemán llevaba *su* jersey, robado de su casa, pero reconocía que había algo impresionante sobre el

oficial de contrainteligencia de la Abwehr. «Es un hombre de gran habilidad e ingenuidad y un especialista en manejar agentes dobles», anotó. «También un hombre de gran ambición personal». [211]

Una mañana, Renée Borni apareció en la celda de Roman Czerniawski, escoltada por un vigilante. Lo último que Roman recordaba de su amante eran sus «ojos aterrorizados» [212] mientras era sacada a la fuerza del piso de Montmartre. Renée pronto le explicó lo que sus carceleros le habían dicho: que Mathilde «lo había contado todo»; [213] la red Interallié estaba destruida.

También dijo que, a pesar de todo, «los alemanes tenían una extraordinaria admiración por nuestros métodos», [214] dando a entender que Roman «podría explotar esta circunstancia favorable». [215] Sin duda Renée era un instrumento, voluntario o no, enviado para ablandar su determinación. La primera reacción de Roman fue tratar de entender la traición de Mathilde. «Es posible que actuara bajo chantaje alemán», [216] razonó. «Cuando trabajamos en este campo no se puede aplicar ninguna norma sobre la confianza que uno puede tener en los individuos. El único valor es el carácter de un hombre y su

resistencia en momentos de crisis y su lealtad hacia los ideales». [217] Muchos años después, seguía ponderando el comportamiento de ella y el suyo propio.

La moral de Roman mejoró después de la visita de Renée. Se había planteado el suicidio, por temor a los interrogatorios «forzados», [218] pero ahora Czerniawski volvía una vez más a elaborar complots, su actividad favorita. Como uno de sus jefes de espionaje observó, «un pelotón de fusilamiento no encajaba en sus ideas grandiosas y dramáticas sobre su propio destino». [219] La visita de Renée había sugerido

una manera de salir de este aprieto. Que, por supuesto, era precisamente lo que Bleicher pretendía.

El 29 de noviembre, Roman Czerniawski pasó a sus carceleros una carta dirigida al general Otto von Stülpnagel, comandante en jefe militar de Francia. Por puro descaro, era extraordinario incluso para los baremos de Czerniawski: «Ninguna colaboración que se me pueda proponer tendrá lugar a menos que se me convenza de que estoy trabajando por el bien de la nación polaca», decía a Stülpnagel. «Si la nación alemana tiene entre sus planes la reconstrucción de los derechos de la

nación polaca, solo en ese caso podrían tener lugar conversaciones sobre mi colaboración. Cualquiera de esas conversaciones debe tener lugar con un oficial del estado mayor que conozca estos problemas y esté autorizado a discutirlos conmigo». [220]

En realidad nadie le había *pedido* a Czerniawski que colaborara. Estaba haciendo una oferta, pero de un modo que sonaba como si la estuviera aceptando.

Al día siguiente un hombre con uniforme de coronel entró en su celda y le saludó. Czerniawski hizo una reverencia. El hombre era de mediana

edad y «cara alargada», con «pelo espeso y gris y un aspecto inteligente». [221] Se presentó a sí mismo como Oscar Reile, jefe de la contrainteligencia de la oficina parisina de la Abwehr. Roman se fijó en sus uñas «de manicura». [222] Este hombre era una negociador, alguien que arregla situaciones, no un luchador.

Sin preámbulo, Reile se lanzó a una conferencia sobre la historia nazi. Los nacionalsocialistas eran los nuevos romanos, explicó. El *Führer* no quería oprimir a Polonia y solo pedía apoyo polaco para contrarrestar la amenaza bolchevique procedente del Este: «No negamos los derechos de la nación

polaca, pero pedimos su cooperación». [223] Al desafiar a Alemania, los polacos como Czerniawski se oponían a la marea de la historia. «Os habéis atado por un lado a la Inglaterra judío-capitalista y, por otro, a la Rusia comunista-bolchevique», [224] continuó el coronel. «Al unirte a nosotros contribuirás a nuestro programa para hacer avanzar a Europa varios siglos de un salto». [225] El general Sikorski, dijo, apoya al caballo equivocado: «Cualquier colaboración que Polonia pueda tener con Gran Bretaña será simplemente para contribuir a los objetivos egoístas de ese país. Teniendo

todo ello en cuenta la mejor solución sería estar bajo la protección cultural de Alemania, ya que la cultura alemana es preferible a la cultura bárbara». [226]

Era una actuación extraordinaria que revelaba un «excelente conocimiento de la historia polaca» [227] y dirigida de manera perfecta para apelar a un polaco patriota y anticomunista, debilitado por el hambre pero aplanado por una dieta de propaganda nazi, y temeroso de que su país pudiese caer bajo el dominio soviético. Por encima de todo, jugaba con la abundante vanidad de Roman Czerniawski, sugiriendo que solo él podría «levantar a la nación polaca del

lado de Alemania». [228]

Así comenzó lo que Czerniawski describió como la «guerra de nervios». [229] Posteriormente alegaría que tan solo había desempeñado un papel, fingiendo discutir sobre la colaboración, «como si realmente me hubiera tragado su propaganda», [230] cuando es poco probable que nunca tuviera tal intención. Sin embargo estaba decidido a seguir peleando por Polonia y para ello necesitaba salir de la cárcel. Cuando el oficial alemán se levantó para marcharse, Czerniawski dejó caer una insinuación poco sutil: «En mi opinión, Inglaterra nos está engañando a los

polacos…». [231]

Cuando Oscar Reile regresó unos días después, iba vestido de civil. La conferencia propagandística continuó. «Los alemanes estaban a las puertas de Moscú… La guerra contra Inglaterra sin duda se ganaría». [232] Si Roman Czerniawski se alineaba con Alemania y convencía a sus compatriotas de hacer lo propio, estaría «trabajando por el bien de la nación polaca». [233] El polaco respondió vehementemente que «nunca, en ninguna circunstancia, trabajaría en contra de mis compatriotas». [234] El coronel Reile sonrió de oreja a oreja.

Czerniawski redactó otra carta. «El futuro de Polonia está en manos alemanas, los británicos no harán nada por nosotros, y nos arrojarán a la barbarie rusa», escribió. «Estoy listo para discutir el ponerme a disposición de Alemania mientras que, al mismo tiempo, soy útil a mi propio país: Polonia». [235] Si los alemanes le podían llevar a Gran Bretaña de incógnito, decía, espiaría para Alemania. Una vez allí, podría reunir información sobre la producción británica de aviones y tanques, despliegue de tropas y, sobre todo, «preparativos para, y posibilidades de, un segundo frente».

[236] En resumen, haría «por Alemania lo que había estado haciendo en su contra desde Francia». [237] Prometió grandes cosas: «Me rodearé de personas desafectas a la alianza británica y de ese modo crearé una poderosa quinta columna» [238] dispuesta a sublevarse «en el momento en que Alemania ataque a Inglaterra». [239] Solo hacía dos peticiones: «Que los agentes de la Interallié capturados con él no fuesen ejecutados y se les liberase al finalizar la guerra [y que] Alemania, después de ganar la guerra, ayudaría a su país y sus gentes de una manera acorde con el valioso trabajo que sin duda él habría

llevado a cabo». [240]

Gran parte de esto era una pose disparatada, pero sin duda había algo genuino. Con su confianza en sí mismo inflamada de nuevo, Czerniawski realmente creía que podía negociar en nombre de Polonia, y cambiar el curso de la guerra. Era, según admitió Reile, «una situación profundamente extraña: un espía detenido estaba poniendo condiciones». [241]

El efecto que causó la carta fue inmediato. Dos nuevos oficiales alemanes aparecieron en su celda y «en términos inusualmente educados y amistosos, expresaron su satisfacción

por el hecho de que, después de todo, me hubiese dado cuenta del bien que el nacionalsocialismo aportaba a la “Nueva Europa”». [242] Si Roman Czerniawski podía cumplir con todo lo prometido, entonces encontraría que Alemania estaría «muy agradecida». [243] Pero ¿cómo —le preguntaron— podían estar seguros de que no les iba a traicionar? La respuesta del polaco fue indignante: «Les dije que solo podía llevar a cabo mi misión con éxito a condición de que disfrutase de su confianza absoluta». [244] Pero Reile había aprendido a no confiar en la palabra de un hombre que había

demostrado ampliamente su talento para el subterfugio. La madre de Czerniawski vivía en la Polonia ocupada, señaló; su hermano estaba en un campo alemán de prisioneros de guerra; su amante estaba encerrada en una celda próxima, y docenas de miembros de su red habían sido capturados. «Tus compañeros están en la cárcel», [245] señaló Reile con mordacidad. «Sabes cuál sería la sentencia, si los tribunales tienen que dictar un castigo por espionaje en tiempo de guerra». [246]

Czerniawski respondió vehementemente: «Si trabajo para ti, será por motivos ideológicos. No serán

necesarias las represalias». [247] Pero el alemán no necesitaba detallar la amenaza: si les engañaba, sus amigos, colegas y familia serían ejecutados.

El polaco se había considerado a sí mismo durante mucho tiempo un candidato idóneo para el martirio, pero ahora estaba en juego algo más que su propia vida. «Si fallaba, la furia de los alemanes no tendría límites», [248] pensó. «Sabía que el destino de mis antiguos colegas estaba prácticamente cantado, pero ahora estaba poniendo en peligro a mi madre y a mi hermano. Esta vez no tenía derecho a cometer ningún error». [249]

En la tarde del 14 de julio de 1942, dos suboficiales de la Gestapo entraron en la celda de Czerniawski y le ordenaron que se pusiera los zapatos. Uno era pequeño y rechoncho. El otro parecía fuerte y astuto, «como un boxeador inteligente». [250] Czerniawski se preguntó, durante un momento, si estaba a punto de ser asesinado. Le sacaron de la cárcel y le llevaron al piso de la calle Dufrenoy, donde el coronel Oscar Reile le estaba esperando. Reile le entregó ropa de paisano, documentos falsos que le habían incautado en el momento de su arresto, diez mil francos en cartillas de racionamiento y algo de

dinero, para «permitirle ir al peluquero y afeitarse». [251] Reile le dio instrucciones: Czerniawski debía llegar a la Francia no ocupada, restablecer contacto con los polacos clandestinos y hacer que le llevaran oculto a Gran Bretaña. Bleicher le seguiría de cerca en la zona de Vichy por si había dificultades. Czerniawski debía decir a la inteligencia polaca que se había logrado zafar de los alemanes cuando estaba siendo llevado de una prisión a otra. «A la cárcel le notificarían que había escapado en el camino al coche». [252] Su nuevo nombre en clave alemán sería «Hubert».

El propio Canaris había aprobado el plan de atraerse a Czerniawski, aprovecharse de su patriotismo, reclutarlo y mandarlo a Gran Bretaña, pero Reile era muy consciente de los peligros. «Los ingleses sabían que Armand había caído en nuestras manos», escribiría más tarde. «Nuestros homólogos ingleses obviamente supondrían que nosotros le habíamos liberado, y que le habíamos mandado con órdenes secretas. Había un riesgo de que el servicio de inteligencia enemigo tratase de transmitirnos informaciones engañosas». [253] Pero Reile confiaba en que si Czerniawski comenzaba a

suministrarle informaciones falsas, él descubriría el engaño y sería capaz de identificar claves importantes respecto a las verdaderas intenciones de los británicos leyendo los mensajes de Roman «al revés». «Si el enemigo intentaba engañarnos nosotros podríamos, en determinadas circunstancias, conseguir informaciones importantes». [254] Czerniawski apenas se podía creer la «fantástica» [255] suerte que había tenido. Fue a un barbero de la calle Pigalle para que le afeitara la barba que le había salido en la cárcel, y después comió en un restaurante ruso. De regreso al piso se fue deteniendo

aquí y allá para comprobar si le estaban siguiendo. Parecía que nadie lo estaba haciendo. Era libre, si se puede decir así.

4
Comportamiento provocativo

Elvira de la Fuente Chaudoir, propensa al aburrimiento, fiestera y aspirante a espía, estaba enganchada a la ruleta del casino de Cannes cuando se le acercó un francés llamado Henri Chauvel, un rico colaboracionista que le invitó a cenar. Ella no dudó en aceptar.

Elvira se había pasado varias semanas teniendo un «comportamiento provocativo» por el sur de Francia, ocupando el tiempo en casinos y

restaurantes caros mientras mantenía su «tapadera cosmopolita como mujer de mundo que trata con los círculos más elevados», [256] sin apenas captar la atención de la inteligencia alemana. Cannes era un oasis de autocomplacencia. En su diario, Elvira describió la «pequeña clase de millonarios sin escrúpulos», [257] que vivían en el sur de Francia mientras la guerra hacía estragos. «Gente que tiene toda la comida que quiera, que lleva ropa preciosa y que, aunque bailar les está prohibido incluso a ellos, pasan las noches jugando en los casinos». [258] No había nada que le gustara más que bailar

y jugar. Pero como se había gastado los fondos que le había suministrado el MI6, casi volvía a estar sin blanca. Su existencia era «completamente más agradable que padecer el *Blitz* en Londres», [259] pero Elvira empezaba a sentirse culpable. «Sentía que estaba haciendo muy poco para justificar la inversión de Dansey en mí». [260] Necesitaba que alguien cayese en su provocación. Henri Chauvel parecía un buen comienzo.

De los millonarios que disfrutaban de la vida en el sur de Francia en la primavera de 1941, pocos tenían menos escrúpulos que Chauvel, un propietario

y empresario que había descubierto que tratar de ganarse el favor de los alemanes era la manera más efectiva de hacer dinero. Llevó a Elvira a cenar en el hotel Carlton, del que era propietario, y pidió champán. Chauvel «obviamente estaba forrado». [261] En el bar, un grupo de hombres se estaba emborrachando ruidosamente. Uno de ellos destacaba sobre los demás, «muy alto, con el pelo negro como el carbón». [262] Hablaba francés, pero incluso a distancia Elvira podía distinguir su fuerte acento alemán. «El alemán parecía muy interesado en mí y me miraba todo el tiempo», [263] escribió. «Era joven y atractivo». [264]

Preguntó a Chauvel si le conocía.

«Te lo presentaré, pero al fin y al cabo es un cerdo como los otros», [265] dijo el francés, picado por el interés de Elvira por otro hombre. Ella le insistió para que le diera un nombre. Chauvel se encogió de hombros: «Es un agente secreto de Goering y cambia de nombre a diario». [266]

Unos días después, Elvira estaba en el bar del hotel Miramar, tomándose un *whisky*, cuando el alemán apareció por su espalda, hizo una reverencia y se presentó a sí mismo como «Bibi». Su nombre auténtico era Helmut Bleil. Había llegado a la Francia no ocupada

en 1940 como miembro de la comisión que hacía cumplir los términos del armisticio franco-alemán, pero su papel como experto económico era una tapadera. Al igual que Johnny Jebsen era un espía por cuenta propia. Pero a diferencia de Jebsen no tenía un papel formal en la Abwehr, ya que «había sido reclutado personalmente por Goering». [267] Bibi invitó a Elvira a otra copa y después a cenar en «uno de los restaurantes más caros del mercado negro». [268] Parecía un tipo extraño, pero interesante. Sus manos temblaban y bebía mucho, pero tenía «la manera de caminar más elegante» [269] y era

«obviamente un caballero». [270] Parecía muy ansioso. Elvira se preguntaba si podía padecer un «complejo de inferioridad». [271] Posteriormente él le confesaría que temía poder ser «identificado como alemán», [272] y asesinado en la calle por la Resistencia.

Al principio Bibi «parecía querer que la conversación girase en torno a cuestiones corrientes». [273] Cuando ella le preguntó lo que hacía, «él rio y dijo que se suponía que estaba adscrito a la embajada de Madrid como "especialista económico"». [274] No entró en detalles. Elvira explicó que estaba separada de su marido y visitando a sus padres en

Vichy. Casualmente comentó que se había quedado sin dinero y que pronto regresaría a Inglaterra. Después de cenar él le dijo que le gustaría llevarla al casino. A pesar de su peculiar combinación de fanfarronería y paranoia, a Elvira le pareció un «sujeto agradable». [275]

Elvira y Bibi volvieron a verse la noche siguiente, y la siguiente. De pronto se reía a carcajadas, y «disfrutaba de todo como un niño», [276] y al siguiente estaba empapado de melancolía alcohólica y le decía: «La guerra es muy estúpida y una pena y los rusos eran horribles y hubiera sido

mucho más razonable para Inglaterra y Alemania unirse contra Rusia». [277]

> «—¿Por qué regresas a Inglaterra? —preguntó—. Podrías pasártelo mucho mejor en París, y Londres va a ser bombardeada más que nunca». [278]

Finalmente Bibi dio el paso, pero de manera cautelosa. Sin venir a cuento hizo la observación de que «su banquero portugués le había dicho que había paquetes de dinero que hacer en Inglaterra en ese momento». Hubo una

pausa. «Podríamos hacer un pequeño negocio juntos». Elvira sintió que ahí tenía, por fin, «una oportunidad de empezar a justificar mi salario del SIS. Agucé el oído».

> «—¿Cuánto necesita una mujer como tú para vivir realmente bien en Londres? —preguntó el alemán.
>
> »Elvira le dijo que estaría muy feliz con "cualquier cosa por encima de cien al mes".
>
> »—Eso es muy poco —dijo Bibi, sintiéndose aliviado—. Y muy fácil de realizar.

»—¿Cómo? —preguntó Elvira».

Se sentaron a hablar en el desierto paseo marítimo de Cannes hasta las tres de la madrugada. Bibi le explicó que tenía «amigos» que pagarían de manera generosa a cambio de información política, financiera e industrial sobre Gran Bretaña. «Después de la guerra, todo el mundo será muy pobre así que depende de cada uno de nosotros tratar de hacer algo de dinero ahora. Después de todo, esto es lo único que cuenta». [279] Fue «bastante impreciso» [280] sobre exactamente cómo debería conseguir esa

información. Mientras Bleil miraba fijamente el oscuro Mediterráneo, dijo con seriedad: «Deberás ser extremadamente cuidadosa y no decir nada a nadie sobre el asunto. Porque, si lo haces, serás la primera que lo pague».[281] Sus palabras se cernieron entre la advertencia y la amenaza.

En cuarenta y ocho horas, Bibi informó que sus «amigos» habían aceptado pagarle cien libras al mes «para empezar y sumas adicionales a cambio de buena información».[282] Las cantidades se pagarían a través de cuentas corrientes suizas y portuguesas, camufladas como pensión alimenticia de

su ex marido. Su nombre en clave sería «Dorette» y le dijo que se comunicaría utilizando tinta invisible, «un truco maravilloso» [283] mediante el cual les podría escribir sin que nunca la descubrieran. Las cartas se enviarían a Chauvel al hotel de París, Monte Carlo o a una dirección que era una tapadera en Lisboa. «Solo queremos hechos, no opiniones o reacciones…» [284]

Elvira le interrumpió.

> «—Esto ya es muy diferente del "pequeño negocio" inicial que se suponía íbamos a hacer juntos.

»—Esto es infinitamente más interesante, y si tienes éxito, supone el trabajo de una vida». [285]

Diez días después, un Bleil entusiasmado, y bastante borracho, se reunió con Elvira en un parque de Cannes poco antes de mediodía. «Miraba a su alrededor con nerviosismo y me preguntó si estaba segura de que no me habían seguido». [286] Después se metió la mano en el bolsillo y le dio una botellita con un líquido incoloro. «Los alemanes son los mejores químicos del mundo y este es su invento más reciente

y mejor». [287] Elvira no dijo que ya tenía una botella de tinta invisible británica en su bolso. Después se marcharon al salón desierto del hotel Majestic, donde Bleil pidió champán.

> «—Siempre actúo por intuición —dijo Bleil—. Y siento que puedo confiar en ti. Si estoy equivocado, se acabará toda mi carrera». [288]

Elvira sintió una punzada de remordimiento. Bibi podía ser un espía nazi borracho, pero su carácter era el de un niño, y parecía que la situación le

quedaba completamente grande. «Sentía bastante pena por él, y francamente casi deseaba no haberme metido en todo esto, pero me animé pensando que cuando empiezas a hacer un trabajo debes rematarlo y me blindé ante cualquier debilidad». [289]

Las manos de Bleil temblaban. Cogió su petaca. «Nunca deberás decir una palabra de esto a nadie», [290] dijo, y echó un trago.

Elvira simplemente señaló: «No tengo ningún deseo de pasar el resto de la guerra en la cárcel». [291]

Lily Sergeyev se estaba volviendo loca con la espera. Se había ofrecido

para espiar para Alemania, pero Alemania no tenía ninguna prisa para aceptar su oferta. Incluso su cruce de terrier y caniche *Babs* parecía sentir la tensión. Durante casi un año se había divertido en París, mientras el comandante Emile Kliemann, nominalmente su oficial de caso de la Abwehr, fijaba encuentros en los que no conseguía llegar a tiempo. Cuando aparecía, hablaba entusiásticamente de las misiones que Lily realizaría para el Tercer Reich, y después no hacía nada de nada. Los planes para enviarla como espía a Siria, Australia y Dakar no llegaban a nada. Kliemann estaba mucho

más interesado en explorar los placeres de París y en hablar de su vida amorosa. Seguía enamorado de Yvonne Delidaise, «una chica bonita pero sin muchos principios» [292] en opinión de Lily. Yvonne tenía un pelo largo y rubio, ojos azules, una nariz respingona y vestía con volantes, que a Kliemann le gustaba comprarle. En su diario, Lily describía a Yvonne como «guapa pero de constitución bastante gorda y con las caderas muy anchas». [293] Sin embargo tenía veintiséis años, y Kliemann, de casi cincuenta, estaba colado por ella. Tocaba el violín para ella hasta que lloraba. Una noche le dijo a Lily que

había decidido divorciarse de su mujer y casarse con Yvonne, pero todavía no se había decidido a decírselo a su mujer o a Yvonne.

Kliemann pagaba a Lily una iguala de tres mil francos al mes. Recibía clases de código morse de Richard Delidaise, el hermano de Yvonne, un camarero del aeropuerto de Le Bourget y colaboracionista que había sacado un título de instructor de radio antes de la guerra. Cuando dominara los rudimentos del morse, le revelaría los misterios de la codificación. Después, y en un apartamento cercano a la Ópera, le presentaron a dos hombres calvos que

«tenían pinta de aves de rapiña». [294] Le enseñaron cómo fabricar tinta invisible derritiendo una sustancia especial y no identificada, metiendo un palillo dentro y después escribiendo «en papel de escribir corriente que había sido frotado en toda su superficie con algodón seco para levantar las fibras muy ligeramente». [295]

Sin embargo, Lily no se sentía más cerca de ser enviada a una misión de espionaje que cuando se encontró por primera vez con Kliemann, y su paciencia se estaba agotando rápidamente. Impredecible y ambiciosa, sus motivos eran complicados. Más

tarde alegaría que le había movido el puro patriotismo, y que siempre pretendió cambiar de bando lo antes posible. Pero también le motivaba la aventura, y la creencia de que estaba destinada a desempeñar el papel de actriz principal en su propio drama. Había tomado afecto al genial, romántico e ineficaz Kliemann, pero encontraba que era exasperante. Lily no era una mujer paciente. Para empeorar las cosas, padecía dolorosas piedras en el riñón. «Llevaba tanto tiempo padeciéndolo, que la guerra acabaría antes de que tuviera oportunidad para hacer algo», [296] se quejaba en su

diario.

Finalmente, después de que Kliemann volviera a no presentarse a otra cita, a Lily Sergeyev le dio un berrinche tremendo. Yvonne Delidaise se encontró a sí misma aguantando la bronca. «Estoy harta», despotricó Lily. «No me gusta que me tomen el pelo. Siempre es lo mismo: no está aquí, o acaba de marcharse, o está en una conferencia. No se ha hecho nada durante más de un año. Así que llamémoslo un día…» [297] Después colgó el teléfono violentamente.

Cuando Kliemann apareció al día siguiente y trató de calmarla, ella le

echó una bronca. «No deberías seguir tratándome como si fuera una bota vieja. No voy a escucharte. Estoy harta, y ya puedes buscar a otra persona». [298]

Quizá fuese esta actuación histriónica la que hizo que Kliemann se pusiera en marcha. Es más probable que el comandante se diera cuenta de que a menos que demostrase realmente algún tipo de actividad ante sus jefes, su vida regalada en París podría estar en peligro. Fuese cual fuese la razón, la lenta maquinaria del espionaje alemán se puso en marcha.

Kliemann le preparó un encuentro y después, para sorpresa de Lily, acudió.

«Es la primera vez que el comandante ha llegado a una cita a su hora», [299] escribió. De pronto era un dechado de nítida eficiencia. Tenía órdenes de Berlín: Lily debía llegar a Gran Bretaña a través de Madrid, haciéndose pasar por una refugiada dispuesta a «servir a la causa aliada por cualquier medio a su alcance». [300] Utilizaría el nombre en clave de «Solange», mientras que Kliemann firmaría sus mensajes como «Octave». En Madrid se encontraría con uno de los agentes locales de la Abwehr: «Él te reconocerá por tu perrito, ya que insistes en llevarte a *Babs* contigo». [301] Kliemann se

reuniría con ella en Madrid en unas cuantas semanas y le llevaría un transmisor inalámbrico oculto dentro de un gramófono. Terminó con una pomposa exhortación: «Confío en tu éxito. No debes dudar. DEBES tener éxito». [302]

Conforme el tren salía de la estación de Austerlitz, Lily —la agente Solange — escribió en su diario: «Agito un pañuelo a mami que está en el andén. *Babs* olfatea con satisfacción. Subo la ventanilla y hago sitio para *Babs*. Estoy marchándome de Francia para tratar de ayudar aquellos que quieren liberarla». [303]

5
El Club

En las oficinas del MI5 de St James Street, John Masterman estaba pensando, como de costumbre, en espías y *cricket*. El equipo de la Doble Cruz se estaba convirtiendo en un equipo decente, reflexionaba, mientras aparecían constantemente nuevos contrincantes para el partido. Algunos de los recién llegados eran innatos, estaban ávidos de jugar, y firmaban casi de inmediato; otros no tenían talento ni cooperaban, y los trataba en consecuencia.

Como Josef Jakobs, un dentista alemán de cuarenta y tres años, al que encontraron en un campo de Cambridgeshire a principios de febrero con un tobillo roto. Incapaz de moverse, había disparado su revólver para atraer la atención. Después de interrogarlo en el Campo 020, «Ojo de lata» Stephens llegó rápidamente a la conclusión de que Jakobs era «un nazi degenerado» [304] y «manifiestamente inutilizable como agente doble», [305] ya que no mostraba ninguna inclinación a colaborar. Fue juzgado y sentenciado a muerte por un pelotón de fusilamiento. «Murió en la Torre de Londres», [306] escribió «Ojo

de lata», «un hombre valiente. Sus últimas palabras fueron para indicar al pelotón que dispararan recto».

Mucho más prometedores eran dos jóvenes noruegos, John Moe y Töe Glad, que habían sido lanzados frente a la costa de Escocia por un hidroavión alemán, y después llevados a remo a la orilla rocosa de Banffshire en un bote neumático lleno de equipo de sabotaje, una radio y dos bicicletas. Inmediatamente se entregaron a la asombrada policía escocesa. Su historia fue corroborada por las Fuentes Más Secretas de Bletchley, y fueron debidamente alistados al sistema de la

Doble Cruz con los nombres en clave de «Mutt» y «Jeff», por la popular tira cómica estadounidense sobre dos jugadores que forman una pareja dispareja y un tanto lerdos. Los nombres eran injustos, ya que Mutt y Jeff se convertirían en dos hombres poco llamativos pero de sólida «clase media» y polifacéticos.

El fascista danés Wulf Schmidt, alias «Agente Tate», también estaba demostrando ser un jugador útil, aunque no se le autorizaba a manejar su propio transmisor, debido a las dudas persistentes sobre que su «recién descubierta lealtad a este país vaya a

sobrevivir a cualquier tensión real». [307] Pero el miserable Tate, enviado a Alemania, resultó ser bien acogido, y con el tiempo se convertiría, en palabras de Masterman, en «una perla entre los agentes», [308] estableciendo el récord del contacto de radio continuado y más duradero con Alemania.

Con diferencia el más talentoso de los primeros reclutas fue Dusko Popov —agente Skoot—, el libidinoso *playboy* serbio, que no solo estaba demostrando que era bueno en el juego, sino ligeramente demasiado bueno como para ser cierto. Primero un bando, y luego otro, confiaron en él, y después

comenzaron a preguntarse si debían hacerlo. El primero que se planteó serias dudas fue William (Billy) Luke, el oficial de caso del MI5 asignado para ocuparse de él. Luke, un industrial de Glasgow dueño de una empresa de hilo de lino, no era muy distinto de Popov en cuanto a carácter, con una mirada lasciva y un gusto por la buena vida, que es exactamente por lo que Tar Robertson le había elegido para desempeñar el trabajo. Podía igualar a Popov bebiendo copas y casi acostándose con mujeres. Pero Billy Luke estaba preocupado: «Respecto a él, no puedo dejar de sospechar. Tengo la impresión general

de que puede ser un consumado mentiroso». [309] ¿Había mentido Popov al MI5? ¿Sería un infiltrado?


A
THE WORSHIPFUL COMPANY OF MAKERS OF PLAYING CARDS
MASTER
W. E. LUKE, ESQ.
WARDENS
E. G. WALPOLE-BROWN, ESQ.
A. G. NORMAN, ESQ. D.F.C.
CLERK
E. K. KING, ESQ. M.A.
A

Después de un mes en Lisboa, Popov voló de regreso a Londres, donde fue sometido a un segundo interrogatorio, aún más agudo que el primero. Popov les dijo a Robertson y Luke que había tenido un cálido recibimiento en el aeropuerto de Portela, en Lisboa, por parte del propio Von Karsthoff. De regreso a la Villa Toki-Ana, había recitado su historia ensayada al detalle, describiendo el encuentro con Ewen Montagu y los fragmentos de información que supuestamente había conseguido averiguar. Entonces Von

Karsthoff había volado a París para informar a sus superiores de la Abwehr, y regresó con el veredicto de que aunque no estaban «muy impresionados y pensaban que las respuestas eran demasiado genéricas», [310] consideraban que Popov se convertiría en un agente excelente. No había ningún indicio de sospecha. En efecto, parecían tener una «confianza ciega» [311] en el «Agente Ivan», y querían que lo enviaran de nuevo a Inglaterra para reunir más información lo antes posible. Von Karsthoff le había proporcionado a Popov más tinta invisible, y un largo cuestionario nuevo, que cubría un

enorme conjunto de temas, incluyendo la moral, las cuestiones militares y políticas. «Pronto querrás saber lo que ha cenado Churchill», [312] señaló Popov.

La Abwehr «esperaba mucho de su segunda visita», [313] según comentó Karsthoff. Le esperaban grandes recompensas si Popov trabajaba duro y mejoraba la calidad de su información. Insinuó una posible misión en Estados Unidos. Popov había pasado las semanas que faltaban en Lisboa, bebiendo vino y cenando, alegremente y a costa de Von Karsthoff. También estableció contactos de negocios, y tuvo

una aventura con una marquesa francesa divorciada. Popov tenía razón: el viaje a Lisboa había sido un éxito rotundo.

Las diversiones que le habían proporcionado a Popov las navidades anteriores le habían dado una muestra de la buena vida en el Londres de la guerra, y se sintió un poco decepcionado al descubrir que se suponía que ahora debía descubrir su propio entretenimiento. «Londres es un lugar bastante aburrido», escribió a Johnny Jebsen con tinta invisible. «La mayoría de las chicas guapas se han ido al campo y el *whisky* está a dieciséis chelines la botella. Esto te haría muy infeliz». [314]

Popov no pedía que le pagaran —los alemanes ya le estaban recompensando con generosidad—, pero como pronto descubriría el MI5 sí esperaba que le suministraran lo que consideraba las necesidades de la vida, a saber: vino, mujeres y canciones. Especialmente mujeres. Tar Robertson era un hombre de mundo, pero incluso él se quedó ligeramente de piedra cuando Popov «insinuó que una pequeña compañía femenina de clase alta sería muy aceptable». [315] A Robertson nunca le habían pedido que actuara como proxeneta, pero sabía dónde encontrar a un experto. Pidió al sargento Lewis, de

la Brigada Antivicio de la Policía Metropolitana, que «sugiriera posibles mujeres conocidas que pudieran ser utilizadas como agentes». [316] Tar insistió en que el MI5 no estaba buscando una prostituta, sino «una mujer que pura y simplemente entretuviera a Skoot y le mantuviera alejado de los problemas y que, al mismo tiempo, nos informara de las diversas y curiosas asociaciones que está estableciendo en este país». [317] Lewis dijo que tenía una candidata en la cabeza.

El expediente del MI5 de Popov contiene una serie de notas amorosas enviadas a Popov por parte de

«Gwennie», que estaba casada con «Charles» y trabajaba, de día, para la Cruz Roja. (Un ejemplo representativo dice: «Después de todo no podré verte mañana ¡¡porque Charles va a venir inesperadamente a Londres!! No se va a quedar mucho, así que te llamaré en cuanto pueda. ¡Lo siento porque estaba lista para ti! Con amor, Gwennie». [318] Es casi seguro que ella era una infiltrada del MI5; es casi seguro que Popov lo sabía, y es seguro que no le importaba. El nombre completo de Gwennie había sido cuidadosamente eliminado del expediente. Sigue siendo una heroína olvidada, que desempeñó de manera

excelente, aunque no convencional, servicios en tiempo de guerra para su país.

El nuevo cuestionario de Von Karsthoff mostraba un significativo interés alemán por las defensas costeras escocesas, así que se decidió que Billy Luke llevaría a Popov de viaje a su tierra natal: de ese modo Popov podría describir adecuadamente a Karsthoff lo que había visto, mientras que era mantenido al margen de ciertas cosas que no debería ver. También sería una oportunidad para que Luke pusiera a prueba la honestidad de Popov y hacer que lo pasara bien. Lo bien que lo

estaba pasando Popov se podía mediar por el color de su cara. «El color de la tez depende de la actividad de la noche anterior», comentó secamente Tar Robertson. «Si la noche había sido buena, desde su punto de vista, la tez estaba bastante blanca y enrojecida». [319]

Su viaje por el norte se convirtió en un prolongado arrastrarse por los *pubs*, pasando los días en «típicos paisajes escoceses» [320] y las noches «llenas de jovial diversión en agradable compañía». [321] Visitaron Loch Lomond y Gareloch, parándose a beber algo cada cierto tiempo, y después se dirigieron a

Edimburgo. Popov recordaría más tarde: «En aquella época había una ley que decía que no podías tomarte una copa a menos que hubieras recorrido ocho kilómetros, y mi oficial de caso, que era un auténtico escocés, lo interpretaba como que *tenías* que pararte y tomarte una copa cada ocho kilómetros». [322] En Edimburgo se alojaban en el hotel Central, bebían en el American Bar y en el Club Piccadilly y cenaban en el Malmaison y el Mirabel. Popov simplemente no espiaba para Alemania, informó Luke, ya que «no hacía ningún esfuerzo por obtener ningún tipo de información, ni hacía ninguna pregunta

que pudiera estar conectada con el espionaje». [323] Pero durante sus noches placenteras, Popov soltó una pista especialmente interesante sobre su amigo Johnny Jebsen: «No piensa que sea difícil convencer a Jebsen de que está luchando en el bando incorrecto. Jebsen es probritánico de corazón». [324] Popov incluso llegó a insinuar que él sería capaz de reclutar para el MI5 al hombre que le había reclutado a él para la inteligencia alemana, «especialmente si podemos encontrarnos con él en Madrid, proporcionarle compañía femenina bella y llena de vida y perder deliberadamente dinero al póquer con

él». [325] Había ahí un premio tentador: un miembro de la Abwehr al que se podría atraer a la pandilla de la Doble Cruz. «Es deseable profundizar en este tema», [326] escribió Luke.

Después de tres días de juerga y de hacer turismo, Luke regresó a Londres, blanco y enrojecido, impresionado por la resistencia de Popov, y completamente tranquilo respecto a que, después de todo, no estaba haciendo un triple juego. «De manera muy definitiva está trabajando para nosotros y no para los alemanes», [327] escribió Luke. «Inteligente, versátil y de intenciones firmes, tiene personalidad y encanto y se

sentiría como en casa en los círculos sociales de cualquier capital europea o americana; es el tipo habitual de *playboy* internacional. No pierde ninguna oportunidad de menospreciar a los alemanes y a los líderes nazis y tiene un gran odio por Goebbels, una sincera admiración y respeto por los ingleses, y está convencido de que Gran Bretaña ganará la guerra». [328] Su condición de prodigioso mujeriego podría llegar a ser un problema, predijo Luke: «Está orgulloso de la sociedad de mujeres atractivas, que aparentemente abundan en Dubrovnik, donde parece que la virtud cotiza a la baja. Sus éxitos

amorosos podrían proporcionar inspiración para Maurice de Kobra», [329] el novelista erótico francés. Pero Luke ahora estaba seguro de que Popov era digno de confianza, y estaba dispuesto a volver a poner en riesgo su vida regresando a Lisboa: «Skoot es un compañero ingenioso, alegre y divertido de cuya sinceridad y lealtad yo, personalmente, estoy satisfecho». [330] Sin que lo supiera Popov, su hermano mayor Ivo, médico en Belgrado, también se había acercado al MI6 con una oferta para espiar a los alemanes: la familia Popov estaba firmemente de su lado.

Tranquilizado, Tar se puso a

«reforzar» a Popov con algunas respuestas de «pienso para pollos» de primera calidad, verificables pero inofensivas, para su cuestionario, y que convenciera a su encargado de la Abwehr de que, en efecto, era el espía eficiente y lleno de energía que parecía ser. Von Karsthoff había sugerido que Popov debería reclutar a algunos subagentes si encontraba a alguien adecuado. El MI5 le hizo el favor: el primero fue Dickie Metcalfe, un antiguo oficial de inteligencia del ejército. Para Von Karsthoff, Metcalfe sería descrito como un jugador descontento y roto, que trabajaba para un traficante de armas,

que había sido degradado por colocar cheques falsos y estaba dispuesto a espiar para sus viejos colegas porque «los odiaba a todos». [331] El verdadero Metcalfe era corpulento (le habían puesto el nombre en clave de «Globo»). Un segundo subagente se materializó en la forma más esbelta de Friedl Gaertner, una cantante de cabaré austríaca de treinta y cuatro años, bien conectada con la sociedad londinense, que ya había hecho algún trabajo para el MI5. Su padre había sido miembro del Partido Nazi, así esperaban que, cuando los alemanes fueran a comprobar sus antecedentes, sería considerada fiable.

Gaertner era un «vínculo con gente de los altos estratos de la sociedad de este país» [332] y por tanto estaba «en posición de suministrar buena información procedente de las indiscreciones de amigos situados en círculos gubernamentales y diplomáticos». [333] Le pusieron el nombre en clave de «Gelatina» porque los hombres de la B1A pensaban que era «una cosita alegre». Popov también la veía de ese modo. Inevitablemente se hicieron amantes.

Ahora que ya no consideraban que fuera a «largarse», a Popov le otorgaron otro nombre en clave, que se ajustaba

mejor a su estatus como el más prometedor de los agentes dobles. Fue rebautizado como «Triciclo». Esto podría ser, en parte, una referencia a sus apetitos insaciables y su supuesto, aunque probablemente apócrifo, gusto por los tríos sexuales. También reconocía que la red Triciclo ahora consistía en una gran rueda —Popov— apoyada por dos más pequeñas, los agentes Globo y Gelatina.

Mientras Robertson hacía juegos de palabras con los pseudónimos de sus agentes, Popov se divirtió con el apodo de Tar. Había pedido al MI5 que le ayudara a establecer su propio negocio

de importación y exportación, que le proporcionaría una buena tapadera así como unos ingresos auténticos. «Propusieron que comprara y vendiera cualquier cosa en cualquier mercado», [334] escribió Tar, que arregló las cosas para que Popov ocupara unas oficinas que sirvieran de guarida en Imperial House, en la calle n.º 80 de Regent. El MI5 incluso colocó una atractiva secretaria a tiempo parcial para gestionar la correspondencia de Popov y vigilar el negocio. En homenaje a su jefe de espías, Popov bautizó la nueva empresa «Tarlair [335] Ltd».

Mientras se preparaba para regresar

de nuevo a Portugal, Popov estaba algo ansioso con «las respuestas que le habían dado a su cuestionario por carecer de detalles y poder poner en peligro su supuesta condición de buen espía». [336] También padecía «ligeros escrúpulos morales sobre el papel que estaba desempeñando», [337] simultáneamente haciéndose amigo y traicionando a Von Karsthoff. Masterman le proporcionó un consuelo típicamente pedante y enrevesado: «El censor moral más estricto, habiendo considerado sus motivos, no pondría reparos a su conducta». [338] Popov, cuyo inglés no era precisamente el típico de Oxford,

seguro que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Luke hablaba con un lenguaje más sencillo, diciéndole que «el trabajo al que se había comprometido era extremadamente valioso para este país». [339] Esa conversación pareció tranquilizar a Popov, ya que escribió una carta de adiós a su oficial de caso que revelaba una inesperada profundidad de intenciones en ese joven aparentemente hedonista. «Me sería difícil definir los sentimientos que tengo al abandonar tu valiente país. Me marcho con el corazón lleno de esperanza. Tú, mi querido Luke, eres el clásico ejemplo de la calma

inglesa, [una] manifestación del arma inglesa más poderosa, "seguir siendo humanos". Es esto con lo que derribará la máquina hitleriana». [340]

El día de la marcha de Popov, Luke le llevó a comer al Savoy y lo encontró alegre, pero «algo cansado», [341] pálido y enrojecido. Había pasado lo que llamó «una noche cara» [342] el día anterior, después de una semana agotadora en Friedl, Gwennie, el Club 400, Coconut Grove y de varias cenas en el Hungaria. Popov pidió «un pequeño revólver automático por si lo necesitaba», [343] y no se inmutó cuando Luke le explicó que eso podría ser delicado y posiblemente

poco sensato. Popov regresaba a un peligro extremo, y los dos lo sabían: «No podríamos hacer nada si las cosas se estropeaban». [344] El agente Triciclo se marchó paseando, con un «ligero balanceo, exactamente lo opuesto de un andar militar», [345] para coger el avión de Lisboa, dejando que el MI5 pagara la tremenda factura del hotel.

Luke y Popov eran tal para cual, y Tar contempló con satisfacción el creciente vínculo que había entre ellos. En el cambiante y enigmático mundo de la Doble Cruz, la relación entre agente y controlador era fundamental: «Un oficial de caso debía ser personalmente

responsable de cada agente, con sus manos, por así decirlo, tomando el pulso del paciente desde la mañana hasta la noche, y con un ojo en cada recoveco de la mente del paciente». [346] David Petrie, el director del MI5, había ordenado que la Sección B debería «disponer del mejor talento y experiencia que tuviera el servicio», [347] pero no era fácil encontrar gente dotada para actuar como amigo, psicólogo y paciente niñera de un grupo de individuos que eran, casi por definición, erráticos, con frecuencia exasperantes y muy posiblemente desleales.

La Sección B1A se estaba expandiendo, y lo que había comenzado siendo un experimento se estaba convirtiendo rápidamente en una iniciativa muy importante. «La gestión y control de agentes dobles», [348] escribió Masterman, «es una tarea larga, laboriosa e infinitamente complicada. Un trabajo realmente tremendo de coordinación, preparación y análisis crucial». Cada agente doble requería «dedicación exclusiva de un oficial de caso para controlarle y organizarle, un oficial de radio para monitorizarle y quizá enviar sus mensajes, al menos dos vigilantes, posiblemente un oficial con

un coche para recoger su información y probablemente un ama de llaves para cuidarle y alimentar a todo el equipo». [349] Las oficinas del MI5 en St James Street claramente se estaban abarrotando. Tar Robertson tenía el primer despacho, mientras que la habitación adjunta era compartida por Masterman y John Marriott, el ayudante principal y director adjunto de Tar. Abogado en la vida civil, Marriott era el «coleccionista de hechos», [350] un rigorista de las normas y los ahorros; el contrapunto seco y puntilloso de la extravagancia y vivacidad de Tar, que miraba el mundo con ojos de miope y de

forma sospechosa, a través de unas gafas de culo de vaso. Los oficiales de caso, que ya eran cinco, se sentaban juntos en el despacho más grande, junto a dos archiveros y otro oficial responsable de distribuir la información que surgía de los casos.

Los oficiales, todos elegidos personalmente por Robertson, eran un equipo sin lugar a dudas heterodoxo: además de Billy Luke, entre ellos estaban Cyril Mills, un empresario del circo a tiempo parcial, Hugh Astor, el hijo del dueño del *Times*, lord Astor, y dos abogados muy distintos, Ian Wilson, metódico e introvertido, y Christopher

Harmer, ingenioso, intuitivo y brillantemente inteligente. Como se ha visto en el esfuerzo por elegir nombres en clave, a los que se encargaban a los agentes se deleitaban con los juegos de palabras, y el ambiente en el n.º 58 era relajado y, con frecuencia, muy divertido. Eran un equipo extraordinariamente joven: Tar acababa de cumplir treinta años cuando estalló la guerra, y Hugh Astor tenía veintitrés cuando se unió al equipo. Harmer, un año más joven que Tar, describió la B1A como un grupo de «escolares demasiado grandes para su edad jugando a relatos épicos y absorbidos por la lectura de

libros escolares e historias de aventuras». [351] También había una «colegiala», aunque se hubiera necesitado un hombre valiente para describirla como tal.

Gisela Ashley, que era conocida por el nombre de espionaje de «Susan Barton», era en ese momento la única mujer de la sección, y una espía absolutamente formidable. Nacida en Alemania y convencida antinazi, Gisela se había marchado de Alemania en los años veinte, horrorizada por el ascenso del fascismo alemán. Se casó con un británico, y después se divorció de él cuando descubrió que era homosexual,

mantuvo su nacionalidad británica, se unió al MI5 y estableció una relación para toda la vida con otro oficial de inteligencia, Gilbert Lennox, con quien escribió una serie de exitosas obras de teatro. «La Sra. Barton» había sido un «agente ocasional» [352] durante algunos años antes de la guerra, informando de la comunidad alemana en Gran Bretaña. Su obra *Third Party Risk* se estrenó en el Teatro St Martin en 1939, y poco después se mudó a La Haya, bajo cobertura diplomática, para espiar a los alemanes. Allí el secretario del agregado naval alemán se quedó prendado de ella, y Gisela parecía a

punto de penetrar en la legación alemana cuando se produjo un desastre. En noviembre de 1939, dos agentes del MI6 fueron atraídos a una cita en Venlo, en la frontera holandesa, en la creencia de que se iban a encontrar con un oficial antinazi, y fueron secuestrados. Sorprendentemente uno de ellos llevaba una lista de los nombres de los agentes británicos en el bolsillo, incluyendo, como cabía temer, el de Gisela Ashley. Rápidamente le dijeron que tenía que regresar, y fue asignada a la sección de Robertson. Para entonces el hermano de Gisela era capitán de un submarino, pero la lealtad de la Sra. Barton nunca

se puso en duda. Con su «verdadera comprensión de la mentalidad alemana y nazi» [353] desempeñó un papel vital en la B1A, y en tanto que única mujer en una unidad formada por hombres, ofreció un importante correctivo a algo del más extremo chauvinismo que la rodeaba. Masterman casi no notaba a las mujeres; Marriott consideraba que el sexo opuesto era aburrido e impredecible; Wilson rechazaba permitir mujeres abogadas en su bufete. Pero no podían ignorar a Gisela Ashley. La vivaz Sra. Barton, la secretaria que abría su correo y dirigía la oficina de Tarlair, era Gisela Ashley, agente

especial, colocada cuidadosamente al lado de Popov para vigilarlo.

Christopher Harmer señalaría posteriormente: «Yo digo que gracias a Dios por Tar, él nos advertía y animaba y, si estábamos haciendo algo estúpido, nos regañaba con tacto y persuasión en lugar de mediante directrices». [354] Tar Robertson era un «líder nato», [355] según Masterman, «dotado de un criterio independiente», [356] pero también era un firme creyente en mezclar los negocios y el placer. En efecto, no veía la distinción entre ambos, y era devoto de las comidas de tres horas. El rango contaba poco: Robertson era

comandante, y terminaría la guerra como teniente coronel, pero la mayor parte del personal de la B1A no tenía ningún rango militar. Pero bajo las bromas de colegio, los juegos de palabras y las burlas, corrían profundas venas de ansiedad, en una comunidad cauterizada por el secretismo y llena de incertidumbre. Todos los oficiales de caso eran profundamente conscientes de que un solo error podía provocar el derrumbe de todo el proyecto, con consecuencias catastróficas. Las Fuentes Más Secretas mostraban que los alemanes estaban evaluando y reevaluando a sus agentes

constantemente, confiando y dudando de ellos, y que esos juicios, a su vez, debía ser evaluados y reevaluados por la Sección B1A, lo que le llevó a Tar a señalar: «En este juego uno nunca llegaba a saber cómo se le aparecen las cosas a la oposición, aunque uno haya hecho el máximo posible para imaginárselo». [357]

Los alemanes, razonaba, deben asumir que algunos de sus agentes han sido interceptados, y que seguramente sospecharán que al menos unos cuantos trabajaban como agentes dobles. Quizá esta sospecha se podría utilizar en provecho propio: si un agente doble era

administrado «de una manera obviamente falsa», [358] los alemanes podrían suponer que existía una incompetencia general por parte de los británicos y por tanto pasar por alto a los agentes dobles reales. Alphonse Timmerman, un camarero de barco belga, fue arrestado como espía a principios de 1941, pero rechazó cooperar. Mientras Timmerman (con nombre en clave de «Desaliñado») languidecía en la cárcel, la B1A comenzó a enviar cartas con tinta invisible y en su nombre a su responsable alemán. Estas cartas contenían una cierta cantidad de errores

de bulto, para indicar que a Timmerman lo estaban controlando. Fue un plan brillante, típico del pensamiento lateral del equipo de la Doble Cruz, que fracasó por completo. Los alemanes nunca señalaban los errores deliberados, y «parecían incapaces de darse cuenta de que, obviamente, Desaliñado estaba siendo controlado». Esta fe inquebrantable en su espía fue confirmada por las Fuentes Más Secretas. El caso Desaliñado se terminó. Esto fue una decepción para la B1A, pero mucho más para Alphonse Timmerman, que fue ejecutado. La Abwehr incluso fue incapaz de

descubrir su esquela en *The Times*. Poco a poco, comenzó a ocurrírsele a Tar Robertson que la Abwehr realmente podía ser tan crédula como parecía. Sin embargo, Tar siguió estando convencido de que podía haber otros espías sueltos en Gran Bretaña, quizá incluso trabajando dentro del MI5. Y tenía razón.

En febrero de 1941, Guy Liddell, el director de la Sección B, contrató a un nuevo asistente personal. Era alto, delgado, atractivo y homosexual; un brillante historiador del arte y lingüista con los contactos sociales adecuados. Su nombre era Anthony Blunt y era un

espía soviético. Cuatro años antes, Blunt, un comunista secreto y con gran dedicación, había sido captado para el NKVD (posteriormente KGB) por el Dr. Arnold Deutsch, alias «Otto», el culto ojeador de talentos del espionaje, responsable de crear el llamado círculo de espías de Cambridge. Ante la insistencia de sus controladores soviéticos, Blunt había solicitado unirse a los servicios de inteligencia, y en 1941 se encontraba en el corazón mismo de la maquinaria de guerra secreta británica. Liddell no necesitaba un asistente «ya que él siempre hace todo el trabajo de nuevo», [359] y Blunt pronto

cambió de trabajo dentro de la sección. Estaba metido en muchos de los fregados más secretos, trabajaba para el contraespionaje alemán, dirigía la parte de vigilancia de la Sección B, e interceptaba las valijas diplomáticas de los países neutrales. Lánguido, erudito y caprichoso, representaba una figura característica en los pasillos del edificio de St James: citaba *Winniethe-Pooh*, mientras sorbía de una botella de aceite de hígado de bacalao y malta y señalaba «esto es lo que les gusta desayunar a los tigres», [360] y le gustaba jugar a la pídola en la cantina.

A pesar de su encanto, Blunt no

gustaba de manera generalizada, aunque mucha de la animosidad estaba influida retrospectivamente. «Era un hombre muy amable y civilizado», [361] recordaba Dick White, el segundo de Liddell; «y nos traicionó a todos». A Tar Robertson le desagradaba Blunt intensamente, pero su actitud no surgió de sus dudas sobre su lealtad sino de la homofobia común a la época. «No le podía aguantar. Sabía que era maricón y antes de la guerra uno no toleraría dejarle en cualquier lugar cerca de la oficina». [362] El desagrado de Tar por la homosexualidad de Blunt no le detuvo a la hora de hablar de los aspectos más secretos de su trabajo con

él. En el lenguaje de la escuela pública de la época, se decía que un gay «juega para el otro equipo», pero Blunt estaba jugando para el otro equipo de un modo que nadie dentro del MI5 se hubiera podido imaginar, y estaba consiguiendo un resultado sorprendente.

Blunt comenzó pasando información secreta a su responsable soviético, Anatoli Gorsky, en enero de 1941, cuando la URSS y Alemania estaban unidas bajo el pacto Molotov-Ribbentrop: pasar información militar a una potencia aliada de un enemigo de Gran Bretaña era traición. Blunt continuó suministrando secretos a

Moscú, en grandes cantidades, durante el resto de la guerra. Los soviéticos le pusieron el nombre en clave de «Tony», el único ejemplo de alias en tiempo de guerra que era en realidad el nombre verdadero del agente —lo cual era o un ingenioso doble bluf o asombrosamente estúpido—. Blunt se reunía con su responsable una vez a la semana para darle documentos, tanto originales como copias. Memorizaba grandes cantidades de material, consultaba el archivo del MI5 para responder a peticiones especiales de Moscú, y pasaba la hora de la comida hurgando en las mesas de sus colegas. Filtraba expedientes

personales, información operativa, resúmenes de inteligencia, interceptaciones de Bletchley Park, cables diplomáticos y detalles de las habilidades del MI5, incluyendo técnicas de vigilancia e interrogatorios. Pocas veces alguien se ha infiltrado tan exhaustivamente en una organización de inteligencia. «Tony es un agente meticuloso, concienzudo y eficiente», [363] informó su responsable soviético a Moscú. «Trata de cumplir todas las tareas que le encomendamos a tiempo y es tan concienzudo como es posible». [364] Gran Bretaña y la Unión Soviética se convertirían en aliados contra Hitler,

pero la fuga torrencial de información de Blunt hacia Moscú seguía representando la amenaza individual más grave para la Operación Doble Cruz. Si los alemanes se infiltraban en la inteligencia soviética, entonces la información que estaba pasando a Moscú podría acabar en Berlín. Durante los siguientes cuatro años Blunt suministró a los soviéticos la asombrosa cantidad de 1771 documentos.

Pero ni por un momento el equipo de la Doble Cruz sospechó del agente doble que había entre ellos.

6
Garbo entra en escena

En invierno de 1941 el equipo de Bletchley Park que estaba descifrando los mensajes de radio de la Abwehr entre Madrid y Berlín hizo un descubrimiento alarmante. Parecía que los miedos de Tar Robertson estaban justificados: en efecto, los alemanes tenían un agente activo en Gran Bretaña que escribía cartas a un controlador en Madrid. Su nombre en clave era «Agente Arabel». Parecía estar bien informado, estaba lleno de energía y de

recursos, y había captado al menos a dos subagentes. Las Fuentes Más Secretas revelaban que Berlín estaba encantado con su trabajo.

Las consecuencias eran potencialmente catastróficas. Este misterioso Arabel estaba en situación de contradecir la información suministrada por los agentes de la Doble Cruz, en cuyo caso «la duplicidad de todos los agentes dobles del MI5 podría descubrirse». Un agente incontrolado, y uno tan bueno como este, no solo podría desentrañar la red en Gran Bretaña, sino también poner a los agentes, muy especialmente a Popov, en peligro

mortal. «¿Quién era este Arabel y cómo había entrado en el país? ¿De dónde había salido? ¿De dónde estaba sacando toda esa información?» [365]

La tarea de analizar el tráfico de información interceptado para objetivos de contraespionaje recaía en la Sección B1B del MI5, conocida como «Investigación Especial» y dirigida por Herbert Lionel Adolphus Hart, un joven abogado judío que llegaría a convertirse en profesor de jurisprudencia en Oxford. Cuanto con más detenimiento estudiaba H. L. A. Hart y su equipo el tráfico de Arabel, más extraño les parecía. Sus fabulosamente largos mensajes parecían

estar escritos por alguien que sufría de incontinencia verbal crónica. Pero más que eso, la información que suministraba Arabel era con frecuencia, y a veces hilarantemente, errónea.

Arabel informó, por ejemplo, de que la gente de Liverpool se daban el gusto de «participar en orgías alcohólicas y carentes de moralidad en centros de diversión». [366] Parece que creía que el calor veraniego era tan intenso en Londres que el cuerpo diplomático se escapaba en masa a Brighton durante los meses de verano. Comunicó que había importantes maniobras navales en el lago Windermere (que no tiene acceso al

mar), incluyendo un tanque anfibio de fabricación estadounidense (que no se había inventado). Proporcionó detalles de regimientos del ejército inexistentes, e incluso provocó que el enemigo tratara de interceptar un convoy, procedente de Malta, que no existía. Arabel pasaba meticulosas notas de gastos a Berlín, pero de un modo muy curioso. Por ejemplo, decía que había viajado a Glasgow en tren, con un coste de «87 chelines y 10 peniques» [367] (esto equivalía a 4 libras, 7 chelines y 10 peniques). El sistema monetario británico predecimal era confuso, pero no tan desconcertante como para que

alguien que estuviese viviendo en el país no pudiera comprenderlo después de nueve meses. Estos errores no eran advertidos por la Abwehr, pero los «mensajes muy disparatados», [368] enviados a través de Madrid, planteaban al MI5 un enigma peculiar: ese espía solitario era excéntrico e incapaz de hacer cálculos elementales, o un fraude, o un loco.

En Lisboa el antiguo criador de pollos Juan Pujol, invulnerable al rechazo, había continuado dando la lata a los británicos para que le reclutaran. A pesar de que suministraba pruebas que demostraban que ahora estaba al

servicio de los alemanes, fue rechazado de modo reiterado. Su mujer, Araceli, que era su cómplice desde el principio, se hizo cargo de su causa y se acercó al agregado naval estadounidense en Lisboa, que contactó con su equivalente en la embajada británica, el cual debidamente (pero muy despacio) envió un informe a Londres. Al final, el MI6 se dio cuenta de que el agente que mandaba los mensajes falsos debía de ser Juan Pujol García, el español que les había contactado repetidamente en Lisboa. En la antigua tradición británica de rivalidades interdepartamentales sin sentido, el MI6 (responsable de la

inteligencia exterior) siguió sin informar al MI5 (responsable del contraespionaje en el Reino Unido) de la existencia de Pujol. Solo una conversación casual entre Tar Robertson y un oficial del MI6 de Lisboa alertaron a la B1A de lo que estaba pasando. Pero incluso entonces, el MI6 no estaba dispuesto a permitir que Pujol se uniese a la Doble Cruz. «No veo por qué debería captar agentes y dejar que me los robéis» [369] fue, según Guy Liddell, la actitud que adoptó el jefe de contrainteligencia del MI6. «Todo el asunto es tan limitado e insignificante que realmente me pone bastante furioso», [370] escribió Liddell.

Un «espontáneo», en la jerga de los espías, es un informante o agente que, sin incitación previa, se pone en contacto con una organización de inteligencia para ofrecerle información. Pujol había entrado a los británicos una y otra vez, y después, cuando le dijeron que no lo querían, lo volvió a intentar. Obligado a depender de fuentes secundarias y a una imaginación de primera categoría, estaba en peligro constante de ser descubierto. Por ejemplo, su guía comparaba Brighton con la ciudad española de San Sebastián. Como los diplomáticos huían del calor veraniego de Madrid

marchándose a San Sebastián, Pujol, de manera lógica pero errónea, supuso que lo mismo debía ser verdad en el caso de Brighton. Como observó el MI5, fue «un milagro que hubiera sobrevivido tanto tiempo». [371]

La disputa sobre el control de Pujol la acabó ganando Tar Robertson, que estaba encantado con este nuevo añadido ingenioso a su equipo. El catalán salió a escondidas de Lisboa en un barco de vapor hacia Gibraltar, y desde allí voló en un avión militar hasta Plymouth, donde llegó el 24 de abril de 1942. Después de dos semanas de interrogatorios, el MI5 declaró que, a

pesar de su «inagotable y fértil imaginación», [372] estaba diciendo la verdad. Al principio el Comité Veinte se preguntó si podría tratarse de un engaño, pero las pruebas de las Fuentes Más Secretas (que ahora el MI6, a regañadientes, aceptaba compartir plenamente con el equipo de la Doble Cruz) probaron la veracidad de su historia más allá de toda duda. La mujer y el hijo pequeño de Pujol fueron sacados de Lisboa, y la familia se reunió en un piso franco de Crespigny Road n.º 35, Hendon, en las afueras, al norte de Londres. A Pujol le proporcionaron un ama de llaves y un trabajo que sirviera

de tapadera como traductor de la BBC. Y lo que es más importante, consiguió un oficial de caso.

Una vez más la elección de Tar estuvo inspirada. Tomás, «Tommy», Harris era un artista medio español de treinta y cuatro años, cuya imaginación era tan fértil como la de Pujol, pero atenuada por un sólido sentido común. Hijo de un rico marchante de arte de Mayfair, Harris se movía en ambientes bohemios, y se llevaba bien con el trío de topos soviéticos, Kim Philby, Anthony Blunt y Guy Burgess, una relación que más tarde llevaría a la (infundada) afirmación de que él

también había sido agente doble. De todos los reclutados para gestionar a los agentes dobles, Masterman consideraba a Harris, «en cierto sentido, el más notable». Un colega lo describió de este modo: «Con unos fieros ojos negros y una nariz aguileña, un pelo tupido y muy engominado, peinado hacia atrás desde una frente estrecha, parecía la elección ideal de un director de *casting* para interpretar a un jeque del desierto o a un elegante tanguista». [373] Harris y Pujol formaron una extraordinaria pareja. Hablaban el mismo lenguaje, literal y metafóricamente, y con el tiempo la combinación de la destreza de Harris y

la exuberante ingenuidad de Pujol tejerían una maraña de engaños que es lo más que puede ofrecer el espionaje en términos de belleza. El amor por las palabras de Pujol le había llevado a espiar: durante los siguientes tres años él y Harris iban a bombardear a los alemanes con cientos de miles de palabras, 315 cartas con tinta invisible y más de mil doscientos mensajes de radio. Pujol anotaba entradas como ningún otro agente doble. «Jugaba con habilidad magistral» [374] escribió Masterman, que le puso el mote de «Bradman» del equipo de la Doble Cruz, en honor del jugador de *cricket*

australiano Donald Bradman, el mejor bateador de todos los tiempos.

El MI6 le había puesto el nombre en clave de «Bovril», por el denso y salado extracto de carne que, como la marmita, solo gusta a los paladares británicos, y solo a algunos de ellos. Posiblemente se trataba de un elogio, ya que el Bovril era visto como una «comida de guerra» que habían alimentado a los soldados en las trincheras durante la guerra anterior. El MI5 cambió su nombre en clave, en parte para apuntarse un tanto ante el MI6, y en parte porque, después de su dramático trabajo de subterfugio en Lisboa, se merecía algo más grandioso,

que encajara más con «el mejor actor del mundo» del espionaje. Juan Pujol García se convirtió en el «agente Garbo».

Allí donde Garbo había sido enviado en secreto a Londres desde Lisboa, Triciclo se movía con libertad entre las dos capitales, ostensiblemente como director de Tarlair Ltd, pero en realidad construyéndose sus credenciales tanto con sus jefes de espionaje alemanes como con los británicos. Las autoridades británicas proporcionaban el papeleo necesario para sus «misteriosos acuerdos comerciales», [375] mientras apuntaban:

«Estamos yendo muy lejos con Popov». [376] Las plazas en aviones civiles entre Lisboa y Londres tenían mucha demanda, pero siempre se encontraba un hueco para Popov, creando otra fuente de preocupaciones. «En tiempo de guerra, solo los diplomáticos, los periodistas y los espías pueden viajar libremente, y todo el mundo sabe que Triciclo no encaja en las dos primeras categorías». [377] Popov confiaba en que Von Karsthoff no sospechaba nada, pero Luke no estaba tan seguro. «Los alemanes pueden saber que se ha convertido en agente doble, pero pueden considerar que obtienen más

información dejándole que siga ejerciendo que si desapareciera. No insinúo que Triciclo sea consciente de que ellos sepan que se ha convertido en agente doble». [378] Dusko Popov puede ser un títere inconsciente en un ingenioso engaño alemán.

Desde Lisboa, Popov mantenía al MI5 completamente al corriente de su vida amorosa, que ahora había incorporado a Maria Elera, la periodista brasileña de veintidós años cuya casa de Lisboa se la había proporcionado Von Karsthoff como dirección de tapadera para enviar cartas secretas. Popov enviaba fotografías de Maria con poses

sensuales en las escalerillas del avión. En su expediente aparecen bajo la etiqueta de «Su última novia». [379] Pero no desatendía a Gwennie: «Te echo terriblemente de menos, querida, te adoro, espero regresar pronto». [380] El MI5 se preguntaba si era posible que alguien tan patológicamente infiel en su vida amorosa pudiese ser leal a una causa.

En el verano de 1941 Popov les había pasado a los alemanes enormes cantidades de información, algunas verdaderas, ninguna de ellas perjudicial y la mayoría simplemente confusas. Describía diversos inventos militares:

un nuevo uniforme de batalla antigás que las tropas odiaban a causa del olor; un motor de avión silencioso; una munición de alta velocidad para ametralladoras; y una bomba incendiaria hecha de un derivado del alquitrán. Sus informes estaban aderezados con fragmentos de cotilleos políticos, como las noticias de que Oswald Mosley, el fascista británico detenido, estaba «degenerando en la cárcel y había perdido su personalidad». [381] El subagente de Popov, Dickie Metcalfe, también comenzó a pasar información, claramente sazonada por la personalidad de un antiguo soldado. Globo informaba

de que la infantería británica había sido equipada con una nueva bayoneta de dieciocho centímetros, «que da lugar a una retirada mucho más fácil de los hunos». [382] Al MI6 le horrorizó esta broma: «Me pregunto si Globo se da cuenta de que trabaja para los alemanes». [383]

El «tráfico» de la Doble Cruz enviado a Alemania se estaba volviendo más sofisticado, ya que el Comité Veinte servía un cóctel cada vez más fuerte de información y engaño, mezclando falsedades, medias verdades e información real y verificable, aprobada por las autoridades militares relevantes.

Gisela Ashley analizaba los mensajes entrantes, y Tar comenzó a «pasarle todo el tráfico en el original alemán como algo rutinario». [384] Fue ella la primera que abogó por que los agentes dobles fuesen utilizados no solo para engañar a su jefe individual, sino para influir en la forma de pensar alemana. «Nosotros somos la sección Doble Cruz en la que mandamos a los alemanes información que o bien es engañosa o que queremos que tengan. Me parece que en una sección como esta se pueden hacer muchas más cosas. ¿Acaso no es posible transmitir propaganda o darles las ideas que queremos que tengan?» [385] Los

hombres de la Doble Cruz tendían a pensar exclusivamente en términos militares, pero Gisela sugirió que pintaran un cuadro engañoso de la propia Gran Bretaña, exagerando el sentimiento judío, el fascismo local y el descontento laboral: «Después de todo, cualquier espía decente trataría de forma natural de advertir y dar pistas respecto a las noticias locales del país en el que estaban espiando». [386]

Se suponía que Popov obtenía su información de figuras relevantes de la clase dirigente británica, así que para reforzar su tapadera, le presentaron a algunos. Victor Cavendish-Bentinck,

director del Comité de Inteligencia Conjunto, se reunió con el joven espía y escribió sus impresiones: «Por temperamento es un aventurero que siente debilidad por los antros de perdición de este mundo y se da cuenta de que una persona de este tipo puede disfrutar mejor dichos antros en una situación democrática que en una totalitaria». [387] Había algo de verdad en esa cínica afirmación, pero Popov era más que un simple sibarita. En vez de un pago, insinuó que le gustaría que le nombraran cónsul británico en Dubrovnik después de la guerra, y que recibiera «algún tipo de condecoración»

[388] por sus servicios. A pesar de toda su despreocupación, estaba jugando con fuego, especialmente después de que la ocupación alemana de Yugoslavia, a partir de abril de 1941, dejara a su familia bajo la amenaza directa nazi. Los alemanes le habían tranquilizado respecto a que sus familiares serían protegidos. «No me gusta mucho esta "protección"», [389] le dijo a Tar. «Mi propia vida es mucho menos importante para mí que la de mi familia». Valiente, autoindulgente, comprometido, venal e infiel, Popov era un hombre con un honor extrañísimo: «Sigo estando satisfecho de que juegue limpio con

nosotros», [390] informó Luke al Comité Veinte.

Cuando estaba en Lisboa, Popov vivía en el hotel Palacio, jugaba en los casinos de Estoril, y acompañaba una u otra mujer por la ciudad, a menudo junto con su jefe de espías y amigo, al que estaba traicionando exhaustivamente. Ludovico von Karsthoff se tomaba sus obligaciones a la ligera y sus placeres con seriedad, y se declaraba «extremadamente satisfecho con la información que le proporcionaba». [391] Von Karsthoff rara vez se levantaba antes del mediodía, y pasaba gran parte del tiempo en los jardines de Villa Toki-

Ana, jugando con su mono domesticado, *Simon*, y sus teckel gemelos, *Ivan* e *Ivan*. Creía haber encontrado en Popov a un hombre tan autocomplaciente como él, que podía mejorar su categoría dentro de la Abwehr, y quizá, adicionalmente, proporcionarle algún dinero. Una noche, tomando coñac, anunció que Berlín quería que Popov fuera a Estados Unidos. Las operaciones de espionaje alemán en aquel país eran un desastre; el FBI estaba capturando espías alemanes «como putas en el Reeperbahn».[392] [393] Popov debía ir a Nueva York y crear una red de espías desde cero, tal y como había hecho en

Londres. De ese modo, cuando los estadounidenses finalmente entraran en guerra, Alemania estaría preparada. A Popov le pagarían mucho dinero.

Cuando Popov regresó a Londres e informó de esta propuesta, al principio Tar Robertson se resistió, argumentando que era demasiado valioso como para prescindir de él. Triciclo funcionaba sin complicaciones, era muy respetado en Berlín, y un medio de contacto personal directo con el enemigo. Pero si rechazaba la misión podía provocar que los alemanes sospecharan. El propio Popov estaba ansioso por ir. Nunca había visitado Estados Unidos y Nueva

York sonaba como si fuera una ciudad para él. Si el FBI jugaba bien sus cartas, aquí había una oportunidad de crear una versión americana de la Doble Cruz. Von Karsthoff parecía de lo más complaciente y no sospechaba nada. Y Johnny Jebsen, su mejor amigo y patrocinador, era de fiar para que le cubriera las espaldas.

Cada vez que Popov regresaba a Lisboa, Johnny iba a buscarle. Su amistad era más sólida que nunca, aunque ninguno podía permitirse ser completamente sincero. Para sorpresa de Popov, Jebsen le confesó que se había casado hacía poco tiempo, con

Eleonore Bothilde Petersen (conocida como Lore), una actriz y primera dama del Teatro Frankfurt, aunque él seguía teniendo una amante en París y otra en Dublín. Parecía que Jebsen podía viajar libremente, pero sus actividades, tanto como empresario como de espía por cuenta propia, eran muy misteriosas: le dijo a Popov que había visitado recientemente Finlandia, Suecia, Grecia, Persia y la costa de Italia para realizar un informe sobre las defensas italianas para la inteligencia japonesa —Japón todavía no estaba en guerra, pero los intereses secretos de Tokio en las defensas costeras iban a adquirir un

significado ominoso después de Pearl Harbor.

Se suponía que Jebsen estaba captando espías, pero admitió alegremente que la captación de Popov era su único éxito hasta la fecha «en este negocio». [394] Sin duda, era una figura de cierta importancia dentro de la inteligencia alemana. Cuando la conversación cambió hacia un tal profesor Miller, un nazi de Friburgo que desagradaba a ambos, Johnny señaló, como por casualidad: «No soy suficientemente cruel, pero ahora estoy en una posición como para deshacerme de cualquiera al que odie. Si quiero

deshacerme de ese hombre lo único que tengo que hacer es decir que el profesor Miller dijo esto y aquello, y ellos lo matarán de inmediato, sin preguntar». [395] Después añadió: «Si hay alguien en concreto del que te quieras librar puedo arreglarlo». [396]

Jebsen informó de que la situación en Alemania se estaba deteriorando. La producción de aviones descendía; la comida, e incluso la ropa, escaseaban. El atildado Jebsen, que seguía vistiendo como Anthony Eden, tenía problemas para mantener su guardarropa: «Estaría encantado de pagar seiscientas libras por un traje de tela inglesa, pero no

puedes conseguirlo», [397] se quejaba. Aún más intrigante era la descripción de Jebsen de las luchas internas entre facciones dentro de la inteligencia alemana, algunas de ellas opuestas en secreto a Hitler. La disputa territorial entre la Abwehr y la SD (Sicherheitsdienst, la rama de inteligencia de las SS y el Partido Nazi) era especialmente venenosa y estaba empeorando. «Son como el perro y el gato», [398] comentó Johnny.

Este tipo de información era oro en polvo para la inteligencia, lo que hacía que los comentarios de Jebsen fueran extraordinariamente indiscretos o

completamente calculados. No ocultaba su desdén hacia Hitler, y dejaba caer insinuaciones de que había tenido problemas con alguna gente poderosa que no aprobaba su estilo de vida inmoral. «Cada vez que voy a Alemania, no puedo estar seguro de si saldré vivo de allí», [399] dijo. Jebsen parecía más delgado y marchitado que antes. Su cojera iba peor, y sus dientes estaban manchados de color marrón por los cigarrillos que fumaba sin parar. Jebsen tenía buenos motivos para temer el regreso a Alemania, aunque todavía no le había contado la verdadera razón a Popov. La Gestapo le seguía. Más de un

año antes se le había acercado un tal Heinz Jost, un alto oficial de la SD, que le dijo que tenía algunos billetes de libras falsos que quería cambiar por dólares. De manera cautelosa Jebsen comentó que el Reichsbank había «advertido de que era contrario a la ley internacional falsificar moneda». [400] Las cosas se tranquilizaron durante un tiempo. Cuando Jost reapareció con fajos de billetes de cinco y diez libras, le dijo a Jebsen (o decidió creerlo) que esta era moneda británica auténtica, aprehendida en París. A través de un contacto llamado Avramedes, del Banco de Grecia en Suiza, comenzó a cambiar

los billetes por dólares, pasándole la mayor parte a Jost y quedándose una considerable comisión para sí mismo. Algunos oficiales de alto rango de la Gestapo también comenzaron a pasarle billetes británicos para que se los cambiara. Durante nueve meses el acuerdo demostró ser muy satisfactorio, a medida que pasaban por las manos de Jebsen cantidades cada vez mayores.

Jebsen se gastó los beneficios en su mujer, en su amante, en sí mismo y en su novelista favorito —ya que las ganancias mal habidas acabaron en manos de P. G. Wodehouse—. El escritor británico había permanecido en

Francia cuando estalló la guerra, y fue internado, como era de esperar, en tanto que enemigo extranjero, en la Alta Silesia («Si esto es la Alta Silesia, uno se pregunta cómo debe ser la Baja Silesia…», [401] escribió). Liberado en junio de 1941, justo antes de cumplir sesenta años en virtud de los términos de la Convención de Ginebra (estaba jugando al *cricket* en el campo cuando se enteró de que iba a ser liberado), Wodehouse y su mujer Ethel acabaron instalándose en el París ocupado, pero dado que los derechos de autor de sus libros estaban bloqueados, tenían muy poco dinero. Jebsen se lo dio a su viejo

amigo. Después de su liberación, Wodehouse había realizado una serie de programas de radio caprichosos y profundamente estúpidos, a través del servicio de propaganda alemán, en la creencia infantil de que sería admirado por «mantener el tipo» durante su cautiverio. En lugar de ello se convirtió en una figura odiada en Gran Bretaña, acusado de colaborar con los alemanes. Solo podemos imaginar lo que sus críticos hubieran dicho si hubieran sabido que este genio del humor estaba siendo financiado por un espía alemán mediante una operación fraudulenta de moneda ilegal que involucraba a la

Gestapo, el servicio de seguridad nazi y una fortuna en billetes de banco británicos falsos.

La estafa de la falsificación funcionó bien durante nueve meses, y entonces salió a la luz de manera dramática. Un banco suizo descubrió los billetes fasos, y el intermediario griego de Jebsen rechazó seguir negociando con ellos. Más tarde Jebsen alegaría que había creído honestamente que los billetes eran de curso legal, y que cuando había descubierto la falsificación «hizo todo lo que pudo para detenerla», al informar del asunto a sus superiores. Es más probable que supiera durante todo el

tiempo que estaba negociando con billetes falsos, y que se retiró cuando descubrió que se había descubierto la estafa. En la disputa subsiguiente, Heinz Jost fue cesado de su cómodo puesto en el departamento de inteligencia exterior del SD y enviado al frente oriental donde le pusieron a dirigir el Einsatzgruppe A, el escuadrón de la muerte responsable de matar a miles de judíos. Ahora Jost era el enemigo declarado de Jebsen, y sus amigos en la jerarquía nazi estaban decididos a «vengarse en su nombre». [402] Jebsen también tenía aliados, muy especialmente Canaris, el jefe de la

Abwehr. Confesó a Popov que había establecido un tipo de póliza de seguros burdo: «Sé demasiado de las cosas sucias que pasan. Tengo papeles en un banco extranjero, y si el banco no recibe un cable mío en determinados días, enviarán los papeles a un editor». [403]

Los comentarios antinazis de Jebsen, y su disposición a hablar de los aspectos más secretos de la inteligencia alemana, solo podían significar una cosa: Jebsen sabía que Popov estaba trabajando para la inteligencia británica, y que la información secreta que le estaba suministrando con tanta indiferencia iría a parar directamente a Londres, como

era el caso. Popov estaba convencido de que su viejo amigo sabía en qué estaba metido él, una convicción que se vio reforzada cuando Jebsen observó: «Si te pillan los británicos puedes decirles que me pasaré al bando británico y trabajaré de cualquier modo que pueda». [404] Jebsen ya no era un leal oficial de la Abwehr del mismo modo que Popov tampoco era un agente alemán auténtico. Cada uno estaba mintiendo al otro, y ambos sabían que el otro le estaba mintiendo. Lo suyo era un curioso baile de engaños en el que ninguno de los dos podía permitirse reconocer la verdad.

De nuevo Popov apremió al MI5

para que se dirigieran a Johnny Jebsen en un país neutral y lo captaran. «Es muy pro-británico y creo que si estuviera seguro de que va a estar a salvo se vendría aquí. De corazón es antinazi y siempre tiene dificultades con sus superiores debido a sus costumbres extravagantes». Si Jebsen era llevado a Gran Bretaña de manera clandestina, instaba Popov, revelaría todo lo que sabía, y entonces podría ser «enviado a un retiro honroso en algún centro de vacaciones».[405]

Billy Luke tenía dudas. «No estoy seguro en absoluto que ganemos mucho teniéndolo aquí, ya que parece muy

mucho del tipo *playboy*». [406] El MI6 tampoco estaba convencido de las referencias de Popov respecto a su amigo, y «no tan confiados como lo está Jebsen en que es un antinazi». [407] Sería mejor echar un ojo a Jebsen, y esperar a ver qué más podría revelar.

Como todas las nuevas empresas que experimentan una rápida expansión, un flujo de nuevos empleados y de gastos generales crecientes, la operación de la Doble Cruz se enfrentaba a problemas de flujo de caja. Ningún agente doble era barato de gestionar; aquellos que tenían gustos extravagantes, como Dusko Popov, eran increíblemente caros. Pero

los problemas económicos de la Abwehr eran incluso más graves. El MI5 tenía que asegurarse de que la Abwehr encontrase un modo de pagar a sus espías, puesto que de no ser así pronto dejaría de creer en ellos: si un espía continúa trabajando sin que le paguen, entonces otro debe estar haciéndolo. Los espías enviados a Gran Bretaña siempre estaban cortos de efectivo. La Abwehr trataba de enviar dinero a sus agentes de maneras diversas, incluyendo lanzamientos desde aviones, pero con poco éxito.

Como sabía esto, la B1A hacía que los agentes dobles realizaran cada vez

más peticiones apremiantes de dinero. Wulf Schmidt (agente Tate) mantenía una letanía constante de quejas que Masterman llamaba su «viril lenguaje telegráfico»: [408] «Estoy empezando a pensar que estás de mierda hasta arriba», [409] le dijo a su controlador de Hamburgo, cuando este no pudo suministrarle fondos. «Me cago en Alemania y en todo su jodido servicio secreto». [410] Finalmente a Tate le dijeron que esperara en la estación de Victoria, siguiera a un japonés que llevaba un ejemplar del *Times* y subía en un autobús de dos pisos, y después cogiera el periódico que hubiera dejado

en su asiento. Todo el episodio fue fotografiado de manera oculta por el MI5. Dio como resultado doscientas libras en billetes de una libra, así como la identidad del diplomático japonés, ayudante del agregado naval Mitinori Yosii, que trabajaba para la inteligencia alemana contraviniendo la neutralidad de su país. Pero dejar paquetes de dinero en autobuses no era la manera de financiar toda una red de espías. La Abwehr necesitaba un medio mejor de hacer llegar dinero a sus agentes, y el MI5 necesitaba encontrar la forma de ayudarles.

Solo una mente tan ágil como la de

Dusko Popov podía elaborar el «Plan Midas», un modo de fabricar oro. Sus subagentes, Gaertner y Metcalfe, necesitaban cobrar pero, como explicó Popov a Von Karsthoff, si entraba en Gran Bretaña llevando grandes cantidades de dinero en efectivo sin duda levantaría sospechas. ¿Por qué no encontrar un intermediario en Londres que pudiera, de manera plausible, aparentar que estaba entregando dinero a los agentes alemanes, a cambio de ser reembolsado por los alemanes en otro país? Los alemanes recibirían la garantía de que al fin sus agentes eran pagados adecuadamente, y el MI5

simplemente podía quedarse con el dinero. El enemigo, creyendo que estaba financiando a sus propios agentes, acabaría pagando a los agentes dobles.

El intermediario elegido era Eric Glass, un exitoso y rico agente teatral judío. Glass aparentaría estar temeroso de una invasión alemana, decidido a salvar el pellejo y su fortuna, y listo para transferir fondos a Estados Unidos por medios poco honestos. A los alemanes les dirían que Glass estaba dispuesto a llevarle dinero a Wulf Schmidt, que entonces podría financiar a otros agentes en Gran Bretaña dejando dinero en efectivo en determinados

lugares previamente acordados. Los alemanes reembolsarían a Glass transfiriendo dinero a su cuenta corriente de Nueva York, del que podría apropiarse el MI5.

Eric Glass era una figura extravagante, medio austríaco y medio británico: «Su alegría al abordar un acuerdo, y su sagacidad inventiva para cerrarlo, eran famosas en los círculos teatrales y cinematográficos». El papel que le ofreció el MI5 le atrajo, y se llegó a un acuerdo. El Plan Midas se puso en marcha. Sin embargo, Glass tenía dudas. Cuanto más pensaba en lo que estaba involucrado más le

aterrorizaba. ¿Qué pasaba si los alemanes se olían la trama? ¿Tratarían de matarle? En la mejor tradición teatral, Glass declaró presuntuosamente que no podía ya representar su papel, y que quería salir de escena.

De hecho ya no le necesitaban, puesto que el MI5 tenía acceso directo a la cuenta corriente de Nueva York abierta en su nombre. El espectáculo podía continuar sin él. Pero Glass sabía lo suficiente del Plan Midas como para poner en peligro el proyecto. Se utilizó al superintendente George Leanore de la Rama Especial, la unidad policial que trabajaba con el MI5, para amenazar al

agente teatral, un trabajo que parece haber realizado con inquietante deleite antisemita. «Entró completamente en barrena y le atemorizó mucho», [411] informó Leanore, que le había dicho a Glass «que mantuviera la boca cerrada» o que hiciera frente a las consecuencias. «Dije lo suficiente como para hacerle sentir que su vida dependía de ello. Podemos confiar en que no dirá nada a nadie. Esta confianza se basa en lo único que realmente cuenta en este caso, el puro miedo. Siento parecer un tanto implacable, pero estamos en guerra y no veo ningún motivo por el que los miedos de un pequeño judío deberían

desviarnos de nuestro camino». [412]

Midas demostraría ser una de las operaciones más beneficiosas y menos conocidas de la guerra. Del lado alemán, el plan fue aprobado por el oficial financiero superior de la Abwehr, quien autorizó una transferencia inicial de veinte mil libras. Dinero que la Abwehr creía que estaba siendo usado para financiar las operaciones de espionaje en el Reino Unido y que acabó en una cuenta corriente neoyorquina a nombre de Eric Glass, y desde allí directamente a las arcas del MI5. Popov se quedó con una tajada del diez por 100. Von Karsthoff

también se llevó una comisión. Los alemanes estaban encantados. «Mis más sinceras felicitaciones», [413] decía el mensaje enviado a Wulf Schmidt cuando informó de las dos primeras transferencias hechas por Glass. «Bajo ningún concepto gastes todo el dinero a la vez en bebida, para eso puedes esperar a que lleguemos. Nos consideramos invitados». [414] El sistema de la Doble Cruz ahora no solo se autofinanciaba sino que daba beneficios, para alegría de Masterman: «El dinero proporcionado por los alemanes para mantener su sistema, y el nuestro, entre 1940 y 1945 rondaba las

ochenta y cinco mil libras», [415] que equivalen a más de 4,5 millones de hoy en día.

7
Popov se va de compras

En una tarde calurosa de agosto de 1941, Dusko Popov se subió a un avión en el campo de Portela de Lisboa con destino a Estados Unidos. Llevaba setenta mil dólares en efectivo y un telegrama en el que había once micropuntos, apenas visibles a simple vista, lo último en tecnología de espionaje alemana. Ampliados con un potente microscopio, estas motas diminutas se convertirían en fotografías

de un nuevo conjunto de cuestionarios diseñados por Von Karsthoff. Captado para espiar a los británicos, Popov había espiado a los alemanes y ahora, en un nuevo giro, era enviado por los alemanes para espiar a los estadounidenses con el beneplácito británico.

La misión de Popov para el MI5 era crear una red de dobles agentes falsos. El MI5 ya había enviado al FBI unas elogiosas referencias: «Popov es un joven listo, atractivo y valeroso de cuya sinceridad y lealtad estamos satisfechos. Es muy inteligente pero no le gusta el trabajo. Le apasionan las mujeres y

navegar a vela es su principal pasatiempo. Tiene personalidad y encanto y se sentirá como en casa en cualquier ambiente. Ha rechazado cualquier tipo de pago por nuestra parte, ya que ha sido adecuadamente remunerado por el servicio secreto alemán y esperamos que esta feliz situación continúe». [416] Tar Robertson había sido reacio a ver a Popov marcharse al oeste. «De momento te podemos prestar», [417] dijo, pero «probablemente te pidamos que regreses en un futuro no muy lejano». [418] Tar sabía que la oportunidad de replicar el sistema de la Doble Cruz en Estados

Unidos era demasiado buena como para dejarla pasar. La misión americana de Popov debería haber sido un triunfo. Fue un desastre sin paliativos.

En parte, el problema fue cultural. El FBI, bajo el liderazgo dictatorial y dinámico de J. Edgar Hoover, tenía un enfoque muy diferente al contraespionaje. En la mente de Hoover, el espía extranjero era simplemente otro espécimen de criminal al que había que capturar, juzgar y después ejecutar con la máxima publicidad. El Buró había conseguido un gran éxito en 1941 con la captura de no menos de treinta y tres espías alemanes, utilizando a uno de

ellos como cebo, en lo que Hoover declaró que era «la mayor redada de espías en la historia de Estados Unidos». [419] Con el tiempo el FBI llegaría a apreciar el valor de los agentes dobles, pero el efecto inmediato de este éxito fue convencer a Hoover de que la única utilidad de un espía detenido era detener a más espías. Como de costumbre, el MI5 echó mano de una analogía del *cricket*: «Su primera entrada fue demasiado fácil e imaginó aparentemente que los hunos no iban a aprender la lección». [420] El FBI no estaba equipado, psicológica o prácticamente, para tener agentes

dobles. «Es una gran lástima», [421] escribió Masterman. Dusko Popov era exactamente el tipo de persona que Hoover odiaba: disoluto, extravagante, sexualmente voraz y extranjero. Como señaló Ewen Montagu: «Obviamente Hoover solo contemplaba a Triciclo como un papel matamoscas potencial», [422] útil para atrapar más molestias, pero muy desagradable de manejar. Las relaciones entre Popov y sus nuevos controladores del FBI empezaron mal y fueron a peor sin parar.

Los cuestionarios en los micropuntos que Popov había traído a Estados Unidos proporcionaron un importante

entendimiento del pensamiento alemán: a Popov le habían dado instrucciones de que consiguiera información sobre la investigación atómica, preparativos militares, convoyes, producción industrial, política y estado de ánimo. En retrospectiva la parte más crucial del cuestionario de Popov pedía información sobre Pearl Harbor, la base naval hawaiana: sus fondeaderos, puerto submarino, muelles flotantes y defensas con minas. Más tarde Popov diría que él (y de hecho Johnny Jebsen también) se había dado cuenta desde el principio de que este cuestionario apuntaba a un inminente ataque japonés a Pearl

Harbor. Esto es improbable. No hay nada en el expediente de Popov que indique que entendió y mucho menos avisó a alguien sobre la trascendencia de la cuestión. Cuatro meses después de la llegada de Popov los japoneses atacaron, catapultando a Estados Unidos hacia la guerra. ¿Acaso los Aliados se perdieron un soplo vital que podría haber cambiado la historia?

Sin duda algunos en el MI5 lo pensaban, y culparon al FBI por no ser capaces de encontrar las claves. «El error que cometimos fue no coger la información sobre Pearl Harbor y mandársela separadamente a

Roosevelt», [423] dijo Tar Robertson muchos años después. «Nadie soñó siquiera hasta qué punto Hoover era un maldito idiota». [424] Masterman era igualmente crítico: «El cuestionario indicaba muy claramente que en caso de que Estados Unidos entrase en guerra, Pearl Harbor sería el primer lugar a atacar, y que los planes de este ataque habían alcanzado un estadio avanzado en agosto de 1941». [425] Realmente, el cuestionario no mostraba tal cosa: no indicaba que se estuviera planeando un ataque aéreo, y mucho menos que un ataque japonés fuese inminente. Simplemente demostraba que los

alemanes estaban muy interesados en Pearl Harbor, cosa que, dado que la flota estadounidense del Pacífico tenía allí su base, no es nada sorprendente. La simple verdad es que nadie —ni Popov, ni Jebsen, el MI5 o el FBI— vio el cuestionario como una señal del ataque a Pearl Harbor hasta después de que sucediera.

Popov esperaba ser acogido por el FBI del mismo modo que lo había hecho el MI5, pero en lugar de la muy sociable capacidad de congeniar de Tar solo se encontró con profunda desconfianza. Desde el momento en que se registró en el Waldorf Astoria, a Popov le

empezaron a vigilar, cosa que los «agentes especiales» del FBI no se esforzaron por ocultar. Bajo el control del FBI comenzó a mandar cartas secretas a Von Karsthoff a Lisboa, pero las autoridades militares estadounidenses rechazaron suministrarle ninguna información auténtica para que la incluyera en dichas cartas. Le dijeron que no podía viajar a Hawái para investigar allí las defensas. A Popov le habían ordenado que estableciera un vínculo por radio con Lisboa y con Río de Janeiro (sede de una activa célula de espionaje de la Abwehr), pero cuando finalmente el FBI

estableció un transmisor de radio, con base en la costa norte de Long Island, a Popov no le permitieron saber qué información se estaba mandando en su nombre. El FBI no se dedicaba a poner nombres en clave jocosos: Popov era «Informante confidencial ND 63», un título austero que reflejaba adecuadamente la actitud fría del Buró.

Mantenido a distancia por el FBI y habiéndole impedido realizar ninguna actividad de espionaje, Popov continuó sus juergas de proporciones épicas. Hoover ya estaba preocupado de que las costumbres de *playboy* del espía pudieran «avergonzar al Buró», [426] y la

magnitud de sus gastos parecían calculados para hacer precisamente eso. En poco tiempo había comprado un apartamento en Park Avenue, una segunda residencia en el lugar de moda de Locust Valley (Long Island), un Buick rojo descapotable y otra novia, la estrella de cine francesa Simone Simon, a la que había conocido antes de la guerra. Cuando cuestionaron sus gastos desenfrenados, Popov insistió insípidamente en que necesitaba mantener su tapadera como rico libertino. Entre los accesorios que consideraba necesarios para lograr ese objetivo había un mayordomo llamado

Brooks, un sirviente medio sordo chino llamado Chen-Yen, y un equipo de jardineros; hizo que un diseñador de interiores amueblara su apartamento y se gastó doce mil dólares en muebles, antigüedades y varios cientos de discos de gramófono; bebía y bailaba en el Club Stork, esquiaba en Sun Valley (Idaho) y veraneaba en la soleada Florida. También inició una relación con una inglesa costosa, que pronto se divorciaría, llamada Terry Richardson, y provocó un fuerte espasmo de desaprobación dentro del FBI cuando se la llevó de vacaciones, ya que llevar a una mujer a través de las fronteras

estatales con «intenciones inmorales» era ilegal bajo la absurda Ley Mann. El FBI sospechaba que la señora Richardson podía ser una espía alemana, pero finalmente llegó a la conclusión de que era simplemente una «buscadora de oro». [427]

Sin embargo, el suministro de oro de Popov estaba menguando. Se quedó con la mitad del dinero que había traído de Lisboa y rápidamente se lo gastó. La Abwehr le mandó otros diez mil dólares y también se los gastó. Cuando los alemanes no pudieron mandarle más dinero pidió un préstamo al FBI, para pagar a su sastre, camisero, florista y

personal. Popov trató al FBI como su banco privado y aunque el Buró, con extremada renuencia, comenzó a financiar su alto nivel de vida, las relaciones se deterioraron aún más. El Plan Midas de Popov estaba proporcionando un flujo continuo de dinero, pero incluso el MI5 expresó su asombro ante los gastos de Popov. «Su comportamiento económico en Estados Unidos es injustificable», [428] escribió John Marriott, señalando que Popov estaba quemando más de cinco mil dólares al mes. «No puedo distinguir su manejo de este dinero de la malversación». [429] El hombre con la

peliaguda tarea de controlar el despilfarro de Popov era el coronel Walter «Pecoso» Wren del MI6. «Triciclo debe recibir un buen rapapolvo», [430] le dijeron, «de modo que ajuste sus gastos a una dimensión más razonable». [431] Era una vana esperanza.

Popov vivía una vida a lo Gran Gatsby, pero distaba mucho de ser feliz. Ewen Montagu, de visita a Estados Unidos para reforzar las relaciones entre los respectivos servicios de inteligencia aliados, «lo encontró deprimido y preocupado, y había desaparecido completamente toda esa alegría que

emanaba de él». [432] La familia de Popov estaba en Yugoslavia, bajo el dominio nazi, y al controlarle de manera tan inepta y menoscabando su credibilidad con los alemanes, el FBI les estaba colocando en una posición de peligro extremo. «La gestión por parte de Hoover de Triciclo no podría ser más deliberada para quemarle si Hoover se hubiera sentado a concebir y planificar un método para hacerlo», [433] dijo Montagu, que trató de animar a Popov diciéndole «que había gente que seguía creyendo en él y que estaban dispuestos a meterse en problemas para mantenerle "vivo" como doble agente [y] continuar

el trabajo contra los nazis por el que había puesto en riesgo su vida». [434]

El miedo de Popov de que los alemanes perdieran la fe en él estaba plenamente justificado. En marzo de 1942 Bletchley Park descifró un mensaje de la Abwehr que desvelaba precisamente lo mucho que Popov había caído en la estima de los alemanes. «Berlín sospechaba de que Triciclo estaba trabajando para ambos bandos y recomendaba extremar las precauciones al tratar con él». [435] A Popov no le contaron las sospechas alemanas. Curiosamente, las interceptaciones también mostraban que «se le debería

haber pagado una suma más grande de dólares» [436] en Estados Unidos, pero sus controladores de Lisboa no se la habían pasado: parece que Von Karsthoff y Johnny Jebsen se estaban quedando con los fondos destinados a Popov. Su jefe y amigos le estaban utilizando para timar a sus propios jefes.

En verano de 1942 Popov y el FBI estaban hartos el uno del otro. «No puedo seguir bajo esta tensión», [437] escribió Popov. El Buró incluso había comenzado a interferir en su vida amorosa —la ofensa suprema— al interceptar sus telegramas para Simone Simon. «Triciclo sospecha que la mano

malvada del FBI está en todas partes», [438] señaló el MI5. Quería dejarlo y el FBI quería que lo dejara. En julio había acumulado una deuda con el FBI de 17.500 dólaers, y el Buró declaró que ya no estaba preparado para «mantenerle en su actual nivel de vida». [439] Los alemanes tampoco le mandaron más dinero, a pesar de las peticiones urgentes de Popov —otro indicio de su confianza menguante—. Un informe interno del FBI afirmaba: «Popov ha sido completamente improductivo en lo que concierne a desvelar cualquier espionaje alemán u otras actividades subversivas en Estados Unidos y ha sido

una continua fuente de molestias en relación a sus gastos despilfarradores… Por tanto se recomienda que sea devuelto a los británicos para su uso en Londres». [440]

Tar Robertson estaba muy contento de devolver al redil a Triciclo, pero reintegrarlo al sistema de la Doble Cruz sería complicado. Los alemanes estaban recelosos, y Popov se enfrentaba a una tarea cuesta arriba para recuperar su confianza. Si fracasaba, entonces sus subagentes, y todos los demás agentes dobles conectados y pagados a través del Plan Midas, también caerían bajo sus sospechas: «No necesito reiterar la

importancia para nosotros de preservar la fe de los alemanes en Triciclo, debido a su vinculación con otros agentes de la B1A», [441] escribió Tar. Le ofrecieron una alternativa: «Podía terminar su trabajo como agente doble con nuestra gratitud, o podría regresar a través de Lisboa y tratar de explicar su fracaso en Estados Unidos y rehabilitarse a sí mismo con sus patrones de la Abwehr». [442] Eligió regresar a Lisboa.

Quedaba la cuestión de las deudas de Popov. El MI5 calculó que había conseguido gastar 86.000 dólares en solo nueve meses, incluyendo 26.000 dólares en «entretenimiento, vida social,

etc».. [443] Ian David Wilson, el abogado londinense de treinta y ocho años que había sustituido a Billy Luke como oficial de caso de Popov, fue enviado a Nueva York para tratar de sacarle del lío, y preparar a Popov para la que probablemente iba a ser su prueba más dura hasta la fecha. Wilson era una figura enigmática: con orejas prominentes, unas maneras torpes y una «mente cortante como una navaja», [444] era rabiosamente convencional y con unas costumbres arraigadas: trabajó en el mismo bufete de abogados toda su vida, nunca se mudó de casa, y evitó todo tipo de conversación trivial.

«Callado e introvertido, participaba muy poco en las conversaciones». [445] Sin embargo, tenía una capacidad realmente notable para concentrarse y asimilar los detalles. Rellenaba el crucigrama del *Times* todas las mañanas, en pocos minutos y sin perderse nunca una clave. Era feliz cuando estaba inmerso en minucias y memorizaba todos los aspectos del caso: vivía a través de Popov.

Wilson necesitaba averiguar qué información se suponía que Popov debía haber enviado a los alemanes y explicar dónde la había obtenido; también iba a necesitar una explicación por su falta de

productividad en Estados Unidos, y algo de información jugosa para convencer a Von Karsthoff de que seguía siendo de fiar. Todo esto requería la cooperación estadounidense, pero el FBI, en palabras de Wilson, «no fue capaz de suministrar ninguna información de valor para Triciclo que pudiese llevarse con él». [446] Así que Wilson y Popov simplemente se inventaron un montón de informantes americanos para explicar «cómo había llegado a obtener ciertas informaciones en Estados Unidos». [447] Estos informantes falsos eran personajes reales, incluyendo a un periodista ruso llamado Igor Cassini y Sol Bloom, «un

congresista muy probritánico y director del Comité de Asuntos Exteriores del Congreso» [448] que en la vida había intercambiado dos palabras con Popov. Hoover estaba indignado, y denunció el subterfugio como «sumamente censurable». [449]

Wilson recabó un informe cáustico sobre la manera de llevar el caso por parte de los estadounidenses: «El FBI ha perdido todo interés en Triciclo. El FBI fue completamente incompetente, o bien impotente, carente de interés o sin buena voluntad, no fue de ninguna ayuda y nos dejó caer miserablemente». [450] Las deudas de Popov con el Buró debían ser

pagadas, según recomendó, «para evitar cualquier deterioro adicional en las relaciones… a pesar del hecho de que el FBI ha manejado el caso de tal manera que no se merece recuperar el dinero». [451] Tar Robertson se deleitó leyendo la diatriba de Ian Wilson: «Es un documento muy franco, pero no veo ningún sentido en medir las palabras con una organización como el FBI». [452]

Ahora que estaba de vuelta en el equipo de la Doble Cruz, regresó el antiguo entusiasmo de Popov: después de semanas de preparación con Wilson y Wren, se sentía seguro de que podría hacerle un relato convincente a Von

Karsthoff. Pero Wilson estaba nervioso. Para recuperar la confianza alemana, Popov tendría que describir informaciones que nunca había obtenido de personas a las que no había conocido. «El propio Triciclo mostraba gran confianza en su capacidad de sobrevivir a sus reuniones en Lisboa. Su historia es poco convincente y no puede esperar sobrevivir a un interrogatorio inquisitivo, pero está satisfecho de que sus relaciones personales con Johnny Jebsen y con Von Karsthoff le permitan superarlo». [453]

Poner a Popov de nuevo en manos alemanas, que sospechaban después de

la debacle americana, era el mayor riesgo asumido por Robertson y lo sabía: «Sus posibilidades no estaban nada claras. Las apuestas debían estar al menos dos a uno a que sería descubierto. Y, si lo era, era muy seguro que sería torturado y que le sacarían toda la información sobre nuestro sistema y, al final del todo, le esperaba una sentencia de muerte igualmente probable». [454]

Dusko Popov voló desde Nueva York el 12 de octubre de 1942, dejando tras él «una cantidad enorme de discos de gramófono», [455] un cierto número de corazones partidos y una pila de facturas que le perseguirían, sin pagar, durante el

resto de la guerra. Montagu pensó que la decisión de Triciclo de regresar a Lisboa era «el mayor caso de valentía con sangre fría con la que he estado en contacto nunca». [456]

Antes de marcharse de Nueva York Popov había mandado un telegrama avisando a Von Karsthoff de que llegaría a Lisboa el 14 de octubre. «Telefonearé oficina al llegar. Espero Johnny me esperará». [457]

En vez de ello fue recibido de vuelta a Portugal por un sonriente Von Karsthoff junto con un hombre bien afeitado y de pelo oscuro al que Popov no había visto nunca, que se presentó

como Kammler. Popov describió a su nuevo oficial, un teniente, como de unos veintinueve años, «de maneras duras» [458] y hablando un inglés «como si lo hubiera aprendido en un libro». [459] Su nombre real era Otto Kurrer: un oficial de la división de espionaje de la Abwehr que estaba allí para participar en la sesión informativa del agente pródigo. Sus modos eran amistosos, pero formales, y Popov podía sentir que le miraban con «cierta sospecha». [460]

Instalados en el amplio salón de un confortable apartamento de la avenida de Berna, Von Karsthoff fue directo al grano, y expuso a Popov lo que parecía,

extrañamente, un informe escolar. Su trabajo en Inglaterra, antes de marcharse a Estados Unidos, había sido «muy bueno»; en América al principio había sido «excelente»; después «medio»; y a continuación, durante los últimos tres meses, «terriblemente malo». [461] Von Karsthoff le miró intensamente: «Ahora ya sabes lo que piensa de ti Berlín». [462]

Popov contestó diciendo a Von Karsthoff lo que él pensaba de Berlín. Lanzó una furiosa invectiva contra la Abwehr por mandarle a Estados Unidos con poco apoyo y pocos recursos económicos. Ahora estaba muy endeudado, dijo, y todo era culpa de sus

controladores alemanes. «Me mandáis allí sin ningún tipo de ayuda, sin contactos, con unos pocos dólares miserables, y esperáis que produzca resultados en muy poco tiempo…» [463] Era una representación brillante, y puso a Von Karsthoff a la defensiva: «Hemos hecho lo que hemos podido. Fue culpa de Berlín». [464] El hombre de la Abwehr no parecía interesado en el exiguo botín de información que Popov había traído de Estados Unidos; no trataba de encontrar contradicciones en su historia; ni siquiera hablaba de la escasa información secreta que *había* enviado. Parecía que Von Karsthoff no

solo estaba dispuesto a creer la historia de Popov, sino que no tenía ganas de preguntarle nada que fuera a hacérselo más difícil. Las razones de su buena disposición era personales, profesionales y financieras. Hacía mucho que Popov había asumido que sus controladores alemanes se habían quedado con el dinero que deberían haberle entregado a él. Kammler observó misteriosamente que Popov no había recibido fondos adecuados en Estados Unidos porque Jebsen había «malversado» [465] al menos diez mil dólares. Todos estaban ganando dinero, de manera ilícita, del salario de espía de

Popov: Von Karsthoff, Jebsen e incluso, parecía, ese tal Kammler.

«En Berlín son estúpidos», [466] señaló Kammler. «Están sentados en despachos y no se dan cuenta de las dificultades de estar sin dinero. Por favor, trabaja duro en adelante o todos tendremos problemas aquí. Y verás que podremos darte grandes primas». Popov se había convertido en algo más que un espía a ojos de sus controladores alemanes. Era un negocio valioso, y por tanto se encontraba en una poderosa posición para negociar ya que tanto Von Karsthoff como Kammler estaban claramente aterrorizados de que

«pudiera montar una escena con Berlín». [467] Ahora exigió el pago completo de todo el dinero que alegaba que se le debía. La discusión financiera continuó durante días, pero Popov tenía el control. «Kammler le suplicó que no pusiera dificultades con las cuestiones del dinero, porque dichas dificultades podrían causar que le sacaran de Lisboa y le mandaran al frente ruso». [468] Si Popov continuaba como antes, todos harían dinero, y Berlín estaría encantado. Si no lo hacía, entonces todos tendrían graves problemas. No podían permitirse que fracasara.

Tenía una fe absoluta en sus propios

poderes de persuasión y de seducción, y con toda la razón, ya que tres días más tarde Londres interceptó un mensaje enviado por Von Karsthoff a Berlín en el que informaba de que Popov había sido sometido a un interrogatorio «severo» [469] y no se habían descubierto pruebas de que estuviese implicado en un «trabajo doble»: [470] Popov estaba fuera de peligro. «Lisboa parece sentirse satisfecha respecto a que Triciclo no está jugando a dos bandas con ellos», [471] informó Tar.

Popov pasó una semana en Lisboa discutiendo de dinero, hasta que finalmente se llegó a un acuerdo: los

alemanes le pagarían 25000 dólares, más 6000 escudos portugueses, y un sueldo de 2500 dólares al mes, dependiendo de su rendimiento. Desde el punto de vista de Popov este era un acuerdo notable: una cantidad de golpe para pagar deudas que no tenía, por servicios al Tercer Reich que no había prestado, y un estipendio futuro para continuar traicionando a los alemanes proporcionándoles información que era inútil o falsa. El origen del dinero y el papel de Jebsen en el acuerdo no estaban claros, pero el viejo amigo de Popov estaba en algún lugar de la trastienda, tirando de los hilos y

beneficiándose.

Siguiendo el guion diseñado por Wilson, Popov declaró que pretendía regresar a Londres para seguir espiando como antes. «Berlín quiere información de uso directo para objetivos militares», [472] le dijo Von Karsthoff a Popov. Los informes sobre moral de la población, producción industrial y chismorreos políticos estaban muy bien, pero «no estamos tan interesados en los sentimientos de la gente, no en la producción sino en hechos militares puros». [473] Específicamente Berlín quería advertencias por adelantado de los planes militares aliados. Ahora que

Estados Unidos había entrado en guerra, seguro que habría un contraataque para tratar de terminar con la ocupación alemana, en el norte de África, Francia, Noruega o algún otro sitio. «¿Qué hay de una invasión?», [474] exigía Von Karsthoff. «¿Dónde se producirá? Ver qué tipo de entrenamiento e instrucción tiene el ejército. ¿Están aprendiendo algún idioma? ¿En qué tipo de playas se están entrenando?» Popov debería proporcionarles la mayor información posible sobre preparativos militares, y ellos harían sus propias deducciones.

Popov regresó a Gran Bretaña con esta nueva misión, 25.000 dólares en

efectivo en el bolsillo, y cinco cerillas impregnadas con un nuevo tipo de tinta invisible cosidas en las hombreras de su abrigo. Le esperaba una habitación en el hotel Claridge, pero Tar Robertson le dijo a Jock Horsfall, el chófer del MI5, que llevara a Popov directamente desde el aeropuerto a su propia casa en el oeste de Londres, «de modo que pueda satisfacer mi curiosidad y, al mismo tiempo, darle la bienvenida a casa». [475]

Popov parecía «voluble y bastante confuso», [476] expresando «una gran cantidad de sentimientos vagos y quejas por su visita americana». [477] Pero no había duda de en qué bando estaba. «Es

completamente amistoso hacia nosotros y no tengo ninguna duda de su lealtad». En una sesión informativa a la mañana siguiente, a la que asistieron Robertson, Masterman y Wilson, Popov buscó en sus bolsillos el dinero en efectivo que le había dado Von Karsthoff, acabó encontrando los fajos en el bolsillo de la gabardina, y los echó encima de la mesa. Masterman estaba asombrado de esa «extraordinaria informalidad con el dinero», [478] y observó: «Es bastante probable que hubiera perdido o le hubieran robado esa gran cantidad de dinero sin que le preocupara excesivamente». [479] Popov explicó, sin

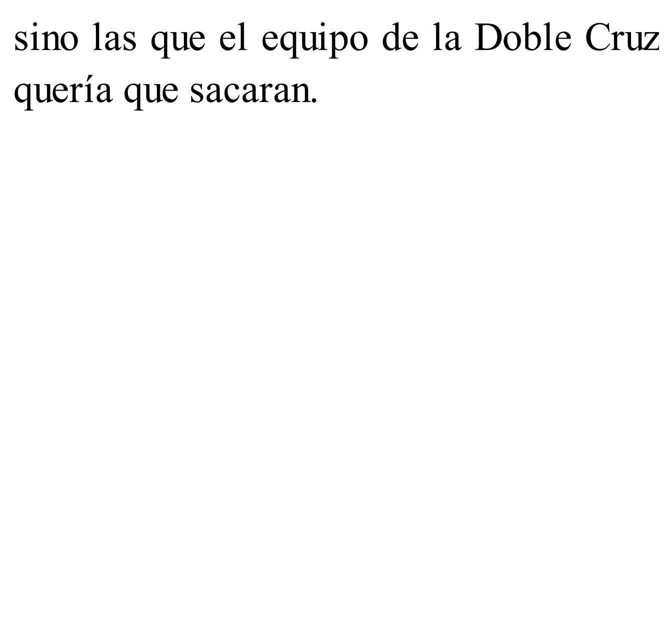
rencor, que sus controladores alemanes hacían chanchullos, «beneficiándose ambos con el cambio de moneda y sacando una considerable tajada del dinero de Berlín». [480] Parecía considerar esto como una práctica normal. «Me ha engañado Johnny y también Von Karsthoff», [481] dijo. «Pienso que Kammler ganó mucho dinero con el cambio». Una vez más apremió al MI5 para que captara a Jebsen, al que describió como «muy antinazi». Si se le llevaba adecuadamente, «Johnny le daría una gran cantidad de información». [482]

Parecía firme respecto a que

cualquier duda alemana sobre su lealtad se hubiera disipado: «Cualquier sospecha sobre mí se me aclaró el primer día». [483] La mejor defensa de Popov era la pura fuerza de su personalidad, pensaba Tar, su asombrosa «capacidad de imponerse él mismo y sus puntos de vista sobre los alemanes cuando podía tener contacto personal con ellos». [484] Von Karsthoff no era «en modo alguno sospechoso», [485] y había prometido mandar una carta al hotel Savoy con tres micropuntos que contenían cuestionarios para su nueva misión. El equipo del MI5 se sintió profundamente aliviado: «Von Karsthoff

había defendido a Triciclo como su agente y había hecho un buen trato a partir del negocio». [486] Aquí había buenas oportunidades para el chantaje y la manipulación. Pero era el hambre alemana por conseguir información sobre los planes aliados de invasión lo que dejó pensativo a Tar. Von Karsthoff quería información militar en bruto, lo antes posible. «Deberíamos ser capaces de sacar nuestras propias conclusiones», [487] le había dicho a Popov.

Era un comentario revelador ya que sugería que con una planificación cuidada los alemanes podían ser guiados a sacar no sus propias conclusiones,



sino las que el equipo de la Doble Cruz quería que sacaran.

8
El gran juego

Roman Czerniawski se reunió con Hugo Bleicher, su controlador alemán, en los lavabos de la *brasserie* Georges de Lyon, el 15 de agosto de 1942. En las semanas previas el espía polaco había aprendido a fabricar un transmisor inalámbrico, memorizar sus códigos, y consumió comida «en enormes cantidades» [488] en un restaurante chino al lado del piso franco de la calle Dufrenoy, recuperando sus fuerzas después de meses en prisión. Ocultos en

los tacones de los zapatos había dos cristales transmisores. Czerniawski había pasado clandestinamente la frontera hacia la Francia de Vichy, y entró en contacto, tal y como le había indicado el coronel Oscar Reile, con la inteligencia polaca, explicando que se había escapado y que ahora necesitaba llegar a Gran Bretaña rápidamente. No reveló nada sobre su acuerdo con el coronel. El servicio secreto polaco contactó con el MI6, y se pusieron en marcha los planes para evacuar al líder de la extinta red Interallié, que se había escapado de milagro de las garras de los alemanes: pasaría a escondidas a la

España neutral, utilizando la ruta clandestina para la fuga de prisioneros de guerra, y después le subirían al siguiente vuelo para Gran Bretaña.

Bleicher le había estado siguiendo de cerca y disfrutando muchísimo de sus «vacaciones pagadas» en el sur de Francia. Incluso se llevó a una de sus amantes francesas. El encuentro en la *brasserie* Georges fue la primera vez que se veía con Roman Czerniawski desde su «fuga». Su conversación en los lavabos del restaurante fue breve, y bastante extraña.

Con cierta vergüenza, Bleicher dijo que aunque «se dio cuenta de que

cualquier expresión de desconfianza por su parte podría poner en peligro el asunto», [489] las normas burocráticas alemanas requerían una «garantía por escrito» de la lealtad de Czerniawski. Esto era «una mera formalidad». [490] Bleicher le pasó un papel que decía, en alemán, que Czerniawski estaba «empezando a trabajar para el estado nacionalsocialista en calidad de militar y que llevaba a cabo su misión de manera voluntaria, y que si no cumplía sus obligaciones, los alemanes tendrían derecho a tomar represalias». [491] He aquí una amenaza descarada disfrazada de impreso cumplimentado, una garantía

que si renegaba de sus promesas, entonces aquellos a los que quería serían asesinados. Solo un estado tan asesino y burocrático como el Tercer Reich exigiría a un hombre firmar la garantía de la muerte de su propia familia, y considerarla vinculantes. Czerniawski firmó.

Al día siguiente, Bleicher recogió una carta en el hotel d'Orléans. Decía: «¡Larga vida a Hitler, el Gran Constructor de una nueva Europa!» [492] Czerniawski estaba de camino a Gran Bretaña.

En Londres Roman Czerniawski fue recibido por la comunidad polaca como

un héroe que regresaba: un «superespía» [493] patriótico que había desafiado a los alemanes en el París ocupado y después, sorprendentemente, conseguido escapar de sus garras. Durante el mes de octubre de 1942, fue entrevistado tanto por oficiales de inteligencia británicos como polacos y sometido al interrogatorio «más exhaustivo y concienzudo». Nadie sospechó. El piloto polaco fue elogiado por su «gran audacia e iniciativa» [494] al forjar la red Interallié. «Es un líder natural de hombres y tiene una gran habilidad organizativa», [495] escribió el MI5. El coronel Stanislaw Gano, de la inteligencia polaca, que se había reunido

con Czerniawski en Londres el año anterior, le dio la bienvenida con los brazos abiertos. La historia de su huida de la custodia alemana era «asombrosa» [496] y «todo el mundo estaba dispuesto a aceptarla como auténtica». [497] O casi todo el mundo. Algunos consideraron el relato de Czerniawski demasiado heroico para ser creíble. Comenzó a circular el rumor de que «había algo extraño en su fuga». [498]

Czerniawski no era el único miembro de la red francesa que reapareció en Gran Bretaña. Monique Deschamps («Mosquito»), la «pequeña, vivaz y atractiva» [499] cabeza del sector

sur de la Interallié, también se había escapado de la Gestapo y había llegado a través del canal de la Mancha. Lo mismo había ocurrido con Mathilde Carré. Como Czerniawski, había aceptado trabajar para los alemanes como agente doble en Gran Bretaña. Siguiendo órdenes de Bleicher, había utilizado la radio de la red Interallié capturada por los alemanes para mantener la ficción de que había escapado de la redada y que mantenía su trabajo como agente aliada. En primavera de 1942, Bleicher hizo que mandara un mensaje a Londres pidiendo ser evacuada pues temía estar a punto de

ser detenida. Los británicos estuvieron de acuerdo en enviarle un barco para recogerla en la costa francesa. «El plan consistía en que, en Londres, debía conseguir tantos nombres como pudiera de agentes que trabajaban en Francia para los Aliados… después de eso tendría lugar la gran redada. Me prometieron una enorme cantidad de dinero, un viaje a Alemania y la publicación de mis memorias en el mayor periódico nazi». [500] Mathilde era esclava de su amante alemán. Prometió traerle a Bleicher «dos pares de zapatos» [501] de un zapatero londinense. Puede que Bleicher odiara a

los británicos, pero tenía debilidad por los zapatos ingleses hechos a mano.

Mathilde Carré fue recogida por una rápida lancha de motor armada en Bihit, cerca de Lannion, en la costa de Bretaña (Bleicher se había asegurado de que no habría ninguna patrulla alemana a mano para interrumpir el encuentro). En Londres fue interrogada por un oficial británico de uniforme, de modales impecables y una mirada dura. «A menudo la hipocresía anglosajona es preferible a la excitabilidad francesa», [502] pensaría más tarde. Una vez más se quebró casi de inmediato, confesando que había sido captada como agente de

la Abwehr pero insistiendo en que siempre había tenido la intención de traicionar a los alemanes tan pronto como estuviera en suelo británico. Sin embargo no explicó su relación con Hugo Bleicher, o su papel en la ruptura de la red Interallié. Los británicos no sabían muy bien qué hacer con Mathilde Carré. Fue alojada en un piso franco bajo estricta vigilancia.

La llegada de Czerniawski a Londres selló su destino. Mathilde los había traicionado a todos, según explicó: «Su culpa es mayor que ninguna ya que, aunque debió darse cuenta de la magnitud de la catástrofe, ayudó a los

alemanes a realizar la tarea». [503] Sin duda Bleicher la había colocado bajo intensa presión, «pero no hay excusa para la traición y la delación de sus colegas ante el enemigo, sabiendo que se enfrentarían al pelotón de fusilamiento». [504] Por supuesto, Czerniawski no mencionó que también él había sido captado por la inteligencia alemana.

Mathilde fue arrestada y encerrada en la cárcel de Aylesbury: pasaría el resto de la guerra entre rejas.

A Czerniawski, el héroe de guerra condecorado, el gobierno polaco en el exilio le dio un trabajo de despacho. Se

mudó a un piso en Brompton con Monique Deschamps, que se convirtió en su amante. Por primera vez desde el inicio de la guerra, la vida de Roman parecía lograr cierta calma. Entonces lanzó lo que el MI5 llamó «la bomba». [505]

Seis semanas después de llegar a Gran Bretaña, Czerniawski entregó al coronel Stanislaw Gano, de la inteligencia polaca, un documento escrito a máquina, de sesenta y cuatro páginas, en inglés y titulado «El gran juego». Comenzaba diciendo: «Los alemanes están entrando en la fase final de perder el juego. Se ha convertido en

mi ambición terminar con este asunto a lo grande…». [506] Entonces Czerniawski procedía a describir, con detalle, su reclutamiento por parte del servicio secreto alemán: las conversaciones en la celda de Fresnes, el acuerdo con Bleicher y Reile, las condiciones de su misión, y su falsa fuga de los alemanes. Como prueba ofrecía «los cristales transmisores que llevaba ocultos en los tacones de sus zapatos». [507] Solo había estado representando una parte, dijo, «llevando a cabo un plan cuidadosamente trabajado para engañar a los alemanes». [508] Insistió: «Durante todo el período de mi “colaboración”

con los alemanes no han recibido de mí la menor pista que les haya podido ayudar a combatir a nuestras organizaciones o las de los Aliados en el continente». [509]

El agente doble ahora les ofrecía convertirse en agente triple, señalando que estaba en una posición única para comunicar al Alto Mando alemán, vía radio, cualquier cosa que la inteligencia aliada quisiera decirles. Czerniawski establecía las normas de su juego: «Podría hablar personalmente de toda la información con los británicos, o más bien con uno de ellos, un oficial que fuera el único que manejara todo el

asunto y estuviera a su cargo… Yo actuaría como el experto». [510] Nadie más de la inteligencia polaca debería saber la verdad sobre cómo había salido realmente de Francia: «La historia de mi fuga, por el bien de la causa, debe continuar siendo considerada verdadera». [511]

Este extraordinario documento acababa con la característica floritura grandilocuente: «Estoy convencido de que si se establece un plan preciso ahora y se lleva a cabo de manera lógica y se cumple de manera estricta, entonces el Gran juego tiene todas las posibilidades de ser exitoso y puede producir grandes

resultados. Si he actuado mal al organizar el Gran juego, la noticia de que he muerto en un accidente de aviación salvará a mi familia y a mis colegas». [512]

Cuando el coronel Gano terminó de leer, alzó la vista, asombrado, pero antes de poder hablar, en un gesto final muy dramático, Czerniawski «pidió un revólver para dispararse a sí mismo si la petición era rechazada y se consideraba que no había cumplido sus obligaciones militares». [513]

La primera reacción de Gano fue una conmoción, pero la segunda fue una furia ciega. Czerniawski había mentido a sus

oficiales superiores. Había ocultado deliberadamente las verdaderas circunstancias de su fuga. Había llegado a un acuerdo con el enemigo y había continuado ocultando la verdad durante semanas después de llegar a Gran Bretaña. Había hecho parecer un idiota a Gano. Czerniawski respondió que no había revelado la verdad hasta ese momento porque no estaba «seguro de hasta qué grado los alemanes se habían introducido en el cuartel general polaco de Londres». [514] La insinuación de que el gobierno polaco en el exilio pudiera acoger espías alemanes hizo que Gano se enfureciera aún más. Ordenó a

Czerniawski que regresara a su piso y esperara órdenes, y declaró su creencia (de la que nunca dudó) en que Czerniawski era un «individuo siniestro» [515] que merecía ser fusilado.

El tratado de Czerniawski (él lo llamaba «su libro») fue entregado a Tar Robertson de la B1A. Si Czerniawski estaba diciendo la verdad, entonces podría ser útil para el equipo de la Doble Cruz. Si estaba mintiendo entonces, como en el caso de Mathilde Carré, debía ser encerrado y, si fuera necesario, juzgado y ejecutado. Había que tomar pronto la decisión, ya que si Czerniawski tenía que demostrar su

valía a los alemanes, tendría que entrar en contacto por radio lo antes posible. De nuevo encargaron a Christopher Harmer que averiguara con tiento los motivos de un agente doble potencial, y que decidiera su destino final.

Harmer pasó semanas interrogando a Czerniawski. El informe resultante es una obra maestra de psicología, una notable comprensión de la mente de un espía. Harmer llegó a la conclusión de que Czerniawski decía la verdad, pero no toda la verdad, y solo aquellas partes de la verdad que encajaban con sus objetivos. Alegaba que la Abwehr le había captado, mientras que se había

presentado claramente voluntario para espiar para los británicos; insistió en que había estado representando un papel, pero que los alemanes le habían acosado exitosamente con propaganda y habían halagado su vanidad; había venido a Gran Bretaña pensando en ver por dónde soplaban los vientos de la guerra, y solo después de evaluar la situación había decidido sincerarse.

«Hay considerables dudas sobre su integridad», [516] escribió Harmer. «Parece posible que pueda embarcarse en algún tipo de doble traición». Pero Czerniawski era fiable en un sentido importante:

Su lealtad es total respecto a su propio país, y… cualquier problema que contempla está vinculado al destino del pueblo polaco. Es de naturaleza intensamente dramática y egoísta. Esto puede deberse en parte a su tamaño. Es necesario evitar llevarle a su propia valoración. Su carácter, sentido del drama, y el sentimiento de su propia importancia que le ha aportado el trabajo de espionaje —lo que hace que se vea a sí mismo como una especie de Juana de Arco polaca— provoca

> que dramatice y sobrevalore el papel que ha desempeñado. [517]

Harmer trató de imaginarse cómo habría sido la estancia de Czerniawski en la cárcel de Fresnes, «un leal y ferviente polaco en un estado de debilidad, tanto físico como mental», [518] y reproducía la escena:

> Conforme su estado empeora, lo mismo pasa con la credibilidad de la propaganda y las ideas de grandeza se vuelven mayores. La confianza de ellos en él crece, y cuando insinúa que

también puede actuar como espía para ellos, se toman la sugerencia en serio. Él mismo realmente piensa que puede haber una posibilidad de llegar a un acuerdo entre Polonia y Alemania. [519]

Pero al llegar a Gran Bretaña, conjetura Harmer, Czerniawski se dio cuenta de que sus carceleros alemanes habían distorsionado la situación política.

Descubre que lejos de buscar la colaboración, los círculos oficiales polacos de aquí están decididos a

continuar la lucha contra Alemania. Recupera su salud, su fortaleza y su criterio, se da cuenta de que como polaco leal y patriota, le resulta imposible llevar a cabo su misión. Así pues, en un gesto dramático, presenta su libro a su superior. [520]

La lealtad de Czerniawski dependía totalmente de lo que percibiera que era lo mejor para Polonia. «No pienso que sea un espía que utiliza esta historia como tapadera», [521] escribió Harmer. «No hay pruebas, ni ninguna probabilidad, de que haya trabajado aquí en detrimento de Gran Bretaña y en beneficio de sus enemigos». [522] Ya

había «prestado muy buenos servicios a este país» [523] y, controlado adecuadamente, podría volver a hacerlo:

> Los alemanes confiarán en él, dado el control que ejercen sobre él. No hay razón por la que no deberíamos poner en marcha su transmisor. Con imaginación, y con su mente muy original, posiblemente podamos confundir y engañar a los alemanes hasta un punto notable [pero] una explotación fructífera de las oportunidades dependerá de su voluntad de cooperar. [524]

Y sin embargo, de nuevo, algunos miembros de alto rango de la B1A no estaban convencidos. Marriott, el rigorista, señaló que se había acordado que «nunca vamos a tolerar a nadie que haya trabajado para nuestro servicio que trabaje, bajo ninguna circunstancia, para los alemanes». [525] Masterman argumentó que «los alemanes realmente no han perdido nada al dejarle marchar: han limpiado toda su organización y lo único que les queda hubiera sido la dudosa satisfacción de ejecutarle». [526] Parecía posible que los alemanes hubieran mandado a Czerniawski a Gran Bretaña como infiltrado, «sabiendo muy

bien que se lanzaría a nuestros brazos». [527] Si era así, sabrían desde el principio que sus mensajes eran falsos. Bleicher y Oscar Reile ¿estaban utilizando simplemente al polaco para tratar de averiguar lo que los británicos querían que creyeran los alemanes? «Todavía no estamos en absoluto convencidos de su buena fe», [528] escribió Guy Liddell en su diario.

La disputa por Czerniawski provocó un encendido enfrentamiento entre Masterman, representante de la vieja guardia cautelosa, y Christopher Harmer, el joven entusiasta ávido de controlar al espía polaco. Masterman

parecía «empeñado en cortar la situación de raíz», [529] pensaba Harmer, e incluso «intrigaba a mis espaldas» [530] para hacerlo. El día antes de su boda con su secretaria Peggy, Harmer escribió a Masterman «una de las cartas más groseras que he enviado nunca». [531] Más tarde se reconciliarían. «Me gustaba el viejo», [532] escribió Harmer. «Supongo que era único haciendo su trabajo de ejercer una limitación prudente y madura a la irresponsabilidad de los impetuosos jovencitos». Pero el impetuoso se mantuvo firme, insistiendo en que no deberían «desperdiciar el caso». [533]

Tar Robertson estuvo de acuerdo. La estación de radio de la Abwehr en París llevaba semanas intentando establecer contacto. Se decidió que Czerniawski debía comenzar a mandar mensajes de radio a sus controladores alemanes, pero solo de manera temporal «bajo estrecha vigilancia». [534] Las autoridades polacas, desconfiadas y resentidas, convocaron una comisión de investigación que emitió una severa reprimenda contra Czerniawski y lo relegó a un «no empleo». [535]

Czerniawski estaba encantado con la manera como habían resultado las cosas. «El NUEVO JUEGO comienza»,

escribió a Harmer. «Los alemanes han perdido el antiguo. También deben perder el nuevo. En mi opinión es un juego difícil, pero puede acarrear enormes ventajas, especialmente durante los momentos decisivos que se están acercando». [536] Más henchido que nunca ahora comenzaba la tercera vuelta de su extraordinaria carrera como espía, con una nueva misión y un nombre nuevo. Como espía en la Francia ocupada había adoptado el nombre en clave de «Walenty»; como espía para los alemanes se había convertido en «Hubert»; y ahora, como agente doble para el equipo de la Doble Cruz, fue

rebautizado de nuevo. A partir de ahora iba a ser «Agente Bruto».

De la educación clásica de Harmer surgió este nombre en clave. «A Roman Czerniawski le habían dado la vuelta los alemanes y después nosotros le habíamos dado la vuelta otra vez, así que pensé "¿Tú también, Bruto?"». Por supuesto que había realizado una misión muy valiente en París durante el primer año de la ocupación, así que pensé en el discurso final de *Julio César* que comienza: «Era el más noble de todos los romanos». [537] Las palabras «¿Tú también, Bruto?» también son, por supuesto, la más famosa denuncia de la

traición en la literatura; las palabras de un hombre que ha sido apuñalado por la espalda por un amigo en el que confiaba. Harmer estaba convencido de que Roman Czerniawski, a diferencia del famoso romano de Shakespeare, no le traicionaría, pero su juguetona elección del nombre en clave acarreaba la inconfundible insinuación de la ansiedad.

9
La bandada

La agente Cyril, una nueva recluta potencial para el equipo de la Doble Cruz, no era precisamente lo que el MI5 había esperado. Elvira de la Fuente Chaudoir era, según recordaría más tarde Harmer, «una de las mujeres más elegantes que había conocido nunca». [538] Llevaba un sombrero de campana, y al sentarse se quitó un par de guantes de seda, dejando al descubierto «unas uñas maravillosamente pintadas». [539] Por un momento, Christopher Harmer se quedó

sin palabras. «Realmente era muy atractiva». [540]

A su regreso de Francia, el MI6 había hecho que Elvira diera parte, y llegó a la conclusión de que su misión había sido «llevada a cabo lo mejor que pudo» [541] y después la pasaron a Tar Robertson con la recomendación de que fuera utilizada como agente doble.

La tarea de Harmer era valorar su utilidad. Se presentó a sí mismo como el «Sr. Palmer», [542] mientras que John Masterman, que estaba presente sin intervenir en la entrevista, se llamó a sí mismo «Masterson». (Los oficiales de caso utilizaban —y siguen haciéndolo—

pseudónimos lo más cercanos posible a sus propios nombres. De ese modo, si por casualidad alguien utilizaba su nombre real, la persona que no debía conocerlo podría suponer que le había escuchado mal.) Durante la siguiente hora, Elvira contó la historia de su captación en Cannes por un agente alemán llamado «Bibi», y el acuerdo para suministrar información política y militar a cambio de cien libras al mes. «Causó una buena impresión», [543] pensó Harmer.

Tar Robertson era cauto. «Está muy claro que nos ha contado todo lo que sabe». [544] Investigaciones más

profundas de su vida privada suscitaron la posibilidad de que pudiese ser objeto de chantaje por sus «tendencias Lésbicas». [545] (Por algún motivo, la palabra «Lesbiana» a menudo aparece en mayúsculas en los archivos del MI5: quizá es resultado de una educación clásica, ya que el término se asocia con la isla de Lesbos, o quizá los oficiales pensaban que esta especie exótica se merecía un tratamiento gramatical especial.) Le habían reprendido anteriormente por ser indiscreta, y aunque «parecía haber aprendido a ser prudente, había que tener en cuenta este aspecto al considerar su utilización

como agente doble». [546] Su reclutador también era una incógnita. A estas alturas el MI5 y el MI6 británicos habían amasado una gran cantidad de información sobre el personal de inteligencia alemán. Estos datos se introducían en tarjetas perforadas y con ellas se alimentaba una «máquina Hollerith», un aparato eléctrico de tabulación inventado originalmente para procesar información para el censo estadounidense. La descripción detallada de Helmut Bleil que hizo Elvira pasó por el aparato, pero «no reveló ningún rastro posible». [547] Este espía ansioso, aficionado y alcohólico

parecía operar de manera semiindependiente. «No nos hemos cruzado con este hombre anteriormente».[548]

El escéptico más radical era Masterman, que no quería a una mujer en el equipo y señaló que una «Lesbiana» indiscreta, con problemas de liquidez y un vicio por el juego representaba un riesgo serio para la seguridad. «*No* debemos meternos en este caso», [549] escribió. «No puedo evitar pensar que los alemanes no habrían suministrado tanta tinta invisible, etc., a Cyril a menos que tengan buenas pruebas de su apego hacia ellos. Así pues, esto me lleva de

nuevo al temor a que haya engañado al SIS». Elvira no había ocultado su interés por el dinero. «Es una mujer muy cara», [550] observaba Masterman. «¿Le ha costado un ojo de la cara al SIS?»

Harmer aseguró el éxito de la operación. «Creo que esta mujer dice la verdad», [551] insistió. «Bleil la contempla como una agente de buena fe y así la ha presentado a sus jefes». Sus contactos sociales, como «típico miembro de la buena sociedad cosmopolita», [552] le permitirán pasar información de chascarrillos engañosos de tipo político y social, procedentes de las mesas de juego y salones de

Londres. Pidieron a Elvira que explicara por qué quería convertirse en agente doble; su respuesta fue reveladora: «Contestó que no lo deseaba en absoluto, pero que lo haría si era de alguna utilidad». [553] Fueran cuales fuesen las sospechas de Masterman, su única motivación no era el dinero. El 28 de octubre de 1942 Elvira entró oficialmente en el equipo de la Doble Cruz. Harmer, que ahora era su oficial de caso, «hizo hincapié en la absoluta necesidad de guardar secreto». [554] A ella, como a Garbo, se le proporcionaría un trabajo que sirviera de tapadera en la BBC, y le pagarían un sueldo mensual

igual al dinero que recibía de los alemanes. Bajo el control del MI5 debía comenzar a escribir cartas secretas a Bleil de inmediato. En caso de dificultad podría contactar con el «Sr. Palmer» en Grosvenor n.º 3171. Como precaución sus cartas serían interceptadas y su teléfono pinchado.

Todo lo que necesitaba ahora era un nuevo nombre en clave adecuado; algo sofisticado, picante y embriagador, como correspondía a esta espía con una manicura maravillosa. «Elegí el nombre de un cóctel de ron», [555] recordaría después Harmer. (El Martini Bronx se suele preparar con ginebra, pero el

barman del hotel Hyde Park hizo una versión en tiempos de guerra con ron, zumo de naranja y vermut dulce y seco). «Era uno de los poquísimos cócteles que podías tomarte durante la guerra, cuando había carestía de ginebra», [556] dijo Harmer. «Era un nombre muy apropiado y corto para una mujer excepcional». [557]

Elvira de la Fuente Chaudoir se convirtió en la «Agente Bronx».

El pequeño caballero español que se había mudado a Crespigny Road n.º 35, en Hendon, era un refugiado de la España de Franco, según se decía, que trabajaba como traductor en la BBC.

Cada mañana el señor Pujol tomaba el metro en el centro de Londres, y cada tarde regresaba a casa con su familia. Hablaba poco inglés, y parecía educado, tímido y bastante aburrido. En efecto, lo único interesante de los recién llegados, desde el punto de vista de los vecinos, era el estado de su matrimonio: sus peleas nocturnas en español ruidoso e incomprensible eran una fuente de considerable entretenimiento en Crespigny Road. A los vecinos les hubiera sorprendido descubrir que los Pujol estaban discutiendo sobre los matices sutiles del espionaje. Les hubiera asombrado aún más saber que,

en lugar de trabajar en la BBC, el pequeño español pasaba los días en una diminuta oficina de la calle Jermyn, creando un ejército de falsos espías.

Juan Pujol tenía lo que su oficial de caso, Tomás Harris, llamaba un «notable talento para la duplicidad». [558] Harris no era un cualquiera en ese departamento, pero el agente Garbo pertenecía a una liga propia, un maestro de la invención cuya «entera existencia permanecía envuelta en el próspero mantenimiento del trabajo». [559] A diferencia de otros agentes dobles, la «absoluta lealtad» [560] de Pujol nunca se cuestionó. Era, en el mejor de los

sentidos, un extremista y un fanático. La pareja pasaba todo el día en la oficina de la calle Jermyn —convenientemente situada cerca de la sede central de la Doble Cruz— inventándose un mundo de espías, concibiendo estratagemas, tramando nuevo «pienso para pollos» y redactando mensajes. Paraban para comer en el restaurante italiano Garibaldi, y después seguían por la tarde. Sus sesiones de fantasía a veces se extendían hasta la noche.

A finales de 1942, la red Garbo incluía un empleado de aerolínea, el correo que supuestamente camuflaba las cartas de Garbo con destino a Lisboa, un

rico estudiante venezolano llamado Carlos, que vivía en Glasgow, su hermano en Aberdeen, un camarero gibraltareño en Chislehurst cuyo sentimiento antibritánico se decía que se había exacerbado debido a que «le parecía que el clima en Kent era muy desagradable», un oficial de alta graduación en la sección española del Ministerio de Información, un surafricano antisoviético y un galés, antiguo marinero, que vivía en Swanse y que Pujol describía como «un carácter completamente indeseable». [561] La personalidad, actividades y mensajes de cada espía eran cuidadosamente

imaginados, refinados e introducidos en un cuaderno de trabajo. Se suponía que algunos de estos subagentes eran colaboradores conscientes, mientras que otros eran involuntarias fuentes de información secreta; a algunos les pusieron nombres y otros permanecieron en el anonimato. La información que teóricamente suministraban era escrita con tinta invisible y enviada dentro de cartas inocuas que los alemanes pensaban que eran llevadas por mensajeros o enviadas por correo aéreo a varias direcciones que servían de tapadera en la España neutral y en Portugal. De hecho, se transportaban por

valija diplomática. Los subagentes de Pujol eran capaces de mantener correspondencia con los alemanes de manera independiente después de que fuera autorizado a suministrarles tinta invisible; entonces aquellos agentes comenzaron a captar a sus propios sub-subagentes. La red comenzó a autorreplicarse y metastatizarse, hasta que el trabajo de Pujol y de Harris llegó a parecerse a una novela ilimitada, de muchos personajes y siempre en expansión.

El objetivo inicial de la red de Garbo, en palabras de Harris, era «anegar a los alemanes con información,

desinformación y problemas». [562] La información, verdadera y falsa, era examinada por el Comité Veinte; los problemas eran fruto de la pura creatividad; todo ello escrito con el estilo grandilocuente de Pujol. «No quiero terminar esta carta sin mandar un *Viva Victorioso* para nuestras valientes tropas que luchan en Rusia, aniquilando a la bestia bolchevique». [563] Si los alemanes podían verse inundados por este diluvio de información, «de la manera más confusa posible», [564] procedente de una miríada de falsos espías, como muy poco les disuadiría de tratar de enviar más agentes auténticos.

«Cuanto más les hacíamos trabajar en el caso Garbo, serían más conscientes de su importancia para ellos». [565] Al enfatizar continuamente «la fanática lealtad, el temperamento quijotesco y la energía inagotable» [566] del propio Pujol, los alemanes podían convertirse en crecientemente dependientes de su «genio temperamental», [567] que necesitaba ser aplacado y alabado en todo momento. Le mandaban dinero, ánimo y «palabras de gran satisfacción» [568] aún más extravagantes.

En respuesta, Juan Pujol tenía rabietas periódicas. Su tono era el de un amante malhumorado y exigente: «¿Por

qué se me ha hecho sufrir?». [569] Sus quejas eran agotadoramente prolijas:

> «Quiero que sepas que si no fuera por la estima que siento por ti personalmente, que pienso que es recíproca, así como por el interés que tengo en ayudar a nuestra causa por la que he luchado durante tres años durante nuestra guerra, y por la que sigo luchando, aunque desde una postura más responsable para acabar con esta plaga de rojos, debo decirte, con toda sinceridad, y como amigo, que

hubiera vuelto a España hace algún tiempo». [570] La relación entre Pujol y su controlador, Karl-Erich Kühlenthal, comenzó a parecerse a un matrimonio donde hay maltrato, en el que una de las partes mantiene a la otra sometida a una sumisión abyecta. Pujol maltrataba a Kühlenthal con verborrea. «Cuanto más dictábamos los términos, más cooperaban; cuanto más arrogante y temperamental se volvía Garbo, más considerados eran ellos a cambio».

La información que proporcionaba la red Garbo era voluminosa, pero de valor estrictamente limitado: militar de baja calidad, chascarrillos políticos, reflexiones sobre la opinión pública, una pieza ocasional de engaño real, y pruebas físicas cuando lo pedían, como cristales para máscaras de gas enviados a España dentro de una lata de sales Andrews Liver. Cuando Garbo enviaba información importante y real, se calculaba cuidadosamente para que llegara demasiado tarde como para poder ser de utilidad. Nunca se le ocurrió a Kühlenthal preguntarse por qué elementos de escasa importancia,

como los cristales para las máscaras de gas, llegaban con prontitud, mientras que las perlas más significativas invariablemente se retrasaban en el servicio de correos. Sin duda sí se le ocurrió a John Marriott, el refinado segundo de Robertson, que se planteaba cómo los alemanes no eran capaces de ver a sus agentes como personas «que muy pocas veces o nunca dicen nada falso, pero que, igualmente, nunca dicen nada nuevo». [571] El amante encaprichado y dominado en cualquier relación tiende a pasar por alto, a veces voluntariamente, las pequeñas pistas de la infidelidad. A ojos de los alemanes,

el fracaso de Garbo para suministrarles información de calidad a tiempo no era culpa suya, sino de ellos; y cuanto más lo intentaba y fracasaba, más le querían.

Uno a uno, conforme la bandada de agentes dobles revoloteaba en el gallinero del MI5, Tar Robertson comenzó a imaginarse nuevos modos de combatir el espionaje alemán, y a utilizar a los espías enemigos en beneficio de los Aliados. Sus pensamientos, de manera creciente, se dirigieron hacia las palomas.

Durante algún tiempo Robertson había estado recibiendo informes largos y detallados de «los usos posibles, y

actuales, que las Palomas pueden tener desde el punto de vista del espionaje». [572] (Las Palomas, como las Lesbianas, a menudo merecían ir en mayúscula.) El autor de esos informes era un teniente de aviación, Richard Melville Walker, que dirigía una de las unidades más secretas y peculiares del MI5: «La Sección del Servicio Especial de Palomas, B3C», encargada de desbaratar el uso de palomas por parte del enemigo y desplegar las palomas aliadas para transmitir información secreta.

Describir al teniente de aviación Walker como un «criador de palomas» no hace justicia a la profundidad de su

pasión. Adoraba las palomas. Vivía para las palomas. Sus informes eran largos, arrulladores poemas de amor. «Años de cría han convertido a la Paloma Mensajera en un purasangre», [573] le dijo a Tar, con una habilidad «mágica» [574] para encontrar el camino de vuelta a casa en un radio de más de mil ciento diez kilómetros. Walker escribía sobre sus palomas mensajeras del mismo modo que Robertson describía a sus agentes más valiosos: «De cien pájaros del mismo linaje quizá uno será ese pájaro que todos los criadores desean, un pájaro con un carácter individual elevado, valiente y habilidoso. Gran

parte de ello depende del pájaro individual y especialmente de su carácter e inteligencia». [575]

Gran Bretaña había abandonado su servicio de palomas militares después de la primera guerra mundial. Pero incluso antes del estallido de la segunda, Walker se dio cuenta de que Gran Bretaña se estaba quedando por detrás de Alemania en la carrera de las palomas, ya que estas aves seguían siendo una manera importante de pasar información a través de las líneas enemigas: rápida, fiable y virtualmente imposible de interceptar. Los nazis incorporaron palomas en el corazón

mismo del Reich: cada uno de los 57.000 criadores de palomas de Alemania debía tener un certificado de fiabilidad política emitido por la Gestapo; a los judíos se les prohibió quedarse con las palomas, y la Federación Alemana de Palomas fue puesta bajo el control de las SS. «Himmler, que había sido criador y entusiasta de las palomas toda su vida, se había llevado su entusiasmo a la Gestapo», [576] informó Walker. Se aplicaron las teorías eugenésicas a las palomas, y «cualquier palomar en el que las palomas no alcanzaran la calidad requerida era erradicado». [577] En 1937

se estableció una competición en la que unas mil cuatrocientas palomas alemanas fueron llevadas a Gran Bretaña en avión y liberadas para que volvieran a casa volando. Walker pensaba que la competición había sido una tapadera «para acostumbrar el mayor número posible de palomas alemanas a cruzar el mar desde Inglaterra hasta Alemania». [578]

Walker estaba convencido de que las palomas alemanas estaban llegando masivamente a Gran Bretaña, en paracaídas, lanchas motoras de gran velocidad y submarinos, proporcionando a los espías enemigos

en el país un método indetectable de enviar información a la Europa ocupada. Walker no era el único que padecía la paranoia de las palomas: Basil Thomson, el veterano agente de contraespionaje, observó: «Era verdaderamente peligroso ser visto conversando con una paloma». [579] Algunos expertos decían que eran capaces de identificar a una paloma con «acento» [580] alemán.

Con el respaldo incondicional del MI5, el teniente de aviación Walker dibujó mapas de palomares conocidos en la Europa ocupada y registró avistamientos sospechosos de palomas

(las palomas mensajeras tienden a volar en una reveladora línea recta, especialmente por encima del agua). Defendió que había que enviar agentes al territorio ocupado con una mochila de palomas en lugar de con una radio, ya que «es más fácil de trabajar con ellas, y una vez liberadas, el agente no tiene nada encima que le incrimine». [581] Walker comenzó a desarrollar formas más elaboradas para que las palomas llevaran mensajes secretos: pequeños agujeros hechos quemando con una aguja fina en las plumas; un pequeño rollo de papel de arroz inserto en la parte hueca de la pluma principal del ala; mensajes

en código morse escritos en las plumas con tinta impermeable. Las pruebas de la actividad de las palomas enemigas era creciente: un pájaro agotado lanzó en las islas Scilly, frente a la costa de Cornualles, un mensaje de inteligencia en francés; dos palomas alemanas avistadas sobre el canal de la Mancha, con mal tiempo, llevando mensajes de entrenamiento rutinarios. «Ambas aves ahora son prisioneras de guerra, y trabajan duro para procrear con las palomas inglesas», [582] informó Walker.

El teniente de aviación Walker amaba a todas las palomas, incluso a las enemigas, pero se trataba de la guerra.

Había llegado el momento de pasar al ataque. Walker trajo a los halcones. En 1942 se creó la unidad de halcones, incluyendo tres halcones peregrinos y un halconero, en las islas Scilly, con la tarea de interceptar palomas enemigas: acabaría interceptando un total de veintitrés palomas, cada una de ellas se pasó al bando británico. Estos incidentes de lo que ahora se llamaría «fuego amigo» no hicieron nada por disminuir el entusiasmo de Walker: «La unidad de halcones demostró que podía interceptar palomas», [583] escribió de manera triunfal. Finalmente, las aves de presa desertaron. Pero para entonces

Walker se había presentado con otro plan ingenioso. Las palomas mensajeras son criaturas sociales, y si una paloma divisa a otras volando cerca, puede unirse a ellas y, sobre todo si está cansada, regresar con ellas a sus palomares. Esto le dio una idea a Walker: «Si todos los criadores que viven a quince kilómetros de la costa desde Cornualles hasta Norfolk pudieran ser organizados para crear una pantalla» [584] soltando a sus aves a intervalos escalonados, entonces «cualquier paloma enemiga que volara de regreso a casa tendría bastantes posibilidades de encontrase a esas palomas volando y se

sentiría tentada a unírseles». Asombrosamente, a Walker le autorizaron a llevar a cabo el mayor despliegue militar de palomas nunca intentado, una especie de Guardia Doméstica aérea. Walker presumió de que la pantalla resultante «cubría una superficie de aproximadamente quince kilómetros de profundidad a lo largo de la costa, desde Land's End hasta Cromer». [585] No tuvo absolutamente ningún efecto, por la sencilla razón de que los alemanes nunca intentaron usar sus palomas para mandar mensajes *desde* Gran Bretaña. A Walker no le importó: «Si lo hubieran hecho es

bastante seguro que la pantalla de los palomares habría capturado una buena proporción de las palomas». [586]

Los informes de Walker sobre las palomas recibieron una acogida entusiasta y comprensiva por parte de Tar Robertson. La idea de utilizar palomas para el engaño se depositó en su fértil mente, y pronto despegaría.

10
Agente verdadero, agente falso, doble agente

Conforme Bruto y Bronx se unieron al equipo, y Garbo y Triciclo tejieron sus redes de manera más estrecha, a Tar Robertson se le ocurrió que había creado una forma de armamento que podía infligir un daño muy importante. Garbo (Pujol) había cautivado a la Abwehr en Madrid. Bruto (Czerniawski) —suponiendo que no estuviera jugando

algún tipo de triple juego diabólico— había establecido un flamante canal de comunicación con los alemanes en la Francia ocupada. Bronx (Elvira Chaudoir) estaba en marcha, escribiendo cartas a una misteriosa rama de la inteligencia alemana, y la influencia de Triciclo (Popov) sobre la rama lisboeta de la Abwehr parecía aún más fuerte, gracias a la corrupción de sus oficiales de caso. En cada supuesto los controladores alemanes estaban siendo controlados, sin saberlo, por los espías: Garbo dirigía a Kühlenthal; Bruto controlaba tanto a Bleicher como a Reile; Bronx tenía a Bleil enroscado en

su muy cuidado dedo meñique, y Triciclo sabía que la avaricia, ambición y paranoia de Von Karsthoff y Kammler habían dado un giro de 180 grados a su relación con los alemanes. Los agentes dobles controlaban ahora a sus controladores.

El equipo de la B1A se preguntaría más tarde por qué les había llevado tanto tiempo valorar el verdadero potencial del sistema de la Doble Cruz. Masterman lo achacó a una obsesión con «la idea de que podía haber un grupo mayor de espías sobre y por encima de aquellos que controlábamos». [587] En el verano de 1942 Robertson se sentía

«razonablemente seguro» [588] de que no existía tal grupo. Las Fuentes Más Secretas no daban ninguna pista respecto a que la Abwehr tuviese cualquier espía aparte de los que ya formaban parte del equipo de la Doble Cruz. En 1942, prácticamente todo el tráfico de los servicios de inteligencia alemanes estaba siendo leído, con más de doscientos mensajes descifrados cada día. A partir de este tesoro de información el MI5 construyó un cuadro detallado de la inteligencia alemana, su personal, métodos, fortalezas y debilidades; sabían quiénes eran sus enemigos, y lo que estaban haciendo y

pensando. En efecto, probablemente sabían más de la Abwehr que la propia Abwehr.

En julio de 1942, envalentonado y crecientemente ambicioso por su «rebaño», Tar Robertson realizó una afirmación asombrosa: era él, y no Wilhelm Canaris, el que controlaba la red de espionaje en Gran Bretaña y, en consecuencia, podía hacer que Hitler y sus generales pensasen lo que él quisiera. Las capacidades de esta «poderosa arma» [589] fueron expuestas en un memorándum formal al Comité Veinte: «La única red de agentes que tienen los alemanes en este país es la

que actualmente está bajo control del Servicio de Seguridad», [590] escribió. «El estado mayor conjunto de este país tiene, en los dobles agentes del MI5, un medio poderoso para ejercer influencia sobre el OKW», el Oberkommando der Wehrmacht o Mando Supremo de las Fuerzas Armadas alemanas.

Las consecuencias de la afirmación de Robertson eran extraordinarias. Hasta entonces la organización de la Doble Cruz se había utilizado para capturar a más espías, obtener información sobre las intenciones alemanas, seducir al enemigo para que creyese que ya tenía una red de

espionaje en funcionamiento, difundir la propaganda e influir en el pensamiento enemigo, pero solo de forma marginal. Después de meses de transmitir «pienso para pollos», verdades inofensivas, ahora había una oportunidad de distribuir la información que era metódicamente engañosa y potencialmente muy destructiva. Lo que había comenzado con la interceptación *ad hoc* y en convertir a los agentes enemigos se estaba transformando en un auténtico sistema en el que la información engañosa de un agente doble se podía apoyar en la de los demás, una estructura intrincada, que se

reforzaba a sí misma y que «podía llenar los archivos alemanes con lo que quisiéramos». [591] A partir del verano de 1942, el Comité Veinte comenzó a tratar de influir en la estrategia global alemana, meterse en los pensamientos de Hitler de un modo en que podía causar a los alemanes un daño enorme y, quizá, crítico.

«Siempre lo tuvimos en la cabeza», [592] escribió Masterman. «Que en algún momento del futuro lejano, llegaría un gran día en el que nuestros agentes serían utilizados para un engaño enorme y final del enemigo». De momento imperaba la cautela. Canaris era famoso

por presumir de su red de agentes en Gran Bretaña, pero la Abwehr se estaba volviendo precavida: «El enemigo cada vez es más despiadado y no debe descartarse la infiltración en los círculos de agentes», [593] advertían los jefes de la Abwehr en Berlín. La naturaleza interconectada del sistema de la Doble Cruz era una fuente de vulnerabilidad y también de fortaleza. Como comentó un oficial de la inteligencia alemana: «Si una perla es falsa, todo el collar es falso». [594] Solo hacía falta que se produjera un error o una traición para revelar a los alemanes que no uno, ni unos cuantos, ni siquiera

la mayoría, sino *todos* sus agentes eran falsos. En ese caso, en lugar de permitir al Alto Mando británico modelar el pensamiento alemán, Hitler sabría exactamente qué falsedades trataban de colarle los británicos, y podría cambiar sus planes en consecuencia. A pesar de toda su osadía, Robertson estaba angustiado al saber que si uno de sus agentes dobles era realmente un agente triple, entonces en lugar de desvelar una nueva arma que podía cambiar el curso de la guerra, podría estar llevando a los Aliados al desastre: «Es imposible estar seguro en esos casos si los alemanes nos están engañando o somos nosotros los

que les engañamos», [595] reflexionaba. Gisela Ashley, la experta de la B1A en mentalidad alemana, trataba de tranquilizarle, insistiendo en que aunque «los nazis son muy buenos agentes dobles», [596] carecían de la paciencia y astucia como para establecer un «sistema de engaño elaborado de manera cuidadosa y sagaz». [597]

Todos coincidían en que «los poquísimos agentes realmente importantes deberían estar preparados para un engaño a gran escala que podría llegar a ser, en un momento crucial, de máxima importancia operativa». [598] Esta «rutilante posibilidad», [599] como

la definió Masterman, estaba relativamente lejana, pero se podía vislumbrar en la distancia, y avanzó un paso enorme con el nombramiento, como principal embaucador de Gran Bretaña, de un hombre con «los zapatos más lustrosos del ejército británico». [600]

El coronel J. H. Bevan, el miembro más reciente del Comité Veinte, era un conservador, jugador de *cricket*, adicto al trabajo de corredor de bolsa, de inteligencia poco corriente, que vestía de manera impecable. Johnny Bevan tendía a juzgar a los demás por las apariencias, con la excepción de los uniformes desaliñados, pero

probablemente no había nadie entre la oficialidad del ejército británico más sumamente consciente de que las apariencias pueden ser engañosas. Desde mayo de 1942 estaba al frente de la Sección de Vigilancia de Londres, conocida como LCS, con órdenes de Winston Churchill de «preparar planes de engaño a nivel mundial» [601] y poner en marcha «cualquier asunto pensado para desconcertar o engañar al enemigo». [602] Como oficial de control, Bevan se convertiría en el cerebro del engaño, supervisando una red mundial de engaño y desconcierto desde un laberinto subterráneo, bajo Whitehall,

conocido como las Habitaciones del Gabinete de Guerra.

En septiembre de 1942, Bevan fue admitido en el misterioso mundo de la Doble Cruz. Durante el resto de la guerra, los agentes dobles, que ya no eran una exótica atracción de feria, estarían plenamente integrados en las operaciones militares. «Teníamos un instrumento que había sido probado y evaluado y que podíamos ofrecer al oficial de control para sus planes de engaño», [603] escribió Masterman. Bevan tocaba ese instrumento como un virtuoso.

El examen inicial a la afirmación de

Tar vino de la mano de la Operación Torch, la invasión del norte de África, en noviembre de 1942, la primera gran ofensiva anfibia aliada de la guerra. Bevan diseñó un plan de engaño cuyo objetivo era hacer que los alemanes pensaran que pretendían atacar el norte de Francia y Noruega, y simultáneamente intentar aliviar la situación de Malta. Entre los dobles agentes utilizados para poner en marcha el engaño estaban los dos noruegos, Mutt y Jeff, los subagentes de Triciclo, Globo y Gelatina, y Tate. Pero el mayor peso recayó en Garbo y su red ficticia. Él y sus agentes informaron de la

concentración de tropas en Escocia, con la aparente intención de atacar Noruega, preparativos para un ataque ficticio a través del canal de la Mancha, y otros muchos chismes que, al juntarlos, animarían a los alemanes a mantener las tropas lejos del lugar real del ataque. Como poco sembraría la confusión. Resultó que algunos de los falsos agentes de Garbo estaban demasiado bien situados para su propio beneficio. «William Gerbers» era un hombre de negocios germano-suizo que vivía en Liverpool, y que Garbo había hecho salir de la nada incluso antes de que llegara a Gran Bretaña. Los barcos y las

tropas se estaban concentrando en Mersey para la invasión del norte de África: Gerbers, si hubiera existido, los hubiera visto sin duda. ¿Cómo explicar que este activo agente no había sido capaz de informar de un preludio tan obvio de la invasión? La solución fue simple y brutal: Gerbers se puso extremadamente enfermo con un «larga enfermedad», [604] y después murió. El MI5 incluso publicó una esquela en el *Liverpool Echo*, que Pujol recortó y envió a sus controladores. Los alemanes le mandaron una carta de condolencias.

Sin embargo, para conservar su creciente reputación Garbo necesitaba

demostrar que tenía acceso a material de alto nivel. Así pues, mandó dos cartas, ambas conteniendo información real: la primera notificaba con exactitud sobre un convoy que salía de Clyde el 29 de octubre —(«Cumplo con mi obligación advirtiéndote de este peligro») [605]—; la segunda transmitía información, obtenida a través del Ministerio de Información, que señalaba una invasión inminente del norte de África. El equipo B1A se las ingenió para asegurarse de que llegaran a España la víspera de la invasión, demasiado tarde para ser de utilidad.

Los alemanes no estaban preparados

en absoluto cuando las fuerzas aliadas desembarcaron en Casablanca, Argel y Orán a principios de noviembre. No obstante, los controladores de Pujol estaban encantados con la prueba de su lealtad y eficacia, aunque el sistema de correos hubiera obstaculizado sus esfuerzos. «Tus últimos informes eran magníficos pero lamentamos decir que llegaron tarde, especialmente los relacionados con el desembarco anglo-yanqui en el norte de África». [606] Bevan fue promocionado muy pronto. Pero Masterman era demasiado realista como para atribuirse el mérito del equipo de la Doble Cruz: «El éxito no

fue fundamentalmente un triunfo por engaño, y aún menos por el sistema de agentes dobles». [607] De hecho, los alemanes parecían haberse engañado a sí mismos para pensar que los Aliados carecían de suficientes barcos para tal invasión. El sistema todavía no era lo suficientemente poderoso como para hacer creer al enemigo en un plan falso, pero había ayudado a ocultar el plan real. Se trataba de un anticipo estimulante de lo que los espías serían capaces de lograr en el futuro.

Con el ojo de un entrenador de éxito, Masterman repasó la temporada con satisfacción. A finales de 1942 «el

equipo era claramente más fuerte», [608] escribió. Algunos jugadores nuevos impresionantes estaban alcanzando el área, aproximándose a Bronx y Bruto. Garbo estaba acumulando carreras. Triciclo había regresado al equipo. Pero el *cricket* y el espionaje son juegos de paciencia, además de habilidad. «Si los agentes iban a tener su gran día en el futuro, debían desarrollarse y mantenerse de modo que en el momento adecuado podríamos estar seguros de que teníamos un equipo de agentes fiables que estarían preparados cuando se les llamara». [609] Masterman sabía que los jugadores solo son la parte más

visible de un equipo de éxito: ganar también depende de los entrenadores, los especialistas asesores y el personal de la trastienda.

Los agentes dobles eran una mezcla, incluso un grupo variopinto, pero los hombres y mujeres que dirigían el sistema de la Doble Cruz eran, de algún modo, aún más extraños. Tar Robertson reunía, deliberadamente, a su alrededor a gente fuera de lo corriente. Su propia rareza les diferenciaba del rebaño, reforzando el secretismo pero también creando un sentido de camaradería exclusivo que una unidad más convencional nunca hubiera logrado.

Estaba John Masterman, seco y reflexivo, «un estadista viejo y sabio para evitar que los impetuosos jóvenes sin experiencia hicieran algo totalmente irresponsable». [610] Masterman podía «garantizar que defendería ambos puntos de vista en torno a un asunto con total lógica y lucidez» [611] y después «caer con un ruido sordo del lado del statu quo»; [612] John Marriott, el abogado de lengua afilada educado en Cambridge, que no hacía nada por ocultar sus opiniones sobre que los agentes dobles solo estaban a un paso de los sinvergüenzas, y que ese paso era muy pequeño; Tommy Harris, el extrovertido

marchante de arte; Billy Luke, el industrial hedonista; Cyril Mills, procedente del mundo del circo; y Hugh Astor, el retoño de una dinastía periodística. Cada uno de ellos había sido desviado de un camino militar más ortodoxo: Christopher Harmer era casi ciego de un ojo y por ello excluido de los ascensos; una polio en la infancia había dejado a Astor con una cojera permanente; Ian Wilson podía manejar a la humanidad brillantemente sobre el papel, pero encontraba que la conversación personal era casi imposible. Gisela Ashley hubiera sido una buena oficial del ejército, si no

hubiera tenido la desgracia de ser mujer. Ewen Montagu era demasiado viejo para la acción en primera línea, y Masterman se sentía aquejado por la culpa al haber estado encarcelado en Alemania durante la primera guerra mundial, y se había perdido la acción y el sacrificio que reclamaba a muchos de sus contemporáneos. Incapaces de combatir físicamente, lo compensaban dedicando su talento a crear una guerra intelectual.

Desde detrás de sus mesas de despacho, estos hombres y esta mujer combatieron un conflicto de especialistas «sin ningún tipo de

entrenamiento», [613] utilizando el lenguaje, las ideas y la información del mismo modo que otros luchaban con armas y bombas. Fue la incansable Gisela Ashley la que apremió al equipo para que se inventaran formas aún más extravagantes de engaño, y a no subestimar nunca la literalidad de la mente alemana. «Lo que puede parecer a un inglés, incluso a un inglés involucrado en el engaño, absurdo, inverosímil o ingenuo, puede ser aquello que el típico nazi se trague y haga». [614]

Del mismo modo que los agentes dobles vivían dobles vidas, cada oficial tenía que tratar de vivir la vida de sus

agentes. «El oficial de caso tenía que identificarse con su caso», [615] escribió Masterman. «Tenía que mirar con los ojos y escuchar con los oídos de su agente; tenía que sufrir en carne propia la postración nerviosa que podía seguir a una acción de espionaje excepcionalmente peligrosa; tenía que alegrarse de todo corazón por los elogios expresados por los alemanes por un golpe exitoso». [616] Y más aún, los oficiales de caso tenían que imaginarse a sí mismos dentro de las vidas de sus homólogos alemanes, después de «el más cuidadoso de los estudios psicológicos». [617] A través de las

cartas de Elvira Chaudoir, Hugh Astor intentó comprender que fastidiaba a Helmut Bleil, su controlador alemán; Ian Wilson se encontró a sí mismo tratando de comprender al corrupto y encantador Ludovico von Karsthoff; Tommy Harris comenzó a sentir una cierta afinidad con Karl-Erich Kühlenthal, cuya entusiasta candidez era la clave del mundo ficticio de Garbo. Eran enemigos íntimos.

Manejar este material humano fisible, y de alto riesgo, era una actividad emocionalmente exigente y muy estresante. «Estamos jugando con dinamita», [618] dijo Masterman. Algunos, como Wilson, bebían

demasiada ginebra rosa para aliviar la tensión. Todo el mundo fumaba todo el tiempo. Y, sin embargo, solo había una marca de alegría en las atestadas y humeantes habitaciones de St James Street, un sentido de que su misión compartida no solo era importante sino en ocasiones divertida, y con frecuencia absurda. Gisela Ashley se descubría a sí misma perpleja, en un mensaje a Popov, por una referencia al «experto en gonorrea sin pelos». [619] ¿A quién podían estar haciendo referencia los alemanes? El propio Popov estaba milagrosamente libre de enfermedades venéreas. «Esta puede ser una referencia

muy jocosa a Johnny Jebsen», [620] sugirió Wilson, con enrevesada delicadeza. «Lo que sabemos de sus hábitos hace que la descripción sugerida no sea completamente inadecuada. El pelo de su cabeza es descrito como espeso, pero puede que no se haga referencia a su cabeza». Verdaderamente esta era una guerra extraña.

Gran parte del trabajo se hacía en papel, con la cuidadosa recopilación y examen del material, la reiterada redacción de borradores de los mensajes. El sistema de la Doble Cruz era, en parte, el triunfo de la clasificación. Masterman insistía en que

«solo un archivo bien llevado puede salvar al agente de las meteduras de pata que pueden "quemarle" o de las contradicciones que pueden levantar sospechas». [621] Los archivos de la B1A crecieron hasta alcanzar «un tamaño verdaderamente extraordinario», [622] cada uno de ellos indexado y con referencias cruzadas, ya que «los mensajes de un agente dado deben ser coherentes con los enviados a él en una fecha anterior y no incoherentes con los mensajes de otros agentes». [623] Las pruebas sobre los oficiales y agentes de inteligencia enemigos crecieron hasta alcanzar más de veinte volúmenes, un

auténtico *Quién es quién* del espionaje alemán. Solo el caso Garbo ocupaba veintiún ficheros, más de un millón de papeles. Los alemanes continuaron enviando espías, aunque en número decreciente ya que los ya existentes estaban realizando un gran trabajo, como Waldemar Janowsky, un alemán que había sido desembarcado por un submarino en Canadá y que fue dirigido conjuntamente por la Policía Montada y el MI5. El recién llegado más extraordinario era Eddie Chapman, el ladrón de cajas fuertes británico lanzado en paracaídas en East Anglia en diciembre de 1942, que se convertiría

en «Agente Zigzag». Cada nueva llegada, cada espía interceptado, cada nuevo agente doble potencial, se sumaba a la fortaleza del sistema, y a la montaña de papeles.

Con cierta precipitación se decidió contar a Winston Churchill la historia de la Doble Cruz. Las dudas no surgían de ningún sentimiento de que el primer ministro no estuviera interesado en los espías. Más bien al contrario, le fascinaban los engaños y más adelante recordaría el espionaje durante la guerra con regodeo: «Enredos dentro de enredos, complots y contra complots, tretas y engaños, cruces y traiciones,

agentes auténticos, agentes falsos y agentes dobles, oro y acero, la bomba, la daga y el pelotón de fusilamiento, estaban entretejidos en muchos, formando una textura tan intrincada como para ser increíble y sin embargo era verdadera». [624] De hecho, Churchill estaba *demasiado* interesado en el delicado negocio del espionaje, y había peligro de que pudiera interferir. El Comité Veinte había sido aprobado de manera informal por Churchill, pero no estaba sometido a la responsabilidad ministerial. De ese modo, el comité «no podía alegar haber sido "autorizado" a hacer» [625] lo que estaban haciendo,

gran parte de lo cual era, en sentido estricto, ilegal. Hoy en día lo llamaríamos «negación plausible». El acuerdo daba al equipo de la Doble Cruz una libertad poco usual, y mantenía alejado a Churchill. Cuando se propuso inicialmente que había que informar al primer ministro de lo que en realidad estaba pasando, Guy Liddell, el jefe de la Sección B, temió que podría, «al ver un asunto concreto, ponerse hecho una furia y querer actuar, lo que sería desastroso para el trabajo bajo control». [626] Pero a principios de 1943 el sistema funcionaba tan bien, su potencial era tan grande, y era tan seguro que su

sustancia atraería a la fértil imaginación de Churchill, que se acordó presentarle el elenco y la obra poco a poco.

El primer informe mensual a Winston Churchill, en marzo de 1943, ofrecía un inventario del espionaje. «En total, 126 espías han caído en nuestras manos. De estos, veinticuatro han sido considerados dóciles y ahora están siendo usados como agentes de la Doble Cruz. Además hemos endilgado al enemigo, como espías de la Doble Cruz, a doce personas reales y siete imaginarias. Trece espías han sido ejecutados». [627] El informe describía a Garbo, a Zigzag y a Mutt y Jeff, que

acababan de recibir una radio, doscientas libras en billetes y equipo de sabotaje lanzados en paracaídas en una cañada escocesa. Churchill estaba fascinado. Garabateó en el documento: «Sumamente interesante». [628]

Con el tiempo le presentarían a Triciclo, Bruto y Bronx. El borrador de los informes era redactado por Anthony Blunt, el cual escribía una versión larga que era reducida para el primer ministro; el agente Tony también pasó la información a sus controladores soviéticos. Stalin estaba muy versado en el sistema de la Doble Cruz: en efecto, como escribe Christopher Andrew, el

historiador autorizado del MI5, el líder soviético bien podía haber «visto informes más detallados que Churchill». [629]

Las notas al margen del primer ministro mostraban por qué había sido sensato no involucrarle excesivamente y demasiado pronto. Cuando le informaron de que un empleado de la embajada portuguesa estaba espiando tanto para los alemanes como para los italianos, escribió: «¿Por qué no lo fusiláis?». [630] Pero Churchill no se enfurecía; en lugar de ello se sumergió progresivamente en la historia, el extraño relato de la traición, los agentes verdaderos, los

agentes falsos y los agentes dobles.

Elvira Chaudoir estaba mejorando para convertirse en «una agente muy competente en la redacción de cartas», [631] informó Masterman. El micrófono de su teléfono no había proporcionado «ninguna prueba de sentimiento proalemán» [632] y se mantuvo «simplemente para vigilar su situación financiera». Como de costumbre, esta era nefasta. Las facturas sin pagar de varios clubes nocturnos demostraban que Elvira disfrutaba de su regreso a los «locales más destacados» de Londres. «Juega al *bridge* o al póquer todas las noches, principalmente en el Club

Hamilton o en el Crockford, obviamente apuestas de alto riesgo», [633] informaba su escolta del MI5. «No está involucrada en ninguna actividad oscura», [634] aunque añadía: «No se sabe si sus tendencias Lésbicas continúan». (Lo hacían.)

Bajo el ojo atento de Hugh Astor comenzó a enviar cartas con tinta invisible a Helmut Bleil, por medio del banco Santo Espirito de Lisboa y el hotel de París en Monte Carlo. La tapadera de las cartas consistía en «conversaciones femeninas completamente sin sentido», [635] según Astor. «Ese texto tiene tanto de su

propio estilo (que está muy lejos de cualquier cosa que yo pueda producir) que en mi opinión cualquier intento de interferir en él es probable que muestre que ha sido escrito bajo control». [636] Entre las líneas, escrito en mayúsculas con un palillo mojado con tinta invisible, comenzó a registrar hechos que podían interesar a Bleil. Inicialmente sus observaciones fueron banales: «La semana pasada vi a un hombre descargando un camión lleno de comida en una casa vacía cerca de la iglesia de Roehampton». [637] Pero conforme fue adquiriendo confianza, ella y Astor comenzaron a incluir medias

verdades, rumores, elementos de propaganda y detalles militares inofensivos. «Sus amigos se pueden encontrar en cualquiera de los clubes de *bridge* de Londres», [638] escribió Astor, y «como amiga de varios ingleses “miembros de la alta sociedad” ha estado en disposición de captar muchos chascarrillos indiscretos de los círculos gubernamentales». Entre sus conocidos había aristócratas como lord Carnavon, el duque de Marlborough, Duff Cooper, director del Servicio de Seguridad, y cierta cantidad de oficiales militares de alta graduación.

Además de informar sobre

cuestiones de interés que había escuchado realmente, con la guía de Astor, Elvira inventó otras informaciones y se las atribuyó a individuos que era plausible que hubiera conocido, incluyendo al yerno de Churchill y presidente del Comité del Gabinete de Guerra, Duncan Sandys, y los magnates de la prensa lord Beaverbrook y lord Kelmsley. Como siempre el MI5 no tuvo escrúpulos a la hora de poner palabras en boca de personas reales. «Cuidábamos mucho de hacer que cada detalle fuese lo más auténtico posible», [639] recordaría más tarde Astor. «Me temo que tomamos los

nombres de mucha gente en vano. Ciertamente dimos a entender que el [antiguo] ministro de la Guerra, Oliver Stanley, y pares como lord Lovat y lord Mountbatten pertenecían a su círculo de amigos. Por supuesto que ellos no tenían ni idea de que Bronx les atribuía magníficas indiscreciones. Si lo hubieran sabido se hubieran enfurecido». Para complementar sus ingresos, Elvira escribía artículos rotundamente antinazis para la prensa popular británica, cosa por la que se disculpó ante Bleil en sus cartas secretas: «Espero que no te importe leer mi artículo en *Sunday Graphic* ya que

era fundamental que consiguiera fama de odiar a Alemania». [640]

La suma de cien libras llegó pronto a su cuenta corriente suiza, el primer pago mensual procedente de los alemanes. Era una gota en el océano de sus deudas. Harmer recomendó a los contables del MI5 que fueran generosos: «Dado que es una mujer con gustos caros, sería mejor que le dejáramos que se quedara con lo que le mandan los alemanes». [641] Los depósitos en su cuenta llegaban con «satisfactoria regularidad», [642] pero siempre tenían «menos varios cientos de libras», [643] dando a entender que «alguien del otro bando se está llevando

una comisión». [644] Esta prueba reciente de corrupción sembró la semilla de una idea. Bronx mandó una carta sugiriendo que Bleil o sus colegas deberían mandarle más dinero que ella invertiría, en su nombre, en la Bolsa de Londres. «Se esperaba que un miembro poco escrupuloso de la Abwehr pudiera ver aquí una oportunidad de sacar dinero de Alemania» [645] y crear «unos ahorros para después de la guerra». El dinero, por supuesto, sería confiscado, permitiendo que el caso se autofinanciara y resolviera los problemas de dinero de Elvira. No hace falta decir que a ella le entusiasmó el

plan, y se sintió muy contrariada cuando sus controladores alemanes «ignoraron su sugerencia». [646] Los alemanes podían ser crédulos, pero no eran tan tontos como para utilizar a una mujer con un problema con el juego como agente de bolsa secreto.

Inicialmente los informes de Elvira consistían en datos económicos: conforme pasó el tiempo, el ámbito se amplió hasta incluir informes sobre asuntos políticos y militares. Sus cartas eran una mezcla extraña, y casi surrealista, de lo mundano, lo personal y lo importante. «Se retrasa la producción de tanques por falta de orugas», [647]

informó. «Muy endeudada. Prácticas canadienses de invasión en Escocia. Aumento de las tropas estadounidenses en Londres. Carestía de utensilios de cocina». Insistía en pagos rápidos y regulares: «El dinero debe ser enviado a principios de mes. Riesgo importante y ninguna solicitud de reembolso de gastos». [648] Cuando los alemanes le pidieron información sobre las defensas de guerra ante el gas, ella proporcionó un «relato elogioso sobre la excelencia de los preparativos británicos» [649] y señaló que «los británicos han hecho grandes acopios de armas químicas para tomar represalias si los alemanes

recurren a ataques con gas». [650] Masterman creía que el informe había contribuido a disuadir a los alemanes de que llevaran a cabo un ataque con gas, posiblemente salvando muchas vidas y probando que «en ciertos casos podemos influir y quizá cambiar las intenciones operativas del enemigo». [651]

El único aguafiestas estaba en la puerta de al lado, en el servicio secreto de inteligencia. Claude Dansey, director adjunto del MI6, no perdía oportunidad de envenenar la mente de su protegida contra el MI5, diciéndole que le estaban pagando muy poco. «Aparentemente ha

dicho que no pensaba que estuviésemos trabajando de manera correcta», [652] informó Astor con los dientes apretados. «Es interesante apuntar que el caso está siendo supervisado por Dansey de esta forma indirecta». Interesante y profundamente molesto. Se presentó una queja forma, lo cual solo animó a Dansey a redoblar sus interferencias.

El MI5 comenzó a preguntarse si era Bleil, o alguien que se hacía pasar por él, quien contestaba a sus cartas con tinta invisible, alabando su trabajo. «No sabemos qué sección lleva a Bronx o quiénes son los oficiales que están a cargo de su caso», [653] escribió Astor.

Aun así, las referencias a una agente femenina, «un miembro de la buena sociedad jugadora internacional», [654] comenzó a aparecer en las Fuentes Más Secretas, indicando la satisfacción en las altas instancias con esta nueva espía en el corazón del ámbito social británico. «Bronx es considerada una agente fiable», [655] anotó Astor. «Por supuesto puede que Bleil o los oficiales que la controlan sepan, o supongan, que está bajo control, pero existen motivos para pensar que el cuartel general en Berlín es llevado a creer que es una agente fiable». Seis meses después de su regreso a Gran Bretaña, a Elvira le

dieron la aprobación: «Las pruebas sugieren que los alemanes creen en Bronx». [656]

Se tardó más tiempo en dispersar las nubes de dudas que rodeaban al agente Bruto. Los técnicos de radio de la B1A construyeron una radio utilizando los cristales que había traído de Francia, y bajo estrecha supervisión, Roman Czerniawski realizó su primer contacto por radio con París, poco antes de las Navidades de 1942. La respuesta entusiasta de Oscar Reile, su controlador alemán, sugirió que tenía total confianza en su agente. No se podía decir lo mismo de los británicos, que

seguían preguntándose si los alemanes lo habían enviado al Reino Unido sabiendo que iba a cambiar de bando. «Lo habían estudiado desde un punto de vista psicológico», [657] observó Masterman. «Si se convencen a sí mismos de que los ha abandonado, su tráfico de información desde este país podría ser una fuente de gran peligro para nosotros» ya que interpretarán sus mensajes «al revés». Si, por ejemplo, les mandaba pruebas de un ataque a Dinamarca, los alemanes, sabiendo que estaba siendo controlado, llegarían a la conclusión de que Dinamarca estaba segura. El Comité Veinte dictaminó que

Bruto debía ser utilizado «con moderación» [658] y no para engaños operativos. Se le permitiría «llevar una vida libre y normal», [659] pero bajo estrecho control, con su teléfono pinchado y abriendo su correo. El servicio de inteligencia polaco también le puso bajo vigilancia. Un movimiento en falso y se uniría a Mathilde Carré en la cárcel.

Czerniawski cooperaba con entusiasmo, y retomó felizmente una vida de espionaje a tiempo completo. A diferencia de muchos de los espías enviados a Gran Bretaña, Bruto era un observador militar profesional. Sus

primeros informes daban detalles de las fuerzas armadas polacas en Gran Bretaña (que los alemanes ya conocían) y actitudes políticas dentro de la comunidad polaca. Después de un mes visitó Escocia y envió una descripción del despliegue militar en el norte, que los alemanes saludaron como «sumamente bueno». [660] A esto le siguió un «largo informe sobre la costa sur». [661] Estos trabajos de campo seguían una pauta: Czerniawski, acompañado por su oficial de caso (al principio Harmer y más tarde Astor), visitaba una zona determinada y entonces redactaba sus observaciones y

descubrimientos verdaderos, completándolo con mapas, insignias militares e incluso identidades de oficiales individuales al mando. Gran parte de esta información era demasiado importante como para pasársela a los alemanes: el Comité Veinte lo recortaba y le añadía detalles nuevos, que Czerniawski traducía a su peculiar «francés telegráfico». [662] A veces manejaba la radio él solo, y otras era imitado por uno de los operadores de la B1A: «Bruto es muy fácil de imitar porque es muy mal operador y comete muchos fallos inconfundibles». [663] Sus mensajes al coronel Reile estaban

enriquecidos con autoelogios: «Varios de mis antiguos agentes que trabajan en este país están muy descontentos por el trato recibido a manos de los británicos. Siguen ligados a mí por una intensa lealtad personal y trabajarán para mí sin dudarlo». [664]

Czerniawski continuó comportándose como si el destino de Polonia estuviera en sus manos, insistiendo en que solo continuaría espiando para Alemania «si tengo el compromiso de su gobierno, después de la derrota de los Aliados, de que ofrecerá al gobierno polaco, a través de mí, condiciones de paz generosas». [665]

Hubo momentos de mucha ansiedad. Quien estaba manejando el transmisor en el lado alemán a veces trataba de pillarle en falta, de probar si era Czerniawski el que realmente recibía el mensaje: «De vez en cuando nos hacían preguntas con trampa. "¿Cuál es el nombre de tu suegra? ¿Cuándo nació?"». [666] Astor se dio cuenta de que cuando Czerniawski manejaba el transmisor deletreaba London a la francesa, «Londres», pero se comía la «s». ¿Podía tratarse de su señal de control, su «error» característico para advertir a sus amos alemanes de que estaba transmitiendo bajo control británico?

Astor le pidió de manera informal que escribiera un puñado de sobres a direcciones de Londres: al instante quedó claro que simplemente Czerniawski no podía escribirlo de modo correcto. Poco a poco disminuyó el miedo a que Czerniawski estuviese trabajando para los alemanes: «Casi con toda seguridad Bruto no tenía una misión como agente triple», [667] escribió Harmer. «Su posición como agente alemán es clara. Es decir, está trabajando para nosotros».

La preocupación secundaria, que los alemanes pudieran sospechar que estaba trabajando para los británicos, persistió

durante más tiempo. Tres meses después de la primera transmisión por radio, Robertson seguía sintiéndose «un tanto inquieto por Bruto», [668] dispuesto a utilizarle para los engaños activos, pero preocupado por el hecho de que al hacerlo «podrían poner sobre aviso a los alemanes en lugar de engañarles». [669] Quería «pruebas de que los alemanes se fían completamente de él, en cuyo caso sería candidato para ser utilizado en el engaño». [670] Las Fuentes Más Secretas obligaban debidamente a ello, revelando que los informes de la Abwehr sobre el agente Hubert «no contenían ninguna reserva como para

sugerir que la fuente no fuese genuina».[671] Berlín lo describía como «un agente de radio muy valioso».[672] Bruto se estaba convirtiendo en una fuente fiable de inteligencia militar. «Conforme aumentó la confianza tanto en sí mismo como de los alemanes en él, fue siendo utilizado cada vez más».[673]

Mientras que las acciones de Czerniawski subieron tanto ante sus jefes británicos como alemanes, cayeron a nuevos mínimos dentro del gobierno polaco en el exilio. «Intimidaba y se daba aires»[674] y estaba «en desacuerdo con todos los demás oficiales».[675] Harmer había llegado a

sentirse orgulloso de su testarudo polaco, pero tenía que reconocer que «es un hombre vanidoso y engreído que pasó una parte considerable de la guerra realizando actividades apasionantes y ahora se encuentra a sí mismo llevando a cabo un trabajo fundamentalmente académico». El coronel Gano, director de la inteligencia polaca, quería que esta «molestia infernal» [676] fuese enviado a una misión a Persia para quitárselo de encima. «Se pasa todo el tiempo haciendo críticas muy dañinas sobre el trabajo de otras personas [y] es desmesuradamente ambicioso, entrometiéndose en todo». [677]

A las pocas semanas de llegar a Gran Bretaña estaba «enredado en la política polaca» [678] que, como ocurría en muchas comunidades expatriadas pequeñas e infelices, era profundamente rencorosa. Czerniawski abrazó «un antibolchevismo extremado», [679] sermoneando a todos y cada uno sobre las iniquidades del régimen soviético. Era un conspirador patológico, reflexionaba Harmer, y soñaba con establecer una nueva red, esta vez para engañar a los alemanes. Sugirió captar a su amante Monique como subagente. Harmer le dijo de manera firme que no hiciese nada por el estilo, y «sintió que

le había herido». [680] Impaciente, problemático y engreído, Czerniawski necesitaba una válvula de escape para su capacidad ilimitada de intrigar. Pronto encontraría una, con resultados desastrosos.

Para celebrar el veinticinco aniversario de la creación del Ejército Rojo, el general Stanislas Ujejski, inspector general de la fuerza aérea polaca, acudió a una recepción en la embajada soviética de Londres. El sentimiento antisoviético era muy fuerte entre los expatriados polacos después de la masacre de Katyn, en la que miles de oficiales polacos fueron asesinados

por orden de Stalin. Czerniawski estaba indignado por lo que consideraba una actitud amistosa por parte de Ujejski hacía un régimen asesino. A principios de junio atacó por escrito de manera virulenta al general en un texto titulado «En defensa de nuestros colegas», [681] hizo cientos de copias y las distribuyó por Londres. Su denuncia estaba escrita con un estilo cáustico, llena de signos de admiración y calculada para ofender lo más posible, cosa que logró. «Los soviéticos cometieron crímenes terribles contra los polacos. Esos soldados rojos maltrataron a las mujeres polacas y asesinaron a miles de nuestros colegas

indefensos. Es indigno que el jefe de la fuerza aérea polaca vaya a una fiesta en la que se baila sobre las tumbas recientes de muchos soldados polacos». [682] Ujejski era atacado como un cobarde adulador, sobrevaluado e inmoral que debía ser despedido. «La fuerza aérea polaca se merece a un líder mejor». [683] Esta fue una polémica estridente. También era un amotinamiento.

A las pocas horas de distribuir su «panfleto», Czerniawski fue arrestado por la Rama Especial de la Policía Metropolitana, a petición del gobierno polaco y se le acusó de «la indisciplina

militar más grave». [684] Su piso fue registrado y a él le encarcelaron en Escocia a la espera del consejo de guerra. Sus enemigos de la inteligencia polaca se regocijaron por que el «pequeño héroe de pacotilla» [685] se llevara su merecido. Christopher Harmer y Tar Robertson estaban impactados. Del mismo modo que Bruto se había convertido en un agente doble de primera clase, él había llevado las cosas a un freno chirriante y ahora «amenazaba con la extinción del caso». [686]

Harmer se apresuró a visitarle en la celda y se lo encontró muy poco

arrepentido, declarando de manera pomposa que «cualquier patriota polaco hubiera hecho lo mismo». [687] Cuando Harmer le echó la bronca por «inmiscuirse en asuntos que no le competían», [688] Czerniawski insistió en que «alguien debía exponerlo, y él era la única persona en situación de hacerlo». [689] Parecía disfrutar de la atención, y estaba claramente orgulloso de agitar el avispero. Desde su celda escribió cartas a Monique «que demostraban un deseo de dramatizar consigo mismo y con su vida, y una capacidad de exhibicionismo que casi muestra los primeros signos de delirios de grandeza». [690]

Si la radio de Czerniawski de pronto enmudecía, los alemanes supondrían que le habían capturado. Un mensaje que imitaba el estilo de radio de Bruto fue enviado de inmediato a París, informando de que él y otros polacos antibolcheviques eran sospechosos de distribuir propaganda antisoviética. «Preveo que mi arresto sea muy probable. Que sea lo que Dios quiera, pero la situación es muy peligrosa». [691] Dos semanas después envió otro mensaje: «Arrestado 20 de junio en asunto clandestino antirruso. Detenido en Escocia. Espero juicio. Preveo castigo leve. Temo estar siendo vigilado

ahora. Hasta el final del juicio demasiado peligroso transmitir. Siento dificultades. Bien de ánimo. Tengo esperanzas». [692] Esto explicaría su ausencia de las ondas de radio y era lo suficientemente cercano a la verdad como para ser plausible si los alemanes escuchaban noticias de su arresto. Si en realidad le creían o no era una cuestión completamente diferente. Harmer estaba lúgubre y dudaba sobre «si los alemanes alguna vez llegarán a aceptar a Bruto como un uno por 100 fiable». [693] A la espera del juicio con cargos de «indisciplina y ofensas a oficiales superiores», [694] Czerniawski tuvo un

(breve) momento de arrepentimiento, y se disculpó «por el daño que había causado al Gran juego». [695]

Su carrera como agente doble había terminado, al menos de momento. Bruto había logrado apuñalarse por la espalda a sí mismo.

11
Escarapela

La red de Garbo (Pujol) se hizo más y más elaborada, conforme se añadían a su lista nuevos espías ficticios. La viuda de William Gerbers, el espía asesinado en Liverpool, se apuntó para ocupar su lugar; el «Agente Dagobert», el «indeseable» marinero de Swansea, comenzó a captar a sus propios subagentes, llegando a crear un equipo de siete miembros. Y lo más importante, Garbo alistó a un operador de radio. Las cartas con tinta invisible eran lentas y

engorrosas; una conexión inalámbrica aceleraría las comunicaciones con Madrid. Garbo dijo a sus controladores alemanes que el camarero gibraltareño, «Fred», había encontrado a un amigo, un republicano español, con un radiorreceptor y que estaba dispuesto a utilizarlo en nombre de Pujol. En realidad el radiorreceptor era manejado por Charles Haines, antiguo empleado del banco Lloyds y radioaficionado que ahora estaba en la Sección de Seguridad del Cuerpo de Campaña de Inteligencia.

Los alemanes proporcionaron a Pujol un código, que Liddell describió como «quizá el código de mayor nivel

utilizado por la Abwehr nunca». [696] El volumen y velocidad del tráfico de Garbo aumentó exponencialmente. «La banda de una persona de Lisboa desarrolló una orquesta que interpretaba un programa progresivamente más ambicioso», [697] escribió Masterman. Un informe para Churchill cantaba los elogios del español: «El propio Garbo trabaja una media de seis a ocho horas al día: redacta cartas secretas, realiza labores de cifrado, escribe textos de tapadera y planifica el futuro. Afortunadamente tiene un estilo simple y morboso, gran ingenuidad y un celo apasionado y quijotesco hacia su tarea».

[698] Parecía que todo el mundo estaba encantado con Juan Pujol, excepto la Sra. Pujol. Ya que mientras su vida secreta florecía, su vida doméstica avanzaba a trompicones.

Araceli Pujol estaba sola, tenía morriña y era una cascarrabias. Le prohibieron que estuviera en contacto con la comunidad española de Londres por miedo a que dejara caer algo. No hablaba inglés, no tenía amigos y muy pocas veces abandonaba la casa de Crespigny Road. A Tommy Harris no le gustaba la «Sra. G»., y describía a Araceli como «una mujer histérica, malcriada y egoísta». [699] Pero sus

quejas no eran poco razonables: su marido se levantaba al amanecer y trabajaba hasta tarde; cuando finalmente volvía a casa en Hendon, estaba agotado e irritable; se suponía que ella tenía que cocinar, limpiar y cuidar de su hijo. Ella le amenazó con dejarle, pero no tenía adónde ir. En Crespigny Road n.º 35 resonaban las voces altas en castellano y la vajilla rota. La relación de los Pujol estaba sometida al tipo de tensión que es habitual en muchos matrimonios, la única diferencia era que su falta de armonía doméstica representaba una amenaza directa al proyecto de la Doble Cruz. Juan Pujol no era el único hombre

que utilizaba «ganar la guerra» como excusa para tener abandonada a su mujer. Pero en este caso resultaba ser cierto.

Araceli primero pidió, después suplicó y, por último, exigió que le permitieran volver a España, aunque solo fuera «una semana». [700] Harris fue fríamente poco comprensivo, sugiriendo que estaba «desequilibrada». [701] Araceli estalló. El 21 de junio de 1942 telefoneó a Harris y le amenazó con destruir toda la red de Garbo al revelar sus actividades a las autoridades diplomáticas españolas: «Te digo por última vez que si para mañana a estas

horas no me has traído mis papeles para que me vaya del país inmediatamente —porque no quiero seguir viviendo con mi marido cinco minutos más— iré a la embajada española. Tendré la satisfacción de haberlo estropeado todo. ¿Entiendes? No quiero vivir ni un día más en Inglaterra». [702] Sin duda Harris lo entendía. Había que parar a Araceli. Se ocupó de someter a vigilancia la embajada de España, de modo que pudiera ser arrestada si aparecía por allí. También valoró advertir a la embajada de que «una mujer con la descripción de la Sra. G. está deseosa de asesinar al embajador [lo cual]

aseguraría que sería expulsada si intentaba ir a la embajada». [703] Liddell pensaba que lo mejor sería encerrarla. Robertson dudaba si ir él mismo a Crespigny Road y «leerle la cartilla». [704] Hasta Churchill fue informado del «arrebato de celos» [705] de la Sra. Garbo y su amenaza de «echar a perder todo el proyecto». [706] Pero fue el propio Pujol el que propuso un plan drástico para someter a su mujer mediante subterfugios.

Al día siguiente llegó un oficial de la Rama Especial a Crespigny Road n.º 35 y le dijo a Araceli que su marido estaba detenido y que necesitaba recoger

su cepillo de dientes y su pijama. Juan Pujol había querido dejar de ser agente doble, le explicó el oficial, porque ella había amenazado con «revelar todo el asunto». [707] La creencia de que ella había sido la causante del arresto de su marido, provocó un «ataque de histeria» [708] por parte de Araceli. Llamó a Harris hecha un mar de lágrimas e insistió en que «su marido siempre había sido leal a ese país y estaría dispuesto a sacrificar su vida por nuestra causa». [709] Más tarde, ese mismo día, fue descubierta por Charles Haines en la cocina llena de humo del horno de gas, un supuesto intento de suicidio que

Harris desestimaría fríamente como «noventa por 100 fingido». [710] Llorando y destrozada, la capitulación de Araceli fue completa. «Suplicó diciendo que había sido ella la que se había portado mal y que si podían perdonar a su marido prometía no volver a interferir en su trabajo, o a portarse mal, o a pedir regresar a España». [711] El plan de Pujol había sido brutal, efectivo y revelador: detrás de sus maneras suaves, estaba totalmente entregado y era bastante inflexible, dispuesto a llegar donde fuera para preservar la red que había creado, incluso si eso significaba engañar a su

propia mujer.

Dusko Popov, como siempre, vivía en un «confort considerable». [712] Se mudó a Clock House, una encantadora casita en Knightsbride, que alquiló por doce guineas a la semana, y retomó su relación con, entre otras, Gwennie, cuyas cartas apasionadas fueron interceptadas y copiadas por el MI5: «Por favor trata de ser un mínimo de decente hasta que pueda retomarlo donde lo rompí. Eres un encanto y te quiero (un poco) Gwennie». [713] Al mismo tiempo tenía una aventura con «Mairi», que vivía en Park Lane, y con una joven yugoslava de una familia rica,

Ljiljana Bailoni. (Popov sería «indudablemente un agente más fácil de controlar si sus hábitos domésticos fueran un poco más ordenados», [714] suspiraba Wilson.) Fue felicitado con efusión por Von Karsthoff por la legibilidad y el contenido de sus cartas secretas: «Tu escritura es maravillosa… podemos leer todas las palabras». [715] Su negocio, Tarlair, era floreciente, aunque incluso a Gisela Ashley, que supervisaba las actividades de Popov, le resultaba difícil hacer un seguimiento de cómo funcionaba exactamente la empresa. «Es especialmente vago cuando trata las cuestiones de finanzas

internacionales», [716] observaba John Marriott. Las deudas de Popov, grandes y pequeñas, le perseguían: seguía debiendo más de diez mil dólares al FBI, varios miles más al MI6 en Nueva York, varios cientos de dólares a la empresa telefónica de Long Island y 215 dólares a «Trivett's Tested Seeds». No pagó ninguna de ellas. Simplemente remitía las facturas al MI5, junto a la del sastre en concepto de dieciocho camisas de seda y una docena de pañuelos con un monograma cosido.

El curso de la guerra estaba cambiando. Popov podía sentirlo en el «humor y ánimo de los londinenses».

[717] El gran contraataque contra la Europa ocupada estaba a la vista: «Todo el mundo, incluyendo a los alemanes, sabía que la invasión estaba en camino». [718] Una vez más, trató de influir en sus jefes de espionaje para que reclutaran a Johnny Jebsen, señalando que, cuando su amigo «se diera cuenta de que Alemania iba a perder la guerra estaría más que dispuesto a asegurarse con los vencedores diciéndoles todo lo que pudiera». [719] Popov se ofreció a hacer la aproximación, durante su siguiente viaje a Lisboa: «Johnny nunca ha sido pro nazi», [720] insistía, y tiene acceso a información de alto nivel incluyendo

«detalles completos del personal de la Abwehr y de sus agentes en muchos países». [721] Wilson tenía dudas respecto a las actividades financieras de Jebsen —«Johnny siempre está llevando a cabo diversos acuerdos más o menos irregulares y también actuando como agente de la Abwehr»—, [722] pero le tentaba la perspectiva de captar a un informante «oportunista, amoral y no especialmente nazi» [723] dentro de la Abwehr y en esa coyuntura crítica. Wilson jugaba con hacer que Popov le ofreciera una promesa de «que Johnny recibiría un tratamiento favorable, suponiendo que tuviera algo que

mereciera la pena vender a los británicos». [724] Jebsen había reclutado a Popov; ahora Popov podía reclutar a Jebsen. «Los alemanes consideran su amistad personal como parte esencial del tinglado», [725] observó Wilson, y si Jebsen realmente era tan antinazi como había dicho Popov, entonces podría ser un agente doble útil: «Tenemos que tratar de sacar provecho del punto de vista de Jebsen». [726]

Conforme se aproximaba el invierno de 1942, Popov se describía a sí mismo como «el hombre más desharrapado y frío de Londres», [727] una afirmación que era demostrablemente falsa. Se

divertía pidiendo nuevos lujos, y escribió al coronel «Pecoso» Wren del MI6 en Nueva York:

> Mi corazón se encuentra en muy mal estado. Mi médico, que es mi mejor amigo, dice que es demasiado alcohol, tabaco y pecado. El único remedio que encuentro eficiente hasta ahora era la leche y los bombones. Por favor, mándeme cualquier tipo de chocolate que se le ocurra por valor de cien dólares. No me importa lo que sea. Los tomo como medicina. Por favor,

> mándeme al mismo tiempo cien dólares en medias de nylon del 9, 9½ y 10. (No piense que soy promiscuo). [728]

Wren no se tragó la afirmación de una emergencia de chocolate medicinal. «Los bombones están destinados a deleitar los interiores de esos mismos exteriores que quiere decorar con medias». [729] Pero era una medida del estatus de Popov que pudiera ordenar a los servicios secretos británicos que le comprara medias, y que ellos estuvieran dispuestos a hacerlo, a regañadientes.

Hemos hecho el máximo posible para cumplir los deseos de Triciclo respecto a la comodidad de sus amores, pero tengo una fuerte sensación de que este tipo de actividad debería pararse ya. Es legítimo que un agente que trabaje en el extranjero dé propinas si es necesario en interés de la situación de guerra: no imagino cómo se puede aplicar este principio a Triciclo. ¿Piensa que sería posible que le entrara en la cabeza a Triciclo que su país y nosotros tenemos derecho a sus

obligaciones desinteresadas? [730]

Tar Robertson era indulgente, argumentando que «Triciclo tiene el punto de vista de los Balcanes de que todas las posiciones de influencia pueden utilizarse en beneficio personal». [731] Para empeorar las cosas, los acreedores americanos de Popov descubrieron que había trabajado para el gobierno británico en calidad de algo, y la Agencia de Cobro de Morosos Keyston comenzó a reclamar el pago de sus facturas pendientes a través de canales diplomáticos. «Lo que me

parece urgente es que debemos hacer que la agencia de cobro de morosos deje de tratar de reclamar sus deudas a Triciclo a través del Ministerio de Información británico», [732] escribió Tar. Trivett's Tested Seeds finalmente consiguió lo que le debían, sin ser consciente de que le había sacado el dinero a la inteligencia británica.

En una reunión con Wilson en febrero, Popov anunció «su deseo de hacer algo más activo para burlar a los alemanes», [733] y se le dijo que «sin duda no había intención de dejar que su caso vegetara». [734] Popov pidió que le lanzaran en paracaídas sobre Yugoslavia

para unirse a los partisanos chetnik, insistiendo en que «estaba preparado para correr casi cualquier riesgo para lograr lo que sea que pueda resultar realmente útil». [735] La petición fue denegada. Popov era demasiado valioso como para ponerlo en riesgo, pero sus exigencias y quejas, sus inquietudes y sus correrías sexuales, sus «camisas de seda blanca con cuellos suaves y corbatas extravagantes» [736] estaban empezando a poner a prueba incluso las enormes reservas de tolerancia de Wilson: «Triciclo continúa siendo una molestia infernal». [737] Así que se acordó enviarle de regreso a Portugal.

«Todo agente de la Doble Cruz tiene inclinación a ser vano, temperamental e introspectivo», [738] escribió Masterman, pero estas personalidades volátiles estaban demostrando ser incluso más difíciles de manejar. Uno de los miembros más importantes del equipo había conseguido que le arrestaran, otro estaba metido en una espectacular ruptura matrimonial, y un tercero exigía mujeres, bombones y camisas de seda mientras vivía una vida de príncipe mimado. Incluso Elvira Chaudoir pedía más dinero y coqueteaba con el MI6. La constante necesidad de controlar, engatusar, halagar y apoyar a esta gente

difícil estaba costando un precio. Sin embargo, el esfuerzo, los gastos y la frustración merecerían la pena si los espías de la Doble Cruz conseguían engañar a los alemanes para que cometieran un error grande y desastroso.

En la conferencia de Casablanca, en enero de 1943, los Aliados acordaron que no se podía llevar a cabo una invasión a través del canal de la Mancha antes de la primavera de 1944. La ofensiva principal para 1943 sería en Italia, a través de Sicilia, mientras que el Ejército Rojo de Stalin continuaría la épica batalla en el Este. Los alemanes sabían que una invasión de Francia era

cuestión de tiempo, y ya estaban haciendo planes para reformar el Muro Atlántico con millones de toneladas de cemento y acero, utilizando trabajo esclavo. No podían saber que los Aliados habían decidido centrarse en otros sitios durante 1943, y ahí había una oportunidad.

La Sección de Vigilancia de Londres diseñó un plan de engaño, con el nombre en clave de «Escarapela», para crear falsas amenazas en Noruega y el norte de Francia, con la esperanza de inducir a sacar tropas alemanas del Mediterráneo y del frente oriental, o al menos inmovilizarlas en el norte de

Europa. A principios de septiembre una flota simulada de invasión se haría a la mar desde Kent y Hampshire, con destino aparente a Calais, para involucrar a la Luftwaffe en la batalla sobre el canal de la Mancha; otra falsa fuerza de invasión, esta vez estadounidense, amenazaría Bretaña, mientras que una tercera haría lo mismo con Noruega. La pieza central del engaño debía conseguirse al colocar información falsa a través de los agentes dobles. Escarapela no era precisamente la gran jugada de dados que vislumbraba Masterman, pero era el juego más ambicioso hasta la fecha.

El equipo de la B1A entró en acción. Los mensajes de Von Karsthoff a Popov indicaban que «sin duda las cuestiones sobre la invasión son aquello en lo que está interesado principalmente el enemigo». [739] Así pues, «debe ser provisto de muchos elementos a partir de los cuales sea posible crear todo tipo de interferencias sobre nuestras intenciones futuras». [740] De nuevo Popov estaba «del mejor humor posible», [741] y deseando volver a ver a Jebsen. «Debería estar de vuelta a tiempo para comunicar algunas desinformaciones realmente efectivas cuando la invasión del continente sea

inminente», [742] escribió Wilson. En julio, Popov voló una vez más a Lisboa (dejando que el MI5 pagara su alquiler pendiente), llevando una cartera llena de pistas que indicaban que la invasión de Francia estaba al alcance de la mano: su sastre le dijo que los oficiales de alta graduación estaban encargando uniformes de batalla, los hospitales preparaban las camas, y las canoas impulsadas por electricidad estaban siendo fabricadas en gran número. Dijo a Von Karsthoff que «había llevado a sus novias a diferentes pueblos de la costa meridional durante varios fines de semana», [743] y en Southampton

descubrió que se habían preparado refugios para un ataque aéreo de represalia, lo que indicaba que el puerto «tendría actividad como base de suministro para el ejército invasor». [744]

Los subagentes de Popov, Gelatina y Globo, añadieron detalles que lo corroboraban, mientras que Mutt y Jeff, los dos noruegos, informaron de que Noruega estaba bajo amenaza de un ataque desde Escocia. Bronx transmitió chascarrillos sobre la invasión que había captado de políticos, periodistas y otros, incluyendo una conversación con un inventado cirujano de Harley Street, llamado Nielson, que le había hablado

de «preparativos en los hospitales para una invasión en otoño». [745] El 11 de julio escribió: «Francia será atacada en septiembre. Aumento de la producción de las barcazas de invasión. Buena cosecha y crecimientos en las granjas de cerdos». [746] La respuesta le felicitaba: «Satisfechos con trabajo. Detalles exactos sobre invasión, pagarán los gastos de viaje por esto».

La red Garbo informaba de la concentración de tropas en Gales y Escocia, mientras que el propio Pujol informaba de haber visto siete divisiones cerca de Brighton (aunque tenía cuidado al señalar que podía

tratarse solo de unas maniobras); sus subagentes habían localizado naves de asalto concentradas en los puertos del canal de la Mancha, campamentos militares cerca de Southampton y torpederas en Dover.

Siguiendo órdenes de Robertson, incluso las palomas del teniente Walker fueron alistadas para este engaño. Durante algún tiempo la inteligencia británica había estado mandando palomas mensajeras a la Francia ocupada que llevaban cuestionarios sobre las defensas alemanas, «con la esperanza de que al menos alguna de ellas cayera en manos de personas que

apoyen la causa aliada», [747] a los que se apremiaba para que rellenaran los cuestionarios y liberaran los pájaros para que volaran de regreso a través del canal de la Mancha. Las palomas eran lanzadas en paracaídas, en contenedores de cartón, cada uno con una pequeña bolsa de grano. «Reúno algunos resultados satisfactorios obtenidos de las respuestas a esos cuestionarios», [748] escribió Robertson. «Pero algunos caen en manos enemigas». [749] Cualquier método de buscar la verdad también puede ser utilizado para colocar una mentira. «Se me ocurre que este es un medio posible de transmitir engaños

al enemigo mediante la cuidadosa redacción de los cuestionarios, ya que presumiblemente los alemanes deben, si capturan alguna de estas aves, prestar atención al tipo de pregunta que se hace en ellos». [750]

Robertson dio órdenes de que «el cuestionario llevado por las palomas fuese lanzado en el paso de Calais y las zonas costeras occidentales deben dar la impresión de que estamos muy interesados en conseguir información detallada de estas zonas en las playas y las defensas costeras, aeródromos, puntos neurálgicos en carreteras y comunicaciones por ferrocarril,

localización detallada de formaciones, cuarteles generales y unidades, puentes, puertos e instalaciones para demoliciones, etc».. [751] Los alemanes lo leerán y supondrán que la invasión es inminente. Walker preparó su bandada, y en agosto más de mil palomas mensajeras, cada una de ellas con una lista de preguntas diseñada deliberadamente para sugerir un ataque inminente, fueron lanzadas en un diluvio batiente en Calais y Bretaña. «El mero hecho del aumento del número de palomas utilizadas tenía un cierto valor de engaño», [752] informó con regodeo Robertson.

Finalmente llegó el día de la invasión falsa. El 8 de septiembre, el agente Garbo informó de que las tropas habían sido acuarteladas y que las naves de asalto se estaban reuniendo. Una flotilla invasora simulada, de unos treinta barcos, se dirigió a Francia, precedida de dragaminas. Dado que la información llegaba de todas partes, seguramente los alemanes no podían dejar de pensar que estaba teniendo lugar una invasión a gran escala.

Pero esto es exactamente lo que pasó.

En respuesta a la gran farsa los alemanes hicieron… nada en absoluto.

Las baterías costeras no abrieron fuego, la Luftwaffe no despegó, y el alto mando no cambió la distribución de las tropas a lugares donde se necesitaban. Como señaló irónicamente un oficial británico: «Era una visión estimulante ver a todo el mundo hacer lo que le correspondía a la perfección… excepto, desgraciadamente, los alemanes». [753] El único indicio de que siquiera se habían dado cuenta de la elaborada actuación llevada a cabo para su provecho se produjo cuando «un subalterno alemán de un puesto artillero de la costa en la ribera lejana [fue] captado por casualidad llamando por

radio a su capitán para preguntar si alguien sabía de qué iba todo ese alboroto». [754] A unas diez millas frente a Boulogne, la falsa fuerza invasora se detuvo, esperó a que los alemanes hicieran algo y, cuando no lo hicieron, regresó.

Desde el punto de vista de los Aliados, el intento de engaño fue «en extremo decepcionante», [755] por no decir descaradamente humillante. Luego se sabría que en lugar de reforzar sus defensas a la luz de una amenaza percibida, los alemanes en realidad habían reducido el número de tropas en vísperas de la falsa invasión,

convencidos aparentemente de que seguía sin haber suficientes tropas en Gran Bretaña para una invasión a gran escala. Garbo se apresuró a cubrirse las espaldas mandando un mensaje a su controlador alemán: «Parece que la operación ha sido suspendida. Las tropas sorprendidas y decepcionadas». [756]

Escarapela fue un fracaso, pero el equipo de la Doble Cruz podía sacar algunas migajas de consuelo. Popov parecía aún más firme en el favor de sus jefes alemanes y, en realidad, la credibilidad de Garbo se vio reforzada por la farsa. «Tu actividad y la de tus

informantes nos proporcionó una idea perfecta de lo que está teniendo lugar allí», [757] decía entusiasmado Kühlenthal, que se estaba contagiando del estilo de escritura rococó de Garbo. «Estos informes, como puedes imaginarte, tienen un valor incalculable y por esta razón te ruego que actúes con el mayor de los cuidados de modo que, en estos momentos cruciales, no te pongas en peligro ni a ti mismo ni a tu organización». [758] Los mensajes marcados como «urgentes» eran transmitidos desde la red de Garbo a Berlín en un máximo de una hora. «No puede haber dudas de la elevada

posición de la que disfruta Garbo con sus patrones», [759] le dijo Johnny Bevan a Tar Robertson. «Garbo tendrá que jugar un papel muy importante en el futuro».

Se aprendieron algunas lecciones útiles por el plan fallido: cualquier engaño futuro debería involucrar a todas las ramas militares, en su máxima extensión y a una escala lo más amplia posible; ninguna falsa invasión sería creída a menos que estuviera teniendo lugar al mismo tiempo una real. Los jugadores de la Doble Cruz deberían elevar las apuestas. A pesar de la decepción, Masterman «estaba ansioso

por que llegara el día en que debamos formar parte del gran engaño final».[760] El episodio también infundió confianza renovada en Tar Robertson, junto a una profunda, pero no completamente útil, creencia en «los usos reales que se pueden dar a las palomas desde el punto de vista del espionaje». [761]

12
El tesoro descubierto

Kenneth Benton era, hablando formalmente, el oficial de Control de Pasaportes de Su Majestad en Madrid, encargado de los visados, inmigración y trámites de aduanas. En realidad trabajaba para el MI6, captando agentes, dobles agentes potenciales y, con su mujer Peggie, también oficial del MI6, organizando una amplia gama de tejemanejes para confundir al espionaje alemán en la península Ibérica. Su homólogo en Madrid, Karl-Erich

Kühlenthal, le consideraba un «zorro astuto», [762] una descripción que Benton había leído en las Fuentes Más Secretas, y que consideraba más bien halagadora.

A las 10.30 del 17 de julio de 1943, la secretaria de Benton, Mollie Gillard, llamó para decir que había alguien en la recepción de la embajada que pedía entrevistarse con él urgentemente para conseguir un visado. Poco después, una «mujer bastante atractiva de unos treinta años» [763] fue acompañada a su despacho, llevando un perrito blanco. La visitante se acomodó en una silla con un respaldo de mimbre que chirriaba, colocando el perro en su regazo.

«—Mi nombre es Benton —dijo—. Si he entendido bien desea ir a Inglaterra para reunirse con su familia.

»—No exactamente —contestó la mujer—. Voy allí a espiar».

Con buen inglés, Lily Sergeyev describió su reclutamiento en París por el comandante Emile Kliemann como «Agente Solange», su entrenamiento en el uso de una radio y la tinta invisible, y su misión de espionaje en Gran Bretaña: ahora quería cambiar de bando.

Estuvieron evaluándose entre sí. Lily

vio un «ejemplo clásico de “inglés”: joven, alto y delgado, con una cabeza larga y estrecha y una frente recta con pelo rojo ralo». Benton vio una típica francesa, «maquillada y vestida para matar», con una actitud que tendía a dramatizar sobre sí misma, pero claramente inteligente. Se preguntó si ella se servía «a sí misma en primer lugar y de manera destacada». Durante las pausas de la conversación susurraba comentarios, en ruso, a su perro.

Lily explicó que, tal y como le había ordenado Kliemann, se había puesto en contacto con un agente de la Abwehr en Madrid, un hombre que solo conocía

como «Hans». El propio Kliemann había prometido llevarle una radio a Madrid. Iba con retraso.

Benton le dijo a Lily que presentara un informe a Hans, y le dijera que las autoridades británicas estaban de acuerdo con darle un visado, pero que el proceso tardaría varias semanas. Entonces esperaría la llegada de Kliemann. Esa tarde Benton mandó un telegrama cifrado a Londres, describiendo su encuentro con Lily Sergeyev, y preguntando si al MI5 le podía servir para algo. Él mismo estaba «indeciso». [764]

Sus dudas fueron compartidas por

John Masterman. «Yo sería muy cauto respecto a aceptar que se convierta en agente doble para nosotros», escribió. «Debería ser interrogada de manera exhaustiva y conseguir una explicación completa de sus actividades antes de decidir que podemos utilizarla». [765] El MI5 comenzó una revisión de sus antecedentes, entrevistando a la gente que conocía a Lily en Gran Bretaña. «Tenía amigos y parientes respetables», [766] anotó Tar, pero estos ofrecían una visión contradictoria sobre sus lealtades. Virginia Hall, una agente estadounidense del SOE que había conocido a Sergeyev en París antes de la

guerra, dijo que sospechaba que Lily era «proalemana». [767] Anthony Blunt, que también la conocía algo, la describió como «una rusa blanca con opiniones ligeramente izquierdistas» [768] (lo que tenía gracia viniendo de él). Su prima, la Dra. Elizabeth Hill, que vivía en Cambridge, estaba «perfectamente segura de que las simpatías de Lily eran pro Aliados», [769] y pensaba que era «un tanto aventurera pero una chica extremadamente inteligente». [770]

La persona a la que asignaron que investigara a Lily Sergeyev era Mary Sherer, el último añadido al equipo de Tar y la única oficial de caso de la B1A

(aunque le habían negado el estatus de oficial de pleno derecho). Mary Corrie Sherer tenía veintinueve años, era fuerte, ambiciosa y con un afilado sentido del humor «a menudo a costa de los demás».[771] Se había incorporado al MI5 como secretaria en 1938, y pasó la primera parte de la guerra en la sección de contra-sabotaje y trabajando para la Coordinación de Seguridad británica en Nueva York, el brazo clandestino del MI6, MI5 y SOE que trataba de meter a Estados Unidos en la guerra mediante propaganda, chantaje y espionaje. Criatura del imperio británico de la India e hija de un general de brigada,

Mary tenía un porte militar, y a menudo llevaba una chaqueta roja con hombreras que pensaba que le hacían parecer un general. Caminaba con un paso largo y marcial, balanceando los brazos y tarareando cancioncillas cuando pensaba que nadie la podía escuchar. En un mundo de hombres adoptaba un caparazón de dureza, fumando Kent sin filtro y manejando su copa de ginebra como cualquier hombre. «Mary era alguien con quien no querrías cruzarte, y no perdonaba fácilmente cualquier fallo». [772] Pero también había dulzura en ella, y una razón de ser decidida.

Después de llevar a cabo la revisión

de los antecedentes de Lily Sergeyev, Sherer concluyó: «Parece ser una personalidad adecuada para convertirse en agente doble». [773] Mary Sherer «tenía mucho carácter», [774] según Benton, y no fue la última vez que se enfrentó a sus escépticos jefes hombres, insistiendo en que una doble agente, equipada con su propia radio y un controlador alemán crédulo, podía ser muy valiosa en los preliminares de la invasión aliada del noroeste de Europa. Mary le puso el nombre en clave de «Tesoro».

Después de casi dos meses en Madrid, Lily se sentía oprimida por una

ciudad «llena de amenazas e intrigas; un lugar en el que todo el mundo está conspirando, sobornando o vendiéndose a sí mismos». [775] Apremió a Hans, su contacto de la Abwehr, para que le dijera a Kliemann que llegara pronto. Sin embargo, seguía sin aparecer. «Me he vuelto muy buena mintiendo», escribió en su diario. «Comienzo a sentir la tensión nerviosa [de] este doble juego, este constante cambio de personalidad sin ninguna pausa cuando puedo volver a ser yo misma». [776] La única criatura en la que podía confiar era su perro. Lily escribió a su hermana: «El calor en Madrid es tórrido. *Babs*

duerme muy feliz sobre su espalda con las cuatro patas en el aire y la lengua colgando. Acabo de estar hablándole de ti a él. Abrió un ojo y levantó una oreja; quiere decir que se acuerda». [777]

Organizó otro encuentro con Benton, que le dijo que lo había hecho extraordinariamente bien. «Sabemos ciertas cosas sobre el comandante Kliemann», le explicó. «Es un hombre importante de la inteligencia alemana —de hecho es una figura imponente—. Tengo la impresión de que lo subestimas. Sin duda tiene sus debilidades —piensas que es un tanto absurdo porque siempre llega tarde a las

citas—. Si averigua que le has engañado, no llegará tarde a la siguiente cita, te lo puedo prometer». [778]

Finalmente, Hans le dijo que Kliemann estaba de camino, y que se reuniría con ella en el café Bakanik. Cuando llegó por fin, el perro saltó para darle la bienvenida. «*Babs* le lame la cara mientras él le mueve la cola y todo el cuerpo». [779] Lily se sintió conmovida por la visión de su perro y su jefe alemán, encantados de volver a verse: «Les miraba y pensé: por fin algo genuino». [780] Kliemann estaba entusiasmado con la manera en que avanzaba la misión de Lily. Se acicaló y

pidió un flujo continuo de bebidas. «Será algo importante para mí: haber conseguido captar un agente y hasta hacer que ese mismo agente vaya a Inglaterra. Es increíble. Parece como si fuera a funcionar». [781]

Kliemann, normalmente tan aletargado, estaba muy activo. Planeaba proporcionarle una radio escondida en un gramófono, con las instrucciones para su uso escritas en un micropunto oculto en la caja. Para leerlo necesitaría comprarse un pequeño microscopio. Debería fingir que le interesaban los microbios. En efecto, debería llevarse un libro sobre la materia como tapadera:

ella recomendó *Cazadores de microbios* de Paul de Kruif. Lily declinó decir que pensaba que era un plan ridículo y complicado en exceso. Bastante borracho, Kliemann estaba disfrutando de su papel, aunque Lily podía sentir que tenía algo más en mente. De pronto se quedó absorto mirando «el espacio enfrente de él pensativamente, suspirando con profundidad». [782]

«¿Pasa algo?», preguntó Lily, sabiendo que la conversación iba a cambiar a su tema favorito: Yvonne Dedidaise, su amante.

Kliemann enterró su rostro entre sus manos. «Debes pensar que soy ridículo.

Quizá lo sea. Es joven y bella, alegre e ingeniosa. ¿Y yo? Mírame. Un hombre casado de cuarenta y seis años». El jefe de espías alemán pidió otra botella de vino y se desahogó. Yvonne había pasado el mes de mayo en Madrid, en el Ritz, le dijo. Después de regresar a París ya no era la misma hacia él; algo debía haber pasado mientras estaba allí. Y quería que Lily le ayudara a averiguar qué era.

Con una feroz punzada de irritación Lily comprendió que Kliemann había venido a España con un motivo oculto que no tenía nada que ver con ella, y todo que ver con su vida amorosa. Como

la mayoría de los amantes celosos, ya había decidido cuál era el rival que creía que Yvonne había estado viendo en Madrid: Edgar Espirito Santo. «Es portugués. Un banquero muy rico. Solía ver mucho a Yvonne. Es un donjuán. Yvonne le divertía. Es alegre y graciosa, pero Yvonne no significa nada para él. Creo que se veían aquí. Él siempre se queda en el Ritz —y quiero saber si estuvo allí al mismo tiempo que Yvonne—. Tengo que saber si sigue con el maldito Espirito Santo. Y si me ha engañado…»

«—¿Y después qué?

»—Después debería pedir que me mandaran al frente ruso.

»—Pero ¿qué quieres que haga?»

Kliemann sugirió que hiciera preguntas y si el banquero se había alojado en el Ritz cuando Yvonne estaba en Madrid. Lily había venido a España como espía alemana, no como detective privado por cuenta propia para un hombre casado de mediana edad enamorado de una mujer más joven. Estaba indignada.

«—Comandante Kliemann,

no me importan nada tus ridículas aventuras —clamó Lily —. En unos días debería estar en Inglaterra y tú estarás en París. Probablemente no te vuelva a ver. ¿Por qué debería importarme si Yvonne te engaña o no?»

Kliemann suplicaba, y estaba borracho. Ella le dejó en el café.

Al día siguiente le contó esta extraña conversación a Benton, que informó de ella al MI5: Kliemann «parece estar extremadamente satisfecho con sus progresos» [783] y «está patológicamente

celoso» [784] de su amante, escribió, dos descubrimientos que, juntos, le volvían en extremo vulnerable. Lily era la única espía de Kliemann. Si ahora se convertía en un sostén de su endeble ego sexual, entonces estaría aún más en deuda con ella, y sería incluso más fácil de manipular. Benton le aconsejó que informara al comandante de que «el objeto de los celos de Kliemann no estaba en el Ritz, ni siquiera en Madrid, en mayo». [785] El oficial del MI6 hizo sus propias averiguaciones, que insinuaban que Yvonne probablemente *sí* había seguido con el banquero portugués. No tenía sentido decírselo a

Kliemann. «Sea cual sea la verdad, el informe debe demostrar que Yvonne le es fiel. Ahora que lo sabemos todo sobre el comandante Kliemann queremos que siga desempeñando su trabajo. Debemos asegurarnos de que no le manden al frente oriental». [786]

Kliemann estaba encantado con el «informe completamente ficticio pero tranquilizador» [787] de Lily que confirmaba la fidelidad de Yvonne. Como era de esperar no había sido capaz de encontrar un receptor de radio para ella, pero insistió en que sería capaz de conseguir que le pasaran uno en Gran Bretaña, por parte de un

español «que estaba obligado por unos amigos de Kliemann». [788] (El MI5 llegaría a la conclusión más tarde de que se trataba de una referencia a Ángel Alcázar de Velasco, el agregado de prensa de la embajada española y conocido agente alemán.) Después le dio dos bolitas de tinta invisible, y un largo cuestionario —cuyo objetivo claro era descubrir los planes de invasión de los Aliados— diciéndole que lo memorizara y después lo destruyera. «¿Qué opiniones existen en los círculos autorizados ingleses sobre los preparativos de desembarco? ¿Dónde están situados los cuarteles en las

ciudades costeras?» [789] Kliemann quería información sobre uniformes y movimientos de tropas, cancelación de los permisos, producción de armamento y muchas más cosas. Lily, y la inteligencia británica, parecían tener a Kliemann exactamente donde querían tenerlo: ella era «la personificación de sus esperanzas, la prueba de su delicadeza, su valor y su don». [790]

Solo en una ocasión la conversación dio un giro más siniestro, cuando Kliemann, con estudiada despreocupación, señaló que después de su abrupta marcha de París, la Gestapo había puesto bajo vigilancia el piso de

sus padres. A Lily no le gustó el sentido de amenaza en esa observación, y le dijo que «si mis padres sufren algún daño mientras estaba fuera, se encontraría que pasaría a trabajar para el otro bando en su contra». [791] Fue una broma a medias, pero la respuesta de Kliemann fue inmediata, cortante y por completo carente de humor: «Naturalmente, si ella le engañaba, debía considerar que las vidas de sus padres estaban en juego». [792]

Kliemann ahora se metió la mano en el bolsillo con un aire de gran generosidad, y le dio a la agente Solange un pequeño paquete envuelto con papel

de seda: dentro había un solitario y un broche de cinco centímetros con forma de rama y con cinco pequeños diamantes que representaban flores. El anillo había costado 95.000 francos en París, dijo, y el broche 39.000 escudos portugueses. En Inglaterra podría vender las joyas, y decir que habían pertenecido a su abuela. A esto añadió un fajo de siete pesetas, con otras dos mil como extra por tranquilizarle sobre la visita de Yvonne a España, una muestra de gratitud por su «ayuda y simpatía». [793] Terminada la cena, Kliemann se subió a un taxi en la plaza de Callao y se alejó con «un alegre saludo». [794] Era un

hombre feliz: su amante le era fiel, sus jefes estaban contentos, y su agente estrella estaba a punto de ayudarle a ganar la guerra para Alemania. Esa noche Lily escribió en su diario: «Se ha marchado. No ha descubierto nada. Y ahora: Inglaterra». [795]

A Kenneth Benton del MI6 había llegado a gustarle Lily. Le gustó aún más cuando volvió a aparecer en su oficina, acompañada de *Babs*, y entregándole el cuestionario de Kliemann, que probaba la creciente ansiedad de los alemanes sobre la invasión que se avecinaba. Iba de punta en blanco, pues se había gastado todo el dinero español que le

había dado Kliemann en ropa. «Estaba llegando a conocerla y sentía que sabía apreciar el trabajo. Todo estaba listo para su viaje a Lisboa. Entonces hizo explotar una mina». [796]

«Sr. Benton», dijo Lily. «Tengo otra petición. He trabajado para ti; seguiré trabajando para ti; no pido ningún pago. Pero quiero pedirte un favor: quiero conservar a *Babs* conmigo». [797]

A Benton le pilló desprevenido. No era posible. No lo permitirían. Había leyes de cuarentena.

«Se trata exactamente de eso. Quiero saltarme la cuarentena», le explicó Lily. «He vacunado a *Babs*. Tengo el

certificado antirrábico, y no hay peligro. Es lo único que te pido, pero insisto en ello». [798]

Las leyes británicas que impedían a los perros entrar en el país hasta que fuera declarado libre de enfermedades eran algunas de las más antiguas y estúpidas del código legal, y se mantuvieron mucho después de que la ciencia y la tecnología hubiesen eliminado, de manera efectiva, la amenaza de la rabia. Esta extraña xenofobia animal probablemente tuviera algo que ver con el hecho de que Gran Bretaña fuese una isla. Benton estaba encantado de quebrar cualquier ley del

código que ayudara a ganar la guerra, pero no iba a romper las sacrosantas leyes de la cuarentena. Prevaricó. «Veré qué puedo hacer…» [799]

Pero a Lily no le iban a dar gato por liebre. No se marcharía sin *Babs*. «Si mi trabajo es importante entonces vale la excepción; si no lo vale, entonces no merece la pena que vaya a Inglaterra… Para ti es solo un perro; pero para mí es *Babs*, y vale más que un millón de libras. Simplemente diles eso a tu gente de Londres». [800] Estaba teniendo uno de sus ataques de rabia. «¿Por qué no puedo ir a través de Gibraltar?»

«—Aunque lo hicieras tendrías que dejar al perro en cuarentena durante seis meses. De hecho, ni siquiera estoy seguro de que permitieran eso.

»—Puedes convencerles. Después de todo voy a ser una importante agente doble.

»—No puedo convencerles. Estamos en guerra, Lily.

»—Entonces me niego a marchar. Me quedaré aquí, en España. No abandonaré a mi pequeño y pobre Babs».

Desesperado por que acabara la

entrevista, Benton le ofreció encontrar un buen dueño para *Babs*. Estábamos en guerra y tenía que sacrificarse.

Lily susurró airadamente en ruso al perro, antes de darle la espalda a Benton. «No lo tendrás… Él no sabe nada de la guerra; todo lo que quiere es estar conmigo».

Benton (al que más bien le gustaban los perros) le dijo que haría lo que pudiera, aunque sabía que «va a ser imposible hacer que ese desdichado perro entre en Gran Bretaña sin pasar por la cuarentena». [801] Benton había recurrido a un tipo de contemporización muy inglesa, un compromiso para hacer

lo que pudiera cuando en realidad planeaba hacer muy poco y pensaba que no se podía hacer nada. Pero Lily había escuchado algo muy diferente: había escuchado a un inglés prometerle que podría llevar a su perro a Gran Bretaña. Ese malentendido tendría unas ramificaciones muy profundas.

Benton preguntó a Londres qué hacer sobre el perro de Lily. «Llévala a Gibraltar, y que los colegas gibraltareños se las arreglen», [802] fue la respuesta. Benton informó a Lily: «Mis colegas de Gibraltar serán capaces de encontrar un modo de pasar a *Babs* clandestinamente a Gran Bretaña, quizá

por barco». [803] En realidad esto ya había sido descartado por el oficial del MI6 en la isla.

El 7 de octubre de 1943, Lily Sergeyev, que viajaba con nombre falso, llegó escoltada a Gibraltar, con su perro. Benton no dejó de darse cuenta de la «mirada de sospecha» [804] que le lanzó cuando se dijeron adiós. Como era de esperar, cuando llegó a Gibraltar los oficiales de aduanas insistieron en que dejara el perro. «Cogí a *Babs* en el aire y se lo entregué», [805] escribió Lily en su diario. «El momento difícil había llegado». Pero su separación, se aseguró a sí misma, sería temporal. Tenía la

«promesa» de Benton.

Al día siguiente un oficial del MI6 de paisano, que se presentó como O'Shagar, acudió a ver a la agente Tesoro al hotel. «A partir de aquí no tiene nada que temer. Nos encargaremos de todo», [806] le dijo.

Lily le presionó respecto a *Babs* y «la promesa del Sr. Benton de arreglar su transporte y de asegurarse de que no tendría que pasar la cuarentena». [807] O'Shagar le contestó que también se habían «ocupado de eso». [808]

Esa noche, en el bar del hotel, conoció a un amistoso piloto estadounidense, el teniente Kenneth

Larson, al que le gustaban los perros. «¿Por qué no lo mandas a Londres con uno de nuestros pilotos? Ellos no tienen que pasar por la aduana o ningún otro control», dijo. «¿Quieres que lo arregle en tu nombre?» A la mañana siguiente informó de la conversación a O'Shagar, señalando que este arreglo podría «ahorrarnos un horrible montón de problemas y papeleos». Pero quería que le prometiera que si los estadounidenses no podían entregar a *Babs* en Gran Bretaña, entonces el MI6 encontraría una manera de hacerlo.

«Tiene mi palabra», [809] dijo O'Shagar. (Esta es, al menos, la manera

en que Lily recordaba la conversación.)

Por alguna ley inmutable de los viajes, el equipaje siempre te deja tirado cuando tienes más prisa. Lily estaba a punto de embarcar en el vuelo para Inglaterra cuando se rompió un cierre de la maleta, volcando su contenido por todas partes. O'Shagar reunió sus pertenencias dispersas, las embutió en la maleta rota, y le prometió arreglarla y embarcarla en el siguiente vuelo. Lily corrió para coger el avión.

Unas horas después, *Dorothy Tremayne* aterrizó en el aeropuerto de Bristol. A la mujer policía encargada de recogerla le habían dicho que buscara a

una mujer con un perrito blanco y un gran tocadiscos. No tenía ningún gramófono ni ningún perro; tampoco tenía maleta. Pero no había ninguna duda de que la francesa que se quejaba ruidosamente en la zona de llegadas tenía que ser Lily Sergeyev. Por fin se había logrado que Tesoro entrara de incógnito en Gran Bretaña, llevando con ella, en palabras de Masterman, «una dote abundante: la confianza de los alemanes». [810]

De regreso en Madrid, Kenneth Benton, del MI6, tuvo «un sentimiento de culpa» [811] cuando se enteró de que Lily había volado a Inglaterra dejando

atrás a su amado perro en Gibraltar. Pero entonces reflexionó: «Después de todo estamos en guerra, y los sacrificios, tal y como le dije, deben ser realizados tanto por las personas como por las conciencias». [812] Además, Benton tenía otras cosas en la cabeza: estaba a punto de pescar un pez aún mayor, un oficial de la propia Abwehr.

13
El espontáneo

El 14 de septiembre de 1943, Dusko Popov voló de vuelta a Gran Bretaña, y fue llevado inmediatamente a Clock House, la casita de campo alquilada por el MI5, para una sesión informativa con Tar Robertson y Ian Wilson. Ambos estaban en un estado de gran agitación al ver lo que Triciclo había traído de Lisboa. Solemnemente Popov abrió la «valija diplomática» que le había proporcionado Von Karsthoff. «Primero cayeron un gran número de medias de

seda», [813] escribió Wilson. Fueron seguidas por un radiotransmisor, una cámara Leica y seis carretes, ingredientes para fabricar tinta invisible, dos mil dólares y dos mil quinientas libras en efectivo y aún más cuestionarios. Este completo kit de espía era prueba suficiente de la fe de los alemanes en Popov, pero hubo reconfirmación adicional por parte de las Fuentes Más Secretas que, como informó Wilson, «dejaron claro que los informes de Triciclo a nosotros eran precisos, que en su mayor parte los alemanes seguían creyendo en él y que aquellos miembros de la Abwehr que

tenían motivos para dudar eran tan corruptos o estaban tan temerosos de perder sus trabajos por revelar hechos incómodos que están haciendo todo lo que pueden para apoyarle». [814]

Popov explicó que se había vuelto a reunir con Johnny Jebsen, y que ahora estaba «absolutamente seguro» [815] de que su amigo sabía que era agente doble: «La manera en que me habla y todo su comportamiento lo demuestra muy claramente». [816] Jebsen había sido aún más cándido que antes, hablando de «ese idiota de Hitler» [817] y diciéndolo con «una divertida sonrisa en sus ojos» [818] que dejó a Popov sin dudar de que

sabía que cualquier palabra que dijera sería transmitida directamente a los Aliados. Los enemigos de Jebsen en Berlín maquinaban en su contra, dijo, y la Gestapo le estaba rodeando. Pero la parte del informe de Popov que realmente puso en guardia a sus oyentes fue el relato de Jebsen de «un nuevo invento» [819] que está provocando gran entusiasmo en Berlín, un aparato de varios cohetes «que tiene el mismo efecto que una bomba de dos mil kilos». [820]

Inmediatamente Robertson mandó un memorándum al Comité Veinte, informando al consejo de esta alarmante

información de Jebsen que parecía estar, «por primera vez, actuando como un informador consciente». [821] Popov no dijo explícitamente que había aconsejado a su amigo que se dirigiera a los británicos y se ofreciera a sí mismo como agente doble, pero casi con toda seguridad lo había hecho. Se envió un informe completo a Churchill:

> Triciclo acaba de regresar de una visita a Lisboa en la que ha estado en contacto con miembros del servicio secreto alemán. Tuvo la impresión de que ya no tienen esperanzas en ganar la

guerra y esperan que acabe pronto. Se enteró por su jefe de espías que también es amigo íntimo que este cree en la existencia de un mísil para bombardear Londres. El jefe de espías añadió que los bombardeos sobre Alemania han retrasado la producción del arma en unos dos meses, pero que debería estar en funcionamiento en diciembre y a Triciclo le han aconsejado que abandone Londres antes. Los alemanes también dijeron a Triciclo que están bien informados del orden

de batalla británico. Los alemanes dijeron que prácticamente no tienen agentes en Estados Unidos, pero que tienen diez o doce en el Reino Unido (esto se corresponde con los que controlamos). También le contaron la historia de un comandante del servicio secreto alemán en Berlín que había sugerido que los agentes en Inglaterra están bajo control británico pero fue despedido por hacer esta sugerencia en veinticuatro horas. [822]

El «mísil» era la V1, la bomba volante que estaba siendo desarrollada en Alemania para someter a Gran Bretaña mediante bombardeos. La información de Jebsen corroboró lo que ya era conocido sobre el nuevo armamento, mientras que su descripción de la fe alemana en su red de espías en Gran Bretaña subrayaba la afirmación de Tar de que lo controlaba todo: cualquier oficial de inteligencia alemán que se atreviera a sugerir que los espías eran falsos sería visto como un hereje y candidato a la hoguera.

El elemento final del botín lisboeta de Popov era un plan que se había

estado cocinando durante algún tiempo: un modo de pasar, de manera clandestina, más agentes dobles a Gran Bretaña, con ayuda alemana. Con la aprobación del MI5, Popov le había contado a Von Karsthoff un cuento ingenuo: ya que muchos yugoslavos estaban deseosos de ir a Gran Bretaña, ¿por qué no introducir a algunos espías secretos nazis entre los refugiados auténticos? El hermano mayor de Popov, Ivo, que vivía en Belgrado, podría seleccionar a candidatos potenciales. A Ivo los alemanes le tenían en alta consideración, ya que veían en él a un colaborador entusiasta y entregado, en el

que confiaban tanto que le habían dado salvoconductos, un uniforme de la Wehrmacht y el rango de *Sonderführer* (jefe especialista). Ivo Popov elegiría reclutas, que con la ayuda alemana serían llevados clandestinamente a Gran Bretaña, a través de España, como refugiados. Un vez que llegara, el hermano más joven de los Popov se encargaría de ellos, añadiéndoles a su red de espías. Von Karsthoff no dejó pasar la idea, y el 23 de julio mandó un mensaje a Berlín describiendo la treta de Popov para infiltrar espías en Gran Bretaña: «Considero que es un buen plan», escribió. «Sigo considerando a

Ivan de fiar, si se le mantiene bajo supervisión». [823]

Lo que Von Karsthoff no sabía es que Ivo Popov, al igual que su hermano, estaba trabajando para el otro bando y ya había sido captado por la inteligencia británica como agente «acorazado». En lugar de elegir simpatizantes nazis para la llamada Operación «Escabullirse», elegiría a sus propios colaboradores antinazis, que habían sido instruidos para que representaran su papel. En el otro extremo, Popov, Robertson y el Comité de la Doble Cruz estarían esperándoles para darles la bienvenida. Todos los eslabones de la cadena eran

falsos. En lugar de introducir nuevos espías entusiastas en Gran Bretaña, los alemanes estarían ayudando a captar, entrenar, financiar y transportar a un chorro de dobles agentes preparados, precocinados y listos para servir.

El primer agente en «escabullirse» de este modo fue el marqués Frano de Bona, un oficial naval yugoslavo, amigo y antiguo compañero de juergas de Dusko Popov. A instancias de Ivo, De Bona fue reclutado por la Abwehr y entrenado como operador de radio y llevado de incógnito a España. Cuando esperaba su traslado a Londres en tanto que refugiado, el marqués se mudó a un

burdel de Madrid, donde pasó cuatro días con sus noches, y al final salió de allí agotado y feliz, pero con una desagradable dosis de ladillas. A su llegada a Gran Bretaña se instaló en la Clock House con Popov, y se convirtió en agente doble, operador de radio para la red Triciclo. Popov y sus subagentes ya no tendrían que depender de la escritura invisible para comunicarse con Alemania. Ya fuera por su pelo largo, su vida licenciosa o por las ladillas, el marqués De Bona recibió un nombre en clave de lo menos favorecedor: se convirtió en «Agente Monstruo».

Curiosamente, la sesión informativa

de Monstruo en Alemania mostraba indicios de que elementos dentro de la Abwehr estaban dispuesto a pedir la paz.

Churchill leyó sobre la llegada de De Bona:

> Parece ser que su principal misión era contactar con ingleses de las altas esferas y recalcarles con gran intensidad el punto de vista de que Alemania está abierta a propuestas procedentes de este país con la intención de frenar el flujo comunista a través del continente europeo, y con

este objetivo solicitaban la ayuda de los británicos. El eje de sus instrucciones es que Alemania no debía ser forzada a capitular sino que habría que garantizarle las condiciones por parte de este país que le permitan mantener una barrera en el Este de Europa contra el peligro comunista. Se enfatizaba que Alemania estaba dispuesta, para lograr estas condiciones, a deshacerse de Hitler, instaurar una forma democrática de gobierno aceptable para los ingleses y estadounidenses [y]

retirarse de todos los territorios ocupados. [824]

Esta era la esencia de la resistencia antinazi: derrocar a Hitler, aliarse con Occidente, derrotar a los bolcheviques y salvaguardar cierto orgullo alemán. Sin duda Anthony Blunt pasó este informe a los soviéticos, aumentando indudablemente las sospechas de Stalin de que los británicos y estadounidenses podían firmar la paz con Alemania y después volverse contra la Unión Soviética. Churchill pensaba que la guerra solo podía terminar con la rendición incondicional de Alemania,

pero De Bona proporcionó pruebas tangibles de que los oficiales de la Abwehr ahora maniobraban de forma activa para derrocar al *Führer*. Desgarrada por conspiraciones, engaños internos y bajo el ataque de sus rivales, la inteligencia militar alemana estaba empezando a implosionar.

Kenneth Benton se abrió paso hacia los pisos superiores de la embajada británica en Madrid hasta una pequeña habitación del ático utilizada habitualmente «como dormitorio para los prisioneros de guerra que habían huido». [825] Allí se encontró con un joven «que fumaba sin parar y parecía

bastante sudoroso y aprensivo». El hombre se levantó, le estrechó la mano y habló en un inglés perfecto y sin acento: «Soy oficial de la Abwehr y espero que pueda protegerme de la Gestapo».

Benton ofreció un *whisky* a su invitado. El hombre de la Abwehr «sonrió de manera encantadora», mostrando unos dientes manchados por la nicotina: «De donde vengo nos encanta el *whisky*, y sin duda podría tomarme una copa ahora mismo».

Bebiendo a sorbos *whisky* con soda, con su traje de buen corte y su monóculo, podría haber sido un inglés. Tenía un «bigote rubio muy pequeño»

con el que jugueteaba sin descanso, encendiendo un cigarrillo con el anterior. «Mi nombre es Johnny Jebsen», dijo. «Supongo que usted es el Sr. Benton». El hombre del MI6 se quedó desconcertado. Se suponía que su nombre real era un secreto bien guardado, incluso dentro de la embajada. Jebsen sonrió de nuevo.

> «—¿Tienes problemas? —preguntó Benton.
>
> »—La Gestapo me sigue la pista porque hice un informe sobre sus acuerdos con billetes falsos.

»—¿Te han seguido hasta aquí?

»—No, me los he quitado de encima».

Jebsen tenía razones para estar nervioso. No solo la Gestapo le pisaba los talones, sino que se había enterado de que Kammler, el oficial de la Abwehr en Lisboa que se estaba quedando con los pagos a Popov, le había denunciado a sus jefes de Berlín. Jebsen temía que hubieran puesto micrófonos en su habitación de hotel en Lisboa y que hubiesen grabado sus «indiscretas» conversaciones con

Popov. Sus apoyos en la Abwehr le habían aconsejado que se mantuviera alejado de Alemania. Iba a necesitar una ruta de escape.

Hablaron durante dos horas y, conforme Jebsen se relajó, transmitió más informativo y enérgico, revelando las identidades de los oficiales de alta graduación de la Abwehr en España y «sus especiales campos de interés» [826] así como su propio papel como agente reclutador por cuenta propia y comentando la hundida moral alemana: «Prácticamente no queda nadie en Alemania que crea en la victoria. Probablemente el único hombre que

realmente lo hace es Hitler». [827] Bebió más *whisky* y contó chistes de humor negro: «Durante un ataque aéreo Hitler, Goering, Goebbels y Himmler van al mismo refugio. El refugio es alcanzado directamente. ¿Quién se salva? Alemania». [828] Describió de nuevo el «arma secreta» que se estaba construyendo en Alemania, «que sembraría el terror en todo el sur de Inglaterra». [829] Jebsen dijo que él «no tenía ningún detalle sobre el arma misteriosa», pero que podría averiguar más.

«Te estoy dando un montón de información, ¿no?», señaló, sonriendo

abiertamente. «Bien, depende de ti si me ayudas a cambio». [830] Jebsen estaba dispuesto a llegar a un acuerdo. Si la Gestapo le perseguía quería que los británicos le sacaran de allí y rápido. A cambio revelaría todo lo que sabía. Benton era consciente de que enviar a Jebsen de incógnito a Gran Bretaña desde España era muy sencillo, pero las consecuencias de tal acción eran impredecibles: cuando la Abwehr descubriese la deserción de Jebsen daría por supuesto que lo había revelado todo, y cualquiera asociado con él se volvería inmediatamente sospechoso. A Jebsen se le había ocurrido una

solución. Dejaría una falsa «nota de suicidio» para explicar su súbita desaparición, en la que escribiría: «Debo ingerir veneno y nadar lejos, mar adentro. Pasarán semanas antes de que mi cuerpo vuelva a aparecer y para entonces ya no será reconocible». [831] Es difícil imaginar que incluso el más idiota de los oficiales de la Abwehr pudieran caer en una trampa tan obvia. Posteriormente el MI5 calificaría el complot del suicidio de Jebsen como un «elemento de extrema estupidez provocado por una tensión nerviosa excesiva». [832]

Benton se sintió atraído por Jebsen.

El espía hablaba con calidez de su amor por Inglaterra, su deseo de estudiar en Oxford después de la guerra, su amistad con P. G. Wodehouse y su mandona secretaria inglesa, Mabel Harbottle, que rechazaba mecanografiar cartas que pudieran socavar el esfuerzo de guerra aliado. «Era un hombre interesante y bien educado y una compañía excelente», [833] pensó Benton, pero también mundano, cínico y disoluto. «Tenía una gran querencia por las películas pornográficas y admitía que una de las razones por las que venía con frecuencia a Madrid era la existencia de dos cines clandestinos especializados en

ese tipo de películas». [834] No ocultaba sus miedos y no presumía de ser valeroso. Describía con un «escalofrío visible» [835] el Ablege Kommando, «un equipo entrenado para el secuestro, especializado en capturar a un hombre buscado y pasarlo clandestinamente a través de las fronteras sin levantar sospechas». [836] Incluso en la neutral España podría ser secuestrado en cualquier momento y llevado de vuelta a Alemania, una idea que le aterrorizaba.

Benton aconsejó a Jebsen que pasara esa noche en la embajada. «Te interesa hacerlo así. Para mañana ya tendré un piso franco». [837] Mientras se tomaban

la última copa Benton le preguntó a su nuevo recluta si había otros oficiales de la Abwehr que pudieran querer desertar. Jebsen le contestó: «Estoy seguro de que algunos de ellos han cambiado de bando y sé de un agente de la Abwehr, un hombre al que capté yo mismo, que ya ha cambiado de bando o que lo hará a la mínima ocasión».

> «—¿De quién se trata?
>
> »—Dusan Popov —contestó Jebsen—. Es un agente prolífico controlado tanto desde Berlín como desde Lisboa».

Jebsen había captado a Popov para la Abwehr. Una vez que cambió de bando, Popov había urgido a los británicos para que captaran a Jebsen. Ahora Jebsen, en el proceso de cambiar de bando, urgía a los británicos para que captaran a Popov. No estaba siendo sincero. A estas altura Jebsen ya sabía, y probablemente lo había sabido desde el principio, que Popov estaba trabajando para los británicos. A partir de ahora trabajarían juntos.

Benton se acostó tarde, estuvo redactando un largo informe para Londres sobre Jebsen, al que puso el nombre en clave de «Artista». La

respuesta decía: «Artista te está diciendo la verdad. Es un *Forscher*, y muy conocido para nosotros. Este contacto tiene un valor potencial grande. Sé extremadamente prudente». [838]

Jebsen le dijo que se quedaría un tiempo en España, para ver qué pasaba, y que se mantendría en contacto. «Me dio mucha pena separarme de Artista», [839] escribiría posteriormente Benton. Jebsen estaba siendo claramente honesto sobre sus actividades de espionaje, por no hablar de sus asuntos financieros: «Artista me dijo que sospechaba de la Gestapo por llenarse los bolsillos con billetes de libras falsas, pero nunca

estuve completamente seguro de si no era justo al contrario». Con Jebsen siempre era difícil averiguar dónde se escondía la verdad.

Los primeros momentos de Lily Sergeyev en suelo británico no podían haber sido mas adversos. Le habían dicho que no hiciera preguntas antes de ser interrogada. «No tienes que abrir la boca desde aquí hasta Londres», [840] le había dicho O'Shagar cuando dejó Gibraltar. Mary Sherer le había enviado instrucciones respecto a que «debía ser tratada en el aeropuerto de una manera totalmente normal», [841] ya que Lily estaba «especialmente preocupada por

que el menor número de personas posibles conociese el caso, ya que su familia seguía en París». [842]

El primer funcionario con el que se encontró era un miembro de inmigración llamado Gold, «gordo y con las orejas grandes», [843] y un quisquilloso de las normas. Gold le preguntó el nombre. Ella rehusó contestarle. Le preguntó dónde había nacido. Lily no dijo nada. Finalmente, en lo que más tarde se reconoció que había sido un «intento muy mal aconsejado de hacer que se sintiera cómoda», [844] Gold señaló: «Todo está bien, no tienes que preocuparte. Lo sabemos todo de ti, los

alemanes te han enviado aquí».

Lily explotó. Llevaba en Gran Bretaña menos de una hora y un funcionario necio con orejas enormes le estaba diciendo que todo el mundo sabía su secreto. Lily seguía gritando cuando apareció una policía de mirada severa diciendo que le habían enviado para acompañar a la «Señorita Tremayne» a Londres.

Fue llevada a una casa en Balham, bajo la lluvia, y acompañada a la cama por una mujer maternal que se hacía llamar «Sra. Maud». A la mañana siguiente, después de una noche de sueño profundo y agotado y de un

desayuno de gachas, fue conducida hasta una habitación del segundo piso para descubrir a una mujer con un traje rojo sentada «en el borde de una silla, con los brazos cruzados y la barbilla descansando sobre sus manos». [845] Mary Sherer evaluó a la agente Tesoro fríamente «a través de unos ojos verdosos ligeramente rasgados». [846] Durante un momento ninguna habló. Entonces Lily se encaramó en el sofá y recitó su historia. Mary tomaba notas y decía pocas cosas. Después de una hora se levantó: «Puedes ser sumamente útil para nosotros, y la oportunidad que nos proporcionas puede ser de vital

importancia. Estaríamos encantados de trabajar contigo, pero debes darte cuenta de la gravedad de la situación. Al ayudar a los británicos trabajarías por Francia, por su liberación». [847] La acompañó hasta un coche que aguardaba.

Lily fue conducida a Rugby Mansions, en Kensington, piso 19 y presentada a una mujer yugoslava llamada Maritza, que sería su ama de llaves, según le había explicado Mary. No le había explicado que la casa era un piso franco vigilado del MI5: el teléfono estaba pinchado, el correo controlado y la propia Maritza Mihailovic era una

agente doble con el nombre en clave de «Mordaz» [848] (por el poema sin sentido de Lewis Carroll, «La caza del tiburón». Dado que el propio Carroll no podía explicar lo que era un *snark*, este es un nombre en clave que no tiene ninguna relevancia para el tema). Era una sirvienta captada por la Abwehr en Yugoslavia y que había llegado como refugiada a Inglaterra en 1941. La B1A la había tenido como agente doble durante algún tiempo, pero por razones desconocidas los alemanes habían perdido el interés por ella, y desde 1943 trabajaba para el MI5 como limpiadora, y como espía. Mordaz vigilaría de cerca

a Tesoro.

Tar Robertson llegó pronto, exudando bonhomía: «Así que por fin estás aquí. Permíteme que te felicite por tu trabajo: es un gran éxito. Ahora debes relajarte y olvidar tus miedos e incertidumbres; ya no puede pasarte nada. Estás entre amigos». [849]

Lily no contestó. Era bastante impermeable al encanto británico.

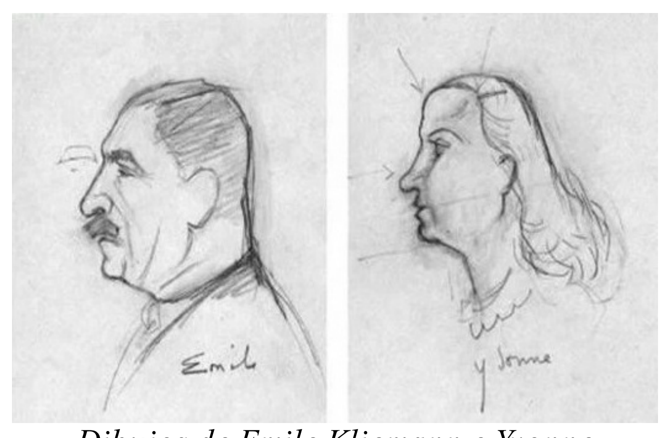
Robertson continuó.

«Te vemos como una baza. No hay duda de que la gente de la inteligencia alemana tienen total confianza en ti, así que estamos en una situación única para suministrarles información falsa.

Podemos llevar a cabo lo que se conoce en el negocio como una "intoxicación"». [850]

Con ayuda de Mary Sherer, explicó Tar, Lily escribiría sus propias cartas. «Quiero que tú misma escribas todos los mensajes», dijo Tar. «Si piensas que cualquiera de las cosas que queremos que mandes les pueden parecer inverosímiles a los alemanes, no debes dudar en decírnoslo. Las posibilidades que se nos abren son tan valiosas que no debemos arriesgarnos lo más mínimo». [851] Durante las siguientes cuatro horas rememoró su historia una vez más. Dibujó un mapa de Madrid mostrando

dónde se había reunido con sus contactos alemanes, e incluso esbozó retratos de Emile Kliemann e Yvonne Delidaise.



Dibujos de Emile Kliemann e Yvonne Delidaise hechos por Lily.

«Con esto solo queda la cuestión

financiera», dijo rebosante de alegría Tar. «Nos quedaremos con el dinero y las joyas y te daremos cincuenta libras al mes y un diez por 100 de cualquier otra cosa que envíen. ¿Te parece bien?» Lily asintió con la cabeza pero dijo que los alemanes le habían ofrecido doscientas cincuenta libras al mes. «No hago esto por el dinero», [852] reflejó en su diario, «pero estoy algo sorprendida». El broche y el anillo de diamantes fueron guardados en una caja fuerte de la B1A, pero no antes de que el MI5 los tasara y descubriera que las joyas solo valían cien libras, «nada que ver con las cuatrocientas libras que

Kliemann pensaba conseguir». [853] La llegada de esta prometedora nueva agente doble fue comunicada a Churchill:

> Una ciudadana francesa de origen ruso ha vivido la mayor parte de su vida en París, donde trabajó en el periodismo, y en cierta época obtuvo considerable reputación como artista. A través de un compañero periodista, un alemán que había conocido antes de la guerra, Tesoro consiguió su primera entrada en el servicio secreto alemán. Fue mucho antes

> de que Tesoro fuera capaz de persuadir a sus jefes alemanes de que la enviaran a este país. Ha recibido entrenamiento intensivo en transmisiones por radio y escritura con tinta invisible. No ha traído un radiotransmisor con ella, pero le aseguraron que se han hecho gestiones para que le manden uno. [854]

Anthony Blunt había hecho una petición especial para «ser informado cuando llegue Tesoro»; [855] la noticia de su llegada sin duda fue retransmitida al

Kremlin.

Mary Sherer era demasiado inglesa para demostrarlo, pero estaba encantada con Lily, y tenía «la profunda convicción de que esta, su primer agente doble, iba a ser un éxito, pase lo que pase». [856] Kim Philby, su colega del MI6, comentó misteriosamente: «Pobre chica. Está en esto por un desengaño. Nunca te fíes de un zarista emigrado». [857]

Lily evaluó con tristeza su nuevo hogar, el piso con sus grandes habitaciones mal amuebladas, «limpio e impersonal, como las habitaciones de un hotel». [858] Salió a dar un paseo con Maritza por los alrededores. La calle

era «inhóspita y sombría», [859] y las Rugby Mansions un «edificio con una fachada lisa, sin imaginación ni ornamentos, tan agria como una solterona con ictericia». [860] Se había imaginado Londres ferozmente en guerra. Este lugar era gris, húmedo y neblinoso. Lily pensó en sí misma como un pájaro de colores, una artista, una niña con aventuras prometedoras. Este no era su mundo. «Lo que me chocó es el aspecto desharrapado de todo el mundo por la calle: abrigos muy gastados, mangas trepadoras, ropa desaliñada. En los escaparates los vestidos son lisos, sin entretelas,

solapas o cinturones —todo lo que es remotamente frívolo ha sido sacrificado inmisericordemente». [861] Sus nuevos controladores parecían indiferentes y distantes. Mary Sherer era un enigma: «Sigo sin poder ubicarla: ¿es mi carcelera, mi enfermera, mi gobernanta o qué?», escribió. «Ni siquiera sé lo que siente respecto a mí, aunque supongo que esto no importa mucho». [862] Para terminar de hundirle la moral estaba el dolor de riñones persistente y creciente, una reaparición de su vieja dolencia.

Lily echaba de menos París, elegante incluso bajo la ocupación nazi. Añoraba el nerviosismo de enfrentar un bando en

contra del otro. Hasta se acordaba de Kliemann. Pero, por encima de todo, echaba de menos a *Babs*.

14
Un tiempo para la fortaleza

El plan de engaño del Día D pasó por muchas versiones y nombres en los meses previos a junio de 1944: Operación Jael (por la heroína del Antiguo Testamento que clavó la cabeza de su enemigo, mientras dormía, al suelo con una estaca) con la intención de persuadir a los alemanes de que no habría invasión en 1944; después vino Torrente o Apéndice Y, para convencerles de que Calais era el único

objetivo. El plan de Operación Guardaespaldas, que combinaba elementos de planes anteriores, finalmente fue completado por Johnny Bevan, «demacrado por el insomnio», [863] justo antes de las Navidades de 1943.

Guardaespaldas tenía un alcance mundial, y de ambición exagerada. Sus objetivos eran múltiples: anclar a las tropas alemanas en el Mediterráneo con la falsa amenaza de ataques en las costas dálmata y griega; disipar la fuerza alemana al sugerir que podían tener lugar ataques en el noroeste de Italia, Bulgaria, Dinamarca y, lo que era más

importante, Noruega; implantar la idea de que el bombardeo de Alemania sería prioritario respecto a los ataques terrestres, y hacer que los alemanes creyeran, durante el mayor tiempo posible, que un ataque a través del canal de la Mancha no podría tener lugar antes de finales del verano. El objetivo de Guardaespaldas era desconcertar y confundir, mantener a las tropas alemanas lejos de allí donde serían más necesarias, retenerlas donde podían hacer menos daño, apartarlas de Francia y el frente oriental, y acercarlas a Italia, los Balcanes, Grecia y Escandinavia. Guardaespaldas se implementaría en

varios teatros de la guerra, pero con diferencia su elemento más importante era el plan para engañar a Hitler sobre los desembarcos previstos en Normandía.

La elección del nombre en clave de esta operación concreta —el punto decisivo de Guardaespaldas— fue objeto de muchas discusiones. Churchill había dado instrucciones de que no se eligiera ningún nombre en clave que pudiera parecer, retrospectivamente, frívolo o que diera alguna pista de los individuos o las acciones que implicaba. Pero tampoco le gustaban los nombres en clave que no significaban nada, que

es por lo que el nombre original, Mespot, fue rechazado. También se vetó Bulldog, Empuñadura, Cabeza de hacha, Tempestad, y, confusamente, Lignito. Finalmente se eligió un nombre que parecía evocar la resolución necesaria para sacarlo adelante: Operación Fortaleza.

Un ejército enorme y secreto comenzó a trabajar en Operación Fortaleza, creando engaños físicos, que incluían lanchas de desembarco ficticias y tanques de caucho en puntos neurálgicos, y engaños técnicos en forma de grandes oleadas de tráfico de mensajes de radio, una ventisca de ruido

eléctrico que imitara el entrenamiento y reunión de grandes ejércitos allí donde no había ninguno. Los diplomáticos británicos dejaron caer falsas pistas en fiestas para que fueran escuchadas por fisgones y canalizadas hacia Alemania. Se hicieron pedidos notablemente grandes del mapa 51 de Michelin, correspondiente a la zona del paso de Calais. La Resistencia francesa, los agentes del SOE, saboteadores Jedburgh y equipos guerrilleros, el MI6, los descifradores de códigos de Bletchley, científicos secretos e ingenieros camuflados, todos ellos desempeñarían un papel en esta gran campaña de

engaño, extensa y multifacética. Pero en su centro estaba el pequeño equipo de agentes dobles de Tar Robertson, mintiendo a sus jefes de espionaje, en cartas con tinta invisible, por radio y a la cara, forjando un escudo de mentiras que protegería, si funcionaba, a los soldados hasta las playas de Normandía.

Muchos tuvieron un papel en la planificación de la Operación Fortaleza, pero destacan tres arquitectos principales del plan de engaño. El coronel Johnny Bevan, jefe de la Sección de Vigilancia de Londres; el comandante Roger Fleetwood-Hesketh, principal oficial de inteligencia dentro

del Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada (SHAEF), cuya tarea era fusionar la planificación militar y el engaño, y el coronel David Strangeways, jefe de la sección de engaño del general Montgomery. Christopher Harmer de la B1A actuaría como enlace entre los cuarteles generales de la Fuerza Expedicionaria y el equipo de la Doble Cruz. Se trataba de hombres muy diferentes entre sí. Fleetwood-Hesketh —un abogado con «una de las mejores bodegas de burdeos de Inglaterra»— [864] era «encantador y muy ingenioso», [865] con un fino sentido del absurdo.

Harmer le describía como un «trabajador muy ordenado y meticuloso» [866] pero «básicamente un goleador más que un jugador». [867] Strangeways, un soldado de infantería energético, era «imposible e insufrible» [868] según Harmer, pero con frecuencia tenía razón y a veces estaba inspirado. Bevan, muy ocupado y estresado, era propenso a erupciones volcánicas de carácter, siempre seguidas por una disculpa sentida. A menudo los papeles estaban mal definidos y se solapaban. Los ánimos se exaltaban y eran bruscos. Las disputas eran espectaculares, pero el alcance de su colaboración era aún más

notable. Entre ellos, estos individuos crearían y después implementarían la campaña de engaño más ambiciosa nunca intentada.

La Operación Fortaleza fue revisada con el tiempo. En un momento dado el mordaz Strangeways, en sus propias palabras, «reescribí la cosa completamente», [869] provocando otra discusión furiosa (aunque sus cambios finalmente fueron aceptados). En su forma definitiva el plan tenía varios objetivos interconectados: convencer a los alemanes de que el ataque a Normandía (que se acabaría fijando para junio) era simplemente de

distracción, una treta para sacar tropas alemanas de la invasión principal del paso de Calais, de alrededor de mediados de julio; al mismo tiempo buscaba engañar a los alemanes para que se prepararan ante un ataque a Noruega, junto a otro desembarco en la zona de Burdeos. Significativamente la amenaza al paso de Calais se mantendría lo más posible después de los desembarcos en Normandía, para asegurarse de que los alemanes no enviaran una gran cantidad de tropas al sur para repeler la verdadera invasión.

El plan de engaño se dividía en dos: Fortaleza Norte era la falsa amenaza a

Noruega; Fortaleza Sur planteaba, y mantenía, la amenaza contra el paso de Calais. Para que el plan funcionara, había que hacer que los alemanes se esperaran tres invasiones separadas —un amago en Normandía y dos desembarcos importantes en Noruega y el paso de Calais— y ahí estaba el mayor obstáculo. Simplemente no había suficientes soldados en Gran Bretaña para hacer lo que los planificadores querían que creyesen los alemanes que estaban a punto de hacer, así que se los inventaron. Fue a Strangeways al que se le ocurrió la idea de crear un ejército completo ficticio en el sureste de

Inglaterra, listo para invadir la costa noreste de Francia. Este ejército fantasma, supuestamente estacionado justamente frente al paso de Calais, al otro lado del canal de la Mancha, fue apodado el Primer Grupo de Ejércitos de Estados Unidos, o FUSAG. Otra fuerza falsa, el Cuarto Ejército británico, se crearía en Escocia, para que los alemanes se centraran en una amenaza sobre Noruega. Estos ejércitos falsos amenazarían objetivos ficticios, mientras que soldados reales se preparaban para atacar el verdadero objetivo, en Normandía.

Masterman estaba impaciente para

que empezara el juego. «Siempre habíamos esperado», escribió, «que en un determinado momento todos los agentes “explotarían”, imprudente y alegremente, por los aires comunicando el gran engaño, y que ese gran golpe acabaría con nuestro trabajo». [870] Había voces de cautela, y cierto escepticismo, incluyendo al representante del ejército en el Comité Veinte, que insistía en que «el cuartel general alemán no movería una sola división alemana por el mero informe de un agente». [871] A menos que, por supuesto, descubrieran que el agente era doble, y entonces la división sería

movida precisamente en la dirección contraria. «Un agente que no sea creído por el enemigo puede hundir toda la iniciativa o, lo que es aún peor, sus mensajes pueden ser leídos “al revés” y el verdadero objetivo del ataque quedar expuesto en lugar de velado». [872] Había muchas posibilidades de que el plan fracasara desastrosamente.

Churchill y Roosevelt fueron informados de modo exhaustivo de los papeles previstos para los agentes dobles en el engaño, del mismo modo que Stalin, tanto de manera oficial como secreta. El topo del NKVD, Anthony Blunt, que había sido ascendido a

comandante, seguía escarbando a fondo en la inteligencia británica, desenterrando cada trozo de información que pudo encontrar, y enviándola toda ella a Moscú. «He conseguido mantenerme en contacto con Robertson que dirige a los agentes dobles», le dijo a sus controladores soviéticos. «De este modo habitualmente puedo hacerme una idea de lo que realmente se está planeando y de qué se está comunicando como tapadera». [873] Si existía un topo alemán equivalente en la inteligencia soviética, entonces todo el engaño saltaría por los aires. O hubiera ocurrido si no hubiera sido por la

paranoia arraigada en la oficialidad soviética. Moscú no creía lo que Blunt les decía, porque era demasiado bueno para ser cierto. Al haber descubierto que Gran Bretaña estaba practicando una intrincada operación de engaño con los alemanes, los soviéticos se convencieron a sí mismos de que también ellos debían ser víctimas de dicho engaño. Según la retorcida lógica del NKVD, los Cinco de Cambridge (Blunt, Kim Philby, Guy Burgess, Donald Maclean y John Cairncross) estaban enviando información de tal calidad que debían ser agentes dobles, enviando desinformación

deliberadamente; y dado que la información de los cinco coincidía a la perfección, era una prueba adicional de que estaban aliados entre sí.

El principal exponente de este ejercicio gimnástico de principios contradictorios era la coronel Elena Modrzhinskaya, una oficial del NKVD rubia, rechoncha, y celosamente conspirativa, responsable de evaluar la inteligencia británica. Su sospecha sobre Blunt y sus colegas de espionaje se basaba en la suposición, mantenida con firmeza y muy equivocada, de que los británicos no podían ser tan estúpidos como para permitir a antiguos

comunistas que ocuparan puestos relevantes en los servicios de inteligencia. Así pues, Blunt y los otros debían haber estado trabajando para los británicos desde el principio. Un equipo de vigilancia, espléndidamente incompetente, fue enviado para reunir pruebas de los contactos de los espías de Cambridge con sus controladores británicos. Dado que Blunt trabajaba *dentro* del MI5, esta «prueba» del contacto con la inteligencia británica no era difícil de descubrir. Mientras se estaba trabajando en el plan de engaño del Día D, Moscú envió una carta a su jefe de espías en Londres, avisándole de

un engaño enorme y organizado por parte de esos agentes dobles británicos. «Nuestra misión es entender qué desinformación están sembrando en nosotros nuestros rivales», [874] ya que «toda la información» [875] de Blunt y de los demás habla de una operación de engaño. (La ironía de que Moscú solo era consciente de la existencia del sistema de la Doble Cruz gracias a que Blunt se lo había revelado, se le escapó por completo a la coronel Modrzhinskaya.)

Pero en el mundo de espejos del espionaje, Blunt y Modrzhinskaya realmente podían acabar *apoyando* el

engaño. Si el agente Tony era un agente doble, entonces su información falsa debía ser leída al revés; si indicaba que Normandía era el objetivo real y el paso de Calais el cebo, entonces el paso de Calais debía ser el objetivo real y Normandía el amago. Y si un topo alemán se había infiltrado en la inteligencia soviética, entonces esa sería la información que pasaría a Berlín. En resumen: si los alemanes creían que los soviéticos pensaban que los británicos estaban tratando de hacerles creer algo que no era verdad, entonces el engaño debía ir por el buen camino. Como mínimo las sospechas soviéticas

enturbiarían las aguas hasta crear una opacidad más allá de cualquier penetración humana.

A finales de 1943, escribió Masterman, el equipo de la Doble Cruz era «mucho más poderoso y estaba mucho mejor preparado que nunca antes». [876] Los agentes dobles estaban alcanzando sus máximas capacidades. Triciclo (Popov) era querido y admirado por sus controladores alemanes, con Jebsen, el último añadido al equipo, a mano para protegerle; Garbo estaba en Crespigny Road, Hendon, peleándose con su mujer y tejiendo fantasías cada vez más

elaboradas; Tesoro ahora estaba en su sitio, sola y enferma de amor por su perrita, pero dispuesta a comenzar a enviar desinformaciones a Kliemann. Bronx, el espía de la buena sociedad, mantenía contacto regular con Alemania. Incluso el excitable Bruto pronto podría volver a jugar, si se podía sacar de la cárcel al polaco.

La idea de la Doble Cruz siempre se había basado en el pensamiento lateral sin fronteras, una disponibilidad a contemplar los planes que otros descartarían como inaplicables o, francamente, chiflados. Los vuelos de la fantasía eran parte integral del sistema,

lo que quizá explique por qué, ahora que los planes de engaño del Día D estaban empezando a encajar, el sistema de la Doble Cruz levantaba el vuelo y alcanzaba lo surrealista.

De todos los hilos de la Operación Fortaleza, ninguno fue tan extraño, tan completamente improbable, como el gran engaño de las palomas, la primera y única artimaña aviar nunca intentada. El espionaje y sabotaje basados en animales era lo último entre los conspiradores aliados: los agentes del SOE rellenaban ratas muertas con explosivos, y los zoólogos militares exploraron el uso de mamíferos marinos

entrenados para el sabotaje naval. En diciembre de 1943, Guy Liddell informó de un plan estadounidense para atacar Japón utilizando miles de murciélagos mexicanos que explotaban. «Esos murciélagos debían ser encerrados en jaulas enviadas a Seattle. Pegadas a las patas y alas de los murciélagos debía haber pequeñas bombas incendiarias. Los murciélagos debían ser liberados desde un avión cerca de Tokio [sic], y se suponía que volarían hasta meterse en las chimeneas y que Tokio ardería». [877] La idea nunca cuajó, pero se tomó en serio. «Parece una idea totalmente descabellada, pero merece la pena

evaluarla», [878] dijo Roosevelt.

La gente como Robertson y Walker florecían en esa zona gris entre la ingenuidad y la locura; a principios de 1944 «nuestro experto en palomas», [879] como llamaba Robertson a Walker, se dirigió a la B1A con un nuevo plan audaz. Con el Día D que se aproximaba, y habiendo sido incapaz de tener mucha repercusión con las palomas enemigas en Gran Bretaña (puesto que no había ninguna), el imparable teniente de aviación Walker «comenzó a preguntarse si no habría alguna manera más ofensiva de atacar el servicio de palomas mensajeras alemán». [880] Se inventó «el

asunto del engaño de las palomas», [881] un plan que podía hacer desaparecer toda la población de palomas enemigas de golpe.

Todos los puestos de inteligencia alemana en la Francia ocupada tenían una sección de palomas. Además, los aficionados a las palomas franceses y colaboracionistas estaban siendo captados como agentes de la retaguardia, para esconder las palomas mensajeras alemanas y soltarlas con información encima desde detrás de las líneas, en caso de una invasión aliada exitosa. Walker empezó a preguntarse si el interés de Himmler por las palomas, y

su gusto por las soluciones finales, podrían ser manipulados a favor de la causa aliada. Si los alemanes podían ser engañados para creer que las palomas-espía británicas se habían infiltrado en sus palomares, entonces provocaría la sospecha en todo el servicio de palomas mensajeras alemán: si ya no se podían fiar de sus propias palomas, entonces podrían matar a casi todas. En el invierno de 1943 presentó al MI5 un memorándum de alto secreto donde exponía su «Plan de contaminación de palomas». [882]

Una paloma extraviada o perdida casi siempre encontrará el camino hasta

algún palomar. Si una cierta cantidad de palomas británicas se pudieran hacer pasar por alemanas poniéndoles anillos alemanes y liberándolas en el continente (eligiendo deliberadamente aves de segunda categoría que no sea probable que intenten el largo vuelo de regreso a casa), acabarían por encontrar el camino a los palomares controlados por los alemanes. Antes o después descubrirían que les habían engañado. Se encontrarían con dos aves con el mismo número de anillo, o una paloma gris con un anillo cuyos registros claramente digan que pertenece a una paloma roja. Entonces comenzarían a preguntarse

cuántas de sus palomas eran «falsas» y lo único que podrían hacer sería hacer que volvieran todas sus aves y comprobarlas. Hasta que hayan revisado todas sus aves en todos sus palomares, no podrían utilizar sus servicios y para cuando las hubieran examinado todas, yo ya habría mandado más «falsas».[883]

El MI5 estaba entusiasmado. Con los alemanes preparados para una invasión, descubrir que en sus palomares se habían infiltrado agentes dobles en forma de palomas les «desequilibraría en un momento psicológico crítico»,[884] en palabras de Guy Liddell. El plan de engaño con palomas fue aprobado por el

MI5. Después de consultar a técnicos expertos, Walker descubrió un nuevo proceso de soldadura del aluminio que podía fijar un anillo para la pata forjado a una paloma con una «unión perfectamente invisible»; [885] creó un sello de caucho para falsificar las marcas alemanas para las alas; construyó un sistema automático de liberación de palomas a partir de una bolsa de arpillera con un lastre, lo suficientemente grande como para llevar ocho aves, que podía ser lanzada desde un avión con una correa atada que arrancaría una banda elástica y liberaría a las aves más allá de la estela del

avión; consulté con el Ministerio del Aire para averiguar «cuándo iban a salir los aviones en una misión especial de lanzamiento». [886] Y comenzó a reclutar a las lentas palomas mensajeras británicas para ser enviadas en esta misión secreta con el fin de infiltrase en el servicio de palomas alemán y destruirlo desde dentro. Pronto hubo una fuerza de 350 agentes dobles en forma de palomas a su disposición, disfrazadas de palomas alemanas, dispuestas a picar.



Diagramas del teniente de vuelo Walker para falsificar las marcas en las alas.

Ahora los Aliados tenían una serie de operaciones de engaño funcionando

de manera simultánea: una humana en Gran Bretaña, otra formada por palomas, y una tercera, un grupo de agentes dobles novatos, en Estados Unidos.

La debacle de Popov en Estados Unidos había mostrado las muy diferentes actitudes de americanos y británicos hacia los agentes dobles, pero conforme los servicios de inteligencia aliados se fueron aproximando durante el transcurso de la guerra, el FBI primero se interesó por el sistema de la Doble Cruz, y después se volvió sumamente bueno en él. El principal impulsor de este cambio de actitud fue

un hombre de carácter no muy distinto a Popov: un rico y gandul libertino con buen ojo para las mujeres y la primera oportunidad que surgiera. Jorge José Mosquera, argentino de nacimiento, era propietario de una empresa de exportación de pieles con sede en Hamburgo. En 1941 decidió trasladarse a Suramérica. En ese momento la Abwehr ya se había instalado e insistía en que solo se liberarían sus fondos si aceptaba espiar para ellos en el Nuevo Mundo. Mosquera aceptó, se marchó a Uruguay y pronto se presentó en el consulado de Estados Unidos en Montevideo. Descrito como «un hombre

de negocios alto y de aspecto agradable con cierto efecto de *glamour*», [887] el FBI le dio una nueva identidad como Max Rudloff.

Los instructores alemanes de Mosquera debían conseguir que llegara a Nueva York, fabricara un radiotransmisor y comenzara a mandar información militar lo antes posible. Debidamente el FBI colocó un transmisor en una granja en una zona retirada de la costa de Long Island, habitada por tres agentes disfrazados de trabajadores locales y protegidos por una jauría de perros guardianes. Pronto estaba realizando tres transmisiones a la

semana, y captando falsos subagentes, a la manera de Garbo: un ingeniero que trabajaba en una fábrica de aviones, un oficial del Departamento de Guerra y un civil del Departamento de Marina. Mosquera no llevaba mucho tiempo en Nueva York cuando desarrolló una gran pasión por una mujer mucho más joven, de origen italiano, que quería ser cantante de ópera. Mosquera solicitó que el FBI le entregara quince mil dólares que le permitieran seguir su carrera operística. El Buró arregló que la amada de Mosquera «hiciera una prueba en la Ópera Metropolitana», [888] la primera y única vez que esa

institución ha participado activamente en el espionaje internacional.

Mosquera solo fue el primero de los agentes dobles del FBI. Después vino un holandés llamado Alfred Meiler, un antiguo comerciante de diamantes enviado a Estados Unidos para reunir información sobre la investigación atómica, que se entregó él mismo y al que se puso a trabajar en transmitir chismes de desinformación de los astilleros navales. Helmut Goldschmidt, un judío ortodoxo nacido en Holanda que había renunciado al judaísmo, desertado del ejército holandés y posteriormente había fichado por la

Abwehr, era descrito por el FBI como «un individuo sumamente egoísta, arrogante, muy difícil de controlar y con una condición moral de un nivel muy bajo». [889] Goldschmidt se presentó él mismo y se convirtió en el «Agente Campesino». El más glamuroso de los agentes dobles que vivían en Estados Unidos era Dieudonner Costes, un antiguo as de la aviación francesa. Captado por la Abwehr y enviado a Estados Unidos en una misión de espionaje, cambió de bando y, como corresponde, fue instalado en el hotel Park Lane de Nueva York, desde donde comenzó a enviar cartas con tinta

invisible. «Aunque puede que no intente ayudar a los alemanes de manera deliberada», el FBI decía del extravagante, arrogante y sospechoso Costes, «que no duda en recurrir a falsedades en cualquier situación». [890]

El FBI adoptó un enfoque cauteloso, y a menudo permitía a los agentes dobles que crearan sus propios mensajes, «pienso para pollos» con desinformación. Informaban de la producción militar, de las insignias militares de las unidades que partían hacia el teatro de operaciones europeo. Incorporados a la Operación Guardaespaldas, a los agentes dobles

estadounidenses se les dijo que trabajaran para promover la idea de que la invasión se pospondría debido a la falta de naves de desembarco, el malestar en la industria y la lenta acumulación de tropas estadounidenses. Los agentes no estaban en disposición de informar de los preparativos inminentes para la ofensiva del Día D, sin embargo el lento pero constante goteo de material confirmatorio proporcionó una marcada melodía menor en la sinfonía mayor que estaba ahora en marcha.

A medida que la pequeña orquesta de agentes dobles de Masterman

afinaba, una nota pequeña y disonante se hizo audible, aumentando conforme se acercaba el día de la gran actuación. Parecía que había otra banda de espías en Gran Bretaña que estaba interpretando su propia canción. A principios de 1942 las Fuentes Más Secretas revelaron la existencia de un agente alemán muy bien considerado, que tenía el nombre en clave de «Ostro». Tras el hombre de negocios checo llamado Paul Fidrmuc, Ostro vivía en Lisboa pero se jactaba de una amplia red de espionaje, incluyendo cinco espías en suelo británico, así como en otras partes del imperio

británico, Oriente Medio y Estados Unidos. A Ostro le pagaban muy bien sus informes, que eran pasados directamente desde la Abwehr en Lisboa a Berlín. En efecto, a veces le enviaban informes de otros agentes para que los evaluara, y «era considerado en Berlín como una especie de prima donna que no debía ser contrariado». [891]

Ostro era reticente sobre sus fuentes de información, y con razón: se las estaba inventando todas. Al igual que Garbo antes que él, Fidrmuc había comprendido que el hambre alemana de información era tan aguda que la Abwehr pagaría muy bien a cambio de

información inventada, y que cuanto más secreta fuese la información que transmitiera, más probable sería que la creyeran. La inteligencia en tiempos de guerra a menudo crea estos personajes que van «por libre», individuos astutos que se dan cuenta de que en una situación en la que el comprador no puede comprobar la calidad de los bienes, negociar con falsas mercancías es más fácil y seguro que el comercio auténtico. Los alemanes no tenían ni idea de que Ostro les estaba suministrando disparates, pero los británicos sí.

El desciframiento de Bletchley mostraba claramente que los informes de

Fidrmuc eran una mezcla de imaginación, deducciones medio elaboradas y chascarrillos a medio cocer, y con poca relación con la realidad. Sin embargo, Ostro no dejaba de poder ser dañino. Inevitablemente, en ocasiones, sus informes entrarían en contradicción con la información que transmitían los agentes dobles controlados, y diluirían su efecto. Y lo que era más preocupante, sus conjeturas podrían llegar a revelar la verdad accidentalmente. Ostro estaba tejiendo su propio engaño, y no había sitio suficiente para dos en el juego. El MI5, el MI6 y la Sección de Vigilancia de

Londres trataron sobre las opciones que tenían. Al igual que Garbo, se podían acercar a Ostro y ponerlo bajo control británico; alternativamente podía ser desacreditado ante la Abwehr si se le presentaba como un fraude. Una opción más radical sería matarle, una opinión respaldada por el «ojo de tiburón» de John Marriott: «Si la liquidación significa la supresión literal de Ostro matándolo… entonces naturalmente considero que es la mejor solución para el asunto». [892] Garbo era un fabulador que había sido bienvenido en los brazos del MI5; Ostro también se lo estaba inventando, y podía tener que ser

asesinado. «Deberíamos tratar de comprarlo o liquidarlo», [893] pensó Liddell. Por razones más prácticas que humanitarias, finalmente se acordó que el MI5 «trataría de desacreditar a Ostro en lugar de eliminarlo». [894] Cualquier movimiento contra Fidrmuc ponía en riesgo revelar cómo había sido descubierto, y las Fuentes Más Secretas debían ser protegidas a cualquier precio. Se salvó la vida a Ostro, una decisión que el MI5 llegaría a lamentar.

15
Enriquecer el «pienso para pollos»

Al comenzar 1944 Juan Pujol estaba muy animado: era querido por los servicios de inteligencia tanto británicos como alemanes, y tenía novia nueva. De manera poco galante la describió a sus controladores alemanes como «menos que bella y más bien poco elegante en el vestir [y] no acostumbrada a las atenciones del sexo opuesto», [895] pero «maravillosamente indiscreta», [896] lo cual era ideal ya que trabajaba como

secretaria de la Oficina de Guerra y tenía acceso a información útil sobre la próxima invasión. También era imaginaria. La adquisición por parte de Garbo de una amante inventada formaba parte de su trabajo, pero sin duda también era un reflejo del estado de su matrimonio.

Tommy Harris condujo a Garbo a mundos de fantasía aún más extremos y coloridos. «Nunca hubiera tenido valor para permitir a ninguno de mis agentes que fuera tan audaz como él», [897] diría posteriormente Christopher Harmer. Además de su poco agraciada nueva amante, la red ficticia de Garbo incluía

ahora a un sargento estadounidense («jocoso y muy hablador»), [898] un desertor griego, un viajante de comercio y, lo más extraño de todo, un grupo de galeses ferozmente antisemitas, dedicados a llevar el nacionalsocialismo a los valles y a derribar al gobierno británico mediante una campaña de asesinatos. «Los Hermanos del Orden Mundial Ario» solo tenían doce miembros, dirigidos por un poeta indio llamado Rags. Tres de los «hermanos» fueron introducidos en la red, y una «hermana», Theresa Jardine, una Wren (que trabajaba en el Servicio Naval Real Femenino) y la

novia, que hablaba hindi, de Rags. Ninguna de esas personas existía.

Sería razonable, llegados a este punto, preguntarse si Garbo y Harris habían enloquecido del todo. Rags y su pandilla de fascistas galeses parecen una caricatura, los villanos de un melodrama barato. ¿Realmente esperaban que los alemanes se creyeran que una banda de racistas asesinos planeaban destruir el gobierno y tomar el poder, matando a judíos, comunistas y otros «indeseables»? Podían; porque, por supuesto, es exactamente lo que había pasado en Alemania. En gran medida los nuevos reclutas ofrecían una

oportunidad de crear la red en zonas costeras sensibles, adelantándose a la prohibición de viajar que precedería a la Operación Overlord, la invasión de Europa.

La red de Garbo consistía entonces en una asombrosa trama de veinticuatro agentes, de los que solo uno, el propio Pujol, era real. Con una línea telefónica segura, tanto con el MI5 como con el cuartel general de la Fuerza Expedicionaria, Pujol y Harris pasaban directamente información sobre planificación militar y sobre el engaño global. Durante los seis meses siguientes, la red de Garbo enviaría una

media de cuatro mensajes de radio diarios. El propio Pujol tenía conocimiento de la Operación Fortaleza, el plan tapadera y el verdadero plan; sabía qué divisiones eran auténticas y cuáles falsas, dónde tendría lugar el ataque y dónde no. Se confiaba en él más que nunca, por parte de ambos bandos. Los alemanes comenzaron a enviarle listas de secretos buscados: las fechas y objetivos de la invasión, tropas involucradas, tipos de buques de desembarco, barcos de guerra y puntos de embarque. Le pidieron concretamente que inspeccionara la costa entre Weymouth y Southampton, donde ya

había tropas concentrándose para la invasión de Normandía. «No hay una concentración en puntos especiales», [899] informó. Los Hermanos del Orden Mundial Ario se habían desplegado por Brighton, Exeter, Harwich y Southampton, donde estarían inmejorablemente situados para transmitir desinformación sobre la próxima invasión.

El criador de pollos de Barcelona estaba colocando todos sus patos en fila.

Elvira Chaudoir, agente Bronx, se estaba ganando cada vez más los afectos alemanes, a través de métodos muy distintos. Sus primeras cartas contenían

fragmentos de chascarrillos políticos y económicos, supuestamente tomados de oficiales militares, políticos, mujeres de sociedad, empresarios y periodistas con los que se encontraba alrededor de las mesas de juego del Londres elegante. Desde finales de 1943, Hugh Astor comenzó a hacer que sus cartas «tuvieran un carácter más militar para permitirle desempeñar un papel en la política de engaño en curso». [900] La respuesta desde Alemania fue rápida y gratificante. Fue bombardeada con preguntas sobre las instalaciones militares, movimientos de tropas e incluso el posible uso del radar para

desviar a los «misiles controlados por radio». [901] Bronx informó de que había rumores respecto a que se iban a desplegar «grandes campos magnéticos deflectores». [902] El intercambio, observó Tar, «mostró la fe alemana en Bronx en una cuestión crucial». [903] Les pasó información inofensiva sobre el racionamiento de huevos y sobre pequeñas cosas que ella imaginaba que podían ser verdad («el problema de la gran invasión es el mareo en el mar. Los canadienses están estudiando una cura nueva»), [904] pero también material engañoso para dar a entender que el enorme, y de lenta reunión, Ejército

estadounidense estaba plagado de problemas logísticos que retrasarían cualquier ataque. Informó de que había visto, en los muelles de Liverpool, «cientos de tanques americanos, muchos *jeeps*, cajas, grúas, etc»., [905] pero añadía que el magnate de la prensa, el barón lord Kelmsley, le había dicho que no habría «ninguna invasión durante meses» debido a la «carencia de barcazas».

Los alemanes estaban satisfechos: «Buen trabajo. Buena recompensa. Información deseada. Movimiento de tropas en Escocia y sur de Inglaterra. Detalles de preparación para

desembarco europeo». [906] Una joven de compañía y jugadora, captada en un casino francés, se estaba transformando, a ojos de los alemanes, en una agente importante con acceso a información militar de primera calidad: «La cuestión principal es la invasión de Europa, sobre todo en Francia», [907] le dijo Helmut Bleil.

A pesar del aparente carácter caprichoso de Elvira, Bronx no era Bruto, actuando en un bando contra el otro. «De los casos con los que he tenido que lidiar, Bronx es el único que ha contado toda la verdad sobre su reclutamiento y misión», [908] informaba

Harmer. El micrófono en su teléfono solo ha producido «un montón de detalles, quizá interesantes, pero irrelevantes sobre su vida privada», [909] incluyendo una relación íntima con Monica Sheriffe, la dueña de un caballo de carreras. «Bronx me asegura que la Srta. Sheriffe no sabe nada sobre su trabajo con este departamento y creo que dice la verdad», [910] escribió Hugh Astor, que se encargó del caso cuando Harmer fue transferido al cuartel general de la Fuerza Expedicionaria. Su lealtad está fuera de duda. «Era una agente británica antes de ser captada por los alemanes, y probablemente sea uno de

nuestros agentes más fiables». [911]

Los pagos regulares alemanes en sus cuentas en un banco suizo y otro portugués ahora incluían un suplemento sustancial, aunque Elvira estaba arruinada y tenía deudas crecientes. Las cartas de reclamación de su corredor de apuestas, su modista y de varios casinos se amontonaban en el felpudo de su piso de Mayfair. No las abría. El MI5 lo había hecho. Solo al Club Hamilton le debía más de 1000 £. Elvira le pidió a su madre más dinero. «Es absolutamente imposible pagar alojamiento, comida, ropa, dentista, medicinas, diversiones, etc., con la cantidad que recibo». [912]

No mencionaba que sus diversiones incluían un hábito de juego que valía lo que un magnate de la navegación, y una enorme factura en concepto de bebidas. Como siempre, su oyente más comprensivo era Claude Dansey del MI6, que chasqueó la lengua con incredulidad cuando le dijeron que el MI5 le estaba pagando. Le dio quince libras, y parecía decidido, según informó Harmer, «a exprimirnos al decirle a Bronx que sacara de nosotros lo máximo posible». [913] El MI5 estaba furioso porque un oficial del servicio hermano estuviera interfiriendo de esta manera: «No tiene ningún derecho a

discutir la cuestión con Dansey». [914]

Bronx solo se podía comunicar por cartas secretas (de las que ya había mandado más de cincuenta), pero el servicio de correos era tan lento que cualquier cosa que enviara sobre el refuerzo inmediato para la invasión llegaría demasiado tarde como para servir de algo. Esto se les debió de ocurrir a los controladores alemanes, ya que en febrero de 1944 llegó una carta al piso de Elvira, escrita con tinta invisible, sugiriendo que si descubría información sobre la invasión debería mandar un mensaje al banco de Lisboa indicando dónde y cuándo iba a tener

lugar el ataque. La advertencia debía hacerse con un «lenguaje cifrado sencillo», un mensaje que parezca perfectamente inocuo al no iniciado. Aquí había una oportunidad perfecta para conectar a Bronx al corazón del engaño del Día D.

El código sugerido por Bleil era muy simple. Allí donde descubriera el objetivo, si es que lo hacía, debía mandar un telegrama, en francés, a Antonio Manuel de Almeida, director y gerente del banco Espirito Santo de Lisboa, pidiéndole que le hiciera una transferencia. La cantidad solicitada indicaría la zona de desembarco. Si

pedía 80 £ significaría que el objetivo del ataque era la costa atlántica de Francia; 70 £ correspondería al norte de Francia y Bélgica; 60 £, norte de Francia; 50 £ el golfo de Vizcaya; 40 £, el Mediterráneo; 30 £, Dinamarca; 20 £, Noruega y 10 £ los Balcanes. A Elvira le dijeron que solo mandara el mensaje cuando estuviera «absolutamente segura de lo que iba a pasar y una semana antes de la fecha prevista para el desembarco». [915] Se sabía que el banco portugués tenía vínculos con el Deutsche Bank, y había estado vigilado por los británicos durante algún tiempo. Su propietario, Richard Espirito Santo, era

amigo personal del dictador portugués, Salazar, y había sido anfitrión de los duques de Windsor en 1940. (También era hermano de Edgar Espirito Santo, que en algún momento había sido amante de Yvonne Delidaise, la querida francesa de Emile Kliemann.) El plan establecido por Bleil demostraba que, aunque Portugal era neutral, «el gerente del banco había prestado su nombre y buenos oficios a los alemanes, en un intento por conseguir de este país información vital sobre las próximas operaciones militares». [916] Con esto había pruebas suficientes como para presentar una queja formal ante el

gobierno portugués, pero eso hubiera hundido automáticamente la carrera de Elvira como agente, y «a la vista del papel que Bronx sería capaz de desempeñar en los actuales planes de engaño, claramente es contrario a nuestros intereses quemar a Bronx». [917]

Harmer señaló que las zonas geográficas indicadas en el código simple eran amplias, y que no encajaban precisamente con el plan Guardaespaldas. «Si se quiere enviar un telegrama indicando que el desembarco se producirá en la zona del paso de Calais, la dificultad es que la contraseña cubre todo el norte de Francia y

Bélgica». [918] Pero mejorar el código subdividiendo las zonas de objetivo «parecería demasiado profesional para alguien con el carácter de Bronx». [919] A pesar de todo Elvira envió una carta sugiriendo algunas mejoras: si escribía que necesitaba el dinero «*pour mon dentiste*», significaría que la información era «segura»; si escribía «*pour mon docteur*» sería «casi segura»; pero si las palabras utilizadas era «*pour mon médicin*» solo era «probable». También añadió una escala temporal: «*tout de suite*» quería decir que el desembarco tendría lugar en una semana; «*urgent*» que el ataque era en

dos semanas; «*vite*» equivalía a un mes; y si pedía el dinero «*si posible*», [920] entonces la fecha seguía siendo incierta. He aquí una manera simple, rápida y efectiva de inducir a que los alemanes persiguieran el objetivo equivocado, claramente camuflada como una factura médica.

En agosto de 1943, un consejo de guerra polaco declaró a Roman Czerniawski culpable de grave insubordinación. «Deseosas de silenciar toda la cuestión», [921] las autoridades polacas le sentenciaron a tan solo dos meses de encarcelamiento. Dado que ya había estado encerrado durante seis

semanas, el resto de su sentencia se pospuso hasta después de la guerra. Nunca lo cumplió.

Czerniawski era rotundamente contumaz. En efecto, su rebeldía y castigo le hicieron aumentar aún más su propia estimación. Su controlador, Christopher Harmer, informó con cansancio que Bruto «rechazó prometer que no fuera a interferir en los asuntos internos polacos». [922] Monique Deschamps, que había sido subagente de Czerniawski y ahora era su amante, le estaba esperando cuando regresó al piso de Brompton y le pidió inmediatamente que se casara con él. Le pilló un tanto

por sorpresa por esta «propuesta de matrimonio totalmente heterodoxa», [923] pero le dijo al MI5, con una ironía que sugiere que sabía exactamente con quién estaba tratando: «Ah, pero debes recordar que es un superhombre, y los superhombres siempre son excéntricos». [924] Aceptó la proposición. Un memorándum interno del MI5 se preguntaba cuánto sabía ella del espionaje de él, pero llegaba a la conclusión de que si le hubiera hecho saber el secreto, «su lealtad personal hacia él era suficiente como para que mantuviera la boca cerrada». [925]

Czerniawski no veía razón alguna

para no reanudar de inmediato su papel en el equipo de la Doble Cruz. El MI5 era menos temperamental. Era probable que los alemanes sospecharan de las «extrañas circunstancias de su arresto y liberación». [926] Czerniawski era voluble, irritante y entrometido. «Nunca podremos garantizar que no intrigará», escribió Harmer. «Puede convertirse en una gran molestia si se vuelve a meter en problemas». [927] Sin embargo también había demostrado lo útil que podía llegar a ser. Hasta el arresto de Czerniawski, los alemanes habían mostrado una fe absoluta en él y como oficial de inteligencia profesional, su

información era tomada en serio en Berlín: «De todos los agentes, Bruto parece ser el que trabaja de manera más directa con las autoridades militares». [928] Harmer insistió en que, a pesar de su personalidad irritante, Czerniawski era «dinámico y laborioso» [929] y «un agente excelente que es muy fácil de llevar —de toda la gente que he tenido a mi cargo es el único que nunca se ha quejado». [930]

Se acordó que Bruto retomaría el contacto con el enemigo, pero de manera cautelosa, y bajo estrecha supervisión. Sería alejado del engaño activo ya que, si sospechaban de él, podía salir el tiro

por la culata. Si se le dejaba ocioso, sin duda Czerniawski volvería a conspirar, aunque quizá, escribió Harmer, los preliminares del Día D serían «lo suficientemente emocionantes como para ocupar sus pensamientos». [931] Las Fuentes Más Secretas rastrearían cualquier prueba de desconfianza alemana, y ya no usaría su propia radio. En su lugar, diría a los alemanes que había captado a un operador de radio, un antiguo oficial de la fuerza aérea polaca descontento y sin blanca, que vivía en Reading y cuya familia había sido asesinada por los soviéticos y, por tanto, estaba dispuesto a ayudar a los alemanes

contra los bolcheviques por razones ideológicas. En la jerga de inteligencia los operadores de radio eran conocidos como «pianistas»; por eso a este subagente ficticio le pusieron el nombre en clave de «Chopin», en honor del gran pianista y compositor polaco. Las «composiciones» de Chopin serían interpretadas por el MI5 desde un transmisor en Richmond.

A finales del verano de 1943, Czerniawski reanudó los contactos por radio con París. La respuesta del coronel Oscar Reile era de bienvenida, aunque reservada. Como era de esperar los mensajes interceptados por

Bletchley Park indicaban que el «Agente Hubert» ya no tenía su plena confianza. Reile había empezado a preguntarse si la radio realmente era manejada por Czerniawski, o «un operador enemigo que transmitía solo lo que permitía el servicio de inteligencia». [932] En sus memorias, escritas muchos años después, Reile afirmaba que había decidido, con «unas probabilidades rayando la certeza», [933] que Czerniawski era un agente doble británico. «Y no era la menor de mis razones para llegar a esa conclusión que ninguno de los mensajes de radio procedentes de Inglaterra contenía

ninguna pregunta sobre los sesenta y seis miembros del *Réseau Interallié* que seguían en manos de los alemanes». [934] Czerniawski había aceptado espiar para Alemania a condición de que no fueran maltratados, y sin embargo nunca preguntó por el bienestar de estos rehenes. Este fue un error grave por parte de Czerniawski y sus controladores, pero parece improbable que Reile realmente se diera cuenta en la época. Si Reile en verdad sospechaba, se quedó sus dudas para sí mismo.

Conforme pasaban las semanas la preocupación alemana hacia Bruto

pareció diluirse. Czerniawski mantuvo un flujo de animadas charlas, afectuosas e informales, con Reile. Realmente su relación parecía tan cordial que Harmer «sugirió medio en broma» [935] que Bruto debería «enviar un mensaje personal al coronel diciéndole que desde su punto de vista Alemania había perdido la guerra, pero seguía pudiendo salvar a Europa del bolchevismo si el alto mando estaba dispuesto a dejar que ingleses y estadounidenses desembarcaban sin resistencia». [936] Czerniawski pegó un brinco con la idea de interceder personalmente ante Hitler para asegurarse el éxito del Día D, y

declaró que era «una idea excelente».[937] Para mayor sorpresa, Tar estuvo de acuerdo: «Me gusta la sugerencia», [938] escribió. Czerniawski se puso a trabajar en un borrador del mensaje para Reile, en el que asumía el papel de portavoz de la nación polaca.

¡Coronel! Considero que es mi obligación hablarte francamente. Estoy convencido de que Alemania ha perdido la guerra… Debo pedirte que expongas con precisión los términos en los que Alemania estaría preparada para colaborar con mi país. ¿Cuál sería nuestro estatus en Europa y hasta dónde está preparada Alemania para hacer

concesiones antes del final de la guerra? Sabes que lo he arriesgado todo por los ideales que tenemos en común. El mayor servicio que Alemania podría prestar en estos momentos a la civilización europea sería que su alto mando indicara a los ejércitos anglo-estadounidenses que cuando desembarquen podrán hacerlo sin resistencia. Entonces vuestros ejércitos se podrían unir a los de los países no bolcheviques para salvar a Europa del comunismo. [939]

No está claro si este mensaje se llegó a enviar. Si se hizo, no tuvo ningún efecto.

Para diciembre de 1943 las Fuentes Más Secretas habían constatado que el caso Bruto estaba firmemente encarrilado: «Los alemanes parecen haber recuperado la confianza en él. De nuevo lo ven como alguien genuino [y] una vez que le han aceptado y le ven como un agente importante es improbable que revisen su opinión».[940] Unos días antes de Navidad, los decodificadores descifraron un mensaje interceptado en el que «los alemanes expresaban su gran reconocimiento por el trabajo de Bruto».[941] Harmer comenzó a defender que Czerniawski fuera utilizado como engaño activo en la

Operación Fortaleza. «El caso Bruto se podría convertir en un medio efectivo de engañar al enemigo», [942] escribió. Si no, debería ser cerrado, ya que continuar proporcionando a Reile «pienso de pollo» era «una pérdida de tiempo total». [943] Si se cerraba el caso, Harmer sugería que el MI5 enviara a Reile un mensaje personal diciendo lo siguiente: «Hemos capturado a su hombre. Fue inteligente por su parte captarlo, pero ahora lo sabemos todo. Pensamos que está algo loco, así que no vamos a fusilarle. Sin embargo, nos comunicaremos con usted de vez en cuando para tratar temas de interés

mutuo». [944]

Si, por otra parte, se decidía mantener el caso abierto, entonces Czerniawski debería enviar desinformación militar de alto nivel. Reile estaba preguntando cuestiones específicas sobre la invasión próxima, así que «las oportunidades para usar este caso como forma de engaño eran muy grandes». [945] En efecto, con Chopin mandando mensajes regulares a París, podría acabar rivalizando con la estrella del equipo. «Bruto está teniendo preguntas al mismo nivel que Garbo», [946] y el canal Bruto tenía un «vínculo por radio aún mejor que el de Garbo».

[947] En una nota del expediente Bruto, John Marriott comentó: «Los objetivos que se pueden alcanzar al tener agentes dobles son numerosos, pero hay un objetivo superior: engañar al enemigo para provocar su ruina». [948] Czerniawski fue reintegrado al gran engaño.

Bruto marcó su regreso al equipo con un mensaje a Reile fijando sus condiciones: el secreto de los desembarcos del Día D a cambio de la libertad de Polonia.

Los riesgos que implica ayudar al Eje a oponerse a la próxima ofensiva solo están justificados si tengo el

compromiso de tu gobierno de, después de la derrota de los Aliados, ofrecer a través de mí al gobierno polaco unas condiciones de paz generosas. Al montar una organización para proporcionarte información completa y actualizada sobre los preparativos militares para la invasión, actúo exclusivamente por motivos ideológicos y con el objetivo de asegurar para Polonia un lugar honorable en la nueva Europa. Esta es la única recompensa que pido. [949]

El invierno londinense envolvió a Lily Sergeyev como una capa empapada. Le dolían los riñones. Pasaba muchas horas sola en el piso de las Rugby

Mansions, aunque Maritza Mihailovic, agente doble Snark, nunca estaba muy lejos. Cada pocas horas Mary Sherer llegaba con su maletín, un modelo de eficiencia enérgica. Juntas redactaban y volvían a redactar borradores de cartas para Kliemann, cartas tapadera para la dirección de Lisboa con información insustancial y mensajes debajo, con tinta invisible. «La información no parece tener mucho sentido», escribió Lily en su diario. «Trozos de conversaciones que mencionan rangos e insignias; trenes supuestamente vistos en estaciones; información obtenida accidentalmente al escuchar conversaciones en un tren».

[950] Visitó a sus parientes cerca de Bristol, con Mary presente. En la zona ya se estaban reuniendo fuerzas para los desembarcos de Normandía, pero en sus cartas Lily describió un «campo solitario y las carreteras principales vacías, cuando en realidad estaban atascadas desde el amanecer hasta el anochecer y durante toda la noche, con movimientos de tropas». [951]

Tar Robertson explicó el plan a grandes rasgos: «Durante los últimos meses los alemanes han tratado de manera desesperada de averiguar dónde planeamos desembarcar nuestras fuerzas. Con tu ayuda podemos hacer

que piensen que hemos hecho los preparativos para invadir una zona a la que en realidad no tenemos intención ni de acercarnos. Si tenemos éxito, los alemanes concentrarán sus tropas en los peores lugares posibles para enfrentarse a los desembarcos cuando finalmente se lancen». [952] A Lily no le dijeron que el objetivo real era Normandía, ni que Calais era la tapadera: «No intento adivinar a dónde pueden llevar todos esos trozos. Obviamente los alemanes realizarán ciertas deducciones a partir de ellos», [953] escribió en su diario.

Lily había esperado descubrir excitación en tanto que agente doble. En

lugar de ello se sentía triste. Mary Sherer y Gisela Ashley (a la que conocía como «Louisa») se la llevaron a comer al restaurante Chez Kampinski y trataron de animarla. A Lily le gustaba Louisa —se llamaban mutuamente «cariño»—, pero no sentía simpatía por Mary, tan correcta, tan reservada y nada comprensiva con el estado de ánimo de Lily. La suya era una colisión frontal de cultura y de personalidad: la francesa emocional y temperamental y la inglesa acartonada y distante. «Quiero amar y odiar; estar viva», escribió Lily. «Encuentro que los ingleses son fríos, poco comunicativos, poco expresivos,

impenetrables. Me gustaría ver a Mary reír, o gritar o llorar; me gustaría ver cómo su cara expresa algo. Para mí es casi como una autómata». [954] Lily sentía, con razón, que debajo de sus maneras serias había una persona mucho más vulnerable e interesante. «Hay algo sobre Mary, en la manera en que enrosca las piernas en espiral, en la manera en que se le caen las medias como un sacacorchos, en la manera en que camina con grandes zancadas, balanceando los brazos y quizá canturreando alguna canción, que no encaja con la cara severa que quiere mostrar al mundo». [955]

Lily exigió reiteradamente volver a reunirse con *Babs*, pero la respuesta siempre fue no comprometida y evasiva. Bombardeó con telegramas progresivamente más airados a O'Shagar, el oficial del MI6 en Gibraltar, pidiéndole noticias sobre el perro. En una nota a Tar, Mary advirtió que Tesoro se estaba volviendo «muy poco razonable» [956] y que se avecinaba un gran estallido. «Tesoro está muy disgustada por la ausencia de su perro, y ha amenazado seriamente con que si no llega pronto no seguirá trabajando. Creo que esto se puede abordar, pero provocará una escena». [957] Mary no era

tan antipática como podía parecer; también amaba a los perros y lo sentía por Lily; pero en el mundo de Mary las reglas eran sagradas. «Realmente no sé qué podemos hacer para arreglarlo, ya que si hacemos que envíen al perro aquí, oficialmente tendrá que pasar la cuarentena, lo que para Tesoro sería tan malo como tenerlo en Gibraltar. Me temo que el novio americano de Tesoro la ha dejado tirada y no tiene ninguna intención de traerlo clandestinamente; me pregunto si podríamos hacer que la Marina Real nos ayude a través del comandante Montagu». [958] Gran Bretaña se estaba preparando para una

batalla a una escala épica, y el MI5 estaba contemplando seriamente si utilizar un submarino para traer un perrito, de forma ilegal, con la intención de aplacar a una agente doble voluble.

Lily se había quejado durante mucho tiempo por lo que llamaba «sus problemas *internos*». [959] En diciembre «se vio afectada por escalofríos y temblores». [960] Mary le dijo que se curara. «No puedes estar enferma. ¡No tienes derecho!» [961] Era una broma, pero no del tipo de las que le gustan a Lily. Enferma, sola y llena de autocompasión, Lily se estaba pidiendo guerra. El siguiente intercambio está

detallado en su diario:

> Mary, a estas alturas está claro que mi piloto no va a traer a Babs. ¿Podrías hacer algo al respecto?
>
> »—No, ya te lo he dicho.
>
> »—¿Pretendes decir que te niegas a cumplir la promesa que me hizo Benton?
>
> »—No podemos hacerlo si lo que te prometieron es contrario a las normas.
>
> »—En ese caso yo no tengo que cumplir la promesa que hice de trabajar contigo. A partir de

ahora puedes seguir tú sola».

Mary Sherer estaba furiosa. Su arraigado sentido de la obligación simplemente no aceptaba que, en medio de la guerra, alguien pudiera ponerse en huelga y retirar su colaboración:

«—¿Te niegas a trabajar?

»—Desde luego.

»—Pero es estúpido. Sabes que te necesitamos.

»—Sin embargo, mi trabajo no vale lo que un perrito.

»—¡Actúas como un niño malcriado! Quieres algo y

> significa que lo tienes que tener. Bueno, pues no puedes. Estás enferma. Cambiarás de opinión cuando te lo hayas pensado». [962]

Mary se marchó violentamente de la habitación, dando un portazo al salir. Al día siguiente, Nochebuena de 1943, Lily escribió una entrada inconexa en su diario. «Mi mente está vacía de pensamientos. Soy más ligera que el aire, planeo por el techo. Voy a morir». Maritza, la espía ama de llaves, alertó a Mary, quien envió un mensaje urgente al cuartel general del MI5: «Tesoro se está

comportando de manera excéntrica, a pesar de la fiebre, vagando en pijama, y sentándose en el suelo del salón. Snark se la encontró bailando». [963]

Lily fue llevada de urgencias al Hospital St. Mary mientras deliraba. El Dr. Hanfield Jones la examinó y le diagnosticó piedras en los riñones crónicas. Cuando regresó Mary Sherer estaba en la cabecera de su cama. Lily no estaba bien, pero tampoco tan mal como creía ella. La combinación de fiebre elevada y un sentido de la tragedia altamente desarrollado la habían convencido de que estaba en el lecho de muerte.

«—Parece que no voy a vivir —le dijo a la oficial de caso, con un deje por el melodrama típicamente francés.

»—Tonterías —respondió Mary Sherer».

(«Me encanta la manera en que Mary dice tonterías», escribiría Lily posteriormente. «Lo dice con tanta convicción».)

Tar Robertson llegó al día siguiente con un ramo de junquillos y narcisos. Lily se sentía mejor, pero seguía convencida de que se estaba muriendo, y con el máximo melodrama: «No quiero

morir aquí. Si muriera ahora mi alma se perdería en la niebla». [964]

A Robertson, que por lo habitual era tan afable y alegre, le pareció que Lily estaba extrañamente cómoda en su enfermedad. Pero se sentía demasiado débil para otra pelea. Se quedó dormida.

Durante las siguientes tres semanas, Lily recuperó el apetito y algo del ánimo. A principios de enero envió un mensaje con tinta invisible a Kliemann explicándole que su largo silencio se había debido a estar enferma. Le dijo que había conseguido una radio «Sky Rider» Hallicrafter que podía recibir

pero no transmitir mensajes, y que escucharía sus mensajes en la frecuencia pactada. Los técnicos de la B1A instalaron la radio debidamente. Ahora Tesoro podía recibir órdenes y preguntas directamente de Kliemann. Su primer mensaje era de ánimo: «La información es muy interesante, las cartas llegan bien, continúa», y terminaba con cortesía coqueta: «Eres muy encantadora». [965]

Una sombra cayó sobre el alegre humor de Lily con la llegada de un telegrama desde Gibraltar, enviado por Kenneth Larson —el piloto estadounidense que había aceptado

llevarle su perro—, donde le explicaba que se había visto obligado a dejar a *Babs* en Argel. El tono del mensaje le pareció extraño. Se lo enseñó a su primo: «¿Por qué tendría que haber dejado a *Babs* en Argel? Me pregunto si será verdad. Quizá se ha encariñado de *Babs* y simplemente se lo quiere quedar». [966]

Cuando planteó la cuestión de su perro a Tar Robertson, este cambió de tema. Mary Sherer también rechazó hablar del asunto. Bimbo, la hermana de Lily, estaba viviendo en Argel: le escribiría para pedir que averiguara qué le había pasado a *Babs*.

Mary Sherer tenía planes ambiciosos para Tesoro. Estaba muy bien recibir mensajes de Kliemann, pero para poder desempeñar un papel completo en Operación Guardaespaldas necesitaba su propio transmisor de radio. Entonces, al igual que Garbo, Bruto y Triciclo sería capaz de transmitir importantes desinformaciones al momento. «Podríamos utilizar a Tesoro para el engaño», le dijo Mary a Tar. «Podría cubrir varias zonas y citar a diversas fuentes fiables, inventadas y reales. El primer mensaje de los alemanes indicaba que confían en Tesoro. Pero no puede ser utilizada para Overlord u

otros engaños a menos que consiga un radiotransmisor». [967]

Trataron de pinchar al lento Kliemann para que le proporcionara una radio para informar de la creciente actividad militar: «Se prepara algo», le dijo Lily. «Debo tener el radiotransmisor prometido». [968] Kliemann no hizo nada. Mary rezongaba: «Si le dejamos que "arregle" las cosas, o bien no sabe cómo hacerlo o le llevará tanto tiempo que perderemos oportunidades». [969] Tenían que mantener la bola rodando.

Mary Sherer ideó un plan audaz: Lily debía ir a Lisboa, reunirse con

Kliemann y conseguir que le entregara una radio. Era una apuesta, dada la volatilidad de Lily, pero Sherer le dijo a Tar que estaba segura de que merecía la pena: «Creo, y pienso que estará de acuerdo, que Tesoro es muy capaz de llevar a cabo esa misión de manera exitosa». [970] Tar dio su aprobación. Se creó una historia a modo de tapadera para explicar cómo Lily había conseguido viajar a Portugal. Le diría a Kliemann que a través de su prima Elizabeth Hill, una profesora de Cambridge, había conseguido un trabajo en la División de Cine del Ministerio de Información, que trabajaba en los

guiones para películas de propaganda que se proyectarían en los países liberados de los nazis. Explicaría que había sido enviada a Portugal para entrevistar a refugiados y reunir «información de primera mano sobre las condiciones en esos países». [971] Era una historia bastante poco convincente, pero Mary era optimista: «Has conseguido que Kliemann se las trague más gordas». [972]

Una noche, después de un largo día ensayando la tapadera con Mary, Lily regresó al piso y se encontró una carta de su hermana, con matasellos de Argel. Leyó la primera frase una y otra vez, con

atónita incredulidad. «Mi pobre querida, detesto el dolor que voy a provocarte, pero es mejor que lo sepas, para que no hagas planes de futuro: no volverás a ver a tu *Babs*: ha sido atropellado». [973] Su perro, probablemente lo único que había querido de verdad, la única criatura que le había dado amor incondicional, estaba muerto.

Lily estaba destrozada. «Ahora todo me resulta indiferente. El círculo de soledad se ha cerrado a mi alrededor; estoy sola, absolutamente sola». [974] El relato de la muerte de *Babs* no tenía ningún sentido para ella. ¿Por qué había sido llevado a Argel? Si estaba al

cuidado de las autoridades, ¿cómo le habían atropellado? ¿Por qué sus controladores parecían tan furtivos cuando salía el tema? ¿Por qué no habían cumplido su promesa de llevar a *Babs* a Gran Bretaña?

Cuando llegó Mary Sherer más tarde, no dijo nada de *Babs*, aunque Lily estaba convencida de que sabía lo que había pasado con su amado perro, y que lo sabía desde hacía tiempo. Después de la pena vino la ira encendida; Lily no tenía ninguna duda: los británicos habían matado a su perro. Y podía tener razón.

Lily creía, ferviente y furiosamente, que *Babs* había sido sacrificado por el

MI5 y que su muerte había sido organizada como solución conveniente a un problema tedioso. Quizá a *Babs* «se lo habían cargado», sacrificado por las exigencias de la guerra, o quizá su muerte, en realidad, había sido accidental. El destino de *Babs* es un misterio. Los archivos del MI5 han sido «escardados» de manera rutinaria desde la guerra, pero cuando un archivo es desclasificado habitualmente es acompañado por un índice que refleja, en orden cronológico, todos los elementos del archivo original. En otras palabras, se puede ver lo que se ha sacado. Entre el 25 de noviembre y el

29 de diciembre de 1943, no menos de nueve piezas separadas se incluyeron en el archivo de Tesoro en relación a *Babs*. Los encabezamientos de las entradas del índice son específicos: «Informe de Mary Sherer sobre Tesoro y el perro»; «Notas sobre la investigación en relación a: normas de cuarentena respecto al perro de Tesoro»; «A petición del SIS sobre investigaciones a Gibraltar en relación a: perro de Tesoro»; «Nota en relación a: perro de Tesoro», [975] etc. Todas ellas habían sido sacadas del archivo y destruidas.

Mary Sherer se sorprendió de lo bien, después de la angustia inicial, que

Lily se había tomado la noticia de la muerte de *Babs*. Parecía «de buen ánimo y mucho más entusiasta sobre el caso», [976] y ansiosa por marchar a Lisboa y ver a Kliemann. Si hubiera leído sus diarios, Mary hubiera tenido una impresión muy diferente. Lily era una actriz nata, una esclava de sus sentimientos, pero también bastante experta en ocultarlos cuando quería. «Ahora puedo cambiar de piel de manera bastante fácil», [977] escribió. La agente Tesoro guardaba un profundo luto por *Babs*, y tramaba su venganza calladamente.

16
El artista pinta un cuadro

Johnny Jebsen se estaba arrepintiendo. Su indignación con el régimen nazi no había desaparecido, pero algo en su conciencia manchada se rebelaba contra la idea de traicionar a sus colegas alemanes. Además, el peligro por parte de la Gestapo parecía alejarse. Kammler, el corrupto oficial de la Abwehr en Lisboa, había mandado un informe afirmando que Dusko Popov debía ser un agente doble ya que sus

informes habían empeorado «tanto en cantidad como en calidad», [978] y dirigiendo las sospechas hacia Jebsen. Al enterarse de esto Jebsen hizo un llamamiento personal al almirante Canaris, el jefe de la Abwehr, protestando «violentamente contra las maquinaciones de Kammler para desacreditarle» [979] y declaraba su «intención de abandonar su trabajo y volver a Berlín para alistarse en el ejército» [980] a menos que se le permitiera ir a Lisboa para manejar el caso Popov en persona. El farol funcionó. Canaris dictaminó que la denuncia de Kammler había sido

«malintencionada», [981] y lo mandó al frente oriental.

Maliciosa o no, las sospechas de Kammler eran certeras, y los motivos de Canaris para rechazarlas eran, como todo lo que hacía el almirante, opacos. Casi con toda seguridad Canaris estaba conspirando contra Hitler. Jebsen fue enviado a Lisboa con órdenes imprecisas de mejorar «la tapadera bajo la cual se lleva a cabo la correspondencia con los agentes». [982] Tranquilizado por considerar que ya no estaba en peligro inminente, Jebsen sugirió a Kenneth Benton del MI6 que quizá sería mejor si, después de todo,

seguía siendo independiente. Le manifestaron con firmeza que era demasiado tarde como para volverse atrás, pero le tranquilizaron diciendo que «si, como dice, desea hacer todo lo posible para dañar al régimen nazi, entonces no debería tener escrúpulos por tratar con nosotros». [983] Los temblores de Jebsen se habían terminado: «estaba convencido de que había dado un paso irrevocable y que era consecuente con sus principios antinazis y que a partir de entonces debía participar activamente, y no solo de manera pasiva, en la lucha contra el actual régimen en Alemania». [984] El

agente Artista estaba en el equipo, para bien o para mal, y para siempre.

Por primera vez los británicos tenían un espía en las profundidades de la Abwehr, que trabajaba «incondicionalmente» [985] por la causa aliada. «El hecho de que Johann Jebson [sic] esté listo para darnos información a través de Triciclo ofrece numerosas posibilidades», [986] observaba Guy Liddell. Pero Jebsen también era una carga potencial. Un informe para Churchill mostraba el peligro.

Ha surgido una difícil situación desde que el jefe de espías [de Triciclo] se pusiera en contacto recientemente con

las autoridades británicas en Madrid y les dijera que es muy sospechoso para los alemanes y que tendría que pedir asilo en el Reino Unido. Dijo que no veía esperanzas para la victoria alemana y que si podía conseguir un pasaporte británico que le permitiera vivir en paz después de la guerra, estaría dispuesto a considerar una oferta razonable. Aunque este jefe de espías está en posesión de una enorme cantidad de información que sería muy valiosa, su deserción en estos momentos comprometería a agentes que están trabajando para él, y en los que, desde ahora, los alemanes perderían la confianza, como el propio Triciclo. [987]

La red Triciclo de Popov no era el único recurso en riesgo. Jebsen simplemente sabía demasiado. Sabía qué espías estaban manejando los alemanes (o creían que manejaban) en Gran Bretaña. Si pasaba esta información a la inteligencia británica, y esos agentes seguían en activo, entonces sabría que estaban controlados por los británicos. Por primera vez estalló un discrepancia importante dentro de la B1A, una feroz disputa territorial entre oficiales de caso compitiendo ansiosamente para proteger a sus propios agentes. Hugh Astor, que ahora manejaba a Bronx, disparó la salva

inicial.

Si Artista es muy activo proporcionando información, llegado el momento debería suministrarnos suficiente información como para llevar a cabo la detención de, al menos, Garbo y Tesoro, y me parece que por muy delicadamente que se maneje el asunto, acabará siendo obvio para Artista que todos esos agentes operan bajo control. Así, el destino de algunos de nuestros agentes más valiosos dependerá por completo del capricho de un alemán del que sabemos que es brillantemente inteligente, pero sin escrúpulos y deshonesto, y que puede utilizar su

conocimiento a favor de los alemanes, ya sea por voluntad propia o por la fuerza de las circunstancias. Artista nunca había actuado por lealtad al Partido Nazi. Su único deseo, en todo momento, había sido servir a sus propios intereses. Anteriormente siempre había sacado partido de salvaguardar la organización Triciclo —esto le había liberado de luchar en el frente del este y le había proporcionado unas considerables posibilidades de beneficio económico.

El peligro de ser descubierto por la Abwehr aumenta cada día que pasa. Puede ser arrestado por la Gestapo y

comprometer a nuestros agentes bajo la tensión de los interrogatorios o utilizar sus conocimientos en provecho propio. La súbita pérdida de gran número de nuestros agentes de la B1A sería por sí misma un golpe grave, pero sería aún más grave si esa pérdida tuviera lugar después de que los agentes se hubieran embarcado en la puesta en marcha del plan de engaño de Overlord [es decir, Fortaleza], ya que esto permitiría a la Abwehr interpretar el flujo de información al revés. La única función de un agente de la B1A en este momento es desempeñar un papel en la implementación del plan de engaño.

Cualquier agente que sea incapaz de cumplir este papel no merece ser preservado. Claramente la organización Triciclo puede no desempeñar ningún papel en el plan de engaño, ya que el hecho de que Triciclo actúe bajo control es susceptible de llegar a conocimiento de los alemanes en cualquier momento. Bajo ninguna circunstancia se debería permitir a Artista que permaneciera en la Península. [988]

«Estoy de acuerdo con todos los puntos de su argumentación», escribió Tommy Harris, el oficial de caso de Garbo. «Estoy bastante convencido de que cada día de más que pasa allí, el

riesgo para todo el caso Garbo aumenta. A menos que se tomen medidas inmediatamente para terminar con los contactos con Artista por completo o que sea evacuado de inmediato de España, entonces los graves riesgos de quemar el caso Garbo son inevitables». [989] Si Jebsen fuese llevado a Gran Bretaña con rapidez, el MI5 podría «interrogarle a su antojo», sostenía Harris. «Seríamos capaces de recoger una cantidad considerable de información de Artista y el peligro de que un cierto número de nuestros agentes más valiosos se vean comprometidos se evitaría». [990] Pero si Jebsen

desaparecía, los alemanes sospecharían inmediatamente de Popov: para proteger el plan de engaño, el agente Artista debía ser sacado de inmediato, y dejar inactivo al agente Triciclo.

Recayó en Ian Wilson, el oficial de caso de Popov, plantear el argumento contrario. Abogado de formación, seco y preciso, Wilson había estudiado a Johnny Jebsen, y salió en su defensa con ferocidad legalista.

> Estoy completamente en desacuerdo con el Sr. Harris y el Sr. Astor. Creo que puedo afirmar que tengo un

conocimiento más detallado del punto de vista y postura de Artista que ningún otro miembro de esta oficina. El riesgo de que Artista revele información ha sido muy exagerado. No puedo imaginar las circunstancias en las que pueda dejar de interesarle, así como su inclinación, para continuar actuando de manera ventajosa para nosotros. Discrepo completamente de que no tenga escrúpulos y que sea deshonesto. Puede no tener escrúpulos o ser deshonesto hacia el actual

gobierno alemán, pero se ha tomado todas las molestias para proteger a los agentes dobles que conoce [Triciclo, Globo y Gelatina]. Jebsen ha estado intentando decir la verdad a Triciclo, y lo ha hecho sabiendo que Triciclo pasaría la información a los británicos. No hay pruebas de que cualquier afirmación que nos haya hecho no sea cierta. Voluntariamente se arriesgó en persona para tratar de mantener su propia posición. Por tanto no estoy de acuerdo con que siempre haya actuado

por el único deseo de servir a sus propios intereses. El mismo Artista teme estar en peligro, pero no tenemos pruebas independientes en ese sentido. Si Artista es detenido por la Abwehr o la Gestapo, obviamente tratará de ocultar que ha estado pasando información de manera directa. Me parece que el colmo de la locura es desperdiciar deliberadamente una gran parte de nuestra organización en estos momentos. [991]

Como la mayoría de las instancias oficiales, cuando se enfrentan a facciones en competencia y con alternativas igualmente difíciles de aceptar, el MI5 optó por no hacer nada excepto esperar, observar y preocuparse. El destino del sistema de la Doble Cruz dependía ahora del carácter de Johnny Jebsen, un valiente y leal espía según Wilson, pero un oportunista que trabaja para sí mismo y en el que no se podía confiar, a ojos de sus colegas del MI5.

Había «menos peligro de vigilancia por parte de la Gestapo» [992] en Lisboa, dijo Wilson, y las Fuentes Más Secretas

rastrearían cualquier indicio de que las autoridades le estuvieran pisando los talones a Jebsen: «Si Artista se viera en peligro de ser secuestrado, sería evacuado inmediatamente».

Jebsen llegó a Lisboa el 16 de octubre de 1943, donde fue puesto «bajo el ala» [993] del oficial local del MI6, Charles de Salis. Lingüista y poeta de treinta y tres años captado para el MI6 por Kim Philby (el jefe de la sección ibérica del MI6 cuya condición de espía soviético fue descubierta más adelante), De Salis había pasado gran parte de sus primeros años en España, donde se hizo amigo de Federico García Lorca. Según

una versión era «un esteta modesto», [994] «un divertido anecdotista y mimo». [995] Jebsen y él congeniaron de inmediato. De Salis tenía instrucciones estrictas: «Artista está decidido a seguir hasta el último momento posible, pero si quedase claro que se ha acabado el juego, pensamos que para evitar que sea detenido deberíamos mandarlo a Gibraltar. Tienes plenos poderes para sacar a Artista si, según tu criterio, se ha acabado el juego, dejando a sus colegas sin que sepan para nada cuál es su suerte y su destino». [996]

La sede de la Abwehr en Madrid era grande y estaba bien organizada, con

más de doscientos oficiales y unas trescientas secretarias. Espiaba día y noche, a las órdenes de la agotadora ética del trabajo de Karl-Erich Kühlenthal quien, aunque crédulo, era considerado por el MI5 como «un hombre muy eficaz, ambicioso y peligroso, con una enorme capacidad de trabajar duro». [997] En contraste, la Abwehr en Lisboa, bajo Ludovico von Karsthoff, funcionaba con un ritmo relajado. El cuartel general de la Abwehr, un piso confortable cerca de la embajada, consistía en unas treinta personas, la mitad de las cuales eran secretarias, así como una cantidad de

parásitos sospechosos con funciones indeterminadas. Los oficiales de la Abwehr hacían poco más que recoger las cartas enviadas a las diversas direcciones tapadera de Lisboa. En efecto, había muy poco trabajo que hacer puesto que como los alemanes pensaban que «dadas las características de los portugueses —su gusto por lo melodramático, su condición de chismosos y el no poder confiar en ellos en general— les hacían poco aptos para el trabajo de agentes». [998] El único informante local de relieve era Paul Fidrmuc, «Agente Ostro», que era, por supuesto, un charlatán.

Mientras que Kühlenthal y sus colegas sudaban en Madrid, los oficiales de la oficina lisboeta se dedicaban a los placeres, dirigidos por Von Karsthoff, que «servía de ejemplo para sus felices existencias». [999] Con el dinero que se quedaba de los pagos a Popov, Von Karsthoff se había comprado un Cadillac nuevo, una casa en el campo cerca de Sintra y otro mono como mascota. Un oficial de la Abwehr que llegó a Lisboa poco antes que Jebsen se quedó estupefacto por el comportamiento de sus nuevos colegas, que «llevaban unas vidas muy disolutas e inmorales en Lisboa, preocupándose

poco por sus obligaciones». [1000] Algunos se acostaban con sus secretarias. Otros eran adictos a la cocaína. «Todos tenían grandes cantidades de dinero, la mayoría tenía coche propio, hacían frecuentes viajes de placer por todo Portugal y pasaban las noches jugando en los casinos». [1001] Jebsen se sintió completamente como en casa. Dado que Karsthoff era tan dependiente de Popov como él mismo, difícilmente el jefe de oficina de la Abwehr iba a plantear problemas, especialmente después de que Jebsen le prometiera «un trabajo tras la guerra como gerente de una empresa en Viena».

[1002] Jebsen comenzó a relajarse, confiado en que sus amigos de Berlín le avisarían si sus enemigos le pisaban los talones, y los británicos le pondrían a salvo.

Incluso había una posibilidad de que, si se producía una crisis, Jebsen fuese sacado de allí sin cargarse todo el montaje de Triciclo. Así Jebsen había ideado un extraño plan alternativo, convenciendo a sus jefes de que debía ser capaz de entrar en Inglaterra, clandestinamente, como espía, con ayuda de uno de los hombres más ricos de Gran Bretaña. El cuento que Jebsen había tejido para la Abwehr era este: en

cierta ocasión su padre había salvado la vida a lord Rothschild, de la familia de banqueros, que desde entonces tenía «una deuda de gratitud que estaba deseoso de pagar haciendo todo lo posible para ayudarle»; [1003] Rothschild había aceptado pedir a sus «amigos influyentes» [1004] que arreglaran que Jebsen pudiera entrar en el país en tanto que refugiado y evitando ser internado; una vez en el país, haciéndose pasar por «un alemán descontento que había perdido el favor del régimen», [1005] espiaría para Alemania.

La historia era absolutamente falsa, pero para darle credibilidad, Jebsen

mantuvo «durante algunos meses una correspondencia completamente ficticia con el lord Rothschild que se había inventado». [1006] La inteligencia británica había seguido este particular complot a través de los mensajes de radio interceptados, y sabía que «hay todo un archivo depositado en la Abwehr que contiene copias en papel carbón de las cartas de Artista y las respuestas de Rothschild». [1007] En realidad, hubiera sido imposible que cualquier ciudadano particular, con independencia de su riqueza, hubiera forzado las normas de modo que un ciudadano alemán pudiese entrar en

Gran Bretaña y «quedarse sin control». La Abwehr no lo sabía, y según las creencias nazis sobre el poder de los banqueros judíos, se suponía que con «el poderoso respaldo de lord Rothschild» [1008] se podía tirar de cualquier hilo. Cuando le contaron el engaño Rothschild, un alto oficial de la Abwehr, dijo: «was diese Juden sic halles leisten» (esos judíos siempre se salen con la suya). [1009]

Si Jebsen descubría que estaba a punto de ser detenido por la Gestapo, les diría a sus colegas de la Abwehr que el visado prometido por su amigo Rothschild había llegado, y después

desaparecería. Los británicos le harían llegar como por arte de magia a Londres; los alemanes creerían que era un agente leal que trabajaba desde el Reino Unido, y la B1A lo utilizaría como si fuera otro agente doble. Para reforzar el engaño, el MI5 falsificó una carta del Ministerio del Interior que decía que «Lord Rothschild ha hecho una petición de que se dé un tratamiento especial al caso», [1010] que Jebsen podía mostrar a sus colegas como prueba de su historia. Robertson dio su cautelosa aprobación a esta enrevesada farsa, señalando que el plan era «ingenioso pero no carente de riesgos».

[1011]

Victor Rothschild, el experto del MI5 en sabotaje, era un lord Rothschild real, y se sintió algo ofendido al descubrir que su apellido estaba siendo manipulado de este modo. No tenía ninguna conexión con Jebsen, y le preocupaba que si se filtraba la historia, la gente podía llegar a conclusiones equivocadas. «Puede parecer innecesariamente quisquilloso por mi parte pero también se puede hacer que quede registrado de manera permanente que toda la saga lord Rothschild-Artista es imaginaria». [1012]

El 10 de noviembre de 1943, el DC3

a Lisboa despegó del aeropuerto de Whitchurch con no menos de tres aficionados de la Doble Cruz a bordo. Ian Wilson del MI5 y el comandante Frank Foley del MI6 viajaban juntos como Sr. Watson y Sr. Fairclough. En otro asiento, ignorando aplicadamente a sus oficiales de caso, y viajando con su propio nombre, estaba Dusko Popov. Se había decidido que enviar a Triciclo de regreso a Portugal reforzaría su situación en los preliminares del Día D: «Después de que regrese a Inglaterra, cualquier material engañoso que podamos pasar a través de él tendrá muchas posibilidades de ser creído

implícitamente». [1013] Dada la incertidumbre que rodeaba a Jebsen, Popov todavía no entregó ningún material absolutamente engañoso, por si le pillaban. En su lugar llevaba una valija diplomática yugoslava llena del «pienso para pollos» de máximo nivel para Karsthoff: notas, fotografías y documentos, información precisa y en apariencia útil para el enemigo, pero básicamente sin ningún valor. Si todo ocurría según el plan, estaría de regreso en Gran Bretaña poco después de Navidades, «a tiempo para participar en cualquier gran engaño». [1014]

Wilson y Foley pretendían reunirse

con Jebsen en Lisboa, valorar su carácter, informarle y reforzar su determinación: «Hacerle sentir que le consideramos muy valioso; evitar que sienta que está traicionando a su propio país; tratarle como un hombre previsor y de mentalidad internacional, que se da cuenta de que la guerra va a ser ganada por los Aliados y que el Partido Nazi y el poder militar en Alemania será eliminado». [1015]Le dirían que «cualquier acción que ayude a lograr que la guerra acabe antes será una ventaja para Alemania así como para el resto del mundo, al evitar la innecesaria pérdida de vidas por la continuación del

conflicto». [1016] Entonces le interrogarían sobre todos los aspectos de la inteligencia alemana, desde los espías a la tinta invisible pasando por las palomas.

Charles de Salis, del MI6, había preparado un encuentro en un piso franco de Lisboa. Llevaban esperando una hora cuando llegó Jebsen arrastrando los pies, una figura descuidada con un sombrero de fieltro oscuro, una gabardina sucia y unos zapatos sin lustrar. Sonrió abiertamente y extendió la mano. Wilson se dio cuenta de sus dedos manchados por la nicotina, y un ostentoso anillo de boda con un

rubí. Wilson era un abogado inglés muy conservador, un impasible defensor de todo lo que es tradicional y está arraigado; Johnny Jebsen era un trepa internacional, de mala reputación y poco convencional. Casi no tenían nada en común. Sin embargo, desde la primera mirada establecieron una afinidad que se haría más profunda con el tiempo. Johnny era un negociante, y antes de ponerse a hacer negocios quería ciertas garantías: inmunidad legal ante cualquier cosa que hubiera hecho en relación a la estafa de la falsificación; ayuda para lograr la ciudadanía danesa o británica después de la guerra; y una

promesa de que «si algo le pasaba, nos encargaríamos de su mujer». [1017] La última cláusula era su toque característico: Jebsen había comenzado una relación con una secretaria de la oficina de la Abwehr en Lisboa; tenía una amante en París y otra, de más reciente adquisición, en Madrid. Y, sin embargo, seguía siendo, a pesar de sus hábitos adúlteros crónicos, leal a su mujer y actriz Lore. Su última petición era humana: «Si a través de la información obtenida por Artista lográbamos arrestar agentes alemanes, estos no debían ser ejecutados». [1018]

La respuesta de Wilson estaba

formulada cuidadosamente: «Dejé claro que cualquier garantía que recibiera de nuestra parte estaría condicionada a que quedáramos satisfechos —cuando tuviéramos toda la información después de la guerra— respecto a que, en efecto, nos había ayudado en lo máximo posible y que en ningún momento había intentado engañarnos por todos los medios». [1019] Esto fue suficiente para Jebsen: a pesar de todo su cinismo, creía profundamente, como devoto de P. G. Wodehouse, que la palabra de un inglés era su obligación.

Una vez tranquilizado, Jebsen comenzó a irse de la lengua. Durante los

cuatro días siguientes, fumándose una interminable sucesión de cigarrillos y bebiendo champán como si fuera agua, dibujó un cuadro detallado de los trabajos internos del aparato de inteligencia del Tercer Reich, y las luchas de poder dentro de la cúpula nazi. «En general la Abwehr está desmoralizada y es cínica y, de hecho, el OKW [Oberkommando der Wehrmacht] hace al menos un año que sabe que Alemania ha perdido la guerra», [1020] dijo. La inteligencia alemana estaba desorganizada, plagada de corrupción y acosada por las peleas internas. Canaris estaba sometido a fuertes presiones, y

Himmler conspiraba activamente para llevarse a la Abwehr con su propio SD, el servicio de inteligencia del Partido Nazi. «Himmler es el hombre más ambicioso de Alemania, pero sabe que el ejército no le toleraría en el lugar de Hitler, por lo que sigue siendo leal. En contra de la creencia popular, Hitler no cree en fusilar a sus viejos amigos a menos que se conviertan en un peligro para él. Los líderes de las SS permanecerán leales a Hitler y la base de las SS está totalmente bajo la influencia de sus líderes». [1021] La memoria de Jebsen era extraordinaria; ese hombrecito nervioso era «un

diccionario viviente de toda la Gestapo». [1022]

A principios de ese año, en Madrid, Jebsen le había hablado a Benton sobre los rumores del desarrollo de «un arma en forma de cohete» por parte de los científicos de Hitler. Ahora tenía información más sólida, obtenida en el dormitorio y no de los rumores. Cuando estaba en España, entre pasarse al MI6 y visitar su cine pornográfico favorito, Jebsen encontró tiempo para iniciar una relación con una mujer casada, la baronesa Gertzen. Era secretaria de un fabricante de aviones alemán llamado Henschel, cuyas fábricas suministraban

piezas para el proyecto de la bomba volante. «La baronesa está muy enamorada de Artista [y] fue fácilmente inducida a hablar sobre la probabilidad del bombardeo severo del Reino Unido». [1023] Jebsen le dijo que pronto viajaría a Gran Bretaña y fingió astutamente estar temeroso «de ir a un país que puede ser objeto de un ataque por parte del arma secreta de Hitler». [1024] Jebsen incluso «inventó una historia exprofeso sobre ¡qué había habido una profecía en la que era alcanzado por un rayo en diciembre!». [1025]

La baronesa Gertzen tenía

conocimiento de toda la correspondencia de su jefe y era sorprendentemente ingenua: «Inmediatamente le prometió darle todos los detalles del arma [y] garantizó que le enviaría un cable a Artista allí donde esté tan pronto como tenga la información de que el cohete va a ser usado. Si estuviera en Inglaterra, ¡esto le daría tiempo para escapar a Escocia!».[1026] El mísil, informó Jebsen, estaba siendo fabricado en «un centro experimental situado en Peenemünde»,[1027] en la costa báltica de Alemania. Los británicos ya tenían una idea de lo que estaba pasando en Peenemünde. En

efecto, la RAF había atacado el lugar el mes de agosto anterior. La inclinación de Jebsen a pasarles una información tan explosiva, obtenida en la cama, era una medida de su compromiso, y de su astucia.

Uno a uno, enumeró a los espías alemanes que trabajaban en suelo británico, y cómo eran valorados en Berlín: Popov, sospechoso durante su estancia estadounidense, de nuevo era apreciado por la Abwehr; Globo era «vago»; [1028] Gelatina irregular, pero de vez en cuando útil. El muy celebrado agente Ostro «nunca revelaba a nadie quiénes son sus agentes o de dónde saca

la información». [1029] Prometió averiguar más sobre el misterioso Ostro. Jebsen siguió contándolo todo sobre la red Garbo, con «detalles completos de la mayoría de los agentes secretos», [1030] incluyendo cómo y cuánto les pagaban.

Esto era exactamente lo que la inteligencia británica había esperado que no hiciera. Wilson estaba consternado: «Nos había dado cierta información que nos debería haber ayudado a localizar a esos agentes si realmente hubieran existido y todavía no los controlábamos, y podía sacar conclusiones correctas a partir de

nuestras reacciones». [1031] Jebsen señaló que él mismo había sido sospechoso durante mucho tiempo por la facilidad con la que Garbo (agente Arabel, como era conocido por los alemanes) transmitía informes desde Gran Bretaña, y especulaba con que el propio Kühlenthal estuviera en nómina del MI6: «No nos quedó ninguna duda de que estaba convencido de que controlábamos esa organización». [1032] Wilson hizo todo lo que pudo para «confundir el estado de ánimo de Artista sobre los agentes de la B1A» [1033] y despistarle. Erradicar espías en Gran Bretaña era «un trabajo relativamente

poco importante», [1034] dijo bravuconamente. Pero Johnny Jebsen no era idiota. «Artista me transmitió con claridad la impresión de que no pensaba que ningún agente que pretendiera escribir cartas o mandar mensajes desde Inglaterra fuera auténtico», [1035] y sospechaba que todos esos espías estaban «controlados o bien no existían (o ambas cosas según el caso)». [1036] Cuando el MI5 no actuó a raíz de la información que les había proporcionado, sabría con seguridad que la red de espionaje alemán era una farsa.

La propia posición de Jebsen, según

dijo, había «mejorado considerablemente» [1037] desde su llegada a Lisboa. Tanto Canaris como Georg Hansen, jefe de la inteligencia exterior de la Abwehr, le protegían, y le habían ordenado específicamente que no regresara a Alemania hasta que el asunto de la Gestapo se hubiese arreglado. Sabía que seguía habiendo peligro «de que la Gestapo lograra su regreso a Alemania y que se deshicieran de él de manera sumaria», [1038] pero un amigo del SD le había dicho que «el secuestro en Portugal ahora es casi imposible». [1039] Aun así, Jebsen sabía qué ocurriría si se descubría que era un espía

británico: enviarían al escuadrón de la muerte de los Ablege Kommandos para capturarle. «Tienen un veneno soluble en agua o que puede ser echado en la comida y que casi no sabe a nada», dijo Jebsen en tono grave. «Veinte minutos después de la muerte no quedan huellas en el cuerpo». [1040] Estaba confiado en que le avisarían de cualquier amenaza inminente como para que le diera tiempo a actuar, pero como precaución adicional había iniciado una aventura con Lily Grass, secretaria de Aloys Schreiber, el recién nombrado jefe de la contrainteligencia en Lisboa. Si la Gestapo amagaba contra Jebsen, se lo

dirían antes a Schreiber, en cuyo caso Lily Grass se enteraría y le pondría sobre aviso.

«Jebsen ha estado prestando mucha atención a Lily Grass» informó Wilson. «Ella está enamorada de Artista y si este se toma la molestia de ocultar que le resulta tediosa, será capaz de contar con su apoyo». [1041] Wilson estaba impresionado con la determinación e ingenuidad de Jebsen: «Nos hemos formado una impresión favorable sobre su valor y no creemos que busque refugio a menos que sea necesario». [1042]

Wilson repasó los motivos

«altamente complejos» de Jebsen: «Una auténtica antipatía hacia el nazismo; una confianza en el sistema político británico; una convicción de que Alemania ha perdido la guerra; un miedo al comunismo que solo se puede evitar gracias a una creciente influencia inglesa en Europa occidental; un desprecio por la corrupción e ineficiencia de la Abwehr; la comprensión de que su propio futuro como gran hombre de negocios depende del restablecimiento de la normalidad en las actividades comerciales; un deseo de reafirmarse a sí mismo». [1043] Jebsen parecía impelido por una combinación

de oportunismo, idealismo y, sobre todo, lealtad personal hacia Popov. Si tenía algún credo, sería *El código de los Woosters* de P. G. Wodehouse: «Nunca dejes tirado a un amigo». [1044] «En ningún momento habló de ninguna recompensa económica y estoy seguro de que no espera ninguna ayuda financiera». [1045] Incluso estaba dispuesto a falsificar información para los alemanes en nombre de Gran Bretaña: «Artista dice que si queremos alimento deberíamos dejar que lo escribiera él —sabe exactamente lo que quieren los alemanes y lo ha estado escribiendo durante años». [1046]

Jebsen era una figura extraña, reflexionaba Wilson, depravado y disoluto pero curiosamente romántico. «Parece diez años mayor que los treinta que tiene; de pelo rubio rojizo peinado hacia atrás; con un bigote espeso; muy delgado y con el cuerpo inclinado hacia delante; ojos grises azulados y pómulos muy pronunciados; de tez pálida poco saludable (¿enfermedad pulmonar?); fuma unos cien cigarrillos al día; dientes en muy mal estado por el ritmo al que fuma; come poco y solo bebe champán; no sabe conducir; monta a caballo y escribe libros filosóficos». [1047] Sin embargo, como mostraban los rastros de

seducción de Jebsen, había algo intensamente atractivo en él, y un núcleo de fuerza que contradecía su actitud nerviosa. Wilson confiaba en él. «No hay duda de que Artista actúa por interés propio, pero con un carácter perspicaz y a largo plazo. No es probable que un hombre con su indudable inteligencia trate de engañarnos sobre cualquier cuestión que pueda descubrirse después de la guerra». [1048] Wilson estaba muy seguro de que Jebsen estaba listo para arriesgar su vida por la causa aliada. «Estoy convencido de que Artista desea sinceramente continuar trabajando incondicionalmente para nosotros».

[1049] Cuando se marcharon Wilson le dijo: «Espero que nuestra colaboración dure mucho tiempo». [1050]

El informe de Wilson provocó tanta alegría como consternación en Londres. Se trataba de inteligencia de la mayor calidad, con la promesa de que habría más. Por otra parte, como se habían temido Astor y Harris, Jebsen estaba en situación de exponer la falsedad de las redes alemanas en Gran Bretaña, que en esos momentos proporcionaban activamente material falso en los preliminares del Día D. «Hasta qué punto Artista pueda conocer a Garbo es cuestión que preocupa», [1051] escribió

Tar, que se preguntaba si Jebsen sabía, o simplemente sospechaba, que los agentes alemanes en Gran Bretaña eran un fraude. «Obviamente si se le preguntara directamente a Artista sobre esto, se suscitaría de inmediato la sospecha». [1052] Wilson le tranquilizó: «No pienso que tenga ninguna prueba concluyente». [1053] Pero Jebsen no necesitaría ninguna. El flujo continuo de información procedente de los espías del Día D sería prueba suficiente del enorme engaño que se estaba llevando a cabo contra el alto mando alemán.

A Churchill le dijeron: «El celo y habilidad de Artista roza lo embarazoso.

Ha comenzado a proporcionarnos información sobre las redes que los alemanes tienen en este país. De estas la principal es la organización de Garbo, sobre la cual es claramente indeseable que nos haga ser demasiado conscientes. En estos momentos estamos embarcados en la delicada operación de desviar la atención de este valioso agente hacia otra parte. Cabe esperar el éxito». [1054]

Mientras Jebsen estaba conociendo a sus nuevos jefes de espías británicos, Dusko Popov se reincorporaba con sus controladores alemanes. Von Karsthoff estaba realmente encantado de verle: Popov no solo era su activo de

inteligencia más valioso, sino quien le garantizaba su estilo de vida disoluto. Examinó el botín de información de Popov con algo menos que un ojo crítico, y lo calificó de excelente. Hacía poco que Canaris había cuestionado si Popov «valía lo que se le pagaba», [1055] pero la última hornada de información, según predecía Von Karsthoff, convencería al jefe de la Abwehr de que era «realmente valioso». [1056] Hizo una cena en honor de Popov e invitó a Jebsen, Aloys Schreiber, el nuevo jefe de contrainteligencia, y sus secretarias. Fue un evento extraño. Dos de los invitados eran oficiales de la

inteligencia alemana, y otros dos trabajaban en secreto para la inteligencia británica; Jebsen se estaba acostando con la secretaria de Schreiber, que espiaba para su jefe; el casado Von Karsthoff tenía una aventura con su secretaria, Elizabeth Sahrbach, mientras robaba a la Abwehr. Popov mantenía al menos seis aventuras. Todos estaban involucrados en el juego de mentiras y engaños… excepto Mabel Harbottle, que no se estaba acostando con nadie ni engañando a nadie, y probablemente no lo hizo nunca. Von Karsthoff propuso un brindis congratulatorio, declarando que, a

cambio de su más reciente botín de información, Popov podía esperar un pago de quince mil dólares.

Aloys Schreiber estaba de acuerdo en que el informe de Popov era «bueno y había sido enviado por mensajería a Berlín». Sin embargo, su actitud era fría.

Después de la cena, Von Karsthoff voló a Baden-Baden para una reunión de la Abwehr y regresó exultante: ahora Popov era considerado «el mejor hombre que tiene la Abwehr». [1057] El elogio fue debidamente transmitido a Wilson en Londres, quien observó: «Esto puede haber sido deliberadamente halagador, pero parece que no hay duda

de que en estos momentos está muy bien considerado». [1058] Con ávido deleite, Von Karsthoff le dijo a Popov que «si su trabajo era realmente bueno podría tener casi cualquier cosa que pidiera». [1059] Ya se estaban haciendo planes para mandarle de regreso a Gran Bretaña, con más dinero, un nuevo cargamento de tinta invisible y otro cuestionario que pedía un abanico de información sobre casi cualquier tema, como dijo más tarde Popov, «excepto un informe detallado de los procesos digestivos de Churchill». [1060] Ordenaron a Popov que comenzara a transmitir desde fuera de Londres, ya que las bombas volantes

de Hitler pronto asolarían la capital.

Para Popov y Jebsen, esas semanas en Lisboa les ofrecieron la primera oportunidad, desde el inicio de la guerra, para hablarse sin disimular o deducir sobre qué no se podía hablar. Ahora estaban de modo oficial en el mismo lado del juego, aunque tenían un temperamento completamente distinto. Como señaló en una ocasión P.G. Wodehouse hablando de *cricket*: «Algunos bateadores están nerviosos durante toda una larga manga. Con otros el sentimiento desaparece con la primera línea». [1061] Popov era imperturbable, mientras que Jebsen era

un manojo de nervios, pero formaban una asociación sobresaliente. Pasaron juntos muchas horas felices y disolutas: un par de espías británicos que simulan ser espías alemanes, gastándose el dinero de Hitler en sí mismos. Jebsen alquiló una casa en Estoril, con cuatro sirvientes, mientras que Popov vivía en el hotel Palacio. Celebraron juntos las Navidades, y Popov envió una felicitación, con tinta invisible, al MI5: «Debo pasar las Navidades en Portugal, comprando billetes de lotería y dejando que la gente me lustre los zapatos», escribió. «Te deseo a ti y a otros tus amigos unas felices Navidades». [1062]

Pero cuando embarcaba en el avión para Londres, una semana después, el ánimo de Popov estaba inquieto. Sabía que estaba dejando a su viejo amigo en una situación de grave peligro. Si Jebsen hubiese solicitado asilo, hubiera estado seguro, junto a él, en el avión para Gran Bretaña. Pero no lo había hecho. El archivo de Triciclo contiene una carta escrita a mano que Popov dirigió a Jebsen poco después de su regreso a Londres. Ofrece un vistazo a lo que llamaba el «dilema» [1063] de espiar, sopesar obligación y amistad, arriesgando la vida de alguien a quien quería para proteger a miles que nunca

conocería.

Dada la elección entre «ayudar a un amigo y arruinar una causa mucho mayor, o hacer que un amigo corriera el riesgo y tratar de salvar la causa», [1064] escribió, «optaría por la segunda solución. Y lo que es más, estoy seguro que tú harías lo mismo». En su inglés vacilante, Popov trataba de decirle a Jebsen cuánto significaba para él su amistad, y para la causa que ahora compartían: «Si este caso dependiera de cualquier otro que no fueras tú, estaría desesperado».

17
El doble de Monty

El día que Popov aterrizó de regreso en Gran Bretaña, un brillante oficial del ejército británico y travestí a tiempo parcial salía de un cine del ejército en el sur de Nápoles, después de ver la película de Billy Wilder *Cinco tumbas al Cairo*, con uno de los últimos (y más extraños) elementos del engaño revoloteando en su mente. El teniente coronel Dudley Clarke era el jefe de la «Fuerza A», una unidad de engaño muy exitosa con sede en El Cairo, y uno de

los arquitectos de Guardaespaldas. Era un cinéfilo y tenía talento para lo teatral. En efecto, el gusto de Clarke por disfrazarse le había hecho meterse en problemas un año antes, cuando fue detenido en Madrid llevando ropa de mujer. *Cinco tumbas al Cairo* estaba ambientada en la campaña del norte de África y la protagonizaba Erich von Stroheim en el papel de Rommel. Pero fue Miles Mander, el actor que interpretaba de manera notablemente plausible al general Montgomery, quien puso la peculiar mente de Clarke a funcionar.

Montgomery iba a ser el comandante

de las tropas terrestres aliadas durante la invasión del Día D. Si un actor que interpretaba a Montgomery podía ser visto en algún otro lugar del mundo inmediatamente antes de la invasión, entonces los alemanes supondrían que el ataque a través del canal de la Mancha no sería inminente. Podría hacerles ganar un tiempo muy valioso, y ablandar las defensas alemanas en un momento vital.

La idea de Clarke fue adoptada con entusiasmo por los planificadores de engaños en la LCS, y así nació la Operación Copperhead. Pero asignar el papel al actor adecuado resultó difícil.

Se dieron cuenta que Mander era varios centímetros más alto que el general, «un inconveniente físico imposible de ocultar». [1065] Se encontró un sustituto que «fue víctima de un accidente de carretera y se rompió la pierna». [1066] Estaban a punto de abandonar la búsqueda cuando una agencia teatral del Soho apareció con Meyrick Clifton James, un teniente australiano del cuerpo del ejército encargado de los pagos y antiguo intérprete de variedades. James no era un buen actor. No podía cantar ni bailar, y había perdido un dedo en las trincheras. Se había presentado voluntario para entretener a las tropas en

el extranjero, pero en vez de ello se puso nervioso en Leicester, actuando en el grupo de variedades de su cuerpo. Pero había un número que siempre provocaba los vítores del público: con su rostro delgado y gris, y su bigote caído, podía llevar a cabo una espléndida imitación de Monty. El actor David Niven, que por entonces era coronel en la Unidad Cinematográfica del Ejército, contactó con James y le pidió que fuera a Londres, donde le asignaron al estado mayor de Montgomery, haciéndose pasar por periodista, para estudiar las pautas y peculiaridades de la forma de hablar del

general.

En febrero de 1944, se anunció públicamente que el vencedor de El Alamein había llegado a Gran Bretaña para tomar el mando de las fuerzas terrestres aliadas. «Era seguro que a partir de entonces los agentes alemanes harían todo lo posible para vigilar sus movimientos». [1067] Pero ¿dónde había que exhibir al falso Monty para que le vieran los alemanes? «Suponiendo que fuera visto en algún lugar del Mediterráneo uno o dos días antes de la invasión de Normandía, los alemanes lo tomarían como una señal segura de que tendrían que esperar al menos una

semana o más antes de los desembarcos». [1068] Se eligió Gibraltar como el escenario ideal para el doble de Monty. Se sabía que su aeródromo estaba vigilado por los alemanes. La Roca también era territorio de un espía especialmente eficaz y poco escrupuloso, el comandante Ignacio Molina Pérez, que había estado en el punto de mira del MI5 durante algún tiempo.

Molina estaba asignado al estado mayor del gobernador militar de Algeciras y oficial de caso entre el gobierno español y las autoridades británicas en Gibraltar. Se suponía que

los oficiales españoles eran neutrales, pero en realidad el MI5 sabía que Molina era un espía a sueldo de los alemanes, con el nombre en clave de «Cosmos» y «malo de la cabeza a los pies»: [1069] «Molina había sido condecorado por el gobierno alemán en varias ocasiones, y se había probado, con gran detalle, que era el principal conseguidor en una extensa organización del servicio secreto nazi en España y Marruecos. El propio Molina no es consciente de que le estamos persiguiendo», [1070] informó el oficial de Seguridad y Defensa de Gibraltar. «Uno de los aspectos más irritantes del

caso es que aunque sabemos que es un agente alemán, sigue disfrutando de todas las facilidades para entrar y salir de la fortaleza. No hemos sido capaces de pillarle *in fraganti*. Hay que hacer algo más ya que en cualquier momento puede hacerse con alguna información realmente valiosa». [1071] Molina era el objetivo ideal para el engaño: si veía a Montgomery en Gibraltar alertaría de inmediato a los alemanes y los británicos tendrían pruebas totalmente fiables del espionaje de Molina. La Operación Copperhead podía tener el efecto secundario satisfactorio de dejar fuera de combate al agente Cosmos.

El terreno estaba preparado para difundir los rumores de que Montgomery iba camino del norte de África a través de Gibraltar, con el objetivo de discutir los planes para la invasión del sur de Francia antes de lanzar la invasión principal en el norte. James comenzó a ensayar su papel, lo que significaba cambiar sus costumbres: James bebía y fumaba mucho, mientras que Monty era abstemio y odiaba fumar. Fabricaron una prótesis del dedo para sustituir el que no tenía. El falso Monty se recortó el bigote, se tiñó las patillas y apareció con pañuelos caqui con las iniciales «B. L. M».. «Monty se siente muy halagado

por todo el plan que, por supuesto, se basa en la teoría de que el segundo frente no podría empezar sin él», informó Liddell. «Este es precisamente el tipo de plan que es concebible que funcione, como [Operación] Carne Picada». [1072] En obediencia a las sutilezas burocráticas, a James le pagarían el equivalente del sueldo del general durante todos los días en que encarnara a Monty.

Mientras un actor borrachín ensayaba su papel de falso general, un general auténtico se preparaba para tomar el mando de un ejército falso. Con el inventado Primer Grupo de Ejércitos

de Estados Unidos (FUSAG) reuniéndose en Kent, el equipo de engaño necesitaba a alguien que tomara el mando. George Patton, el estimulante, intrépido y sumamente desagradable general que había dirigido las tropas estadounidenses en Sicilia, había caído en desagracia por insultar y abofetear a soldados traumatizados por el combate, creyendo que eran cobardes que se hacían pasar por enfermos. «Debería fusilarte yo mismo», [1073] dijo el general Patton a uno de los hombres aterrorizados. «No existe esa cosa llamada neurosis de guerra. Es un invento de los judíos». [1074] Eisenhower

le obligó a disculparse y, ante la ira de Patton, le negó el mando global sobre las tropas terrestres de la invasión en ciernes. En su lugar le ordenaron que se pusiera a las órdenes de Montgomery, como comandante del Tercer Ejército.

Los alemanes tenían en alta valoración a Patton —«es el mejor hombre que tienen», [1075] insistía Hitler — y así, a sugerencia de Christopher Harmer, fue nombrado comandante del ejército fantasma. Mediante una juiciosa combinación de filtraciones, noticias en los periódicos y mensajes de agentes dobles, la creencia de que el general Patton estaba al mando del FUSAG

arraigó en el pensamiento alemán. Patton se pateó Inglaterra representando el papel. Se llamaba a sí mismo «un maldito intérprete innato», [1076] cosa que era realmente, saludando en voz alta a otros oficiales con comentarios como «¡Te veré en el paso de Calais!». [1077] El escándalo por el incidente de las bofetadas reforzó el engaño, ya que los alemanes supusieron que se trataba de una invención para ocultar el mando de Patton del ejército más importante del Día D. La franca falta de tacto del general irritaba a Eisenhower. «Estoy muy cansado de tu incapacidad de controlar la lengua», [1078] le dijo. Pero

los servicios de inteligencia estaban encantados. Cada vez que Patton decía algo como «evidentemente es el destino de británicos y estadounidenses dirigir el mundo», [1079] se convertía en titulares, y a su vez estos llegaban a Alemania, donde las miradas de los nazis estaban muy centradas en Patton y en su falso ejército.

Los componentes del plan estaban encajando. Para mantener a las fuerzas enemigas ancladas en Noruega, la inteligencia aliada imaginó un Cuarto Ejército británico, que se suponía atacaría desde Escocia, reforzado por los Rangers estadounidenses

desplegados desde Islandia. Fortaleza Norte fue apoyado por tráfico de radio que imitaba un ejército real preparándose para desembarcos anfibios y guerra de montaña —en verdad se trataba de camiones radio que daban vueltas por Escocia enviando emisiones de códigos morse al éter, y con trescientas cincuenta personas que representaba una fuerza de cien mil hombres.

El oficial al mando de esta fuerza inventada era el general sir Andrew «Abultado» Thorne, un patilludo veterano de la primera guerra mundial, que había conocido a Hitler cuando era

agregado militar en la embajada británica de Berlín en los años treinta. Thorne y Hitler habían luchado en bandos opuestos en las trincheras de Ypres, y hablaron de sus experiencias compartidas. Se determinó que era más probable que Hitler se tomara en serio a un ejército bajo el mando de un veterano al que conocía personalmente. Incluso, Thorne inspeccionó tropas estadounidenses reales en Irlanda del Norte como si fuera su oficial al mando, con la esperanza de que los espías alemanes en Irlanda enviarían la información a Alemania. Conforme el engaño del norte cogía velocidad, los

planificadores añadirían toques adicionales: declarar el estuario de Forth «área protegida», como si una gran cantidad de personas se estuviera reuniendo allí; las fuerzas soviéticas se concentrarían en la frontera noruega, dando a entender que iba a tener lugar un ataque desde el Este. Al mismo tiempo hubo acercamientos diplomáticos a la neutral Suecia, solicitándole el uso de sus aeródromos y pidiendo al mando de la fuerza aérea sueca que valorara un papel pacificador en Noruega en caso de una invasión aliada. (El jefe de la policía sueca, pro nazi, tenía pinchada la habitación en la que tuvo lugar esta

conversación y la mentira voló hacia Berlín.)

El oficial responsable de implementar Fortaleza Norte describió la «extraña actitud mental» [1080] que provocaba inventar, organizar y después desplegar un ejército completamente invisible: «Conforme pasaba el tiempo nos resultaba difícil separar lo real de lo imaginario. La sensación de que el Cuarto Ejército efectivamente existía y el hecho de que mantenía inmovilizadas a tropas alemanas casi nos hacía creer en que era real». [1081] Precisamente este era el efecto hipnotizador que los planificadores habían esperado inducir

en Hitler. El *Führer* siempre había considerado que Noruega era su «zona de destino»; [1082] el objetivo de Fortaleza Norte era mantener su atención —y a cientos de miles de soldados alemanes— fijada allí.

Una farsa similar e incluso más elaborada estaba teniendo lugar a lo largo de la costa del canal de la Mancha. Las fuerzas alemanas que defendían Normandía, el Séptimo Ejército, eran suficientemente temibles, pero si fueran reforzadas por el poderoso Decimoquinto Ejército del general Hans von Salmuth, que en ese momento defendía el paso de Calais,

entonces Normandía sería inexpugnable. Las tropas de Calais debían ser mantenidas donde estaban, no solo antes, sino lo más posible después del primer ataque en Normandía. El ejército aliado real que se estaba concentrando en el suroeste de Inglaterra para atacar Normandía debía ser lo más invisible que se pudiera, mientras que el ejército falso, que supuestamente se concentraba en el sureste, debía ser tan ruidoso y notorio como el propio Patton. Como directores de escena a una escala enorme, los planificadores comenzaron a montar atrezos, decorados y telones de fondo por toda la costa sureste para

simular la existencia del poderoso FUSAG, una fuerza de ciento cincuenta mil hombres, formando, entrenándose y preparándose para la batalla: falsos campamentos, aeródromos fingidos, más de doscientos cincuenta buques de desembarco ficticios conocidos como «wetbobs», y falsos tanques de desembarco llamados «bigbobs» (un «wetbob» era un remero en la jerga de los colegios públicos, mientras que un jugador de *cricket* era un «drybob»). Los bigbobs, fabricados de tubos de acero huecos y lonas, eran tan ligeros que con vientos fuertes se rompían y volaban por los aires como enormes

cometas deformes. Las vacas extraviadas tendían a comerse los falsos aviones hechos de madera y lona.

A partir de abril los operadores de radio conducían alrededor de Kent simulando el tráfico de radio de todo un cuerpo que se estaba preparando para entrar en combate. Se hicieron planes para establecer una zona de exclusión de más de quince kilómetros desde la costa. Robertson no podía estar completamente seguro de haber interceptado a todos los espías, así que, a modo de precaución, se erigieron señales falsas en Kent, que señalaban los puntos de embarque simulados. En Dover, todo era alboroto

mientras los ingenieros se apresuraban de acá para allá simulando construir túneles y estaciones de radio. Embarcaderos falsos y complejos de almacenamiento de petróleo eran construidos por fabricantes de decorados de los Estudios Shepperton, siguiendo planes diseñados por el arquitecto Basil Spence. La visita que realizó el rey Jorge VI a estas instalaciones impresionantes y por completo inutilizables fue debidamente informada en la prensa para que lo leyeran los alemanes.

La inteligencia alemana, que veía y escuchaba, no podía dejar de darse

cuenta de que el *Schwerpunkt*, el punto central del ataque a través del canal de la Mancha, debía ser el paso de Calais. El único problema era que los alemanes no eran capaces de ver con claridad, y casi no escuchaban nada. En efecto, se había revelado que casi no se preocupaban por captar la enorme pantalla de tráfico de radio, y que eran incapaces de localizar de dónde procedía cuando por fin lo captaron. La supremacía aérea aliada significaba que el reconocimiento aéreo alemán estaba muy limitado. Se hicieron enormes esfuerzos para los engaños físicos, el camuflaje y las señales de tráfico, pero

los alemanes realmente no se estaban fijando. ¿Y por qué habrían de hacerlo? Tenían numerosos espías sobre el terreno que proporcionaban copiosas pruebas de lo que estaba pasando con exactitud. ¿Por qué tomarse la molestia de interceptar, descifrar y traducir una avalancha de 13.358 mensajes cifrados de radio, cuando tenían información directa de Garbo y Bruto?

El 21 de enero Tar Robertson había anunciado al «Consejo W», que proporcionaba información operativa para objetivos de la Doble Cruz, que había llegado el momento de la verdad. Él estaba, según dijo, «un 98 por 100

seguro de que los alemanes confiaban en la mayoría de sus agentes», aunque «siempre queda el 2 por 100 adicional de duda». [1083] Las posibilidades eran lo suficientemente buenas para el consejo, que autorizó al Comité Veinte a desplegar a los agentes de la Doble Cruz del modo que siempre se había concebido: hacer saltar todo el proyecto con el más elaborado y peligroso engaño hasta la fecha. Solo serían elegidos los agentes en los que los alemanes tenían confianza absoluta, como reflejaban las Fuentes Más Secretas, y dado que el servicio postal sería suprimido durante los preliminares

de la invasión, el engaño activo sería restringido a agentes con transmisores de radio: Garbo, Bruto y el agente Tate (Wulf Schmidt), todos ellos tenían un contacto de radio sólido; se esperaba que Tesoro pronto recibiría un aparato de radio de Kliemann. Bronx continuaría con sus cartas lo más largas posibles y después mandaría un mensaje de última hora mediante telegrama, utilizando el acordado código del lenguaje llano.

Solo quedaba Popov. La persistente incertidumbre sobre la seguridad y fiabilidad de Jebsen provocó otro encendido debate en el que algunos argumentaron que el canal Triciclo no

debía usarse y que, incluso, había que desmantelarlo del todo. Una vez más recayó en Ian Wilson, su oficial de caso, montar la defensa:

> Se ha sugerido que a Triciclo y su grupo se les ha prohibido transmitir material falso porque hay un riesgo de que Artista pueda, voluntariamente o bajo coacción, revelar el hecho de que este grupo está controlado. El riesgo es mínimo. Parece impensable que Artista pueda hacer saltar voluntariamente su caso a la vista del cuidado que

ha tenido en el pasado para proteger a los agentes dobles y del muy considerable corpus de información que nos ha proporcionado, que se ha demostrado verdadero, cuando hemos sido capaces de comprobarlo. Sus motivos para trabajar para nosotros son sumamente complejos [pero] es absolutamente sincero en sus acciones. No puede quemar a Triciclo sin un peligro de muerte inminente para él, su familia y la familia de Triciclo. Artista estará protegido por la Abwehr

de cualquier ataque en su contra por parte de la Gestapo. Cualquier peligro que haya existido ahora ha disminuido. Aunque la Gestapo detuviera a la persona que es Artista y la obligase a confesar que los agentes de Artista estaban engañando, entonces la Abwehr tendría que creer la confesión. Todos los oficiales de la Abwehr, desde el más alto al más bajo, tienen un interés personal en apoyar de buena fe a Triciclo. Dudo mucho que ninguno de ellos tenga el valor

de reconocer que durante años les han estado engañando. [1084]

El Comité Veinte estuvo de acuerdo en levantar el veto al uso de Triciclo para el engaño. «Sin prohibición», [1085] escribió triunfante Wilson sobre el memorándum. Popov recibió el «visto bueno» [1086] para jugar la final del campeonato.

El equipo de la Doble Cruz había expuesto su caso con la máxima confianza, sin embargo había aprensión en St James Street. El conocimiento de la red de agentes dobles, «que en tiempos había estado confinada a un

pequeño y esotérico grupo de personas», [1087] ahora estaba extendida entre personal civil y militar, con un creciente riesgo de filtración. Paul Fidrmuc, el granuja que trabajaba por cuenta propia en Lisboa, seguía rociando a los alemanes con conjeturas y fantasías, pero «no era imposible que Ostro acertase por casualidad la zona exacta del ataque en el continente, y de ese modo destruyera el plan de engaño». [1088] Y la Abwehr, el enemigo conocido, se estaba rompiendo. Si la organización se hundía, o era subsumida por el SD de Himmler, la agencia de inteligencia de las SS y el Partido Nazi, entonces los

oficiales corruptos, perezosos y crédulos que la B1A había llegado a conocer tan bien serían sustituidos por hombres con una impronta diferente y más eficaz. Las ratas comenzarían a abandonar el barco que se hundía. Un cierto número de oficiales de la Abwehr descontentos ya estaban tanteando el terreno, insinuando una posible deserción. Este era el gran problema de Artista. Si algún oficial con conocimientos de la red de espías alemanes en Gran Bretaña desertaba, sus colegas supondrían, de manera natural, que había traicionado esas redes; y si las redes continuaban como si nada, se

darían cuenta de que los espías estaban bajo control aliado. «En resumen, el cambio de chaqueta alemán, aunque trata de ayudarnos, de hecho destruirá todo nuestro sistema». [1089] Incluso el impertérrito John Masterman confesó «una ansiedad que le concomía» [1090] conforme se aceleraba el ritmo del engaño. «Toda la existencia del sistema de la Doble Cruz pendía de un hilo justo antes del Día D», escribió. «El fracaso estaba peligrosamente cerca». [1091]

Cuando el engaño final y definitivo fue aprobado por Churchill a finales de febrero de 1944, con solo tres meses de antelación, Christopher Harmer, el

vínculo entre los agentes dobles y los planificadores militares, se dirigió a Roger Fleetwood-Hesketh, su homólogo, y dijo lo que todos estaban pensando pero pocos se atrevían a decir: «No puedo creerme que lleguemos a salirnos con la nuestra». [1092]

18
La raya doble

Los participantes en el engaño, grandes y pequeños, se pusieron a trabajar. El teniente de aviación Walker reunió su bandada de palomas de segunda categoría; un actor australiano ensayó su imitación de Montgomery; el general Patton se pateó Inglaterra, llamando la atención sobre sí mismo; y los agentes dobles estadounidenses, dirigidos por Max Rudloff, el argentino libertino, proporcionaron briznas de falsedades que indicaban que el ataque se iba a

retrasar. Pero el coro de mentiras central y prominente procedería de los espías de la Doble Cruz, la fuente de información de más confianza para Hitler sobre la acumulación de tropas en Gran Bretaña, y las mejores cartas de Churchill.

El engaño estaba construido mediante una miríada de pequeños fragmentos de desinformación, un mosaico para que lo reconstruyera el enemigo. Apuntar directamente al paso de Calais como el objetivo sería demasiado obvio, y muy peligroso si el complot era descubierto. «No puedes anunciar sin rodeos al enemigo que tal y

cual operaciones están en preparación», insistía Masterman. «No puedes simplemente enviar información de manera voluntaria». [1093] En su lugar la gran mentira estaría compuesta de fragmentos, deducciones e indirectas, enterradas en una masa de otras informaciones, algunas de las cuales eran verdaderas.

Roman Czerniawski comenzó a implementar la falsa amenaza contra Noruega. Chopin, su operador de radio, envió un mensaje a Oscar Reile, informando de que el espía polaco iba camino del norte para una reunión militar polaca. «Tiene buenas razones

para visitar Escocia ya que la mayoría de las tropas polacas estaban estacionadas allí y era considerado por los alemanes como un observador militar muy preparado». [1094] El agente Bruto comenzó a enviar el falso orden de batalla aliado, del mismo modo que en una ocasión había informado del verdadero poderío de las tropas alemanas en Francia. Proporcionó a los alemanes la insignia y localización del cuartel general del Cuarto Ejército en Edimburgo, describió grandes grupos de tropas en Stirling y Dundee, y ofreció pruebas de que también se estaban concentrando fuerzas estadounidenses y

noruegas. Bruto continuó describiendo la llegada de oficiales soviéticos a Edimburgo, para respaldar la idea de un movimiento en forma de pinza. Los agentes noruegos, Mutt y Jeff, hicieron observaciones similares, y los subagentes de Garbo que vivían en Escocia echaron una mano, con avistamientos de tropas en Dundee e importantes maniobras navales en Clyde. Monstruo, el operador de radio de Popov, se inventó un oficial naval estadounidense muy hablador que había revelado que pronto se uniría al estado mayor del general Thorne. Los alemanes estaban satisfechos. «Tus últimas

transmisiones eran muy satisfactorias. Felicidades. Por favor, especifica el número exacto de divisiones, etc., que pertenecen al Cuarto Ejército bajo el general Thorne». [1095]

Como si se tratara de un amante consentido, Czerniawski daba la lata a sus controladores alemanes en busca de manifestaciones de afecto y apoyo, exigiéndoles dinero «para aumentar la eficiencia de sus actividades de espionaje» [1096] y nuevos equipos: «Requiero con urgencia dos nuevos aparatos de radio y otros dos códigos nuevos. Como resultado de mi visita a Escocia tengo que enviar muchas

páginas de información de manera urgente, y sin la necesaria ayuda por vuestra parte será imposible transmitir la información que estoy reuniendo a una velocidad suficiente». [1097] Los alemanes contestaron dócilmente: «Muchas gracias por tu trabajo duro y valioso. ¿A qué lugar es mejor que mandemos el dinero y el piano? ¿Puedes sugerir un lugar adecuado para que un avión vuele lo suficientemente bajo como para lanzar lo que quieres?». [1098] Czerniawski aconsejó a los alemanes que lanzaran en paracaídas un paquete para él en un lugar remoto cerca de Beccles, en Suffolk. Cuando no hubo

respuesta envió un mensaje irritado exigiendo saber «si la falta de respuesta es debida a la falta de confianza en él». [1099] Reile fue empalagoso: «Tengo plena confianza en ti, pero sigue habiendo dificultades». [1100] Los planes alemanes para reequiparle no llegaron a nada, pero su disponibilidad para intentarlo confirmó la estima en la que se tenía a Czerniawski. «Es un hombre que consigue crear la impresión de una capacidad hercúlea, y por su conocimiento de él los alemanes esperarán que consiga lo imposible o que reviente. Bruto es un espía profesional y un artista produciendo los

informes más detallados e ilustrados». [1101]

Todos los espías del Día D entraron en acción para Fortaleza Sur. A mediados de febrero el intrépido equipo de Garbo de fascistas galeses ficticios se desplegaron a lo largo de la costa meridional, y Pujol fue elogiado por Kühlenthal por la «amplificación de tu red»; [1102] en especial los espías galeses estaban «dando los mejores resultados». [1103] El camarero gibraltareño también estaba bien situado después de que, supuestamente, consiguiera un trabajo en una cantina de la base militar de Hampshire. Los

subagentes enviaban información a Pujol, que este reunía, clasificaba, añadía de su propia e inimitable prosa densa y después la enviaba por radio a Madrid, donde Karl-Erich Kühlenthal la consumía con apetito insaciable. Garbo se envió a sí mismo a un viaje inventado a la costa meridional: informó haber visto soldados estadounidenses pero predijo que la invasión «no tendrá lugar en mucho tiempo», [1104] y sin duda no «hasta se reúna una fuerza de asalto inconmensurablemente mayor en número a la que existe en estos momentos». [1105] Los alemanes podían estar tranquilos. «Me sorprende escuchar el nerviosismo

existente en círculos oficiales respecto a la ofensiva aliada… vuelvo a recomendar calma y confianza en nuestro trabajo». [1106] Ese trabajo ya era monumental y crecería sin parar durante las semanas siguientes: entre principios de enero y el Día D hubo quinientos mensajes de radio entre Garbo y sus controladores. Harris estaba preocupado porque, en realidad, ninguna persona podría haber conseguido una cantidad de información tan enorme como esa. Este pensamiento nunca se les pasó por la cabeza a los alemanes.

Dusko Popov reunió información de una calidad, complejidad y duplicidad

mayor que nada de lo que había suministrado hasta entonces. Hizo su propio viaje a la costa de Kent, e informó de que los preparativos para reunir una gran flota estaban claramente en marcha, pero que eran incompletos. «Se había diseñado un amplio programa para preparar y mejorar las cocinas de campaña, los lavaderos, los campamentos de tiendas de campaña y las pistas de aterrizaje, pero casi todo ello está por hacer. A pesar de los preparativos intensos no hay signos de que la invasión sea inminente». [1107] La bahía de Dover está siendo puesta a punto para acomodar a una enorme

fuerza especial, informó, pero, una vez más, «queda mucho trabajo por hacer». [1108] Desde Dover viajó a Portsmouth, Southampton y Exeter, y describió una gran actividad militar en el este e inactividad en el oeste.

Tar debatió si volver a mandar a Triciclo a territorio enemigo. Al ser único entre los agentes dobles, solo él podía colocar el engaño, físicamente, en manos enemigas. «Su valoración es muy alta a ojos de los alemanes y se desea sacar provecho de esto y de la oportunidad de ser capaz de llevar documentos a los alemanes». [1109] Popov regresaría a Lisboa una última

vez, llevando una «gran cantidad de información detallada» [1110] para apoyar el engaño: informes de testigos presenciales en los puertos del canal de la Mancha, documentos amañados, y conversaciones con funcionarios del gobierno noruego en Londres que decían que esperaban estar en casa antes del verano.

Johnny Jebsen informó de que Von Karsthoff se estaba tragando los informes de Popov sin masticarlos, y que manifestaba que «el desembarco en Europa occidental no tendrá lugar hasta la próxima primavera». [1111] La respuesta de Berlín fue igualmente

positiva. El coronel Georg Hansen dijo que Popov está a la cabeza de los espías de la Abwehr y que su conexión por radio era «la mejor de toda la Abwehr». [1112] Jebsen iluminó una luz directamente en las mentes de sus colegas. «Su principal esperanza es recibir informes sobre la fecha de los desembarcos en Francia», [1113] dijo al MI6. «Es bastante posible engañar respecto a la fecha ya que la fiabilidad de Triciclo ya no está en duda, pero todos los informes deben incluir una cláusula de salvaguarda de modo que cuando un acontecimiento que se ha anunciado no ocurra, la culpa pueda ser

atribuida a información errónea recibida. Los informes enviados con cautela se creen con más facilidad que las afirmaciones categóricas». [1114] Esos informes debían ser enviados «conteniendo gran cantidad de pequeños detalles». [1115] Ahora Jebsen estaba asesorando activamente al equipo aliado.

Mientras que Bruto se centraba en el norte, y Garbo y Triciclo trabajaban en el engaño del sur, Bronx miraba al oeste. Las Fuentes Más Secretas mostraban que los informes de Elvira ahora eran clasificados como «muy importantes» [1116] y distribuidos tanto a las secciones

operativas de la Abwehr como al cuartel general de la inteligencia del ejército en Berlín. Seguía mandando sus cartas con tinta invisible, a Bleil, sin ser consciente de que el hombre que la había captado en Francia ya no controlaba su caso. Su nuevo controlador era el *Hauptmann* Dr. Berndt Schluetter, un antiguo oficial de la Abwehr de París que ahora operaba desde las afueras de Colonia y una figura completamente más temible que el inútil y borracho de Bleil. Las cartas que le llegaban a Bronx tenían un tono más apremiante: «Importante. Detalles de la invasión: ¿cuarteles generales de Eisenhower y de Montgomery? ¿Parte de

la costa evacuada? ¿Concentración de buques y barcazas? ¿Conversaciones sobre la invasión en círculos del Almirantazgo? ¿Llegada de tropas estadounidenses? Gastos y primas por noticias de la invasión». [1117] Bronx reforzaba tanto Fortaleza Sur como Norte, pero se decidió que, dado su singular control sobre los alemanes, debía ser utilizada en alguna otra parte del engaño.

Los alemanes tenían fuerzas considerables desplegadas en la zona de Burdeos, en el suroeste de Francia, muy especialmente la temida división 17.ª de Panzergrenadier de las SS. Cuando

empezara la invasión sin duda sus tanques serían desplegados en el norte para tratar de rechazar a los Aliados. Cada hora que se pudiera retener a los tanques en el suroeste ayudaría. Del mismo modo que el Decimoquinto Ejército sería anclado en Calais mediante la Operación Fortaleza, una amenaza nueva e igualmente ficticia estaría dirigida a la zona de Burdeos: se trataba de la Operación Ironside. El asalto imaginario comenzaría con un ataque en el golfo de Vizcaya desde los puertos de la costa occidental del Reino Unido, abriendo el camino para una fuerza estadounidense que procedería

directamente desde Estados Unidos. Varios agentes dobles ayudarían: en Estados Unidos Rudloff informó de que se estaba reuniendo una fuerza entrenada para vadear ríos con el fin de enfrentarse al terreno acuoso del suroeste de Francia; Tate dijo que su novia Mary, que trabajaba en el Almirantazgo, había regresado de Washington después de trabajar en un plan para una fuerza expedicionaria de Estados Unidos.

Bronx ya había acordado un código para enviar mediante telegrama para avisar de la invasión. «Es independiente y distante de todos los demás agentes,

así que se pueden asumir riesgos razonables en su manejo sin comprometer a ningún otro agente». [1118] Elvira implementaría la Operación Ironside casi sin ayuda, lo cual no era un logro pequeño para una agente que había sido descartada como «una chica alegre sin ninguna lealtad hacia nadie excepto hacia ella misma». [1119]

Los tiempos eran fundamentales. «Para alcanzar nuestro objetivo de retener a la división Panzer alemana en la zona de Burdeos, sería necesario programar el telegrama para que llegara en D-2 [dos días antes del Día D]». [1120] Los telegramas a Lisboa se

demoraban cinco días. Para llegar a tiempo a los alemanes, el mensaje debía ser enviado el (o antes del) 29 de mayo. El telegrama «indicaría a los alemanes que definitivamente habría un ataque contra el golfo de Vizcaya», [1121] seguido por una carta con tinta invisible, cuando se estuviera llevando a cabo la invasión y se hubiera restablecido el servicio postal, «proporcionando una vía de escape para Bronx» [1122] explicando cómo había cometido un error. La única objeción, como de costumbre, provino del MI6, que tiraba la piedra y escondía la mano. Claude Dansey le dijo a Elvira que era

«ridículo» [1123] esperar que los alemanes se tragaran un engaño tan «poco plausible». Astor informó: «Le dije que considero su opinión completamente falaz y que nosotros estábamos mejor cualificados para decidir cómo llevar su caso». [1124] Los servicios secretos tendían a enfadarse entre ellos mucho más que lo que nunca hicieron con el enemigo.

Mary Sherer pasó tres semanas ayudando a Lily Sergeyev con su tapadera. Por las noches la llevaba al teatro o a ver una película. «A veces Louisa [Gisela Ashley] también viene», escribió Lily. «Tengo mucho cariño a

Louisa, pero por algún motivo no puedo llegar a fiarme de ella, o de Mary o de Robertson. Me imagino que si viviera mucho tiempo en Inglaterra, me volvería como los ingleses: fría, reservada, impersonal». [1125] Incluso cuando Mary se reía en el cine, a Lily le parecía forzado, «una risita educada, remilgada y comedida, una especie de risa miserable». [1126] Desde la muerte de su perro había comenzado a referirse al equipo de la B1A como «Robertson y su banda». [1127]

Cuando Tar fue a despedirse Lily le preguntó:

> «—Si Kliemann me pregunta sobre la invasión, ¿le digo que sí o que no?
>
> »—¿Tú qué piensas? —le contestó de manera críptica.
>
> »—Creo que tendrá lugar pronto.
>
> »—Entonces díselo así. —Hubo una pausa—. Ya sabes lo mucho que contamos contigo».

La agente Tesoro le dio la mano a Tar con entusiasmo. «Sus palabras no me impresionaron mucho». Había comprado un regalo para Kliemann en el Dunhill de Piccadilly, una cartera de

piel de cerdo grabada con las palabras: «Para Octave. Un recuerdo de Londres. 29 de febrero de 1944. Solange». Le dijo a Mary: «Estoy totalmente segura de ser capaz de manejarle». [1128] En verdad tenía ganas de volver a ver a Kliemann.

Tesoro aterrizó en Lisboa el 1 de marzo de 1944. Había mandado antes una carta en la que anunciaba a Kliemann cuándo llegaría. Inevitablemente, no estaba allí. Se registró en el hotel Palacio, llamó a la legación alemana y dejó un mensaje para él. Unas horas después, «un hombre bastante joven, delgado y con el pelo

lacio y brillante peinado hacia atrás y una sonrisa intrigante» [1129] llamó a la puerta de su habitación del hotel y se presentó como «Hoppe». Le dijo que Kliemann llegaría pronto. Tesoro esperó.

Después de la húmeda melancolía de Londres, Lisboa al principio de la primavera era encantadora. Vagaba por los mercados y puestos de fruta, admirando el suelo de mármol blanco y negro, y los árboles en flor: eran árboles de Judea. No se le escapaba la ironía del nombre. Se puso en contacto con el MI6 y le dijeron que fuera paciente. En privado los británicos se preguntaban si

Kliemann no habría sido arrestado. Hacía poco había aparecido un mensaje en las Fuentes Más Secretas que indicaban que «Berlín estaba muy satisfecho con el trabajo que estaba llevando a cabo ella, pero no con Kliemann que era considerado vago e ineficiente» [1130] y podía «ser despedido». [1131] Después de doce días de espera, la paciencia de Tesoro se había agotado: convocó a Hoppe en su hotel y estalló. «Kliemann es un saboteador», dijo chillando. «No sigue ningún orden ni método. Deberían fusilarle. Sois todos completamente incompetentes. Estoy harta». [1132] Sin

embargo pasaron tres días más antes de que volviera a aparecer Hoppe, «muy alborotado», [1133] para decirle: «¡Nuestro amigo está aquí!». [1134]

En la mañana del 14 de marzo Hoppe la condujo al Place Pombal, en un extremo de la avenida da Liberdade. Apareció una figura familiar, de hombros cuadrados, de manera melodramática, de detrás de las fuentes. Kliemann la abrazó de manera calurosa. Vestía elegantemente, como siempre, con un traje azul y un sombrero de fieltro, pero estaba más delgado y el pelo tenía más canas que antes. Ella se dio cuenta, por vez primera, de que sus dientes

superiores eran falsos. «Parece mucho más viejo», escribiría. «Me provoca algo parecido a la compasión». [1135]

Kliemann estaba encantado de verla, y tan centrado en sí mismo como siempre. «Mi cotización ha subido recientemente gracias a tus éxitos», declaró. «Eres la primera persona que consigue esto: haber entrado en Inglaterra por ti misma, haber regresado y poder volver. ¡Estoy muy orgulloso de ti, Lily! Tu éxito ha mejorado mi posición mucho. Casi pierdo el trabajo. Si lo dejas ahora será mi final». [1136]

En la parte trasera del coche de Hoppe, Kliemann hablaba sin parar,

mayormente de sí mismo. Su pierna se le había infectado hacía poco, lo cual explicaba que hubiera perdido peso, dijo. Había pasado las Navidades con Yvonne en Thonon-les Bains, en la frontera franco-suiza. Quería que Yvonne echara a su doncella que era «vaga e impertinente y que siempre le contestaba». [1137] Como todas las personas realmente egoístas, Kliemann pensaba que las minucias de su vida tenían que fascinar a todo el mundo.

El coche se detuvo delante de un edificio de apartamentos, y Kliemann la acompañó arriba, a un piso vacío. Encima de la mesa había un paquete,

envuelto con papel y cuerda. Sonreía con orgullo. Ella lo desenvolvió para encontrarse con lo que parecía una radio corriente en un caja de madera «vieja»; [1138] dentro había un transmisor, casi con toda seguridad una radio de un agente británico capturado del SOE. «Aquí están los dos agujeros a los que conectas el interruptor. Es el único signo externo que podría levantar sospechas», [1139] dijo Kliemann. Un experto en radios enseñaría a Lily a hacer un interruptor de código morse a partir de objetos domésticos. Pero antes, declaró Kliemann alegremente, vayamos de paseo y después a comer.

Unas horas después Lily estaba en las murallas del Castelo dos Mouros, el gran fuerte árabe desde el que se ve Sintra. En el viaje de veinticuatro kilómetros desde Lisboa, Kliemann había parloteado entusiasmado sobre lo satisfechos que estaban los jefes con Lily y, lo que era más importante, con él. «Berlín está muy satisfecho con ella por ir a Bristol. Sus descripciones de los signos divisionarios estaban muy bien y eran muy precisos. Tenía que mandar más información de ese tipo». [1140]

En el futuro también debía enviar informes sobre el daño causado por las bombas. «Es un trabajo muy preocupante

gestionar agentes», señaló. «Porque con la mayoría, siempre estoy preocupado por si me están engañando o no. Contigo, en quien tengo total confianza, me siento mal por mandarte a hacer cosas tan desagradables y a que corras tantos riesgos». [1141] Sin embargo, reflexionó, la guerra se acabaría pronto. «La situación es bastante desesperada y es solo cuestión de tiempo que Alemania tenga que rendirse». [1142] No parecía excesivamente preocupado.

Condujeron a través de paisajes muy agradables, con árboles frutales florecidos, en las cunetas de las carreteras. Lily recordaría como

pensaba que no tenía ganas de regresar a Inglaterra.

Lily se había llevado una pequeña cámara Zeiss. Mientras daban una vuelta por el castillo dijo: «¿Te hago un foto? Será un recuerdo». [1143]

«Qué buena idea. Has hecho bien en traer la cámara», [1144] dijo Kliemann, sin sospechar que se la había proporcionado el MI5 con el objetivo expreso de conseguir una foto de él para sus archivos. Lily fotografió a Kliemann mientras este trepaba por una de las torres del castillo. Después puso el disparador automático y se hicieron una foto de ambos juntos, delante de una

fuente. Ella sonríe con cierta coquetería. Él pone su mejor pose de jefe de espías. Ambos son visiblemente felices.

Kliemann encargó la comida en un pequeño restaurante. Cuando esperaban a que les trajeran la comida ella le entregó la cartera. Su cara se iluminó. Entonces se metió la mano en el bolsillo y le dio un paquete. Dentro había un bonito brazalete, con cuarenta y cinco diamantes engarzados en platino, trescientas libras en billetes y veinte mil escudos. Dijo que estaba reuniendo más dinero y que se lo daría «mañana a mediodía». [1145] Después de acabar de comer Kliemann se puso serio.

«—¿Crees que va a haber una invasión aliada?»

Lily recordó lo que le había dicho Tar.

«—Sí.

»—Yo también. ¿Cuándo crees que tendrá lugar?

»—Creo que el desembarco es inminente».

Kliemann frunció el ceño y después se lanzó a declamar un discurso preparado. «Tienes que escucharme con atención, Lily. El siguiente gran movimiento de la guerra será el desembarco aliado. Nuestra única

esperanza de ganar, en estos momentos, es devolverlos al mar. Para eso debemos saber con antelación cuándo prevén desembarcar, para poder prepararles una recepción caliente. Podría ser en Holanda o en Bélgica, pero no creemos que sea así. Estamos muy seguros de que será en Francia, y hay dos posibilidades: el paso de Calais o Normandía. Si eligen el paso de Calais, las tropas aliadas estarán concentradas en la costa del canal de la Mancha; pero si va a ser Normandía, las moverán a la zona alrededor de Bristol. ¿Entiendes? Lo que tienes que decirnos es si hay una concentración de tropas y

otras actividades, de modo que podamos averiguar hacia dónde se dirige el enemigo».

Debería pasar el mayor tiempo posible visitando a sus parientes en el suroeste de Inglaterra, prestando especial atención a cualquier actividad militar en Salisbury Plain, e informando de «cualquier cosa que vea en o alrededor de Bristol». [1146] ¿Dónde estaba el cuartel general de Eisenhower? ¿Qué maniobras tenían lugar? ¿Las lanchas para la invasión llegarían a Bristol desde Estados Unidos, y si era así en qué cantidades? «La información obtenida es de interés

pero los chascarrillos de alto nivel no tienen mucho interés ya que pocas veces resultan ser precisos». [1147] Cuando su radio estuviera funcionando, transmitiría los lunes, miércoles y viernes a las once de la noche. «Quiero que las transmisiones sean lo más cortas posibles. Cuanto más cortas mejor». [1148] Kliemann miró en su cartera y le dio a Lily un sello británico, y le explicó que en la esquina superior izquierda había un micropunto: «Estas son las instrucciones para la radio en caso de que olvides algo». [1149] Ella colocó el sello en su cartera.

Solo entonces Kliemann preguntó

cómo se las había arreglado para viajar a Lisboa. Lily se puso a contarle su tapadera sobre su trabajo en el Ministerio de Información y las películas de propaganda para las que estaba reuniendo material. Kliemann asintió con la cabeza aprobatoriamente. Había memorizado muchos detalles que corroboraban las cosas, incluyendo cómo Alfred Hitchcock trabajaba para la División Cinematográfica del Ministerio y dónde exactamente estaba situado el comedor. Pero él no le hizo ni una sola pregunta.

Después de comer pasearon por la orilla del mar y vieron los botes

pesqueros alejarse de la costa. Kliemann se volvió hacia ella. «¿Cuál es nuestro control sobre ti?» [1150]

«Mis padres siguen en París, como me recordaste en una ocasión… pero sería mejor que te dieras cuenta de que actúo libremente, y no presionada. Te sentirás mucho más seguro de mí». [1151]

La respuesta pareció satisfacer a este espía de lo menos curioso. Había oscurecido cuando subieron al coche de Hoppe para el viaje de vuelta a Lisboa. Al pasar por Estoril, Kliemann observó: «Me hubiera gustado enseñarte el casino y llevarte a cenar a un restaurante chic, pero no sería prudente. El lugar está

lleno de gánsteres internacionales, agentes dobles y miembros de la inteligencia. Es mejor que no nos vean en público». [1152]

A la mañana siguiente Hoppe le enseñó cómo fabricar un interruptor de código morse utilizando un trozo de madera, una aguja, un cuchillo de cocina y un libro. Después le dio dos nuevos cristales transmisores y una lista de frecuencia, y le enseñó un código nuevo. Kliemann llegó llevando una gran bolsa de papel. Dentro había mil quinientas libras en billetes de una libra. Le explicó que había «pensado esconder el dinero en una caja de puros pero que no

había podido encontrar una lo suficientemente grande». [1153] Trataría de encontrar billetes de una denominación mayor, dijo, y una caja más grande.

Ahora Lily explicó que, como parte de su trabajo de propaganda, había contactado con el agregado de prensa de la embajada británica y que este había aceptado enviar la radio por valija diplomática a Londres. Era una historia completamente inverosímil. La valija diplomática se utilizaba para mandar información sensible; no era un servicio libre de transporte de equipaje para civiles. Pero, una vez más, Kliemann no

manifestó ninguna sospecha, y por fortuna estuvo de acuerdo en que «esta es una iniciativa prudente para evitar cualquier posible curiosidad por parte de los funcionarios de seguridad en el aeropuerto». [1154]

Quedaba otro importante asunto que tratar. Ahora que ya tenía una radio, Lily necesitaría una «señal de control», un modo de indicar que estaba transmitiendo bajo control británico, en caso de que la pillaran. «Tenemos que adoptar todas las precauciones posibles», dijo Kliemann. «Imagínate que los británicos te desenmascaran. No te detendrán. Te vigilarán durante un

período de tiempo corto. Grabarán todas tus transmisiones para asegurarse de que conocen tus métodos. Entonces te obligarán a trabajar para ellos bajo la amenaza de un revólver. Quiero enseñarte algunos métodos para que nos avises, algunos signos que no puedan detectar, pero que observaremos con mucho cuidado». [1155] El plan de Kliemann era simple: «Si era descubierta por los británicos y le decían que siguiera transmitiendo, debía picar PSE QSL SK», [1156] abreviatura en morse de «Por favor, acusen recibo». [1157] Lily contestó que era «estúpido», [1158] y lo era, ya que si añadía algo

nuevo al mensaje «los británicos sabrían que se trataba de algún tipo de señal».[1159] Sugirió un código de peligro más sutil.

«Al principio del mensaje, entre KA y el indicativo de llamada hay una raya. A veces la hago y a veces no. Si la hago dos veces —una en el mensaje y la otra en la repetición del mensaje— querrá decir que ya no soy una agente libre. Pero solo si la raya está *ambas* veces. Si solo está una vez, no quiere decir nada. Porque la mandaré de vez en cuando precisamente para que sea menos notoria. Si rebuscan en una serie de mensajes verán que es variable y no

prestarán atención cuando lo repita». [1160]

Kliemann estaba impresionado: «Eso es excelente». [1161] En su cuaderno de notas escribió: «Strich zwischen Anfang und Nummer», [1162] (raya entre el principio y número).

Quedaron en encontrarse al día siguiente a las once de la mañana en la Praça do Comércio, unas horas antes del vuelo de Lily. Asombrosamente Kliemann estaba esperando con una gran caja de puros debajo del brazo. Le susurró que dentro, debajo de una capa de puros y un falso fondo, había quinientas libras en billetes de cinco

libras. Caminaron alrededor de la plaza, hombro con hombro. Kliemann se detuvo en una fuente, encendió un cigarrillo y la miró con solemnidad.

> «—Aunque significara el final de mi carrera, si me dijeras que no quieres regresar a Inglaterra no te obligaría. [1163]
>
> »—Prefiero seguir hasta el final», [1164] dijo Lily.

Kliemann era un espía ridículo, un egoísta vanidoso y frágil, pero también era capaz de mostrar delicadeza y le estaba ofreciendo a su espía una vía de

escape. Los jefes de espionaje británicos de Lily nunca habían mostrado tal consideración.

Kliemann le besó la mano y se marchó.

En su diario Lily escribió: «Hace cinco meses estaba muy entusiasmada, tan dispuesta a amar a los británicos, tan deseosa de ayudarles. Les admiraba; confiaba en ellos; tenía fe en el juego limpio británico. He trabajado de buena gana para ellos; me he arriesgado por ellos. A cambio solo pedí una cosa: quedarme con mi perro. No era pedir mucho, ¡pero para ellos era demasiado! Mañana estaré en Londres, les daré el

dinero, el código, la radio, todo… ¡excepto una raya! Una raya que me permitirá destruir todo mi trabajo, todo *su* trabajo, en el momento en que quiera hacerlo. Puede que no use mi poder. Lo sé. ¡Pero sabré que les tengo a mi merced!». [1165]

La agente Tesoro aterrizó en el aeropuerto de Bristol a las 5:30 de la mañana siguiente, bajo una espesa niebla, y fue llevada a un hotel. Allí le dieron una taza de té y unas tostadas con un diminuto cuadrado de margarina y media cucharada de mermelada. Unos minutos después entró Mary Sherer dando grandes zancadas, seria y

bulliciosa. Lily le entregó la caja de puros con el dinero dentro, los cristales de radio, el sello con el micropunto, el brazalete de diamantes y las fotografías de Kliemann, sonriendo al sol.

«Debe ser tonto», dijo Mary. «El coronel estará totalmente encantado». [1166]

Robertson acudió a las Rugby Mansions al día siguiente para felicitar a Lily en persona. «¡Aquí estás otra vez!», le dijo con jovialidad. «Realmente no te esperábamos». Y añadió: «Son unos puros excelentes». [1167]

La radio, el dinero y el brazalete fueron examinados por los expertos del

MI5. El transmisor fue considerado «indistinguible de una radio normal para el que no es experto». [1168] Exactamente treinta y nueve de los billetes de cinco libras eran falsos. El brazalete fue valorado en 175 libras.

Lily describió sus conversaciones con Kliemann, su hambre de información sobre las maniobras militares en el suroeste, y su ingenuidad casi adorable. «No tengo nada contra Kliemann personalmente», le dijo a Mary. «Siempre me ha tratado muy bien y me hace sentir muy mal tener que mentirle y engañarle». [1169]

«¿Qué te haría si pensara que estás

controlada?», le preguntó Mary. «Presumiblemente no se lo diría a Berlín porque le haría parecer muy tonto». [1170] «Estoy completamente segura de que si pensara que le estoy engañando informaría de ello». [1171]

Mary mandó un informe elogioso a Tar: «Tesoro hizo un relato muy bueno de ella misma, especialmente si tenemos en cuenta la naturaleza endeble de su historia. Lo ha hecho muy bien en Lisboa y nos ha proporcionado un canal de comunicación nuevo y muy valioso». [1172]

Sin embargo, había un aspecto de la historia de Lily que le preocupaba. Mary

había estudiado los archivos en la B1A. Hasta ahora todos los agentes con radio enviados por los alemanes tenían una «señal de control», una manera de avisar a la Abwehr de que habían sido atrapados y que estaban enviando mensajes para la dirección británica. A veces era simplemente una forma de deletreo incorrecta, o una coma añadida. Kliemann le había informado intensivamente sobre cómo manejar la radio, pero «no le había sugerido indicaciones sobre cómo actuar bajo coacción». [1173] Lily nunca mencionó una señal de control: «Afirma que nunca le han dado un control de seguridad u

otros medios de informar a los alemanes si estaba siendo controlada por los británicos. De hecho, nunca había hablado de la posibilidad de que ocurriera esto». [1174] Después de hacer una observación sobre esta anomalía, Mary Sherer pronto lo olvidó.

El 13 de abril Mary llevó a Lily a Hampstead Heath, a una casa con una puerta de entrada azul marino. El pequeño transmisor se había instalado en un dormitorio del piso de arriba. Doce minutos después de medianoche, Lily mandó un mensaje a Kliemann: «Llegué sana y salva». [1175] No incluyó una raya ni en el mensaje ni en la

repetición. Durante los siguientes dos meses, cada vez que tecleaba un mensaje, pensaba en la raya. «Cada vez sé que puedo destruir el trabajo de tres años. Solo una raya y los alemanes sabrán que estoy trabajando bajo el control del servicio de inteligencia… y los británicos no sospecharán nada. Esta es mi venganza —me hicieron una promesa y nunca la cumplieron. Ahora los tengo en mi poder». [1176]

19
El nuevo amigo de Jebsen

Johnny Jebsen era una cadena de producción de secretos formada por un solo hombre. Sus informes, canalizados a Gran Bretaña a través del MI6 de Lisboa, contenían una extraordinaria cantidad de detalles sobre bombas volantes, condiciones económicas en Alemania, informes de inteligencia, e «incluso relatos de opiniones expresadas por Hitler, Himmler y Kaltenbrunner», [1177] el jefe de la

Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA). La información de Artista procedía de no menos de treinta y nueve subfuentes e informantes, que iban desde las secretarias de la Abwehr hasta el propio Canaris, y la calidad era tan buena que el MI6, como siempre territorial, se preguntaba si debía compartirla con otras ramas de la inteligencia, ya que «no hay ninguna autoridad de C para actuar como sección de circulación». [1178] Jebsen se volvió más audaz. El cohete V2, el primer mísil balístico de largo alcance de la historia, estaba siendo construido en la fábrica Rax-Werke en Wiener-Neustadt, con

trabajo esclavo del campo de concentración de Mauthausen. Al pasar esta información «propuso, muy en serio, que cuando sus problemas con la Gestapo se despejen, debería regresar a Alemania para organizar el sabotaje de la fábrica de Wiener-Neustadt». [1179] Ahora Jebsen ofrecía sabotear el arma más potente del arsenal alemán. «Esta propuesta suena muy bien, pero repito que Artista se la toma con mucha seriedad». [1180] Aún más extraordinaria fue la sugerencia de Jebsen de que el MI6 debería captar como espía a la mujer de uno de los más famosos novelistas de Gran Bretaña.

P. G. Wodehouse estaba viviendo con su mujer Ethel en París, donde la pareja tenía contactos regulares con un grupo de alemanes de alta graduación. Jebsen vio ahí una oportunidad. Charles de Salis, del MI6, informó:

> P. G. Wodehouse y su mujer eran grandes amigos de Artista, que les ayudó económicamente de cuando en cuando. En estos momentos están en París. La Sra. Wodehouse es muy probritánica y tiende a ser grosera con cualquiera que se atreva a dirigirse a ella en alemán. En

alguna ocasión ha dicho en voz alta en lugares públicos: «Si no puedes dirigirte a mí en inglés no hables nada. Sería mejor que lo aprendieras ya que vas a tener que hablarlo después de la guerra». Artista piensa que podría ser una fuente útil, ya que tanto ella como su marido están en estrecho contacto con [Paul-Otto] Schmidt, intérprete de Hitler, que a menudo le habla a ella de las conversaciones que ha tenido que traducir entre Hitler y los diversos extranjeros que lo visitan. El propio

Wodehouse es completamente ingenuo y pacifista. [1181]

No se sabe si el MI6 actuó a raíz de su sugerencia y captó a Ethel Wodehouse, pero su propuesta arroja nueva luz a su estancia en París. Los críticos acusaron al novelista y a su mujer por vivir en una situación inquietante con los nazis, después de que Wodehouse aceptara tontamente hacer programas de radio a petición de los alemanes. El informe de Jebsen demuestra que aunque el propio Wodehouse fue pasivamente apolítico, su mujer era tan antinazi que era

considerada una espía potencial.

Jebsen pensaba que estaba a salvo. Había elementos dentro de la Abwehr que le veían como «antinazi y recientemente derrotista», [1182] pero también tenía sus defensores. Un colega de Berlín le prometió avisarle si existía algún peligro inminente: si recibía un «telegrama diciendo “regresa inmediatamente” [1183] se trataba de una señal prefijada que significaba “no vengas, la Gestapo te sigue”». También había captado un nuevo topo de dormitorio dentro de la oficina de la Abwehr de Lisboa: la baronesa Marie von Gronau, la hija de veintitrés años de

un pionero de la aviación que era agregado de la Luftwaffe en Tokio. Marie era secretaria en la sección de contrainteligencia, y le contó alegremente a Jebsen todo lo que pasaba por el despacho de su jefe. De broma, le pidió a Marie que se casara con él. Le rechazó, pero «estaba fascinada por su inteligencia y amplios conocimientos».[1184] También se podía haber sentido atraída por los «fondos a su disposición, aparentemente inagotables».[1185] Después de la guerra a Marie von Gronau le preguntaron si sabía que Jebsen era agente británico. Contestó que lo había negado tan a menudo que

ella asumió que debía serlo, y recordaba cómo había hecho comentarios reveladores como «Soy el Más Leal Enemigo de Su Majestad» [1186] y «La amistad atraviesa fronteras, con independencia del estado de guerra». [1187]

Marie von Gronau era generosa con sus favores. Cuando Jebsen llegó a Lisboa, ya era amante del agregado aéreo italiano, y estaba siendo cortejada por un oficial del SD llamado Volbrecht. Una noche Volbrecht le dijo a Marie que Jebsen era un «macaco» [1188] un insulto portugués que significa «mono», y la baronesa transmitió el insulto a Jebsen.

«Aunque no tenía la menor idea de lo que era un *macaco*, no le gustaba cómo sonaba la palabra y desafió a Volbrecht a un duelo con pistolas». [1189] Volbrecht no aceptó «diciendo que su departamento no permitía duelos». [1190] Durante este período la mujer de Jebsen, Lore, fue a Lisboa para verle, una visita que no parece haber reducido sus relaciones extramatrimoniales.

Jebsen estaba alcanzando un estado de ánimo de máxima inestabilidad. Declaró que Lily Grass seguía «colada» [1191] por él, y le pasaba útiles chismes de la correspondencia de su jefe, Aloys Schreiber, el jefe de la

contrainteligencia: «Schreiber ha escrito a Berlín que, en su opinión, Triciclo es totalmente fiable y deberían dársele las tareas más secretas a cambio de mucho dinero», [1192] le dijo ella a él. Esto era tranquilizador, sin embargo «el nerviosismo y excitabilidad de Jebsen» [1193] era un dolor de cabeza. A finales de enero, Charles de Salis telefoneó a la villa de Jebsen en Estoril para descubrir que se había esfumado. Se puso en marcha una discreta pero intensa persecución. Después de tres días la inteligencia británica empezaba a entrar en pánico, cuando Jebsen reapareció sin daño alguno excepto una resaca: se

había pegado una juerga tremenda con su nuevo mejor amigo, Hans Brandes.

Hans Joachim Brandes era uno de los numerosos personajes turbios con cierta relación con la oficina de la Abwehr en Lisboa. Tenía veinticuatro años, de pelo rubio, medio judío, educado en Suiza y tan gordo que había sido declarado no apto para el servicio militar. Su padre había sido dueño de una gran fábrica de fresadoras en Berlín, y al estallar la guerra Brandes y su hermano, sobre todo a través de sobornos, habían logrado registrarse como no judíos. Brandes gastaba dinero con generosidad allá donde iba, y era

«conocido por dar hasta treinta mil marcos a oficiales de la reserva cuyo sueldo era de solo unos setecientos marcos al mes, simplemente para facilitar las cosas». [1194] Accionista de una empresa de armamento de Berlín, logró un contrato para suministrar armas al gobierno portugués.

Al llegar a Lisboa en 1943, Brandes se había establecido como comerciante de platino, diamantes y cuero para zapatos, y de vez en cuando espía. «Es amigo personal de Canaris, que le ha enviado aquí para alejarle del peligro, ya que es medio judío», [1195] informó Jebsen. «Se supone que debe informar a

través de Von Karsthoff, pero prácticamente no hace nada» [1196] y parece tener algún tipo de «control» [1197] sobre el jefe de la oficina de la Abwehr, casi con toda seguridad de tipo económico: «Sus sobornos son suficientes, y sin duda es especialista en este arte». [1198] Brandes afirmaba que estaba manejando su propia red de espías, incluyendo un espía del IRA en Irlanda, agentes en Suiza y un francés en el norte de África llamado Barinki D'Arnoux. A Brandes le gustaba presumir: «Con gran cantidad de astucia y cautela he logrado acomodarme aquí en Lisboa durante la guerra». [1199]

Compartía gustos con Jebsen y, según parece, sus políticas. «No ocultaba el hecho de que no solo era muy antinazi sino muy pro-británico y esperaba que Inglaterra ganase la guerra». [1200] Juntos se iban de juerga por Lisboa, acompañados por las secretarias. «Las relaciones entre Artista y Brandes parecen haberse estrechado», [1201] informó el MI6. A principios de enero Brandes le dijo a su nuevo amigo que se iba a Berlín y que «trataría de convencer a Canaris de que anulara su orden contra el regreso de Artista a Alemania». [1202] Jebsen no le dijo cuál era su trabajo para los británicos, pero creía que su

nuevo compinche podría ser captado fácilmente como agente doble.

De hecho el MI6 había estado siguiendo la pista al misterioso Brandes desde su llegada a Lisboa, y había llegado a la conclusión de que, al igual que Ostro, era un embaucador. Kim Philby, jefe de la sección ibérica de la contrainteligencia del MI6, siguió los progresos de Brandes a través de las Fuentes Más Secretas, y llegó a la conclusión de que «la organización que dice que dirige es ficticia». [1203] Brandes estaba perpetrando un «fraude deliberado contra la Abwehr», [1204] lo que le hacía susceptible de ser

chantajeado. «Solo tiene veinticuatro años y es medio judío», escribió Philby. «Por tanto es seguro que si no consigue mantener su posición se encontrará muy pronto en el frente oriental. Es profundamente antinazi y nunca ha hecho un intento serio de proporcionar a la Abwehr información auténtica. Tendría una motivación positiva para aceptar nuestra propuesta». [1205]

Brandes sabía que Jebsen tenía agentes secretos en Gran Bretaña, pero suponía que sus informes a Berlín, como los suyos propios, eran lo que llamaba «fantasía constructiva». [1206] Incluso ofreció respaldar todo lo que Jebsen

pudiera mandar a Berlín con sus propias invenciones. Jebsen le dijo a De Salis que «tenía suficiente confianza en Brandes como para desvelarle que trabajaba para los británicos», [1207] pero «no lo había hecho y no lo haría a menos que hubiera un acuerdo». [1208] Brandes era un «oportunista escurridizo», [1209] dijo Jebsen, pero podía ser un aliado útil: «Si sabía la verdad probablemente quisiera unirse al juego». [1210]

El MI6 decidió vigilar de cerca al nuevo amigo de Jebsen; si y cuando el momento pareciera oportuno, podía ser incorporado al juego. «Pienso que

Brandes puede convertirse en un agente útil y bueno si tiene agallas y fuertes convicciones antinazis», [1211] escribió Frank Foley del MI6. Jebsen estaba seguro de que Brandes convencería al almirante Canaris para que «levantara el veto para mi regreso, que se hizo por mi seguridad, puesto que la Gestapo ya no quiere nada conmigo. Yo mismo podré marcharme pronto». [1212]

Pero antes de que pudiera hacer nada de eso Canaris fue destituido. A principios de febrero, un oficial de la Abwehr llamado Vermehren se escapó de la oficina de Estambul y desertó. Él y su mujer fueron llevados a escondidas a

Gran Bretaña a través de El Cairo y Gibraltar, y se instalaron en un piso de South Kensington que pertenecía a la madre de Kim Philby. La deserción de Vermehren fue la excusa que estaban esperando los enemigos de Canaris. Hitler estaba enfurecido. Canaris había sido sospechoso de deslealtad durante mucho tiempo (cosa que era) y de trabajar para socavar a Hitler (cosa que probablemente también hacía). Fue destituido, le dieron un trabajo sin sentido, y finalmente puesto bajo arresto domiciliario. Pronto la Abwehr sería absorbida por el SD y subsumida dentro de la Oficina Central de Seguridad del

Reich, bajo el control de Himmler y Kaltenbrunner, y después eliminada completamente. Jebsen había predicho «la caída de Canaris» [1213] hacía tiempo. Su salida produjo una orgía de ajustes de cuentas y peleas internas caóticas: algunos oficiales de la Abwehr pidieron ser enviados al frente; otros fueron echados, aquellos que permanecieron en sus puestos lo hicieron en un ambiente de paranoia agobiante e incertidumbre. «Probablemente se produzcan más despidos», [1214] informó Jebsen, «junto a una limpieza de los agentes dobles insatisfactorios». Los británicos

continuarían refiriéndose a «la Abwehr», aunque la antigua organización de hecho estaba obsoleta.

El caos dentro de la inteligencia alemana, y la toma del poder del SD a costa de la Abwehr produjo un escalofrío de angustia en el equipo de la Doble Cruz. Los oficiales de la Abwehr eran lo malo conocido. Ahora había el peligro, como señaló Masterman, de que «nuevas escobas barran gran parte de lo que hemos tratado de preservar». [1215]

Jebsen había ido a la universidad, en Friburgo, con Erich Vermehren, y le había ayudado a conseguir un trabajo en la Abwehr. La familia Vermehren, de

Lübeck, era profundamente antinazi. La madre de Erich, Petra Vermehren, una destacada periodista alemana, se había ido a Portugal al principio de la guerra para escapar del régimen nazi. Jebsen la conocía bien, y al enterarse de la deserción de Vermehren salió corriendo a su casa y se encontró a Petra haciendo las maletas. Le explicó que le habían pedido que fuera a Alemania para explicar la deserción de su hijo. «Jebsen trató de convencerla de que no fuera», [1216] diciéndole «que tenía relaciones amistosas con lord Rothschild, quien le había dicho que se fuera a Inglaterra» [1217] —una pista de que podía ayudarla

a desertar—. Petra insistió en que no tenía miedo y tomó el siguiente vuelo a Berlín, sabiendo que bajo el sistema nazi de castigos colectivos, probablemente estaba sentenciada. Fue arrestada en el aeropuerto y enviada al campo de concentración de Sachsenhausen. Su marido, hijo y dos hijas también fueron enviados a campos de concentración.

La deserción de Vermehren colocó a Jebsen en una posición más vulnerable. Su amistad con la familia era bien conocida, y estaba seguro de que le salpicaría por asociación. Canaris, «el viejo zorro», [1218] ya no estaba ahí para

protegerle. El «más joven y enérgico» [1219] Georg Hansen fue nombrado jefe de contrainteligencia, y llevó a cabo la fusión de los restos de la Abwehr con un servicio de inteligencia nuevo y unificado. «No es nazi», informó Jebsen, «pero está decidido a evitar la derrota de Alemania. No hay duda de que Hansen pretende reformar completamente la Abwehr». [1220] Este nuevo servicio de inteligencia tendría muy poca relación con la organización somnolienta, deshonesta y en parte desleal a la que se había unido Jebsen en 1939. Muchos de sus partidarios habían sido barridos con la caída de

Canaris, sustituidos por hombres que no le gustaban a Jebsen. «Los nuevos oficiales no tienen experiencia en el trabajo de inteligencia, pero son más entusiastas y activos que sus predecesores y probablemente tendrán éxito al hacer más estricta la organización». [1221] En particular, uno de esos nuevos nombramientos le hacía sentirse a Jebsen «un tanto incómodo». [1222]

El comandante Wilhelm Kuebart era una de las más estrictas nuevas «escobas» de la inteligencia alemana. Soldado profesional de Prusia Oriental, había luchado en el frente del este antes

de ser enviado a la Abwehr en julio de 1943, como segundo de Hansen. Kuebart tenía veintiocho años, «muy despierto», [1223] implacablemente eficaz, y «el hombre más inteligente de la Abwehr», [1224] según informaba Jebsen. El joven comandante llegó rápido a la conclusión de que la inteligencia alemana estaba compuesta de «hombres envejecidos con poca o ninguna idea de la organización militar». [1225] Particularmente la oficina de Lisboa estaba «desempeñando sus funciones de la manera más insatisfactoria». [1226] Kuebart viajó a Portugal y le «impactó la inmoralidad generalizada». [1227] La mitad del

personal parecía estar acostándose con la otra mitad. Al menos dos de las secretarias pasaban información a Jebsen. Von Karsthoff podía insistir en que Jebsen era un «hombre sumamente capaz», [1228] pero Kuebart se olió algo «más bien sospechoso». [1229] A su regreso a Berlín realizó un informe crítico, recomendando que Von Karsthoff fuera «expulsado y sustituido», [1230] y que las «secretarias de cama» [1231] fueran echadas. «Hay que cerrar ese burdel», [1232] declaró Kuebart.

Ludovico von Karsthoff, el jefe de Popov, indolente, encantador y corrupto, fue reprendido por «indiscreción e

ineficacia» [1233] (que era una manera suave de decirlo), despedido y enviado al frente del este. El Dr. Aloys Schreiber era ahora, de manera efectiva, el jefe de la inteligencia alemana en Lisboa.

Schreiber era una incógnita. Un bávaro de cuarenta y cuatro años, de rostro ovalado y pelo encanecido, era veterano de la primera guerra mundial con un doctorado en derecho por la Universidad de Erlangen. Había sido el correo personal de su amigo íntimo Canaris, antes de ser enviado a Lisboa para sustituir al archienemigo de Jebsen, Kammler, como jefe de la contrainteligencia, aunque no hablaba

una palabra de portugués. «Sus funciones específicas eran obtener información sobre los ejércitos enemigos», [1234] reunir información sobre «la posibilidad de una invasión aliada, y en especial el momento, lugar y fuerza de los desembarcos previstos». [1235] Ratón de biblioteca y de carácter serio, Schreiber era abiertamente desdeñoso hacia sus colegas disolutos, y tenía una reputación en la Abwehr, tanto entre los que trabajaban como entre los vagos, de ser «pedante y ambicioso». [1236] Jebsen no estaba seguro de qué hacer con este hombre inteligente, sobrio y asocial. «Schreiber no es nazi,

pero no especialmente antinazi», [1237] informó.

De hecho, Schreiber no solo era antinazi sino un conspirador en el creciente complot para derrocar a Hitler. Como algunos otros en la Abwehr, albergaba un odio silencioso pero profundo hacia el nazismo. En 1942, siguiendo órdenes de Hans Oster, segundo de la Abwehr y figura significativa de la resistencia alemana, hizo pasar clandestinamente a una pareja judía, llamada Weiss, y a sus hijos a Suiza, y fue detenido «como sospechoso de ayudar, inducir y camuflar la marcha ilegal» [1238] de judíos. Fue exonerado

después de que intervinieran sus jefes de la Abwehr. Antes de marcharse a Portugal, el coronel Georg Hansen, otro conspirador clave, le interrogó exhaustivamente sobre «su actitud política general». [1239] A Schreiber no le quedó ninguna duda de que los conspiradores le estaban sondeando: «Se estaba planeando algo y tenía la impresión de que querían establecer exactamente quién compartía sus sentimientos, para saber con quién podían contar». [1240] Podían contar con Schreiber. A medida que se acercaba la derrota, un grupo de oficiales decididos, dirigidos por Claus von Stauffenberg,

comenzaron a planificar el asesinato de Hitler en el intento de golpe con el nombre en clave de «Valkiria». No se trataba de liberales compasivos, sino de implacables militares decididos a salvar el honor de Alemania destruyendo el nazismo, firmando la paz con estadounidenses y británicos, y después volviéndose, con toda ferocidad, contra la amenaza bolchevique del Este. Una investigación durante la posguerra llegó a la conclusión de que Schreiber «pertenecía al grupo de militaristas que promovieron el atentado del 20 de julio de 1944» [1241] y «fue enviado a Portugal por los conspiradores del 20 de julio

para asegurarse un hombre de confianza en una posición estratégica al que se podía convocar». [1242] Schreiber pronto recibiría la llamada, con consecuencias nefastas para el complot de la Doble Cruz.

Marie von Gronau, la última «secretaria de cama» de Jebsen, informó de que Berlín estaba exigiendo «los nombres de miembros de la Abwehr que se supone que están en contacto con los británicos». [1243] Jebsen transmitió estas noticias inquietantes a De Salis. «Debemos reconocer que en el futuro van a prestarnos especial atención. Es necesario que tengamos más cuidado

respecto a los encuentros». [1244] El peligro se vio reflejado en las Fuentes Más Secretas. «Berlín ha ordenado una estrecha vigilancia sobre Artista, presuntamente por la huida de Vermehren, ya que es conocida su amistad con la familia», [1245] escribió Tar. «Los amigos de Artista ahora no están en Berlín, y sus enemigos le van a poner las cosas difíciles». [1246]

Jebsen estaba confiado: Brandes había ido a Berlín y le informó de que le había «defendido con firmeza»; [1247] las secretarias le mantenían totalmente informado de la correspondencia con Berlín; Schreiber no parecía

especialmente hostil, y la orden de vigilarle probablemente era solo una respuesta rutinaria por la deserción de su amigo, Erich Vermehren. «Las nubes ya casi han pasado», [1248] le dijo a De Salis, que informó a Londres: «Artista está en un estado de forma excelente, debido a que las sospechas contra él han desaparecido gracias a la pronta intervención de sus aliados, incluyendo Brandes». [1249] La confianza de Jebsen aumentó aún más con las noticias de que pronto se reuniría con Popov.

Popov aterrizó en el ya familiar aeropuerto de Lisboa el 26 de febrero, llevando consigo otra gran tajada de la

Operación Fortaleza, incluyendo fotografías de documentos del Almirantazgo, notas sobre tipos de aviones, información sobre el racionamiento y un discurso parlamentario falsificado. En un lugar escondido Popov llevaba, como le había aconsejado Jebsen, un conjunto de detalles más pequeños que, una vez juntos, revelarían la existencia de un poderoso ejército que se estaba concentrando en el sureste. A Popov le habían dicho que se llevara a Jebsen a un aparte, lo antes posible y de la manera más discreta, y que «ejerza su influencia sobre Artista para prevenirle

de que no se debe poner nervioso o ansioso ni hacer tonterías o asumir riesgos evitables». [1250] Si Jebsen plantea la idea de meter en el complot a Brandes, hay que apremiarle a que «no dé ningún paso para provocar esto, aunque agradeceríamos sugerencias respecto a cómo es posible captar a Brandes». [1251] Por encima de todo, hay que animar a Jebsen a que averigüe si el engaño está funcionando, al obtener «detalles actualizados del conocimiento de los alemanes sobre el orden de batalla británico». [1252]

El recibimiento a Popov fue muy diferente de la bienvenida que le solía

prodigar Von Karsthoff. Esta vez informaría a Aloys Schreiber, un hombre que, según le advirtió Jebsen, «tenía una experiencia muy grande en interrogar prisioneros». [1253] Schreiber pidió a Jebsen que se quedase a la sesión informativa, que fue tan intensa y penetrante como alegres y superficiales habían sido las de Von Karsthoff. Durante dos días con sus noches, parando solo para tomar unas cervezas y unos sándwiches, Schreiber interrogó a Popov. Jebsen interrumpía de tanto en tanto con sus propias preguntas agudas. Popov informaría más tarde de que su amigo le había «ayudado de manera

inteligente durante su interrogatorio al mostrar de manera deliberada una actitud más bien hostil, dando como resultado que Schreiber se quedara tranquilo respecto a que no había colaboración entre Artista y Triciclo». [1254] Popov hizo una representación deslumbrante. En efecto, como más tarde diría a Wilson, «estaba seguro de que no había duda de que estaba encima y, como lo expresó con modestia, al ser más joven soportaba la tensión mejor que Schreiber». [1255] El jefe de la oficina alemana pareció totalmente convencido del informe de Popov, y de inmediato dictó un telegrama para Berlín

afirmando que era «un agente excelente y que no sospechaba». [1256] Marie von Gronau pasó nota a Jebsen, el cual se la dio a De Salis, que la mandó a Londres, donde le dieron la noticia a Churchill: «Su primera entrevista con su jefe de espías ha transcurrido de manera muy satisfactoria». [1257] La confianza de Popov fue validada cuando Bletchley Park descifró un mensaje al alto mando alemán observando que el agente Ivan había proporcionado «información especialmente valiosa sobre las formaciones británicas en Gran Bretaña. El informe confirmó nuestra propia imagen operativa de conjunto». [1258]

Después de la sesión informativa, Popov y Jebsen salieron de juerga, con intensidad. Jebsen «era pudiente, ya que había conseguido permiso para transferir algo de oro que había apartado en París», [1259] y se había comprado un Rolls-Royce, que no podía conducir. Jebsen no parecía demasiado ansioso por su propia seguridad, y hablaba de mantener «contacto a largo plazo con los servicios secretos británicos» [1260] y esperaba «ser visto por ellos como un agente fiable incluso después de la guerra». [1261] Popov confiaba en que el alto reconocimiento que tenía en Berlín protegería a su amigo. Se unió a su fiesta

el nuevo amigo de Jebsen, Hans Brandes. Este parecía no fiarse de Popov. Más tarde Jebsen sugeriría por qué: «Tiene miedo de que él [Popov] informe de la fecha y lugar de la invasión y de ese modo prolongue la guerra». [1262] Era algo extraño de decir. A menudo Brandes hacía observaciones abiertamente antinazis, como si fuera a la caza de una reacción. De Salis informó: «Aunque estoy convencido de que Brandes no trata de tenderle una trampa, Artista siempre reacciona a esas insinuaciones como lo haría un buen alemán». [1263]

Ian Wilson voló a Lisboa y se reunió

con Popov y Jebsen en un piso franco. Jebsen tenía la ambición de hacer más por la causa. «Está dispuesto a ir a Alemania, ya que quiere hacer algo gordo para nosotros», informó Wilson. «Podría arreglar ser enviado a Alemania para una visita con nombre falso si realmente queremos que lo haga». [1264] Wilson pensó que era más seguro para Jebsen permanecer en Lisboa, sobre todo después de que se refiriera de manera informal a «los agentes controlados por Kühlenthal en el Reino Unido», [1265] y a la necesidad que tenían de respaldar todo lo que dijera Popov. Esta era una prueba concluyente de que

Jebsen sabía que la red de Garbo, o «los españoles», [1266] como los llamaba, era falsa. Brandes había «traído información de Berlín sobre cómo eran vistos allí los espías británicos», [1267] lo que sugería que Popov ahora era aún más valioso que Pujol. «Ivan [Popov] es considerado ahora, con diferencia, la mejor conexión y los españoles, en lo que se refiere a la calidad, le siguen muy de lejos», [1268] informó Brandes. «La confianza en él ha crecido muy mucho». [1269] Estas comparaciones tenían un valor limitado ya que, como observó Jebsen, era «habitual que los miembros de la Abwehr criticaran a los agentes de los

demás». [1270]

Sin embargo, Brandes era extraordinariamente servicial, y Jebsen volvió a pedir su reclutamiento: «Está seguro de que Brandes colaboraría con nosotros». [1271]

Jebsen no se daba cuenta, y el MI5 no se lo decía, de que Brandes era un oportunista aún más escurridizo de lo que pensaba. Brandes tenía su propio radio transmisor, con el que mandaba mensajes a Berlín, informando sobre Jebsen —con quién se reunía, dónde iba y qué decía—. Estas transmisiones, descifradas en Bletchley Park, revelaban otro nivel de engaño: el hombre al que

Jebsen consideraba su amigo íntimo, al que estaba dispuesto a confiar su vida al compartir con él su terrible secreto, le estaba traicionando por la espalda.

«Brandes está jugando un juego propio», [1272] informó Ian Wilson, con un toque de miedo deslizándose por primera vez por sus palabras: «Claramente Brandes está inventando cuentos». [1273]

20
«¿Acaso no tengo cuidado siempre?»

Bruto, Bronx, Tesoro, Triciclo y Garbo nunca se conocieron. Sin embargo, individual y conjuntamente, conforme avanzaba la primavera y los ejércitos aliados se preparaban para el mayor ataque anfibio de la historia, tejían un tapiz de mentiras tan espeso y amplio que podría haber envuelto a todo el sistema de inteligencia alemán. En abril de 1944, la ansiedad seguía siendo alta y las expectativas bajas: Tommy Harris

declaró que el esfuerzo merecería la pena si el engaño simplemente provocaba que «*una división dudara cuarenta y ocho horas* antes de proceder a oponerse a nuestro desembarco en la península de Cherburgo». [1274] Mientras el ejército real se reunía en el suroeste para atacar Normandía, los agentes dobles desplegaban su falso ejército en el sureste y en el norte. Al principio Pujol y Harris tan solo espolvoreaban de mentiras el «pienso para pollos», pero ahora comenzaron a «aumentar el porcentaje de falsedades en la mezcla hasta que toda la sustancia de nuestros

informes estuvieron basados en mentiras o invenciones», [1275] una sostenida andanada de engaños.

El último informe de Popov a Lisboa había determinado los nombres y lugares de unidades dentro de la fuerza invasora ficticia; sabiendo que ahora los alemanes estarían prestando atención, los agentes dobles comenzaron a mover las unidades hacia el sur y el este. Las Fuentes Más Secretas mostraban que los informes de Garbo, cinco o seis al día, eran transmitidos a Berlín, de manera rápida y casi literal, junto a sus análisis sobre su significado. El engaño estaba siendo inyectado directamente en el

sistema nervioso central del Tercer Reich.

Los mentirosos se preguntaban si estaban siendo demasiado sutiles. ¿Captarían los alemanes las pistas y llegarían a las conclusiones adecuadas? A modo de prueba, Tar Robertson convocó a un «experto militar que no había tenido tratos con la B1A», [1276] lo sentó con cuarenta cajas de papel —todo el tráfico de los agentes dobles desde marzo de 1943 hasta abril de 1944— y le pidió que lo interpretara. El pobre se sumergió en los archivos todos los días durante dos semanas, y después ofreció sus conclusiones sobre lo que

los alemanes debían estar pensando:

1. Los agentes han tenido dificultades para realizar un pronóstico no definitivo.

2. Muchas posibilidades de un ataque en el Mediterráneo al mismo tiempo.

3. Un ataque en Noruega, posiblemente a modo de distracción, previo al ataque principal.

4. Los desembarcos iniciales tendrían lugar contra Bélgica y el paso de Calais.

La valoración encajaba con el engaño casi de manera perfecta.

Un informe de inteligencia alemán del 4 de abril afirmaba que el Cuarto Ejército se estaba concentrando en Escocia, y citaba una «fuente de la Abwehr creíble». [1277] Esta fuente era Roman Czerniawski, cuya reputación aumentaba con cada mensaje: «Está muy bien considerado y hasta ahora ha producido mucha información precisa», [1278] observó Oscar Reile. Hugh Astor encontró un modo de vincular a Bruto de manera más firme a los alemanes, mientras reforzaba la mentira de que un ejército ficticio dirigido por los

estadounidenses se estaba concentrando en Kent: «Si Bruto era destinado, de manera ficticia, al FUSAG justo antes del Día D, estaría en una posición excelente para informar sobre el orden de batalla e intenciones operativas de FUSAG». [1279] Cuando llegara el momento oportuno, Czerniawski anunciaría que, «debido a su profundo conocimiento de Francia y de los procedimientos militares franceses», [1280] le habían ordenado que se uniera a una unidad especial «creada bajo FUSAG con objeto de reclutar polacos que trabajaban en territorio ocupado por los alemanes, y que era probable que

fuera invadido en un futuro próximo». [1281] Puesto que muchos polacos trabajaban en la cuenca minera al este de Calais, por sí mismo esto reforzaría la idea de que el Grupo de Ejércitos de Estados Unidos estaba listo para atacar la zona de Calais. Instalado en el corazón del ejército ficticio, el pequeño polaco estaría situado perfectamente para informar exactamente de lo que estaba pasando o, con más precisión, de lo que no estaba pasando.

Mientras que Bruto se centraba en asuntos militares, Bronx suministraba a sus controladores «opiniones de aquellos cuyos nombres y fotografías

aparecían en las columnas de los periódicos de moda», [1282] una mezcla peculiar de lo importante y lo irrelevante. Bajo lo insignificante, señalaba inequívocamente que se estaban concentrando fuerzas para atacar el paso de Calais: lord Kimberley le había dicho que una división acorazada se había trasladado desde Yorkshire a Brighton; un tal comandante Bulteel insinuó que «el cuartel general de Montgomery estaba cerca de Canterbury»; [1283] un amigo del departamento de petróleo del ejército visitó Dover y Folkestone y le habló de «grandes pertrechos para la invasión»;

[1284] otro, George Mitchell, residente en Kent, le informó de que «las carreteras que llevan a las playas estaban siendo ensanchadas y se eliminaban las barreras de cemento», [1285] dando a entender un despliegue militar masivo hacia la costa. Ayudó a centrar la atención en Escandinavia, transmitiendo una conversación con el comandante sir Guy Domville, que «piensa que Dinamarca es un lugar de invasión. El sur de Noruega puede ser ocupado». [1286] Sus informes tenían como objetivo mantener la incertidumbre alemana sobre la fecha: «La invasión parece inminente», [1287] informó el 25 de abril.

«Muchas tropas estadounidenses abandonan la costa occidental hacia el mando sureste». [1288] Unos días después, se corregía a sí misma: «La conferencia del primer ministro indica que la invasión no es inminente. Montgomery sigue entrenando a la fuerza invasora». [1289]

Tal y como le había enseñado Emile Kliemann, Lily Sergeyev se dirigió a Bristol para pasar un tiempo con sus parientes, e hizo un *tour* de la costa sur en bicicleta, cuando en realidad nunca abandonó Londres. «Hago visitas imaginarias a lugares que no sabía que existieran, y de los que traigo una rica

cosecha de información», [1290] escribió en su diario. «En este mundo ficticio paso mi tiempo en trenes, clubes, comedores y cantinas. Transmito un batiburrillo de descripciones de insignias, vehículos, tanques, aviones y aeródromos, adornado todo con conversaciones escuchadas por casualidad, de las que los alemanes no pueden dejar de sacar las conclusiones adecuadas». [1291] Como muchas espías, atrapada por las invenciones, comenzó a preguntarse quién era en realidad. «Durante tres años he estado representando un papel… Si sobrevivo a la guerra, ¿seré capaz de adaptarme?

¿Seré capaz de volver a convertirme en una persona *normal*?» [1292]

Mary estaba satisfecha con la actitud obediente de Lily, y por su aparente recuperación ante la muerte de *Babs*: «Trabaja duro en sus transmisiones», [1293] le dijo a Tar. Por dentro Lily seguía furiosa, y su resentimiento se había intensificado por alguna cicatería mal aconsejada por parte del MI5. Le dijeron que fuera por su cuenta, en metro, a Hampstead: «No creo que hiciera quebrar al Ministerio de la Guerra llevarme en coche», [1294] rezongó. La trasladaron de las Rugby Mansions a un piso más pequeño en la

calle Hill n.º 39, donde tenía que pagar el alquiler, aunque era reducido. Una nota severa de John Marriott le daba instrucciones: «Los muebles, accesorios y libros se mantendrán en las mismas condiciones en que están ahora y los gastos de limpieza, etc., se pagarán sin demora. Debo esperar que lleves a cabo esta tarea». [1295] Se trataba de un tono equivocado para usarlo con una agente que acababa de arriesgar su vida. Como señaló Lily, Kliemann comía de su mano —«el servicio de inteligencia alemán parece totalmente satisfecho con las informaciones que le proporciono. De vez en cuando recibo felicitaciones en

sus mensajes»—. [1296] Por su parte los británicos le cobraban el alquiler y le decían que tenía que mantener la moqueta limpia.

El MI5 no quiso pagarle a Lily su maleta perdida, mientras que O'Shagar, el oficial del MI6 que le había prometido cuidar de *Babs* cuando se marchó de Gibraltar, tampoco le había mandado el contenido de la maleta: Lily exigió que se lo devolvieran, pero sus pertenencias se perdieron irremisiblemente en la niebla de la guerra. La maleta contenía un collar de jade, una almohada de gamuza, dos docenas de pañuelos en una caja de

cuero rojo y, extrañamente, «tres zapatos (no pares) valorados en doce libras». [1297] Lily calculó que el valor total era de 128 libras, 2 chelines y 6 peniques, pero dijo que se conformaría con cincuenta libras. El MI5 se negó a pagarle ni un penique.

«Pienso que NO debemos pagar», declaró Marriott, y exponía sus razones: «No tiene derecho legal. Se ha comportado de manera no razonable en el pasado y por tanto puede volver a hacerlo. Está tratando de intimidarnos». [1298] John Masterman estuvo de acuerdo: «No le debemos nada». [1299] Mary Sherer se sintió horrorizada:

Tesoro no es pedigüeña con el dinero. A la vista de lo que ha logrado y lo que esperamos sacar de su caso, le pido muy encarecidamente que reconsidere su decisión. He tenido momentos difíciles con Tesoro en más de una ocasión y no hará que las cosas sean más fáciles si tiene una rencilla privada contra el departamento y contra las autoridades británicas en su conjunto, a causa de su aparente comportamiento mezquino respecto a ella por cincuenta libras. [1300]

Pero los jefes eran inflexibles. A John Masterman no le gustaban las mujeres en general, y Lily en particular, a la que consideraba «excepcionalmente temperamental y problemática». [1301]

Unos días después, cuando ella y Mary estaban preparándose para transmitir un mensaje por radio, Lily señaló misteriosamente: «Es muy difícil no sacar partido de la fuerza cuando se es el más fuerte». [1302] Mary supuso que se refería a la parsimonia del MI5 con sus «meticulosas cuentas». [1303] Es más que probable que se estuviera refiriendo a su propia fortaleza secreta: el conocimiento de que un par de rayas no

detectadas en una pila de lenguaje morse podía hacer derrumbarse a todo el sistema de la Doble Cruz.

Dusko Popov llegó de regreso a Gran Bretaña el 13 de abril, con un caminar que transmitía felicidad y confianza, un nuevo lote de cuestionarios y un fajo de billetes. Había pasado los últimos días en Lisboa discutiendo de dinero, el tipo de negociación en la que sobresalía Popov. Le había dicho a Aloys Schreiber que quería la asombrosa cantidad de ciento cincuenta mil dólares como anticipo de la información futura sobre los planes de invasión aliados, y declaró que

«cualquier actividad futura por su parte dependería de la recepción de la cantidad estipulada». [1304] Cuando se transmitió esto a Berlín, la petición fue rechazada de plano. A Popov solo le ofrecieron mil quinientos francos suizos al mes. Amenazó con renunciar. Esto provocó en Wilhelm Kuebart, el oficial que había echado a Von Karsthoff, un «sentimiento incómodo» [1305] sobre Popov, «ya que le parecía muy improbable que un agente que fuera realmente independiente y que trabajara para sí mismo pudiera permitirse amenazar a la Abwehr de esta manera». [1306] Incluso el MI5 consideraba las

peticiones de Popov «escandalosas», [1307] y sus amenazas de abandonar una apuesta no autorizada. Al final a Popov le dieron catorce mil dólares, con la promesa de que habría más. Antes de marcharse había vuelto a ser interrogado por Schreiber, quien le pidió que averiguara la fecha y objetivo de la invasión, qué ataques serían reales y cuáles simplemente distracciones. Si comenzaban los desembarcos debía «quedarse en Londres y proporcionar noticias actualizadas sobre lo que estaba pasando». [1308] Schreiber también le pidió que informara sobre los daños de las bombas cuando empezaran a caer las

V1, pero Popov se negó, diciendo que podían «enviar a un agente de nivel más bajo en busca de agujeros en Londres». [1309]

Popov y Jebsen pasaron la última noche juntos en el casino de Estoril. Al amanecer se dieron la mano y se marcharon, pero cuando Popov se estaba alejando, Jebsen le llamó: «Solo quería desearte buena suerte», dijo. «Va a pasar tiempo. Siento que vamos en direcciones diferentes». [1310] Después se marchó.

De vuelta en Londres, Popov estaba pletórico, convencido de que los alemanes tenían «una total confianza en él». Schreiber no tenía ni idea de que

era un agente doble. Los alemanes le estaban pagando mucho dinero. Johnny estaba a salvo. «Ahora Triciclo es considerado el mejor agente de la Abwehr en el Reino Unido», [1311] informaba el MI6.

Los oficiales de caso de la B1A estudiaban detenidamente las últimas ofrendas del otro bando, que incluían un largo cuestionario formado en gran medida por ilusiones: «¿Cuáles son las posibilidades de que Churchill permanezca al timón? ¿Cómo está de salud? ¿Por algún motivo piensa ya en jubilarse y si es que sí, cuándo?». [1312] Para lo cual las respuestas eran:

«buenas», «bien», «no» y «nunca». La cartera de Popov tenía no menos de cinco informes de Jebsen escritos a máquina, sobre fabricación de aviones, producción industrial, reservas militares y la reestructuración de la inteligencia alemana: señalaba el ascenso del oficial de las SS Walter Schellenberg, «personalmente agradable y muy despiadado», [1313] que acabaría siendo el mandamás de la inteligencia.

Popov «no estaba excesivamente preocupado» [1314] por la seguridad de Jebsen, ya que, al parecer, la Gestapo había revocado una orden para arrestarle si regresaba a Alemania. A

pesar de ello, Tar insistió en que «era mucho más seguro que permaneciera en Lisboa en lugar de regresar a Alemania, donde podría encontrarse en una situación difícil, en la que sus nervios le podrían traicionar». [1315] Antes de marcharse de Lisboa, Popov se enteró por Marie von Gronau de que el SD iba a «enviar a un representante a Lisboa para interrogar a Artista a finales de abril o principios de mayo, con el fin de aclarar ciertos asuntos financieros», [1316] pero esto no fue motivo de preocupación. «Estas acusaciones no tienen nada que ver con actividades a favor de los británicos, sino que están

relacionadas con transacciones financieras cuestionables. Está satisfecho porque puede aclarar la situación fácilmente. Es probable que el interrogatorio previsto sea una formalidad, de modo que el expediente contra Jebsen se pueda cerrar». [1317] Popov estaba convencido de que, finalmente, su amigo estaba «libre de peligro». [1318]

El MI5 sabía que las cosas eran diferentes.

El 11 de febrero Hans Brandes, utilizando el nombre en clave de «Ballhorn», envió un mensaje a Berlín informando de que Jebsen estaba

haciendo preguntas sospechosas, y «trataba de averiguar cosas de Ostro». [1319] El mensaje fue interceptado y descifrado en Bletchley Park. Siguiendo instrucciones de los británicos, Jebsen estaba investigando al falso agente Paul Fidrmuc, al que el MI5 había pensado eliminar unos meses antes. Otro mensaje interceptado se refería a «informes verbales hechos por Ballhorn» que indicaban que Brandes había actuado como soplón durante su viaje a Berlín. El día siguiente trajo más pruebas de su doblez, cuando Brandes informó que, a través de las secretarias, Jebsen «se entera de todo» [1320] lo ocurrido en la

oficina de la inteligencia alemana. Schreiber mandó al instante su propio mensaje a Berlín: «Como no puedo seguir trabajando en tales circunstancias, pido urgentemente que Grass y Von Gronau sean retirados de inmediato, justificándolo en una reducción de personal rutinaria para no alertar con antelación a Johnny». [1321]

¿Qué tramaba Brandes? ¿Por qué estaba envenenando a sus superiores respecto a un hombre que se suponía que era su amigo? Brandes «puede estar jugando a un juego muy profundo en su propio interés», [1322] pensó Wilson, «posiblemente con la intención en última

instancia de chantajear a Artista y a nosotros mismos. No tiene nada de estúpido y carece de escrúpulos, como ocurre con tantos hijos malcriados de empresarios alemanes ricos». [1323] Hacía poco Brandes había recibido orden de que enviara a sus agentes «a Francia para recibir instrucción». [1324] Pero Brandes no tenía agentes. Se los había inventado a todos, y ahora trataba de encontrar una manera de «salir de este embrollo insinuando o sobornando». [1325] Traicionar a Jebsen desviaría la atención. «Fácilmente puede que para evitar ser descubierto esté tratando de reforzarse con la

Abwehr desenmascarando a Artista». [1326] Ambicioso y avaricioso, Brandes sabía cuánto dinero le estaban dando a Popov, y lo que Jebsen y Von Karsthoff habían hecho aparte. Una investigación llevada a cabo durante la posguerra desveló que Brandes era «muy celoso del hecho de que Artista estaba en contacto con Triciclo, el mejor hombre de la inteligencia alemana en Inglaterra. Brandes quería deshacerse de él de modo que pudiera llevarse el mérito del trabajo de Triciclo». [1327]

La prueba de la traición de Brandes colocaba al MI5 ante un terrible dilema. Si se avisaba a Jebsen de que su amigo

le estaba traicionando, de inmediato podía preguntarse cómo el MI5 había logrado esa información y quizá llegara a la conclusión de que los británicos tenían que estar interceptando los mensajes de radio alemanes. Había que proteger a las Fuentes Más Secretas a toda costa. Después de una intensa discusión se convino que el MI6 haría una advertencia general a Jebsen, insinuando que no había que confiar en Brandes porque algo de lo que le había dicho a Jebsen había resultado incorrecto. Se envió un telegrama a Charles de Salis a Lisboa: «Tenemos la fuerte impresión de que Brandes juega

por libre y puede estar tratando de provocar que Artista le haga confidencias que puede usar en su propio interés. Avisa a Artista de que no se exponga de ninguna manera a Brandes, aunque esto reduzca su adquisición de información para nosotros». [1328] A De Salis no le dijeron que la «impresión» del MI5 procedía de las Fuentes Más Secretas. Mientras tanto Wilson sondeó a Popov sobre qué tal aguantaría los interrogatorios Jebsen en caso de ser detenido. Popov le contestó que no «tenía ningún tipo de duda respecto a que Artista nunca traicionaría a Triciclo o confesaría que estaba

trabajando para los británicos bajo cualquier forma normal de interrogatorio [pero que] dudaba de su capacidad para soportar cualquier violencia física». [1329]

Jebsen había sido «rápido al suponer que las nubes se habían disipado completamente». [1330] Se estaba formando una tormenta a una velocidad aterradora. El 16 de abril Schreiber informó a Jebsen de que les habían ordenado a ambos que viajaran a Biarritz, en el sur de Francia, para reunirse con el pagador del servicio de inteligencia alemán reformado para tratar de las exigencias económicas de

Popov. Al intuir que era una trampa Jebsen se negó a ir, alegando que eso haría saltar por los aires «su tapadera» [1331] como hombre de negocios independiente, ya que, para viajar a Francia hacía falta la aprobación oficial alemana. Schreiber insistió en que el telegrama de Berlín «debía ser interpretado como una orden», [1332] y su rechazo a obedecer «se consideraría una deserción». [1333] Jebsen se mantenía en sus trece. Schreiber informó de ello a Berlín y se dirigió a Biarritz solo. Jebsen, profundamente asustado, le dijo a Brandes lo que había pasado, y este mandó de inmediato un telegrama a

Berlín:

El 17 Johnny me dijo que le habían ordenado que acudiera a un encuentro en Biarritz a propósito de Ivan. Johnny dijo que vio claramente que se trataba de una trampa y que estaba seguro de que estaba previsto su arresto inmediato en Biarritz. Johnny añadió que si en los próximos días observaba signos adicionales de desconfianza hacia él por parte de Berlín, sacará sus propias conclusiones e informará a Ivan

a su debido tiempo. [1334]

Los signos adicionales de desconfianza no tardarían en llegar. Al día siguiente ordenaron a las secretarias de la oficina, Lily Grass y Marie von Gronau, que volvieran a Berlín en veinticuatro horas. Schreiber dijo que se trataba de «una reducción de personal rutinaria», [1335] ya que «todas las secretarias que han estado aquí más de dos años tienen que marcharse por el principio de que han tenido un largo período de trabajo en un lugar agradable y por tanto deben trasladarse a otro lugar menos agradable». [1336] Pero

Jebsen sabía que se estaba haciendo limpieza de sus topos dentro del sistema. A las mujeres les ordenaron que no hablaran con él antes de partir; ambas hicieron caso omiso de la orden. Jebsen incluso acompañó a Marie al aeropuerto. Cuando se despedían él dijo algo que hizo que ella se convenciera aún más de que debía ser un agente británico. «Tres días después del fin de las hostilidades un piloto británico acudirá a un restaurante en Flensburg, Schleswig-Holstein, el Grossadel Bylond, y si se encontraba allí la recogería y la llevaría a Inglaterra». [1337] Marie prometió que estaría.

Jebsen se reunió con Charles de Salis en el piso franco. Estaba muy agitado, fumando frenéticamente y con los dedos temblorosos. El hombre del MI6 había transmitido la advertencia velada sobre Brandes, pero Jebsen parecía preocupado por la partida forzada de las secretarias. «Artista no considera que esta sea una buena señal», [1338] informó De Salis. «Se siente muy resentido. Clama contra la terca administración que ha ordenado esto». [1339] La orden de ir a Biarritz con Schreiber había sido una «prueba» de su lealtad y obediencia: «Habrá más trampas de este tipo», [1340] predijo. A

pesar de la precariedad de su propia posición, Jebsen tenía información nueva e importante que transmitir: la última valoración estratégica por parte del estado mayor general alemán, tal y como había sido presentado en una reunión de generales en Francia. Se preveía un «intento de invasión a gran escala» [1341] a través del canal de la Mancha y en el sur de Francia, y había dudas sobre «si Noruega podría ser defendida con éxito», [1342] y llegaba a la conclusión de que sería «decisivo» [1343] un cálculo preciso de las tropas estadounidenses en el Reino Unido. Los alemanes parecían concentrarse

exactamente en las zonas adecuadas. Antes de que le ordenaran que regresara, Lily Grass había transmitido algunas buenas noticias. «Los informes de Triciclo han causado una enorme sensación en Berlín y el estado mayor general está considerando la posibilidad de modificar sus planes en consecuencia. El último informe ya ha sido clasificado como "tan bueno como seguro", lo que es una evaluación casi sin parangón». [1344] Hacia el final de la reunión Jebsen había recuperado parte de su compostura. «Artista confía en que Brandes le avisará de trampas futuras, y espera de este modo que las "pruebas"

puedan ser negociadas con éxito. Si se puede hacer esto, la posición de Triciclo como un destacado agente de la Abwehr en el Reino Unido será asegurada y a partir de entonces todo debería ser comparativamente fácil». [1345]

Antes de separarse, De Salis le dijo a Jebsen que tuviera cuidado.

«¿Acaso no tengo cuidado siempre?», [1346] dijo Jebsen con una pálida sonrisa.

La advertencia sobre Brandes no se había registrado. O quizá Jebsen decidió ignorarla. Era un ferviente creyente en la amistad. Posteriormente, ese mismo día, le mostró un documento a Brandes, que

iba a transmitir a Berlín en pocas horas. «Johnny me enseñó en su casa un telegrama que acababa de llegar de Inglaterra. Estaba firmado por su amigo el *baronet* Anthony Rothschild. Su contenido era el siguiente: "No te preocupes, nuestro negocio debería haber acabado muy pronto"». [1347]

Por supuesto que formaba parte de la elaborada historia de Jebsen sobre un rico miembro de la familia Rothschild (que había sido degradado de *lord* a *baronet*) que estaba ayudándole para conseguir un visado de refugiado para Gran Bretaña. Probablemente se lo enseñó a Brandes, sabiendo que pronto

tendría que desaparecer. No existía el tal sir Anthony Rothschild. Pero Brandes no lo sabía, y para él «el telegrama tenía un sentido oculto, que casi había llegado el momento para que Artista se pasara a los británicos con esa información que había conseguido reunir». [1348] Brandes dijo a Berlín que Jebsen de nuevo mostraba «notable curiosidad sobre Ostro».

Robertson reunió a Masterman, Marriott y Wilson para un encuentro de crisis. Las interceptaciones revelaban que «mientras que Artista consideraba que Brandes era su amigo del todo, Brandes informaba de manera

desfavorable sobre Artista». [1349] Por otra parte las Fuentes Más Secretas indicaban que la Gestapo ya no le seguía la pista, y aunque las autoridades querían interrogarle, «solo les preocupaban las cuestiones financieras». [1350] Si le preguntaban a Jebsen por qué estaba tan interesado en Ostro, podría «adoptar una actitud valiente» [1351] e insistir en que su «deseo era desenmascarar a Ostro si podía encontrar pruebas de que era un impostor». [1352] (Lo cual, como sabía muy bien el MI5, era así.)

Wilson resumió la situación, aunque reconocía que esto era «demasiado

complicado como para permitir que nadie hiciera ninguna apreciación muy confiada de la posición»: [1353]

> Claramente Brandes está contando cuentos sobre Artista, pero no hay pruebas, al menos hasta ahora, de que Brandes trate de insinuar que Artista trabaja para los británicos. Personalmente estoy satisfecho de que el telegrama [que convocaba a Artista en Biarritz] no sea una trampa, pero Artista es propenso a caer en un estado nervioso en el que realmente ve

trampas que no existen. Puede que no haya visto con tanta claridad como nosotros que la Gestapo ahora parece convencida de que es mejor que se quede en Lisboa, y con bastante sinceridad puede temer que la Gestapo esté detrás del intento de hacer que vaya a territorio ocupado, donde le arrestarían. No podemos llevar a cabo ninguna acción inmediata. Existe un riesgo de que, a pesar de nuestras advertencias, Artista continúe confiando algo en Brandes, pero no podemos

reforzar nuestra advertencia sin poner en peligro nuestras fuentes. [1354]

Estuvieron de acuerdo en no hacer nada. La protección de las Fuentes Más Secretas era primordial. «No veo ninguna razón para estar excesivamente nervioso», [1355] dijo Wilson, con una confianza que sin duda no sentía.

Mientras tanto Jebsen decidió negar descaradamente lo evidente, y llevar a cabo su propia «prueba». Le dijo a Schreiber que había recibido un mensaje de Popov, diciendo que «no iba a tolerar ningún retraso adicional del dinero».

[1356] Para sorpresa de Jebsen, Schreiber se mostró muy complaciente. Estuvo de acuerdo en telegrafiar a Berlín al instante y regresó con la respuesta de que había «recibido instrucciones inmediatas de entregar todos los fondos disponibles a Artista». [1357] Después le dio a Jebsen setenta y cinco mil dólares en efectivo. Dijo que esto solo era un anticipo. Jebsen estaba eufórico.

«Artista considera que esto es una prueba de que todo está bien y de que el estado mayor general repetirá y actuará sobre la base de los informes de Triciclo», [1358] informó Charles de Salis a Londres. «Ahora cree que la

investigación se ha acabado, que la Abwehr está satisfecha y que tanto él como Triciclo están en una posición sólida. La posición de Triciclo como agente destacado está asegurada». [1359]

La crisis había pasado. Schreiber no podía ser más amigable, y le dijo que Berlín había telegrafiado «en el último momento» para decir que, después de todo, no era necesario que Jebsen fuera a Biarritz. Incluso se habló de traer de vuelta a su amante Marie von Gronau. Jebsen escribió una carta triunfal a Popov:

Sabrás por informes

procedentes de Cobb [el nombre tapadera de De Salis] sobre las pruebas que la Abwehr trató de llevar a cabo. Estoy muy feliz de que ya haya pasado y te felicito por ser, sin ninguna duda, el mejor agente de mi amado Führer, porque, después de haber dudado durante algún tiempo, la Abwehr ha decidido que el dinero debía serte transferido como se había concertado. Tengo setenta y cinco mil dólares, de los cuales te mandaré cincuenta mil hoy. Ya haremos cuentas más adelante, pero la parte que me

> quedo es porque puedo necesitar algo de dinero para sobornar a Dios sabe quién. Por favor dale recuerdos a Ian, Frank y los Benton. Sé buen chico, y trata de portarte bien… Siempre tuyo, Johnny. [1360]

La sensación de alivio se desbordó en la B1A. La red Triciclo estaba a salvo, y, con ella, el resto del engaño de la Doble Cruz. Esto exigía una cena para celebrarlo, con Popov como invitado de honor, que tendría lugar en el hotel Hyde Park el 26 de abril. Se envió un informe a Churchill:

El agente Triciclo ha regresado tras visitar a sus jefes en Lisboa. Una vez más ha tenido éxito al convencerles de su total fiabilidad y les ha sacado una gran suma de dólares como anticipo de sus servicios futuros. Ha recibido un cuestionario interesante. Parece que tienen el mayor respeto hacia él. [1361]

El día antes de la cena, Jebsen se volvió a reunir con De Salis y «confirmó que todo estaba bien». [1362] Schreiber le había felicitado por su manejo de Popov, y le dijo que iba a

recibir una medalla, la Cruz al Mérito de Guerra (Kriegsverdienstkreuz, o KVK) de 1.ª Clase sin espadas, una medalla civil que normalmente se concedía por el valor en la retaguardia. Ahora que ya no era sospechoso, Jebsen dijo que planeaba ir a Berlín, donde reuniría más información para la inteligencia británica. «Desde el punto de vista de Artista el resultado es un triunfo completo», [1363] informó De Salis. «Para coronarlo a Artista le han concedido la KVK de 1.ª Clase, un honor que nadie comparte en Lisboa. En especial Schreiber está envidioso». [1364]

Jebsen dictó una carta a Mabel Harbottle (en la que ahora confiaba totalmente) contándole a Popov las buenas noticias:

> Una prueba del hecho de que Schreiber no me contaba películas [es decir, mentiras] es que me han dado otra condecoración, y esta vez es la KVK de Primera Clase. ¡Probablemente sea de Primera Clase porque les engañaste de primera! Me siento algo avergonzado por recibir la condecoración por el trabajo que

hicisteis tú e Ian. He decidido dársela a Ian. Desgraciadamente no puedo conseguir que los alemanes pongan su nombre en el certificado, pero debo entregarle la propia condecoración. Si, como espero, colecciona curiosidades, puede que encuentre un lugar para ella en su colección. Después de todo es un hombre excepcional y tiene el honor excepcional de conseguir una condecoración con una esvástica. [1365]

Schreiber había prometido más

dinero:

Conociendo tu mentalidad, estoy seguro de que estás mucho más interesado en esto que en la historia realmente divertida de mi condecoración.

Brandes ya no es tu amigo porque tiene un miedo cerval a que puedas revelar las circunstancias y fecha de la invasión y no solo prolongar la guerra sino poner en peligro su posición de ario solo al cincuenta por 100, que debe ser cada vez más difícil. Al final

puede llegar a resultar que se colgará él mismo en lugar de los líderes nazis si la guerra continúa mucho tiempo. La última vez olvidé mandarte mis mejores deseos para Frano [de Bona, agente Monstruo]. Esto se debe a que en ese momento no recordaba que debería saber que yo sé lo que, después de todo, sabemos todos. A veces se me olvida a quién tengo que ocultar qué, y qué tengo que ocultar a quién. Creo que esta carta ya es demasiado larga. Además, tengo que pensar en la pobre señora

que tiene que transcribirla y probablemente tenga algo mejor que hacer que divertirte a ti. [Mabel Harbottle escribió al margen lo que, para ella, se acercaba mucho a la coquetería: «Por supuesto que la propia señora está encantada al pensar en ayudar a divertirte».] [1366]

Terminó con una floritura:

Espero que transmitas todo mi amor a todos aquellos que se lo puedas transmitir sin estropear tu, mi o la tapadera de

cualquier otro. De cualquier manera a ti te puedo transmitir mi amor, tuyo, como siempre, Johnny. [1367]

La carta era típica de Jebsen: graciosa, despreocupada, interesada y más preocupada por el destino de Hans Brandes que por el suyo propio. De Salis informó de que Jebsen había estado «de muy buen humor y que la diferencia entre esta y la última reunión, cuando obviamente estaba preocupado, era muy notable». [1368] Jebsen aceptó regresar al piso franco el 5 de mayo, un mes y un día antes del Día D.

Entre tanto entusiasmo y alivio, nadie se fijó en un mensaje, enviado el día antes de la cena de Popov, por parte de Aloys Schreiber a Georg Hansen, el nuevo jefe de la contrainteligencia alemana: «La realización del plan amenazado es inminente. Solicito su permiso para impedir este plan, incluso si fuera necesario aplicar medidas extremas». [1369] Hansen dio su permiso.

La cena en el hotel Hyde Park fue muy cordial. Allí estaban los principales actores del caso Triciclo, con traje de etiqueta: Guy Liddell, Tar Robertson, John Masterman, John Marriott e Ian Wilson, que había llevado la red a

través de aguas tan inciertas. El MI6 estaba representado por Frank Foley. El director general del MI5, sir David Petrie, propuso un brindis por el agente Triciclo. Popov se «deshizo en alabanzas por Wilson por el que claramente tenía el mayor de los respetos», [1370] anotó Liddell en su diario. «Pienso que se da cuenta de que si Wilson no hubiera estado a su lado, preparándole, nunca hubiera alcanzado la posición que ha logrado. También me dijo que Wilson había causado una impresión muy buena en Artista». [1371] En una extraña novedad para el protocolo de inteligencia, y como

muestra de la confianza en Popov, «todos los presentes utilizaron sus propios nombres». [1372]

Sin embargo, se guardaron un secreto ante Popov: «Triciclo no sabía que los puros que se fumaron en la cena habían sido amablemente suministrados por el Dr. Emile Kliemann de la oficina parisina de la Abwehr». [1373]

21
Operación Dora

En la tarde del 29 de abril Aloys Schreiber telefoneó a Johnny Jebsen y le pidió que acudiera a las oficinas de la *rua* Buenos Aires, ya que quería discutir con él sobre la concesión de su Cruz al Mérito de Guerra. Jebsen tenía un amigo que estaba pasando unos días con él en Estoril, Heinz Paul Moldenhauer, un joven oficial de la Abwehr de la sede de Colonia. Schreiber le sugirió que llevara consigo a Moldenhauer, porque quería tratar algunas cuestiones de

inteligencia con él.

Jebsen y Moldenhauer llegaron a la oficina al anochecer. El lugar estaba vacío. En la antesala del despacho de Schreiber había dos hombres sentados a los que Jebsen solo conocía vagamente, un oficial de comunicaciones llamado Bliel y Karl Meier, un mecánico civil fornido. Schreiber dio una cálida bienvenida a Jebsen y Moldenhauer, y después de charlar unos minutos, invitó a Jebsen a que entrara solo en el despacho principal. Cuando Jebsen se había sentado y la puerta estaba cerrada, Schreiber le explicó con calma que tenía órdenes de llevarle «a Berlín por la

fuerza, ya que no iría por su propia voluntad». [1374] Jebsen intentó escapar por la puerta, pero Schreiber era más rápido, estaba en mejor forma. Le pegó un puñetazo a Jebsen, y le dejó inconsciente. Cuando volvió en sí se encontró atado a una silla, junto a Moldenhauer, que había sido vencido por Meier en la habitación adyacente.

Schreiber le dijo a sus cautivos lo que iba a pasar a continuación: «Iban a noquearlos y, mientras estaban inconscientes, los colocarían en dos grandes baúles, en los que serían enviados por coche, esa misma noche, a través de las fronteras portuguesa-

española y española-francesa hasta Biarritz. Para evitar cualquier posible sorpresa en las fronteras, había decidido drogarlos mediante inyecciones». [1375] Schreiber les pidió que se rindieran sin luchar. Jebsen parecía darse cuenta de que el momento para luchar vendría después. «Ambos se sometieron a las inyecciones». [1376]

Hacia las dos de la madrugada, un sedán Studebaker con matrícula diplomática y dos grandes baúles en el maletero llegó a Badajoz, la frontera para cruzar a España. En el asiento de atrás iba Schreiber. Meier conocía «las normas fronterizas y a los funcionarios

personalmente», [1377] y dejaron pasar al coche. Condujeron hacia el norte, parándose solo para «descansar unas pocas veces al aire libre». [1378] Desde Madrid, Schreiber mandó un telegrama a Hansen: «Se ha llevado a cabo la misión hasta Madrid». [1379] A medianoche del día siguiente, el grupo cruzó a Francia. En Biarritz, Jebsen y Moldenhauer, que seguían profundamente drogados, fueron sacados de los baúles y entregados a un oficial de inteligencia llamado Fuchs. Schreiber mandó otro cable: «Entregado equipaje en Biarritz para ser enviado a Berlín. La tarea ha sido un éxito y todo está bien». [1380]

Al día siguiente Hans Brandes, en Lisboa, recibió un mensaje de felicitación de Georg Hansen: «Muchas gracias por los informes y la recomendación especial». [1381]

Los planes para secuestrar a Johnny Jebsen se habían hecho dos semanas antes. El mensaje de Brandes, que advertía de que Jebsen podía estar a punto de desertar, «había provocado considerable ansiedad» [1382] en Berlín. «Había que evitar la deserción de Jebsen a toda costa», [1383] le dijo Hansen a Kuebart, al que ordenaron que «supervisara personalmente que Jebsen llegara a un territorio ocupado por

Alemania o, en todo caso, impedir cualquier intento por su parte de llegar a territorio aliado». [1384] Kuebart informó a Schreiber, diciéndole que «Berlín tenía pruebas de que Jebsen había estado trabajando para ambos bandos durante algún tiempo y ahora estaba preparado para cambiar de bando» [1385] y al mismo tiempo «tratar de lograr beneficios económicos de la Abwehr». [1386] Detener esta deserción era «de importancia capital para el esfuerzo de guerra». Schreiber había tratado de oponerse, señalando que seguramente esto era «un asunto policial», [1387] pero Kuebart era insistente. La operación

debía llevarse a cabo en estricto secreto: ninguna sección de contraespionaje en Lisboa, ni la Gestapo, ni la policía portuguesa «debían saber nada del asunto». [1388] La Abwehr y el SD, el servicio de inteligencia del Partido Nazi, aún no se habían fusionado por completo, y este era estrictamente un asunto de la Abwehr: «Cuando Jebsen estuviera en Berlín tendría que responder solo ante las autoridades militares y bajo ninguna circunstancia ante el SD». [1389] Aunque seguía dudando, Schreiber envió un telegrama a Berlín pidiéndole a Hansen que «aceptara toda la responsabilidad,

en caso de que el secuestro provocara dificultades con los portugueses». [1390] Hansen contestó «ordenándole explícitamente a Schreiber la misión» [1391] y diciéndole que se diera prisa: cómo fuera atrapado y enviado a Berlín «quedaba completamente en manos de Schreiber». [1392]

A los nazis les gustaba asociar nombres en clave de mujer a las operaciones más secretas. Su campaña de espionaje contra Gran Bretaña era «Lena»; el plan para apoderarse de las islas Canarias era «Isabella». El secuestro de Jebsen fue llamado «Operación Dora».

Jebsen era sospechoso de ser un agente doble y probablemente un estafador, pero la verdadera razón de la urgencia y el secretismo de la Operación Dora tenía poco que ver tanto con su forma de espiar como con sus tratos sospechosos. Hansen, Kuebart y muchos otros oficiales de inteligencia estaban conspirando activamente para matar a Hitler. Si Jebsen huía haría fracasar esos planes.

Hansen estaba profundamente implicado en la conspiración antinazi que culminaría en el complot del 20 de julio para asesinar al *Führer*. Su casa de Rangsdorf se usaba como lugar de

encuentro de los conspiradores. Como muchos de ellos, el odio de Hansen por Hitler se unía a un profundo patriotismo conservador, el deseo urgente de salvar a Alemania antes de que Hitler destruyera completamente la patria. Quería echar a Hitler y después lanzar un ataque concertado contra los soviéticos, aunque esto significara que Alemania acabara teniendo un «estatus de dominio británico». [1393] Kuebart compartía sus puntos de vista y creía que Hansen era «el hombre que podía arreglar las cosas». [1394] El mes de marzo anterior Hansen había comenzado a «informar a Kuebart sobre los detalles

de las maquinaciones contra el régimen alemán». [1395] En mayo ya estaba preparado el complot: Hansen le dijo a Kuebart que había «hecho los preparativos para que alguien colocara unos explosivos de fabricación británica en un avión en el que Hitler debía volar». [1396] Cuando Hitler estuviera muerto, la resistencia antinazi se alzaría y derrocaría el régimen. Pero Jebsen estaba en medio.

El SD de Himmler estaba deseoso de una oportunidad para purgar a los leales a Canaris y elementos antinazis que quedaban dentro de la inteligencia alemana —hombres como Hansen,

Kuebart y Schreiber—. Si Jebsen desertaba, se temía Hansen, entonces se echaría la culpa a lo que quedaba de la Abwehr, como una prueba más de la traición: los esbirros de Hitler «se abalanzarían sobre la Abwehr, tal y como habían hecho después del incidente Vermehren», [1397] le dijo Hansen a Kuebart, lo que «acabaría con las intrigas que había tramado para liquidar a Hitler y Himmler y el derrocamiento final del Partido Nazi». [1398] Una investigación llevada a cabo durante la posguerra sobre las luchas de poder dentro de los servicios de inteligencia alemanes llegó a la

conclusión de que la Operación Dora era un ataque preventivo cuyo objetivo era proteger a los conspiradores de sus enemigos nazis. «El caso Vermehren había sido utilizado por Himmler y Schellenberg como instrumento para hacerse con el control de la Abwehr. Hansen y Kuebart estaban especialmente preocupados por evitar otra deserción». [1399]

Jebsen fue secuestrado para preservar el complot para matar a Hitler, un complot en el que Jebsen hubiera estado encantado de participar.

Schreiber había calmado a Jebsen para que pensara que estaba a salvo: el

dinero, la medalla, las palabras tranquilizadoras, todo ello estaba dirigido a asegurarse de que Jebsen no huía antes de que Schreiber estuviera listo. La aparición inesperada de Heinz Moldenhauer en casa de Jebsen complicó las cosas. Moldenhauer era el hijo medio judío de un antiguo ministro alemán y «uno de los antinazis que había evitado participar activamente en la guerra prestando servicio en la Abwehr sin hacer ningún esfuerzo para cumplirlo concienzudamente». [1400] Era visto con sospecha en Berlín. Schreiber asumió que tenía que planear su deserción, y también decidió secuestrarle. «Si era

inocente, Moldenhauer no tendría ningún problema para limpiar su nombre con las autoridades militares en Berlín». [1401] Pero Moldenhauer no estaba planeando desertar: simplemente estaba en el peor lugar y en el peor momento posibles.

El 27 de abril, el día después de la fiesta en honor de Popov, Hansen autorizó el pago de veinticinco mil escudos a Schreiber «para asegurar la ejecución de la Operación Dora». [1402] Schreiber compró un somnífero en una farmacia lisboeta, una jeringuilla, cuerda y dos baúles «suficientemente grandes para un adulto, provistos de

aberturas lo suficientemente grandes para la ventilación». [1403] Cuatro días después, Jebsen, aturdido, maltrecho y aterrorizado, estaba tumbado en el suelo de una celda en la prisión de la Gestapo de Berlín.

La desaparición de Jebsen provocó un sentimiento de terror puro en el equipo de la Doble Cruz. Las terribles noticias llegaron en forma de una sola línea desde Lisboa: «Artista ha desaparecido desde la tarde del 29 de abril y se han iniciado investigaciones». [1404] Las Fuentes Más Secretas no daban pistas que explicaran el misterio. «Claramente esto se ha llevado a cabo

con gran secreto», [1405] escribió Wilson. Lo primero que supo el SD en Lisboa al respecto fue un mensaje que decía que Jebsen había sido «llevado a Francia por la Abwehr ya que se consideraba que no era de fiar». [1406]

Pero ¿qué significaba «que no era de fiar»? Lo que estaba en juego era mucho más que el destino de un hombre. Si los captores de Jebsen le consideraban de poca confianza, podrían sospechar fácilmente de Popov, su mejor amigo y agente, y si se identificaba a Popov como agente doble, eso inevitablemente provocaría sospechas en el resto de los agentes controlados que estaban en el

Reino Unido. Pero aún peor que eso, Jebsen sabía que toda la red de Garbo era ficticia, que proporcionaba enormes cantidades de falsa información a Berlín. Le había dicho a Wilson que pensaba que todos los espías alemanes en Gran Bretaña eran impostores. Si Jebsen revelaba esto a sus captores, los alemanes reconsiderarían toda la información recibida de sus agentes y buscarían las pautas de desinformación; pronto averiguarían que los espías les llevaban a defender el paso de Calais y Noruega. La Operación Fortaleza se echaría a perder, con consecuencias incalculables. La invasión solo estaba a

un mes vista, y la inmensa maquinaria de la Operación Overlord ya estaba en movimiento. Popov le había dicho a Ian Wilson que «dudaba de su capacidad para soportar cualquier violencia física». [1407] Su secuestro podía representar el desastre.

Wilson rebuscó frenéticamente en las Fuentes Más Secretas pruebas de lo que le hubiera podido pasar a Jebsen: «Una cierta cantidad de mensajes de las Fuentes Más Secretas habían pasado a estar disponibles», informó, «pero ninguno de ellos parece muy concluyente». [1408] Dos días después de la desaparición de Jebsen, el hermano

de Popov en Yugoslavia seguía libre; si Dusko era objeto de sospechas, sin duda habrían detenido a Ivo. Wilson quiso ver el lado positivo:

> Los actuales problemas de Artista surgen fundamentalmente de los informes de Brandes contra él. El tono general de las interceptaciones parece ser que la Abwehr teme que Artista tenga intención de pasarse a los británicos o provocar que los mensajes de Triciclo sean interceptados más que el hecho de que Artista ya sea un traidor a

> Alemania o que Triciclo sea un agente controlado. Si aún no sospecha de esto último hay muchas posibilidades de que Artista no sea sometido a la presión que le quebraría. [1409]

No había señales de que los alemanes sospecharan de Popov. En efecto, la captura de Jebsen podía haber sido ordenada, en parte, porque se temía que si se pasaba al bando aliado, eso pondría en peligro a un espía que Hansen consideraba «el único agente realmente valioso en el Reino Unido». [1410] Sin embargo aquí había aún más

ironía negra. Parecía que Jebsen no había sido secuestrado porque los alemanes sospecharan que Popov era un agente doble, sino porque no lo sospechaban.

Si Jebsen seguía alejado de las manos de la Gestapo y del SD había una posibilidad de que el interés propio de los implicados pudiera protegerle. «Todas las partes implicadas tienen sus debilidades. Brandes temería una investigación. Schreiber no admitiría voluntariamente que Triciclo les había estado engañando. Hansen tampoco llegaría de modo voluntario a una conclusión que socavara a toda la

Abwehr». [1411] Pero se trataba de frágiles esperanzas, y Wilson lo sabía: «Los próximos días nos traerán pruebas que demuestren con claridad si simplemente le van a interrogar en torno a acusaciones relativamente menores y mantenido en prisión preventiva, u obligado a desvelar la verdadera situación de Triciclo y la posibilidad de que haya otros agentes controlados». [1412] Si hacían hablar a Jebsen, entonces en lugar de lograr un gran golpe de engaño, el equipo de la Doble Cruz habría preparado el escenario para un baño de sangre en las playas de Normandía.

En una reunión de crisis, el 9 de mayo, John Masterman expuso la situación desalentadora:

> La tapadera se ha montado en gran medida sobre los informes de los agentes XX. El hecho de que Artista, que está plenamente al tanto de la red Triciclo y sabe algo de los otros casos, sea sospechoso y haya sido enviado a Berlín amenaza, pues, toda la tapadera. No podemos saber con exactitud por qué Artista se ha vuelto sospechoso —solo sabemos que es considerado «no

de fiar»—. Su «falta de fiabilidad» puede estar relacionada con sus operaciones financieras, sus intrigas, o su imprudente curiosidad hacia las tareas de Brandes y Ostro, y en absoluto con sus relaciones con Triciclo. No hay pruebas de que la traición por parte de Artista sea uno de los cargos que se le imputan. Pero, obviamente, bajo interrogatorio en Berlín, puede revelar lo que sabe. Debemos actuar suponiendo que el caso Triciclo puede estar quemado. En tales circunstancias, ¿qué

habría que hacer?

Deberíamos dejar la puerta abierta para continuar nuestra actual política, con la esperanza de que la investigación en Berlín puede estar limitada a los delitos personales de Artista y dejar limpio a Triciclo. Con buena suerte deberíamos obtener información a través de las fuentes secretas que nos diga cómo avanza la investigación. Puede que Triciclo sea confirmado en su posición de confianza y que podamos hacerle funcionar como antes. El caso de

los otros agentes es más difícil. Claramente no deben modificar su estilo de ninguna manera, pero ¿deberían seguir, o no, implementando Fortaleza? El peligro de que lo hagan es que si todos o la mayoría son quemados como resultado de las revelaciones de Artista, sus informaciones se «leerán al revés» y se interpretarán en consecuencia. [1413]

Masterman expuso las opciones:

1. De momento deben seguir

operando sin cambios, aunque deben evitarse las indicaciones específicas del falso objetivo.

2. Intentar, mediante diversos mensajes, crear confusión en la cabeza del enemigo, aunque tengamos que abandonar la esperanza de transmitir una tapadera completa al enemigo.

3. Si llegamos a la conclusión de que prácticamente todos los agentes están quemados, de hecho podríamos tomar la medida extrema de abandonar todos los esfuerzos de engaño y negar cualquier

información al enemigo cancelando las actividades de todos los agentes.

Cerrar el sistema de la Doble Cruz anularía más de cuatro años de trabajo duro y riesgo extremo, pero dejaría al enemigo «desprovisto de toda información procedente de agentes en el momento en el que más la necesita y tendría que preparase a oscuras para hacer frente a cualquier eventualidad». [1414] La recomendación de Masterman era continuar el engaño pero «si, y solo sí, es seguro que Triciclo y Garbo están quemados, entonces cancelaremos las

actividades de *todos* los agentes poco antes del Día D». [1415]

Dentro de la B1A, la detención de Jebsen desató una encendida discusión, la peor hasta el momento. Tommy Harris estaba especialmente enfurecido. Había advertido de que Jebsen era un incordio, y ahora la delicada estructura del engaño que había creado con Juan Pujol podía romperse en mil pedazos. «La confianza que se ha depositado en Artista durante los últimos meses no le hacía albergar ninguna duda respecto a que la red de Kühlenthal en este país está controlada por nosotros. Los acontecimientos del caso Artista habían,

como mínimo, puesto en peligro el canal de Garbo para transmitir engaños operativos». [1416] Harris no pensaba que las Fuentes Más Secretas proporcionarían suficientes advertencias del desastre. A fin de cuentas, las interceptaciones no habían alertado al MI5 antes de que Jebsen fuera secuestrado —«la misma noche en que nuestra confianza en él estaba en la cima»—. [1417] Garbo podía ser descubierto «sin que recibamos ninguna advertencia por las Fuentes Más Secretas de que haya sido denunciado por Artista». [1418] Habría que cerrar la red Triciclo, dijo Harris, de manera

inmediata y permanente. Fue Guy Liddell el que señaló que eso significaría la sentencia de muerte de Jebsen, puesto que demostraría a sus captores que tanto él como Popov habían estado conchabados con los británicos: «Retirar a Triciclo acabaría con Artista», [1419] observó.

Si se desenmascaraba a los agentes dobles, ¿serían capaces los alemanes de «deducir la tapadera y el plan real a partir de las transmisiones anteriores»? [1420] ¿Podrían sacar los alemanes, en menos de un mes, la sustancia de la Operación Fortaleza a partir de las toneladas de desinformaciones que

habían recibido? Masterman pensaba que sería necesario un «estudio prolongado y exhaustivo [para] sacar de la mentira verdad», [1421] pero Harris discrepaba: «Sostengo que el enemigo podría, en veinticuatro horas, analizar todo el tráfico de información de la B1A de los [últimos] dos meses y que sería capaz de llegar a la conclusión de que la tapadera de amenaza es contra el paso de Calais, y queremos que el enemigo crea que el ataque será doble. Tal descubrimiento por parte del enemigo sería catastrófico». [1422]

En manos de los interrogadores de la Gestapo, Jebsen podría revelar el

verdadero estado de la cuestión y, de ese modo, poner en peligro toda la red de agentes controlados en este país. A partir de ahora los alemanes pueden, en cualquier momento, darse cuenta de que todos sus espías en Inglaterra están bajo el control aliado. Entonces llegarían a la conclusión de que los mensajes que han estado recibiendo eran lo contrario de la verdad. Solo puede haber dos objetivos razonables para el ataque a través del canal de la Mancha, a saber el paso de Calais y Normandía. Si los alemanes percibían que estábamos tratando de hacerles pensar que llegaríamos al paso de Calais, de este modo se revelaría

automáticamente nuestro objetivo verdadero. [1423]

A medida que se enconaba la disputa, Tar Robertson se vio atacado por el MI6. Charles de Salis no solo había perdido un valioso agente, sino también a un amigo. Al oficial del MI6 solo le habían ordenado que advirtiera a Jebsen de que Brandes no era un informante fiable; no le habían dicho que Brandes estaba informando sobre Jebsen y que había advertido a Berlín de que estaba a punto de huir. Cuando De Salis descubrió que le habían dado una versión amañada de los hechos, estalló en cólera, y acusó al MI5 de arrojar a

Jebsen a los lobos.

«¿Por qué *engañarme*? La manera obvia de comunicar esto a Artista era atribuirle la información a alguna de las 23.700 fuentes [una referencia a los informantes del MI6]». [1424] «El respeto [de Jebsen] por los 23.700 infiltrados en los servicios secretos alemanes era profundo», [1425] argumentó De Salis, y si se le hubiera dicho que las advertencias procedían de un espía británico, «realmente hubiera estado en guardia, y sin duda hubiera sospechado lo suficiente como para no caer en la trampa alemana». [1426] De Salis acusó al MI5 de proporcionarle información

engañosa, de la que el grave peligro para Jebsen era «el ejemplo más flagrante y trágico». [1427] Si le hubieran permitido avisar a Jebsen adecuadamente, clamaba De Salis, entonces el secuestro se hubiera podido frustrar. «Si no se puede confiar en que interprete una pequeña comedia tan simple como esta, no debería estar aquí para nada». [1428]

Tar luchó para defenderse.

Nadie puede estar más preocupado que yo sobre las cuestiones de Artista, pero no se podía realizar una advertencia directa a él. No teníamos indicios de que hubiera ningún peligro

inminente de un intento de secuestro. Se estudió con el mayor de los cuidados si debíamos informar a Artista de que Brandes estaba informando sobre él, y los numerosos oficiales de aquí aceptaron que no debíamos hacer correr el riesgo con la fuente [las Fuentes Más Secretas] que estaría implicada en avisar a Artista. Todo lo que podíamos hacer era advertir a Artista para que no confiara en Brandes. Por sugerencia mía la advertencia se basó en la sospecha que teníamos sobre la exactitud de los informes de Brandes. No supimos de Operación Dora hasta después de que tuvo lugar. Había habido un mensaje el

día anterior, que no mencionaba a Artista por su nombre y que, si en ese momento hubiéramos sabido lo suficiente como para vincularlo con Artista, nos hubiera indicado que estaba en algún tipo de peligro. Pero dada la fuente, no podíamos arriesgarnos a hacerle una advertencia adicional. Como es natural he pensado mucho en este asunto y estoy satisfecho en el sentido de que llegamos hasta donde podíamos para proteger a Artista. [1429]

Tar fanfarroneaba. Sus disculpas eran débiles y él era muy consciente de ello. Sabía que había un mundo entre la sugerencia de que Brandes no era de fiar

y una advertencia sobre que estaba traicionando a Jebsen de manera activa. Era consciente de que una advertencia, cuidadosamente formulada, no necesariamente habría alertado a Jebsen sobre la Fuentes Más Secretas. Sabía que él y su equipo, paranoicos en proteger el secreto más valioso de los Aliados, no se habían dado cuenta del peligro mortal para Jebsen, y en consecuencia estaba en la cárcel, probablemente siendo torturado y tal vez muerto. Tar era un hombre bueno y honorable, y en el fondo de su corazón debía saber que Jebsen había confiado completamente en los británicos y ellos

le habían decepcionado. Este fue el peor momento de su guerra; quizá el peor momento de su vida.

El temor latía en el edificio de St James Street n.º 58. «Anthony Blunt me dijo que Tommy Harris estaba sumamente preocupado por la situación de Artista», escribió Liddell. «Toda la situación es muy preocupante. A Triciclo le han dicho que las cosas no están bien con la situación de Artista. Obviamente esta noticia ha provocado gran preocupación por parte de Triciclo y, evidentemente, han mostrado que es posible que Artista haya sido secuestrado». [1430] El MI5 no podía

revelar las pruebas de su rapto por parte de las Fuentes Más Secretas, pero Popov pronto se dio cuenta por sí mismo que su amigo, «mediante engaño, o por la fuerza, había sido llevado a Alemania». [1431] A otro desertor de la Abwehr, Hans Ruser, que conocía bien a Jebsen, le preguntaron si su antiguo colega sería capaz de resistir un interrogatorio. «Jebsen era una mina de información y siempre había hablado demasiado», dijo. «Bajo la presión del tercer grado les dirá todo a los alemanes». [1432]

Cuando estalló la crisis a Winston Churchill le tuvieron si no exactamente

en la oscuridad total, sin duda sí en la sombra. El informe de Blunt era un obra maestra de los eufemismos deliberados:

> Se ha producido un acontecimiento desafortunado en el caso de Triciclo, cuyo verdadero sentido y consecuencias todavía no se han establecido. Sabemos por las Fuentes Más Secretas que Artista, su jefe de espías, fue atraído con engaños y con gran secreto a Francia y después enviado a Berlín. Las razones de este acto de momento son

> oscuras, pero es cierto que el caso Triciclo está atravesando una fase muy crítica y debe ser manejado con el mayor cuidado a la vista de Overlord. [1433]

«Desafortunado», «muy preocupante», «muy crítica»: eran delicados eufemismos británicos para lo que un funcionario describió como «rozando el pánico». [1434] El MI5 estaba preocupado porque Churchill pudiera «enfurecerse» si sabía demasiado sobre cuestiones de espionaje. Solo se puede imaginar lo enfurecido que se hubiera puesto si se

hubiera enterado no solo de que el sistema de la Doble Cruz estaba en peligro de ser descubierto, sino que la propia invasión estaba amenazada.

Popov ya había enviado a los alemanes un copioso material falso relacionado con Fortaleza. Pero ¿podría continuar haciéndolo, teniendo en cuenta que Jebsen podía desenmascararlo en cualquier momento? Si de pronto dejaba de enviar información o modificaba la idea central del engaño, los alemanes sospecharían. Una opción era desactivarlo pero, como señaló Liddell, esto «sin duda colocaría de modo definitivo a Artista en una situación

peligrosa y pondría gravemente en peligro al hermano de Triciclo». [1435] Por pura buena suerte se presentó una oportunidad para suspender la red Triciclo sin poner más en peligro a Jebsen. A principios de mayo se interceptó un mensaje que revelaba que la inteligencia alemana sabía que Frano de Bona, agente Monstruo, era sospechoso, a ojos de algunos de sus colegas yugoslavos, de espiar para Alemania. Si De Bona era sospechoso, era natural que fuera detenido para ser interrogado. «Esto nos da una posibilidad de cerrar el transmisor de Triciclo, de todas formas de manera

temporal», escribió Liddell. «Si vemos por el flujo de transmisiones que Artista vuelve a estar en una buena posición podemos volver a estar en el aire». [1436] El 18 de mayo, De Bona envió un mensaje a Lisboa que decía que dejaría de emitir, que fue seguido de una carta de Popov, con tinta invisible, informando de que «puesto que había ciertas investigaciones en marcha contra Monstruo había ocultado temporalmente el radiotransmisor». [1437]

Los otros agentes dobles siguen llevando Operación Fortaleza a su culminación. En lo sucesivo Bruto, Garbo, Bronx y Tesoro solo darían

indicaciones de que el paso de Calais era el objetivo, pero sin afirmarlo como un hecho incontrovertible por si acaso Jebsen revelaba el engaño. Cuando las tropas hubieran desembarcado los espías señalarían específicamente a Calais como el objetivo de un segundo, y mayor, ataque por parte del ficticio FUSAG: «Después del Día D podemos ir completamente a muerte». [1438] Al mismo tiempo, las Fuentes Más Secretas serían diseccionadas a diario en busca de cualquier indicio de que Jebsen hubiera confesado, ya fuera de manera voluntaria o bajo coacción. Si quedaba claro que lo había dicho todo, la B1A

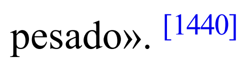
cerraría la Doble Cruz, y confiaría en que los alemanes no tuvieran tiempo para descubrir la Operación Fortaleza. La carrera había empezado: poner en práctica cuantos más engaños posibles antes del Día D, y rezar para que Jebsen no se rompiera demasiado pronto.

El engaño —y quizá el éxito o el fracaso de la propia invasión— dependía ahora de la fortaleza de Johnny Jebsen, un espía extraño y deshonesto, con costumbres insanas, que podía, incluso ahora, estar languideciendo en una celda de tortura nazi.

Masterman era pesimista: «Había que suponer que, sometido a

interrogatorio, gran parte, si no toda, la historia de sus actividades saldría a la luz, y en ese caso muchos de nuestros mejores casos estaban condenados. Todo el engaño a través de la Doble Cruz estaba en peligro». [1439] Cada hora contaba. Cuanto más aguantase Jebsen menos tiempo tendrían los alemanes para descubrir el engaño.

Todos los miembros del equipo de la Doble Cruz sabían que Jebsen estaba en Berlín. «No sabemos cuándo comenzará el interrogatorio de Artista», señaló Wilson con abatimiento. «Espero que la RAF haya convertido el viaje en tren de Biarritz a Berlín en un trayecto largo y


pesado». [1440]

22
Huésped de la Gestapo

Los traidores necesitaban meterse en la cabeza de Hitler, y a sus efectos, el acceso más directo a la mente del *Führer* era a través del teniente coronel Alexis von Roenne, el jefe de la Fremde Heere West, o FHW, la rama de inteligencia del alto mando del ejército alemán. La FHW reunía la información de todas las ramas de la inteligencia alemana —reconocimiento aéreo, interceptaciones de radio, interrogatorios a prisioneros de guerra,

documentos capturados e informes de espías— y trataban de darle sentido. Cada carta de Bronx, cada transmisión de Tesoro y Bruto, cada informe de Triciclo, acababa, al final, en manos de este experto de inteligencia «erudito, imaginativo, sensato», [1441] cuya tarea monumental era explicar, en términos militares, para qué servía todo ello.

Cada día, la rama de inteligencia de Roenne, un hormiguero secreto dentro de un búnker de hormigón en Zossen, al sur de Berlín, producía un informe sobre la situación de tres páginas, con una actualización de la actividad militar enemiga. La unidad de inteligencia

también recopilaba una imagen detallada del orden de batalla cada quince días, y de vez en cuando previsiones de largo alcance sobre las intenciones aliadas. Estos se distribuían a las agencias de inteligencia relevantes, el alto mando y los comandantes sobre el terreno: en el caso de Francia, el mariscal Gerd von Rundstedt, comandante supremo de los ejércitos alemanes en el Oeste. Von Roenne, un aristócrata de modales refinados, creencias piadosas y una inteligente y sinuosa mente, era ayudado por el jefe de la sección inglesa, el comandante Roger Michael, que no podría haber sido más diferente que su

jefe. Medio inglés y medio alemán, Michael era un hombre calvo, campechano, falsamente cordial, que bebía demasiado y había jugado al rugby por Alemania. Tenía una «predisposición jovial, fácil y alegre», pero «una comprensión rápida de lo esencial». [1442] También se le atribuía una comprensión de la mentalidad británica, ya que había pasado gran parte de su juventud en Gran Bretaña. Era el homólogo de Gisela Ashley.

Hitler tenía un fe total en Von Roenne. Como lo expresaba Anton Staubwasser, jefe de inteligencia de Rommel, «las opiniones de Hitler y el

OKW sobre la invasión se basaban fundamentalmente en la información que proporcionaba el FHW y no se desviaba de las ideas de ese departamento en lo esencial». [1443] Si Von Roenne y sus analistas podían ser engañados y hacerles creer que había otro ejército, mucho mayor que la fuerza real del Día D, que se estaba congregando en la costa británica, entonces el propio Hitler probablemente caería en el engaño. Lo que Hitler no sabía, y nunca llegaría a saber, es que Alexis von Roenne y Roger Michael estaban llevando a cabo su propia operación de engaño.

A partir de 1943, Von Roenne

sobrestimaba el poderío de las fuerzas aliadas en Gran Bretaña de manera sistemática, masiva y bastante deliberada. Cuando una unidad armada enemiga era identificada y registrada por los analistas, ya nunca se quitaba de lo que Von Roenne llamaba el *Feinbild*, su panorama del enemigo. Más aún, en primavera de 1944 estaba adornando a propósito ese panorama. En enero de 1944 Michael le dijo a Von Roenne que las estimaciones de tropas que mandaban al alto mando estaban siendo reducidas deliberadamente por el SD (que aprovechaba cualquier oportunidad de socavar a los expertos en inteligencia

militar) antes de pasárselas a Hitler. Michael consideraba que las cifras estaban siendo reducidas a la mitad. Así que hizo una sugerencia que era lógica, temeraria y sumamente peligrosa. ¿Por qué no multiplicar por dos las cifras? De ese modo se conseguiría algo parecido a la cifra correcta. Al menos así es como racionalizó el plan ante Von Roenne, que lo aceptó, sabiendo que inflar esos números vitales le podía costar la vida. Cualquier avistamiento individual de una unidad aliada se apuntaba como genuino, sin importar lo débil de las pruebas; si se descubría solo una parte de una unidad, se daba

por supuesto que toda la fuerza estaba presente en ese lugar, aunque otras partes de la misma fueran vistas en otro sitio. Cualquier anomalía era descartada sin hacer ruido. Al principio de manera gradual, y luego cada vez más rápido, la brecha numérica entre las fuerzas que realmente estaban listas para invadir Francia y las estadísticas que se entregaban a Hitler crecía. A principios de 1944 el FHW estimaba que había cincuenta y cinco divisiones en Gran Bretaña, cuando en realidad solo había treinta y siete. A mediados de mayo Von Roenne calculó que había sesenta y siete divisiones enemigas. Y para el Día D

había magnificado las cuarenta y cuatro divisiones que había en Gran Bretaña hasta la notable cifra de ochenta y nueve, hombres listos para el combate más que suficientes como para lanzar ataques de diversión en Normandía y Noruega, y un ataque principal en el paso de Calais.

El motivo exacto por el que Von Roenne exageraba el orden de batalla aliado de forma tan extravagante sigue siendo motivo de debate y conjeturas. Puede que simplemente estuviese cubriéndose las espaldas, sabedor de que si subestimaba la potencia del enemigo tendría problemas serios.

Quizá, como muchos proveedores de estadísticas oficiales, amoldaba sus números para que encajaran con lo que su público quería oír. Quizá su acto de rebeldía era solo otra escaramuza en las amargas batallas internas de la inteligencia militar alemana.

Lo que sí es seguro es que Von Roenne se oponía implacablemente al régimen nazi, y conspiraba activamente para derrocar a Hitler, al que detestaba. Ya había jugado un papel importante en Operación Carne Picada en 1943, al dar su firme aprobación a documentos de los que tenía todos los motivos para desconfiar. Algunos historiadores creen

que Von Roenne estaba saboteando el esfuerzo de guerra alemán desde dentro. Sus motivos precisos puede que nunca se lleguen a conocer, ya que, cuando Hitler descubrió la deslealtad de Von Roenne, hizo que le mataran. Los motivos de Roger Michael acaso eran más sencillos. Después de la guerra, y a diferencia de la mayoría de los oficiales del estado mayor general alemán, a Michael lo liberaron pronto. Se dijo que le habían visto en Hidelberg, llevando un uniforme del ejército estadounidense, y que afirmaba pertenecer al Cuerpo de Contrainteligencia de Estados Unidos. Después se desvaneció, es de suponer

que desertó a la Unión Soviética. Nunca le volvieron a ver. El comandante Michael, alegre, jugador de rugby, medio inglés, podía haber sido espía, de Gran Bretaña, de Estados Unidos o de los soviéticos, y tal vez de los tres.

Pieza a pieza, los agentes dobles pusieron el rompecabezas en manos del FHW, donde fueron encajadas en las proyecciones cada vez mayores de Von Roenne. Czerniawski informó sobre la 4.ª División Blindada de Estados Unidos en Bury St Emunds; uno de los arios galeses de Garbo vio a la 6.ª División Blindada en Ipswich, mientras que otro localizó a la 28.ª División de Infantería

en Kent. El propio Pujol informó de la concentración de tropas de la 83.ª División de Infantería en un aparcamiento de Dover. Lily envió un mensaje de radio confirmando que el Primer Ejército de Estados Unidos estaba bajo las órdenes de Montgomery, para reforzar la idea de que las tropas estadounidenses podían servir bajo el mando británico, y viceversa. Bronx era más imprecisa, pero la mera despreocupación con que transmitía la información le daba mayor fuerza: «A Newmarket para las carreras. La esperada invasión ha provocado la unidad política. Muchas tropas de

Estados Unidos en East Anglia». [1444] El 18 de mayo, tal y como se había planeado, Czerniawski dijo a sus controladores que se había unido a la propia FUSAG. A partir de entonces podría transmitir el falso orden de batalla desde dentro del falso ejército. La pérdida de la red de Triciclo, escribió Masterman, significaba que «Bruto debía soportar una carga más pesada». [1445] La soportó con facilidad.

Pujol le dijo a Kühlenthal que había conseguido un trabajo en el Ministerio de Información, y que ahora tenía acceso a documentos de propaganda dirigidos a «ocultar los hechos para engañarnos»,

[1446] y que ofrecerían un nuevo entendimiento de las intenciones reales de los Aliados. Wulf Schmidt, agente Tate, era el agente doble que llevaba más tiempo en activo, pero la B1A tenía dudas sobre si utilizarlo, en gran medida porque sus controladores se comunicaban con Berlín por teléfono y por tanto no había manera de comprobar su situación mediante las Fuentes Más Secretas. Incluso así, se decidió trasladarlo, en la mente de los alemanes, desde una granja en Hertfordshire a otra en Kent, desde donde podría observar el despliegue del ficticio FUSAG de primera mano. «He encontrado un

alojamiento de primera categoría con una pareja anciana en Wye», le dijo a su controlador. «Por lo que puedo ver, es ideal para cuestiones de transmisión por radio». [1447]

Von Roenne estaba demasiado ocupado dándole más peso a su de por sí inflado orden de batalla como para preguntarse por qué tres agentes clave se habían mudado, de pronto y casi simultáneamente, a lugares desde donde tenían acceso a información de máximo nivel. Quizá es que, a través de su monóculo, hizo la vista gorda. En el cuartel general de la Fuerza Expedicionaria, Fleetwood-Hesketh y

Harmer trasladaron sus falsas unidades a donde querían que estuviesen en las mentes alemanas; los agentes se lo transmitieron, poco a poco, a los alemanes; y Von Roenne y Michael ensamblaron el mapa y se lo pasaron, a través de la cadena de mando, a Hitler.

Los alfileres en el tablero de la oficina de inteligencia, en Zossen, se estaban amontonando en los lugares correctos, pero el MI5 seguía ansiosamente consciente de que si Jebsen se derrumbaba y se descubría la existencia de la Doble Cruz, las proyecciones de Von Roenne, construidas a partir de los informes de

los espías, mostrarían exactamente dónde *no* se estaban concentrando los ejércitos aliados. Guy Liddell estaba seguro de que cuando la Gestapo comenzara a trabajar con Jebsen, acabaría hundiéndose «bajo coacción». [1448]

Ian Wilson escudriñaba las interceptaciones con terror. Si los amigos y colegas de Jebsen eran reunidos, si sus compañeros de la Abwehr eran interrogados, si el hermano de Popov era arrestado, entonces quedaría claro que el juego había acabado. En el momento en que Jebsen revelara que todos los agentes dobles

formaban parte de una gran farsa, la prueba estallaría como un relámpago hasta las Fuentes Más Secretas. La incompetencia era un crimen bajo el dominio de Hitler, y se era culpable por asociación: Kühlenthal, Kliemann, Reile, Bleil y Von Karsthoff se verían en la situación de explicar cómo les habían engañado durante tanto tiempo. A todos los que conocía Jebsen se les consideraría sospechosos, y probablemente serían arrestados: mujer, amantes, amigos e incluso Mabel Harbottle. El castigo sangriento comenzaría de inmediato, y se reflejaría en las interceptaciones. He aquí un

magro consuelo: si la Doble Cruz era descubierta, al menos lo sabrían.

Al principio las Fuentes Más Secretas estaban mudas, excepto por algunas preguntas perplejas de oficiales alemanes en Lisboa que no estaban al tanto de la Operación Dora, y que se preguntaban dónde se había ido Jebsen. Pero al cabo de una semana del secuestro quedó claro que el interrogatorio debía estar teniendo lugar, ya que se interceptó una oleada de mensajes relacionados con las actividades financieras de Jebsen. Berlín pidió a Madrid que «informara sobre si 2,7 millones de francos

marroquíes que supuestamente Johnny ha remitido a Tánger en realidad han sido recibidos». [1449] A esto siguió un mensaje aún más críptico de Schreiber a Berlín: «Dinero francés de Dora puede ser recibido en su totalidad a través de amigos de Dora aquí. Además, también podemos contar con recibir pronto a través de amigos de Dora el material original sobre Dora que pidió su amigo gordo». [1450] Dora se refería al secuestro, y «su amigo gordo» probablemente era Hans Brandes; pero lo único que se podía deducir con cierta seguridad es que se estaban investigando las finanzas de Jebsen, y que había en

juego grandes sumas de dinero. Berlín también trataba de seguir la pista al dinero que le habían dado a Jebsen para Popov.

Después de dos semanas, Ian Wilson informó de que seguía «sin haber pruebas que demostraran de manera concluyente el efecto que había producido el regreso de Artista a Alemania». [1451] De manera esperanzadora aún no se había producido una redada de contactos de Jebsen. La oficina de control de Monstruo en Alemania seguía mandando mensajes según la frecuencia acordada; si los alemanes estuvieran tratando de

contactar con Popov entonces debían seguir confiando en él, lo que indicaría que Jebsen no había traicionado a la red. A menos que, por supuesto, eso fuera precisamente lo que los alemanes querían que pensaran los británicos. Wilson se permitió un rayo de esperanza. Las referencias en las Fuentes Más Secretas, escribió, «concuerdan con la teoría de que Artista ha sido llevado a Alemania para poder comprobar sus transacciones financieras y por miedo a que en un futuro pueda pasarse a los Aliados. Si ha confesado, cabría esperar que alguno de los oficiales de la Abwehr relacionados

estrechamente con Artista y Triciclo hubieran dejado de realizar sus funciones normales» [1452]… como respirar.

Wilson comenzó a preguntarse si, por algún milagro, todavía se podía rescatar a Jebsen. Hans Brandes le había traicionado; quizá ahora se le pudiera sobornar, embaucar, intimidar o chantajear para salvarle, o al menos que informara qué le había pasado. ¿Podía ser el momento de reavivar la idea de Kim Philby de captar a ese hombre horrible para la inteligencia británica?

Si se podía convencer a Brandes para que jugara con nosotros, además de

informarnos sobre la situación de Artista, podría proporcionarnos mucha información sobre qué estaba ocurriendo en los círculos más altos de la Abwehr, y especialmente sobre la lucha política que parece haber provocado que la Abwehr caiga bajo el control de Himmler. No considero que Brandes sea fiable en lo más mínimo. Hay muchas pruebas de que carece de principios [pero] si se le hace la propuesta de que se reasegurará con los británicos, puede que la acepte. Si informa de nuestra aproximación a los alemanes, lo sabremos por las Fuentes Más Seguras.

John Masterman rechazó de plano

esta idea. Brandes era una serpiente, y si le decía a Berlín que la inteligencia británica estaba husmeando, reforzaría las sospechas de que Jebsen era un espía británico y le hundiría aún más. «No estoy de acuerdo con la propuesta de abordar a Brandes», [1453] escribió en el memorándum de Wilson, subrayando la palabra «no» tres veces. Pero Wilson no iba a perder la esperanza con Jebsen. «Tengo un fuerte sentido de la responsabilidad en este asunto», [1454] escribió. A Wilson le gustaba Jebsen y confiaba en él; le había animado a que se comprometiera con su misión, y le había perdido. Iba a convertir en su

propia misión el encontrarle.

Popov esperaba noticias con ansiedad. Frano de Bona, que ya no transmitía a Alemania, tampoco tenía nada que hacer. Se distraían a la manera habitual. Cuando el MI5 descubrió que las mujeres del Servicio Territorial Auxiliar estaban «siendo llevadas a la Clock House con intenciones inmorales y que podían estar en juego intereses de seguridad», [1455] Wilson les dijo con dureza que «dejaran de llamar la atención sobre ellos mismos de esa manera». [1456] Incapaz de desempeñar un papel activo en el engaño, Popov bombardeó de cartas a Churchill

ofreciéndose a interceder en Yugoslavia entre las fuerzas de Mihailovic y los comunistas de Tito. Le dijeron que aunque Churchill «tenía un interés paternal por su bienestar», [1457] no quería mezclarse en política. Debía quedarse tranquilo, permanecer quieto y estar dispuesto en caso de que hubiera noticias de Jebsen. «No es el momento de acciones precipitadas o violentas… De momento el único rumbo era no actuar y esperar resultados». [1458]

El 19 de mayo, Bletchley Park descifró un mensaje personal de Georg Hansen a Aloys Schreiber en Lisboa: «Quiero expresarte mi especial

reconocimiento y darte las gracias por llevar a cabo la Operación Dora». [1459] Schreiber contestó que «le llegaría por vía aérea un informe escrito sobre cuestiones relacionadas con Dora». [1460]

Entonces, precisamente dos semanas antes del Día D, las referencias a «Johnny», «Dora» y todo el dinero desaparecido cesaron de forma abrupta. Ian Wilson se preguntaba si el repentino silencio era de mal agüero: «Me parece que no es improbable que le hayan pegado un tiro a Artista, o quizá se suicidara poco después de su detención». [1461] Sin embargo trataba de

ver el lado positivo: «Sigue sin haber indicios de que Artista haya confesado».[1462]

El rayo de esperanza de Wilson se hubiera desvanecido rápidamente si hubiera sabido dónde estaba Jebsen en esos momentos.

Jebsen y Moldenhauer habían llegado a Berlín en tren, custodiados, el 1 de mayo. Desde allí les habían llevado a la prisión militar de Wünsdorf, cerca de Zossen, y encerrados en celdas separadas, mientras Georg Hansen hacía «preparativos para ser interrogados por expertos legales».[1463] Sin embargo, el SD ya se había enterado del secuestro

de Jebsen y pidió que Hansen pusiera «al prisionero a disposición de Kaltenbrunner lo antes posible». [1464] Una completa investigación sobre otro desertor potencial era exactamente lo que Hansen esperaba evitar. Rechazó entregar a los prisioneros, y ordenó a Kuebart que dijera al SD que «dado que Jebsen era un soldado consideraba el asunto de exclusiva jurisdicción de la Abwehr». [1465]

Durante varios días, Kuebart «hizo todo lo que pudo para poner dificultades a la hora de que Jebsen fuera entregado». [1466] La disputa incluso llegó a la mesa del mariscal Wilhelm

Keitel, jefe del OKW. Finalmente llegó un «ultimátum brusco» [1467] del *Obergruppenführer* de las SS Heinrich Müller, exigiendo que Jebsen fuese entregado a la Gestapo de inmediato. De entre los aduladores asesinos que rodeaban a Hitler, Müller destacaba por su brutalidad: jefe de la policía secreta del estado, era el principal arquitecto de «la solución final», dirigía los escuadrones de la muerte de las SS que seguían al ejército alemán en la Unión Soviética, y personalmente le presentó pruebas a Himmler de los vínculos de Canaris con la resistencia antinazi. Odiaba a cualquiera que tuviera una

educación —«Realmente habría que llevar a todos los intelectuales a una mina de carbón y volarla», [1468]declaró en una ocasión— y no era un hombre que aceptara otra cosa que un sí por respuesta. La exigencia de entregar a Jebsen ya había «producido mucha hostilidad en la Abwehr», [1469] según Kuebart, pero no tenía ningún sentido discutir con «Gestapo» Müller. Jebsen fue puesto bajo custodia policial por un tal *Sturmbannführer* Schmitz, un ayudante de Schellenberg, que acusó a Jebsen de «haber traicionado el trabajo de las SS en la Abwehr», [1470] y le encerró en una celda de la tristemente

célebre cárcel de la Gestapo en la calle Príncipe Albrecth en espera de ser interrogado.

Con frecuencia Jebsen había insinuado a sus controladores británicos que estaba involucrado en negocios turbios con altos funcionarios. En efecto, había dicho a Marie von Gronau que tenía «tanta información sobre el SD que no se atreverían a investigarle». Pero parece que sus componendas financieras fueron mucho más allá que el timo de la falsificación que le había puesto por primera vez en el punto de mira de la Gestapo. Jebsen había estado utilizando la valija diplomática para pasar dinero

de un país ocupado a otro, y estuvo «implicado en manipulación a gran escala de divisas y oro» [1471] con la connivencia de funcionarios de alto rango, que se llevaban una tajada de los beneficios pero que, desde entonces, «habían tenido dificultades porque quedó claro que tenían más dinero del que podían justificar por sus ingresos aparentes». [1472] Además, algunos SS de alta graduación y figuras de la Gestapo habían utilizado a Jebsen como banquero no oficial: «Ciertas cantidades considerables de dinero [han] sido entregadas a Jebsen, el cual las ha depositado de tal modo que sean

inaccesibles». [1473] También había regresado al negocio de las falsificaciones: «Algunos miembros de las SS habían fabricado divisas extranjeras y él las había cambiado por oro. Ahora era sospechoso de haber sacado excesivo beneficio para él mismo y las SS querían eliminarlo por saber demasiado». [1474] Y para colmo fue acusado de «utilizar indebidamente dinero del SD en su propio beneficio». [1475] Jebsen era audaz en sus corruptelas financieras: se las había arreglado para timar a los tres elementos más brutales del Tercer Reich: la Gestapo, las SS y el SD, y todos estaban decididos a

culparle.

El MI5 tenía razón al pensar que a Jebsen le estaban investigando por sus negocios financieros, pero se equivocaba al suponer que esta era la única, o incluso la principal, razón por la que había sido secuestrado. Müller no tenía ninguna duda de que Jebsen era un espía británico. Schellenberg confirmó en una entrevista en la posguerra que Jebsen había sido «acusado de trabajar para Gran Bretaña». [1476] Según Eduard Waetjen, un oficial de la Abwehr relacionado con la inteligencia estadounidense, Jebsen había estado avisando a miembros de la resistencia

antinazi cuando estaban a punto de ser arrestados. «Gracias a sus buenos contactos ayudó a mucha gente que tenía dificultades con las organizaciones nazis», testificó Waetjen. «Gracias a sus avisos mucha gente se salvó». [1477] El testimonio de posguerra de Kuebart también confirma que Jebsen era sospechoso de conspirar con los británicos y que planeaba desertar. El alcance de esta culpabilidad todavía era indeterminado, pero Müller y sus matones pretendían averiguarlo.

Los dos oficiales a cargo del caso de Jebsen eran el *Standartenführer* Eugen Steimle, y el *Obergeheimrat*

Quitting. Se pusieron a trabajar en el caso Jebsen de inmediato.

La prisión de la Gestapo en la calle Príncipe Albrecht n.º 8, un antiguo Museo de Artes Decorativas de estilo neoclásico, consistía en treinta y nueve celdas de aislamiento en el sótano y una celda común. La tortura se llevaba a cabo en habitaciones especialmente equipadas en los pisos superiores. El término *Verschärfte Vernehmung*, o «interrogatorio afilado», había sido acuñado por el propio Müller en 1937 para describir las técnicas de tortura utilizadas contra «comunistas, marxistas…, saboteadores, terroristas,

miembros de los movimientos de resistencia, personas asociales, polacos o soviéticos que rechazan trabajar». [1478] En 1944 la obtención de confesiones se había perfeccionado hasta convertirse en un arte despiadado. Los torturadores de la Gestapo de Müller eran maestros de los electrodos y las porras de caucho, el vicio genital, los hierros de soldar y la bañera congelada, en la que metían a los prisioneros casi hasta ahogarlos. A los miembros de la resistencia detenidos se les decía que trataran de resistir la tortura al menos veinticuatro horas; la Gestapo presumía de que en cuarenta y

ocho horas podían exprimir a cualquier hombre o mujer.

Los archivos de los interrogatorios de la Gestapo fueron destruidos antes del final de la guerra. La única prueba de lo que le ocurrió a Jebsen procede de un puñado de testigos, de entrevistas durante la posguerra y del testimonio de otros prisioneros. Karl Weigand, un oficial de la Abwehr en Madrid, fue convocado a Berlín para tratar del interrogatorio de Jebsen y regresó, según sus colegas, «en un estado de nervios muy grande y mencionó algo sobre lo desagradable de que te arranquen las uñas». [1479] Hjalmar

Schacht, que había sido el economista de confianza de Hitler, y que fue arrestado como sospechoso de actividades de resistencia, ocupó por poco tiempo la celda contigua a la de Jebsen. Según Popov, Schacht «alcanzó a ver brevemente a Johnny una de las veces que era devuelto a la celda después de un interrogatorio. Su camisa estaba empapada de sangre. Cuando los guardianes estaban a punto de encerrarle en la celda Johnny se volvió hacia ellos, altivo como de costumbre, y dijo: “Confío en que me den una camisa limpia”». [1480] Un antiguo colega de la Abwehr que visitó a Jebsen en la cárcel

(lo cual era un acto de valor) describió a Jebsen con el aspecto de «una típica víctima de campo de concentración». [1481] Jebsen nunca había sido una persona físicamente fuerte, con sus venas varicosas y sus toses de fumador, pero después de las «atenciones» de la Gestapo casi no se le reconocía. «Su carne y sus músculos se habían desvanecido, y su cabeza parecía enorme, encima de su cuello y hombros destrozados». [1482]

Normalmente la tortura acaba obteniendo la confesión. Pero no siempre actúa de inmediato, y no funciona con todo el mundo, a veces

extrae información errónea. «La violencia es tabú», escribió Robin «Ojo de lata» Stephens, que dirigió el centro de interrogatorios británico en Londres durante la guerra. «No solo produce respuestas para agradar, sino que hace descender el nivel de información». [1483] Una persona aterrorizada y dolorida a menudo dirá a sus torturadores lo que imagina que quieren oír, solo para detener la agonía, aunque sea un momento.

Johnny Jebsen sabía mucho de lo que Steimle y Quitting querían oír —para empezar, los detalles de sus diversas operaciones mercantiles—.

Simplemente con ofrecerles los nombres de los funcionarios implicados en sus manejos financieros hubiera proporcionado a Müller munición útil y quizá a él le hubiera dado un respiro. Podía haber confesado todo lo que había dicho al MI6 sobre el arma secreta de Hitler, los trabajos de la inteligencia alemana e incluso su sugerencia de que la mujer de P. G. Wodehouse sería una buena espía. La Gestapo, las SS y el SD hubieran estado más que interesados. Podría haber revelado que Popov era un agente doble, y que todos los espías alemanes en Gran Bretaña habían cambiado de bando o eran inventados,

admitiendo que los había identificado ante los británicos, y que seguían funcionando. Les hubiera podido contar lo suficiente como para desbaratar la inminente invasión y cambiar el curso de la guerra. Pero el 20 de mayo, a menos de tres semanas del Día D, no les había dicho nada en absoluto.

23
Bronx consigue pasta de dientes

A medida que el Día D se acercaba el MI5 le dijo a Winston Churchill que Jebsen parecía aguantar —«sigue sin haber indicios de que Artista haya confesado nada, o de que la Abwehr se haya dado cuenta de la verdadera situación», [1484] escribió Guy Liddell —. Como prueba adicional de que el engaño seguía según lo planeado, los alemanes continuaron colmando a los agentes dobles de elogios, ánimos e

incluso medallas. Cuando el agente Tate «transmitió su mensaje 1000», se informó al primer ministro, «aprovechó la oportunidad de hacer referencia a este hecho y expresó su leal devoción al *Führer*. Se ha recibido una respuesta cordial, y se espera que le siga el ascenso de Tate en la orden de la Cruz de Hierro, de la que ya tiene la primera y segunda clases». [1485]

Los oficiales de caso ahora competían por las condecoraciones alemanas. A Eddie Chapman, agente Zigzag, le habían concedido la Cruz de Hierro; el agente Tate podía tener hasta tres; Jebsen había prometido a Wilson su

Cruz del Mérito de Guerra. Hugh Astor creía que Bruto merecía una condecoración, y comenzó a presionar activamente para conseguir una medalla nazi. Sugirió que Chopin, el operador de radio ficticio de Bruto, mandara un mensaje a Oscar Reile recomendando que al «agente Hubert» le fuera concedida una medalla, ya que esto «recordaría a los alemanes que Bruto está corriendo muchos riesgos y trabaja con grandes dificultades solo por motivos ideológicos».[1486] Astor hizo un borrador del mensaje, en lo que esperaba que fuera el estilo de «un viejo no muy inteligente».[1487]

Coronel, por favor perdóneme por molestarle con un asunto personal… Hubert nunca me lo perdonaría si se llegara a enterar. Ha hecho grandes sacrificios personales y financieros en aras de nuestro trabajo. Frecuentemente trabaja hasta la madrugada, preparando largos informes. Me ha mencionado informalmente las osadas hazañas que ha llevado a cabo para conseguir información y estoy seguro de que su honor se sentiría más que satisfecho si usted pudiera recomendarle para alguna condecoración. [1488]

Las interceptaciones de radio mostraban que los alemanes pensaban

que los mensajes radiados de Lily Sergeyev «funcionaban perfectamente», [1489] y eran transmitidos, palabra por palabra, a los analistas de inteligencia de Zossen. Al comparar su mensaje original con la repetición codificada en la red de inteligencia alemana, los criptoanalistas de Bletchley Park podían descifrar el código del día casi de inmediato: «Los mensajes de Tesoro y Bruto son transmitidos sistemáticamente de manera tan literal a la red de radio alemana que, con ayuda de esta "chuleta", se ha producido un ahorro de tiempo y mano de obra muy considerable para descifrar las Fuentes

Más Secretas». [1490] Por primera vez se colaba una nota de orgullo entusiasmado en el informe para Churchill. Le dijeron que los agentes de la Doble Cruz «han adquirido, en un momento crítico, un valor que apenas se puede sobrestimar». [1491]

Pero justo cuando esta optimista afirmación era entregada a Churchill, un nuevo desastre se aproximaba en forma de un pequeño perro muerto.

El 17 de mayo, Mary Sherer se llevó a Lily Sergeyev a ver *Lo que el viento se llevó* al West End. Los riñones de Lily le dolían, y le estaba subiendo la fiebre. Se había convencido a sí misma,

una vez más, de que se estaba muriendo. Mary decidió que necesitaba un regalo. Ambas mujeres lloraron copiosamente durante la película, y salieron con los ojos enrojecidos y de buen ánimo. «Siempre lloro en el cine», [1492] dijo Mary. Se cogieron por el brazo mientras regresaban andando a casa. En su diario Lily escribió: «¡Mary llorando en el cine! Después de todo es humana esta Mary con la que he estado trabajando durante siete meses, tratando de descubrir alguna señal de que es un ser vivo y no un autómata». [1493]

Quizá fuera esta cordialidad recién descubierta, o quizá su premonición de

una muerte inminente la que provocó la revelación, o quizá, francamente, no le importaba un bledo. Pero a la mañana siguiente, mientras se preparaban para otro mensaje de radio, Lily se inclinó con un aire conspirativo y observó que si llegase a morir, Mary no debería intentar manejar el transmisor sin ella.

Mary se puso de pronto en alerta y le preguntó qué quería decir, exactamente, con esa observación. Lily, dándose cuenta de que había hablado demasiado, se puso a la defensiva y se hundió aún más profundamente.

«No pretendía advertirte; no me preocupa lo que le pase a tu gente. No

les debo nada. Confié en ellos. ¡Y ya sabes el resultado! Pero te lo acabo de decir. Estás avisada». [1494]

Con un arrebato de horror, Mary comprendió que no se trataba de una advertencia sino de una amenaza velada. Después de todo a Lily le debían haber dado una señal de control, de otro modo ¿por qué no utilizar el transmisor sin ella? En realidad, ya debía haber alertado a Kliemann de que estaba actuando como agente doble. Mary estaba consternada, y de pronto muy preocupada.

«—El desembarco está muy

próximo, y miles de vidas dependen de nuestra capacidad de engañar a los alemanes…

»—¿Por qué crees que te he contado todo esto?» —preguntó Lily.

Mary sabía la respuesta. «Querías mucho a Babs».

Pidió a Lily que le describiera la señal de control y que le revelara si la había utilizado. Lily se negó a decirle ninguna de las dos cosas.

«—Puedes repasar todas mis transmisiones con un genio de las matemáticas y no la

encontrará.

»—Te das cuenta de que debo advertir al coronel Robertson» [1495] —dijo Mary. Inmediatamente mandó un mensaje al jefe de la B1A que era breve, preciso y muy alarmante.

Sergeyev ha hecho una afirmación en el sentido de que cuando estuvo en Lisboa estableció una señal de control con Kliemann que no nos dijo cuando regresó. Pretendía, a su regreso, mantener la radio funcionando correctamente y después destrozar el

caso. Ha confesado que sus motivos eran una venganza por la muerte de su perro, de la que nos considera responsables. A su regreso de Lisboa cambió de parecer respecto a reventar el caso. Se ha negado a desvelar la señal. [1496]

Tar Robertson no estaba solo disgustado, sino profundamente furioso. Lily estaba chantajeándoles por la Operación Fortaleza a causa de un perro. Puede que ya hubiera alertado al enemigo, pero como se negaba a revelar la señal no había manera de comprobarlo. Los mensajes de felicitación de Kliemann debían de ser

un farol. Y si los alemanes se habían dado cuenta de que Lily estaba transmitiéndoles material falso, compararían la idea central de sus mensajes con la información de los otros agentes, localizarían las similitudes y se darían cuenta de la verdad. Robertson se enfrentaba a una elección terrible: si cerraba la radio de Tesoro y no había advertido a Kliemann de que la estaban controlando, suscitaría las sospechas de los alemanes de inmediato y privaría a Bletchley Park de su útil «chuleta» en un momento en que descifrar los códigos rápido era vital. Pero mantener abierto el canal de comunicación sería un juego

peligroso, ya que solo tenía la palabra de Lily (fuera lo que fuese que valiera en esos momentos) de que realmente había cambiado de opinión respecto a destrozar el engaño. Pero por muy inconstante que fuera, Tesoro estaba demasiado involucrada en el engaño como para sacarla en esos momentos. Mary escribió: «A pesar de la confesión de Sergeyev, debería seguir manejando la radio ella misma. Sea cual sea la naturaleza de sus comunicaciones, tendrá que ser alterada y cualquier elemento engañoso ahora debería quedar descartado». [1497]

Se preparó un plan de emergencia.

«No le vemos ningún sentido tener una confrontación con ella en estos momentos», [1498] escribió Liddell; el enfrentamiento llegaría más tarde. Se mantendría vigilada a Lily. Sus transmisiones pasadas y futuras serían controladas de cerca en busca de cualquier prueba de la señal de control. Pincharían su teléfono. Un técnico de radio estaría a su lado, listo para asumir el control e imitar su «mano» al primer signo de que había alertado a Kliemann. Y después, tan pronto como hubiera pasado el Día D, Lily sería amonestada, despedida y muy probablemente detenida. Había engañado a sus oficiales

de caso, conspirado con el enemigo, y quizá avisado a Kliemann, poniendo en riesgo innumerables vidas por resentimiento personal y como represalia por el asesinato de un perro que podía, o no, haber tenido lugar.

El equipo de la Doble Cruz, tan confiado en su informe a Churchill, cayó en un estado de turbia inseguridad. Por encima de la incertidumbre permanente sobre el destino de Jebsen, ahora se producía el miedo lacerante de que Lily pudiera estar mintiendo, y Kliemann —el lento e inepto Kliemann— les podía estar tomando el pelo. Dado que Lily seguía manejando su propia radio,

todavía podía desbaratar la operación. «Tesoro está en situación de descubrir su caso ante los alemanes en el momento que quiera», escribió Liddell. «Es una persona muy temperamental. Aunque su afirmación pueda no ser cierta, demuestra que no es de fiar». [1499] La red Triciclo ya había sido cerrada como forma de engaño, y ahora Tesoro también había salido de la ecuación. Solo quedaban Garbo, Bruto y Bronx.

El 27 de mayo de 1944, Antonio Manuel de Almeida, director y gerente del banco Espirito Santo de Lisboa recibió un telegrama, en francés, de uno de los clientes londinenses del banco.

Decía lo siguiente: «Envoyez vite cinquante livres. J'ai besoin pour mon dentiste»: [1500] «Envíe cincuenta libras rápidamente, las necesito para mi dentista».

El señor Almeida sabía que este cliente concreto siempre estaba corto de dinero; también sabía que cualquier mensaje relacionado con su doctor o dentista iba dirigido a los alemanes: inmediatamente pasó el telegrama a la estación de la inteligencia alemana en *rua* Buenos Aires. Desde Lisboa el mensaje fue al *Hauptmann* Schluetter en Colonia, después a Berlín y desde allí a Zossen, donde el telegrama de Elvira de

la Fuente Chaudoir sería interpretado no como una urgencia dental sino como una advertencia: «Tengo noticias confirmadas de que va a haber un desembarco en el golfo de Vizcaya en una semana».

El mismo día en que mandó el telegrama a Lisboa Elvira escribió una carta con tinta invisible, que llegaría a la capital portuguesa después del Día D, prueba *ex post facto* de que su advertencia había sido auténtica. Fue una de las creaciones de más calidad de Bronx.

Después de un cóctel me quedé en el Club Four Hundred con el capitán David

Ormsby-Gore. Tras beber una cantidad considerable de alcohol, me dijo que al día siguiente escucharía en la radio unas noticias asombrosas, ya que iba a haber un ataque aerotransportado contra la base de submarinos de Burdeos, preludio de la invasión. Ayer vino a verme, muy alterado, y me pidió que le jurara que no diría nada ya que estaba borracho y ahora el ataque se había pospuesto un mes, y que si reproducía la conversación pondría en peligro miles de vidas. Estoy convencida de que decía la verdad y, por tanto, he decidido mandarle un telegrama para avisarle del ataque. [1501]

David Ormsby-Gore era una figura profundamente respetable. Hijo de un barón, nieto de un marqués y biznieto de un primer ministro, era oficial de la Artillería Real, y servía en una unidad de reconocimiento secreta, con tropas aerotransportadas y fuerzas especiales. Después de la guerra se convirtió en miembro del Parlamento, embajador en Estados Unidos y lord. Fue uno de los que portó el féretro en el funeral de Robert Kennedy. Suministraba a John F. Kennedy puros cubanos, que llevaba en valija diplomática. Elvira nunca le había puesto los ojos encima. No era alcohólico, y nunca hubiera sido tan

imprudente como para hablar de una invasión inminente con alguien como Elvira. Le habían obligado a aceptar en la ficción; no había tenido elección. David Ormsby-Gore murió en 1985, siendo un pilar de la clase dirigente británica, y completamente desconocedor de que había formado parte, sin querer, de un aviso a los alemanes sobre una invasión que nunca existió.

El día que Elvira mandó su telegrama a Lisboa, el comandante Ignacio Molina Pérez, oficial de caso español y espía de los alemanes, estaba mirando desde una ventana de la Casa

de Gobierno de Gibraltar, al patio de debajo, cuando vio detenerse un gran coche del que salió una figura reconocible de inmediato, «en uniforme de campaña y con su famosa boina». [1502] El gobernador, el teniente general sir Ralph «Oxidado» Eastwood, le dio la bienvenida. Con la ventana abierta Molina podía escuchar cada palabra.

—Hola, Monty, me alegro de verte [1503] —dijo sir Ralph.

—Hola, Rusty, ¿qué tal estás? [1504] —dijo el teniente Clifton James, hasta hacía poco principal atracción del mundo de las variedades de Leicester.

A Molina le habían invitado a la

Casa de Gobierno para tratar de cuestiones rutinarias con el secretario colonial, que se había marchado a la habitación de al lado para permitir a Molina una visión sin trabas del patio. «Su interés por encontrarse por casualidad con esta significativa escena era demasiado grande como para ocultarla», [1505] informó el secretario colonial quien, cuando Molina le preguntó qué estaba haciendo Montgomery en Gibraltar «se vio obligado a confesar, con bien fingida vergüenza, que el comandante en jefe iba de camino a Argel». [1506]

James estaba padeciendo un ataque

de miedo escénico, pero «representó su difícil papel con habilidad de experto», [1507] registró el MI5. Desayunó con el gobernador, que le felicitó por su representación, y le dijo: «Tú *eres* Monty. Le conozco desde hace años». [1508] Después, con una perfecta dirección de escena, «Su Excelencia acompañó al "general Montgomery" a su coche», [1509] en el mismo momento que Molina salía del edificio.

El espía aceleró su coche y fue visto haciendo «una llamada urgente» en la ciudad española de La Línea. «El material llegó a Berlín en veinte minutos», [1510] según estimó el MI5.

Molina incluso adornó su propio papel, diciendo a uno de sus confidentes (que resultó ser un espía que trabajaba para los británicos) que le había estrechado la mano al propio Montgomery. «El gobernador me lo presentó. Parece *muy simpático*». [1511] Este confidente (que se regocijaba con su nombre en clave de «Pantalones») informó de que Molina estaba «muy satisfecho consigo mismo». [1512] Al día siguiente, Bletchley Park interceptó un mensaje de Madrid a Berlín que decía: «El general Montgomery llegó a Gibraltar. Ha mantenido conversaciones con el gobernador y con un general francés».

[1513] Los británicos tenían a un agente doble trabajando en el aeropuerto de Argel, con el nombre en clave de «Cárcel», un antiguo operador de radio de la Francia Libre. Cárcel informó a Berlín de la llegada de Monty a Argel, y su recepción por el general Maitland «Gigante» Wilson, comandante supremo aliado del Mediterráneo. Las reseñas alemanas sobre la actuación, tal y como revelaron las Fuentes Más Secretas, eran uniformemente positivas, e informes posteriores de Von Roenne llegaron a la conclusión de que la presencia de Monty en el norte de África «puede apuntar en la dirección de

operaciones adicionales en el sur de Francia además de la invasión principal». [1514] Liddell se preguntaba si la farsa se había representado «un poco pronto», [1515] pero la inteligencia alemana parecía satisfecha de que Monty siguiera en el norte de África el 28 de mayo. Y si estaba allí, difícilmente podía estar organizando un ataque masivo a través del canal de la Mancha. El complot «había transcurrido de principio a fin sin ninguna complicación, y sabíamos que la principal característica de esta historia había llegado a los alemanes», [1516] informó el MI5.

Clifton James descubrió que interpretar el papel de Monty era sumamente estresante. Fue llevado a un piso franco en El Cairo, donde permaneció, con un copioso suministro de *whisky*, hasta que los desembarcos de Normandía estaban en marcha. Como todos los actores de método, luchó para salirse del personaje: «Estaba sometido a una presión terrible y una gran tensión», [1517] dijo la mujer de un oficial de inteligencia a la que encargaron que le cuidara durante la descompresión de la representación de su vida. «Salir de ese papel le fue muy difícil». [1518]

En la soleada tarde del 27 de mayo Adolf Hitler se estaba tomando un té con uno de sus invitados favoritos en el Berghof, su chalet en los Alpes bávaros, encima de Berchtesgaden. El general barón Hiroshi Oshima, embajador ante el Reich alemán, era un visitante habitual del retiro privado de Hitler, y el confidente extranjero más próximo a Hitler. Un completo fascista y devoto adulador de Hitler, Oshima había conocido a Hitler en 1935, cuando era agregado militar japonés en Berlín. Nadie trabajó más que el embajador japonés para fortalecer la alianza entre Alemania y Japón. El periodista

estadounidense William L. Shirer le calificó de «más nazi que los nazis».[1519] Hablaba alemán con soltura y compartía la visión de Hitler sobre los judíos, la iniquidad de la Unión Soviética y la necesidad de matar a los supervivientes de los ataques de los submarinos alemanes. Si Hitler hubiera sido capaz de hacer amistad con un ser racialmente inferior, entonces se hubiera hecho amigo de Oshima. Era un soldado profesional con increíbles dotes para recordar, después de cada charla íntima, agradable e informal con el *Führer*. Recopiló una actualización detallada del pensamiento militar y planificación de

Hitler, que se codificaba y enviaba por radio, con la aprobación alemana, al Ministerio de Exteriores japonés. Estos informes se leían con ávido interés en Tokio; y en Washington y Londres.

Los criptoanalistas estadounidenses habían descifrado el código de radio japonés en 1940. Utilizando un duplicado de la máquina de cifrado utilizada por el Ministerio de Exteriores japonés, los Aliados eran capaces de leer los cables diplomáticos sensibles del enemigo tan pronto como eran enviados. En efecto, a veces los mensajes eran leídos por los Aliados antes que en Tokio, ya que el tráfico

inalámbrico desde Alemania a Japón a menudo era retenido en la transmisión. Este era el equivalente japonés de las Fuentes Más Secretas, con el nombre en clave de «Mágico», un conocimiento casi milagroso de los secretos japoneses. Oshima proporcionaba la lectura más interesante de todas: se captaron unos setenta y cinco informes del embajador en 1941, cien en 1942, cuatrocientos en 1943 y no menos de seiscientos en 1944. Era como tener un micrófono en el cuartel general de Hitler, solo que más eficaz, ya que el embajador japonés era un experto militar con un estilo escueto que reducía

sus conversaciones con Hitler a lo esencial, por lo que los analistas de inteligencia aliados no tenían que hacerlo.

Oshima proporcionó mucha información sobre los submarinos alemanes, las fuerzas móviles, la producción militar, los progresos tecnológicos y los efectos de los bombardeos aliados en el estado de la economía alemana. En noviembre de 1943 le llevaron a un viaje de cuatro días por las fortificaciones alemanas en la costa francesa del canal de la Mancha. Su informe resultante, de veinte páginas, describía la localización,

potencia y armamento de cada división alemana, las dimensiones de las zanjas antitanque y la distribución de los emplazamientos de las ametralladoras. Si los invasores desembarcaban allí, predecía, «el fuego de artillería lateral desde los puestos vecinos y la aparición de fuerzas móviles les aniquilaría». [1520] La inteligencia aliada no podría haber realizado un cuadro mejor de las defensas enemigas en caso de haber sido invitados al viaje. Tan pronto como diciembre de 1943, Oshima informó de que su amigo, Joachim von Ribbentrop, el ministro de Exteriores de Hitler, esperaba la invasión en Bélgica o a

través del estrecho de Dover. En enero de 1944 informó a Tokio de que Hitler especulaba con que los Aliados podían atacar Burdeos, dando esperanzas a la Operación Ironside. El general George Marshall, jefe del estado mayor del ejército de Estados Unidos, alabó la aportación de Oshima al esfuerzo de guerra aliado: «Nuestra base de información principal respecto a las intenciones de Hitler en Europa se obtuvo de los mensajes del barón Oshima desde Berlín». [1521] Si el barón Von Roenne era el mejor camino para poner una idea en la cabeza de Hitler, entonces el barón Oshima era la manera

más fiable de averiguar si se había alojado ahí.

Hitler estaba ridículamente orgulloso de su chalet del Berghof, espantosamente *kitsch*, amueblado por él mismo y comprado con los derechos de autor de *Mi lucha*. «Este sitio es mío», había dicho a la revista *Homes and Gardens* en 1938. «Lo construí con el dinero que gané». [1522] El *Führer* dio la bienvenida al embajador japonés en un hall de entrada «lleno de un curioso muestrario de cactus en macetas de mayólica». [1523] Juntos dieron un paseo por un camino hasta un salón de té en el bosque. De camino Hitler señaló que el

gobierno japonés debería colgar públicamente a cada piloto estadounidense capturado durante los ataques aéreos sobre Japón. «Nuestra actitud no puede ser controlada por ningún sentimiento humano», [1524] pensaba, un punto de vista con el que Oshima estaba totalmente de acuerdo. Este era el tipo de cháchara brutal que disfrutaban. El té lo servían miembros de las SS a modo de camareros. Los dos aliados se sentaban en la terraza de madera, bajo una amplia y colorida sombrilla, mirando el valle de Berchtesgaden.

«—¿Qué opina del segundo frente? —preguntó Oshima.

»—Creo que tarde o temprano intentarán una invasión de Europa —reflexionó el Führer—. Entiendo que el enemigo ya ha reunido unas ochenta divisiones en las Islas Británicas. De esa fuerza tan solo ocho divisiones están formadas por combatientes de primera categoría, con experiencia en combate real.

»—¿Cree Su Excelencia que esas fuerzas angloamericanas están plenamente preparadas

para invadir?

»—Sí.

»—Me pregunto qué ideas tiene respecto a cómo se llevará a cabo el segundo frente.

»—Bueno, a juzgar por augurios relativamente claros, creo que las acciones de diversión tendrán lugar en una serie de puntos (contra Noruega, Dinamarca, la parte sur del oeste de Francia, y el Mediterráneo francés). Después de eso (cuando hayan establecido cabezas de puente en Normandía y Bretaña, y hayan evaluado sus

posibilidades) avanzarán con un segundo frente generalizado a través del estrecho de Dover. Para nosotros nada sería mejor que asestar un enorme golpe lo antes posible. Pero esto no será factible si el enemigo hace lo que preveo; sus hombres estarán dispersos. En ese caso contemplamos acabar con las tropas enemigas en varias cabezas de puente. La cantidad de tropas alemanas en el oeste siguen ascendiendo a unas sesenta divisiones». [1525]

Oshima se marchó a toda prisa a

Berlín para escribir su informe.

Cuando el informe de Oshima de esta conversación, a la hora del té, con Hitler, llegó debidamente a Gran Bretaña, el 1 de junio, el alivio se desbordó en la inteligencia aliada. En casi todos los aspectos, las afirmaciones de Hitler eran un reflejo de lo que los padres de la Operación Fortaleza habían deseado que ocurriera. «Proporcionó la primera garantía definitiva de que los alemanes sobrestimaban mucho nuestra fuerza», [1526] escribió Roger Fleetwood-Hesketh. Hitler creía que el ataque principal vendría del paso de

Calais, con ataques previos en Noruega y el suroeste de Francia; creía que Von Roenne había inflado exageradamente las estimaciones de la potencia de las fuerzas aliadas; tenía fe en los «claros augurios» que eran alimentados por los agentes dobles; esperaba una cierta cantidad de ataques en puntos diferentes, mientras que los Aliados incluso ahora preparaban, en palabras de Hitler, «un enorme golpe», en Normandía. Algunos se sentían inquietos respecto a que Hitler hubiera predicho, correctamente, un ataque en Normandía, pero había dejado claro que creía que no sería más que un ataque de diversión, un preludio

de la invasión principal a través del estrecho de Dover.

Hitler le dijo a Oshima que pensaba que se produciría un ataque «antes o después». A falta de cinco días para el Día D, el ataque se iba a producir mucho antes de lo que pensaba.

24
La advertencia de Garbo

Los ejércitos aliados inundaban los caminos rurales del sur de Inglaterra, como el agua que recorre innumerables arroyos y canales hacia la costa, juntándose y extendiéndose en un amplio estuario de hombres, armas, tanques y barcos. «La costa sur era simplemente inimaginable», recordaba el soldado Fred Perkins del Regimiento Real Berkshire. «Era como un inmenso depósito de hombres y material en todo

el recorrido». [1527] El sargento Joe Stephens, de la Artillería Real, estaba esperando en la plaza de armas del campamento Hawick cuando llegó Montgomery para una última visita para poner en tensión los nervios. Monty se subió al capó de su *jeep*. «Reuníos a mi alrededor, hombres», dijo. «Vamos a Europa; los alemanes saben que vamos a Europa, pero no saben cuándo y dónde, y este será el factor decisivo. Os deseo buena suerte». [1528] Después se marchó.

El comandante Peter Martin llevó a sus hombres más allá de los campos de maduración hacia la costa, sorprendido del «sentimiento de irrealidad» [1529] de

ir a la guerra a través de un suave paisaje bucólico. «Todo era absolutamente normal y el campo estaba precioso, y en pocos días iríamos a un osario total». [1530]

En una semana, siete mil buques de guerra y lanchas de desembarco, once mil aviones y casi ciento sesenta mil hombres serían arrojados al Muro del Atlántico en la mayor invasión anfibia jamás intentada, la primera fase naval de Operación Overlord, con el nombre en clave de «Neptune». Las defensas alemanas serían bombardeadas por aire y mar; una división aerotransportada británica trataría de tomar el flanco este,

mientras que las fuerzas estadounidenses aterrizarían en el oeste mediante paracaídas y planeadores; poco después de amanecer, seis divisiones de infantería aliada —tres estadounidenses, dos británicas y una canadiense— atacarían cinco playas elegidas de Normandía.

Eisenhower la llamó la «gran cruzada», [1531] pero en el bolsillo llevaba una nota garabateada, con la base de lo que diría si el Día D no tenía éxito, y sus fuerzas «no lograban un punto de apoyo satisfactorio». [1532] En la mente del general la victoria era todo menos segura. «Las tropas, la fuerza

aérea y la marina hicieron todo lo que el valor y la devoción al deber podían hacer», escribió, con temor anticipatorio. «Si hay alguna culpa asociada al intento es solo mía». [1533] Antes de irse a la cama el 5 de junio, Churchill, obsesionado por la masacre de las playas de Gallipoli en la primera guerra mundial, le dijo a su mujer Clementine: «¿Te das cuenta de que cuando te levantes por la mañana pueden haber muerto veinte mil hombres?». [1534]

Mientras que un ejército real a lo largo del extremo sur de Inglaterra se preparaba para la batalla, otro

despliegue, aún mayor, pero completamente falso, estaba teniendo lugar en dos adosados bastante ordinarios, con fachada rústica de guijarros, en las afueras de Londres. Con Tesoro y Triciclo fuera de combate, recaía en Bruto y Garbo hacer entender a la fuerza el engaño de Fortaleza durante las horas previas al Día D. Los señores Czerniawski se acababan de mudar a Richmond Park Road n.º 61, en Barnes: desde allí, el agente Bruto «juntó todos los flecos». [1535] A través de su operador de radio inventado, Chopin, Bruto estableció el orden de batalla del falso ejército FUSAG, con su

cuartel general en Wentworth, bajo el mando de George Patton. En tres largos informes, llenos de detalles que supuestamente había reunido de la sala de mando del ejército en Staines, y de viajes por Kent y East Anglia, era capaz de ofrecer a los alemanes, como dijo Fleetwood-Hesketh, «toda la cadena de mando del grupo de ejércitos fantasma en el sureste de Inglaterra». [1536] El ejército de Patton, advertía, daba «la impresión de estar listo para participar en actividades operativas en un futuro cercano». [1537]

Mientras Bruto esbozaba los contornos del falso ejército, en el otro

extremo de Londres, en Crespigny Road n.º 35, Garbo añadía los tonos y los colores. Desde Escocia llegaban informes de grandes maniobras navales en Loch Fyne, con soldados con uniformes polares, y concentración de tropas en los puertos de la costa este, preparándose para un ataque a Noruega. Garbo informó de que su subagente en Exeter, uno de los arios galeses, había sido arrestado por carecer de la documentación adecuada en una zona prohibida, una explicación adecuada para la ausencia de información procedente del suroeste. Respaldando la advertencia de Bronx referente a un

ataque a Burdeos, el agente de Garbo en Liverpool avistó fuerzas estadounidenses «destinadas a atacar la costa atlántica francesa en el sur, en cooperación con otro ejército que vendría directamente de Estados Unidos». [1538] El propio Pujol describió la concentración de tropas en East Sussex. Los alemanes estaban tan convencidos de la exactitud de la información de Garbo que al menos en una ocasión su informe simplemente se adjuntó, sin editar, a la sección de análisis alemana. Pero en caso de que el enemigo fuera incapaz de reconstruir este «imaginario orden de batalla» [1539]

sin ayuda, Garbo, el «reportero militar autodidacta», [1540] proporcionaba sus propias conclusiones, llevando de la mano al enemigo al lugar equivocado: «He llegado a la conclusión de que la zona de Harwich-Ipswich se ha convertido en una base operativa importante para futuras operaciones», [1541] notificó, mientras que las noticias del norte «indican la posibilidad de un ataque inminente contra Noruega». [1542] Nadie le pidió su opinión, simplemente la dio, y los alemanes la tomaron.

Conforme llegaban a raudales los informes de Gran Bretaña, Von Roenne dibujaba y redibujaba su mapa

fielmente: «La principal concentración de tropas enemigas se muestra aún más claramente en el sur y sureste de la isla», [1543] anotaron los analistas alemanes el 15 de mayo. Entonces, dos semanas después: «Adicionales traslados de formaciones al sur y sureste de las Islas Británicas de nuevo ponen de relieve que el principal punto de concentración enemiga es en esta zona». [1544] El 2 de junio el esquema establecido por Bruto de dos ejércitos era casi como el Evangelio: «Según un mensaje fiable de la Abwehr del 2 de junio, las fuerzas presentes en el sur de Inglaterra están organizadas en dos

grupos de ejércitos (el Veintiuno inglés y el Primero estadounidense)». [1545] Los jefes de espías alemanes pidieron detalles sobre el 21.er Grupo de Ejércitos bajo el mando de Montgomery, el ejército real, pero fueron incapaces de percibir el peligro en el modo en que sus agentes parecían tan interesados en informar de lo que estaba ocurriendo más al este.

A menudo hay un jugador muy elogiado en un equipo que no es capaz de responder el gran día. Wulf Schmidt, agente Tate, el muy trabajador y veterano que había enviado más de mil mensajes, no estaba rindiendo a su nivel

ni remotamente. Estaba transmitiendo al enemigo una «dieta ininterrumpida de información falsa de alto nivel», [1546] pero no se la estaba tragando. Las falsas unidades y su localización, identificadas por Bruto y Garbo, reaparecieron como fiables en los resúmenes militares alemanes, pero por alguna razón Tate hizo cero puntos. «En la fecha de la invasión ninguno de los mensajes que habíamos enviado a través de él habían encontrado su lugar en el sumario del OKW», [1547] escribió Fleetwood-Hesketh.

Aún más preocupante que la reticencia a aceptar los engaños de Tate,

era el peligro de que pudieran creer las invenciones de otro informante que, precisamente, resultaba que había acertado. Paul Fidrmuc, agente Ostro, se había inventado informes para la Abwehr desde 1940, basándose en chismes y conjeturas. El MI5 había temido durante mucho tiempo que Ostro pudiera acertar con la verdad mediante sus invenciones a voleo y —dado que era evidente que en Berlín confiaban en él— que llevara al enemigo al lugar de los desembarcos accidentalmente. Como era de esperar, a principios de junio Bletchley descifró un mensaje en el que Ostro informaba de que uno de sus

informantes inexistentes, un coronel del estado mayor de Montgomery, había identificado Normandía como el *Schwerpunkt*. «En un largo mensaje, Ostro ha acertado en el objetivo, aunque de forma totalmente imprecisa», [1548] escribió Liddell en su diario el 5 de junio. Con tan solo veinticuatro horas antes del inicio de la operación, no había nada que hacer excepto esperar que una afortunada pero acertada falsedad no fuera superior a la gran masa de mentiras engañosas que se le habían echado encima al enemigo.

Poco antes de la medianoche, en vísperas del Día D y en total oscuridad,

una pequeña y peculiar procesión entró en la casa de Crespigny Road n.º 35, en Hendon. Abriendo la comitiva estaba Juan Pujol, seguido por Tar Robertson, Tommy Harris y Roger Fletwood-Hesketh. Cerrando el grupo estaba el sargento Charles Haines, antiguo empleado de banca que manejaba la radio de Garbo. Todos iban vestidos de civil. A primera hora de la noche habían disfrutado de una cena en casa de Harris en Mayfair, regada con un *magnum* de Château Ausone de 1934, de su excelente bodega. Frescos, ansiosos y sumamente tensos, este grupo extraño y variado estaba a punto de cometer lo

que, en apariencia, era un acto de traición asombrosa al avisar a los alemanes del lugar y momento de los desembarcos del Día D.

Harris había argumentado enérgicamente que, para preservar el prestigio de Garbo con los alemanes, había que permitir a Pujol que avisara de la invasión por adelantado —no lo suficientemente pronto como para que representara una diferencia en el terreno militar, pero sí lo suficiente como para cuando desembarcaran los Aliados debidamente en Normandía, Pujol pudiera decir que ya se lo había dicho —. No se trataba de presunción. La fase

de seguimiento de Fortaleza —mantener la amenaza en el paso de Calais para evitar que los alemanes desplegaran fuerzas en Normandía— era tan importante como la primera fase, y mantener la confianza alemana en la infalibilidad de Garbo era crucial. Después de ciertas dudas, Eisenhower había aceptado que el equipo de la Doble Cruz pudiera avisar a los alemanes no más de tres horas y media antes de que desembarcaran las primeras tropas a las 6.30 de la mañana. El retraso en la transmisión desde Madrid a Berlín era de unas tres horas, por lo que para cuando el alto mando

alemán recibiera el mensaje, la invasión debería estar en marcha. Pujol le había dicho a Kühlenthal que esperaba noticias importantes de Escocia, y le pidió que se asegurara de que el operador de radio en España estuviera esperando para recibir un mensaje a las tres de la madrugada.

Crespigny Road n.º 35 era, y sigue siendo, una casa anodina en una calle tranquila en un rincón corriente de Londres. Se parecía a cualquier otra casa de la calle y a un millón de casas a lo largo de Gran Bretaña, razón por la cual la había elegido el MI5. Si algún edificio podía reclamar su condición de

maestro del disfraz, era este. Pero si la casa parecía inocua, poco probable que desempeñara cualquier papel para ganar la guerra, lo mismo pasaba con Juan Pujol. Ahora estaba prácticamente calvo, y llevaba gafas grandes, que le hacían parecerse menos al murciélago peleón que había parecido cuando llegó por primera vez a Inglaterra, y más a un búho minúsculo y reconcentrado. Parecía ser exactamente lo que sus vecinos de Crespigny Road pensaban que era: un señor extranjero, tímido y educado, que hacía algo aburrido en la BBC.

Justo antes de las tres de la

madrugada, con los paracaidistas aliados que ya habían entrado en acción en Francia, los cinco hombres se reunieron alrededor de la radio en el dormitorio del primer piso, y Haines se preparó para mandar el mensaje. La historia, como correspondía a la ocasión, era dramática, aunque estaba enterrada, como de costumbre, en los circunloquios nómadas de Pujol. Fred, el camarero gibraltareño, había contactado con dos desertores estadounidenses del campamento de Hiltingbury, y había desertado para comunicar a Garbo la noticia de que la invasión había comenzado.

Me ha dicho que hace tres días se han distribuido raciones frías y bolsas para vomitar a las tropas de la 3.ª División canadiense y que esta ya se había marchado del campamento, y que su lugar lo habían ocupado ahora los estadounidenses. Había rumores de que la 3.ª Canadiense ya ha embarcado. La situación de este agente es muy comprometida ya que su ausencia tiene que haber sido detectada dadas las muchas horas transcurridas desde que se marchó del campamento. Para proteger el servicio [es decir la red] he tomado la decisión de ocultarle. [1549]

Si las tropas canadienses no habían

regresado, eso solo podía querer decir que habían embarcado camino de Francia; y dado que Hiltingbury solo está a trece kilómetros de Southampton, y Southampton está enfrente de Cherburgo, entonces el objetivo lógico tiene que ser Normandía. Los alemanes leerían las pistas al momento.

A las 2.59 de la madrugada, Tar le dijo a Haines: «De acuerdo sargento, ¡démoselo!» [1550] Haines tecleó las siglas. La única respuesta fue un crujido de electricidad estática. «No lo pillo», dijo Haines. «Normalmente Fritzy contesta de inmediato». [1551] Repitió la llamada transcurridos quince minutos.

De nuevo no hubo respuesta. O el operador de radio había abandonado su puesto o se había dormido. Haines siguió llamando. Harris comentó: «El problema es que la vida en Madrid, de hecho, solo empieza a medianoche. El operador de Kühlenthal probablemente estará en Chicote tomándose una *copita* [1552] con sus amigos». [1553] Robertson y Fleetwood-Hesketh acabaron disculpándose y se fueron a dormir a casa, como invitados que se marchan de una birria de fiesta. El mensaje fue reforzado, añadiendo información que hubiera supuesto una violación de la seguridad unas cuantas horas antes, para

hacer que la advertencia fuera más cruda y aumentar aún más el prestigio de Garbo. Finalmente, a las 8 de la mañana, el operador de radio de Madrid o bien se despertó o llegó a trabajar, y el mensaje fue recogido y se acusó recibo del mismo. En aquel momento la 3.ª División canadiense ya no estaba recogiendo sus bolsas para vomitar y preparándose para embarcar, sino bajo el intenso fuego de la 716.ª División alemana en la playa de Juno, en Normandía.

Lejos de ser una decepción, la no advertencia cuidadosamente cronometrada de Garbo logró su

objetivo. Había transmitido lo que tenía que ser visto, a los ojos de los alemanes, el soplo de información más importante de la guerra, y se lo habían perdido. Al igual que el operador de radio de Madrid, a los alemanes les había pillado dando cabezadas.

En la tarde del 4 de junio, el capitán George Honour maniobró con cuidado su submarino de bolsillo para situarse en su posición de reconocimiento, a cuatrocientos metros de la playa con el nombre en clave de «Sword»; la más oriental de las playas de desembarco, donde, en solo treinta y seis horas, la 3.ª División de infantería británica tenía

previsto atacar. Elevó el periscopio y miró detenidamente hacia la costa. «Vimos llegar un camión cargado de alemanes. Comenzaron a jugar a la pelota en la playa y a nadar y se me ocurrió pensar: "Espero que no sean nadadores olímpicos y que no naden hasta aquí y nos descubran". Se trataba de unos alemanes que estaban pasando un domingo por la tarde de esparcimiento y que no tenían ni idea de lo que se estaba gestando y les esperaba». [1554]

La invasión de Normandía supuso una sorpresa contundente para los oficiales superiores alemanes, que no

solo no estaban preparados, sino absolutamente relajados. Rommel, que estaba a cargo de mejorar las defensas del canal de la Mancha, se encontraba a ochocientos kilómetros de distancia, en su casa de Ulm, celebrando el cumpleaños de su mujer. Hans von Salmuth, del Decimoquinto Ejército, que defendía la zona de Calais, estaba en una partida de caza. El jefe de inteligencia coronel Georg Hansen estaba tomando las aguas en Baden-Baden. Los comandantes de divisiones de la zona del Séptimo Ejército se habían marchado para un ejercicio de simulacro de guerra en Rennes, cuyo

objetivo era simular un desembarco aliado. La marina alemana, que había informado de que una invasión sería «improbable» [1555] debido al mal tiempo, canceló sus patrullas en el canal de la Mancha, y a las tropas de los refugios y búnkeres se les dijo que descansaran. El informe de situación de Von Roenne del 6 de junio ni siquiera mencionaba Gran Bretaña y se centraba, casi exclusivamente, en el Mediterráneo.

El día antes del Día D, Rundstedt, con un millón y medio de hombres de la Wehrmacht a su mando, envió un informe de situación tranquilizador: «Que la invasión realmente sea inminente no

parece que nada lo indique aún». [1556] Incluso su enrevesada sintaxis sugiere que se trata de un hombre que pensaba que tenía el tiempo en sus manos. A las dotaciones de defensores del gran Muro del Atlántico se les aseguró que era impenetrable —convencidos de que rechazarían al enemigo— y de manera concienzuda se hizo que fueran reacios a ponerse nerviosos. Cuando un soldado del cuerpo de inteligencia del Séptimo Ejército alemán comunicó al oficial de guardia que en primera línea se estaba informando de un ataque, le dijeron «No exageres. Recuerda Dieppe», [1557] en referencia al fallido ataque aéreo aliado

de 1942.

El coronel Oscar Reile, el astuto oficial de caso de Bruto en París, se había vuelto experto en interpretar mensajes ocultos para la Resistencia francesa en medio de frases, aparentemente sin significado, retransmitidas por la BBC en francés. El 5 de junio la inteligencia alemana captó catorce de esos mensajes y llegó a la conclusión de que la invasión era inminente. El Séptimo Ejército, en Normandía, ignoró la advertencia; el Decimoquinto, en Calais, elevó el estado de alerta, pero Von Salmuth siguió catatónicamente calmado: «Soy

perro viejo como para ponerme nervioso con esto», [1558] dijo.

Hitler se había acostado tarde el 5 de junio, hablando de cine con Eva Braun y Goebbels. Dado que se suponía que el ataque en Normandía era un divertimento estratégico, no se consideró necesario despertar a Hitler para decirle que había comenzado. El Día D durmió hasta las diez de la mañana. Cuando al fin le dijeron que había comenzado la invasión se sintió alegre, convencido de que el ataque sería repelido fácilmente.

El equipo de la Doble Cruz no podía (y no lo hizo) atribuirse el mérito

exclusivo de pillar por sorpresa a los alemanes el 6 de junio. La campaña de bombardeos en el noreste de Francia había aumentado sin parar, hasta el punto de que cada bomba que alcanzó Normandía fue superada por dos lanzadas en el paso de Calais; también se atacaron el doble de estaciones de radar fuera de la zona de invasión que en ella. Mucho más allá de las líneas de fuego, los paracaidistas encendieron bengalas y fuegos pirotécnicos, y pusieron a todo volumen grabaciones de armas de fuego pequeñas para mantener a las tropas alemanas alejadas de las playas de desembarco, mientras que un

ejército aerotransportado de muñecos paracaidistas exacerbaron la confusión. Mientras el verdadero ejército se abría paso a través de las olas hacia Normandía, otros dos convoyes falsos fueron simulados científicamente como si se dirigieran por el Sena y Boulogne, lanzando una ventisca de papel de plata desde unos aviones, con el nombre en clave de «Ventana», que provocarían que se viera en los radares alemanes como si dos enormes flotillas se estuvieran acercando a la costa francesa.

A los alemanes pudieron pillarlos por sorpresa, pero distaban mucho de estar indefensos. La costa estaba

plagada de baterías de campaña y costeras, morteros, ametralladoras y francotiradores; alambre de espino, estacas de madera, minas, «erizos» antitanque hechos de vigas de acero soldadas; «dientes de dragón» de cemento con forma de pirámide para hacer más lento y canalizar el avance de los tanques hacia «zonas de la muerte», y más de un millón de estacas verticales en los campos que estaban más allá, conocidos como «Espárragos de Rommel», para impedir los aterrizajes aerotransportados. Desde los búnkeres, los nidos de ametralladoras, trincheras y emplazamientos de cañones, los

defensores alemanes disparaban contra los atacantes. En la playa de Omaha, el primer hombre que desembarcó se encontró con «un muro de fuego inhumano». [1559] Más de dos mil cuatrocientos murieron o fueron heridos. En Juno los canadienses sufrieron el cincuenta por 100 de las bajas en la primera hora. Más allá de la playa de Sword, donde las fuerzas alemanas habían estado jugando a la pelota unas cuantas horas antes, la Gestapo comenzó las represalias: en la cárcel de Caen, más de setenta miembros de la Resistencia fueron sacados al patio y fusilados.

La noticia de los desembarcos fue llevada a Gran Bretaña por *Gustav*, una paloma mensajera de la RAF, que había sido soltada por el corresponsal de guerra de Reuters, Montague Taylor. «Su nombre podía sonar sospechosamente extranjero», dijo el entrenador de la ave, Frederick Jackson de Cosham, en Hampshire, «pero no podía ser más inglés». [1560] Montague informó: «El ejército invasor ha pensado en todo, incluyendo en palomas mensajeras para llevar las buenas nuevas a casa si todo lo demás falla. Un teniente de aviación había llegado allí solo unas horas antes de que yo embarcara en mi buque de

desembarco y me enseñó una cesta con cuatro palomas, complementada con comida y equipos para enviar mensajes». [1561] A las 8.30, Montague soltó a *Gustav*. Volando con un viento en contra de 48 kilómetros por hora, nubes densas y fuego enemigo esporádico, la paloma completó su recorrido a su palomar en la isla de Thorney, cerca de Portsmouth, en tan solo cinco horas y dieciséis minutos, un récord del Día D. El sargento Harry Halsey cogió el mensaje que llevaba sujeto en la pata, y lo transmitió a Londres: «Estamos a tan solo unos treinta kilómetros de las playas. Las primeras tropas de asalto

desembarcaron a las 07:50. Echando chispas sin parar en formación. *Lightings, Typhoons* y *Fortalezas* cruzando desde las 05.45. No hemos visto aviones enemigos». [1562]

El Día D era la razón de ser del sistema de la Doble Cruz, la apoteosis final del que cualquier engaño precedente era un anticipo. Los hombres que combatieron ese día se han convertido en símbolos duraderos de valor y habilidad. Pero mientras luchaban por alcanzar las dunas sangrientas, una fuerza invisible luchaba a su lado, a muchos kilómetros de distancia, no con armas, balas y bombas,

sino con subterfugios y sigilo, para socavar la fortaleza y confianza alemanas, para confundir, sorprender y engañar, y proteger a los invasores con mentiras. Al final de ese primer día de la invasión, los Aliados habían sufrido al menos 10.000 heridos y 2500 muertos. Pero habían aterrizado en Francia 156.000 hombres desde el mar y 23.000 desde el aire, clavando una punta de lanza en la Francia ocupada. Cuáles hubieran sido estas cifras sin el engaño de Fortaleza, y hasta qué punto ese engaño es atribuible a los agentes dobles es, por supuesto, imposible de valorar.

Pero hay una cosa cierta: si el engaño de la Doble Cruz hubiese fracasado, si Johnny Jebsen se hubiera desmoronado, si Lily Sergeyev hubiese introducido su señal de control, si la gran red defensiva de mentiras se hubiese descubierto y los alemanes hubieran estado preparados y esperando en Normandía, reforzados y en estado de alerta, entonces la invasión hubiera fracasado y el Día D hubiera acabado en una masacre.

25
Segundas entradas

El 6 de junio fue el día más largo. Se había asumido que, para los agentes dobles, también sería el último, una vez que los alemanes se dieran cuenta de que habían sido víctimas de un engaño elaborado. No ocurrió así, y el equipo de la Doble Cruz ahora tenía una segunda entrada que jugar: fomentar la ilusión de que otra invasión, aún mayor, pronto tendría lugar en el paso de Calais, y mantener la farsa lo máximo posible. Seguramente los espías serían

descubiertos pronto, pero cada hora que durase la ficción, cada hora que el Decimoquinto Ejército esperase la falsa invasión, podía representar una diferencia crítica en la sangre derramada y el territorio conquistado. Los planificadores confiaban en que las amenazas gemelas a Noruega y Calais podían mantenerse hasta diez días. Eisenhower se hubiera conformado con menos. Sabía que incluso si una parte del poderoso ejército alemán del norte trasladaba sus cañones a la frágil cabeza de puente de Normandía, la invasión aún podía fracasar: «Simplemente mantened al Decimoquinto Ejército lejos de mí

durante los dos primeros días», les dijo a sus planificadores del engaño. «Es todo lo que pido». [1563]

Los agentes de la Doble Cruz se sumergieron de nuevo en la batalla en la sombra, completando la invasión del Día D con una descarga de disculpas por parte de los espías que no habían sido capaces de avisar con antelación, y una ráfaga de recriminaciones por parte del único que lo había hecho.

La disculpa de Bruto es que había estado ocupado averiguando sobre el otro ejército dispuesto para cruzar el estrecho de Dover: «Desgraciadamente, al permanecer sin contacto con el 21.º

Grupo de Ejércitos y por esperar el estado de alerta en el FUSAG, no fui capaz de darte detalles de los primeros desembarcos». [1564] Tate también estaba contrito y señalaba que parecía llegar más tropas a Kent. Tan pronto como la invasión de Normandía fue anunciada públicamente, Bronx envió una carta con tinta invisible, sabiendo que no llegaría antes de muchas semanas, donde insistía en que su predicción de un ataque en Burdeos la había enviado de buena fe. «Consternada por la noticia de la invasión y convencida de lo genuino de la información que me dio el capitán Ormsby-Gore. Cené con él anoche pero

no contestó a mis burlas sobre su indiscreción, solo me recordó que le había prometido no volver a hablarle de tema nunca más. Solo puedo suponer que ha habido un cambio de planes o, alternativamente, que este ataque también va a tener lugar». [1565]

En contraste, Garbo utilizó un lanzallamas verbal contra su controlador alemán por no haber captado el mensaje de advertencia antes del comienzo de la invasión:

Esto me hace cuestionarme tu seriedad y tu sentido de responsabilidad. Por tanto exijo una aclaración inmediata de lo ocurrido.

Estoy indignado en esta lucha a vida o muerte. No puedo aceptar excusas o negligencia. Si no fuera por mis ideales y por mi fe dejaría este trabajo. Escribo estos mensajes para mandarlos la misma noche a pesar de mi cansancio y agotamiento debido al trabajo excesivo que he tenido y que me ha destrozado completamente. [1566]

Kühlenthal no sabía dónde meterse de vergüenza. Echó la culpa al tiempo. Echó la culpa al operador de radio de Garbo y al suyo. Echó la culpa a todo el mundo menos a sí mismo, y le transmitió una avalancha de elogios autohumillantes.

Me gustaría destacar en los términos más claros que tu trabajo durante las últimas semanas ha permitido a nuestro mando estar completamente advertido y preparado. Así que te reitero, como responsable jefe del servicio, y a todos tus colaboradores, nuestro total reconocimiento de tu trabajo perfecto y valioso y te ruego que continúes con nosotros en las horas supremas y decisivas de la lucha por el futuro de Europa. [1567]

Churchill hizo lo que sin duda pensaba que era una aportación útil, al mentir en la Cámara de los Comunes y anunciar que el ataque en Normandía era

«el primero de una serie de desembarcos». [1568] El único problema era que Garbo ya había informado a Madrid, desde su falso alto funcionario del Ministerio de Información, de que se había ordenado específicamente a los funcionarios que no aludieran a ataques ulteriores para preservar el elemento de sorpresa, y ahí estaba el primer ministro haciendo precisamente eso y de la manera más pública posible. Pujol luchó por explicar que el fracaso de Churchill al seguir las órdenes había provocado consternación, y que había una investigación en marcha. Al final la metedura de pata del primer ministro

probablemente hizo más bien que mal.

Hasta entonces los agentes dobles habían dejado caer insinuaciones sobre una invasión inminente del paso de Calais; ahora podían «emplearse a fondo» y afirmar sin rodeos que el FUSAG se estaba preparando para «atacar a través del canal de la Mancha en cualquier momento». [1569] Si el engaño antes del Día D estaba formado por insinuaciones sutiles y «codazos», la segunda fase consistía en dar de comer a los alemanes con una pala. «Fortaleza requiere que continúe habiendo indefinidamente una amenaza sobre el paso de Calais», escribió Astor, «para

contener el máximo número de tropas durante los próximos días críticos». [1570] Inmediatamente Bruto mandó un mensaje a Reile describiendo la invasión de Normandía como un simple entrante antes del plato principal. «Está claro que el desembarco solo se ha llevado a cabo por unidades del 21.er Grupo de Ejércitos», transmitió por radio la noche del Día D. «FUSAG, como ya informé, estaba listo para un ataque que se puede lanzar en cualquier momento, pero ya es evidente que se tratará de una acción independiente». [1571] Los agentes informaron de tropas estadounidenses que llegaban al sureste

de Inglaterra, de cómo había aumentado el tráfico de mensajes de radio, y que el sabotaje en la zona de Calais se había intensificado, todo ello señalando a un segundo ejército en un «avanzado estado de preparación para una acción ofensiva». [1572]

Garbo también fue categórico. «No me gusta dar mi opinión a menos que tenga razones poderosas para justificar mis afirmaciones», [1573] dijo a Kühlenthal. (Precisamente esto no era verdad ya que había opinado todo el tiempo y sobre todos los temas.) En el mensaje más largo hasta el momento, enviado desde Crespigny Road a

primera hora del 9 de junio, él y Harris diseñaron exactamente lo que el alto mando alemán debería pensar.

Después de consultas personales el 8 de junio con mis agentes… soy de la opinión, en vista de la fuerte concentración de tropas en el SE y E de Inglaterra, que no forman parte de las operaciones en curso, que dichas operaciones [en Normandía] son una maniobra de diversión diseñada para desviar a las reservas enemigas con el objetivo de realizar un ataque decisivo en otro lugar. Probablemente tenga lugar en la zona del paso de Calais, ya que en tal ataque la proximidad de las bases

aéreas facilitará la operación al proporcionar fuerte apoyo aéreo continuado… El bombardeo aéreo contante que ha sufrido la zona del paso de Calais y la disposición estratégica de estas fuerzas hacen sospechar un ataque en esta región de Francia que, al mismo tiempo, proporciona la ruta más corta para el objetivo final de sus ilusiones, es decir, Berlín. [1574]

Garbo enumeró cada unidad, auténtica o inventada, en el sur de Inglaterra, y calculó que los Aliados debían «tener unas cincuenta divisiones disponibles con las que dar un segundo golpe». [1575] Concluía con lo que

sonaba a una orden.

Confío en que envíes urgentemente todos estos informes y estudios a tu alto mando ya que el tiempo puede ser decisivo en estos momentos y antes de dar un paso en falso, por ausencia de conocimiento de los hechos necesarios, deben tener en sus manos toda esta información que transmito con mi opinión, basada en la creencia de que todo el ataque actual se ha llevado a cabo como una trampa para que el enemigo nos haga mover todas nuestras reservas en una disposición estratégica apresurada que más tarde lamentaremos. [1576]

Si los receptores de este enorme pedregal se hubieran detenido a reflexionar, se podrían haber dado cuenta de lo poco probable de que una radio hubiera podido estar operando más de dos horas sin ser detectada. Pero no lo hicieron. El informe de Garbo, reducido a una forma legible, ascendió rápidamente por la cadena de mando, ganando velocidad conforme avanzaba: de Madrid pasó a Berlín, y después a Berchtesgaden. Allí fue leído por Friedrich-Adolf Krummacher, el jefe del alto mando de la rama de inteligencia, que subrayó la frase que describía los desembarcos de Normandía como

«diversiones», y se lo pasó al general Alfred Jodl, jefe del departamento de mando y operaciones del OKW, quien subrayó «SE y E de Inglaterra». Después se le entregó a Hitler.

La respuesta del *Führer* se puede deducir de la valoración de inteligencia resultante, que adoptaba las conclusiones de Garbo con el tipo de entusiasmo ciego que los ideólogos suelen manifestar cuando les dicen aquello en lo que ya creen.

El informe es creíble. Los informes recibidos la última semana por parte del proyecto Arabel se han confirmado casi sin excepción y tienen que describirse

como excepcionalmente valiosos. La principal línea de investigación en el futuro debe ser el grupo de fuerzas enemigas en el sureste y este de Inglaterra. [1577]

Elvira echó una mano con una carta con tinta invisible en la que informaba: «Solo una parte de la fuerza aliada en la operación de Normandía, el grueso permanece aquí en estos momentos». [1578] La propia ausencia de malicia y aparente ingenuidad de sus cartas las hacían, de un modo diferente, tan convincentes como los informes militares de Czerniawski y los detallados análisis de Pujol. Dos

semanas después del Día D, seguía insinuando una segunda invasión inminente, preocupada por sus descubiertos en la cuenta corriente y preguntándose qué echarle a la tostada del desayuno. «Lord Stanley de Alderney dice que el mal tiempo oculta los barcos que salen de los puertos del sur», [1579] escribió. «La fruta se estropea por las heladas, enviarán mermelada de Estados Unidos. Sigo sin dinero». [1580]

Según lo planeado, tan pronto como Overlord estuvo en marcha, Tesoro, que había sido la niña mimada del equipo de la Doble Cruz, fue despedida sin

ceremonias. Lily Sergeyev había corrido riesgos extraordinarios en nombre de la inteligencia británica, y había desempeñado un papel crucial, no solo en el engaño, sino también en ganarse la confianza de Kliemann hasta el extremo de que sus mensajes de radio, transmitidos literalmente, habían «salvado sin duda el pellejo de GC y CS [el Código del gobierno y la Escuela de Códigos en Bletchley]». [1581] Pero había permitido que sus sentimientos se inmiscuyeran en un negocio que tenía poca paciencia para esas cosas; había amado a su perro demasiado, y, al ocultar información y buscar venganza

por su muerte, había quebrantado las normas fundamentales de la inteligencia. Y seguía rechazando desvelar la señal de control.

Tres días después del Día D, Tar llegó al piso de la calle Hill para echarla en persona, acompañado por Mary Sherer. Llevaba puestos la gorra Glengarry y los pantalones de los Seaforth Highlanders. Se sentó en el sillón. Mary se acomodó cerca de la ventana.

—Tengo que decirte algunas cosas duras. Voy directo al grano.

—Adelante —le dijo ella, con despreocupación fingida.

Tar no se enfurecía con facilidad, pero lo hizo, se puso colorado. Agarrando los brazos de la silla, Robertson se echó hacia delante:

«—Mary me ha dicho que cuando estuviste en Lisboa acordaste una clave de seguridad. En consecuencia hemos decidido que ya no eres de fiar. Para mí es imposible confiar en alguien que actúa de esta manera. Ya no vas a transmitir. Lo haremos nosotros.

Ya hemos empezado a trabajar sin ti».

Lily sonrió. Tar se puso aún más colorado.

«—La situación es la siguiente: dejas de trabajar para nosotros; seguiremos pagándote cinco libras a la semana para tu manutención; lo antes posible deberías organizar tu regreso a París. Debes marcharte de este piso. Tienes quince días para desocupar».

Lily seguía sin decir nada. Tar estaba comenzando a hervir.

«—Si tuviera algún motivo

para pensar que, de algún modo, estás actuando en contra de los intereses de la causa aliada, tomaría de inmediato medidas severas y, una de dos, te encarcelaría o te entregaría a las autoridades francesas, que sin duda te tratarían con bastante severidad».

Lily se dio cuenta de un agujero zurcido en la pierna izquierda de sus pantalones de tartán. «Tar estaba sin afeitar y parecía cansado y un poco andrajoso», pensó.

Tar esperó una respuesta:

«—¿Qué tienes que decir?

»—Tu primera acusación es correcta —dijo Lily—. Y te puedes quedar con el dinero.

»—Te quedarás con el dinero lo quieras o no. Después puedes hacer lo que quieras con él. ¿Me imagino que no querrás darnos la clave de seguridad?»

Lily se encogió de hombros.

«—Hace un tiempo dijiste que no se podía confiar en mí —murmuró—. Si te doy la clave, ¿cómo sabrás que no es exactamente lo contrario de lo que querías?»

Tar ya había tenido suficiente.

«—No dije que te fuéramos a creer». [1582]

Sin decir otra palabra se marchó, seguido por Mary Sherer. Tan pronto como escuchó cerrarse la puerta de la casa, Lily se echó a llorar, de autocompasión, quizá, pero también de arrepentimiento. Esta había sido, como diría más tarde, la «gran escena del Tercer Acto». [1583] Había previsto acabar la tragedia a su manera, ya fuera como heroína de los Aliados o desvelando toda la operación en

venganza por la muerte de *Babs*. En lugar de ello, la echaban con un pago exiguo y una bronca de un hombre con la cara colorada y un agujero en sus pantalones.

En un último intento de que Lily dijera cuál era la señal de control, Tar envió a Gisela Ashley a verla. Siempre se habían llevado bien, y Gisela tenía buena mano para sacar información.

> «—¿Por qué lo hiciste? [1584] —le preguntó.
>
> »—Me niego a que me gane tu maldito servicio de inteligencia». [1585]

Gisela Ashley pasó su brazo por encima de Lily.

«—Cariño, eso solo es orgullo». [1586]

En un excepcional momento de autoconocimiento, Lily escribió en su diario: «He destrozado mi propio trabajo, o en todo caso lo he hecho inútil». [1587]

La Doble Cruz se creó con pensamiento lateral. Pero conforme Operación Fortaleza continuó más allá del Día D, el pensamiento pasó de lateral a extravagante. Embriagado por sus éxitos, a Hugh Astor y Roman

Czerniawski se les ocurrió una idea ingeniosa, audaz y bastante loca: ¿qué pasaría si podían persuadir a los alemanes para que mandaran un escuadrón de la muerte para matar al general Eisenhower y sus oficiales superiores en el falso cuartel general del falso ejército?

El plan era sencillo: Bruto mandaría un mensaje de radio urgente a Reile «invitando a los alemanes a que hicieran una incursión aerotransportada en el supuesto cuartel general del FUSAG en Wentworth». El mensaje sería así: «El general Eisenhower y un grupo de otras personas eminentes están en una reunión

y al final de la misma Eisenhower se iba a dirigir a todos los oficiales. Esto supone una oportunidad ideal y sin precedentes para capturar o destruir a algunos de los más eminentes personajes de los que depende la invasión». Wentworth, según señaló Bruto, está «rodeado de campos de golf que son adecuados para el aterrizaje». El propio Czerniawski «encendería una linterna para marcar el punto de aterrizaje exacto, y dirigiría a los atacantes hasta el comedor en el que las personas eminentes estarían con sus celebraciones posteriores a la comida». Inmediatamente después de aterrizar los

paracaidistas alemanes caerían en una emboscada y serían apresados. «Habría que hacer preparativos para que los atacantes tuvieran una bienvenida adecuada y para asegurarse de que no escapara ninguno». Czerniawski necesitaría una disculpa para explicar por qué había fracasado el complot de asesinato. «Al día siguiente el propio Bruto transmitiría un mensaje furioso explicando que aunque él había estado manejando vigorosamente la linterna, las tropas aerotransportadas habían aterrizado varios campos más allá, donde fueron rodeados, como era natural, por la *Home Guard*». [1588] El

complot, según indicó Astor, reforzaría la creencia alemana en el ejército inventado del sureste: «Si los alemanes se niegan a participar, no se habrá hecho ningún daño, ya que la amenaza sobre el paso de Calais habría continuado y Bruto habría vuelto a mostrarse como un hombre valeroso y de recursos». Sin duda los alemanes no podían resistirse ante este «apetitoso plato». [1589]

Tar Robertson rechazó la idea sin pensárselo dos veces e indicó que había maneras más fáciles de captar la atención de los alemanes que incitar a asesinos nazis fuertemente armados a que recorrieran los campos de golf de

condados ingleses, en medio de la noche, y buscando generales americanos a los que matar.

Algunos elementos del gran engaño eran más efectivos que otros. El teniente de aviación Richard Walker había pasado meses preparando su plan de engaño con las palomas mensajeras. Había reclutado cientos de palomas de segunda categoría, las había equipado con falsos anillos alemanes, y las había lanzado sobre la Europa ocupada, con la esperanza de que destruyeran el servicio de palomas mensajeras alemán desde dentro.

El gran engaño de Walker era un

buen plan que resultó decepcionante: no había pruebas de que pudiera tener ningún efecto. Los alemanes nunca detectaron las palomas agentes dobles en medio de las suyas. En realidad, cuando el oficial de la Wehrmacht al mando del servicio de palomas mensajeras fue interrogado después de la guerra, y le preguntaron si las palomas aliadas se hubieran podido infiltrar en sus palomares, contestó que era imposible ya que las impostoras hubieran sido detectadas de inmediato; dijo que nadie podía fijar falsos anillos de pata a las palomas sin soldarlos. Por supuesto esto es, precisamente, lo que

Walker había conseguido hacer. El complot falló por su excesiva ingenuidad. Las palomas agentes dobles, demasiado débiles como para volar de vuelta a casa, simplemente se mezclaron con las poblaciones de palomas locales, y al igual que tantos excombatientes, vivieron nuevas vidas por su cuenta. Su comportamiento heroico durante la guerra, y hasta hoy en día, no se había reconocido.

La farsa del doble de Monty podía haber tenido solo un efecto limitado en el pensamiento alemán. Sin duda se informó a Berlín de la puesta en escena en Gibraltar, pero como reconoció con

sencillez el MI5, «lo que dedujeron de ello, y hasta qué punto tuvo algún efecto en sus planes, desgraciadamente nunca hemos sido capaces de averiguarlo». [1590] El engaño podría haber centrado la atención alemana en un posible desembarco en el sur de Francia, pero no parece que se informara del encuentro entre el falso general Montgomery y el verdadero general Wilson en Argel a Von Rundstedt, o que afectara a la defensa alemana del canal de la Mancha. Lo más que se puede decir de Operación Copperhead es que exacerbó la confusión alemana y proporcionó considerable diversión a

sus organizadores. También acabó con Molina Pérez, cuya carrera como espía nazi llegó a un final abrupto. Al tener pruebas concluyentes de sus actividades de espionaje, los británicos declararon al oficial español *persona non grata*, y fue excluido de manera permanente de Gibraltar, para su perplejidad desconcertada.

El telegrama de Elvira avisando del ataque inminente en el golfo de Vizcaya sin duda llegó a la inteligencia alemana, aunque la invasión fue calificada, como mucho, de operación de «calibre pequeño». [1591] A pesar de ello fue considerada lo suficientemente real

como para que cuando el servicio de reconocimiento alemán localizó convoyes aliados cerca de Brest se supusiera que debían dirigirse a la zona de Vizcaya para un «ataque de diversión». [1592] Los planificadores militares aliados habían previsto que durante la primera semana a partir del Día D, dos divisiones de Panzer serían enviadas desde el suroeste de Francia a Normandía. De hecho, solo una, la 17.ª División Panzergrenadier de las SS se dirigió al norte para unirse al contraataque, y aun así no se puso en marcha de inmediato: finalmente alcanzó Normandía y entró en combate el 11 de

junio. La 11.ª División Panzer se mantuvo en su lugar, defendiendo el suroeste de Francia de un ataque que nunca se produjo. John Masterman estaba seguro de que esto se podía atribuir a Elvira: «Cuando tuvo lugar la invasión, la división Panzer *se mantuvo* en la zona de Burdeos y no se llevó al norte de inmediato, hacia Cherburgo». [1593] Astor estuvo de acuerdo: «Su movimiento de una división Panzer a la zona de Burdeos podía, hasta cierto punto, ser atribuida al telegrama de Bronx», [1594] asegurando que esas tropas permanecieran «impotentes cerca de Burdeos mientras la lucha en

Normandía era encarnizada». [1595]

La carta posterior de Elvira, en la que sugería que la invasión en el golfo de Vizcaya aún podía tener lugar, enturbió las aguas aún más. Todavía en julio el general Jodl le dijo al almirante Abe, el agregado naval japonés en Berlín, que esperaban una segura tanda de invasiones: «Estamos preparados para desembarcos en la zona de Burdeos». [1596] Puede que la agente Bronx y la Operación Ironside no convencieran del todo a los alemanes de un ataque inminente, o incluso posible, en el suroeste de Francia, pero indudablemente acrecentó la confusión

alemana. Y el mérito de esa incertidumbre, en gran medida, se debe a una frívola mujer mundana que mintió sobre haberse encontrado con un oficial borracho en una fiesta, y les habló a sus jefes de una conversación que nunca tuvo lugar.

El objetivo declarado y limitado de Fortaleza Norte había sido «contener algunas divisiones de primera fila» [1597] en Escandinavia mediante la amenaza de un ataque en Noruega. En este sentido tuvo éxito, aunque quizá de manera menos espectacular de lo esperado. Sin duda los alemanes creían en el Cuarto Ejército ficticio, bajo el mando del

general Thorne, pero parecen haber supuesto que no era lo suficientemente grande, o respaldado por apoyo aéreo, como para hacer más que un ataque de diversión. A principios de mayo, los alemanes habían descrito un ataque contra Noruega como una «gran posibilidad» y la acción contra Dinamarca como una «certeza». Las diecisiete divisiones alemanas a lo largo de Escandinavia fueron puestas en alerta máxima. Sin duda los alemanes temían un ataque, aunque no a gran escala. El engaño puede no haber convencido a Hitler de hacer nada que no estuviera dispuesto a hacer desde antes; pero

indudablemente le animó a continuar haciendo algo que ya estaba haciendo, y los Aliados necesitaban que continuara haciéndolo. En ningún momento Hitler desplegó los doscientos cincuenta mil hombres que había en Noruega en la zona real de destino, en el norte de Francia.

Si algunos elementos secundarios de Operación Fortaleza tuvieron una efectividad discutible, el empuje principal del engaño fue un triunfo indiscutible, completo, que cambió el mundo. Conforme la batalla de Normandía estaba en su apogeo, los alemanes se aferraron con fuerza a la

ilusión, tan cuidadosamente sembrada y ahora tan meticulosamente mantenida, de que un gran ejército estadounidense, bajo el mando de Patton, se preparaba para abalanzarse y las fuerzas alemanas del paso de Calais tenían que permanecer allí para repelerlo.

En el propio Día D, Von Roenne insistió en que «se producirá otro desembarco en la zona del Decimoquinto Ejército y que no hay que retirar tropas de allí». [1598] Rommel estuvo de acuerdo, aduciendo que las fuerzas en el norte no debían debilitarse. Sin embargo, las reservas del Decimoquinto Ejército fueron

movilizadas el 9 de junio a la poderosa 1.ª División Panzer, con veinticinco mil miembros, y le ordenaron que se dirigiera al sur, desde el paso de Calais, para unirse al ataque contra la cabeza de puente aliada. Pero entonces llegó la advertencia explícita de Garbo de que la invasión de Normandía era un engaño, diseñado de manera específica para detraer tropas de Calais antes del ataque principal. La orden a la 1ª División fue revocada. La división permanecería en su sitio durante otra semana crucial. Varios factores intervinieron en esa decisión, pero el mariscal Keitel diría más adelante que estaba seguro «al 99

por 100» [1599] de que la advertencia de Garbo «proporcionó la razón para el cambio de planes». [1600]

Una semana después del Día D, solo una división alemana se había trasladado desde el paso de Calais a Normandía. La creencia alemana en el ejército fantasma era inamovible. El 23 de junio, Oshima informó a Tokio de que «veintitrés divisiones mandadas por el general Patton están listas para realizar nuevos desembarcos. Esta es una de las razones de por qué Alemania ha evitado llevar a un gran número de hombres a la zona de Normandía». [1601] La prueba material del éxito llegó cuando las

fuerzas británicas en Italia capturaron un mapa, dibujado por la inteligencia alemana el 15 de junio, que mostraba exactamente dónde pensaba el enemigo que estaba esperando el Segundo Ejército aliado en el sureste de Inglaterra para cruzar el canal de la Mancha. «Era casi idéntico al Plan Fortaleza», [1602] escribió Liddell.

Un mes después del Día D, no menos de veintidós divisiones alemanas seguían retenidas en el sector del Decimoquinto Ejército. «El grupo de ejércitos de Patton», [1603] informó Jodl, «está preparándose en Londres y el sur de Inglaterra para el próximo

desembarco». El siempre útil Oshima confirmó que los alemanes seguían esperando que «las fuerzas de Patton desembarcaran en los alrededores de Dieppe». [1604] Hitler había «concedido una confianza casi mística en Garbo», [1605] llegaría a la conclusión el MI5, e incluso a finales de julio «seguía sin poder sacarse de la cabeza la creencia de que estaba previsto un segundo desembarco». [1606] Pero Von Roenne ahora comenzaba a tener dudas, o lo aparentaba. Después de estar advirtiendo durante semanas de que otro ataque, aún mayor, estaba en camino, comenzó a minimizar riesgos sugiriendo

que, después de todo, al FUSAG «no le han dado el papel decisivo». [1607] Quizá, como pasa con todos los expertos, solo estuviera adoptando nuevas certezas conforme se desarrollaban los acontecimientos. Pero quizá a Von Roenne nunca le hubiera engañado la quimera del ejército de Patton, que tanto había contribuido a reforzar. El 27 de julio estaba cantando otra canción: «Un segundo desembarco importante en la costa del canal de la Mancha ya no parece tan probable a la vista de la situación en Normandía». [1608] Siete semanas después de los primeros desembarcos, finalmente

cuatro divisiones fueron liberadas del Decimoquinto Ejército para dirigirse al sur, demasiado tarde. Como lo expresó Eisenhower, «cada soldado adicional que llegaba por entonces a la zona de Normandía era atrapado en la catástrofe de la derrota». [1609] La cabeza de puente, tan vulnerable durante los primeros días y semanas, ya estaba firmemente consolidada. No se había ganado la guerra, pero el final estaba a la vista.

Mirando hacia atrás, el oficial alemán más perspicaz sabía que la incapacidad de contraatacar en Normandía les había costado la batalla

y, quizá, la guerra. Poco antes de ser obligado a suicidarse, Rommel admitió que había sido «un error decisivo dejar a las tropas alemanas en el paso de Calais». [1610] Pero lejos de darse cuenta de que les habían engañado, los alemanes supusieron que los planes aliados habían cambiado. El 30 de agosto Garbo informó de que los ataques previstos en el paso de Calais habían sido cancelados y los alemanes le creyeron, tal y como habían hecho desde el principio. Solo después salió a relucir la verdad. «Todo este asunto de Patton era un truco, ¿no?», [1611] preguntó el profesor Percy Schramm, el

encargado del Diario de Guerra del OKW a sus interrogadores. «¿Todas esas divisiones fueron enviadas al sureste de Inglaterra solo para mantener a nuestras fuerzas en el paso de Calais?» [1612] Pero otros se aferraron al engaño mucho después de que acabara la guerra. Jodl fue interrogado en 1946 y seguía felicitándose por haber sido engañado:

> Sabíamos que teníais un Grupo de Ejércitos en el sur de Inglaterra y otro en el sureste. Ahora sabemos que el Grupo de Ejércitos del sureste no fue lanzado contra la costa del canal

de la Mancha, pero su presencia continuada en el sureste de Inglaterra constituía una amenaza que no podíamos ignorar. Así pues, no consideramos justificado autorizar una liberación a gran escala de formaciones del Decimoquinto Ejército para ser usadas en Normandía hasta mucho después de que comenzara la invasión. Si nuestra imagen de vuestro despliegue en el Reino Unido hubiera sido menos completa y no nos hubieran advertido de la presencia del Primer Grupo de

> Ejércitos de Estados Unidos en el sureste de Inglaterra, podríamos haber enviado antes a más elementos del Decimoquinto Ejército a Normandía, lo que hubiera tenido resultados muy graves para vosotros. [1613]

En la parte de los Aliados no había duda de que los alemanes habían sido inducidos a hacer lo que el general de división Kenneth Strong, jefe de inteligencia de Eisenhower, llamaba «una metedura de pata incomparable». [1614] Si el enorme ejército alemán del norte hubiera sido trasladado a

Normandía de inmediato en lugar de esperar una segunda invasión, entonces los Aliados se hubieran enfrentado a una lucha aún más sangrienta, con muchas posibilidades de ser derrotados. Estas fuerzas adicionales «podrían haber hecho que las cosas se pusieran en nuestra contra perfectamente», [1615] escribió a Eisenhower. «No puedo exagerar la importancia de haber mantenido lo más humanamente posible la amenaza aliada contra la zona del paso de Calais, que ya nos había reportado enormes dividendos y, con cuidado, continuaría haciéndolo». [1616] Montgomery coincidía: «Las medidas de

engaño», escribió, «desempeñaron un papel vital en nuestro éxito en Normandía». [1617] El informe de la Doble Cruz para Churchill era un himno de autocomplacencia plenamente justificado.

Todos los indicios parecen indicar que los alemanes han admitido las historias que les hemos contado sobre un ataque inminente en el paso de Calais. Parece bastante claro que los mensajes de felicitación, especialmente a Garbo, reflejan hasta cierto punto el aprecio militar generalizado por parte del alto mando alemán. Es sabido que los alemanes pretendían en un momento

dado trasladar ciertas divisiones de la zona del paso de Calais a Normandía pero, a la vista de la posibilidad de una amenaza contra el paso de Calais, esas tropas fueron detenidas camino de Normandía y les ordenaron que regresaran o bien se decidió que no debían moverse. [1618]

John Masterman sabía, y Churchill no, hasta qué punto el engaño había estado a punto de convertirse en un desastre: «No estuvimos muy lejos del fracaso justo antes del momento de nuestro mayor éxito», [1619] escribió este. Pero el equipo había montado una magnífica representación versátil en lo

que su colega de la inteligencia estadounidense, Norman Holmes Pearson, llamó «el mayor partido del siglo». [1620] Después de la guerra, la inteligencia británica rebuscó en archivos capturados y determinó exactamente qué elementos del pensamiento militar alemán podían ser rastreados directamente hasta los informes de los agentes: solo once de los mensajes de Tate fueron registrados por los analistas alemanes; la red de Garbo logró la impresionante cifra de ochenta y seis, pero fue Bruto el que alcanzó la cifra más alta, con no menos de noventa y un mensajes con reflejo en

los resúmenes de inteligencia alemana, a tan solo nueve de los cien.

El análisis posterior al partido era, y sigue siendo, universalmente admirativo. Thaddeus Holt, autor del relato más exhaustivo de los engaños durante la guerra, ha llamado a la Operación Fortaleza «el engaño estratégico de mayor éxito de todos los tiempos». [1621] Incluso Kim Philby, el maestro del engaño, lo calificó de «una de las operaciones de inteligencia más creativas de todos los tiempos». [1622]

Pero el homenaje más importante al éxito del engaño procedió de los propios alemanes. El 29 de julio, casi

dos meses después del Día D, Kühlenthal envió un mensaje de radio a Garbo:

> Con gran felicidad y satisfacción puedo decirte hoy que el Führer te ha concedido la Cruz de Hierro por tus méritos extraordinarios, una condecoración que, sin excepción, solo se concede a combatientes de primera línea. Por esta razón todos te mandamos nuestras felicitaciones más sinceras y cordiales. [1623]

En respuesta, Garbo manifestó estar tan abrumado por el orgullo y la emoción que se había quedado sin palabras. Después, las palabras salieron atropelladamente en un enorme torrente de banalidades.

> En estos momentos, cuando la emoción me embarga, no puedo expresar con palabras mi gratitud por la condecoración concedida por nuestro Führer, al que humildemente y con todos los respetos expreso mi gratitud por la alta distinción que me ha otorgado, de la que no me

considero a mí mismo merecedor ya que nunca he hecho más que lo que he considerado que era el cumplimiento de mi deber. Por otra parte, debo decir que este premio no solo lo he ganado yo sino también todos los demás compañeros que, a través de sus consejos y directrices, han hecho posible mi trabajo aquí, así que las felicitaciones son mutuas. Mi deseo es combatir con gran ardor para ser merecedor de esta medalla que solo ha sido concedida a aquellos héroes, mis compañeros de honor, que

combaten en el frente. [1624]

Casi puedes escuchar a Pujol y Harris riéndose por lo bajo con regodeo. Pero Garbo acertaba al ver la condecoración como un honor colectivo. No había creado el engaño solo. Sus «compañeros» incluían a los agentes que se había inventado, los otros agentes y sus propias invenciones, y detrás de ellos los hombres y mujeres que crearon el sistema, los oficiales de caso, jefes de espías y encubridores inspirados que imaginaron el proyecto de la Doble Cruz, y los planificadores clarividentes que, asombrosamente, les dejaron seguir

con el proyecto. Aquellos que combatieron en el frente del Día D nunca supieron que un patriota polaco, una jugadora peruana, una amante de los perros francesa, un *playboy* serbio y un criador de pollos español, juntos y con el mayor de los secretos, les habían llevado a la victoria mediante mentiras.

El agente Garbo aceptó la Cruz de Hierro en nombre de todos ellos.

Secuelas

A ojos de los alemanes el agente Bruto había demostrado ser «el más noble de los romanos». Tras el Día D, ante su incapacidad de predecir la invasión real y tras inundar a sus controladores de mentiras sobre la falsa invasión, no podía equivocarse. Las Fuentes Más Secretas mostraban que sus informes estaban siendo «estudiados no solo por las secciones operativas, sino por las personas más prominentes de Berlín, incluyendo a Hitler y Goering». [1625] La inteligencia alemana le consideraba un oráculo, un sabio: «Actualmente

deberíamos alcanzar una fase en la que las cuestiones de alto nivel sobre asuntos militares deberían dirigirse personalmente a Bruto», [1626] alardeó Astor. En julio de 1944, una bomba volante aterrizó en Barnes, en el suroeste de Londres, haciendo estallar las ventanas de Richmond Park Road n.º 61 y provocando heridas faciales graves a Monique Czerniawski. Los contables del MI5 aceptaron pagar las cincuenta libras necesarias para un cirugía estética, señalando que Czerniawski había «trabajado valientemente para nosotros durante un largo período de tiempo sin recibir ninguna

remuneración». [1627]

En su papel ficticio de hombre de estado secreto internacional, Czerniawski bombardeaba a los alemanes con consejos no pedidos y sin utilidad. «Aquí nadie cree ya en una victoria alemana», les dijo. «Como polaco puedo sugerir que no nos interesa a nosotros ni a vosotros [que] se permita a los rusos ocupar Europa central… Creo que es un buen momento psicológico para tratar de alcanzar un acuerdo con los anglosajones, y me siento inclinado a pensar que pueden aceptar vuestras propuestas militares». [1628] La respuesta procedió de Reile:

«Una vez más te agradezco de todo corazón tu excelente trabajo. He transmitido todas tus propuestas políticas, especialmente las concernientes a tu país, recomendándoles que las acepten». [1629] Como seguía ávido de una Cruz de Hierro, Astor anhelaba utilizar a Czerniawski en un engaño final, y sugirió lanzarle en paracaídas sobre Francia más allá de las fuerzas alemanas en retirada. Una vez allí, entraría en contacto con la inteligencia alemana y explicaría que había sido enviado por los británicos «para captar y organizar un servicio de inteligencia tras las

líneas», [1630] y ofrecerles trabajar para Alemania, una vez más. Después estaría «en disposición de recibir los planes de engaño alemanes que podrían revelar sus verdaderas intenciones». Ningún otro espía había hecho tantos viajes de ida y vuelta entre la lealtad y la traición: primero como agente en el París ocupado; después como doble agente para los alemanes; más tarde como triple agente, a las órdenes de los Aliados de nuevo; ahora le ofrecían regresar a Francia como agente cuádruple, cuando en realidad era un agente quíntuple, que seguía trabajando para Gran Bretaña.



Roman Czerniawski (derecha) y Hugo Bleicher, el oficial de inteligencia alemán que le capturó, reunidos de nuevo en París en

1972.

En virtud de los términos del acuerdo con los alemanes, a la familia de Czerniawski y a sus antiguos colegas de la red Interallié no les harían ningún daño si él desempeñaba su papel. Cuando París fue liberado también lo fueron los rehenes. Antes de marcharse, los alemanes dejaron una muestra final de su fe. Junto a una carretera a las afueras de París, Reile hizo un agujero en el que enterró un nuevo transmisor de radio y cincuenta mil francos, con la esperanza de que si el infatigable agente Hubert llegaba con las tropas aliadas en

su avance, querría mantenerse en contacto —un acto que difícilmente encaja con la posterior afirmación de Reile de que sabía que Czerniawski era un agente doble—. «En la Nacional 3 entre París y Meaux hay un mojón que, según la inscripción que lleva, está a 2,3 km de Claye y 12,4 de Meaux. El equipo está oculto a cinco metros de esta piedra en una zanja bajo una marca en la hierba, enterrado a diez centímetros de profundidad». [1631] La retirada alemana era demasiado rápida como para poner en práctica el plan de la Quíntuple Cruz, y el regalo de despedida de Czerniawski por parte de su jefe fue olvidado. En los

años sesenta la Nacional 3 fue ampliada y cubrió el escondite de la radio. Cada día miles de conductores de la carretera que va de París a la frontera alemana pasan por encima de este recuerdo enterrado para el agente Bruto.

Después de la guerra, Roman Czerniawski se instaló en Gran Bretaña. Aunque pensaba que «un gobierno polaco nombrado por Moscú es mejor en un grado que no tener gobierno polaco en absoluto», [1632] nunca pudo regresar a su patria con un régimen comunista en el poder. Se le nombró, en secreto, oficial de la Orden del Imperio Británico por su papel durante la guerra.

Se convirtió en impresor, se estableció en la parte oeste de Londres, se divorció en buenos términos de Monique, se volvió a casar, se divorció y se volvió a casar. Adoraba a los gatos, y en su vejez le gustaba sentarse en su salón y ver películas de James Bond con sus gatos. La población de gatos de la casa de Czerniawski llegó a alcanzar treinta y dos. Nunca perdió su fuerte acento polaco, o su patriotismo polaco de todo corazón e intrigó hasta el final, pasando sus últimos años trabajando secretamente para el movimiento Solidaridad. Murió en 1985 a la edad de setenta y cinco años.

Mathilde Carré, que había sido compañera de Czerniawski en la red Interallié, fue extraditada a Francia en enero de 1949 después de seis años en prisiones británicas, y fue acusada de traición. El juicio de «La Gata» causó sensación. Se sentaba sin decir una palabra, desde el principio hasta el final, y con un «retraído aire de indiferencia», [1633] mientras se presentaban treinta y tres testigos que denunciaron que se acostaba con el enemigo. El fiscal recapituló con una entrada de su propio diario de la noche en que había hecho el amor con Hugo Bleicher por primera vez: «Lo que más

quería era una buena comida, un hombre y, una vez más, el *Réquiem* de Mozart». [1634] Mathilde fue sentenciada a muerte, pena que más tarde se conmutó por trabajos forzados de por vida. En la cárcel de Rennes sufrió «pesadillas que se convirtieron en alucinaciones» [1635] llenas de gatos.

Finalmente fue liberada en 1954. Unos meses después Bleicher, que había cumplido condena y ahora tenía un estanco en Württemberg, se puso en contacto con ella. Le pidió que escribiera un libro con él, «una inofensiva colaboración literaria», [1636] según la llamó. Ya había colaborado lo

suficiente con Bleicher, y escribió su propio libro, *Yo era La Gata*, insistiendo en que sus crímenes habían «sido cometidos por un ideal noble y patriótico». [1637] Pocos la creyeron. Murió en 1970 como una ermitaña. Mathilde Carré era una traidora o solo desesperadamente desafortunada. Al igual que Czerniawski alegó que solo había trabajado para los alemanes con intención de traicionarles. Como había dicho su abogado, «en determinados momentos de la vida de un espía, el engaño es parte fundamental del juego». Czerniawski sentía una simpatía residual por sus colegas de espionaje, obligados

por la guerra a hacer elecciones imposibles en circunstancias que no habían elegido. Años después, seguía preocupado por su destino. «No sé cómo me hubiera comportado», escribió. «¿Tú lo sabes?» [1638]

Un mes después del Día D, Lily Sergeyev divulgó su último secreto. Mary Sherer había acudido con una tarta e invitó a Lily a dar un paseo. Seguía intentando averiguar la señal de control, y conforme andaban por Piccadilly le pidió a Lily, por última vez, que revelara el acuerdo al que había llegado con Kliemann. No se lo preguntó como oficial de caso del MI5 sino como

amiga. Era lo más cerca que estas dos mujeres diametralmente opuestas —una melodramáticamente francesa y la otra impasiblemente inglesa— habían llegado a intimar.

De pronto Lily se volvió hacia su antigua oficial de caso: «De acuerdo, tú ganas». [1639]

En un trozo de papel dibujó el sistema de raya acordado con Kliemann para indicar cuándo estaba manejando la radio bajo control británico.

«—¿Eso es todo?» [1640]

Lily dijo que sí con la cabeza.

Mary corrió de vuelta a la oficina, sacó el expediente de la agente Tesoro y extrajo sus comunicaciones, cada mensaje enviado por Lily desde su regreso de Lisboa. A veces Lily había puesto una raya en el original, a veces en el mensaje repetido, y a veces en ninguno. Pero nunca en ambos. No había doble raya. Lily nunca había llevado a cabo su amenaza. Al MI5 lo habían hecho caer en picado de manera completamente innecesaria por miedo de que su plan para el Día D lo hubiera echado a perder una histérica de duelo por su perro. Pero, al hacérselas pasar moradas a sus controladores británicos,

Lily sintió que había empatado el partido. «Seré capaz de cerrar mis cuadernos de notas y olvidar», escribió en su diario. «Se olvida pronto. Quizá sea para bien». [1641] *Babs* había sido vengado.

Cuando llegó la paz, Lily se reunió pronto con sus padres en París. «Mi felicidad no tiene fin», [1642] escribió. Después consiguió un trabajo con las fuerzas de ocupación de Estados Unidos en Alemania, ayudando a administrar vacunas bajo el mando del comandante Bart Collings, un hombre campechano, antiguo paracaidista del Medio Oeste, que era muy atento con ella. «He

perdido mi estado solitario», escribió. «Ya no estoy sola». [1643] Su salud mejoró y, por primera vez en su vida, era completamente feliz. Pero Lily aún no había terminado de atormentar al MI5.

En marzo de 1946, Billy Luke avisó a Tar Robertson de que Lily estaba pensando escribir un libro sobre sus experiencias durante la guerra: «Puede que encuentres tu nombre en un *thriller* de espías de primera categoría». [1644]

Tar estaba horrorizado. «Honestamente no pienso que haya nada que podamos hacer con esta desgraciada mujer», [1645] le dijo a Gisela Ashley.

«Siempre será una fuente de problemas para nosotros, sin importar las restricciones a las que le sometamos, a menos que la condenemos a cadena perpetua. No sé si hay algo que puedas decirle que apele a lo mejor de su naturaleza, si es que existe». [1646]

No tenía que haberse preocupado. El libro no aparecería hasta veinte años después. Lily simplemente estaba haciendo lo que había hecho antes: poner nerviosos a los tradicionales británicos con una amenaza que no llevaría a cabo.

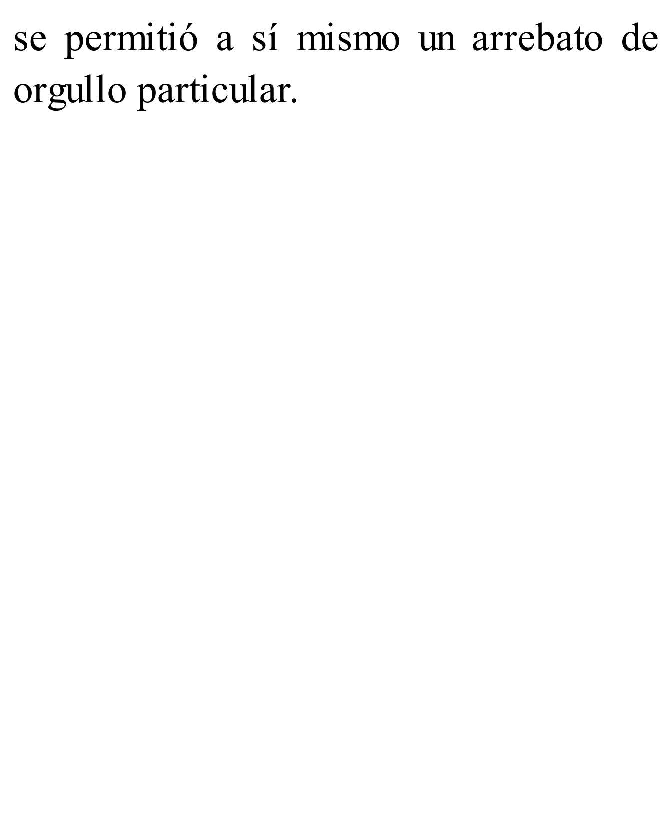
En 1947, Bart Collings y Lily Sergeyev se casaron y se mudaron a

Míchigan. El suyo fue un matrimonio feliz, aunque sin niños, y trágicamente breve. La enfermedad de Lily se volvió a manifestar, esta vez con ganas. Murió por una insuficiencia renal en 1950. Decidida, petulante y llena de vida, había desempeñado un papel de doble filo en la historia de la Doble Cruz; había sido un pilar fundamental del engaño, pero también había planeado destruirlo. La buena gente de St Mary Avenue, en Detroit, no tenía ni idea de que la Sra. Collings, la excitable francesa con muchos perros que vivía en el n.º 1742, realmente era la agente Tesoro, una espía muy valiosa, cuya

vida, en sus propias palabras, había sido de una «realidad increíble». [1647]

Juan Pujol mantuvo la fachada, y los alemanes le quisieron hasta el final: «Nos gusta tu personalidad, tu carácter, tu valor, todas esas virtudes que hacen a un caballero». [1648] Conforme el Tercer Reich se desintegraba en un maremágnum de sangre y furia, Garbo exhortó a sus controladores a que mantuvieran su fe en el nazismo. «La noble lucha renacerá», le dijo a Kühlenthal. «Solo lamento no estar a tu lado». [1649] El último acto de la tragedia fue el desmantelamiento de una red que nunca había existido. Incluso los

fascistas galeses se estaban desilusionando, informó Pujol: «No pueden esperar nada de nosotros». [1650] El último mensaje de Pujol fue un panegírico del Hitler mártir: «Sus hazañas y la historia de su sacrificio para salvar al mundo del peligro de la anarquía que nos amenaza permanecerán para siempre en los corazones de todos los hombres de buena voluntad», [1651] dijo con su palabrería. «Estoy seguro de que llegará el día en un futuro no muy lejano en que la noble lucha renacerá». [1652] El 8 de mayo de 1945 el catalán contempló las celebraciones de la muchedumbre en el centro de Londres, y



se permitió a sí mismo un arrebato de orgullo particular.



Juan Pujol, MBE, en el exterior de Buckingham Palace, 1985.

Después de la guerra el MI5 valoró si continuar con su carrera de espía, «vendiéndoselo» [1653] a los soviéticos; si lo captaba Moscú podría ser capaz de engañar al KGB del mismo modo que lo había hecho con la Abwehr. Pero Garbo sabía cuándo dejar la escena. Había obtenido unos trescientos cincuenta mil dólares de los alemanes, y una Cruz de Hierro. Los británicos le dieron quince mil libras y le hicieron miembro de la Orden del Imperio Británico. Se divorció de Araceli y se mudó a

Venezuela. Como aficionado de toda la vida al lenguaje y a la literatura se convirtió en profesor de castellano de la Shell Oil y abrió una librería. A instancias suyas Tommy Harris difundió un rumor de que había muerto de malaria en Angola. Garbo se deslizó silenciosa y completamente fuera del centro de atención, fijando su residencia en Zulia, en la orilla del lago Maracaibo. «Nadie sabía nada de mi pasado. Nadie sabía lo que había hecho». [1654] En 1984 surgió brevemente de las sombras cuando el escritor Nigel West se lo encontró y le convenció para regresar a Londres para un reconocimiento formal de sus logros

durante la guerra en Buckingham Palace. Después volvió a desaparecer en Venezuela. Murió en 1988 y está enterrado en Choroní, junto al mar. «Mi mayor orgullo y satisfacción», escribió, «ha sido la información que aporté para la reducción de las bajas entre las decenas de miles de soldados que combatieron para mantener las cabezas de puente en Normandía. Muchos, muchos otros hubieran muerto si nuestro plan hubiera fracasado». [1655] Pujol era un guerrero que luchó para salvar vidas, no para quitarlas, utilizando las palabras como su única arma.

Elvira de la Fuente Chaudoir, la

sexualmente audaz, tendente al aburrimiento y jugadora con uñas elegantes, había demostrado su valía: cuando el Tercer Reich se estaba hundiendo, fue utilizada para averiguar qué elementos de la jerarquía alemana podrían estar buscando la paz. «Bronx es la más adecuada de toda la B1A para desempeñar un papel político», [1656] escribió Astor. «Tomarán la iniciativa de tantear el terreno para la paz a través de Bronx». [1657] Elvira escribió una carta el 15 de agosto de 1944 ofreciendo seguir prestando sus servicios a Alemania, por un precio.

Es muy evidente que habéis perdido la guerra [y] estoy sumamente preocupada porque los ejércitos aliados que avanzan puedan apoderarse de mi expediente, que les daría pruebas de mis actividades de espionaje. Por favor, ¿me aseguraría que todas las pruebas incriminatorias serán destruidas? Estoy lista para seguir con el trabajo, incluso después de la guerra si así lo quieres, siempre y cuando continúes pagándome… [1658]

La respuesta fue tan amable como siempre: «Buen trabajo. Escribe pronto y a menudo». [1659]

A Elvira le ordenaron que fuera a Madrid, entrara en contacto con la inteligencia alemana y «se enterara en lo máximo posible de las ideas alemanas sobre las condiciones de paz, pero que de ninguna manera actuara como intermediaria entre las dos potencias». [1660] La idea de que Elvira hubiera podido llegar a actuar como intermediaria internacional en otros momentos se hubiera visto como ridícula: la chica alegre había llegado muy lejos.

Elvira voló a Madrid el 19 de diciembre de 1944. «Creo que hará un buen trabajo», escribió Astor. «Es muy probable que le hagan muchas preguntas sobre su telegrama sobre la amenaza contra Burdeos. Bronx nunca había visto a Ormsby-Gore pero he tratado de darle una descripción suya y creo que ahora será capaz de hacer un relato colorido del incidente». [1661] Antes de marcharse le dijo a Astor que «si tuviera algún contratiempo tenía que notificárselo a su amiga la señorita Monica Sheriffe».[1662] Y con esto se puso en camino, «con el corazón alegre»[1663]. Pero para entonces, la organización de la

inteligencia alemana en Madrid, que en tiempos había sido sinónimo de implacable eficiencia, se había desintegrado. Elvira fue incapaz de encontrar a algún espía alemán.

De regreso a Londres envió una furiosa carta de queja a los alemanes: «Estoy completamente furiosa por la inutilidad de mi viaje que fue caro y desagradable. Me dejasteis tirada. Solo hice el viaje porque esperaba una prima generosa». [1664] Recibió una disculpa lamentable y una petición de que informara si se enteraba de otra invasión aliada en Escandinavia o en el norte de Alemania. El código sugerido era casi

idéntico al que había usado antes del Día D. Esta vez la petición de 50 £ para su dentista indicaría Dinamarca, mientras que si se trataba de 100 £ querría decir «lanzamiento de paracaidistas al oeste de Berlín y desembarcos en Alemania». [1665] Esta era una nueva prueba de que el engaño anterior había funcionado. «Es difícil de creer que los alemanes volvieran a utilizar este código», observó Masterman, «si estuvieran insatisfechos con su utilización por parte de Bronx en mayo de 1944». [1666]

Los alemanes «esperan sus noticias con ansiedad y probablemente se crean

cualquier información que les transmita», [1667] dijo Astor, y conforme se acercaba el final, les pasó información cuyo objetivo era «rebajar la voluntad alemana de resistir», [1668] y animar a la capitulación. «Las guerrillas serán tratadas sin compasión», [1669] informó, citando a sus amigos del gobierno. La agente Bronx estaba ayudando a moldear la Alemania de posguerra. La espía impulsada por las deudas, captada Elvira Chaudoir, 1995 como un juego y descubierta en un casino francés, había dado enormes dividendos. El MI5 estaba encantado: «no se deberían pasar por alto sus

posibilidades a largo plazo». [1670]



Elvira Chaudoir, 1995.

No habría carrera a largo plazo. La declaración de paz produjo una declaración simultánea por parte de Elvira de que se retiraba del espionaje. Recibió un regalo de despedida de ciento noventa y siete libras. «Se expresaron libremente palabras de gratitud y reconocimiento por ambas partes». [1671] Se mudó a un pequeño pueblo del sur de Francia, tras haber heredado los restos de la fortuna del guano de su padre. Durante el siguiente medio siglo gestionó una tienda de regalos en Beaulieusur-Mer en la Costa

Azul. Evitó los casinos, pero se quedó sin dinero. En 1995, Hugh Astor informó a Stella Rimington, por entonces directora general del MI5, de que la antigua agente Bronx estaba en quiebra. En diciembre de 1995 Elvira recibió un cheque de cinco mil libras «como un modo de expresar que sus servicios durante la guerra se seguían recordando y valorando». [1672] Elvira murió un mes después, a la edad de ochenta y cinco años. Para algunos sus años posteriores a la guerra podían parecer aburridos, pero Elvira nunca se volvió a aburrir. De su papel durante la guerra comentó: «Recuerdo la aventura como el período

de mi vida más maravilloso e intenso». [1673]

Con la llegada de la paz, Dusko Popov, el espía *playboy*, se casó, se nacionalizó británico, y le concedieron una medalla, señales de respetabilidad que no hicieron nada por cambiar sus costumbres. «Estoy hartándome de mis amigos casados que critican mi vida inmoral», [1674] le dijo a Billy Luke, su primer oficial de caso, y añadió que su prometida era una «francesa joven y guapa (justo su tipo)». [1675] Se casó con Janine el 6 de marzo de 1946, en Megèves, Francia. La novia de Popov solo tenía dieciocho años, pero

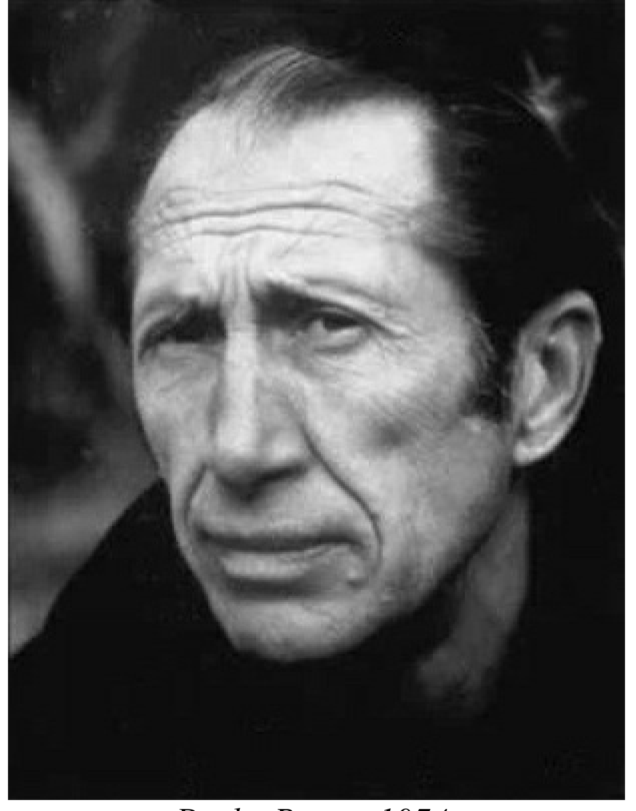
«aparentemente comenzó su aventura matrimonial con los ojos abiertos», [1676] anotó con sarcasmo el MI5. Su petición de ciudadanía fue aprobada rápidamente: «Trataré de hacer el máximo posible para ser digno de mi nuevo país», le dijo a Tar Robertson. «Sigo estando a tu disposición siempre que pienses que puedo ser útil». [1677] Un año después, se encontraron en el bar del Ritz, donde Tar le dio a Popov una caja de cuero que contenía una Orden del Imperio Británico, en reconocimiento por su papel «en engañar al enemigo antes de la invasión de Normandía». [1678] Tar se disculpó

por su ceremonia de entrega heterodoxa, pero el escenario no podía haber sido más apropiado: una relación de espionaje que había comenzado en el Savoy y que se cerraba en el Ritz.

Los servicios secretos británicos seguían tratando de desentrañar las finanzas de Popov mucho después del final de la guerra. «Estamos haciendo arreglos respecto a los recibos de sus muebles», [1679] escribió Kim Philby en 1948, con hastío infinito. Los negocios de Popov prosperaron, aunque nunca de manera convencional: una semana Tarlair Ltd estaba negociando vender suero para el cólera con el gobierno

egipcio, la siguiente Popov importaba coches Peugeot, vendía mangueras de caucho a los franceses o montaba una empresa textil alemana. «Sus actividades se han desarrollado con facilidad muy alejadas de cualquier compromiso del MI5», [1680] observó Ian Wilson, que comenzó a trabajar como abogado de Popov tan pronto como dejó de ser su oficial de caso. Popov se compró un castillo con vistas a Niza. Su matrimonio no duró. En 1961 conoció a una estudiante sueca y rubia de dieciocho años llamada Jill Jonsson, y se casó con ella al año siguiente. Se mudaron al antiguo palacio de verano

del obispo de Grasse. Sus finanzas siguieron siendo opacas, sus gustos extravagantes y su misterioso *glamour* no menguó.



Dusko Popov, 1974.

Solo en 1974, cuando comenzó a salir a la luz la verdad sobre los engaños británicos durante la guerra, Popov reveló que había sido el agente Triciclo. Su libro *Espía y contraespía* estaba escrito con rotundidad, era entretenido y en parte inventado. James Bond causaba furor, y el libro contenía escenas sacadas del guion de 007: mujeres bellísimas que aparecen desnudas en el dormitorio de su hotel, peleas con malvados nazis, apuestas de miles de dólares por dar la vuelta a una carta. Popov era un espía concienzudo que les dijo a sus oficiales de caso británicos todo; ninguno de esos

episodios aparece en los archivos del MI5. La verdadera historia de Popov es como si fuera una novela, pero, como la mayoría de los espías, no podía resistirse a adornarla. En los años setenta Popov y su hermano Ivo, el antiguo agente Acorazado, abrieron una clínica de rejuvenecimiento en las Bahamas, una adecuada última empresa para un hombre que seguía viviendo como si tuviera veinticinco años. Murió en 1981, a la edad de sesenta y nueve.

La mayoría del equipo de la B1A se reintegró en la vida civil. En 1948 Tar Robertson se jubiló en Worcestershire, para cuidar de sus ovejas y manejar su

rebaño con la delicadeza y esmero con el que se había ocupado de los agentes de la Doble Cruz. John Masterman, pronto «sir John, caballero de la Orden del Imperio Británico», se convirtió en rector del Worcester College de Oxford y posteriormente vicerrector de esa universidad. Jugó al *cricket*, escribió novelas de detectives, formó parte de diversos consejos importantes, y escandalizó a algunos de sus antiguos colegas en 1971 al publicar su relato del sistema de la Doble Cruz en un desafío a la Ley de Secretos Oficiales. Hugh Astor se convirtió en corresponsal en Oriente Medio de *The Times* y cubrió el

nacimiento de un Israel independiente, antes de incorporarse a la junta del periódico en 1956. Billy Luke completó su carrera empresarial, y en 1958 se convirtió en Master de la Worshipful Company of Makers of Playing Cards de la ciudad de Londres. Christopher Harmer regresó a la práctica de la abogacía. En memoria de su agente doble favorito, los Harmer iban de vez en cuando al bar del hotel Hyde Park y se bebían un cóctel de ron, zumo de naranja y vermut, llamado «Bronx». Mary Sherer conoció a Phyllis McKenzie, que había trabajado para la inteligencia británica en Nueva York

durante la guerra, y ambas mujeres se hicieron inseparables. Vivieron juntas el resto de sus vidas, «complementándose perfectamente». [1681] Dentro del MI5 se asumía que eran lesbianas, o más bien, Lesbianas. Juntas se mudaron a Roma y abrieron la librería Lion en *Via* del Babuina, cerca de la escalinata de la *piazza* de España. «Mary era una corredora muy rápida y no le importaba perseguir a los numerosos rateros que abundaban por Roma durante y después de la guerra. Le encantaba el desafío». [1682] Este par de formidables señoras inglesas, conocidas como «Las lionesas», [1683] pasaron sus días

rodeadas de libros y de un grupito de perros: pequineses, bulldogs franceses y carlinos, y «a todos ellos Mary los mimó». [1684]

El teniente de aviación Walker pasó el resto de su vida cultivando palomas felizmente. A *Gustav*, la paloma que había llevado las primeras noticias del Día D, le concedieron la Medalla Dickin, el equivalente para animales de la Cruz Victoria, para «destacar su actuación el Día D», [1685] pero murió poco después de la guerra cuando su criador la pisó mientras limpiaba el palomar.

Tommy Harris se instaló en España

después de la guerra, donde se dedicó a la pintura, y dio fiestas memorables en las que contaba escandalosas historias de espías que pocos creían. Murió en 1964, a la edad de cincuenta y cuatro años, después de que su coche se saliera de la carretera en Mallorca y se estrellara contra un árbol. Algunos vieron el accidente como algo oscuro.

Guy Liddell siguió en el MI5, una fuente continua de buen humor y buen juicio. «No hay duda de que los rusos están mucho mejor en cuestión de espionaje que ningún otro país en el mundo», [1686] escribió proféticamente en 1945. «Serán una gran fuente de

problemas para nosotros cuando acabe la guerra». [1687] Cuando los espías de Cambridge salieron finalmente a la luz, Liddell se vio envuelto en el escándalo, e incluso, injustamente, fue sospechoso de ser agente doble.

Anthony Blunt abandonó el MI5 tan pronto como acabó la guerra, y retomó su carrera como profesor. Le dieron el título de sir, fue cortejado, agasajado y se convertiría en profesor de historia del arte en la Universidad de Londres, director del Courtauld Institute of Art e inspector de los cuadros de la reina. Cuando al final fue descubierta su condición de espía en 1979 y

deshonrado públicamente, se convirtió en un medio prisionero, refugiándose en «el *whisky* y el trabajo intenso». [1688] En unas memorias publicadas póstumamente, Blunt escribió que espiar para los soviéticos había sido «el mayor error de mi vida». [1689] Sin embargo, poco después del descubrimiento de su condición de agente doble, se encontró con Tar Robertson y le dijo al antiguo jefe de la B1A: «Me ha dado una gran satisfacción haber sido capaz de pasar a los rusos los nombres de todos los oficiales del MI5». [1690]

Otros participantes en el equipo de la Doble Cruz se desvanecieron en la

oscuridad. Wulf Schmidt, el agente Tate, se convirtió en Harry Williamson, un ciudadano británico, fotógrafo del *Watford Observer*, criador de un pez tropical y un «respetado juez en exhibiciones de pájaros enjaulados, por todo el país». [1691] Paul Fidrmuc, el agente Ostro, se inventó informes de espionaje para los alemanes hasta el final de la guerra y después desapareció. Logró la inmortalidad once años después cuando Graham Green, que había visto informes tanto sobre Garbo como sobre Ostro, como joven oficial del MI6, los mezcló como inspiración del Wormold de *Nuestro hombre en La*

Habana, el jefe de espías con una red imaginaria. Clifton James publicó un libro en 1954 titulado *I Was Monty's Double* («Yo fui doble de Monty»): en la adaptación cinematográfica hizo el papel de sí mismo y el de Monty.

Emile Kliemann, el oficial de caso de Lily, fue arrestado por tropas estadounidenses en Louveciennes, el 20 de agosto de 1944. Fácilmente podría haber escapado con el resto de los oficiales de inteligencia alemanes, pero se le había hecho tarde. Las semanas precedentes le habían alterado mucho: sospechoso de estar involucrado en el complot de julio (erróneamente, puesto

que era demasiado vago para conspirar), la Gestapo había registrado su piso y había recibido fuego de ametralladora de las fuerzas francesas libres cuando trataba de abandonar la ciudad. Se rindió rápidamente, y fue encarcelado en Fresnes, donde había estado detenido Czerniawski. Yvonne Delidaise y su hermano Richard fueron detenidos el mismo día.

Los interrogadores estadounidenses de Kliemann lo consideraron «de algún modo sospechoso; responde bien ante el halago; hablando lo que haga falta para salvar su pellejo y el de su novia». [1692] Interrogado sobre su trabajo de

inteligencia, Kliemann se volvió más astuto y explicó que había controlado a una agente del máximo nivel en Gran Bretaña, con el nombre en clave de «Trampa», y que estaba «muy orgulloso y satisfecho por los resultados obtenidos». [1693] Entonces Kliemann jugó con lo que pensaba que era su mejor carta, y sugirió que Tesoro debía ser manejada, con su ayuda, como agente doble, ignorando completamente que lo había sido desde el principio. «No tiene ni idea», escribió Liddell, «de que él es el engañado». [1694]

Kliemann fue liberado en mayo de 1945. Regresó a Austria, y a su mujer,

llevándose con él los recuerdos de Yvonne, y una cartera de piel de cerdo de Dunhill de Londres, con la inscripción para «Octave… un recuerdo de Londres». En los años sesenta un artículo de periódico sobreexcitado sobre los espías alemanes describía a Kliemann como alguien con «una mente aguda e implacable». [1695] El recorte fue incluido en su expediente del MI5, con un comentario elocuente y de una sola palabra, junto a esta descripción: «¡¿Kliemann?!».

Más de cinco mil personas fueron detenidas en la orgía de violencia y ajuste de cuentas que siguió a la

conspiración de julio de 1944. Unos días antes del intento de matar a Hitler, Georg Hansen le dijo a su segundo, Wilhelm Kuebart, que estuviera listo para «detener a varios nazis el día del atentado». [1696] Veinticuatro horas después de que la bomba colocada por Claus von Stauffenberg no matara al *Führer*, ambos fueron arrestados. Heinrich Müller, el jefe de la Gestapo, orquestó las represalias sangrientas contra cualquiera que fuera considerado derrotista, desleal o ideológicamente sospechoso. A Hansen y Kuebart pronto se les unieron en la cárcel de Lehrterstrasse Alexis von Roenne, el

experto en inteligencia antinazi. Kuebart fue interrogado sobre por qué había «puesto dificultades» [1697] para entregar a Johnny Jebsen. Sus respuestas fueron rechazadas como una «trama de mentiras». [1698] Llevados ante el Volksgerichtshof, el Tribunal del Pueblo, los prisioneros fueron acusados de conspirar con una «pequeña camarilla de oficiales cobardes para matar a Hitler, derrocar el régimen nacionalsocialista y llegar a un acuerdo de paz indigno con el enemigo». [1699]

Hansen fue ejecutado en la horca el 8 de septiembre de 1944 en la cárcel de Plötzensee de Berlín. Von Roenne fue el

siguiente en ser ejecutado, sin llegar a aclarar nunca si su falsificación de la orden de batalla aliada había sido un acto de sabotaje deliberado. Canaris, el antiguo jefe de la Abwehr, fue mantenido vivo por Himmler como posible peón que se podía usar en una negociación con los británicos; pero finalmente también él fue ejecutado en el campo de concentración de Flossenbürg, en abril de 1945, junto a su segundo, Hans Oster, dos semanas antes de la liberación del campo. Sorprendentemente Kuebart sobrevivió. Ya había escrito cartas de despedida, después de que su abogado dijera que

«consideraba que el caso ya estaba perdido dada la intrínseca gravedad de los cargos», [1700] cuando se enteró de que le habían absuelto por falta de pruebas. Fue dado de baja con deshonor del ejército alemán, y pasó el resto de la guerra trabajando en una granja.

A «Gestapo» Müller le vieron por última vez en el búnker de Hitler el día antes de su suicidio. «Defender Berlín hasta el último hombre, la última bala», [1701] ordenó, y después se desobedeció a sí mismo desapareciendo. Su destino sigue siendo un misterio. Los documentos descubiertos en 2001 parecían indicar que estaba detenido por

los estadounidenses a finales de 1945. Con los años Müller fue «visto» por diversas personas en la Alemania oriental, Checoslovaquia, Suiza, Brasil, Argentina, Paraguay, El Cairo, Damasco, Moscú, Washington y New Hampshire.

Aloys Schreiber, el secuestrador de Jebsen, regresó a la docencia del derecho. Ludovico von Karsthoff (o Kremer von Auenrode, por recuperar su nombre real), el hedonista jefe de la Abwehr en Lisboa, cayó en manos de los soviéticos, y se cree que fue ejecutado. Oscar Reile regresó a Alemania y escribió no menos de tres

trabajos académicos sobre la teoría y la práctica de la inteligencia, y en uno de ellos afirmaba, sin ser muy creíble, que siempre había sospechado que Roman Czerniawski era un agente doble. El cazador de espías Hugo Bleicher escribió una autobiografía sustancialmente engañosa, *Colonel Henri's story* («La historia del coronel Henri»), y murió en 1982. Karl-Erich Kühlenthal se convirtió en un rico y respetado vendedor de telas en Coblenza. Murió en 1975 sin saber hasta qué punto le habían engañado.

Hans Brandes, el traidor de Johnny Jebsen, fue arrestado en Portugal y

estuvo detenido en un campo de internamiento en la zona ocupada por los estadounidenses en Alemania. Convenció a sus captores de que era un «pobre hombre de negocios medio judío y en consecuencia fue absuelto, utilizado como administrador y finalmente liberado». [1702] El MI5 se enfureció cuando descubrió que Brandes se había colado por la red, y describió su interrogatorio como «puro encubrimiento» [1703] y su liberación como una «grave injusticia». [1704] Tar Robertson puso en marcha una caza del hombre: «Brandes estuvo involucrado en el secuestro de Johnny. Sería una

buena idea ponerle las manos encima». [1705] Pero conforme pasaba el tiempo, el recuerdo de su perfidia se difuminó. En 1954 estaba de regreso en la empresa familiar, como director ejecutivo de Fritz Werner Machine Tools. El 15 de abril de 1971, encontraron a Hans Brandes en su coche, en un camino de tierra de Schäftlarn, cerca de Múnich, envenenado.

Johnny Jebsen fue arrastrado al sector Oranienberg del campo de concentración de Sachsenhausen en julio de 1944, un mes después del Día D. Delgado como un esqueleto, apenas podía caminar y «el pelo se le había

caído a trozos». [1706] El campo, a cincuenta kilómetros de Berlín, era un lugar de horror inimaginable. Más de treinta mil prisioneros políticos, homosexuales, gitanos y judíos murieron durante la guerra por agotamiento, enfermedades, malnutrición, ejecuciones o por brutales experimentos médicos.

Petra Vermehren, la periodista detenida después de que su hijo desertara a Estambul, fue internada en Sachsenhausen y se enteró de la llegada de Jebsen por el peluquero del campo. Averiguó en qué celda estaba y lanzó piedras a la ventana «hasta que logró captar su atención». [1707] Jebsen estaba

encantado de encontrarse con su antigua amiga. Entre susurros «le dijo que la Gestapo le había secuestrado porque había revelado información a los británicos». [1708] Había sido detenido bajo la acusación de alta traición, dijo, pero dado que se había negado a hablar, ahora estaba siendo investigado por *Devisen Verbrechen*, el delito con divisas consistente en cambiar billetes falsos de cinco libras. Jebsen no lo sabía pero en Sachsenhausen, Himmler había utilizado a un equipo de 140 judíos encarcelados —fotógrafos, litógrafos y grabadores— para producir en masa moneda falsa británica y

estadounidense. Su «crimen» había comenzado en ese campo de prisioneros, y por parte de los mismos que le acusaban.

Durante los siguientes dos meses, Jebsen estuvo tumbado en su litera, con sus costillas tan rotas que no podía estar de pie. Completamente aislado del mundo exterior, no era consciente de que, en Frankfurt, su mujer Lore estaba embarazada de su hijo. Poco a poco, a pesar de las raciones de hambre, y del frío helador, comenzó a recuperar sus fuerzas, y con ellas, la esperanza. Jebsen comenzó a imaginar maneras de escaparse. Había un grupo de

prisioneros británicos detenidos en Sachsenhausen, incluyendo al capitán Mike Cumberlege, un oficial pirático de la Marina Real, con un pendiente de oro, y al teniente coronel John Churchill, conocido por todos como «Loco Jack», un comando que luchaba armado con espada, arco y gaita. Cumberlege había sido capturado en 1943 mientras trataba de volar el canal Corinto. Churchill había dirigido un desafortunado ataque de una unidad de comandos contra la isla de Brač, en Yugoslavia, en 1944: rodeado de seis de sus hombres interpretó «Will Ye No Come Back Again» con la gaita hasta que les

alcanzó un proyectil de mortero, matándoles a todos menos a él, que fue capturado. Esos eran hombres, como expresó el escritor Saki, «que los lobos habían olfateado». [1709] Jebsen, un hombre que hubiera corrido un kilómetro huyendo de un lobo, trabó una insólita amistad con ambos.

En septiembre de 1944, Jack Churchill se arrastró por un desagüe abandonado bajo la alambrada del campo y se marchó a pie camino de la costa báltica. Le volvieron a capturar, le llevaron a un campo en el Tirol, con guardianes de las SS, y luego liberado por un capitán del ejército alemán

después de que se marcharan los SS. Caminó ciento cincuenta kilómetros hasta Italia, y se juntó a una unidad blindada estadounidense. Cuando finalmente Churchill regresó a Gran Bretaña, presentó una carta escrita por Mike Cumberlege a su mujer. La carta contenía un mensaje, cifrado, que decía lo siguiente: «JOHNNY JEBSEN DETENIDO ALTA TRAICIÓN PUEDES REPETIR POPOFF AYUDA URGENTE SABER DE JJ TODOS LOS CARGOS CONTRA NOSOTROS NO TIENEN BASE». [1710] El Ministerio de Exteriores nunca había oído hablar de Johnny Jebsen, y para empeorar las

cosas, conforme el mensaje fue cifrado. «No puedo hacer mucho con esto. Parece que no tenemos ningún registro de ningún Johnny Jebsen o Debsen», [1711] escribió un funcionario.

En febrero de 1945, una escolta de la Gestapo llegó desde Berlín con órdenes de recoger a Jebsen y a Heinz Moldenhauer. Petra Vermehren vio a los dos hombres marcharse custodiados. El 12 de abril Moldenhauer fue devuelto al campo solo. Le dijo a Vermehren que le sorprendía no encontrar a Jebsen de regreso en Sachsenhausen. El Ejército Rojo se estaba acercando. Una semana después las SS ordenaron a treinta y tres

mil internos que comenzaran una marcha forzada hacia el noreste. Moldenhauer estaba entre los miles que murieron en el camino. Mike Cumberlege ya había sido transferido al campo de Flossenbürg, donde fue ejecutado cinco días antes de ser liberado. Petra Vermehren fue una de las mil cuatrocientas mujeres que seguían en Sachsenhausen cuando el campo fue liberado el 30 de abril. Regresó a Hamburgo, y retomó su carrera de escritora.

Johnny Jebsen se había esfumado. Ian Wilson, que había sido en una época oficial de caso de Artista, partió para encontrarle. Wilson era un hombre de

sentimientos profundos, aunque bien ocultos, y de una lealtad granítica. Era, según dijo, «mi deseo personal ayudar a aquellos que nos habían ayudado», [1712] y nadie había ayudado más que Jebsen. «Siento que corresponde a esta oficina utilizar todas las diligencia posibles para averiguar exactamente lo ocurrido». [1713]

Wilson tenía una deuda con Jebsen y, con la firmeza que era su rasgo distintivo, pretendía saldarla. Recordó que Jebsen había hablado de reunirse con Marie von Gronau en un café de Flensburg tres días después del final de la guerra; en mayo de 1945 escribió al

oficial de la inteligencia británica en esa parte de Alemania, y le pidió que estuviera listo en caso de que Jebsen se presentara.

Mi viejo amigo Johnny Jebsen manifestó hace mucho que cuando los Aliados derrotaran a Alemania, esperaba haber alcanzado Flensburg en Schleswig Holstein. Precisamente es posible que haya sido capaz de llegar a SH, en cuyo caso no tengo dudas de que entrará en contacto con la inteligencia británica. Si llegara a tu conocimiento habría que enviarlo a este país, simplemente para su propia tapadera y protección. Él conoce mi nombre

auténtico, lo que le servirá de contraseña. Espero que haya conseguido la KVK [Cruz al Mérito de Guerra] de Primera Clase que dijo que me iba a regalar. [1714]

Jebsen no apareció. Recordando la «garantía que le habíamos dado de que si algo le pasaba nosotros cuidaríamos del bienestar de su mujer», [1715] Wilson comenzó a buscar a Lore Jebsen, que para entonces ya había dado a luz a su hijo. Con ayuda de Popov la encontró en el sector ruso de Berlín, se las arregló para que se mudara a la zona británica, le ayudó a encontrar un trabajo en los escenarios, influyó en el MI5 para

solicitar al gobierno alemán una pensión estatal, y encontró un abogado para que desenmarañara los asuntos financieros de Jebsen. «Podrá vivir confortablemente», [1716] escribió. John Marriott no podía entender por qué su colega llegaba tan lejos: «No tenemos ninguna responsabilidad financiera, y muy poca de tipo moral, hacia la Sra. Jebsen», escribió. «Wilson es, como sabes, obstinado, pertinaz y bondadoso y tiene un gran sentido de la responsabilidad». [1717] Compartió esa responsabilidad con Popov quien, desconsolado por la desaparición de su amigo, puso en marcha su propia

búsqueda de Jebsen y de aquellos que le habían secuestrado. Viajó a Suiza y Alemania y se entrevistó con cualquiera que pudiera saber de su destino.

Wilson y Popov localizaron a los socios en los negocios de Jebsen, sus amantes y su secretaria Mabel Harbottle. «Ninguno de ellos tenía información definitiva sobre lo que le había pasado a Artista». [1718] Uno de los socios de Jebsen, un yugoslavo llamado Glusevic, dijo que la Gestapo le había interrogado a propósito de Jebsen y que le dio la impresión de que «no le habían sacado información completa sobre nada a Artista». [1719] Wilson fue de cacería

contra los oficiales alemanes, especialmente el investigador jefe *Obergeheimrat* Quitting, «quien es el que tiene más posibilidades de saber el destino final de Artista». [1720] Popov estaba ávido de venganza: «Si tienes suerte y encuentras al hombre, mantenlo vivo hasta que llegue». [1721] Quitting nunca volvió a aparecer.

Parece ser que el NKVD también le seguía la pista a Jebsen. Los miembros de la inteligencia soviética habían interrogado a la familia de Popov en Yugoslavia antes del final de la guerra, y parecían «saberlo todo sobre Jebsen, incluyendo sus visitas a Lisboa». [1722]

Wilson se preguntaba «¿cómo podía ser que el NKVD conociera los movimientos de Jebsen?» [1723] —la respuesta, por supuesto, era Anthony Blunt.

Wilson se negó a perder la esperanza. «No sabemos si Artista sigue o no vivo, pero si lo está, todavía puede demostrar que es un agente valioso». [1724] Volvió a trabajar en el bufete McKenna & Co, pero siguió con la búsqueda. Otros llegaron a la conclusión de que Jebsen debía de estar muerto. Tar Robertson compartía la determinación de Wilson para averiguar «qué le había ocurrido realmente al final, ya que

Johnny desempeñó un trabajo sumamente bueno para nosotros», [1725] pero a regañadientes decidió que debía haber sido enviado al campo de Mauthausen, «que era el lugar habitual donde enviar a los prisioneros para matarlos». [1726] Finalmente Popov llegó a la conclusión de que a su amigo le habían «matado cuando trataba de escapar». [1727] El 17 de febrero de 1950, un tribunal de Berlín dictaminó formalmente que Johnny Jebsen estaba muerto.

Wilson no estaba convencido, y Lore tampoco. «Ella se niega a creer que esté muerto», [1728] escribió Wilson. Petra Vermehren, «la última persona que le

había visto vivo», [1729] también era «tajante al decir que no había muerto» [1730] en Sachsenhausen. Persistió el rumor de que Jebsen «había sido liberado por los rusos solo para volver a arrestarlo y ser enviado a algún campo en Rusia». [1731] Esto explicaría el interés del NKVD soviético. Un informe extraño del MI6, que citaba una fuente estadounidense en Lisboa, informó de que «Johnny Jebson [sic] ha partido para Inglaterra». [1732] En un interrogatorio posterior a la guerra, Wlater Schellenberg, el jefe de la inteligencia nazi, afirmó categóricamente: «A Jebsen no le han matado». [1733]

El misterio perduró, pero las investigaciones de Wilson habían demostrado algo más allá de toda duda: Jebsen había «conservado la fe»; [1734] nunca había revelado nada a sus captores sobre el complot de la Doble Cruz, ni antes ni después del Día D. «No hay nada que indique que sea lo que sea que le haya ocurrido fuera obligado a revelar hechos que quería mantener en secreto». Jebsen se había llevado su secreto a la tumba, o fuera donde fuese que se había desaparecido.

Quizá Jebsen se viera atrapado en los últimos espasmos asesinos del régimen nazi, tal y como creía Tar,

asesinado y arrojado en alguna tumba colectiva anónima, como tantos otros. O quizá logró escaparse. En el caos y la confusión de esos días finales, era fácil desaparecer. Heinrich Müller desapareció, al igual que Quitting y otros nazis. También lo hicieron Juan Pujol y Paul Fidrmuc, agentes Garbo y Ostro. Roger Michael, el asistente de Von Roenne que podía haber espiado para ambos bandos, o para ninguno, llegó al final de la guerra, y después se evaporó. Johnny Jebsen tenía la ingenuidad, los medios y los motivos para desaparecer. Sus colegas habían llegado a pensar que sus fondos eran

«inagotables», y era un reconocido experto en sobornos. Tenía muchas deudas que cobrar, muchos contactos en los bajos fondos para protegerle, y muchos lugares en los que se podía esconder. Tenía cuentas corrientes en París, Londres, Berlín, San Francisco, Dubrovnik y Shanghai. Tenía todos los motivos para no quedarse en Alemania para tratar de sus cuestionables negocios con las autoridades, y todos los motivos para querer empezar desde cero, en algún otro lugar y siendo otra persona. Ian Wilson murió en 1978, y se seguía preguntando qué había pasado con su espía perdido.

Los agentes dobles de la Doble Cruz espiaron por la aventura y el beneficio, por patriotismo, avaricia y convencimiento personal. Formaban un equipo de excéntricos, exasperantes, valerosos y tuvieron un éxito asombroso. Y el más importante de todos había desaparecido de la historia, del mismo modo que lo había hecho del mundo, a la edad de veintisiete años: Johnny Jebsen, antiguo *playboy* internacional convertido en «hombre de negocios»; el anglófilo fumador empedernido que se dedicó a espiar para no combatir. Era incapaz de resistirse a las tentaciones mundanas,

pero al final resistió a los torturadores de la Gestapo. Como mucha gente corriente, imperfecta, no sabía de su propia valentía hasta que la guerra la sacó a la luz. Fácilmente Jebsen podría haber dado un giro desastroso a la historia para salvar el pellejo, pero decidió no hacerlo. El agente Artista no fue un héroe convencional del Día D, aun así fue un héroe.



Johnny Jebsen

Bibliografía

Archivos

British Library Newspaper Archive, Colindale.

Bundesarchiv-Militärchiv, Friburgo.

Churchill Archives Centre, Churchill College, Cambridge. IWM Archives, Imperial War Museum, Londres.

National Archives, Kew.

National Archives, Washington DC.

Fuentes Publicadas

Andrew, Christopher, *Secret*

Service: The Making of the British Intelligence, Community, Londres, 1985.

The Defence of the Realm: The Authorised History of MI5, Londres, 2009.

Bailey, Roderick, *Forgotten Voices of D-Day*, Londres, 2010.

Barbier, Mary Kathryn, *D-Day Deception: Operation Fortitude and the Normandy Invasion*, Mechanicsburg, PA, 2009.

Barreiros, José António, *Nathalie Sergueiew: Uma Agente Dupla em Lisboa*, Lisboa, 2006.

Beesley, Patrick, *Very Special*

Admiral: The Life of Admiral J. H. Godfrey, Londres, 1980.

Beevor, Antony, *D-Day*, Londres, 2009. [Hay trad. cast.: *El Día D. La batalla de Normandía*, Crítica, Barcelona, 2009.]

Bennett, Gill, *Churchill's Man of Mystery: Desmond Morton and the World of Intelligence*, Londres, 2007.

Bennett, Ralph, *Behind the Battle: Intelligence in the War with Germany, 1939-1945*, Londres, 1999.

Ultra and Mediterranean Strategy 1941-1945, Londres, 1989.

Benton, Kenneth, «The ISOS Years: Madrid 1941-1943», *Journal of*

Contemporary History, vol. 30, n.º 3, julio de 1995.

Bower, Tom, *The Perfect English Spy: Sir Dick White and the Secret War, 1935-1990*, Londres, 1995.

Bristow, Desmond y Bill Bristow, *A Game of Moles: The deceptions of an MI6 Officer*, Londres, 1993. [Hay trad. cast.: *Juego de topos*, Ediciones B, Barcelona, 1993.]

Carré, Lily Mathilde, *I Was the Cat*, Londres, 1960.

Carter, Miranda, *Anthony Blunt: His Lives*, Londres, 2001. [Hay trad. cast.: *Anthony Blunt: el espía de Cambridge*, Tusquets, Barcelona, 2004.]

Cave Brown, Anthony, *Bodyguard of Lies*, vol. 1, Londres, 1975.

Crowdy, Terry, *Deceiving Hitler: Double Cross and Deception in World War II*, Londres, 2008.

Curry, J., *The Security Service 1908-1945: The Official History*, Londres, 1999.

Delmer, Sefton, *The Counterfeit Spy*, Londres, 1973.

Elliott, Geoffrey, *Gentleman Spymaster*, Londres, 2011.

Farago, Ladislas, *The Game of the Foxes: The Untold Story of German Espionage in the US and Great Britain During World War Two*, Nueva York y

Londres, 1972.

Fest, Joachim, *Plotting Hitler's Death: The German Resistance to Hitler 1933-1945*, Londres, 1996.

Foot, M. R. D., *SOE: The Special Operations Executive 1940-1946*, Londres, 1999.

Garby-Czerniawski, Roman, *The Big Network*, Londres, 1961.

Gilbert, Martin, *Winston S. Churchill*, vol. 6: *Finest Hour, 1939-1941*, Londres, 1983.

Harris, Tomás, *Garbo: the spy who save D-Day*, introducción de Mark Seaman, Londres, 2004. [Hay trad. cast.: *Garbo: doble agente, el espía que salvó*

el Día D, Martínez Roca, Madrid, 2004.]

Hastings, Max, *Finest Years: Churchill as Warlod 1940-1945*, Londres, 2009. [Hay trad. cast.: *La guerra de Churchill*, Crítica, Barcelona, 2010.]

Overlord: D-Day and the Battle for Normandy, 1944, Londres, 1984.

Hennessy, Thomas, y Claire Thomas, *Spooks: The Unofficial History of MI5*, Stroud, 2010.

Hesketh, Roger, *Fortitude: The D-Day Deception Campaign*, Londres, 1999.

Hinsley, F. H., *British Intelligence*

in the Second World War: Its Influence on Strategy and Operations, vol. 1, Londres, 1979.

Hinsley, F. H. y C. A. G. Simkins, *British Intelligence in the Second World War: Security and Counter-Intelligence*, vol. 4, Londres, 1990.

Holmes, Richard, *Churchill's Bunker: The Secret Headquarters at the Heart of Britain's Victory*, Londres, 2009.

Holt, Thaddeus, *The Deceivers: Allied Military Deception in the Second World War*, Londres, 2004.

Howard, Michael, *British Intelligence in the Second World War*,

vol. 5: *Strategic Deception*, Londres, 1990.

Grand Strategy, Londres, 1972.

Jeffery, Keith, *MI6: The History of the Secret Intelligence Service 1909-1949*, Londres, 2010.

Johnson, David Alan, *Betrayal: The True Story of J. Edgar Hoover and the Nazi Saboteurs Captured During WWII*, Nueva York, 2007.

Righteous Deception: German Officers against Hitler, Westport, Connecticut, 2001.

Kahn, David, *Hitler's Spies: German Military Intelligence in World War II*, Nueva York, 1978.

Knightley, Philip, *The Second Oldest Profession*, Londres, 1986.

Levine, Joshua, *Operation Fortitude: The Story of the Spy Operation that Saved D-Day*, Londres, 2011.

Liddell, Guy, *The Guy Liddell Diaries, 1939-1945*, vols. 1 y 2, ed. Nigel West, Londres, 2005.

McLachlan, Donald, *Room 39: Naval Intelligence in Action 1939-45*, Londres, 1968.

Masterman, J. C., *On the Chariot Wheel: An Autobiography*, Oxford, 1975.

The Double Cross System in the

War 1939-1945, Londres, 1972.

Miller, Russell, *Codename Tricycle: The True Story of the Second World War's Most Extraordinary Double Agent*, Londres, 2005.

Moen, Jan, *John Moe: Double Agent*, Londres, 1986.

Montagu, Ewen, *Beyond Top Secret Ultra*, Londres, 1977.

Mure, David, *Practise to Deceive*, Londres, 1997.

Paine, Lauran, *The Abwehr: German Military Intelligence in World War II*, Londres, 1984.

Philby, Kim, *My Silent Ward. The Autobiography of a Spy*, Londres, 1968.

[Hay trad. cast.: *Mi guerra silenciosa*, Plaza y Janés, Barcelona, 1969.]

Popov, Dusko, *Spy/Counterspy*, Nueva York, 1974. [Hay trad. cast.: *Espía y contraespía*, Bruguera, Barcelona, 1974.]

Rankin, Nicholas, *Churchill's Wizards: The British Genius for Deception 1914-1945*, Londres, 2008.

Reile, Oscar, *Geheime West Front*, Múnich, 1962.

Rose, Kenneth, *Elusive Rothschild: The Life of Victor, Third Baron*, Londres, 2003.

Sebag-Montefiore, Hugh, *Enigma: The Battle for the Code*, Londres, 2000.

Sergueiev, Lily, *Secret Service Rendered: An Agent in the Espionage Duel Preceding the Invasion of France*, Londres, 1968.

Smith, Michael, *Foley: The Spy Who Saved 10,000 Jews*, Londres, 1999.

Stafford, David, *Churchill and the Secret Service*, Londres, 1997.

Roosevelt and Churchill: Men of Secrets, Londres, 1999.

Ten Days to D-Day, Londres, 2004. [Hay trad. cast.: *El desembarco de Normandía*, Espasa Calpe, Madrid, 2004.]

Stephens, Robin «Tin-eye», *Camp 020: MI5 and the Nazi Spies*,

introducción de Oliver Hoare, Londres, 2000.

Waller, John H., *The Unseen War in Europe: Espionage and Conspiracy in the Second World War*, Nueva York y Londres, 1996.

West, Nigel, *At Her Majesty's Secret Service: The Chiefs of Britain's Intelligence Agency, MI6*, Londres, 2006.

Mask: MI5's Penetration of the Communist Party of Great Britain, Londres, 2005.

MI5: British Security Service Operations 1909-45, Londres, 1981.

*Venona: The Greatest Secret of the

Cold War, Londres, 1999.

West, Nigel y Oleg Tsarev (eds.), *Triplex: Secrets from the Cambridge Five*, Yale, 2009.

West, Nigel y Juan Pujol García, *Operation Garbo*, Londres, 2011. [Hay trad. cast.: *Garbo: el espía del siglo*, Planeta, 1986.]

Wilson, Emily Jane, «The War in the Dark: The Security Service and the Abwehr 1940-1944», Tesis doctoral, Cambridge, 2003.

Winterbotham, F. W., *The Ultra Secret*, Londres, 1974. [Hay trad. cast.: *Ultrasecreto*, Grijalbo, 1975.]

Agradecimientos

Una vez más estoy en deuda con una serie de personas que me han ayudado a escribir este libro al proporcionarme generosamente sus consejos, hospitalidad, burlas suaves, comida y camaradería, así como acceso a documentos, fotografías, entrevistas grabadas y recuerdos. Estoy especialmente agradecido a las familias de los agentes y sus oficiales de caso, tanto alemanes como británicos, que me suministraron un material tan valioso: Fiona Agassiz, Robert Astor, Marcus Cumberlege, Gerry Czerniawski, Prue

Evill, Jeremy Harmer, la difunta Peggy Harmer, Anita Harris, Caroline Holbrook, Alfred Lange, Karl Ludwig Lange, David McEvoy, Belinda McEvoy, Marco Popov, Misha Popov y Alastair Robertson. Me he beneficiado mucho de las habilidades de una serie de historiadores y escritores brillantes, entre ellos Christopher Andrew, Michael Foot, Peter Martland, Russell Miller, Nigel West y Paul Winter. Mi agradecimiento a Jo Carlill por su magnífica investigación sobre las fotografías, Ben Blackmore por las muchas horas de investigación en Kew, Mary Teviot por su trabajo detectivesco

genealógico, Manuel Aicher por sus investigaciones en Alemania, José António Barreiros en Lisboa y Begoña Pérez por su ayuda con la traducción del portugués. También estoy agradecido por los consejos, ayuda y ánimo de Hugh Alexander, David A. Barrett, Paul Bellsham, Roger Boyes, Martin Davidson, Sally George, Phil Reed, Stephen Walker, Matthew Whiteman y todos mis amigos y colegas de *The Times*. Tengo una deuda especial con Terry Charman, Robert Hands y Mark Seaman por leer el manuscrito y ahorrarme algunos errores garrafales terribles. El resto de los errores son

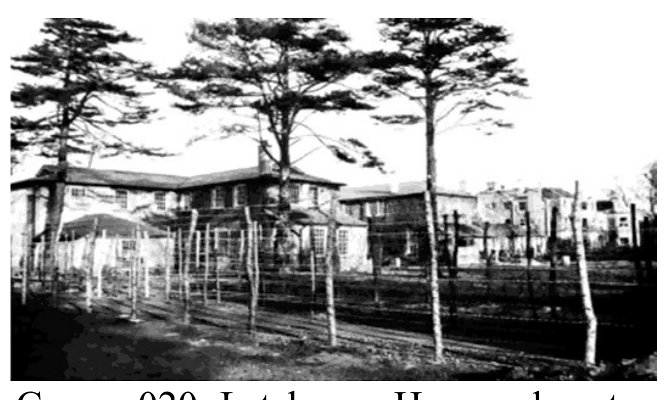
todos de mi cosecha. Para aquellos que prefieren no ser nombrados, estoy profundamente agradecido por vuestra ayuda.

Es un placer y un privilegio ser publicado por Bloomsbury; mi agradecimiento a Anna Simpson y Katie Johnson por su inagotable eficiencia y paciencia, y a Michael Fishwick, leal editor y querido amigo. Mi agente Ed Victor ha sido una roca de apoyo a lo largo de mi carrera de escritor. Mis hijos me han mantenido cuerdo durante otro libro con su apoyo y buen humor; y a Kate, como siempre, todo mi amor.

Cuaderno de imágenes

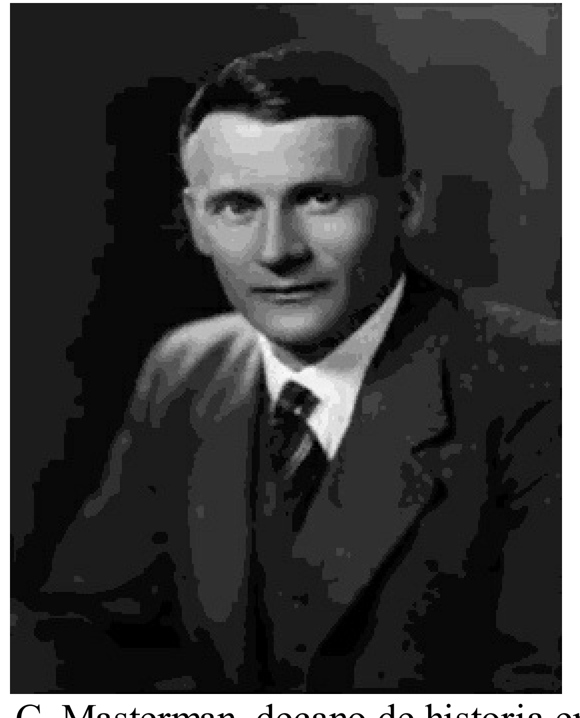


Tommy Argyll «Tar» Robertson, el cerebro de la Doble Cruz.



Campo 020: Latchmere House, el centro ultrasecreto de interrogatorios en el suroeste de Londres, donde los espías detenidos eran encarcelados,

interrogados y «convertidos».



J. C. Masterman, decano de historia en Oxford, jugador de cricket y el «viejo estadista» del sistema de la Doble Cruz.



Gisela Ashley, alias «Susan Barton», experta en nazismo, nacida en Alemania y la mujer de mayor responsabilidad en la B1A.



Dusko Popov, «Agente Triciclo»,

playboy serbio, hombre de negocios internacional y agente doble.



La estrella de cine francesa Simone Simon, una de las muchas amantes de Popov.



Maria Elera, modelo brasileña: fotografía de los archivos del MI5 etiquetada cansinamente como «La última novia de Popov».



Popov con su primera mujer, Janine.

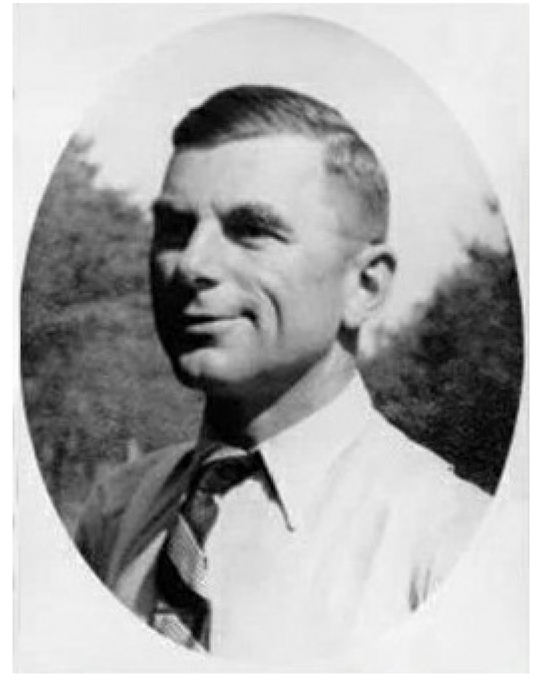


Roman Czerniawski, «Agente Bruto»: un patriota polaco, oficial de inteligencia entrenado y el más profesional de los

espías de la Doble Cruz.



El capitán Czerniawski (cuarto desde la derecha) con su regimiento polaco poco antes de la caída de Francia en 1940.



Coronel Oskar Reile, el oficial de caso alemán de Czerniawski.



Hugo Bleicher, el implacable oficial de contraespionaje de la Adwehr en París.



Monique Deschamps, «Agente Mosquito», el agente de la Resistencia francesa que posteriormente se casaría con Roman Czerniawski.


RESTAURANT

Mathilde Carré, «La Gata», la agente de la Resistencia que ayudó a crear y luego a destruir, la red de Czerniawski.



Mathilde Carré fuera del restaurante de

Montmartre donde traicionó a la red de inteligencia Interallié.



Elvira Josefina Concepción de la Fuente Chaudoir, «Agente Bronx», aparece aquí en el Hurlingham Club con el oficial de

caso del MI5 Billy Luke.



Comandante Christopher Harmer, abogado en tiempos de paz, oficial de caso de Bruto, Bronx, Mutt y Jeff.



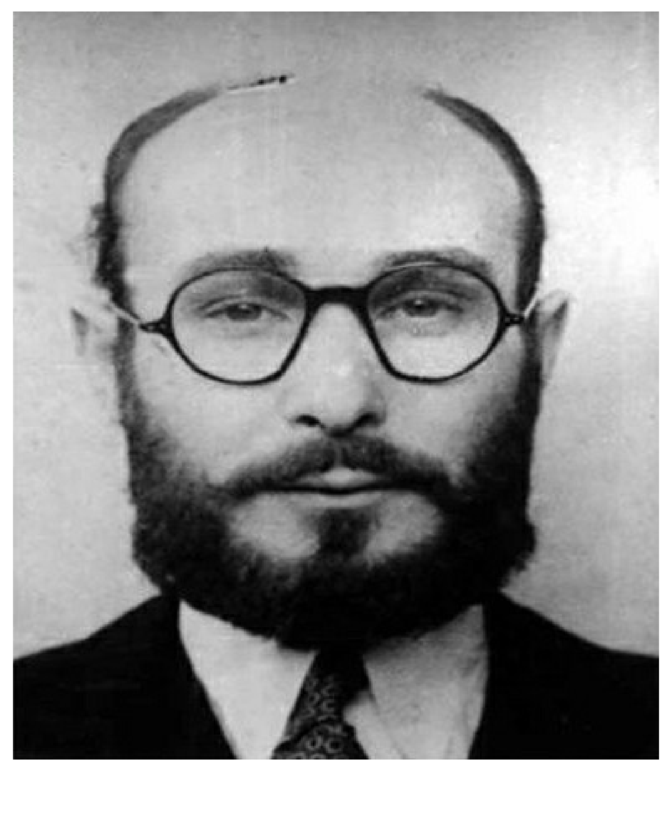
Hugh Astor, oficial de caso de Ruto y Bronx.



Helmut Bleil, el agente de inteligencia alemán alcohólico que reclutó a Elvira Chaudoir en el sur de Francia.



Juan Pujol García, «Agente Garbo», y su mujer Araceli, en España hacia 1940, durante uno de los pocos momentos de armonía doméstica.



Garbo disfrazado, un hombre de «gran

ingenuidad y un celo apasionado y quijotesco hacia sus tareas».



Karl-Erich Kühlenthal de la Adwehr de Madrid, el crédulo oficial de caso

alemán de Garbo.



Tomás Harris, el marchante medio español que ayudó a Garbo a crear una

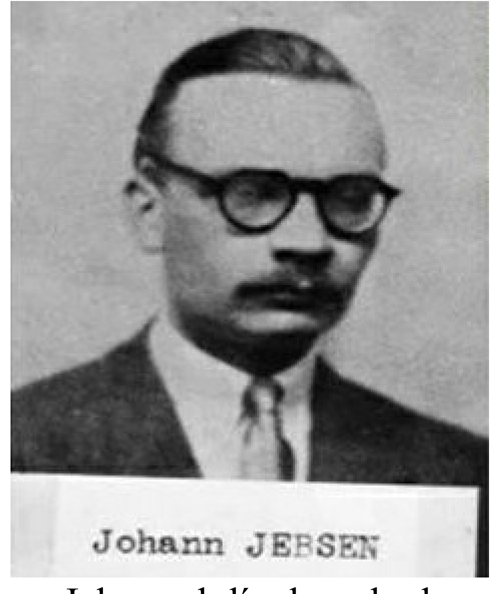
red ficticia de veintisiete subagentes por toda Gran Bretaña.



Johnny Jebsen en Turquía en 1942.



Johnny Jebsen, «Agente Artista».



Johnny Jebsen el día de su boda con la actriz Lore Petersen, a la que fue infiel

de manera sucesiva, pero profundamente leal.



Almirante Wilhelm Canaris, jefe de la Adwehr, la inteligencia militar alemana.



Paul Fidrmuc, «Agente Ostro», apreciado agente-mensajero de la Adwehr y farsante.

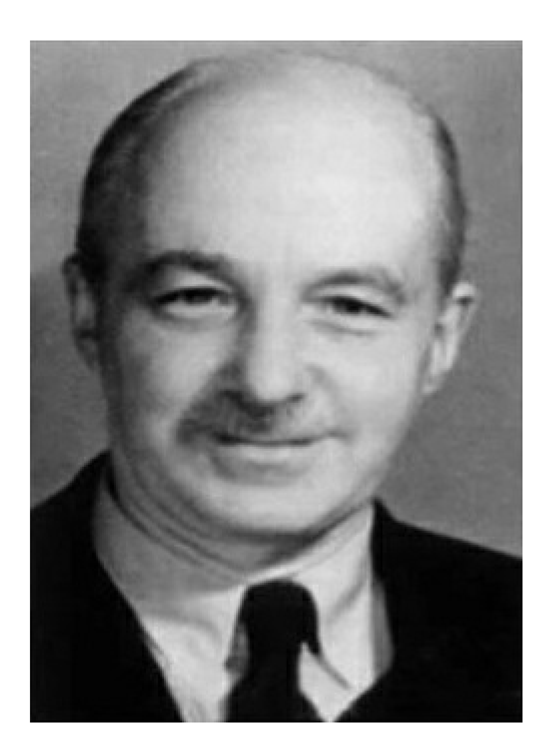


Hans Oster, segundo de Canaris y conspirador secreto antinazi que reclutó a Jebsen para la Adwher.



Anthony Blunt, oficial del MI5, experto en arte y topo soviético. «Era un hombre muy agradable y civilizado, y nos

traicionó a todos».



Guy Liddell, jefe de la Sección B de la contrainteligencia del MI5. Era timido y tocaba el chelo.



Las descifradoras trabajando en Bletchley Park, el centro de

desciframineto en Buckinghamshire con el nombre en clave de Campo X. Los mensajes alemanes descifrados se hacían circular como las «Fuentes Más Secretas» o MSS.



Con informadores de los descifradores, el MI5 interceptó a montones de espías enemigos, como John Moe y Tör Glad, agentes dobles «Mutt» y «Jeff», fotografiados antes de su marcha de Noruega en 1941.



RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

PRÉFECTURE DE POLICE

N° 1368427

Série B

CARTE D'IDENTITÉ

Nom : Serguerew

Prénoms : Nathalie

Né le 25 Janvier 1912

à Petrograd

département Russie

Nationalité : *Française.*

Profession : Sans

Domicile : Paris 17e

19, rue Jouffroy

SIGNALEMENT

Taille	1m 65	Nez { Dos	rect Base hor
Cheveux	ch.	Dimension	moy.
Moustache	—	Forme générale du visage	ov.
Yeux	bleus	Teint	ord.

Signes particuliers —

Empreinte digitale

Signature du titulaire,

Serguerew

Paris, le 20 NOV 1941 19

LE PRÉFET DE POLICE,

PRÉFECTURE DE POLICE

Service

Carte d'Identité

Française

Direction des Affaires ... Police Générale

3-J — Imp. Chaix (B) ... 10

Carnet de identidad francés de Lily Sergeyev, emitido en noviembre de 1941, poco después de ser reclutada por la inteligencia alemana. En Parías fue instruida en el uso de la radio, la tinta invisible y el cifrado de mensajes.

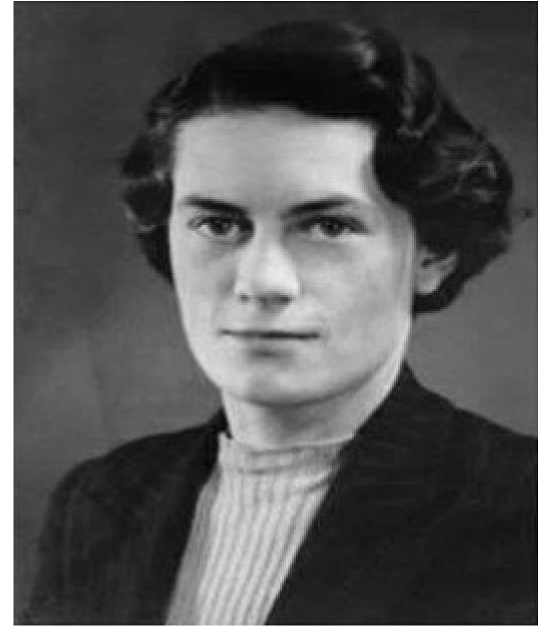


Lily Sergeyev, «Agente Tesoro», que aportó «una rica dote: la confianza de los alemanes».



Babs, el amado perro de Lily, un participante crítico, aunque insólito, en

la historia del Día D.



Mary Sherer: la única oficial mujer en el

equipo de la Doble Cruz.



Las palomas se utilizaron para transmitir mensajes, reunir información de detrás de las lineas enemigas y suministrar falsa información al enemigo.



Tropas del Día D en Weymouth dirigiéndose a la batalla: «Fácilmente podría haber sido el desastre más horrible de toda la guerra».



Clifton James, actor australiano, representando el papel del general Bernard Montgomery.



Winston Churchill y el verdadero Monty, preparándose para la batalla.



Tanques falsos listos para la Operación Fortaleza: se desplegarían cientos de estos por el sureste de Inglaterra para dar la impresión de que existía un enorme ejército preparándose para atacar Calais.



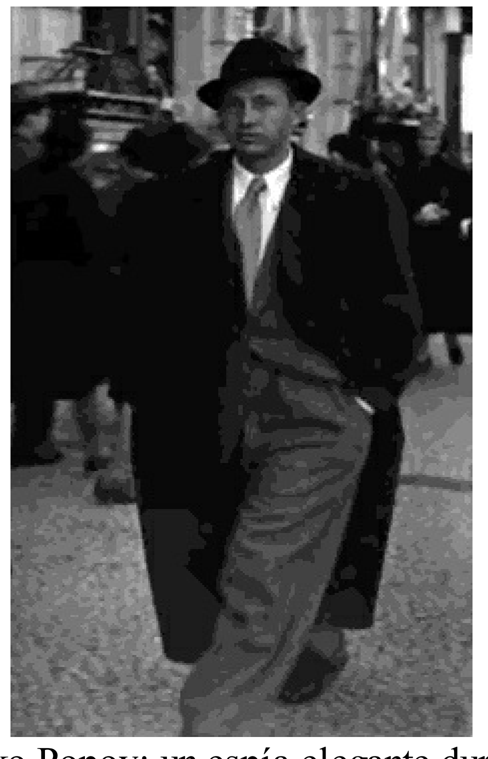
Los falsos tanques eran fáciles de mover, pero con viento fuerte tendían a despegar.



Un falso caza Hurricane. Se esperaba que ningún espía enemigo se acercara lo suficiente como para descubrir el engaño.



Lanchas de desembarco falsas ancladas en el río Orwell. Eran parte de una flotilla fingida lista para transportar un ejército fingido en una invasión que nunca tendría lugar.



Dusko Popov: un espía elegante durante la guerra.



Certificado de la medalla Virtuti Militari —la mayor condecoración militar polaca— de Roman Czerniawski.



Emile Kliernann y Lily Sergeyev en el Castelo dos Mouros (Sintra) en marzo de 1944. La fotografía fue tomada con una cámara Zeiss suministrada por el MI5.



Claus von Stauffenber, cabecilla de la conspiración de julio de 1944 para asesinar a Hitler.



Georg Hansen, conspirador antinazi y jefe de la contrainteligencia alemana.

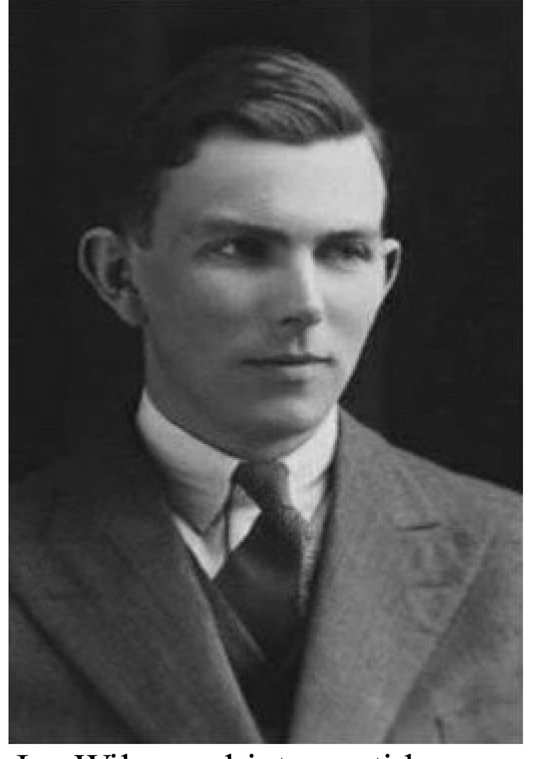


Barón Hiroshi Oshima, embajador japonés en Berlín, presentando sus

credenciales a Hitles mientras les contempla el ministro de Asuntos Exteriores von Ribbentrop.



Tar Robertson: «inmensamente agradable y enormemente atractivo».



Ian Wilson, el introvertido pero entregado oficial de caso de Dusko

Popov y de Johnny Jebsen.



Charles de Salis, oficial del MI6 en Lisboa y punto de contacto de Jebsen con la inteligencia británica.



El general Dwight Eisenhower y Wiston Churchill se preparan para la «Gran Cruzada».



El general George Patton: «un maldito histrión innato».



Erwin Rommel inspecciona las defensas alemanas del canal de la Mancha, confiado en que no se podría abrir una brecha en el Muro Atlántico.



Oficiales alemanes en la costa francesa, en 1944, esperando la invasión.



Hans Brandes, traficante de armas, espia y «amigo» de Jebsen.



Comandante Wilhelm Kuebart: «el hombre más inteligente de la Adwehr».



Marie von Gronau, secretaria en la estación de la Adwehr y amante de Jebsen.



Heinz Paul Moldenhauer, el oficial de la Adwehr secuestrado junto a Jebsen.



Johnny Jebsen en el puerto de Estoril, Lisboa, 1944.



Capitán Mike Cumberlege, el pirático

oficial de la Marina Real capturado cuando intentaba volar en canal Corinto.



El 8 de Prince Albrecht Strasse, en Berlín: la prisión de la Gestapo donde estuvo detenido Jebsen.



Una de las treinta y nueve celdas incomunicadas en el sótano de la prisión de la Gestapo.



Tropas de la invasión desembarcando el Día D. «Simplemente mantened al Decimoquinto Ejército lejos de mí durante los dos primeros días», dijo Eisenhower.



Las tropas refuerzan las cabezas de playa después de los desembarcos de Normandía.



Los enormes puertos artificiales conocidos como «Puertos Mulberry», construídos en Gran Bretaña y después arrastrados a través del canal de la Mancha.

2 GROUP II/1A
MADRID 1 TO BERLIN
RSS 128, 130/9/6/44
TTC on 12896 kcs. 1050 GMT 9/6/44
AUI on 9288 kcs. 1107 GMT 8/6/44
256

267. To HEROLD. Please inform LUDWIG MARTIN at your end. Other Stellen not informed. V ALARIC ARABAL reports on 9th June from GOLFPLATZ via FELIPE: after personal discussion on 8th June in LONDON with my agents DONNY DICK and DORICK, whose reports were passed over today, I am of the opinion, by reason of the large troop assemblage in South-east and East ENGLAND which are not taking part in the present operations, that these operations are diversionary manoeuvres aiming to draw on themselves enemy reserves in order subsequently to make a decisive blow at another place. Having regard to the air-raids carried out there and the situation, strategically favourable for this purpose, of the above mentioned assembly area, this [blow] might well be made in the PAS DE CALAIS area, especially as, if there were such an attack, the nearer air-bases would facilitate a continuous and very strong support by the air force for such an undertaking. According to

Mensaje de la Adwehr interceptado tres días después del Día D en el que Garbo advierte a los alemanes de que esperen una segunda invasión «decisiva» en el paso de Calais.



Fortaleza Norte: en Noruega las tropas alemanas esperaron una invasión que nunca llegó.



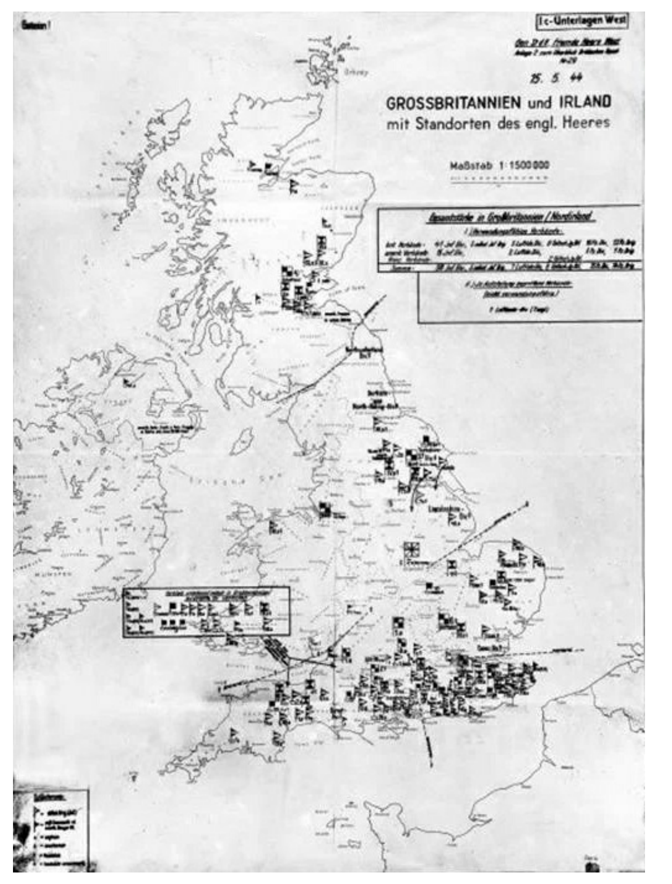
Fortaleza Sur: un tanque alemán del Decimoquinto Ejercito defiende las playas de Calais.



La costa del paso de Calais, fuertemente fortificada, donde los alemanes esperaban una segunda, y aún mayor, invasión aliada.



Calais: «Es ahí donde el enemigo debe atacar y atacará», dijo Hitler.


Ic-Unterlagen West
15. 5. 44
GROSSBRITANNIEN und IRLAND
mit Standorten des engl. Heeres
Maßstab 1:1500000
Orkney

Mapa alemán capturado que muestra las tropas de la FUSAG, el ejército fantasma concentrado en el sureste de Inglaterra. «Era casi idéntico al Plan Fortaleza».



Ben Macintyre (nacido en 1963) es un autor británico, historiador y columnista-editor en The Times, diario para el cual también ha trabajado como corresponsal en Nueva York, París y Washington. Sus columnas van desde temas de actualidad a las controversias

históricas. MacIntyre es el autor de un libro sobre el caballero criminal Worth Adán, *El Napoleón del Crimen: La vida y los tiempos de Adam Worth, Master Thief*.

También escribió *El hombre que pudo reinar: el primer americano en Afganistán*, y un libro sobre el agente doble de la vida real de Alemania y Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial, Eddie Chapman, titulado *El Agente Zigzag: La verdadera historia de Eddie Chapman, el espía más asombroso de la segunda guerra mundial*. En 2008 MacIntyre escribió un relato informativo ilustrado de Ian

Fleming, creador del personaje ficticio espía James Bond, para acompañar el «For Your Eyes Only» exposición en el Museo Imperial de Guerra de Londres, que fue parte de las celebraciones del centenario de Fleming.

Tres de sus libros se han realizado recientemente en documentales para la BBC: *Operación carne picada* (2010), *Double Agent: La historia de Eddie Chapman* (2011), y *Double Cross, La verdadera historia de los espías del Día D* (2012).

Notas

Las notas marcadas con KV se refieren a los archivos del Servicio de Seguridad, CAB para los archivos de la Oficina del Gabinete y FO para los archivos del Ministerio de Exteriores en los National Archives (TNA), Kew.

[1] Winston Churchill, *Pensamientos y aventuras*, Barcelona, Libros de nuestro tiempo, 1943. <<

[2] Sun Tzu, *El arte de la guerra*, La Esfera de los Libros, 2007. <<

[3] Mariscal lord Alanbrooke, *War Diaries 1939-1945*, Londres, 2001, p. 554. <<

[4] Cuarto encuentro Eureka, 30 de noviembre de 1943, citado en Thaddeus Holt, *The Decievers: Allied Military Deception in the Second World War 1939-1945*, Londres, 1972, p. 150. <<

[5] *Ibid.* <<

[6] Guardaespaldas. (N. del t.) <<

[7] J. C. Masterman, *The Double Cross System in the War 1939-1945*, Londres, 1972, p. 150. <<

[8] Directiva del *Führer* n.º 51, 3 de noviembre de 1943, citada en Joshua Levine, *Operation Fortitude: The Story of the Spy Operation that Saved D-Day*, Londres, 2011, p. 199. <<

[9] Dusko Popov, *Spy/Counterspy*, Nueva York, 1974, p. 5. <<

[10] KV 2/846. <<

[11] *Ibid.* <<

[12] *Ibid.* <<

[13] Popov, Espía y contraespía. <<

[14] *Ibid.* <<

[15] *Ibid.* <<

[16] *Ibid.* <<

[17] *Ibid.* <<

[18] *Ibid.* <<

[19] *Ibid.* <<

[20] *Ibid.* <<

[21] *Ibid.* <<

[22] *Ibid.* <<

[23] Personaje de ficción de Wodehouse. Destacado representante de los «ricos holgazanes». (N. del t.) <<

[24] *Ibid.* <<

[25] *Ibid.* <<

[26] KV 2/845. <<

[27] KV 2/856. <<

[28] KV 2/859. <<

[29] Popov, Espía y contraespía. <<

[30] *Ibid.* <<

[31] *Ibid.* <<

[32] *Ibid.* <<

[33] *Ibid.* <<

[34] *Ibid.* <<

[35] KV 2/72. <<

[36] *Ibid.* <<

[37] *Ibid.* <<

[38] Roman Garby-Czerniawski, *The Big Network*, Londres, 1961, p. 14. <<

[39] *Ibid*, p. 21. <<

[40] *Ibid*, p. 22. <<

[41] *Ibid.* <<

[42] *Ibid*, p. 43. <<

[43] Lily Mathilde Carré, *I Was the Cat*, Londres, 1959, p. 69. <<

[44] *Ibid*, p. 68. <<

[45] *Ibid*, p. 66. <<

[46] *Ibid*, p. 67. <<

[47] *Ibid*, p. 70. <<

[48] *Ibid*, p. 69. <<

[49] Garby-Czerniawski, *The Big Network*, p. 47. <<

[50] *Ibid*, p. 49. <<

[51] *Ibid.* <<

[52] *Ibid*, p. 56. <<

[53] Carré, *I Was the Cat*, p. 86. <<

[54] Garby-Czerniawski, *The Big Network*, p. 79. <<

[55] *Ibid*, p. 124. <<

[56] Carré, *I Was the Cat*, p. 81. <<

[57] Sustituir la tapadera después de usarlo. (N. del t.) <<

[58] Garby-Czerniawski, *The Big Network*, p. 77. <<

[59] *Ibid*, p. 83. <<

[60] *Ibid*, p. 125. <<

[61] *Ibid*, p. 144. <<

[62] Carré, *I Was the Cat*, p. 98. <<

[63] Garby-Czerniawski, *The Big Network*, p. 120. <<

[64] *Ibid*, p. 58. <<

[65] *Ibid*, p. 180. <<

[66] *Ibid*, p. 188. <<

[67] *Ibid*, p. 187. <<

[68] *Ibid*, p. 194. <<

[69] *Ibid*, p. 205. <<

[70] *Ibid.* <<

[71] KV 2/2098. <<

[72] *Ibid.* <<

[73] Citado en Anthony Read y David Fisher, *Colonel Z: The Secret Life of a Master of Spies*, Londres, 1985, p. 361. <<

[74] Nigel West, «High Society Spy», *Mail on Sunday*, 7 de mayo de 1995. <<

[75] KV 2/2098. <<

[76] *Ibid.* <<

[77] *Ibid.* <<

[78] *Ibid.* <<

[79] *Ibid.* <<

[80] West, «High Society Spy». <<

[81] *Ibid.* <<

[82] KV 2/2098. <<

[83] Ibid <<

[84] *Ibid.* <<

[85] Nigel West y Juan Pujol García, *Operation Garbo*, Londres, 2011, p. 48. <<

[86] *Ibid.* <<

[87] *Ibid*, p. 49. <<

[88] *Ibid*, p. 49. <<

[89] *Ibid*, p. 29. <<

[90] *Ibid.* <<

[91] *Ibid.* <<

[92] *Ibid*, p. 50. <<

[93] Mark Seaman, introducción a Tomás Harris, *Garbo: The spy Who Saved D-Day*, Londres, 2004, p. 50. <<

[94] *Ibid.* <<

[95] Lily Sergueiev, Secret Service Rendered: An Agent in the Espionage Duel Preceding the Invasion of France, Londres, 1968, p. 10. <<

[96] José António Barreiros, *Nathalie Sergueiew: Uma Agente Dupla em Lisboa*, Lisboa, 2006, p. 34. <<

[97] KV 2/464. <<

[98] Barreiros, *Nathalie Sergueiew*, p. 56. <<

[99] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 32. <<

[100] *Ibid*, p. 33. <<

[101] *Ibid.* <<

[102] *Ibid.* <<

[103] *Ibid*, p. 15 <<

[104] *Ibid*, p. 56. <<

[105] KV 2/853. <<

[106] KV 2/859 <<

[107] Dusko Popov, *Spy/Counterspy*, Nueva York, 1974, p. 21. <<

[108] *Ibid.* <<

[109] KV 2/845. <<

[110] *Ibid*. <<

[111] Popov, Spy/Counterspy. <<

[112] *Ibid.* <<

[113] KV 2/845. <<

[114] *Ibid.* <<

[115] *Ibid.* <<

[116] *Ibid.* <<

[117] *Ibid*, p. 18. <<

[118] *Ibid.* <<

[119] *Ibid*, p. 45. <<

[120] KV 2/847. <<

[121] Popov, *Spy/Counterspy*, p. 47. <<

[122] KV 2/847. <<

[123] Popov, *Spy/Counterspy*, p. 53. <<

[124] *Ibid.* <<

[125] Popov, *Spy/Counterspy*, p. 24. <<

[126] *Ibid.* <<

[127] KV 5/186, Diarios de Guy Liddell, 15 de marzo de 1940. <<

[128] Organización dentro del ejército británico, durante la guerra, encargada de la vigilancia doméstica. (N. del t.) <<

[129] FO, TNA INF 1/264-8. <<

[130] Diarios de Liddell, 30 de marzo de 1941. <<

[131] KV 4/8, Robin «Ojo de lata» Stephens, Informe sobre las operaciones en el Campo 020. <<

[132] Citado en Emily Wilson, «The War in the Dark: The Security Service and the Abwehr, 1940-1944», tesis doctoral, Cambridge, 2003, p. 63 <<

[133] Alistair Robertson, correspondencia con el autor. <<

[134] Thaddeus Holt, The Deceivers: Allied Military Deception in the Second World War, Londres, 2004, p. 131. <<

[135] Miranda Carter, *Anthony Blunt: His Lives*, Londres, 2001, p. 284. <<

[136] Alistair Robertson, correspondencia con el autor. <<

[137] Christopher Harmer, intervención en el funeral de Tar Robertson, 17 de octubre de 1994. <<

[138] *Ibid.* <<

[139] Peter Stormonth Darling, intervención en el funeral de Tar Robertson. <<

[140] *Ibid.* <<

[141] Christopher Andrew, Secret Service: The Making of the British Intelligence Community, Londres, 1985, p. 645. <<

[142] Hugh Trevor-Roper, citado en Wilson, «The War in the Dark», p. 67. <<

[143] KV 2/448. <<

[144] Joshua Levine, Operation Fortitude: The Story of the Spy Operation that Saved D-Day, Londres, 2011, p. 45. <<

[145] *Ibid.* <<

[146] Christopher Andrew, The Defence of the Realm: The Authorised History of MI5, Londres, 2009, p. 249. <<

[147] El autor se refiere a la similitud en la pronunciación en inglés del nombre y apellido del agente y de su nombre en clave. (N. del t.) <<

[148] Las palabras «goose» y «gander» son sinónimos de «ganso». (N. del t.) <<

[149] Robin «Ojo de lata» Stephens, *Camp 020: MI5 and the Nazi Spies*, introducción de Oliver Hoare, Londres, 2000, p. 138. <<

[150] KV 2/60. <<

[151] J. C. Masterman, The Double Cross System in the War 1939-1945, Londres, 1972, p. 52. <<

[152] Andrew, Defence of the Realm, p. 258. <<

[153] *Ibid.* <<

[154] Aunque «skoot» no significa nada en inglés, «scoot» quiere decir «salir pitando» o «largarse». (N. del t.) <<

[155] KV 2/845. <<

[156] *Ibid.* <<

[157] *Ibid.* <<

[158] *Ibid.* <<

[159] *Ibid.* <<

[160] *Ibid.* <<

[161] *Ibid.* <<

[162] *Ibid.* <<

[163] *Ibid.* <<

[164] *Ibid.* <<

[165] Masterman, The Double Cross System, p. 55. <<

[166] Wilson, «The War in the Dark», p. 138. <<

[167] Masterman, The Double Cross System, p. 91. <<

[168] *Ibid.* <<

[169] *Ibid.* <<

[170] Véase Oliver Locker-Lampson, «Adolf Hitler As I Know Him», *Daily Mirror*, 30 de septiembre de 1930. <<

[171] *Ibid.* <<

[172] *Ibid.* <<

[173] The Double Cross System, p. 91. <<

[174] *Ibid.* <<

[175] KV 2/845. <<

[176] Roman Garby-Czerniawski, *The Big Network*, Londres, 1961, p. 218. <<

[177] *Ibid*, p. 10. <<

[178] *Ibid*, p. 233. <<

[179] *Ibid.* <<

[180] *Ibid.* <<

[181] Un domingo sombrío. (N. del t.) <<

[182] *Ibid*, p. 238. <<

[183] *Ibid*, p. 237. <<

[184] *Ibid*, p. 240. <<

[185] *Ibid*, p. 142. <<

[186] *Ibid*, p. 245. <<

[187] Lily Mathilde Carré, *I Was the Cat*, Londres, 1960, p. 104. <<

[188] KV 2/72. <<

[189] Carré, *I Was the Cat*, p. 90. <<

[190] *Ibid*, p. 107. <<

[191] *Ibid.* <<

[192] *Ibid.* <<

[193] *Ibid.* <<

[194] *Ibid*, p. 116. <<

[195] *Ibid.* <<

[196] *Ibid*, p. 115. <<

[197] *Ibid.* <<

[198] *Ibid*, p. 126. <<

[199] *Ibid*, p. 112. <<

[200] Ibid <<

[201] *Ibid*. p. 110. <<

[202] *Ibid*, p. 117. <<

[203] KV 2/72. <<

[204] Carré, *I Was the Cat*, p. 119. <<

[205] *Ibid*, p. 115. <<

[206] Garby-Czerniawski, *The Big Network*, p. 243. <<

[207] KV 2/72. <<

[208] *Ibid.* <<

[209] *Ibid.* <<

[210] *Ibid.* <<

[211] *Ibid.* <<

[212] Garby-Czerniawski, *The Big Network*, p. 242. <<

[213] KV 2/72. <<

[214] *Ibid.* <<

[215] *Ibid.* <<

[216] *Ibid.* <<

[217] *Ibid.* <<

[218] *Ibid.* <<

[219] *Ibid.* <<

[220] *Ibid.* <<

[221] *Ibid.* <<

[222] *Ibid.* <<

[223] *Ibid.* <<

[224] *Ibid.* <<

[225] *Ibid.* <<

[226] *Ibid.* <<

[227] *Ibid.* <<

[228] *Ibid.* <<

[229] *Ibid.* <<

[230] *Ibid.* <<

[231] *Ibid.* <<

[232] *Ibid.* <<

[233] *Ibid.* <<

[234] *Ibid.* <<

[235] *Ibid.* <<

[236] *Ibid.* <<

[237] *Ibid.* <<

[238] *Ibid.* <<

[239] *Ibid.* <<

[240] *Ibid.* <<

[241] Oscar Reile, *Geheime West Front*, Múnich, 1962, p. 214. <<

[242] KV 2/72. <<

[243] *Ibid.* <<

[244] *Ibid.* <<

[245] *Ibid.* <<

[246] *Ibid.* <<

[247] *Ibid.* <<

[248] *Ibid.* <<

[249] *Ibid.* <<

[250] *Ibid.* <<

[251] *Ibid.* <<

[252] *Ibid.* <<

[253] Reile, *Geheime West Front*, p. 214.
<<

[254] *Ibid.* <<

[255] *Ibid.* <<

[256] Nigel West, «High Society Spy», *Mail on Sunday*, 7 de mayo de 1995. <<

[257] KV 2/2098. <<

[258] *Ibid.* <<

[259] West, «High Society Spy». <<

[260] *Ibid.* <<

[261] KV 2/2098. <<

[262] *Ibid.* <<

[263] *Ibid.* <<

[264] *Ibid.* <<

[265] *Ibid.* <<

[266] *Ibid.* <<

[267] *Ibid.* <<

[268] *Ibid.* <<

[269] *Ibid.* <<

[270] *Ibid.* <<

[271] *Ibid.* <<

[272] *Ibid.* <<

[273] *Ibid.* <<

[274] *Ibid.* <<

[275] *Ibid.* <<

[276] *Ibid.* <<

[277] *Ibid.* <<

[278] *Ibid.* <<

[279] *Ibid.* <<

[280] *Ibid.* <<

[281] *Ibid.* <<

[282] *Ibid.* <<

[283] *Ibid.* <<

[284] *Ibid.* <<

[285] *Ibid.* <<

[286] *Ibid.* <<

[287] *Ibid.* <<

[288] *Ibid.* <<

[289] *Ibid.* <<

[290] *Ibid.* <<

[291] *Ibid.* <<

[292] KV 2/464. <<

[293] *Ibid.* <<

[294] Lily Sergueiev, Secret Service Rendered: An Agent in the Espionage Duel Preceeding the Invasion of France, Londres, 1968, p. 24. <<

[295] KV 2/464. <<

[296] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 53. <<

[297] *Ibid.* <<

[298] *Ibid.* <<

[299] *Ibid.* <<

[300] *Ibid*, p. 53. <<

[301] *Ibid.* <<

[302] *Ibid*, p. 53. <<

[303] *Ibid*, p. 73. <<

[304] Joshua Levine, Operation Fortitude: The Story of the Spy Operation that Saved D-Day, Londres, 2011, p. 125. <<

[305] Robin «Ojo de lata» Stephens, *Camp 020: MI5 and the Nazi Spies*, introducción de Oliver Hoare, Londres, 2000, p. 156. <<

[306] Ibid. Levine, Operation Fortitude, p. 88. <<

[307] <<

[308] J. C. Masterman, The Double Cross System in the War 1939-1945, Londres, 1972, p. 53.<<

[309] KV 2/845. <<

[310] *Ibid.* <<

[311] *Ibid.* <<

[312] Dusko Popov, *Spy/Counterspy*, p. 95. <<

[313] KV 2/845. *Ibid.* <<

[314] *Ibid.* <<

[315] *Ibid.* <<

[316] *Ibid.* <<

[317] *Ibid.* <<

[318] *Ibid.* <<

[319] *Ibid.* <<

[320] *Ibid.* <<

[321] *Ibid.* <<

[322] Popov, *Spy/Counterspy*, p. 66. <<

[323] KV 2/845. <<

[324] *Ibid.* <<

[325] *Ibid.* <<

[326] *Ibid.* <<

[327] *Ibid.* <<

[328] *Ibid.* <<

[329] *Ibid.* <<

[330] *Ibid.* <<

[331] *Ibid.* <<

[332] *Ibid.* <<

[333] *Ibid.* <<

[334] KV 2/860. <<

[335] La guarida de Tar. (N. del t.) <<

[336] KV 2/845. <<

[337] *Ibid.* <<

[338] *Ibid.* <<

[339] *Ibid.* <<

[340] *Ibid.* <<

[341] *Ibid.* <<

[342] *Ibid.* <<

[343] *Ibid.* <<

[344] *Ibid.* <<

[345] *Ibid.* <<

[346] Masterman, The Double Cross System, p. 70. <<

[347] Emily Wilson, «The War in the Dark: The Security Service and the Abwehr 1940-1944», tesis doctoral, Cambridge, 2003, p. 96. <<

[348] Masterman, The Double Cross System, p. 15. <<

[349] *Ibid.* <<

[350] Peggy Harmer, citada en Emily Wilson, «The War in the Dark», p. 127. <<

[351] Christopher Harmer a Hugh Astor, 28 de octubre de 1992, colección de Robert Astor. <<

[352] Christpoher Andrew, The Defence of the Realm: The Authorised History of MI5, Londres, 2009, p. 242. <<

[353] KV 2/1067. <<

[354] Christopher Harmer a Hugh Astor, 28 de octubre de 1992, colección de Robert Astor. <<

[355] J. C. Masterman, *On the Chariot Wheel: An Autobiography*, Oxford, 1975, p. 219. <<

[356] *Ibid.* <<

[357] KV 4/70. <<

[358] Masterman, The Double Cross System, p. 101. <<

[359] Miranda Carter, *Anthony Blunt: His Lives*, Londres, 2001, p. 273. <<

[360] *Ibid.* <<

[361] Andrew, Defence of the Realm, p. 270. <<

[362] Carter, *Blunt*. <<

[363] Andrew, Defence of the Realm, p. 272. <<

[364] *Ibid.* <<

[365] Nigel West y Juan Pujol García, *Operation Garbo*, Londres, 2011, p. 88. <<

[366] Christopher Andrew, The Defence of the Realm: The Authorised History of MI5, Londres, 2009, p. 254. <<

[367] Tomás Harris, *Garbo: The Spy Who Saved D-Day*, Londres, 2004, p. 59. <<

[368] Joshua Levine, Operation Fortitude: The Story of the Spy Operation that Saved D-Day, Londres, 2011, p. 160. <<

[369] Guy Liddell, *The Guy Liddell Diaries, 1939-1945*, ed. Nigel West, Londres, 2005, 26 de marzo de 1942. <<

[370] *Ibid.* <<

[371] Harris, Garbo: The Spy Who Saved D-Day, p. 77. <<

[372] *Ibid*, p. 34. <<

[373] Sefton Delmer, *The Counterfeit Spy*, Londres, 1973, p. 73. <<

[374] J. C. Masterman, The Double Cross System in the War 1939-1945, Londres, 1972, p. 118. <<

[375] KV 2/845. <<

[376] *Ibid.* <<

[377] KV 2/848. <<

[378] KV 2/847. <<

[379] *Ibid.* <<

[380] KV 2/846. <<

[381] KV 2/848. <<

[382] KV 2/847. <<

[383] *Ibid.* <<

[384] KV 2/1067. <<

[385] *Ibid.* <<

[386] *Ibid.* <<

[387] KV 2/848. <<

[388] KV 2/847. <<

[389] *Ibid.* <<

[390] KV 2/845. <<

[391] KV 2/847. <<

[392] Calle del barrio de Sankt Pauli, en Hamburgo. Es sinónimo de zona de prostitución. (N. del t.) <<

[393] Dusko Popov, *Spy/Counterspy*, Nueva York, 1974, p. 109. <<

[394] KV 2/847. <<

[395] *Ibid.* <<

[396] *Ibid.* <<

[397] *Ibid.* <<

[398] *Ibid.* <<

[399] *Ibid.* <<

[400] KV 2/856. <<

[401] Robert McCrum, *Wodehouse: A Live*, Londres, 2004, p. 198. <<

[402] KV 2/856. <<

[403] KV 2/847. <<

[404] KV 2/859. <<

[405] *Ibid.* <<

[406] *Ibid.* <<

[407] KV 2/848. <<

[408] Masterman, The Double Cross System, p. 17. <<

[409] Levine, *Operation Fortitude*, p. 126. <<

[410] *Ibid.* <<

[411] KV 2/848. <<

[412] *Ibid.* <<

[413] Levine, *Operation Fortitude*, p. 138. <<

[414] *Ibid.* <<

[415] Masterman, The Double Cross System, p. 16. <<

[416] KV 2/846. <<

[417] Dusko Popov, *Spy/Counterspy*, Nueva York, 1974, p. 112. <<

[418] *Ibid.* <<

[419] Russell Miller, *Codename Tricycle*, Londres, 2005, p. 94. <<

[420] KV 2/849. <<

[421] *Ibid.* <<

[422] Ewen Montagu, *Beyond Top Secret Ultra*, Londres, 1977, p. 89. <<

[423] Joshua Levine, Operation Fortitude: The Story of the Spy Operation that Saved D-Day, Londres, 2011, p. 146. <<

[424] *Ibid.* <<

[425] J. C. Masterman, The Double Cross System in the War 1939-1945, Londres, 1972, p. 82. <<

[426] *Ibid.* <<

[427] Miller, *Codename Tricycle*, p. 98.
<<

[428] KV 2/850. <<

[429] *Ibid.* <<

[430] KV 2/849. <<

[431] *Ibid.* <<

[432] Montagu, Beyond Top Secret Ultra, p. 92. <<

[433] *Ibid.* <<

[434] *Ibid.* <<

[435] KV 2/860. <<

[436] KV 2/850. <<

[437] *Ibid.* <<

[438] *Ibid.* <<

[439] KV 2/849. <<

[440] Miller, *Codename Tricycle*, p. 131.

<<

[441] KV 2/850. <<

[442] *Ibid.* <<

[443] *Ibid.* <<

[444] Entrevista del autor con la hija de Wilson, Fiona Agassiz, 18 de mayo de 2011. <<

[445] *Ibid.* <<

[446] *Ibid.* <<

[447] *Ibid.* <<

[448] *Ibid.* <<

[449] *Ibid.* <<

[450] *Ibid.* <<

[451] *Ibid.* <<

[452] *Ibid.* <<

[453] *Ibid.* <<

[454] Montagu, Beyond Top Secret Ultra, p. 92. <<

[455] KV 2/850. <<

[456] Montagu, Beyond Top Secret Ultra, p. 92. <<

[457] KV 2/849. <<

[458] KV 2/850. <<

[459] *Ibid.* <<

[460] *Ibid.* <<

[461] *Ibid.* <<

[462] *Ibid.* <<

[463] Popov, *Spy/Counterspy*, p. 184. <<

[464] KV 2/851. <<

[465] KV 2/850. <<

[466] KV 2/851. <<

[467] KV 2/850. <<

[468] *Ibid.* <<

[469] *Ibid.* <<

[470] *Ibid.* <<

[471] *Ibid.* <<

[472] *Ibid.* <<

[473] *Ibid.* <<

[474] *Ibid.* <<

[475] *Ibid.* <<

[476] *Ibid.* <<

[477] *Ibid.* <<

[478] *Ibid.* <<

[479] *Ibid.* <<

[480] *Ibid.* <<

[481] *Ibid.* <<

[482] *Ibid.* <<

[483] *Ibid.* <<

[484] *Ibid.* <<

[485] *Ibid.* <<

[486] *Ibid.* <<

[487] *Ibid.* <<

[488] KV 2/72. <<

[489] *Ibid.* <<

[490] *Ibid.* <<

[491] *Ibid.* <<

[492] *Ibid.* <<

[493] *Ibid.* <<

[494] *Ibid.* <<

[495] *Ibid.* <<

[496] *Ibid.* <<

[497] *Ibid.* <<

[498] *Ibid.* <<

[499] Roman Garby-Czerniawski, *The Big Network*, Londres, 1961, p. 126. <<

[500] Lily Mathilde Carré, *I Was the Cat*, Londres, 1960, pp. 137-138. <<

[501] *Ibid*, p. 143. <<

[502] *Ibid*, p. 157. <<

[503] KV 2/72. <<

[504] *Ibid.* <<

[505] *Ibid.* <<

[506] *Ibid.* <<

[507] *Ibid.* <<

[508] *Ibid.* <<

[509] *Ibid.* <<

[510] *Ibid.* <<

[511] *Ibid.* <<

[512] *Ibid.* <<

[513] *Ibid.* <<

[514] *Ibid.* <<

[515] *Ibid.* <<

[516] *Ibid.* <<

[517] *Ibid.* <<

[518] *Ibid.* <<

[519] *Ibid.* <<

[520] *Ibid.* <<

[521] *Ibid.* <<

[522] *Ibid.* <<

[523] *Ibid.* <<

[524] *Ibid.* <<

[525] *Ibid.* <<

[526] *Ibid.* <<

[527] *Ibid.* <<

[528] *Ibid.* <<

[529] Christopher Harmer a Hugh Astor, 28 de octubre de 1992, colección de Robert Astor. <<

[530] *Ibid.* <<

[531] *Ibid.* <<

[532] *Ibid.* <<

[533] KV 2/72. <<

[534] *Ibid.* <<

[535] *Ibid.* <<

[536] *Ibid.* <<

[537] Joshua Levine, Operation Fortitude: The Story of the Spy Operation that Saved D-Day, Londres, 2011, p. 175. <<

[538] Nigel West, «High Society Spy», *Mail on Sunday*, 7 de mayo de 1995. <<

[539] *Ibid.* <<

[540] *Ibid.* <<

[541] KV 2/2098. <<

[542] *Ibid.* <<

[543] *Ibid.* <<

[544] *Ibid.* <<

[545] *Ibid.* <<

[546] *Ibid.* <<

[547] *Ibid.* <<

[548] *Ibid.* <<

[549] *Ibid.* <<

[550] *Ibid.* <<

[551] *Ibid.* <<

[552] *Ibid.* <<

[553] *Ibid.* <<

[554] *Ibid.* <<

[555] West, «High Society Spy», 7 de mayo de 1995. <<

[556] *Ibid.* <<

[557] *Ibid.* <<

[558] Tomás Harris, Garbo: *The Spy Who Saved D-Day*, Londres, 2004, p. 77. <<

[559] *Ibid.* <<

[560] *Ibid*, p. 78. <<

[561] *Ibid*, p. 318. <<

[562] *Ibid*, p. 69. <<

[563] *Ibid*, p. 95. <<

[564] *Ibid*, p. 69. <<

[565] *Ibid*, p. 71. <<

[566] *Ibid*, p. 78. <<

[567] *Ibid*, p. 70. <<

[568] *Ibid.* <<

[569] *Ibid*, p. 90. <<

[570] *Ibid.* <<

[571] Michael Howard, Strategic Deception in the Second World War, Londres, 1995, p. 12. <<

[572] T. A. Robertson al comandante H. Petaval, 24 de junio de 1943, CAB 154/35 (TNA). <<

[573] KV 4/10. <<

[574] *Ibid.* <<

[575] *Ibid.* <<

[576] *Ibid.* <<

[577] *Ibid.* <<

[578] *Ibid.* <<

[579] Emily Wilson, «The War in the Dark: The Security Service and the Abwehr 1940-1944», tesis doctoral, Cambridge, 2003, p. 169. <<

[580] KV 4/10. <<

[581] *Ibid.* <<

[582] *Ibid.* <<

[583] *Ibid.* <<

[584] *Ibid.* <<

[585] *Ibid.* <<

[586] *Ibid.* <<

[587] J. C. Masterman, The Double Cross System in the War 1939-1945, Londres, 1972, p. 59. <<

[588] Michael Howard, Strategic Deception in the Second World War, Londres, 1995, p. 20. <<

[589] KV 4/70. <<

[590] *Ibid.* <<

[591] Ewen Montagu, *Beyond Top Secret Ultra*, Londres, 1977, p. 102. <<

[592] Masterman, The Double Cross System, p. 72. <<

[593] Emily Wilson, «The War in the Dark: The Security Service and the Abwehr 1940-1944», tesis doctoral, Cambridge, 2003, p. 174. <<

[594] *Ibid.* <<

[595] KV 3/7. <<

[596] KV 2/1067. <<

[597] *Ibid.* <<

[598] Masterman, The Double Cross System, p. 152. <<

[599] *Ibid.* <<

[600] Thaddeus Holt, The Decievers Allied Military Deception in the Second World War, Londres, 2004, p. 185. <<

[601] *Ibid*, p. 189. <<



[602] *Ibid.* <<

[603] Masterman, The Double Cross System, p. 108. <<

[604] *Ibid*, p. 119. <<

[605] Tomás Harris, *Garbo: The Spy Who Saved D-Day*, Londres, 2004, p. 103. <<

[606] *Ibid*, p. 104. <<

[607] Masterman, The Double Cross System, p. 111. <<

[608] *Ibid*, p. 126. <<

[609] *Ibid*, p. 72. <<

[610] Christopher Harmer a Hugh Astor, 28 de octubre de 1992, colección de Robert Astor. <<

[611] *Ibid.* <<

[612] *Ibid.* <<

[613] *Ibid.* <<

[614] KV 2/1067. <<

[615] Masterman, The Double Cross System, p. 22. <<

[616] *Ibid.* <<

[617] *Ibid*, p. 23. <<

[618] *Ibid*, p. 14. <<

[619] KV 2/850. <<

[620] *Ibid.* <<

[621] Masterman, The Double Cross System, p. 28. <<

[622] *Ibid*, p. 68. <<

[623] *Ibid.* <<

[624] Winston Churchill, *Thoughts and Adventures*, Londres, 1991, p. 55. <<

[625] KV 4/70. <<

[626] Guy Liddell, *The Guy Liddell Diaries, 1939-1945*, ed. Nigel West, Londres, 2005, 10 de marzo de 1943. <<

[627] KV 4/83. <<

[628] *Ibid.* <<

[629] Christopher Andrew, The Defence of the Realm: The Authorised History of MI5, Londres, 2009, p. 292. <<

[630] KV 4/83. <<

[631] Masterman, The Double Cross System, p. 123. <<

[632] KV 2/2098. <<

[633] *Ibid.* <<

[634] *Ibid.* <<

[635] *Ibid.* <<

[636] *Ibid.* <<

[637] *Ibid.* <<

[638] *Ibid.* <<

[639] Nigel West, «High Society Spy», *Mail on Sunday*, 7 de mayo de 1995. <<

[640] KV 2/2098. <<

[641] *Ibid.* <<

[642] *Ibid.* <<

[643] *Ibid.* <<

[644] *Ibid.* <<

[645] *Ibid.* <<

[646] *Ibid.* <<

[647] KV 2/3639. <<

[648] KV 2/2098. <<

[649] Masterman, The Double Cross System, p. 9. <<

[650] Nigel West, «High Society Spy». <<

[651] Masterman, The Double Cross System, p. 9. <<

[652] KV 2/2098. <<

[653] *Ibid.* <<

[654] *Ibid.* <<

[655] *Ibid.* <<

[656] *Ibid.* <<

[657] Masterman, The Double Cross System, p. 145. <<

[658] KV 2/72. <<

[659] *Ibid.* <<



[660] *Ibid.* <<



[661] *Ibid.* <<


[662] *Ibid.* <<


[663] *Ibid.* <<

[664] *Ibid.* <<

[665] *Ibid.* <<

[666] Joshua Levine, Operation Fortitude: The Story of the Spy Operation that Saved D-Day, Londres, 2011, p. 31. <<

[667] KV 2/72. <<

[668] *Ibid.* <<

[669] *Ibid.* <<

[670] *Ibid.* <<


[671] *Ibid.* <<

[672] *Ibid.* <<

[673] Masterman, The Double Cross System, p. 146. <<

[674] KV 2/72. <<

[675] *Ibid.* <<

[676] *Ibid.* <<

[677] *Ibid.* <<

[678] *Ibid.* <<

[679] *Ibid.* <<

[680] *Ibid.* <<

[681] *Ibid.* <<



[682] *Ibid.* <<

[683] *Ibid.* <<

[684] *Ibid.* <<

[685] *Ibid.* <<

[686] Masterman, The Double Cross System, p. 146. <<

[687] KV 2/72. <<

[688] *Ibid.* <<

[689] *Ibid.* <<

[690] *Ibid.* <<


[691] *Ibid.* <<

[692] *Ibid.* <<

[693] *Ibid.* <<

[694] *Ibid.* <<

[695] *Ibid.* <<

[696] Guy Liddell, *The Guy Liddell Diaries, 1939-1945*, ed. Nigel West, Londres, 2005, 5 de junio de 1943. <<

[697] J. C. Masterman, The Double Cross System in the War 1939-1945, Londres, 1972, p. 146. <<

[698] KV 4/83. <<

[699] Tomás Harris, *Garbo: The Spy Who Saved D-Day*, Londres, 2004, pp. 327-334. <<

[700] *Ibid.* <<

[701] *Ibid.* <<

[702] *Ibid.* <<

[703] *Ibid.* <<

[704] Liddell, *Diaries*, 22 de junio de 1943. <<

[705] Harris, Garbo: The Spy Who Saved D-Day, pp. 327-334. <<

[706] *Ibid.* <<

[707] *Ibid.* <<

[708] *Ibid.* <<

[709] *Ibid.* <<

[710] *Ibid.* <<

[711] *Ibid.* <<

[712] Russell Miller, Codename Tricycle: The True Story of the Second World War's Most Extraordinary Double Agent, Londres, 2005, p. 163. <<

[713] KV 2/853. <<

[714] KV 2/854. <<

[715] KV 2/853. <<

[716] *Ibid.* <<

[717] Dusko Popov, *Spy/Counterspy*, Nueva York, 1974, p. 193. <<

[718] *Ibid*, p. 223. <<

[719] KV 2/851. <<

[720] *Ibid.* <<

[721] *Ibid.* <<

[722] *Ibid.* <<

[723] *Ibid.* <<

[724] *Ibid.* <<

[725] KV 2/853. <<

[726] KV 2/854. <<

[727] KV 2/851. <<

[728] *Ibid.* <<

[729] *Ibid.* <<

[730] *Ibid.* <<

[731] *Ibid.* <<

[732] KV 2/853. <<

[733] KV 2/851. <<

[734] *Ibid.* <<

[735] KV 2/853. <<

[736] KV 2/846. <<

[737] KV 2/853. <<

[738] Masterman, The Double Cross System, p. 24. <<

[739] KV 2/854. <<

[740] *Ibid.* <<

[741] KV 2/853. <<

[742] *Ibid.* <<

[743] KV 2/854. <<

[744] *Ibid.* <<

[745] KV 2/3639. <<

[746] *Ibid.* <<

[747] *Ibid.* <<

[748] CAB 154/35. <<

[749] *Ibid.* <<

[750] *Ibid.* <<

[751] *Ibid.* <<

[752] *Ibid.* <<

[753] Thaddeus Holt, The Deceivers: Allied Military Deception in the Second World War, Londres, 2004, p. 488. <<

[754] *Ibid.* <<

[755] *Ibid.* <<

[756] *Ibid*, p. 489. <<

[757] Harris, Garbo: The Spy Who Saved D-Day, p. 147. <<

[758] *Ibid.* <<

[759] KV 2/42. <<

[760] Masterman, The Double Cross System, p. 130. <<

[761] CAB 154/35. <<

[762] Kenneth Benton, «The ISOS Years: Madrid 1941-3», *Journal of Comtemporary History*, vol. 30, n.º 3 (julio de 1995), pp. 359-410. <<

[763] *Ibid.* <<

[764] *Ibid.* <<

[765] KV 2/464. <<

[766] *Ibid.* <<

[767] *Ibid.* <<

[768] *Ibid.* <<

[769] *Ibid.* <<

[770] *Ibid.* <<

[771] Memorias de Mary Sherer, no publicadas, por Pure Evil, 18 de julio de 2011. <<

[772] *Ibid.* <<

[773] KV 2/464. <<

[774] Kenneth Benton, «The ISOS Years».
<<

[775] Lily Sergueiev, Secret Service Rendered: an Agent in the Espionage Duel Preceeding the Invasion of France, Londres, 1968, p. 80. <<

[776] *Ibid*, p. 91. <<

[777] KV 2/466. <<

[778] Kenneth Benton, «The ISOS Years».
<<

[779] Lily Sergueiev, *Secret Service Rendered*, p. 92. <<

[780] *Ibid.* <<

[781] *Ibid*, p. 98. <<

[782] *Ibid*, pp.100-105. <<

[783] KV 2/464. <<

[784] *Ibid.* <<

[785] Kenneth Benton, «The ISOS Years».
<<

[786] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 107. <<

[787] KV 2/464. <<

[788] *Ibid.* <<

[789] *Ibid.* <<

[790] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 10. <<

[791] KV 2/464. <<

[792] *Ibid.* <<

[793] *Ibid.* <<

[794] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 109. <<

[795] *Ibid.* <<

[796] Benton, «The ISOS Years». <<

[797] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 87. <<

[798] *Ibid.* <<

[799] *Ibid.* <<

[800] *Ibid*, p. 88. <<

[801] Benton, «The ISOS Years». <<

[802] *Ibid.* <<

[803] *Ibid.* <<

[804] *Ibid.* <<

[805] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 110. <<

[806] *Ibid.* <<

[807] *Ibid.* <<

[808] *Ibid.* <<

[809] *Ibid.* <<

[810] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 10. <<

[811] Benton, «The ISOS Years». <<

[812] *Ibid.* <<

[813] KV 2/859. <<

[814] *Ibid.* <<

[815] *Ibid.* <<

[816] *Ibid.* <<

[817] *Ibid.* <<

[818] *Ibid.* <<

[819] KV 2/854. <<

[820] *Ibid.* <<

[821] KV 2/859. <<

[822] KV 4/83. <<

[823] Russell Miller, Codename Tricycle: The True Story of the Second World War’s Most Extraordinary Double Agent, Londres, 2005, p. 182. <<

[824] KV 4/83. <<

[825] Kenneth Benton, «The ISOS Years: Madrid 1941-1943», *Journal of Contemporary History*, vol. 30, n.º 3 (julio de 1995), pp. 359-410. <<

[826] *Ibid.* <<

[827] KV 2/855. <<

[828] *Ibid.* <<

[829] Benton, «The ISOS Years». <<

[830] *Ibid.* <<

[831] KV 2/859. <<

[832] *Ibid.* <<

[833] Benton, «The ISOS Years». <<

[834] *Ibid.* <<

[835] *Ibid.* <<

[836] *Ibid.* <<

[837] *Ibid.* <<

[838] *Ibid.* <<

[839] *Ibid.* <<

[840] Lily Sergueiev, Secret Service Rendered: An Agent in the Espionage Duel Preceding the Invasion of France, Londres, 1968, p. 112. <<

[841] KV 2/465. <<

[842] *Ibid.* <<

[843] *Ibid.* <<

[844] *Ibid.* <<

[845] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 119. <<

[846] *Ibid.* <<

[847] *Ibid*, p. 123. <<

[848] En realidad la palabra inglesa es «snark», compuesta del prefijo de caracol (*snail*) y el sufijo de tiburón (*shark*). Sin embargo, también se utiliza en el sentido de mordaz. (*N. del t*.) <<

[849] *Ibid*, p. 124. <<

[850] *Ibid*, p. 125. <<

[851] *Ibid.* <<

[852] *Ibid.* <<

[853] KV 2/464. <<

[854] KV 4/83. <<

[855] KV 2/464. <<

[856] Benton, «The ISOS Years». <<

[857] Geoffrey Elliott, *Gentleman Spymaster*, Londres, 2011, p. 246. <<

[858] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 124. <<

[859] *Ibid.* <<

[860] *Ibid.* <<

[861] *Ibid*, p. 126. <<

[862] *Ibid*, p. 129. <<

[863] Thaddeus Holt, The Deceivers: Allied Military Deception in the Second World War, Londres, 2004, p. 505. <<

[864] *Ibid*, p. 478. <<

[865] *Ibid.* <<

[866] Christopher Harmer a Hugh Astor, 28 de octubre de 1992, colección de Robert Astor. <<

[867] *Ibid.* <<

[868] *Ibid.* <<

[869] Holt, *The Deceivers*, p. 536. <<

[870] J. C. Masterman, The Double Cross System in the War 1939-1945, Londres, 1972, p. 149. <<

[871] Joshua Levine, Operation Fortitude: The Story of the Spy Operation that Saved D-Day, Londres, 2011, p. 196. <<

[872] Masterman, The Double Cross System, p. 151. <<

[873] Miranda Carter, *Anthony Blunt: His Lives*, Londres, 2011, p. 286. <<

[874] *Ibid.* <<

[875] *Ibid.* <<

[876] Masterman, The Double Cross System, p. 148. <<

[877] John Crossland, «MI5 planned to threaten Hitler with A-bomb», *Sunday Times*, 1 de diciembre de 2002. <<

[878] *Ibid.* <<

[879] CAB 154/35. <<

[880] *Ibid.* <<

[881] KV 4/10. <<

[882] *Ibid.* <<

[883] *Ibid.* <<

[884] *Ibid.* <<

[885] *Ibid.* <<

[886] *Ibid.* <<

[887] Holt, *The Deceivers*, p. 442. <<

[888] *Ibid.* <<

[889] *Ibid*, p. 456. <<

[890] *Ibid.* <<

[891] KV 2/856. <<

[892] KV 2/197. <<

[893] *Ibid.* <<

[894] KV 4/66. <<

[895] Nigel West y Juan Pujol García, *Operation Garbo*, Londres, 2011, p. 122. <<

[896] *Ibid.* <<

[897] Tomás Harris, *The Spy Who Saved D-Day*, Londres, 2004, p. 290. <<

[898] West y Pujol, *Operation Garbo*, p. 124. <<

[899] *Ibid*, p. 130. <<

[900] KV 2/2098. <<

[901] *Ibid.* <<

[902] *Ibid.* <<

[903] *Ibid.* <<

[904] KV 2/3639. <<

[905] *Ibid.* <<

[906] *Ibid.* <<

[907] *Ibid.* <<

[908] KV 2/2098. <<

[909] *Ibid.* <<

[910] *Ibid.* <<

[911] *Ibid.* <<

[912] *Ibid.* <<

[913] *Ibid.* <<

[914] *Ibid.* <<

[915] *Ibid.* <<

[916] *Ibid.* <<

[917] *Ibid.* <<

[918] *Ibid.* <<

[919] *Ibid.* <<

[920] «Para mi dentista»; «para mi doctor», «para mi médico»; «de inmediato», «urgente», «rápido» y «si es posible». (*N. del t.*) <<

[921] KV 2/72. <<

[922] *Ibid.* <<

[923] *Ibid.* <<

[924] *Ibid.* <<

[925] *Ibid.* <<

[926] *Ibid.* <<

[927] *Ibid.* <<

[928] *Ibid.* <<

[929] *Ibid.* <<

[930] *Ibid.* <<

[931] *Ibid.* <<

[932] Oscar Reile, *Geheime West Front*, Múnich, 1962, p. 214. <<

[933] *Ibid.* <<

[934] *Ibid.* <<

[935] KV 2/72. <<

[936] *Ibid.* <<

[937] *Ibid.* <<

[938] *Ibid.* <<

[939] *Ibid.* <<

[940] *Ibid.* <<

[941] *Ibid.* <<

[942] *Ibid.* <<

[943] *Ibid.* <<

[944] *Ibid.* <<

[945] *Ibid.* <<

[946] *Ibid.* <<

[947] *Ibid.* <<

[948] *Ibid.* <<

[949] *Ibid.* <<

[950] Lily Sergueiev, Secret Service Rendered: An Agent in the Espionage Duel Preceding the Invasion of France, Londres, 1968, p. 134. <<

[951] *Ibid.* <<

[952] *Ibid*, p. 125. <<

[953] *Ibid*, p. 135. <<

[954] *Ibid*, p. 147. <<

[955] *Ibid.* <<

[956] KV 2/465. <<

[957] *Ibid.* <<

[958] *Ibid.* <<

[959] *Ibid.* <<

[960] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 131. <<

[961] *Ibid.* <<

[962] *Ibid*, pp. 135-136. <<

[963] KV 2/465. <<

[964] Sergueiev, *Secret Service Rendered*, pp. 140-141. <<

[965] KV 2/465. <<

[966] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 143. <<

[967] KV 2/465. <<

[968] Secret Service Rendered, p. 143.
<<

[969] KV 2/465. <<

[970] *Ibid.* <<

[971] *Ibid.* <<

[972] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 151. <<

[973] *Ibid*, p. 146. <<

[974] *Ibid.* <<

[975] KV 2/465. <<

[976] *Ibid.* <<

[977] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 97. <<

[978] KV 2/855. <<

[979] *Ibid.* <<

[980] *Ibid.* <<

[981] *Ibid.* <<

[982] *Ibid.* <<

[983] KV 2/859. <<

[984] *Ibid.* <<

[985] *Ibid.* <<

[986] Guy Liddell, *The Guy Liddell Diaries, 1939-1945*, ed. Nigel West, Londres, 2005, 2 de septiembre de 1943. <<

[987] KV 4/83. <<

[988] KV 2/855. <<

[989] *Ibid.* <<

[990] *Ibid.* <<

[991] *Ibid.* <<

[992] Kenneth Benton, «The ISOS Years», *Journal of Contemporary History*, vol. 30, n.º 3 (julio de 1995), pp. 359-410. <<

[993] *Ibid.* <<

[994] Obituario de Charles de Salis, *The Times*, 26 de marzo de 2007. <<

[995] *Ibid.* <<

[996] KV 2/855. <<

[997] Tomás Harris, *Garbo: The Spy Who Saved D-Day*, Londres, 2004, p. 69. <<

[998] KV 2/3568. <<

[999] *Ibid.* <<

[1000] *Ibid.* <<

[1001] *Ibid.* <<

[1002] KV 2/855. <<

[1003] *Ibid.* <<

[1004] *Ibid.* <<

[1005] *Ibid.* <<

[1006] *Ibid.* <<

[1007] *Ibid.* <<

[1008] *Ibid.* <<

[1009] *Ibid.* <<

[1010] *Ibid.* <<

[1011] *Ibid.* <<

[1012] *Ibid.* <<

[1013] KV 2/854. <<

[1014] *Ibid.* <<

[1015] KV 2/855. <<

[1016] *Ibid.* <<

[1017] *Ibid.* <<

[1018] *Ibid.* <<

[1019] *Ibid.* <<

[1020] KV 2/856. <<

[1021] *Ibid.* <<

[1022] *Ibid.* <<

[1023] KV 2/855. <<

[1024] *Ibid.* <<

[1025] *Ibid.* <<

[1026] *Ibid.* <<

[1027] *Ibid.* <<

[1028] *Ibid.* <<

[1029] KV 2/856. <<

[1030] KV 2/855. <<

[1031] KV 2/856. <<

[1032] *Ibid.* <<

[1033] *Ibid.* <<

[1034] *Ibid.* <<

[1035] *Ibid.* <<

[1036] *Ibid.* <<

[1037] *Ibid.* <<

[1038] KV 2/855. <<

[1039] *Ibid.* <<

[1040] *Ibid.* <<

[1041] *Ibid.* <<

[1042] *Ibid.* <<

[1043] KV 2/856. <<

[1044] P. G. Wodehouse, *The Code of the Wooster*, Londres, 1938, p. 24. <<

[1045] KV 2/856. <<

[1046] KV 2/855. <<

[1047] KV 2/861. <<

[1048] KV 2/859. <<

[1049] *Ibid.* <<

[1050] *Ibid.* <<

[1051] KV 2/856. <<

[1052] KV 2/855. <<

[1053] KV 2/856. <<

[1054] KV 4/83. <<

[1055] KV 2/856. <<

[1056] *Ibid.* <<

[1057] *Ibid.* <<

[1058] *Ibid.* <<

[1059] *Ibid.* <<

[1060] Dusko Popov, *Spy/Counterspy*, Nueva York, 1974, p. 185. <<

[1061] P. G. Wodehouse, «Now, Talking About Cricket», en *Tales of St Austin's: A Selection of the Early Works of P. G. Wodehouse*, Londres, 2008, p. 143. <<

[1062] KV 2/856. <<

[1063] KV 2/855. <<

[1064] *Ibid.* <<

[1065] KV 2/3123. <<

[1066] *Ibid.* <<

[1067] *Ibid.* <<

[1068] *Ibid.* <<

[1069] *Ibid.* <<

[1070] *Ibid.* <<

[1071] *Ibid.* <<

[1072] Guy Liddell, *The Guy Liddell Diaries, 1939-1945*, ed. Nigel West, Londres, 2005, 6 de mayo de 1944. <<

[1073] Olivier Wieviorka, Normandy: The landings to the liberation of Paris, Londres, 2008, p. 79. <<

[1074] Stanley Hirshon, *General Patton: A Soldier's Life*, Nueva York, 2002, p. 203. <<

[1075] Thaddeus Holt, The Deceivers: Allied Military Deception in the Second World War, Londres, 2004, p. 541. <<

[1076] Joshua Levine, Operation Fortitude: The Story of the Spy Operation that Saved D-Day, Londres, 2011, p. 229. <<

[1077] *Ibid.* <<

[1078] *Ibid*, p. 231. <<

[1079] *Ibid.* <<

[1080] *Ibid*, p. 221. <<

[1081] *Ibid.* <<

[1082] Henrik O. Lunde, Hitler's Pre-Emptive War: The Battle for Norway, 1940, Londres, 2010, p. 550. <<

[1083] KV 4/70. <<

[1084] KV 2/856. <<

[1085] *Ibid.* <<

[1086] J. C. Masterman, The Double Cross System in the War 1939-1945, Londres, 1972, p. 153. <<

[1087] *Ibid*, p. 154. <<

[1088] *Ibid*, p. 155. <<

[1089] *Ibid*, p. 157. <<

[1090] *Ibid*, p. 132. <<

[1091] *Ibid*, p. 153. <<

[1092] Holt, *The Deceivers*, p. 538. <<

[1093] J. C. Masterman, The Double Cross System in the War 1939-1945, Londres, 1972, p. 114. <<

[1094] Roger Hesketh, *Fortitude: The D-Day Deception Campaign*, Londres, 1999, p. 126. <<

[1095] *Ibid.* <<

[1096] KV 2/72. <<

[1097] *Ibid.* <<

[1098] *Ibid.* <<

[1099] *Ibid.* <<

[1100] *Ibid.* <<

[1101] *Ibid.* <<

[1102] Nigel West y Juan Pujol García, *Operation Garbo*, Londres, 2011, p. 137. <<

[1103] *Ibid*, p. 138. <<

[1104] *Ibid.* <<

[1105] *Ibid.* <<

[1106] *Ibid.* <<

[1107] KV 2/863 <<

[1108] *Ibid.* <<

[1109] KV 2/856. <<

[1110] *Ibid.* <<



[1111] *Ibid.* <<

[1112] *Ibid.* <<

[1113] *Ibid.* <<

[1114] *Ibid.* <<

[1115] KV 2/857. <<

[1116] KV 2/2098. <<

[1117] KV 2/3639. <<

[1118] KV 2/2098. <<

[1119] *Ibid.* <<

[1120] *Ibid.* <<

[1121] *Ibid.* <<

[1122] *Ibid.* <<

[1123] *Ibid.* <<

[1124] *Ibid.* <<

[1125] Lily Sergueiev, Secret Service Rendered: An Agent in the Espionage Duel Preceding the Invasion of France, Londres, 1968, p. 196. <<

[1126] *Ibid*, p. 207. <<

[1127] *Ibid*, p. 159. <<

[1128] *Ibid*, p. 180. <<

[1129] *Ibid*, p. 157. <<

[1130] KV 2/464. <<

[1131] *Ibid.* <<

[1132] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 164. <<

[1133] *Ibid*, p. 170. <<

[1134] *Ibid.* <<

[1135] *Ibid*, p. 175. <<

[1136] *Ibid*, p. 173. <<

[1137] *Ibid.* <<

[1138] KV 2/464. <<

[1139] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 175. <<

[1140] KV 2/465. <<

[1141] *Ibid.* <<

[1142] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 180. <<

[1143] *Ibid*, p. 178. <<

[1144] *Ibid.* <<

[1145] *Ibid*, pp. 179-182. <<

[1146] *Ibid.* <<

[1147] *Ibid.* <<

[1148] *Ibid.* <<

[1149] *Ibid.* <<

[1150] *Ibid*, p. 183. <<

[1151] *Ibid.* <<

[1152] *Ibid*, p. 182. <<

[1153] *Ibid.* <<

[1154] *Ibid.* <<

[1155] *Ibid*, p. 187. <<

[1156] *Ibid.* <<

[1157] Las iniciales se corresponden con el texto en inglés: «Please acknowledge reception». (*N. del t.*) <<

[1158] *Ibid.* <<

[1159] *Ibid.* <<

[1160] *Ibid.* <<

[1161] *Ibid*, p. 188. <<

[1162] *Ibid.* <<

[1163] *Ibid*, p. 173. <<

[1164] *Ibid.* <<

[1165] *Ibid*, p. 188. <<

[1166] *Ibid*, p. 192. <<

[1167] *Ibid*, p. 193. <<

[1168] KV 2/465. <<

[1169] *Ibid.* <<

[1170] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 190. <<

[1171] *Ibid.* <<

[1172] KV 2/465. <<

[1173] KV 2/464. <<

[1174] *Ibid.* <<

[1175] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 197. <<

[1176] *Ibid*, p. 200. <<

[1177] KV 2/856. <<

[1178] *Ibid.* <<

[1179] KV 2/855. <<

[1180] *Ibid.* <<

[1181] KV 2/856. <<

[1182] *Ibid.* <<

[1183] *Ibid.* <<

[1184] KV 2/861. <<

[1185] *Ibid.* <<

[1186] *Ibid.* <<

[1187] *Ibid.* <<

[1188] KV 2/856. <<

[1189] *Ibid.* <<

[1190] *Ibid.* <<

[1191] *Ibid.* <<

[1192] KV 2/855. <<

[1193] KV 2/856. <<

[1194] KV 2/3295 <<

[1195] *Ibid.* <<

[1196] *Ibid.* <<

[1197] KV 2/856. <<

[1198] KV 2/858. <<

[1199] KV 2/856. <<

[1200] *Ibid.* <<

[1201] *Ibid.* <<

[1202] *Ibid.* <<

[1203] KV 2/3295. <<

[1204] *Ibid.* <<

[1205] *Ibid.* <<

[1206] *Ibid.* <<

[1207] KV 2/856. <<

[1208] *Ibid.* <<

[1209] KV 2/857. <<

[1210] KV 2/856. <<

[1211] KV 2/3295. <<

[1212] KV 2/856. <<

[1213] *Ibid.* <<

[1214] KV 2/855. <<

[1215] J. C. Masterman, The Double Cross System in the War 1939-1945, Londres, 1972, p. 156. <<

[1216] KV 2/861. <<

[1217] *Ibid.* <<

[1218] KV 2/857. <<

[1219] KV 2/855. <<

[1220] *Ibid.* <<

[1221] *Ibid.* <<

[1222] *Ibid.* <<

[1223] *Ibid.* <<

[1224] *Ibid.* <<

[1225] KV 2/410. <<

[1226] *Ibid.* <<

[1227] *Ibid.* <<

[1228] *Ibid.* <<

[1229] KV 2/855. <<

[1230] KV 2/410. <<

[1231] KV 2/857. <<

[1232] *Ibid.* <<

[1233] *Ibid.* <<

[1234] KV 2/3568. <<

[1235] *Ibid.* <<

[1236] *Ibid.* <<

[1237] KV 2/856. <<

[1238] KV 2/3568. <<

[1239] *Ibid.* <<

[1240] *Ibid.* <<

[1241] *Ibid.* <<

[1242] *Ibid.* <<

[1243] KV 2/856. <<

[1244] *Ibid.* <<

[1245] *Ibid.* <<

[1246] *Ibid.* <<

[1247] KV 2/857. <<

[1248] *Ibid.* <<

[1249] *Ibid.* <<

[1250] *Ibid.* <<

[1251] *Ibid.* <<

[1252] *Ibid.* <<

[1253] *Ibid.* <<

[1254] *Ibid.* <<

[1255] *Ibid.* <<

[1256] KV 2/72. <<

[1257] KV 4/83. <<

[1258] Roger Hesketh, *Fortitude: The D-Day Deception Campaign*, Londres, 1999, p. 112. <<

[1259] KV 2/857. <<

[1260] KV 2/856. <<

[1261] *Ibid.* <<

[1262] KV 2/858. <<

[1263] *Ibid.* <<

[1264] KV 2/857. <<

[1265] *Ibid.* <<

[1266] *Ibid.* <<

[1267] *Ibid.* <<

[1268] *Ibid.* <<

[1269] *Ibid.* <<

[1270] *Ibid.* <<

[1271] *Ibid.* <<

[1272] *Ibid.* <<

[1273] *Ibid.* <<

[1274] Tomás Harris, *Garbo: The Spy Who Saved D-Day*, Londres, 2004, p. 183. <<

[1275] *Ibid*, p. 176. <<

[1276] KV 2/858. <<

[1277] Roger Hesketh, *Fortitude: The D-Day Deception Campaign*, Londres, 1999, p. 95. <<

[1278] KV 2/72. <<

[1279] *Ibid.* <<

[1280] KV 2/72. <<

[1281] Hesketh, *Fortitude*, p. 126. <<

[1282] KV 2/3639. <<

[1283] *Ibid.* <<

[1284] *Ibid.* <<

[1285] *Ibid.* <<

[1286] *Ibid.* <<

[1287] *Ibid.* <<

[1288] *Ibid.* <<

[1289] *Ibid.* <<

[1290] Lily Sergueiev, Secret Service Rendered: An Agent in the Espionage Duel Preceding the Invasion of France, Londres, 1968, p. 204. <<

[1291] *Ibid.* <<

[1292] *Ibid*, p. 153. <<

[1293] KV 2/465. <<

[1294] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 201. <<

[1295] KV 2/465. <<

[1296] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 206. <<

[1297] KV 2/465. <<

[1298] *Ibid.* <<

[1299] *Ibid.* <<

[1300] *Ibid.* <<

[1301] J. C. Masterman, The Double Cross System in the War 1939-1945, Londres, 1972, p. 174. <<

[1302] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 201. <<

[1303] *Ibid*, p. 196. <<

[1304] KV 2/861. <<

[1305] KV 2/860. <<

[1306] *Ibid.* <<

[1307] KV 2/857. <<

[1308] *Ibid.* <<

[1309] *Ibid.* <<

[1310] Dusko Popov, *Spy/Counterspy*, Nueva York, 1974, p. 245. <<

[1311] KV 2/857. <<

[1312] *Ibid.* <<

[1313] KV 2/856. <<

[1314] KV 2/857. <<

[1315] *Ibid.* <<

[1316] *Ibid.* <<

[1317] *Ibid.* <<

[1318] *Ibid.* <<

[1319] KV 2/860. <<

[1320] *Ibid.* <<

[1321] *Ibid.* <<

[1322] KV 2/857. <<

[1323] *Ibid.* <<

[1324] KV 2/858. <<

[1325] *Ibid.* <<

[1326] *Ibid.* <<

[1327] KV 2/860. <<

[1328] KV 2/857. <<

[1329] *Ibid.* <<

[1330] KV 2/858. <<

[1331] *Ibid.* <<

[1332] KV 2/857. <<

[1333] *Ibid.* <<

[1334] *Ibid.* <<

[1335] *Ibid.* <<

[1336] KV 2/858. <<

[1337] KV 2/861. <<

[1338] KV 2/857. <<

[1339] *Ibid.* <<

[1340] *Ibid.* <<

[1341] *Ibid.* <<

[1342] *Ibid.* <<

[1343] *Ibid.* <<

[1344] *Ibid.* <<

[1345] *Ibid.* <<

[1346] Obituario de Charles de Salis, *The Times*, 26 de marzo de 2007. <<

[1347] KV 2/858. <<

[1348] *Ibid.* <<

[1349] *Ibid.* <<

[1350] KV 2/859. <<

[1351] KV 2/857. <<

[1352] *Ibid.* <<

[1353] *Ibid.* <<

[1354] *Ibid.* <<

[1355] *Ibid.* <<

[1356] KV 2/858. <<

[1357] *Ibid.* <<

[1358] *Ibid.* <<

[1359] *Ibid.* <<

[1360] KV 2/857. <<

[1361] KV 4/83. <<

[1362] KV 2/858. <<

[1363] *Ibid.* <<

[1364] *Ibid.* <<

[1365] *Ibid.* <<

[1366] *Ibid.* <<

[1367] *Ibid.* <<

[1368] *Ibid.* <<

[1369] KV 2/3568. <<

[1370] Guy Liddell, *The Guy Liddell Diaries, 1939-1945*, ed. Nigel West, Londres, 2005, 26 de abril de 1944. <<

[1371] *Ibid.* <<

[1372] *Ibid.* <<

[1373] *Ibid.* <<

[1374] KV 2/3568. <<

[1375] *Ibid.* <<

[1376] *Ibid.* <<

[1377] *Ibid.* <<

[1378] *Ibid.* <<

[1379] *Ibid.* <<

[1380] *Ibid.* <<

[1381] KV 2/858. <<

[1382] KV 2/410. <<

[1383] *Ibid.* <<

[1384] KV 2/3568. <<

[1385] KV 2/861. <<

[1386] *Ibid.* <<

[1387] KV 2/3568. <<

[1388] *Ibid.* <<

[1389] *Ibid.* <<

[1390] *Ibid.* <<

[1391] KV 2/861. <<

[1392] KV 2/3568. <<

[1393] KV 2/410. <<

[1394] *Ibid.* <<

[1395] *Ibid.* <<

[1396] *Ibid.* <<

[1397] *Ibid.* <<

[1398] *Ibid.* <<

[1399] KV 2/860. <<

[1400] KV 2/859. <<

[1401] KV 2/861. <<

[1402] KV 2/3568. <<

[1403] *Ibid.* <<

[1404] KV 2/860. <<

[1405] KV 2/858. <<

[1406] *Ibid.* <<

[1407] KV 2/857. <<

[1408] KV 2/858. <<

[1409] *Ibid.* <<

[1410] KV 2/857. <<

[1411] KV 2/858. <<

[1412] *Ibid.* <<

[1413] *Ibid.* <<

[1414] *Ibid.* <<

[1415] *Ibid.* <<

[1416] *Ibid.* <<

[1417] *Ibid.* <<

[1418] *Ibid.* <<

[1419] Guy Liddell, *The Guy Liddell Diaries, 1939-1945*, ed. Nigel West, Londres, 2005, 10 de mayo de 1944. <<

[1420] KV 2/858. <<

[1421] *Ibid.* <<

[1422] *Ibid.* <<

[1423] Roger Hesketh, *Fortitude: The D-Day Deception Campaign*, Londres, 1999, p. 111. <<

[1424] KV 2/859. <<

[1425] *Ibid.* <<

[1426] *Ibid.* <<

[1427] *Ibid.* <<

[1428] *Ibid.* <<

[1429] *Ibid.* <<

[1430] Guy Liddell, *Diaries*, 10 de mayo de 1944. <<

[1431] KV 2/858. <<

[1432] KV 2/859. <<

[1433] KV 4/83. <<

[1434] Sefton Delmer, *The Counterfeit Spy*, Londres, 1973, p. 160. <<

[1435] Guy Liddell, *Diaries*, 10 de mayo de 1944. <<

[1436] *Ibid*, 18 de mayo de 1944. <<

[1437] *Ibid.* <<

[1438] Thaddeus Holt, The Deceivers: Allied Military Deception in the Second World War, Londres, 2004, p. 565. <<

[1439] J. C. Masterman, The Double Cross System in the War 1939-1945, Londres, 1972, p. 159. <<

[1440] KV 2/858. <<

[1441] David Kahn, Hitler’s Spies: German Military Intelligence in World War II, Nueva York, 1978, p. 424. <<

[1442] *Ibid*. Véase también Anthony Cave Brown, *Bodyguard of Lies*, vol. 1, Londres, 1976, p. 497. <<

[1443] *Ibid*, p. 496. <<

[1444] KV 2/3639. <<

[1445] J. C. Masterman, The Double Cross System in the War 1939-1945, Londres, 1972, p. 159. <<

[1446] Nigel West y Juan Pujol García, *Operation Garbo*, Londres, 2011, p. 151. <<

[1447] Roger Hesketh, *Fortitude: The D-Day Deception Campaign*, Londres, 1999, p. 121. <<

[1448] Guy Liddell, *The Guy Liddell Diaries, 1939-1945*, ed. Nigel West, Londres, 2005, 15 de mayo de 1944. <<

[1449] KV 2/859. <<

[1450] *Ibid.* <<

[1451] *Ibid.* <<

[1452] *Ibid.* <<

[1453] *Ibid.* <<

[1454] KV 2/860. <<

[1455] KV 2/858. <<

[1456] *Ibid.* <<

[1457] KV 2/859. <<

[1458] *Ibid.* <<

[1459] KV 2/860. <<

[1460] KV 2/859. <<

[1461] *Ibid.* <<

[1462] *Ibid.* <<

[1463] KV 2/860. <<

[1464] KV 2/858. <<

[1465] KV 2/860. <<

[1466] *Ibid.* <<

[1467] KV 2/861. <<

[1468] Christopher Hudson, «Architects of Genocide», *Daily Mail*, 19 de enero de 2002. <<

[1469] KV 2/860. <<

[1470] KV 2/861. <<

[1471] KV 2/859. <<

[1472] *Ibid.* <<

[1473] *Ibid.* <<

[1474] *Ibid.* <<

[1475] *Ibid.* <<

[1476] KV 2/860. <<

[1477] *Ibid.* <<

[1478] Rebecca Wittmann, *Beyond Justice: The Auschwitz Trial*, Harvard, 2005, p. 120. <<

[1479] KV 2/860. <<

[1480] Dusko Popov, *Spy/Counterspy*, Nueva York, 1974, p. 261. <<

[1481] *Ibid.* <<

[1482] *Ibid.* <<

[1483] https://www.mi5.gov.uk/output/bad-nenndorf.html <<

[1484] KV 4/83. <<

[1485] *Ibid.* <<

[1486] KV 2/72. <<

[1487] *Ibid.* <<

[1488] *Ibid.* <<

[1489] KV 2/464. <<

[1490] KV 4/83. <<

[1491] *Ibid.* <<

[1492] Lily Sergueiev, Secret Service Rendered: An Agent in the Espionage Duel Preceding the Invasion of France, Londres, 1968, p. 207. <<

[1493] *Ibid.* <<

[1494] *Ibid*, p. 205. <<

[1495] *Ibid.* <<

[1496] KV 2/466. <<

[1497] *Ibid.* <<

[1498] Guy Liddell, *The Guy Liddell Diaries, 1939-1945*, ed. Nigel West, Londres, 2005, 28 de mayo de 1944. <<

[1499] KV 2/466. <<

[1500] KV 2/2098. <<

[1501] *Ibid.* <<

[1502] *Ibid.* <<

[1503] KV 2/3123. <<

[1504] *Ibid.* <<

[1505] *Ibid.* <<

[1506] *Ibid.* <<

[1507] *Ibid.* <<

[1508] *Ibid.* <<

[1509] *Ibid.* <<

[1510] *Ibid.* <<

[1511] *Ibid.* <<

[1512] *Ibid.* <<

[1513] *Ibid.* <<

[1514] *Ibid.* <<

[1515] Liddell, *Diaries*, 28 de mayo de 1944. <<

[1516] KV 2/3123. <<

[1517] Thaddeus Holt, The Deceivers: Allied Military Deception in the Second World War, Londres, 2004, p. 562. <<

[1518] *Ibid*. Reinhard R. Doerries, Gerhard L. Weinberg, *Hitler's Intelligence Chief: Walter Schellenberg*, Nueva York, 2009, p. 99. <<

[1519] <<

[1520] Charles Fenyvesi, «Japan»s Unwitting D-Day Spy», *Washington Post*, 26 de mayo de 1998. <<

[1521] *Ibid.* <<

[1522] Ignatius Phayre, «Hitler's Mountain Home», *Homes & Gardens*, noviembre de 1938. <<

[1523] *Ibid.* <<

[1524] Trial of German Major War Criminals, vol. 3, p. 387. <<

[1525] Holt, *The Deceivers*, p. 566. <<

[1526] Roger Hesketh, *Fortitude: The D-Day Deception Campaign*, Londres, 1999, p. 194. <<

[1527] Roderick Bailey, *Forgotten Voices of D-Day*, Londres, 2010, p. 38. <<

[1528] *Ibid*, p. 48. <<

[1529] *Ibid*, p. 66. <<

[1530] *Ibid.* <<

[1531] http://www.eisenhowermemorial.org/leg

<<

[1532] *Ibid.* <<

[1533] *Ibid.* <<

[1534] Tony Hall, Bernard C. Nalty, *D-Day: The Strategy, The Men, The Equipment*, Londres, 2002, p. 8. <<

[1535] Roger Hesketh, *Fortitude: The D-Day Deception Campaign*, Londres, 1999, p. 176. <<

[1536] *Ibid.* <<

[1537] Thaddeus Holt, The Deceivers: Allied Military Deception in the Second World War, Londres, 2004, p. 550. <<

[1538] Hesketh, *Fortitude*, p. 190. <<

[1539] *Ibid.* <<

[1540] Tomás Harris, *Garbo: The Spy Who Saved D-Day*, Londres, 2004, p. 189. <<

[1541] *Ibid*, p. 188. <<

[1542] *Ibid.* <<

[1543] *Ibid.* <<

[1544] *Ibid.* <<

[1545] Harris, Garbo: The Spy Who Saved D-Day, p. 188. <<

[1546] Hesketh, *Fortitude*, p. 187. <<

[1547] *Ibid.* <<

[1548] Guy Liddell, *The Guy Liddell Diaries, 1939-1945*, ed. Nigel West, Londres, 2005, 5 de junio de 1944. <<

[1549] Juan Pujol y Nigel West, *Operation Garbo*, Londres, 2011, p. 154. <<

[1550] Sefton Delmer, *The Counterfeit Spy*, Londres, 1973, p. 176. <<

[1551] *Ibid*, p. 177. <<

[1552] En castellano en el original. (*N. del t*.) <<

[1553] *Ibid.* <<

[1554] Bailey, Forgotten Voices of D-Day, p. 192. <<

[1555] David Kahn, Hitler's Spies: German Military Intelligence in World War II, Nueva York, 1978, p. 512. <<

[1556] Holt, *The Deceivers*, p. 579. <<

[1557] *Ibid.* <<

[1558] Kahn, *Hitler's Spies*, p. 513. <<

[1559] Bailey, Forgotten Voices of D-Day, p. 269. <<

[1560] KV 4/10. <<

[1561] Montague Taylor, «Carrier Pigeons Ready», *Belfast Telegraph*, 6 de junio de 1944. <<

[1562] *Ibid.* <<

[1563] Thaddeus Holt, The Deceivers: Allied Military Deception in the Second World War, Londres, 2004, p. 579. <<

[1564] Roger Hesketh, *Fortitude: The D-Day Deception Campaign*, Londres, 1999, p. 148. <<

[1565] KV 2/3639. <<

[1566] Nigel West y Juan Pujol García, *Operation Garbo*, Londres, 2011, p. 161. <<

[1567] *Ibid*, p. 162. <<

[1568] Christopher Andrew, The Defence of the Realm: The Authorised History of MI5, Londres, 2009, p. 305. <<

[1569] Hesketh, *Fortitude*, p. 199. <<

[1570] KV 2/72. <<

[1571] Hesketh, *Fortitude*, p. 199. <<

[1572] *Ibid.* <<

[1573] Tomás Harris, *Garbo: The Spy Who Saved D-Day*, Londres, 2004, p. 188. <<

[1574] West y Pujol, *Operation Garbo*, p. 166. <<

[1575] *Ibid.* <<

[1576] *Ibid.* <<

[1577] *Ibid*, p. 167. <<

[1578] KV 2/3639. <<

[1579] *Ibid.* <<

[1580] *Ibid.* <<

[1581] KV 2/72. <<

[1582] Lily Sergueiev, Secret Service Rendered: An Agent in the Espionage Duel Preceding the Invasion of France, Londres, 1968, pp. 209-211. <<

[1583] *Ibid*, p. 209. <<

[1584] *Ibid*, p. 212. <<

[1585] *Ibid.* <<

[1586] *Ibid*, p. 213. <<

[1587] *Ibid*, p. 212. <<

[1588] Organización de defensa del ejército británico durante la segunda guerra mundial. (*N. del t.*) <<

[1589] KV 2/72. <<

[1590] KV 2/3123. <<

[1591] Holt, *The Deceivers*, p. 561. <<

[1592] *Ibid.* <<

[1593] J. C. Masterman, The Double Cross System in the War 1939-1945, Londres, 1972, p. 167. <<

[1594] KV 2/72. <<

[1595] Relato personal de Elvira Chaudoir, colección de Robert Astor. <<

[1596] KV 4/247. <<

[1597] Joshua Levine, Operation Fortitude: The Story of the Spy Operation that Saved D-Day, Londres, 2011, p. 224. <<

[1598] Holt, *The Deceivers*, p. 582. <<

[1599] Levine, *Operation Fortitude*, p. 285. <<

[1600] *Ibid.* <<

[1601] Thaddeus Holt, *The Deceivers*, p. 581. <<

[1602] Guy Liddell, *The Guy Liddell Diaries, 1939-1945*, ed. Nigel West, Londres, 2005, 30 de junio de 1944. <<

[1603] Holt, *The Deceivers*, p. 582. <<

[1604] *Ibid.* <<

[1605] KV 4/247. <<

[1606] *Ibid.* <<

[1607] Holt, *The Deceivers*, p. 589. <<

[1608] *Ibid.* <<

[1609] Terry Crowdy, Deceiving Hitler: Double Cross and Deception in World War II, Londres, 2008, p. 272. <<

[1610] Holt, *The Deceivers*, p. 589. <<

[1611] Levine, *Operation Fortitude*, p. 295. <<

[1612] *Ibid.* <<

[1613] KV 4/247. <<

[1614] Crowdy, *Deceiving Hitler*, p. 272.
<<

[1615] Andrew, Defence of the Realm, p. 309. <<

[1616] *Ibid.* <<

[1617] *Ibid.* <<

[1618] KV 4/83. <<

[1619] Masterman, The Double Cross System, p. 148. <<

[1620] Norman Holmes Pearson, a *The Double Cross System* de Masterman. <<

[1621] Holt, *The Deceivers*, p. 590. <<

[1622] Kim Philby, *My Silent War*, Londres, 1968, p. 17. <<

[1623] West y Pujol, *Operation Garbo*, p. 183. <<

[1624] *Ibid*, p. 184. <<

[1625] KV 2/72. <<

[1626] *Ibid.* <<

[1627] *Ibid.* <<

[1628] *Ibid.* <<

[1629] *Ibid.* <<

[1630] *Ibid.* <<

[1631] *Ibid.* <<

[1632] *Ibid.* <<

[1633] Lily Mathilde Carré, *I Was the Cat*, Londres, 1960, p. 10. <<

[1634] *Ibid*, p. 132. <<

[1635] *Ibid*, p. 202. <<

[1636] *Ibid*, p. 219. <<

[1637] *Ibid*, p. 175. <<

[1638] Roman Garby-Czerniawski, *The Big Network*, Londres, 1961, p. 246. <<

[1639] Lily Sergueiev, Secret Service Rendered: An Agent in the Espionage Duel Preceding the Invasion of France, Londres, 1968, p. 214. <<

[1640] *Ibid.* <<

[1641] *Ibid*, p. 223. <<

[1642] KV 2/465. <<

[1643] *Ibid.* <<

[1644] *Ibid.* <<

[1645] *Ibid.* <<

[1646] *Ibid.* <<

[1647] Sergueiev, Secret Service Rendered, p. 7. <<

[1648] Nigel West y Juan Pujol García, *Operation Garbo*, Londres, 2011, p. 200. <<

[1649] *Ibid*, p. 207. <<

[1650] *Ibid*, p. 204. <<

[1651] *Ibid*, p. 206. <<

[1652] *Ibid.* <<

[1653] Emily Wilson, «The War in the Dark: The Security Service and the Abwehr 1940-1944», tesis doctoral, Cambridge, 2003, p. 227. <<

[1654] West y Pujol, *Operation Garbo*, p. 216. <<

[1655] *Ibid*, p. 217. <<

[1656] KV 2/2098. <<

[1657] *Ibid.* <<

[1658] *Ibid.* <<

[1659] *Ibid.* <<

[1660] *Ibid.* <<

[1661] *Ibid.* <<

[1662] *Ibid.* <<

[1663] *Ibid.* <<

[1664] *Ibid.* <<

[1665] *Ibid.* <<

[1666] J. C. Masterman, The Double Cross System in the War 1939-1945, Londres, 1972, p. 167. <<

[1667] KV 2/2098. <<

[1668] *Ibid.* <<

[1669] *Ibid.* <<

[1670] *Ibid.* <<

[1671] *Ibid.* <<

[1672] Stella Rimington a Hugh Astor, 6 de noviembre de 1995, colección de Robert Astor. <<

[1673] Nigel West, «High Society Spy», *Mail on Sunday*, 7 de mayo de 1995. <<

[1674] KV 2/861. <<

[1675] *Ibid.* <<

[1676] *Ibid.* <<

[1677] *Ibid.* <<

[1678] *Ibid.* <<

[1679] *Ibid.* <<

[1680] *Ibid.* <<

[1681] Memorias de Mary Sherer por Prue Evill, 18 de julio de 2011. <<

[1682] *Ibid.* <<

[1683] *Ibid.* <<

[1684] *Ibid.* <<

[1685] KV 4/10. <<

[1686] Emily Wilson, «The War in the Dark», p. 228. <<

[1687] *Ibid.* <<

[1688] «Anthony Blunt: Confessions of a spy who passed secrets to Russia during the war», *Daily Telegraph*, 28 de mayo de 2010. <<

[1689] *Ibid.* <<

[1690] Chapman Pincher, *Too Secret Too Long*, Londres, 1984, p. 351. <<

[1691] Obituario de Wulf Schmidt, *Daily Mail*, 28 de octubre de 1992. <<

[1692] KV 2/278. <<

[1693] *Ibid.* <<

[1694] Guy Liddell, *The Guy Liddell Diaries, 1939-1945*, ed. Nigel West, Londres, 2005, 22 de octubre de 1944. <<

[1695] KV 2/278. <<

[1696] KV 2/410. <<

[1697] *Ibid.* <<

[1698] *Ibid.* <<

[1699] *Ibid.* <<

[1700] *Ibid.* <<

[1701] «US may have used Gestapo chief as cold war warrior», *Sunday Times*, 8 de abril de 2001. <<

[1702] KV 2/3295. <<

[1703] *Ibid.* <<

[1704] *Ibid.* <<

[1705] *Ibid.* <<

[1706] Dusko Popov, *Spy/Counterspy*, Nueva York, 1974, p. 261. <<

[1707] KV 2/861. <<

[1708] *Ibid.* <<

[1709] Saki, *The Unbearable Bassington* (publicado originalmente en 1912, Londres, 2008, p. 108. <<

[1710] Comunicaciones del comandante Cumberlege, Code 92 File 10046 FO 371/48935. <<

[1711] *Ibid.* <<

[1712] KV 2/860. <<

[1713] KV 2/861. <<

[1714] KV 2/860. <<

[1715] *Ibid.* <<

[1716] KV 2/861. <<

[1717] KV 2/862 <<

[1718] KV 2/859. <<

[1719] *Ibid.* <<

[1720] KV 2/860. <<

[1721] *Ibid.* <<

[1722] *Ibid.* <<

[1723] *Ibid.* <<

[1724] *Ibid.* <<

[1725] KV 2/861. <<

[1726] *Ibid.* <<

[1727] Popov, *Spy/Counterspy*, p. 263. <<

[1728] KV 2/861. <<

[1729] *Ibid.* <<

[1730] *Ibid.* <<

[1731] Sefton Delmer, *The Counterfeit Spy*, Londres, 1973, p. 162. <<

[1732] KV 2/860. <<

[1733] *Ibid.* <<

[1734] Delmer, *The Counterfeit Spy*, p. 164. <<